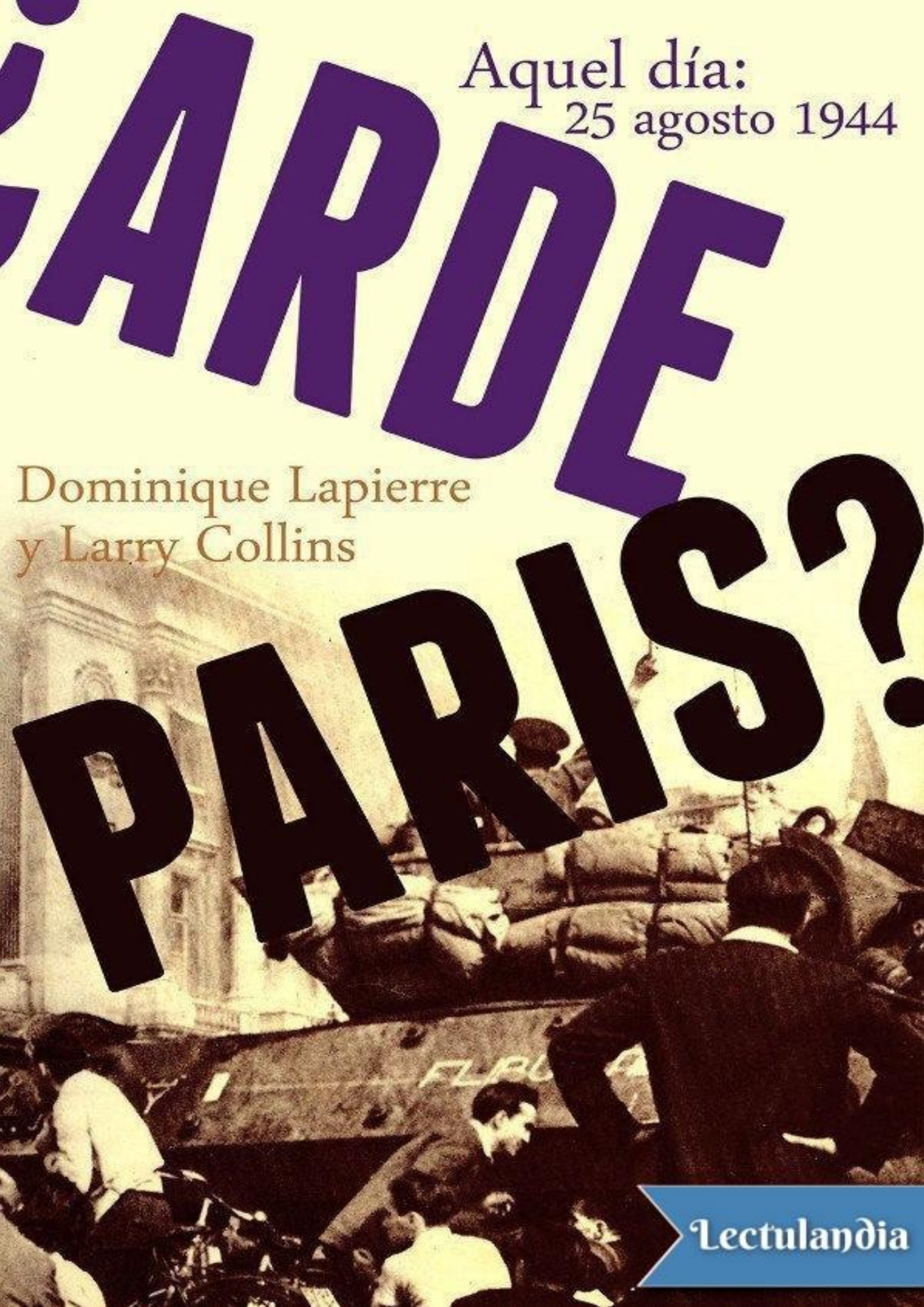
¿ARDE PARIS?

Aquel día:
25 agosto 1944

Dominique Lapierre
y Larry Collins



Lectulandia

Para la preparación de *¿Arde París?* los autores, asistidos por un equipo de colaboradores en Francia, Alemania y Estados Unidos, se volcaron sobre centenares de documentos, de estudios históricos, de mensajes de radio y de cables de veinte años de antigüedad; han estudiado cientos de metros de microfilms (los informes) encontrados en el cuartel general de Hitler y sus generales. Han consultado los archivos de la comandancia de Eisenhower y del SHAEF en su archivo de Alexandria, Virginia, así como todos la correspondencia original intercambiada entre de Gaulle, Churchill, Roosevelt y Eisenhower. Igualmente, los mensajes intercambiados entre la Resistencia en París y el estado mayor de la Francia libre en Londres.

Han entrevistado a cientos de alemanes, franceses y estadounidenses, desde el general Eisenhower al general von Choltitz, el último comandante alemán de París, e incluso al primer parisino que izó la bandera tricolor en la cima de la torre Eiffel el día de la liberación, el 25 de agosto de 1944.

La novela revive, a través de su documentación minuciosa y su apasionada descripción, la lucha de París por su vida y su libertad.

Es la historia que deja sin aliento de los días durante los cuales, por milagro, París escapó de la destrucción a la que Hitler la había condenado; conflictos políticos que envolvieron su liberación y oponían públicamente, y a veces inexorablemente, a Charles de Gaulle, sus aliados estadounidenses y a los compatriotas comunistas.

Es la historia de grandes hombres entregados a grandes causas, luchando por llevar a cabo la promesa que contenía la frase de Adolf Hitler expresada en un estallido de cólera una tarde de agosto de 1944 a uno de sus generales en su *bunker* de Rastenburg, en Prusia-Oriental: «Quien tiene París, tiene toda Francia!»

- 20 millones de lectores.
- Traducido a 40 lenguas.
- Una superproducción cinematográfica internacional.

La emocionante historia del milagro que salvó París al final de la segunda guerra mundial.

25 de agosto de 1944. En el cuartel general de Hitler reina un ambiente tenso. Las fuerzas aliadas acaban de llegar a París y su liberación parece

inminente. Hitler rompe en cólera y exige a sus mandos que resistan hasta lo indecible. Pero también ordena al comandante en jefe que, si se pierde París, destruya y aniquile por completo la ciudad. En el *bunker*, Hitler espera a que se cumplan sus órdenes. «¿Arde París?», pregunta entre la rabia y la desesperación.

¿Cómo escapó París de la destrucción a la que Hitler la había condenado? *¿Arde París?* es el sobrecogedor relato de ese milagro y de la espectacular liberación de cinco millones de parisinos.

¿Arde París? describe los días y, muy detalladamente, las horas que precedieron a la liberación de París durante la segunda guerra mundial. Esta obra se caracteriza por mostrar desde diferentes puntos de vista el conflicto: el de los habitantes de París, los soldados de Leclerc, el de Eisenhower, el de Hitler o el del general Dietrich von Choltitz. Para ello, los autores entrevistaron a docenas de testigos y protagonistas de los hechos.

«Un libro extraordinario». **Time Magazine**
«Un documento sorprendente sobre la segunda guerra mundial». **Le Figaro**
«Un libro que corta el aliento». **LONDON OBSERVER**

Lectulandia

Dominique Lapierre y Larry Collins

¿Arde París?

ePUB v1.0
natg 04.02.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Paris brûle-t-il?*
Dominique Lapierre y Larry Collins, 1964.
Traducción: Joaquín Rodríguez Castro

Editor original: Natg (v1.0)
Agradecimientos: Faro47 (tratamiento de imágenes)
ePub base v2.1

El 23 de agosto de 1944, a las 11 de la mañana, los telegrafistas del Gran cuartel general de Hitler transmitieron una orden ultrasecreta y muy urgente.

Sus destinatarios eran: El comandante en jefe del Oeste, el jefe del Grupo B de Ejércitos, el 1er Ejército, el 5° Ejército Blindado y el 15° Ejército. La orden se limitaba a repetir lo que el Führer acababa de decir a sus generales, en su *bunker* de Rastenburg. Era intención del Führer dejar zanjado con ella, de una vez para siempre, el destino de París.

Geh. Kommandosache Chefsache
Nur durch Offizier
KR Blitz

O. B. West 1a
Okdo d. H. Gr. B. 1a
A. O. K. 1
Pz. A. O. K. 5
A. O. K. 15

La defensa de la cabeza de puente de París es de una importancia capital en el plan militar y político. La pérdida de la villa ocasionaría el derrumbamiento de todo el frente del litoral al norte del Sena y nos privaría de nuestra base de lanzamiento para la lucha a distancia contra Inglaterra.

Siempre, a lo largo de la historia, la pérdida de París ha traído consigo la pérdida de toda Francia.

El Führer reitera, pues, la orden dada: París debe ser defendido en su posición-cerrojo delante de la Villa. A este fin, recuerda los refuerzos anunciados por el comandante en jefe del Oeste.

En la Villa misma, debe procederse contra las primeras señales de sublevación con las medidas más enérgicas, tales como destrucción de manzanas de casas, ejecución pública de cabecillas, evacuación del barrio amenazado. Este será el mejor medio para impedir que tales movimientos se extiendan.

Se preparará la destrucción de los puentes sobre el Sena. París no debe caer en manos del enemigo o, por lo menos, el enemigo no debe encontrar más que un montón de ruinas.

O.K.W./W. F. St./Op. (H)
Nr. 772989/44

23-8-44
11,00 horas

Primera parte

La amenaza

1

Nunca se retrasaba. Todas las tardes, cuando llegaba con su viejo Mauser, con los gemelos enfundados dentro del raído estuche y su gamella, los habitantes de May-en-Multien solían decirse: «¡Las seis! ¡Ya llega el alemán!» E, invariablemente, mientras cruzaba la plaza del pueblo, desde el campanario románico de la pequeña iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, que databa del siglo XII y se hallaba encaramada en la altura que remontaba el Ourcq, se difundían las primeras notas del Ángelus de la tarde.

El alemán se dirigió a la iglesia, como cada tarde. Era un *Feldwebel* de la Luftwaffe, de sienes ya grisáceas. Antes de entrar, se descubrió. Luego, con la gorra en la mano, subió lentamente los peldaños de la escalera de caracol que llevaba al campanario. Allí, en lo alto, había una mesa, una estufita de petróleo y una silla, cuyo asiento de paja podía levantarse para transformarse en un reclinatorio. Sobre la mesa, se veía un mapa de Estado Mayor, una guía de los correos franceses y un teléfono de campaña. El campanario de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción era un observatorio de la Luftwaffe.

Con sus gemelos, el alemán podía vigilar desde allí toda la región. Su mirada abarcaba un gran recodo del Marne, desde las flechas de la catedral de Meaux, al Sur, hasta las murallas medievales del castillo de La Festé-Milon, diecisiete kilómetros al Norte, incluyendo la importante aldea de Lizy, con sus casas de color de yeso, y los ribazos verdeantes del valle del Ourcq, bordeado de álamos.

Al cabo de pocas horas, caería la noche sobre aquel paisaje lleno de dulzura. El *Feldwebel* del campanario, siempre atento a los ruidos del cielo y escrutando las tinieblas que le rodeaban, comenzaría entonces una nueva noche de guardia, que sería la número cincuenta y ocho, a partir de la invasión. A las primeras luces del alba, descolgaría el teléfono de campaña y daría su informe al cuartel general regional de la Luftwaffe, en Soissons. Hacía ya doce días, desde la última luna llena, que los informes del *Feldwebel* eran invariables: «Sin novedad en mi sector».

Los alemanes sabían que los aliados esperaban siempre la luna llena para efectuar sus envíos de paracaídas a la Resistencia francesa. El calendario que descansaba sobre la mesa del campanario indicaba que faltaban aún dieciséis noches para la luna llena, o sea, para el 18 de agosto.

El alemán estaba convencido de que nada iba a suceder en aquel pequeño sector de la Francia ocupada que estaba bajo su vigilancia. Creía, pues, poder dormitar sin temor alguno sobre el reclinatorio de las religiosas de May-en-Multien, en aquella noche del 2 de agoste de 1944. Pero estaba equivocado.

Durante su sueño, a menos de tres kilómetros en línea recta del campanario, dos hombres y una mujer[1] de la Resistencia abalizaban un área de aterrizaje para paracaidistas en un campo de trigo, propiedad del granjero Rousseau. Poco después de las once, se dejó oír por fin el ruido que esperaban, el sordo runrún de un bombardero «Lancaster», que volaba a baja altura sobre el valle del Ourcq. Encendieron entonces sus lamparillas.

Tan pronto como hubo visto desde arriba el pequeño triángulo luminoso que buscaba en la oscuridad, el piloto del bombardero apretó un botón y en la carlinga del avión se apagó una luz roja encendiéndose a continuación una verde. Ésta era la señal que esperaba un hombre para lanzarse al vacío.

Mientras se balanceaba en el silencio de la noche tibia, el paracaidista —un joven estudiante de Medicina, de nombre Alain Perpezat— se sentía más consciente del cinturón que le ceñía el vientre. Este cinturón contenía cinco millones de francos. Sin embargo, Alain no había saltado sólo para transportar esta pequeña fortuna. Disimulado en la suela de su zapato izquierdo, llevaba un trozo de seda en el que iba escrito un mensaje consistente en dieciocho grupos de letras en clave. Sus jefes consideraban este mensaje tan importante y de tal urgencia que, contra su costumbre, habían decidido que el lanzamiento en paracaídas se efectuara en una noche sin luna.

El propio Perpezat ignoraba el contenido del mensaje. Lo único que sabía era que debía entregarlo, lo más pronto posible, al jefe del Servicio de Inteligencia en Francia. El nombre de guerra de dicho jefe era Jade Amicol y su cuartel general radicaba en París.

Eran ya las siete de la mañana siguiente, cuando Perpezat salió del pajar en donde había sido ocultado por los elementos de la Resistencia después de su aterrizaje. El equipo paracaidista quedaba cuidadosamente enterrado bajo un montón de abono. Alain se dirigió, a campo traviesa, hacia la carretera nacional n° 3. No le quedaba más que un recurso para llegar a París, distante ochenta kilómetros de allí: el auto-stop.

Pasaron varios vehículos. Por fin, un camión se detuvo a sus requerimientos. Aterrorizado, Alain se dio cuenta —demasiado tarde— de la placa de metal sobre la cual campeaba la escarapela roja, amarilla y negra de la Luftwaffe. En la plataforma del camión iban cuatro soldados alemanes, cubiertos con cascos. Llevaban una ametralladora antiaérea. Se abrió la puerta de la cabina y el chófer preguntó: «*Nach Paris*?» Dominando su terror, Alain sonrió y se acomodó al lado del alemán, un viejo reservista. Al sentarse, el paracaidista sintió de nuevo la presión del cinturón lleno de billetes. De repente, le pareció que adquiría un peso enorme y se preguntó si lo abultado de su vientre no llamaría la atención del alemán. No obstante, el chófer embragó sin decir palabra. Y el pesado Mercedes reemprendió su marcha hacia París.

Las nueve hermanas de la Orden de la Santa Agonía, arrodilladas en la penumbra de su capilla, desgranaban el tercer rosario del día. De súbito tres timbrazos largos, seguidos de uno corto, rompieron el silencio del convento. Dos de ellas se levantaron de inmediato, se persignaron y salieron. Para la hermana Jean, la superiora, y la hermana Jean-Marie Vianney, su ayudante, estos timbrazos suponían una señal. Su significado era: «Visita importante».

Durante cuatro años, los alemanes habían buscado desesperadamente este convento parisiense, sito en el número 127 de la calle de la Glacière. En el locutorio de su viejo edificio que se levantaba en la esquina de un solar y de las murallas siniestras del Hospital Psiquiátrico de Samte-Anne, se ocultaba el cuartel general de *Jade Amical*, el jefe del Servicio de Inteligencia en la Francia ocupada.

Protegido por estas viejas piedras y por el valor tranquilo de un puñado de religiosas, el cuartel general de Jade Amicol había resistido a todos los terribles golpes asestados por la Gestapo a la Resistencia francesa, a todas las filtraciones, a todas las denuncias, a todas las investigaciones[2].

A través de la mirilla de la estrecha puerta de roble del convento, la hermana Jean pudo ver el rostro de un hombre joven.

—Mi nombre es Alain. Traigo un mensaje para el coronel.

La hermana Jean abrió la puerta y se asomó al dintel para asegurarse de que el joven estaba solo y no había sido seguido. Luego, le hizo seña de que entrara.

Ya en el locutorio, bajo el severo retrato del lazarista desconocido fundador de la Orden de la Santa Agonía, Alain Perpezat se sacó el zapato izquierdo. Ayudado por un cuchillo, fue separando las varias capas de suela. Al fin sacó un pedazo de seda que entregó a un hombre, una especie de gigante calvo, de ojos azules, que esperaba tranquilamente sentado en un sillón. Aquel hombre era el coronel Claude Ollivier, alias *Jade Amicol*.

El coronel echó una ojeada a las misteriosas letras, escritas sobre el trozo de seda, e hizo una seña a la hermana Jean, que se alejó a pasitos rápidos. Algunos minutos después, la hermana regresó con algo que parecía un pañuelo, la rejilla que utilizaba Jade Amicol para leer los mensajes cifrados. La tela, fina como el acero de una hoja de afeitar, era de un material soluble que podía ser tragado instantáneamente en caso de peligro. La hermana Jean la guardaba en la capilla, bajo el tabernáculo del altar del Buen Ladrón.

Ollivier ajustó la rejilla sobre el mensaje que el visitante acababa de entregarle. A medida que descifraba las últimas líneas, su rostro se iba ensombreciendo. El mensaje decía que el Alto Mando aliado «había tomado la decisión de contornear París y retrasar su liberación todo el tiempo posible. Les advertimos de que bajo ningún pretexto será modificado este plan». El mensaje iba firmado: «General»[3].

El coronel levantó la cabeza para mirar a Alain:

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Es una catástrofe!

En la habitación de al lado el tintineo de las primeras notas del carillón de un reloj Luis XIII, al dar las doce del mediodía resonó en el silencio del convento.

2

En aquella mañana de agosto, París vivía el mil quinientos tres día de ocupación. Exactamente al mediodía el soldado de 2ª clase Fritz Gottschalk, al igual que los doscientos cincuenta hombres del 1er *Sicherungs-Regiment*, al que pertenecía, bajó por la avenida de los Campos Elíseos. Por el contrario, eran pocos los parisienses que, en aquel día, permanecían en las aceras de la avenida triunfal para contemplar el desfile cotidiano del soldado Gottschalk y de sus camaradas. Hacía ya tiempo que los parisienses habían aprendido a evitar tales humillaciones. Desde el 15 de junio de 1940, las únicas banderas tricolores que podían ver libremente eran las que se encontraban en los Inválidos, guardadas en las vitrinas polvorientas del Museo del Ejército.

Los colores rojo y negro que flotaban sobre la punta de la torre Eiffel correspondían al emblema nazi, con la cruz gamada. Los mismos colores adornaban centenares de hoteles, monumentos e inmuebles de toda clase, requisados por los conquistadores de París.

Bajo las arcadas de la calle de Rivoli, alrededor de la plaza de la Concordia, ante el Palacio de Luxemburgo, la Cámara de Diputados y el Quai d'Orsay, las garitas negro, blanco y rojo de la Wehrmacht barraban a los parisienses el paso por las aceras de su propia ciudad.

Otros hombres montaban la guardia ante el número 74 de la avenida Foch, ante el número 9 de la calle de Saussaies y ante otros edificios más discretos, pero no menos conocidos. Llevaban sobre sus hombreras, la enseña de las SS. Los vecinos de aquellas casas dormían mal. Durante la noche, por las ventanas de dichos edificios brotaban gritos que no podían ser ahogados.

Los alemanes habían llegado incluso a modificar el aspecto de la ciudad. Más de un centenar de sus estatuas más bellas habían sido derribadas, entre ellas el enorme bronce de Víctor Hugo, el cantor de la libertad, que tronaba antes cerca de la casa donde el escritor había fallecido. Enviadas a Alemania, fueron fundidas y transformadas en cañones.

Los arquitectos de la organización Todt las habían sustituido por monumentos menos evocativos, pero más eficaces; decenas de pequeños blocaos, cuyas armas podían barrer las principales esquinas de París.

Ante las sillas de mimbre del «Café de la Paix», había surgido un verdadero bosque de carteles indicadores. Las direcciones en ellos marcadas llevaban nombres extraños: *Der Militärbefehlshaber in Frankreich, General der Luftwaffe* y *Hauptverkehrsdirektion Pars*. En aquel verano, se había añadido un nuevo cartel. En

él se leía: «Zur Normandie Front».

Los amplios bulevares de la ciudad no se habían visto jamás tan vacíos. No había autobuses. Los taxis habían desaparecido por completo desde 1940. Los pocos vehículos que poseían el *ausweis* de los alemanes para circular utilizaban como carburante el carbón de encina. Este dispositivo recibía el nombre de gasógeno y esparcía por las calles un humo negro y acre.

Los reyes de la calle eran la bicicleta y el caballo. Los parisienses les dedicaban cuidados y afectos que nunca habían concedido antes a los automóviles. Algunos taxistas habían transformado su vehículo en un simón. Otros habían inventado el velo-taxi. Varios de estos curiosos ingenios eran conducidos por antiguos corredores de la Vuelta a Francia. Muchos de estos velo-taxis llevaban un nombre que expresaba el espíritu burlón de los parisienses que los alemanes no llegaron a dominar nunca: *Los tiempos modernos* o *Siglo XX*.

El metro cerraba de las 11 a las 15 en los días laborables y todo el día durante el fin de semana. Por la noche, dejaban de funcionar a las 23. El toque de queda sonaba a medianoche. Cuando los alemanes detenían a un parisiense por la calle después del toque de queda, lo llevaban a la *Feldgendarmerie* y, por lo general, le obligaban a limpiar botas o a recoser botones hasta la mañana siguiente. Mas, por el solo crimen de haber perdido el último Metro, algunos hombres y mujeres se convirtieron en rehenes de los alemanes y fueron fusilados cobardemente cuando había sido abatido algún miembro de la Wehrmacht.

Las tabernas dejaban de servir alcohol tres días por semana. En las terrazas de los cafés, los parisienses degustaban un líquido negruzco, a base de bellotas, al que se había dado el nombre de «café nacional».

La ciudad vivía prácticamente sin gas ni electricidad. Las amas de casa habían aprendido a cocinar quemando bolas de papel dentro de unos pequeños hornos, fabricados con latas de conserva.

Pero, por encima de todo, París estaba hambriento. Convertido en una aldea grande, París despertaba cada día con el canto de los gallos. Los parisienses habían convertido en gallineros sus bañeras, sus armarios, las habitaciones de los huéspedes. Los niños criaban conejos en sus habitaciones, dentro de cofrecitos de juguetes. Antes de salir para la escuela, cada mañana iban a escondidas, ya que estaba prohibido, a coger hierba de los jardines públicos, con la cual alimentar a sus inquilinos.

Durante todo aquel mes de agosto, los parisienses, a cambio de sus boletos de racionamiento, no recibirían más que dos huevos, cien gramos de aceite y ochenta gramos de margarina. La ración de carne era tan pequeña que los *chansonniers* aseguraban que podía envolverse en un billete de Metro, a condición de que no hubiese sido picado, pues, de ser así, la carne corría peligro de escurrirse por el

agujerito. Lo cual viene a decir que, a pesar de todo, París se esforzaba en seguir riendo.

Se veían pasquines que invitaban a los obreros parisienses a «unirse con los obreros alemanes», o bien, a ingresar en la «Legión contra el Bolchevismo». En las primeras hojas de los periódicos colaboradores, tales como *Le Petit Parisien*, *L'Oeuvre* y el semanario *Je Suis Partout*, se decía que «ir a trabajar a Alemania, no suponía ser deportado» y se declaraba enfáticamente que «el Alto Mando alemán confiaba en el porvenir, ahora más que nunca». En las hojas interiores, había anuncios ofreciendo «caballos para toda clase de mudanzas».

Las oficinas de la Waffen SS, en el n° 13 de la calle Auber, no dejaron de reclutar voluntarios para el III Reich hasta el 16 de agosto.

No obstante, París, había conservado su corazón de antes de la guerra. Las mujeres no habían sido nunca más bonitas. Cuatro años de restricciones y el uso diario de la bicicleta, habían endurecido su cuerpo y afinado sus piernas. Y a pesar de la escasez de telas, en aquel verano, llevaban grandes sombreros de flores, como en las pinturas de Renoir.

Madeleine de Rauch, Lucie Lelong y Jacques Fath habían lanzado en el mes de julio la moda marcial: hombros cuadrados, cinturas anchas, faldas cortas.

Algunas de las telas eran de fibra de madera. Se decía en broma que, al mojarse cuando llovía, brotaban de ella retoños.

En aquel mes de agosto, los parisienses no habían salido de vacaciones. La guerra hacía estragos sobre el suelo de Francia y nadie había podido desplazarse a la playa o a la montaña. Las escuelas seguían abiertas. Muchos se tostaban al sol en las orillas del Sena. El río se había transformado, aquel año, en la mayor piscina del mundo.

En el Maxim's, el Lido y en algunos cabarets como el Shérézade y Suzy Solidor, se encontraba aún champaña y caviar para los colaboracionistas y sus amistades y para los nuevos ricos del mercado negro.

En aquella semana, un francés afortunado había de ganar seis millones de francos con el número 174.184, del 28º sorteo de la Lotería Nacional —más de lo que Alain Perpezat había traído a París, dentro de su cinturón de paracaidista.

Los sábados, domingos y lunes, se celebraban carreras de caballos en Longchamp y en Auteil. Los caballos estaban algo más delgados que antes de la guerra, pero las carreras seguían contando con sus miles de fanáticos. Luna Park fijaba pasquines publicitarios, consolando a los parisienses por no haber podido salir de vacaciones: «Encontraréis aquí —decían— aire fresco y sol».

Yves Montand y Edith Piaf cantaban juntos en el Moulin Rouge. Serge Lifar hacía balance de la última temporada de danza y felicitaba a dos jóvenes desconocidos; Zizi Jean-Maire y Roland Petit.

Seguían abiertos algunos cines, que funcionaban gracias a generadores eléctricos,

movidos por pedaleadores esforzados. En el Gaumont Palace se ofrecía «aparcamiento gratuito para trescientas bicicletas.

Los teatros sólo abrían durante las horas en que las oficinas estaban cerradas. Las representaciones empezaban a las tres de la tarde.

Las columnas Moriss anunciaban más de treinta obras distintas. En el Vieux Colombier se representaba *Huis Clos*. Su autor Jean-Paul Sartre, se escondía en un granero y escribía folletos para la Resistencia.

Sin embargo, en aquel memorable verano, una costumbre sagrada retenía cada noche a los parisienses en su casa. Durante la media hora escasa que duraba el suministro de electricidad, con la oreja pegada a los aparatos de radio, trataban de oír, a través de las interferencias alemanas, las prohibidas noticias de la B.B.C. de Londres. En la noche del 3 de agosto, al final de una bella jornada, millones de parisienses oyeron una noticia, que sería el anuncio de su propia e inminente pesadilla. Varsovia, ardía aquella noche. Mientras los liberadores soviéticos se hallaban a las mismas puertas de la ciudad, la guarnición alemana aplastaba la insurrección prematura de sus habitantes. Pronto la capital polaca no sería más que un montón de escombros, bajo los cuales quedarían enterrados doscientos mil de sus habitantes.

Pero París aún estaba intacto. Desde todas sus ventanas, los parisienses podían contemplar aquella noche el milagro más sorprendente de la guerra: Notre-Dame, la Sainte-Chapelle, el Louvre, el Sacré-Coeur, el Arco del Triunfo, los Inválidos, todos estos monumentos que hacen de la Villa el faro de la civilización humana, salían de cinco años del conflicto más destructor de la historia sin un solo arañazo.

Se acercaba ya la hora de la liberación. Y París se vería pronto amenazado por la misma suerte horrible corrida por Varsovia. Tres millones y medio de parisienses, conscientes de ser los guardianes de un tesoro inestimable temían cada vez más tal amenaza. Y, junto con ellos, millones de seres esparcidos por el mundo entero, para los cuales París era el símbolo de los valores por cuya defensa el mundo libre se batían contra la Alemania nazi.

No obstante, para tres hombres, separados entre sí por miles de kilómetros, París representaba otra cosa aquella noche. Para ellos, París significaba entonces un objetivo.

3

Para el estadounidense que había de liberarlo París era un enigma. En la *roulotte* de su C.G. de operaciones, disperso dentro de un bosque anegado de lluvia, a dos kilómetros de la playa normanda de Granville, el general Dwight Eisenhower había llegado finalmente a una decisión, quizá la más importante después del desembarco: París sería liberado lo más tarde posible. Los Ejércitos bajo su mando no marcharían de inmediato sobre la capital francesa. Antes contornearían y rodearían su objetivo. París no sería liberado antes de dos meses, como mínimo, hasta mediados de setiembre.

No era aquélla una resolución que el comandante supremo hubiese tomado a la ligera. Eisenhower sabía mejor que nadie la enorme repercusión emocional que la liberación de París tendría sobre los franceses, sobre sus propios soldados y sobre el mundo entero. Conocía perfectamente la creciente impaciencia de tres millones y medio de parisienses.

Sin embargo, la fría argumentación de un informe militar de veinticuatro páginas mecanografiadas había pesado más sobre su espíritu que la palabra mágica, «París».

Se trataba de la carpeta que llevaba por título: *Ultra Secreto —Operación Post-Neptuno—*[4] *Cruce del Sena y toma de París*. Los autores de la misma eran los consejeros militares del SHAEF[5], tres oficiales cuyo trabajo consistía en suministrar al comandante en jefe toda clase de informes y recomendaciones que le permitieran luego determinar su propia estrategia.

Eisenhower sabía ya que los alemanes defenderían París a ultranza. «Todas las razones geográficas y estratégicas les obligan a ello», diría más tarde.

Y la conquista de París constituía precisamente una batalla que el general estadounidense no quería entablar. El informe de veinticuatro hojas que descansaba sobre la mesa de madera que le hacía las veces de escritorio explicaba el porqué:

> Si los alemanes deciden hacerse fuertes en París —advertían los consejeros del SHAEF—, para desalojarlos, habría que librar una dura y costosa batalla en sus calles, como en Stalingrado, batalla que acarrearía la destrucción de la capital francesa.

Eisenhower se negaba a correr este riesgo E igualmente se negaba a correr el riesgo de enviar sus tropas blindadas al avispero de París, cuando podían desplegarse casi libremente por toda la campiña francesa.

Pero, por encima de todo, una consideración primordial le había forzado a tomar su decisión. Constaba en uno de los párrafos del informe.

> La liberación prematura de París haría recaer sobre nuestras fuerzas graves problemas de aprovisionamiento y transporte. Las obligaciones civiles que tal liberación nos obligaría a asumir representarían el mantenimiento de ocho divisiones combatientes[6].

O sea, para decirlo de otro modo, la liberación de París representaba para Eisenhower arriesgarse a que una cuarta parte de su ejército quedara inmovilizado por falta de gasolina. Tal riesgo no lo aceptaría jamás. En aquel verano, la gasolina era la cosa más preciada que existía en el mundo. «La pérdida de un solo litro —diría más tarde—, me resultaba insoportable». Y París podía hacerle perder centenares de miles.

Porque era indudable que el liberador de París tendría la obligación moral de socorrer a los tres millones y medio de parisienses. Era un problema angustioso.

> Sólo para el avituallamiento y los medicamentos —decía el informe del SHAEF—, las necesidades de la población civil de París ascienden a setenta y cinco mil toneladas en los dos primeros meses. Además de quinientas toneladas de carbón diarias para los servicios públicos.

Puesto que los ferrocarriles estaban inutilizados, tendría que echarse mano de millares de camiones para el transporte a París, desde los únicos puertos disponibles y ya saturados —Cherburgo y las playas de desembarco—, o sea, unos seicientos cincuenta kilómetros entre ida y vuelta, del enorme tonelaje que necesitaban los parisienses. «*Avoid that commitment… and liberating París*». *Evite cargar con tales responsabilidades… y liberar París por tanto tiempo como sea posible*, preconizaban los consejeros del SHAEF.

Habían sugerido otro plan al comandante supremo. Consistía en ejecutar un gran movimiento de tenaza, por el norte y el sur de París, a través de las grandes llanuras, que se prestaban a la evolución masiva de los carros de combate y al empleo intensivo de la aviación.

Con este mismo movimiento, los aliados podrían apoderarse de las rampas de lanzamiento de las V-1 y V-2, situadas en el norte de Francia. Los consejeros de Eisenhower estimaban que la destrucción de estas rampas era tan urgente que, por sí sola, justificaba aceptar unos riesgos superiores a los normales».

El Grupo 21 de Ejércitos ingleses, mandado por Montgomery, atacaría por el bajo Sena, entre el Oise y el mar. Se apoderaría del puerto de El Havre y de las rampas de lanzamiento de las V-1 y V-2 y avanzaría en dirección Norte, hasta Amiens, situado a ciento treinta y ocho kilómetros al norte de París. Después, desde Amiens, lanzaría dos Cuerpos de ejército hacia el Este, en dirección a Reims. Durante este tiempo, al sur de París, el Grupo 12 de Ejércitos estadounidenses pasaría el Sena a la altura de Melun y atacaría hacia el Nordeste en dirección a Reims. Ingleses y estadounidenses se juntarían entonces, encerrando en una bolsa gigantesca a los Ejércitos alemanes, 1º, 7º y 15º. Según todas las previsiones, París caería por sí misma entre el 15 de

setiembre y el 1 de octubre.

Este plan tenía para Eisenhower una triple ventaja: salvaba a París de la destrucción, al evitar una batalla en sus calles, representaba la eliminación de importantes fuerzas alemanas; y, sobre todo, economizaba cada gota del precioso combustible, en vistas a este objetivo primordial: una brecha en la Línea Sigfrido y una cabeza de puente al otro lado del Rin, antes del invierno.

Una noche de bruma, en Normandía, Dwight Eisenhower, había decidido finalmente la adopción de este plan. E, inmediatamente, la máquina bien engrasada que tenía bajo su mando se había puesto en marcha para ejecutarlo.

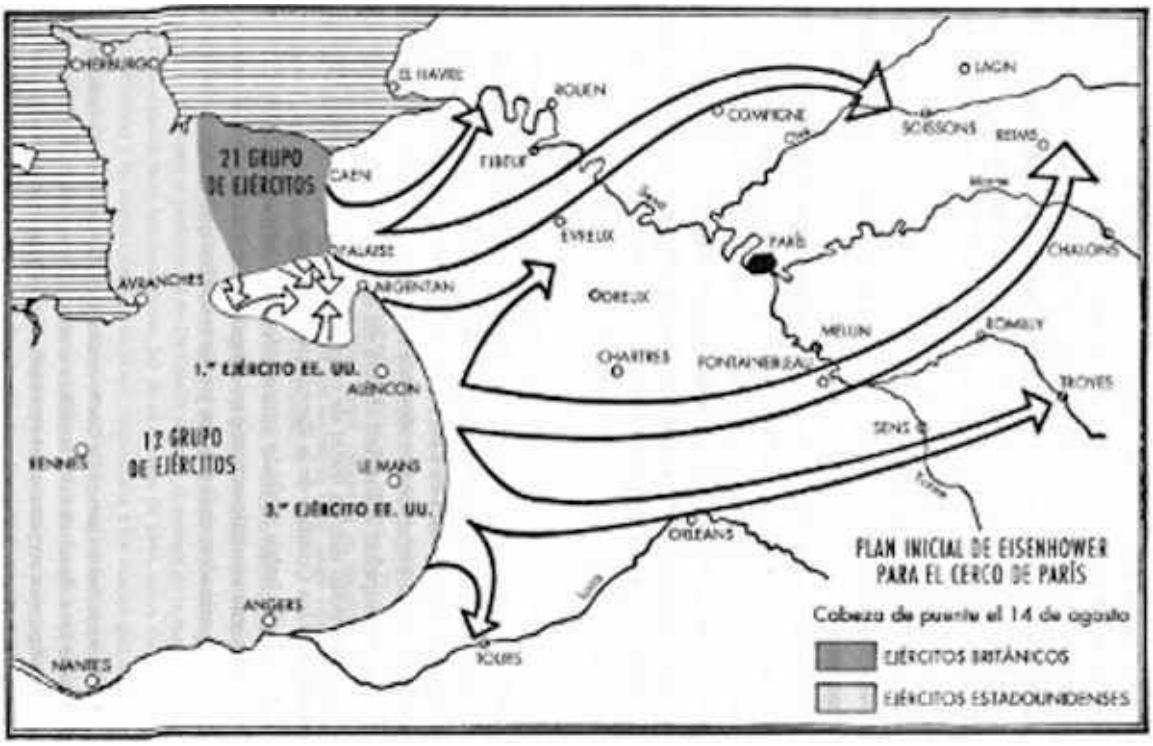
Cierto que aquella máquina podía ser obstaculizada por un solo grano de arena. La sublevación del pueblo de París, por ejemplo. Sin embargo, Eisenhower no sentía preocupación alguna a este respecto. Las instrucciones «muy severas» que había dirigido al general Pierre Koenig, jefe de las Fuerzas Francesas del Interior (FFI), determinaban que, ni en París, ni tampoco en ninguna otra parte debía producirse ninguna acción armada sin su consentimiento. Había advertido claramente a Koenig que era esencial «que no se produjera en París ningún acontecimiento de tal naturaleza que pudiera trastornar nuestros planes».

Eisenhower se daba cuenta de que, para los parisienses, impacientes por ser liberados, suponía una prueba difícil de soportar; pero, según dijo más tarde al general Walter Bedell-Smith, su brillante jefe de Estado Mayor, si pudiesen «vivir unos cuantos días más con los alemanes, su sacrificio nos permitiría, quizás, acabar antes la guerra».

Animar a los franceses a que aceptasen este último sacrificio fue el motivo de que un agente del Servicio de Inteligencia, llamado Alain Perpezat, saltase sobre la Francia ocupada, una noche sin luna.

Plan Inicial de Eisenhower: rodeo de París

El Grupo 21º de Ejércitos Británicos, al cargar hacia el Norte y Nordeste en dirección a Soissons, y el Grupo 12º de Ejército de estadounidenses, al avanzar en dirección a Reims, tienen por misión desbordar París por el Norte y el Sur, encerrando en un círculo a los Ejércitos alemanes 1º, 7º y 15º. La caída de la capital está prevista entre el 15 de setiembre y el 1 de octubre.


CHERBURGO
EL HAVRE
ROUEN
21 GRUPO DE EJÉRCITOS
CAEN
FALAISE
ARGENTAN
AVRANCHES
1.º EJÉRCITO EE. UU.
ALENCON
12 GRUPO DE EJÉRCITOS
RENNES
LE MANS
3.º EJÉRCITO EE. UU.
ANGERS
NANTES
TOURS
ORLEANS
EVREUX
COMPIEGNE
LAON
SOISSONS
REIMS
PARÍS
CHALONS
MELUN
FONTAINEBLEAU
CHARTRES
TROYES
SENS
PLAN INICIAL DE EISENHOWER PARA EL CERCO DE PARÍS
Cabeza de puente el 14 de agosto
EJÉRCITOS BRITÁNICOS
EJÉRCITOS ESTADOUNIDENSES

4

Para un francés llamado Charles de Gaulle, el destino de Francia y el de su propia persona iban a jugarse en París. En aquel entonces, dentro del calor húmedo del palacio moruno de Argel, donde se consumía de impaciencia, el jefe de la Francia libre sabía que París era el único sitio en donde podía ser ganado o perdido el audaz envite que había realizado cuatro años antes. Estaba convencido de que los acontecimientos que iban a producirse en la capital francesa durante las próximas semanas tendrían un alcance considerable. Ellos decidirían la autoridad que habría de establecerse en la Francia de la posguerra.

Charles de Gaulle estaba resuelto a que tal autoridad fuese la suya. Sin embargo, conocía la existencia de hombres que, en aquel verano, conspiraban contra él para obstaculizar su camino hacia el poder. Unos eran sus adversarios políticos, los comunistas franceses; los otros, sus aliados militares, en particular, los estadounidenses.

Después de una corta luna de miel en 1940, las relaciones entre los Estados Unidos y De Gaulle habían ido bajando de nivel progresivamente. El reconocimiento del Gobierno de Vichy por los estadounidenses, el acuerdo a que habían llegado con el almirante Darlan[7], el hecho de que Roosevelt no hubiese juzgado oportuno informar a De Gaulle del desembarco en el Norte de África y, en fin, cierto antagonismo personal entre el general francés y el presidente estadounidense, todo ello había creado una atmósfera de desconfianza recíproca, que envenenaría las relaciones franco-estadounidenses durante el verano de 1944.

Nada irritaba más a De Gaulle que la persistente negativa de Roosevelt a reconocer al Comité Francés de Liberación Nacional (C.F.L.N.) como Gobierno provisional de Francia. Veía en ella una negativa pública y oficial por parte de Estados Unidos a reconocer la autoridad de su persona en Francia. Roosevelt había definido la posición de los Estados Unidos en este aspecto en una nota dirigida al general George Marshall, con fecha 14 de junio de 1944.

> Debemos aprovechar —escribía el presidente estadounidense— hasta el máximo toda la organización y toda la influencia de De Gaulle en provecho de nuestro esfuerzo militar, bien entendido, naturalmente, que no intentaremos nunca imponer su Gobierno, por la fuerza, al pueblo francés.

Roosevelt había advertido también a Eisenhower que el SHAEF podía tratar con el Comité Francés de Liberación Nacional, «a condición de que no se trate de reconocerlo como Gobierno provisional de Francia».

Mayor grado de confianza poseían las relaciones que De Gaulle sostenía con

Eisenhower. No obstante, este último decía: «De Gaulle busca siempre hacernos cambiar esto por aquello, para acomodarlo mejor a sus propósitos políticos». En una nota redactada en junio de 1944, el general Walter Bedell-Smith jefe del Estado Mayor de Eisenhower, decía también:

> Me gustaría ponerle (a De Gaulle) al corriente, con tal de que alguien pudiera definirme su posición con respecto a este C.G. Pero que yo sepa, no la tiene.

Entre las múltiples diferencias[8] que, en aquel verano, separaban a De Gaulle de sus aliados había una sobre la cual el jefe de la Francia libre no haría concesión alguna. Jamás toleraría que los aliados instalasen sobre el suelo francés ni un solo funcionario del Gobierno militar que habían creado para la administración de los territorios liberados. En ocasión de su primera visita a Washington, en el mes de julio, De Gaulle había tratado esta cuestión con el propio Roosevelt. Finalmente, los dos hombres habían convenido en que la Francia liberada sería dividida en dos zonas: En la zona llamada «interior», la autoridad correspondería a los hombres designados por el general De Gaulle. En la zona llamada «de operaciones», el SHAEF sería soberano. La definición geográfica de estas dos zonas se dejaría al arbitrio del propio Eisenhower.

Era un acuerdo limitado. Por otra parte, De Gaulle, al salir de la Casa Blanca, había dicho confidencialmente al embajador Murphy: «Todos los acuerdos a que ahora podamos llegar, caducan el mismo día en que termine la guerra».

Roosevelt sólo olvidaba una cosa: el propósito decidido e inflexible de Charles de Gaulle de instalarse en París, él y su Gobierno, en cuanto tal instalación se hiciera posible. De ello dependían su propio destino y el de Francia.

De Gaulle estaba convencido de que, en aquellas críticas jornadas de los primeros días de agosto de 1944, Roosevelt haría una última tentativa para cerrarle el camino al poder[9]. El presidente de Estados Unidos se esforzaría en impedir que De Gaulle llegara a París, mientras los agentes del Departamento de Estado buscaban poner en marcha alguna combinación política. De Gaulle estaba seguro de que aquellos planes no alcanzarían el menor éxito. Lo único que temía era que pudiesen retrasar su regreso lo suficiente para permitir que sus verdaderos adversarios, los comunistas, se adueñasen del poder. Porque sabía que se estaba fraguando una carrera desesperada entre los comunistas y él. El objetivo inmediato de esta carrera era París. Toda Francia se uniría al vencedor.

Hacía ya tiempo que De Gaulle se preparaba para esta carrera. Desde enero de 1943, había prohibido al responsable de los envíos por paracaídas, el coronel Passy, que se dejaran caer armas directamente destinadas a los comunistas. El 14 de junio de 1944, amplió esta prohibición a todos los envíos sobre la región parisiense. De Gaulle empezó a poner en práctica el plan que habían elaborado para impedir que los

comunistas se adueñaran del poder, el mismo día del desembarco.

A medida que se liberaba el territorio nacional, la autoridad civil era entregada a un comisario de la República, nombrado por el mismo De Gaulle y responsable únicamente ante su Gobierno. Estos comisarios de la República recibían instrucciones precisas relativas a sus relaciones con los comités locales de liberación los cuales (De Gaulle estaba convencido de ello) eran dominados por los comunistas. Tales comités no debían ostentar autoridad alguna en las regiones liberadas. Y bajo ningún pretexto debían tratar de erigirse en Comités de Salud Pública, al estilo de los Comités de la Revolución Francesa.

De Gaulle había recibido varios informes alarmantes. Dichos informes convenían unánimemente en asegurar que los comunistas estaban mejor organizados, más fuertes y más resueltos que nunca a asumir el poder.

De Gaulle estaba convencido de que la prueba decisiva tendría lugar en París, donde había ya veinticinco mil comunistas armados. El partido comunista procuraría desatar un levantamiento popular, a cuyo amparo trataría de hacerse con los resortes del mando. Cuando él y sus ministros entrasen en París, se encontrarían frente a una «Comuna» que «proclamaría la República, respondería del orden, distribuiría la justicia…»

Al principio, al mismo De Gaulle se le asignaría alguna posición honorífica, desprovista naturalmente, de toda autoridad real. Luego cuando los comunistas hubiesen consolidado su posición, llegaría el momento en que sería totalmente eliminado de la vida política francesa.

Tales eran, según creía Charles de Gaulle los objetivos de sus adversarios políticos al comenzar el mes de agosto de 1944.

Alejandro Parodi, el alto funcionario que representaba en París al jefe de la Francia Libre, sabía que De Gaulle estaba seguro de que si era preciso para alcanzar sus objetivos, los comunistas no vacilarían en oponerse por la fuerza a sus propios designios[10].

Ante estas amenazas, la táctica del general De Gaulle era sencilla. Simplemente, se apoderaría de los instrumentos del poder antes que los comunistas. Cualquiera que fuese el precio que debiera pagar o los medios que se necesitase emplear, estaba determinado a llegar al poder el primero.

En el mismo momento en que, en su cuartel general de Normandía, Dwight Eisenhower decidía por fin retrasar la liberación de París, Charles de Gaulle, desde Argel mandaba un memorándum secreto al general Koenig, jefe de las FFI: «Quiéranlo o no los aliados —decía De Gaulle—, es esencial que París sea liberado lo antes posible». Tan pronto como fuese liberado, él haría su entrada en la ciudad e impondría seguidamente su autoridad y la de su Gobierno.

De Gaulle había dado ya sus primeras disposiciones. Al igual que Eisenhower,

también él creía que una sublevación armada de París supondría un desastre tal que se hacía necesario dar órdenes imperativas para impedir que se produjera. El hombre encargado de hacer respetar tales órdenes se escondía en la habitación de una sirvienta. Las órdenes eran claras. París no se levantaría contra el ocupante, bajo ningún pretexto, sin el consentimiento personal del general De Gaulle.

5

Quizá París representase aún más para el alemán que, desde el interior de un refugio de cemento armado y acero, sito en Rastenburg, Prusia Oriental, dirigía los Ejércitos del Tercer Reich.

Durante cuatro años, de 1914 a 1918, seis millones de alemanes, entre ellos el cabo Adolf Hitler, habían combatido en las trincheras del frente del Oeste, al grito mágico de *Nach Paris*! Dos millones de ellos habían muerto. Veintidós años más tarde, la victoria que no se había podido lograr en cuatro largos años, había sido obtenida por Hitler en cuatro semanas de guerra relámpago.

El cabo Adolf Hitler había celebrado su cita con París el lunes 24 de junio de 1940. Pocos parisienses habían visto su Mercedes negro detenerse en la explanada del Trocadero. Durante largos minutos, había contemplado la admirable perspectiva que se extendía bajo sus ojos: el Sena, la Torre Eiffel, los jardines del Campo de Marte, la cúpula dorada de la tumba de Napoleón en los Inválidos y, a lo lejos, a la izquierda, las torres casi milenarias de Notre-Dame.

Después de cinco años de guerra, París era el único joyel que le quedaba de todas sus conquistas. Desde hacía cinco días, Adolf Hitler, en su refugio de Rastenburg, seguía sobre los mapas los progresos de los Ejércitos aliados que se colaban por la brecha de Avranches. Hitler sabía que la batalla de Francia se hallaba en curso. Si la perdía, sólo le quedaría una por librar: la batalla de la misma Alemania.

Y al igual que Charles de Gaulle, Hitler no ignoraba que París era el eje a cuyo alrededor giraba Francia entera. Durante su corta vida, Adolf Hitler había atacado a París por dos veces. Pronto la ironía del destino le haría representar el papel opuesto: se vería obligado a defender París. Los estrategas aliados sabían que tenía todas las razones para querer aferrarse al formidable erizo que constituía la aglomeración parisiense sobre el Sena. Perder París, significaba perder las bases de lanzamiento de aquellas armas milagrosas que debían decidir el resultado de la guerra. Significaba permitir que los Ejércitos aliados llegaran a las puertas del Reich. Hitler, pues, lucharía por París como había luchado por Stalingrado y Montecassino. Dentro de algunos días, el amo del Tercer Reich, desde el fondo de su refugio de la Prusia Oriental, resolvería defender París hasta el último hombre. Aquel día, golpeando la mesa con el puño, les gritaría a la cara a sus generales: «¡El que tiene París, tiene toda Francia!»

6

A dos mil kilómetros al oeste de Rastenburg, cerca de la pequeña aldea normanda de La Lucerne, un general alemán desconocido contemplaba el crepúsculo. Más allá de las verjas de hierro forjado que marcaban el final de la avenida del castillo donde había instalado su puesto de mando, Dietrich von Choltitz podía ver la torre gótica de la abadía medieval de La Lucerne y, justamente detrás, remontando una cortina de álamos, la pequeña colina que le separaba de la encrucijada de La Haye-Pesnel. Con los ojos fijos sobre la cima de la colina, Choltitz observaba el resplandor intermitente de los disparos de artillería. Sabía que eran los cañones de su 84º Cuerpo de Ejército los que tiraban. Más allá de la colina, los obuses caían sobre los carros estadounidenses, que se introducían por la brecha de quince kilómetros que se había abierto.

Agotado, Choltitz no oyó siquiera que llamaban a la puerta. Pero el ordenanza del general, el cabo Helmut Mayer, tenía la costumbre de entrar sin esperar a que se le concediera permiso. Mayer llevaba un sobre en la mano. Choltitz lo abrió y desplegó la hoja que contenía. Por el color azul, reconoció en seguida que se trataba de un telegrama.

Se acercó entonces a la lámpara de aceite que ardía sobre la mesa de trabajo, se ajustó el monóculo y leyó. El telegrama ordenaba al general del Cuerpo de Ejército Von Choltitz, presentarse inmediatamente en el cuartel general del *Oberkommando West* del mariscal Gunther von Kluge, en St. Germain-en-Laye para «una comunicación de la más alta importancia».

Sin dejar ver su emoción, plegó lentamente el papel y se lo tendió a Mayer.

—Puede que sea mi *Brötchengeber* (patrón) que me llama —dijo guiñando el ojo a su ordenanza.

Era una expresión de la que ambos hombres solían servirse cuando bromeaban. En argot militar, el patrón era, en efecto Hitler. Sin embargo, no había razón alguna para que el pequeño general barrigudo fuese llamado por el Führer. Desde el atentado del 20 de julio, no había más que un motivo que pudiera llevar a un general ante Hitler. Y en el cuartel general nadie dudaba de la indefectible lealtad de Choltitz. Por el contrario, en aquel mismo día, un oficial superior, hablando de él, había dicho: «Nunca ha vacilado en ejecutar una orden, por muy dura que haya sido».

Choltitz miró a su ordenanza y vio su rostro marcado por la fatiga.

—Ve a acostarte, Mayer —le recomendó—. Saldremos a las cinco. —Y creyendo darle con ello un placer, añadió—: Quizá podamos detenernos en París.

Desde la buhardilla del quinto piso de una casa de Auteuil, otro hombre contemplaba asimismo el crepúsculo. En la penumbra, no se veía más que un juego de líneas que se quebraban hasta el horizonte: los techos de París. El hombre se llamaba Jacques Chaban-Delmas. También él era general, aunque no tuviera más que veintinueve años. Y también el había recibido un mensaje aquella tarde.

Sin embargo, no había sido su ordenanza quien se lo había llevado. El general Chaban-Delmas no tenía ordenanza. En una esquina de París, un hombre, que simulaba hinchar el neumático de su bicicleta, le había murmurado unas palabras al oído. Era el mensaje que Jade Amicol había descifrado aquel mediodía en el locutorio del convento de las Hermanitas de la Santa Agonía.

Para Jacques Chaban-Delmas, el mensaje que contenía el zapato izquierdo de Alain Perpezat implicaba un verdadero desastre. Charles de Gaulle había arrojado una carga considerable sobre sus anchas espaldas de jugador de rugby. El joven general era su representante personal clandestino en la Francia ocupada, para todos los asuntos de carácter militar. Chaban-Delmas sabía que, entre todas las tareas que le habían sido confiadas, ninguna preocupaba tanto a De Gaulle como la que se refería a París. Las instrucciones precisas, recibidas secretamente de Londres, donde se hallaba el Estado Mayor militar de De Gaulle, y de Argel, sede de su Gobierno provisional, tenían un doble objetivo. Por una parte, Jacques Chaban-Delmas tenía que mantener un control absoluto sobre los elementos clandestinos armados de París. Y, por otra, bajo ningún pretexto debía permitir que estallase una rebelión armada en la capital, sin la previa autorización directa de De Gaulle.

Chaban-Delmas no ignoraba que estas órdenes eran de ejecución imposible. Siendo un general sin tropas, no tenía medios para ejercer un control directo sobre todos los elementos armados dispersos por París. Sabía perfectamente que la mayor parte de ellos no obedecían más que a los comunistas.

El jefe de Estado Mayor de las FFI era un general comunista, llamado Alfred Malleret-Joinville. La zona de la Île-de-France la dirigía un pequeño bretón, también comunista, llamado Rol-Tanguy. El adjunto directo de aquél era un comunista enérgico, denominado Fabien, el mismo que, dos años antes, en la estación del Metro de Barbés, había dado muerte al primer alemán caído en París.

El partido controlaba los Sindicatos y una buena parte de la Prensa clandestina. De los tres Comités de liberación, dominaba a dos y había neutralizado al tercero[11]. Por medio de una operación audaz, un comando comunista se había apoderado de los considerables fondos que el Estado Mayor de las FFI de Londres destinaba a Chaban-Delmas. Hacía meses que los comunistas reforzaban su situación sin cesar, situando a sus hombres en todos los puestos de control de la capital. Chaban-Delmas y sus adjuntos habían visto día tras día, angustiados e impotentes, cómo muchos hombres ingresaban en las filas de las milicias comunistas armadas, que se organizaban en la

sombra.

No obstante, ninguna organización se había batido mejor que el partido comunista, ni había pagado un tributo más considerable a la causa de la liberación de Francia. Aunque, para entrar en la batalla clandestina contra los nazis, hubiese esperado a que Hitler invadiera Rusia o que otros movimientos los hubiesen ya precedido, los comunistas, por su número, por su disciplina y por su valor, constituían, durante aquel verano, uno de los grupos más potentes de la Resistencia francesa[12]. Tanto por conducto de sus emisoras clandestinas de radio, como por medio de los agentes instalados en Suiza, el Partido nunca dejó de recibir ayuda e instrucciones de Moscú.

El prestigio del Partido jamás había sido tan grande como en aquel verano.

Ahora bien, todos los sacrificios que los comunistas habían soportado durante tres años de lucha clandestina debían reportarles ahora sus frutos. Y estos frutos, ante todo, habrían de ser recogidos en París.

Jacques Chaban-Delmas sabía que los comunistas se preparaban para desatar la gran insurrección popular que arrojaría a los alemanes de las calles de París y los convertiría en sus dueños. «Me hallaba convencido —confesaría luego— de que los comunistas estaban dispuestos a arriesgar la destrucción de la ciudad más bella del mundo para poder hacerse con esta ocasión única que ofrecía la posibilidad de una nueva Comuna».

Durante semanas, se había esforzado en convencerles para que renunciaran a sus proyectos. Había fracasado. Chaban-Delmas, como todo París, había oído a través de la B.B.C. las noticias de la sublevación de Varsovia. Para que París pudiera evitar el trágico destino de la capital polaca, no había más que una esperanza: la entrada inmediata de los aliados en la ciudad, lo cual impediría que los comunistas pudieran completar sus preparativos. Sin embargo, esta última esperanza había sido barrida por el mensaje que Alain Perpezat había traído en su zapato. La sublevación estallaría.

A partir de ese momento, se cernirían sobre París dos terribles amenazas. O bien la Wehrmacht aplastaría la rebelión, tal como había hecho en Varsovia, y la Villa quedaría reducida a un montón de ruinas, o bien los comunistas lograrían hacerse con el poder. Sería entonces una capital comunista la que recibiría a Charles de Gaulle. A Chaban-Delmas no le cabía duda alguna de que, en ese caso, le dictarían sus propias voluntades. Y temía que la Francia de la posguerra corriera el riesgo de verse abocada por entero a una nueva tragedia.

Para el joven general y para algunos de los hombres del Ejército secreto que representaba a Charles de Gaulle en aquel París que hollaban aún las botas alemanes, no quedaba más que una sola oportunidad de liberar a la Villa de aquel dilema. Chaban-Delmas debía efectuar el mismo viaje que había realizado Alain Perpezat, pero en sentido inverso. Intentaría llegar a Londres. Pondría sobre aviso a De Gaulle,

a Churchill, a Roosevelt. Con la energía que da el desespero, suplicaría a Eisenhower que alterase sus planes y enviara en seguida sus tropas blindadas sobre París.

7

Lanzado a ciento veinte kilómetros por hora, el Horch descapotable cruzaba la Champagne. A cada lado de la carretera, se veían los rojos racimos que completaban su madurez bajo el cálido sol de aquella tarde ya mediada. Instalado confortablemente dentro del coche, Dietrich von Choltitz comía el bocadillo de pan y salchicha que le había preparado su chófer, Alfred Priez. Choltitz no había tenido tiempo de detenerse en París, aquella mañana.

Apenas había llegado ante la villa de tejas rojas de Saint-Germain-en-Laye, que albergaba el cuartel general del O. B. West, cuando un coronel empapado en sudor saltó de su caballo y se precipitó a su encuentro.

—Enhorabuena, mi general —saludó el coronel Heinz Abey, jefe de personal del O. B. West—. Tiene usted un nuevo cargo. Acaba de ser nombrado comandante del Gross Paris[13].

Abey había añadido que el general debía presentarse inmediatamente en Berlín para recibir las últimas instrucciones, antes de ocupar su puesto. Choltitz tomó en el acto la ruta del Este, evitando la pequeña vuelta que habría representado cruzar la Villa cuyo destino iba a encontrarse pronto en sus manos. Quería ganar tiempo. De todas formas, ya había estado dos veces en París. Después de veintiocho años de carrera militar, París representaba solamente para Choltitz un nuevo cargo.

Al cabo de siete días, cuando los periódicos de París anunciasen su llegada, el oficial que en aquellos momentos iba mordiendo una salchicha no sería sino un general alemán más para los tres millones y medio de parisienses.

Sin embargo, para cierto Burgdorf, del cuartel general de Hitler, Choltitz no suponía solamente «*un* general más» en aquella tarde. El general Wilhelm Burgdorf era el jefe de personal de los oficiales superiores del Ejército de Tierra. Había sido él mismo quien había escogido a Choltitz para el mando del Gross Paris.

Tres días antes, Burgdorf había sacado tres carpetas del archivo secreto que guardaba en una caja fuerte. Una de ellas llevaba el nombre de Dietrich von Choltitz.

Al estudiar la carpeta, una cosa había llamado la atención de Burgdorf: la lealtad de aquel oficial parecía estar por encima de toda sospecha. Burgdorf tenía necesidad de hombres de aquel temple. El derrotismo se estaba convirtiendo en una gangrena cada día mayor dentro del generalato alemán. La guarnición de París parecía ser la más afectada por este mal. El comandante en jefe de Francia, el general Karl von Stülpnagel, había sido uno de los principales actores en la conspiración del 20 de julio. Ciego y moribundo, después de su tentativa de suicidio, yacía entonces sobre un lecho de paja en una cárcel berlinesa de la Ploetzensee. Pronto sería ahorcado por

orden de Hitler. El actual comandante del Gross Paris, el viejo general Wilhelm von Boineburg, no inspiraba ya confianza a Burgdorf. Tenía grandes sospechas de que también había intervenido en el complot.

Burgdorf sabía que, para los días difíciles que se preparaban en París, el O.K.W. tenía necesidad de un hombre cuya obediencia y lealtad fuesen incondicionales. Creía que Choltitz podía ser ese hombre. Burgdorf había sometido la carpeta al examen del mismo Führer y recomendado su nombramiento.

—Choltitz jamás ha discutido una orden, por dura que ésta haya sido —dijo a Hitler.

Para aquel oficial irreprochable que los nazis enviaban a París, la guerra en el Oeste había comenzado a las 5 horas, 30 minutos de la mañana del 10 de mayo de 1940. Salido en el primer Junker 52 que aterrizó en el aeropuerto de Rotterdam, el teniente coronel Von Choltitz, a la cabeza del 3er Batallón del 16º Regimiento de infantería aerotransportada, fue indiscutiblemente el primer invasor alemán del Oeste[14]. Su misión consistía en tomar los puentes sobre el Nieuwe Mass, al sur de la ciudad[15].

Preguntado más tarde si el haber dirigido una operación que violaba de forma tan manifiesta la neutralidad de un país no había turbado nunca su conciencia, Choltitz contestó simplemente: «¿Por qué?»

Se había acostumbrado a no hacerse preguntas a sí mismo. Su destino estaba trazado ya desde el día de su nacimiento en la hacienda forestal de su familia, en Silesia. Antes que él, tres generaciones habían abandonado la vieja casa de techo de pizarra para ingresar en el Ejército. Dietrich von Choltitz, formado en la dura disciplina de los cadetes de Sajonia, había demostrado tal ardor que mereció ser designado para servir como paje en la Corte de la reina de Sajonia.

Choltitz había vivido las horas más gloriosas de su carrera durante el sitio de Sebastopol. Fue allí donde ganó las estrellas de general. Cuando se inició el sitio del gran puerto del Mar Negro, su regimiento contaba con cuatro mil ochocientos hombres. El 27 de julio de 1942, no le restaban más que trescientos cuarenta y siete sobrevivientes. Pero Dietrich von Choltitz, con el brazo atravesado por una bala, había tomado Sebastopol.

Para obtener la victoria, no había vacilado en obligar a los prisioneros rusos a transportar las municiones hasta los cañones y a cargar las baterías. A menudo había recordado aquella «buena broma» que había jugado a los rusos, al obligarles a servir los cañones cuyos obuses harían saltar sus propias casas.

La división de Von Choltitz fue luego destinada al grupo de Ejércitos del centro y le fueron encargadas misiones de combates de retaguardia. De acuerdo con su costumbre, su general ejecutó puntualmente las órdenes que recibía. Y en aquel año de 1942, tales órdenes eran de no dejar tras de sí más que tierra calcinada.

Tal era la reputación de destructor que llevaría consigo a París aquel general desconocido que atravesaba en el atardecer los viñedos de la Champagne. Y dicha reputación no era completamente inmerecida.

Choltitz mismo habría de confesar más tarde a un diplomático sueco:

—Después de Sebastopol, no he tenido otra misión que proteger la retirada de nuestros Ejércitos y arrasarlo todo tras ellos.

8

Cansados y resignados, los que acababan su permiso esperaban a lo largo del andén. El «Fronturlauberzug» de Berlín saldría pronto despidiendo vapor negro, de la estación de Silesia y los devolvería al frente del Este.

Choltitz había cogido con frecuencia este mismo tren. Sin embargo, sería otro el que había de trasladarle aquella noche. Unas palabras en francés, medio borradas, que podían leerse aún sobre el costado exterior del vagón donde se le había reservado una litera, trajeron recuerdos de otros tiempos a la mente de Choltitz. El viejo coche de la «Compagnie Internationale des Wagons-lits et des Grands Express Européens» pertenecía al «Offizier General Führersonderzug De 2», el tren que conduciría al general a Rastenburg, en la Prusia oriental, donde, a la mañana siguiente, celebraría su primera entrevista con Hitler.

Dietrich von Choltitz empezó a desabrocharse la guerrera. El fiel Priez había preparado sobre la mesa de caoba barnizada del lavabo el jabón, la vieja navaja de afeitar Gillette y el tubo de píldoras de Rivonal que el general necesitaba para dormir.

Choltitz estaba acostumbrado a las largas jornadas en coche. No obstante, aquella noche se sentía fatigado. Salido de Normandía a las cinco de la mañana, había llegado a Berlín sobre las nueve de la noche. Apenas instalado en una habitación del hotel Adlon, el teléfono había empezado a sonar. Era Burgdorf, que le ordenaba acudir inmediatamente a Rastenburg. Hitler deseaba entregarle en persona su nuevo mando, le comunicó. La entrevista había sido fijada para la mañana siguiente, a las once treinta.

Esta llamada le preocupaba. Eran raros los mariscales a los cuales requería Hitler para entrevistarse personalmente. Y mucho más raros aún eran los generales a los que se dignaba conceder una porción de su precioso tiempo. ¿Cuál podía ser, se preguntaba Choltitz, la razón de tal honor? Cuando el tren arrancó por fin, resolvió cesar de atormentarse. Se dedicó entonces a hojear un grueso volumen que había cogido de la biblioteca del hotel Adlon. Era la *Historia militar de la guerra franco-prusiana*.

En París, bajo el techo de cristales de la estación de Lyon, a mil quinientos kilómetros de la estación berlinesa, arrancaba otro tren aquella noche. Jacques Chaban-Delmas era el único, entre todos los viajeros que habían tomado el tren por asalto, enterado de que, antes de llegar a Lyon, aquel tren corría el riesgo de verse inmovilizado durante largas horas, a causa de los descarrilamientos previstos por el proyecto de sabotaje que tendía a desorganizar las comunicaciones alemanas. El mismo Chaban-Delmas había intervenido en la elaboración del plan. Algunas horas

antes, había ordenado que, a título de excepción, se dejara pasar el París-Lyon de la noche, en el cual viajaría él mismo. Sumido en la oscuridad que reinaba en su departamento, Jacques Chaban-Delmas sólo podía aguardar y anhelar que sus órdenes hubiesen llegado hasta los hombres, que por dos veces en la noche, debían deslizarse a lo largo del balasto para hacer saltar la vía.

Porque, a la noche siguiente, en un campo próximo a Mâcon, el general Chaban-Delmas tenía una cita con un Lysander. Al igual que todos los aviones que se posaban sobre la Francia ocupada, este Lysander tendría la consigna de esperar a su pasajero sólo por espacio de tres minutos. Luego, con o sin él, despegaría y regresaría a Inglaterra. Chaban-Delmas creía firmemente que de la exactitud de esta cita dependía la salvación de París.

9

Durante los trece años que había servido en los Ejércitos del Tercer Reich, Dietrich von Choltitz no se había encontrado ante Hitler más que una sola vez. Ocurrió en el verano de 1943, con ocasión de un almuerzo en el cuartel general del general Von Manstein, cerca de Dniepropétrovsk. Choltitz se había encontrado sentado delante mismo de Hitler. Gracias al religioso silencio que había acompañado el acostumbrado monólogo del Führer, Choltitz había podido observar a su placer al amo del Tercer Reich. Tres cosas le habían sorprendido en él: el optimismo contagioso que emanaba de su cuerpo nervioso, la total ausencia de sonrisa en su cara y, finalmente, los modales de campesino silesiano con que comía.

Dietrich von Choltitz iba, pues, a ver de nuevo a Hitler, un año más tarde, en aquella tormentosa mañana de 7 de agosto de 1944. Pero las circunstancias habían cambiado. No se habían realizado las optimistas predicciones lanzadas durante el almuerzo sobre las riberas del Dniéper. Las vanguardias del Ejército Rojo estaban a menos de cien kilómetros de la «Guarida del Lobo» y Choltitz sabía mejor que nadie que, en el Oeste, la Wehrmacht perdía la batalla de Normandía.

Sin embargo, tal como luego confesaría él mismo, el oficial general que se apeaba del tren especial del O.K.W. estaba dispuesto a dejarse «reconfortar» de nuevo por Hitler. Choltitz tenía fe en la misión histórica de Alemania. Creía aún en la victoria. Pero, al igual que todo creyente sentía vacilar su fe bajo los golpes que se iban asestando a su país. Esta entrevista con Hitler constituiría, por tanto, una especie de peregrinaje, del que esperaba salir con nuevas fuerzas, «tranquilizado y convencido de que quedaba todavía una posibilidad de cambiar el resultado de la guerra».

El hombre que lo recibió al bajar del tren era el ayudante de campo personal de Hitler, el general Rudolf Schmudt. El Mercedes del general Schmundt se internó en seguida bajo el espeso follaje del bosque y tomó la ruta de Wolfsschanze —la «Guarida del Lobo»—. En el primer puesto de guardia de los tres «Sperrkreis» —los cinturones de protección—, Schmundt explicó, excusándose, que las medidas excepcionales de seguridad en vigor después del atentado del 20 de julio exigían que todos los equipajes de los visitantes fuesen revisados. Cumplida esta formalidad, el coche franqueó, uno tras otro, los tres cinturones de protección, compuestos de alambres espinosos, campos de minas y ametralladoras antiaéreas. Choltitz llegó entonces a un último cinturón de alambres espinosos electrificados, que protegía el santuario en cuyo interior vivían el dictador nazi y sus colaboradores principales, bajo la guardia de siete compañías del Regimiento escogido «Gross Deutchland».

El general Burgdorf esperaba al visitante, para conducirlo de inmediato ante el

Führer. Camino del *bunker* y tras haberle señalado Burgdorf con el dedo los restos destrozados de los barracones donde había explotado la bomba del 20 de julio, Dietrich von Choltitz expresó su gratitud por la confianza de que se le hacía objeto y preguntó qué era lo que le valía tal honor.

—Sabemos —contestó Burgdorf solícitamente— que cumplirá usted con su deber en París.

Los dos jóvenes oficiales que montaban guardia ante la puerta del *bunker* de Hitler cachearon a los dos hombres para asegurarse de que no llevaban arma alguna encima. Luego, se apartaron. Con los dedos crispados sobre la visera de la gorra y sintiendo tras él respiración contenida de Burgdorf, Choltitz se adelantó hasta el centro de la habitación, que carecía de ventanas. Cuando llegó a media distancia del hombre que permanecía en pie tras un sencillo escritorio de madera, se detuvo. A continuación, se puso rígidamente en posición de firmes, levantó el brazo y ladró:

—¡A sus órdenes, mi Führer![16]

Pero el hombre que, en aquel momento, descubría el visitante era bien distinto del que había visto un año antes. Su cara estaba grisácea, con los rasgos cansados. Parecía, como él mismo diría luego, «un viejo». Los ojos saltones habían perdido toda su llama y los hombros se habían curvado. Choltitz observó también que su mano izquierda temblaba y que procuraba disimular este temblor con la derecha[17]. Pero lo que más llamó la atención del visitante fue el cambio experimentado por la voz de Hitler. Los roncos ladridos que habían galvanizado y aterrorizado a centenares de millones de hombres, ahora, en el fondo de aquel *bunker* iluminado con neón, no eran ya más que un vago gruñido. Un año antes, la voz del Führer había prestado nueva confianza al mismo Choltitz.

No obstante, Hitler reservaba para el nuevo comandante del Gross Paris el crescendo acostumbrado en las grandes escenas de su repertorio. En voz baja, casi inaudible, evocó primero el pasado, las circunstancias en que había creado el partido nacionalsocialista y la herramienta perfecta en que lo había convertido, para conducir al pueblo alemán al destino histórico que le correspondía.

Pronto el vago gruñido se hizo más fuerte y más distinto. Hitler empezó a divagar. Hablaba de la victoria, de las armas secretas, de Normandía. De su boca surgían ahora alaridos que la deformaban. Apenas salido del *bunker*, Choltitz rememoró algunas de las palabras que Hitler había pronunciado aquella mañana. Al evocar el atentado del 20 de julio, Hitler había rugido de repente:

—Decenas de generales, Herr general, se balancean de una cuerda por haber pretendido impedirme que prosiguiera mi obra. Pero esta obra, que es conducir el pueblo alemán a la victoria, nadie logrará evitar que la lleve hasta el fin…

Explica Choltitz que, al pronunciar estas palabras, le babeaban las comisuras de los labios. Como un diablo saliendo de la caja, el Führer se levantaba, gesticulaba y

se dejaba caer en el sillón. Su mirada se iluminaba entonces con fulgores feroces.

Con la cara convulsionada, sacudido el cuerpo por espasmos, con los ojos ardientes, despotricó todavía un buen rato contra la «pandilla de generales prusianos» que habían tratado de matarle. Luego se calmó. Tras un largo silencio, levantó los ojos hacia el general, que había cruzado media Europa para aquella entrevista. Dietrich von Choltitz releería luego tantas veces en su carnet las pocas palabras que salieron a continuación de la boca del Führer, que pronto las sabría de memoria.

—Va usted, pues, a París — exclamó Hitler—. A París, donde, según parece, las únicas batallas importantes son las que se entablan en torno a la ocupación de las mejores plazas en el cuarto de los oficiales […]. ¡Qué vergüenza para nuestros soldados, que están librando la más grande batalla de la historia! Empezará usted, pues, Herr general, por poner orden en todo eso […]. Luego hará usted de París un frente de batalla y velará para que se convierta en el terror de los emboscados y de los fugitivos. A este fin, Herr general, le nombro comandante en jefe del Gross Paris y sus poderes serán los más extensos que haya ostentado nunca un general […]. Le concedo todas las prerrogativas de un comandante dentro de una plaza sitiada…

Hitler dejó entender entonces que se avecinaban duras jornadas para París y que era posible que se dictaran órdenes severísimas. Se esperaba de Choltitz que las ejecutara sin debilidades.

—Aplastará, por tanto —había añadido Hitler—, toda tentativa de rebelión de la» población civil, reprimirá sin piedad todo acto de terrorismo, todo sabotaje contra las fuerzas armadas alemanas. Puede usted estar seguro, Herr general, de que para ello recibirá de mí todo el apoyo que pueda necesitar.

Choltitz recordaría siempre «la mirada cruel, inhumana, demente» que había acompañado a estas últimas palabras. Aquel mismo día, ante su chófer, exclamó:

—Priez, lo que me espera en París… ¡Es terrible…!

Dietrich von Choltitz había ido a Rastenburg para ver a un jefe. Sólo había encontrado a un enfermo. Muchas cosas sucederían como resultado de esta decepción.

10

Ante los ojos de los dos hombres agotados que, en aquel momento, cruzaban el Sena por el puente de Saint-Cloud, dentro de su Horch cubierto de ramaje, los techos de París aparecieron, al contrario, como la tierra prometida. El joven y brillante general Walter Warlimont y el mayor Helmunt Perponcher, su ayudante de campo, no podrían olvidar jamás los dos días que acababan de pasar en el frente de Normandía.

Warlimont, jefe de Estado Mayor adjunto de la Wehrmacht, había sido mandado por Hitler a Normandía para supervisar el contraataque de Avranches. Se trataba de la *Operación Liége*. Tenía por objetivo estrangular el gollete por el cual los tanques de Patton se colaban hacia la Bretaña. La operación habría fracasado. Durante las pocas horas que había pasado en el frente, Warlimont había visto derrumbarse la última esperanza que le quedaba a Alemania de rechazar a los aliados hacia el mar. Las divisiones alemanas habían sido clavadas en el suelo por la aviación angloamericana. Incluso él mismo y su ayudante de campo habían escapado gracias a la gran habilidad de su chófer.

El coche, cubierto por una espesa capa de barro, bordeó el Sena y llegó por fin al patio del Palacio de Luxemburgo. Antes de regresar a Rastenburg, Warlimont haría un breve alto en París y comería con el hombre cuyos aviones habían necesitado tan trágicamente los soldados de Normandía, el mariscal Hugo Sperrle, comandante en jefe de la Luftwaffe en el frente del Oeste.

Ceñido en una chaqueta blanca inmaculada, con el pecho lleno de condecoraciones, el grueso mariscal pareció al joven general «la imagen misma de la serenidad casi inconsciente que parecía reinar en los Estados Mayores alemanes instalados en París, a primeros de agosto de 1944»[18].

En aquellos suntuosos salones, donde tan a menudo habían dado sus fiestas María de Médicis, Luis XVI y Napoleón, en aquel Palacio de Luxemburgo, cargado de historia, donde la República francesa había instalado la asamblea de sus sabios, el mariscal y su Estado Mayor eran probablemente los últimos oficiales del Tercer Reich que, en aquel verano, llevaban aún sus chaquetas blancas. Mostrando a su huésped el lugar en que el lápiz de David había dibujado su primer esbozo del *Rapto de las Sabinas*, Sperrle levantó la copa de champaña y brindó por «aquel París, en el que la cruz gamada debía seguir ondeando por mil años más».

Pero no eran solamente los oficiales superiores de la Wehrmacht los que, en aquellos primeros días de agosto de 1944, esperaban que la cruz gamada siguiera ondeando en París mil años más. Para centenares de oficiales modestos y para muchos soldados rasos, los años de guerra transcurridos en París habían sido los

mejores de su vida. El *Sonderführer* berlinés Alfred Schlenker, por ejemplo, gran amante de la música y que ejercía de intérprete en el tribunal militar donde diariamente, desde hacía tres años, se condenaban parisienses a muerte, no había faltado ni a una sola representación de la Ópera. Aquella noche, como cada martes, esperaba el regreso de su camarada Eugen Hommens, que había iba a bañarse a Nogent-sur-Marne con su amiguita francesa, para degustar con él, en el comedor del Palacio, su plato favorito: callos a la Koenigsberg.

En el otro extremo de París, en el elegante hotel particular que había hecho requisar para su servicio en Neuilly, el aristócrata coronel Hans Jay, *vedette* de los concursos hípicos internacionales de antes de la guerra, entraba en aquel momento en su cuarto de baño. Por espacio de varios minutos contempló su imagen en el espejo. Al fin, se encajó el monóculo, pensando quizás en la cara de la jovencita a quien pensaba seducir aquella noche, con la complicidad de la penumbra del cabaret «Shérézade». Desde su llegada a París, en 1943, este hombre pequeño y cortés había sido uno de los más asiduos concurrentes del París nocturno. Y en aquellos primeros días de agosto, nada parecía ocurrir que pudiera hacer variar sus costumbres.

Al otro lado del Bois de Boulogne, en el número 26 de la elegante avenida Raphaël, en pleno centro de Passy, una bonita rubia de veinticuatro años, llamada Annabella Waldner, al igual que había hecho cada noche desde hacía cuatro años, encendía los candelabros de plata maciza del hotel particular propiedad del perfumista millonario François Coty. Hacía, en efecto, cuatro años que Annabella era el huésped oficial de aquella bella mansión, residencia del gobernador militar de la Villa de París.

Había visto desfilar por sus salones toda la crema de la Alemania nazi, de la Italia fascista, de la Francia de Vichy. Las cavas y los armarios sobre los cuales reinaba contenían los más raros vinos de Francia, el caviar de Rusia, el mejor *foie-gras* del Perigord. Para una mujer como ella, joven y bonita, aquellos cuatro años habían sido el sueño de la Cenicienta. Tenía su coche propio, un chófer e, incluso, ¡supremo favor!, un palco en la Ópera: el del general.

Alemanes como Hans Jay y Annabella Waldner no eran los únicos, durante aquella noche, que confiaban en que la bandera gamada ondease mil años más sobre la capital francesa. Varios parisienses compartían también tal esperanza. Para la morena Antoinette Charbonnier, de veinticinco años de edad, hija de un muy respetable industrial parisiense que había perdido un brazo en Verdún, nada podía ser más horrible que la perspectiva de la liberación de París. Antoinette Charbonnier estaba enamorada de un oficial alemán. Los semidioses victoriosos de junio de 1940, como había de confesar ella misma, la habían subyugado. Según recuerda, «con su mirada de acero, las botas negras, los pechos hinchados y sus cabellos rubios encarnaban un mundo nuevo en el que, de repente, sintió ganas de entrar. Un mundo

de fuerza, de belleza, de virilidad». Durante cuatro años había vivido en aquel mundo. Del brazo del capitán Hans Werner había desafiado a sus padres, a sus amigos, a su mundo. Habían vivido juntos la bella época del Tercer Reich en París. Se los había visto en el cine, en el cabaret, en el teatro. Patriotas indignados habían escupido al paso de Antoinette y había recibido anónimos amenazadores. Pero, enamorada como estaba de Hans Werner, engañada por la propaganda de la colaboración, la parisiense Antoinette Charbonnier había acabado por creer en los milagros de Hitler. No podía imaginarse que un día su sueño acabaría. Aquella noche, los violines de *monseigneur* la harían girar una vez más entre los brazos del capitán Hans Werner. En el abrazo, su corpiño se juntaría con la Cruz de Hierro del bello oficial.

Sin embargo, no había hombre que apreciara mejor París que el ordenanza del general Von Choltitz, el cabo Helmut Mayer. Las primeras noches, en su habitación del Ritz, había tenido varias pesadillas. Había visto aviones terroríficos que se le echaban encima, volando en picado. Para Helmut Mayer, al igual que para muchos alemanes, este milagro que evitaba a París lo que sucedía en Berlín, Hamburgo, Múnich, Colonia, era la cosa más incomprensible del mundo.

Aquella noche, Helmut Mayer, por primera vez desde hacía diez meses, fue al cine. Vio el primer episodio de *La familia Bucholz*, una comedia alemana que se proyectaba en el cine Vendôme. Mayer confiaba en que el general no regresase demasiado pronto. El segundo episodio no se ofrecería al público hasta dentro de una semana, y Mayer no quería dejárselo perder por nada del mundo.

11

El cabo Helmut Mayer iba a verse decepcionado en sus esperanzas. A la misma hora en que él entraba en el cine Vendôme, Choltitz se hallaba ya camino de París. El general había salido de Rastenburg, acompañado de su chófer Alfred Priez, a las siete de la tarde en el tren especial del GCG, de Hitler. El mismo Mercedes negro que había ido a buscarle por la mañana lo había acompañado hasta el largo vagón, pintado de azul y amarillo. Pero esta vez, al lado del chófer se había sentado un joven teniente del Regimiento «Gross Deutschland». Cuando el coche se detuvo al lado del tren, el joven teniente había cogido la mano del general, murmurando:

—¡Buena suerte, mi general! ¡Cómo le envidio a usted el que vaya a París!

Choltitz debía recordar luego el increíble consuelo que le produjo esta confidencia: «No podía pensar, aquella noche, que hubiese un solo ser en el mundo que me envidiase por ir a París». La entrevista que había sostenido por la tarde con el jefe de Estado Mayor de la Wehrmacht, el coronel general Alfred Jodl, no le había dejado duda alguna sobre la naturaleza de la misión que se le confiaba en París. Esta misión, resumida por Jodl en una orden de cinco puntos, tenía unas características tales que hacía presentir a Choltitz que le obligaría a manchar su propio nombre y honor con la sangre y las cenizas de la ciudad más bella del mundo.

A través del cristal de su departamento, el general vio desaparecer los pinos de Rastenburg. Pronto llegó la noche y el «Führer Sonderzug» oblicuó hacia las grandes llanuras trigueras, planas y monótonas, de Brandebourg. Del bolsillo de su chaqueta sacó un cigarro que le había regalado el mariscal Keitel aquel mismo día, al terminar de almorzar. Metódicamente lo cortó con la punta de los dientes. Luego, al darse cuenta de que no tenía cerillas, se levantó y abrió la puerta del pasillo. A mitad del mismo, acodado en la ventana abierta un viajero de cabellos canos y el pecho adornado con la cruz gamada de los *Reichsleiter* fumaba tranquilamente. El general creyó reconocer en él al *Reichsleiter* que se había sentado a su lado en la mesa del mariscal Keitel. Su nombre, se acordaba bien, era Robert Ley. El alto dignatario nazi parecía estar de un humor excelente. Se apresuró a encender el cigarro de Choltitz y pronto los dos hombres se enzarzaron en franca conversación. Choltitz explicó al *Reichsleiter* que acababa de ser nombrado gobernador militar de París. Describió la entrevista que había celebrado con el Führer y la misión especial que le había encargado. El *Reichsleiter* le felicitó cordialmente y expresó su convicción de que un soldado de su valía podía estar seguro de obtener el éxito en todo lo que emprendiera. Propuso, además, un brindis por el buen fin de aquella misión. Aquellos *Französiche Schweine* (cerdos franceses) dijo producían vinos maravillosos. El *maître d hotel* de

Hitler, precisamente, acababa de regalarle una botella de «Burdeos», que le encantaría compartir allí mismo con el nuevo comandante del Gross Paris.

Los dos hombres fueron a instalarse en el departamento del general y comenzaron a beber alegremente.

Confidencia por confidencia, el alto dignatario nazi reveló al general Von Choltitz que él también había hablado con el Führer. El motivo de la entrevista era el texto de una nueva ley que había preparado y que, finalmente, había obtenido la conformidad de Hitler. Aquella ley sería promulgada al día siguiente, en Berlín. El *Reichsleiter*, dibujando finos arabescos con el humo de su cigarro, explicó que dicha ley sería llamada la *Sippenhaft*.

—¿La *Sippenhaft*? —repitió Choltitz, extrañado.

Con el más puro acento de la región de Hannover, de la que era originario, el *Reichsleiter* explicó que, en aquel momento, Alemania atravesaba uno de los períodos más difíciles de su historia. Choltitz debía saber que diariamente había generales que la traicionaban. Unos se rendían al enemigo sin combatir, otros se mostraban inferiores a su misión y otros, en fin, buscaban incluso suprimir al Führer. Tales debilidades, continuó, eran intolerables. Era evidente que los generales alemanes no podían tener más que una ambición: ejecutar las órdenes del Führer al pie de la letra.

—La *Sippenhaft*[19], mi querido general, velará precisamente porque esto se cumpla.

Con voz tranquila y sin revelar la menor emoción, el *Reichsleiter* dijo entonces al general que, a partir del día siguiente, 8 de agosto de 1944, «las mujeres y los hijos de los oficiales alemanes serían considerados como rehenes. Las familias responderían del comportamiento de los hombres. En ciertos casos, los rehenes podrían ser incluso condenados a muerte y ejecutados».

«Al oír estas palabras —confesaría más tarde Choltitz—, sentí un prolongado escalofrío a lo largo de mi viejo cuerpo de soldado». Contempló el líquido carmesí que quedaba aún en el fondo de su vaso. De repente, sintió ganas de vomitar. Escogiendo cuidadosamente las palabras, logró balbucir que si la *Sippenhaft* consistía verdaderamente en aquello, era señal pura y simple de que Alemania volvía a las prácticas de la Edad Media. El *Reichsleiter* lanzó un suspiro. Choltitz y él, repitió, debían comprender que la situación actual exigía tales medidas.

Tras estas palabras, el *Reichsleiter* vació su vaso de un trago y se levantó. Los dos hombres se desearon buenas noches. No debían volver a verse jamás[20].

Aquella noche, el comandante del Gross Paris trató en vano durante muchas horas de conciliar el sueño. Asustado por la imprevista información de su compañero de viaje, pensaba en la suerte que podía correr su familia por virtud de esa ley demoníaca si por desgracia algún día no podía ejecutar las órdenes del personaje que

le había recibido aquel día en la atmósfera glacial de su *bunker*.

Dos días después, tras una breve estancia en Berlín, camino de París, se detendría en Baden-Baden para abrazar a sus dos hijas, Maria-Angelika, de catorce años, y Anna-Barbara, de ocho. Uberta, su esposa, fue a buscar al pequeño Timo a su cuna y el general lo hizo saltar sobre sus rodillas. Acaso fuese ésta la última vez en que el severo general alemán vería a aquellos cuatro seres, lo que más quería en el mundo y a los que había visitado tan pocas veces en el transcurso de los cinco años de guerra.

A las tres de la madrugada, Choltitz no dormía aún. Hizo entonces lo que nunca había hecho en su vida: se tragó de una vez tres píldoras de «Rivonal» y cayó en un sueño profundo.

12

En el fondo del valle, la pequeña villa se despertaba apenas, envuelta en un manto de niebla. Una mujer anciana abría su tienda al final de la Viktoriastrasse, tras las cúpulas de la iglesia rusa. Era Frau Gerber, la panadera. En otros tiempos, a aquella hora, solía pararse ante la puerta algún «Duisenberg», o un «Rolls», o un «Bugatti». Para los noctámbulos en traje de noche o en frac constituía una tradición terminar la noche con los *bretzels* de Frau Gerber. Pero en Baden-Baden, durante este quinto año de guerra, no había ya noctámbulos. El casino de la bella época, que se alzaba al final del césped, tras las columnatas blancas, estaba cerrado. El primer cliente de Frau Gerber sería aquel día la primera sirvienta de una familia de refugiados del barrio. Para Dietrich von Choltitz, los *bretzels* comprados por Johanna Fischer serían los últimos de la guerra.

Entre Rastenburg y Baden-Baden, el general no había hecho más que un breve alto en Berlín el tiempo justo para que Priez se acercara a un almacén y comprara las nuevas charreteras que, en adelante, debía llevar el uniforme de su amo. En efecto, al descender del «O.K.W. Zug»[21], un telegrama esperaba a Choltitz. Firmado por el general Burgdorf, informaba al comandante del Gross Paris de que, por «decisión especial del Führer», había sido promovido al grado de general de Cuerpo de Ejército.

Durante toda la noche, en el coche, Dietrich von Choltitz no cesó de preguntarse qué oscuros designios ocultaba esta súbita promoción. Sabía que el O.K.W. no había confiado nunca el gobierno de una ciudad, aunque se tratase de una capital, a un general de Cuerpo de Ejército. En el mismo París, ningún gobernador había sobrepasado jamás el grado de general de división.

Cuando el Horch negro hubo alcanzado las primeras casas de Badén, Choltitz resolvió dejar de atormentarse. Sabía que para Uberta von Choltitz, nieta e hija de militares, no habría gozo mayor aquella mañana que las charreteras nuevas que adornaban la guerrera de su marido.

Maria-Angelika y Anna-Barbara se acuerdan todavía del desayuno pantagruélico que festejó la visita inesperada de su padre. «Había traído de Rastenburg —cuentan ellas— un enorme y misterioso paquete, que llamaba el paquete del Führer». Era el regalo que Hitler hacía entregar a los visitantes de la «Guarida del Lobo». Contenía *pumpernickel*, confituras, chocolate, latas de pastel, bombones e incluso un *stollen*, el suculento bizcocho con jengibre.

Sin embargo, Maria-Angelika y Anna-Barbara no harían más que entrever a su padre. Hacia las diez, recién afeitado, el general Von Choltitz se despidió de la

familia y subió al coche. Las breves horas de este encuentro no habían sido subrayadas, aparentemente, por emoción especial alguna. El servicio bajo la bandera alemana, generación tras generación, había terminado por anular el sufrimiento de las separaciones. Uberta von Choltitz se había acostumbrado ya a estas ausencias, tras dieciocho años de matrimonio. Para ella, París no suponía más que una nueva etapa en la carrera militar de su marido. Y si, a pesar de todo, sentía en aquel momento una opresión desacostumbrada, se trataba tan sólo de algo puramente personal, que no afectaba a nadie más que a ella y a la idea que ella se había formado de París. Uberta von Choltitz se había dado cuenta de que, unos minutos antes de arrancar el coche, Alfred Priez había subido a la habitación del general para bajar con una pesada maleta. Uberta sabía que aquella maleta contenía varios trajes de paisano.

13

Esa misma mañana, en la calle de Saint-Martin, un hombre avanzaba inclinado sobre el manillar de su bicicleta. Mientras pedaleaba, tarareaba una canción. Era el sindicalista Yvon Morandat. Tenía todos los motivos para sentirse alegre. Era joven. Estaba enamorado. Y pronto triunfaría la causa a la que se había entregado apasionadamente: se acercaba la hora de la liberación.

En aquel momento, Morandat se sentía incluso en seguridad. Sólo tres personas sabían que pasaría por aquella calle antes de las diez de la mañana: los tres jóvenes comunistas con los que estaba precisamente citado en la calle de Saint-Martin.

Para Yvon Morandat, la aventura había empezado una mañana de junio de 1940. Aquel día, en el Trentham Park de Manchester, cinco cazadores alpinos habían salido de las filas de su Regimiento para ir a reunirse con un general llamado De Gaulle. Morandat era uno de ellos[22]. Después, su instinto y su fe habían sido recompensados. Yvon Morandat era actualmente uno de los escasos parisienses en quien De Gaulle había depositado una confianza plena. Lo mismo que Jacques Chaban-Delmas, pertenecía a aquel pequeño grupo de hombres, escogido con sumo cuidado, que eran los responsables gaullistas.

Yvon Morandat imprimió mayor fuerza a los pedales. Pronto la acera que bordeaba la calle fue sustituida por un pequeño muro. Esto hizo comprender al ciclista que había llegado casi a su destino. Fue entonces cuando se dio cuenta de que otro ciclista, a su izquierda, pretendía pasarle. Cuando llegó a su altura, Morandat vio que un pie se proyectaba contra su rueda delantera. Desequilibrado de modo brutal por el choque, soltó el manillar y salió despedido en vuelo planeado hasta el pie del muro. En aquel momento, oyó el ruido del motor de un coche, que aceleraba en forma brutal. Se volvió y descubrió una mole que cargaba contra él con el ímpetu de un toro. Con un esfuerzo de riñones, intentó levantarse y asirse a las piedras para izarse sobre el muro, pero era demasiado alto. Un pensamiento relámpago le hizo aplastarse contra la pared. Sintió que el guardabarros del coche le rozaba, mientras las ruedas aplastaban la bicicleta. El coche siguió su camino y desapareció rápidamente por el bulevar Saint-Denis.

Aún temblaba Morandat cuando el primer transeúnte que pasó le ayudó a levantarse.

—¡Dios mío! —exclamó el hombre—. ¡Han intentado matarle!

Abandonando en la misma calle la bicicleta destrozada, Morandat se dispuso a seguir a pie al encuentro de los tres camaradas comunistas que lo esperaban. La sorpresa que leyó en sus rostros al verle le confirmó en su convicción. Yvon

Morandat quedó convencido para siempre de que, aquella mañana, sus amigos comunistas habían intentado matarle[23].

Arrodilladas en sus reclinatorios, algunas mujeres viejas, vestidas de negro, terminaban el rosario en la penumbra del coro. Acababa de finalizar la misa de las ocho, en la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois, bajo el mismo campanario que, cuatro siglos antes, había tocado la Saint-Barthélemy. De repente, un hombre hizo irrupción en la sacristía, donde el cura guardaba los ornamentos.

—Señor cura, quiero confesarme —dijo.

Muchos años después, antes de morir, cuando él mismo se había convertido en el cura de una pequeña aldea del Perigord, el austero coronel Henri de Margueritte revelaría por qué había querido confesarse aquella mañana.

Convencido de que, entre las filas de la Resistencia parisiense, de la cual él era uno de los jefes, había quien representaba una amenaza para el porvenir de Francia, había venido a pedir a un cura, dentro del secreto de confesión, la autorización para cometer un crimen.

El hombre a quien quería matar el coronel Henri de Margueritte, se llamaba Rol. Este hombre se había puesto a la cabeza de las fuerzas armadas de la Resistencia parisiense para sustituir al ingeniero Pierre Lefaucheux cuando éste había sido detenido. Era comunista. Oculto en su P.M. del Distrito Este, Rol tenía muchas preocupaciones aquella mañana. Estaba preparando lo que De Gaulle y Eisenhower más temían: la insurrección de París. Cuando esta insurrección estallara, él sería su jefe. Desde que había sido nombrado jefe regional de las Fuerzas Francesas del Interior para la Île-de-France, Rol no había dejado de prepararse, lo mismo que sus hombres, en espera de aquel momento.

Hijo de un oficial de Marina bretón, había dedicado más de la mitad de su joven existencia al servicio del partido comunista francés. A los trece años, tuvo que dejar la escuela para ganarse el sustento. Siguió entonces unos cursos nocturnos y se afilió al partido comunista. Convertido ya en sindicalista militante, Rol entró en la Renault como peón. Pero bien pronto la Renault, la Citroën, la «Bréguet», una tras otra empresa, expulsaban a este obrero, que no era sino un organizador de huelgas. En 1936, Rol se inscribió en las brigadas internacionales y combatió en España. Ocho años más tarde adoptaría, dentro de la Resistencia, el nombre de Rol, que correspondía a uno de sus camaradas caído en Sierra Caballes[24]. Cuando empezó la Guerra Mundial, tres años más tarde, Rol, por más comunista que fuese[25], no trató de escapar a las obligaciones militares de sus compatriotas. Cumplió valerosamente con su deber y fue herido mientras formaba parte de un Regimiento de tiradores senegaleses. Recuperado de sus heridas, se unió a las filas de la Resistencia y, a partir de ese instante, no había cesado de combatir. Su valor tranquilo, su feroz obstinación, su patriotismo indiscutible, constituían la admiración de todos, incluso de sus

enemigos políticos más encarnizados.

Que un católico ferviente, de nombre Henri de Margueritte, quisiera asesinar a este hombre, que un socialista llamado Morandat pudiese sospechar que los comunistas querían matarle, demostraba hasta qué punto las pasiones políticas amenazaban con desgarrar a la Resistencia parisiense, precisamente en el momento en que estaba a punto de sonar su hora más gloriosa.

Desde que, en el mes de junio, terminaron los envíos de armas a la región parisiense por medio de paracaídas, el foso que separaba a comunistas y gaullistas no había hecho más que ensancharse. Desde entonces, los comunistas seguían su propio camino. Sabían que su victoria dependía de la habilidad que desplegasen para movilizar y dirigir las masas populares parisienses. Éstas se hallaban lejos de estar sometidas a los comunistas, de compartir su fe ideológica y de aportar a la política estalinista el mismo apoyo incondicional. Sin embargo, la población de París, al igual que la del resto de Francia, no había sido tampoco ganada por el gaullismo militante. En realidad, las masas populares, lo mismo que la Resistencia organizada, estaban en su mayor parte integradas por franceses patriotas, ansiosos de arrojar al invasor. Y este deseo de acción inmediata se avenía mucho más con la táctica preconizada por los comunistas que con la sugerida por los gaullistas. Esto podía verse bien claro en el seno del Consejo Nacional de Resistencia, en el que los comunistas no disponían más que de la minoría de plazas que correspondían a su influencia y efectivos reales, pero en el que, cada vez que se debía escoger entre la espera o la acción, se producía la unanimidad.

Dentro de pocos días, los comunistas iniciarían la ola de huelgas que, inevitablemente, arrastraría a la Villa a una sublevación armada contra los alemanes. Para París, para sus habitantes, supondría una decisión cuyos riesgos serían incalculables. Pero los comunistas estaban dispuestos a pagar el precio que fuese.

Pronto el sólido bretón de nombre Rol, a quien el coronel Henri de Margueritte quería matar aquel día, pegaría con su puño encima de la mesa, a la par que gritaba:

—¡París bien vale doscientos mil muertos!

14

En el rellano del hotel particular que ostentaba el número 26 de la avenida de Raphaël, el general Wilhelm von Boineburg Lengsfeld y su ayudante de campo, subteniente conde Dankvart von Arnim, charlaban tranquilamente mientras esperaban la llegada de su invitado. Entre el anciano oficial con monóculo y el joven aristócrata brandemburgués se habían creado numerosos lazos durante estos dieciocho meses de relación. A causa de ello, prescindían de todo protocolo. Boineburg, que había sido mutilado cruelmente por un tanque soviético ante Stalingrado, donde mandaba la 23ª DB, había sido nombrado gobernador de París en febrero de 1943. Hasta la primavera del año siguiente, ningún territorio entre todos los ocupados por los nazis había sido más fácil de administrar que los cincuenta y cinco kilómetros cuadrados de la capital francesa[26].

El informe que, a las once horas de cada mañana, reunía en el hotel Meurice al gobernador de París y a los oficiales que mandaban las unidades de guarnición, no había sido hasta el 14 de marzo de 1944, más que una simple formalidad. Sin embargo, aquel día, se había presentado en casa del general Von Boineburg un oficial enviado por Berlín y se había hecho entregar un legajo polvoriento. Sobre la cubierta del mismo podía leerse: «Medidas de defensa para el caso de que el enemigo lance una operación aerotransportada sobre París». Este legajo había sido preparado en agosto de 1942, después del desembarco de Dieppe y, desde entonces, venía durmiendo en los archivos del Gobierno militar de París.

Diez días más tarde, el mismo oficial regresó de Berlín. Los oficiales del 3er buró del O.K.W., habían encontrado el plan de defensa «insuficiente en alto grado». Entre las modificaciones que le habían introducido, se contaban una serie de destrucciones que debían llevarse a cabo en la ciudad, en el caso de que se convirtiera en campo de batalla.

Juzgando que aquellas destrucciones eran tan inútiles como criminales, Boineburg había propuesto entonces al O.K.W. que constituyera una línea de defensa delante de París. Esta línea, dijo en su argumentación, ocupada por veinticinco mil hombres de la 325ª División de Seguridad, dotada de una artillería potente, supondría un obstáculo mayor en la ruta a París. Así nació un nuevo legajo. En los archivos del hotel Meurice se le dio el nombre de «Línea Boineburg».

Empezados activamente los preparativos desde el principio de la invasión, se habían frenado bruscamente a principios de julio. En el círculo inmediato del general Von Boineburg, se había esparcido una noticia extraordinaria: en Berlín, un grupo de oficiales se preparaba para suprimir a Hitler. Aunque nada hubiese dejado traslucir

nunca sus propias ideas, Boineburg comulgaba con las de los conjurados. Cuando, el 20 de julio la palabra clave *Uebung* llegó al Estado Mayor del general Von Stülpnagel, comandante militar en Francia, Boineburg no vaciló. En presencia suya el coronel Von Kraewel, a las 22,30 horas de la noche y a la cabeza de un batallón del 1er Regimiento de Seguridad, detenía a mil doscientos miembros de las SS y agentes de la Gestapo. Aquella misma noche, desde los salones del hotel situado en la avenida Raphaël, Boineburg oyó la voz de Hitler anunciando el fracaso de la conjuración y la represión implacable que caería sobre los conjurados.

Boineburg, resignado, había esperado entonces, día tras día, su propio castigo. Éste llegó en la tarde del 3 de agosto, en forma de un telegrama procedente del O.B.West[27]. Se le informaba simplemente de que el general Wilhelm Boineburg quedaba «suspendido en sus funciones en el cargo de gobernador militar de París y era remplazado por el general Dietrich von Choltitz».

El gobernador había quedado sorprendido en primer lugar por la clemencia de este castigo. Luego se había preocupado por saber quién sería aquel general que había de sustituirle. Consultó el Anuario del Ejército: «Rotterdam… Sebastopol…», fue lo que leyó.

Para el viejo general, el hombre que, hacia las ocho de la noche de aquel 9 de agosto, bajó de su Horch y ladró de repente un *Heil Hitler*! desde el rellano del número 26 de la avenida Raphaël, no podía ser otra cosa que un nazi incondicional, si se tenían en cuenta las circunstancias de la época. Al mirarle ascender secamente por las escaleras, Boineburg comentó en voz baja con su ayudante de campo.

—Créame, Arnim, seguro que se trata de *ein ganz harter*, un hueso duro.

Diez miradas de entomólogo esperaban al nuevo comandante del Gross Paris, en el pequeño salón de pana verde. Para el austero y arrogante coronel Von Unger, jefe de Estado Mayor, para el jefe del 2º buró, el enigmático coronel Hagen, para el elegante y cínico coronel Jay, jefe del 3er buró, y para algunos otros oficiales «era —según cuenta Dankvart von Arnim— un momento patético». Algunos de ellos habían participado activamente en la fase parisiense del complot del 20 de julio. Pero entre los otros se encontraban algunos nazis temibles. Por lo tanto, fuese cual fuere la política que adoptara en París, Choltitz debía efectuar una selección entre aquellos hombres. No obstante, en medio de aquellas caras desconocidas, dentro del marco demasiado refinado de aquella noche, sentía ya las primeras angustias de la soledad que le acompañaría hasta el mismo desenlace, dieciséis días después.

En la cena que siguió, Boineburg y sus oficiales, entre los platos y dulces del chef Gourguilev, escucharon en silencio religioso el relato que les hizo su huésped, con voz grave y firme, de la entrevista sostenida con Hitler.

Cuando, al final de su largo monólogo, Choltitz narró su encuentro con el *Reichsleiter* Robert Ley y los informes que éste le había dado sobre la *Sippenhaft*,

cuenta Arnim que hubo un «rumoreo inquieto entre los invitados». Esta vez, se había disipado ya la última duda sobre las intenciones de Hitler respecto al papel estratégico que destinaba a París; pero subsistía todavía un equívoco: ¿De qué modo ejecutaría Choltitz las órdenes personales que había recibido del Führer? ¿Iba a reemprender los trabajos de la «Línea Boineburg» y asegurar la defensa eventual de París, en el exterior de la ciudad? ¿O iba, por el contrario, a transformar a París en un verdadero campo atrincherado?

En el transcurso de la dramática entrevista personal que Choltitz sostuvo algo más tarde con Boineburg, éste, atormentado aún por el recuerdo de Stalingrado, conjuró a su sucesor a «que no intentara nada que pudiera causar en París destrucciones irreparables». Pero, según recuerda Arnim, la cara de Dietrich von Choltitz ante estas palabras siguió tan impenetrable como el Buda barrigudo que campeaba sobre la chimenea de mármol, no lejos de un gran retrato de Hitler.

Poco antes de medianoche, Dietrich von Choltitz, al encontrar a su fiel ordenanza Helmut Mayer en el vestíbulo, dio la primera orden de su nuevo mando:

—Mayer —le dijo—, harás preparar mi habitación en el hotel Meurice. —Luego, volviéndose a Boineburg para despedirse, añadió con una sombra de sarcasmo en la voz—: Para los días que me esperan, general, más bien tendría necesidad de un puesto de mando que de una residencia.

Cuando el ruido del Horch se hubo extinguido en la noche, Wilhelm von Boineburg cogió del brazo a su joven ayudante de campo y murmuró con un suspiro:

—Los bellos días de París, conde Von Arnim, han terminado definitivamente…

15

Para el ingeniero Pierre Lafaucheux, de cuarenta y cinco años, el drama empezó el 7 de junio a las seis de la tarde, cuando fue derribada la puerta del apartamento que ocupaba en el número 88 de la calle Lecourbe. Aquella misma noche, la Gestapo detuvo de una sola vez a Lefaucheux, jefe de la Resistencia en París, y a siete de sus colaboradores. Era la mejor redada que habían hecho en cuatro años.

Pierre Lefaucheux yacía sobre un jergón de paja, en la oscuridad de una celda de la cárcel de Fresnes, con el cuerpo roto por los días de torturas. Aguzaba el oído, para poder percibir el ruido del carro que traía el café. Los crujidos de aquel vehículo, al rebotar sobre los adoquines desiguales del patio, cinco pisos más abajo, tenían un significado especial para Pierre y para los otros dos mil novecientos ochenta detenidos en la cárcel de Fresnes.

Sabían que, si el carro venía, era señal de que un nuevo convoy de prisioneros saldría aquel día de Fresnes para los campos de concentración alemanes. Pierre Lefaucheux oiría entonces abrir, una tras otra, las pesadas puertas de las celdas de los que partirían. En el alba brumosa, la *roulante* les llevaría el último café que beberían sobre suelo francés. Tendido, angustiado, Pierre esperaría entonces a que el carro pasara ante su puerta. Cuando su crujido se fuera por fin alejando hacia el fondo del corredor, dejaría escapar un hondo suspiro.

Por el tragaluz de su celda, Pierre vio aparecer las primeras luces de la madrugada. Se sentía aliviado. La mañana avanzaba. Podía, pues, estar seguro de que en aquel día, el 10 de agosto, la *roulante* del café no se presentaría.

Pierre sabía, por tanto, que iba a pasar una nueva jornada, la número sesenta y cuatro, en la cárcel de Fresnes. Una nueva jornada durante la cual no sería deportado a Dachau o a Buchenwald, durante la cual los ejércitos aliados se acercarían un poco más a París, durante la cual podía tener la esperanza de que, de una forma u otra, sería liberado pronto.

Para Pierre Lefaucheux, como para todos los prisioneros de la Gestapo en París, para los tres mil doscientos treinta prisioneros políticos de Fresnes y del fuerte siniestro de Romainville, para los mil quinientos treinta y dos judíos encarcelados en los barracones del campo de Drancy, aquellas mañanas de agosto eran mañanas de espera y confianza.

El agente de cambio Georges Apel miraba desde su ventana del bloque III, de Drancy, la hilera de autobuses verdes, alineados bajo el sol matinal. Antiguamente, estos autobuses llevaban a los parisienses por las calles de la ciudad. Georges Apel sabía que ahora servirían para transportar a los últimos judíos del campo de Drancy

hasta la pequeña estación próxima de Bobigny, donde los embarcarían en vagones de mercancías. Nadie sabía mejor que Apel lo que les esperaba al final del viaje. Desde julio de 1943, había logrado esquivar la de portación, trabajando en la administración del campo. No se hacía ilusión alguna sobre el significado de estas deportaciones. Aquella mañana, Apel se había enterado de que también él iría en el último convoy que saliera de Bobigny. El comandante austríaco del campo, el *Hauptstrumführer* Brunner, le había entregado la víspera una lista de cincuenta prisioneros que debían ser mandados a Alemania, costase lo que costase. En ella figuraba su propio nombre.

En el fuerte de Romainville, el anuncio de que un nuevo convoy se preparaba consistía en un cuaderno que aparecía bajo el brazo de un teniente de las SS. El día de la salida, el oficial llevaba siempre consigo dicho cuaderno cuando llegaba al campo, antes de la diana de las seis. Durante la diana, abría el cuaderno y tachaba los nombres de los prisioneros que debían partir.

La prisionera Yvonne de Bignolles, cocinera del campo, al vaciar como cada mañana el bote de confitura dentro de la cacerola, espiaba la llegada del oficial con su cuaderno. Sabía que en el fondo del bote encontraría el pequeño trozo de papel higiénico, disimulado allí por la vieja conserje a quien los alemanes permitían traer diariamente aquella modesta oferta: un bote de confitura para doscientos cincuenta y siete prisioneros. Yvonne de Bignolles sacudió el fondo del bote y encontró por fin el pequeño trozo de papel. Aquel día, llevaba estas palabras: «Señal de estadounidenses Alençon». Ebria de alegría, la joven se lanzó en brazos de su mejor amiga del campo, una pequeña y tuberculosa cantante polaca, llamada Nora. Yvonne murmuró:

—¡Están en Alençon!

A la hora del desayuno, este mensaje de esperanza había de esparcirse por todo el campo para permitir a doscientos cincuenta y siete prisioneros angustiados soportar aunque sólo fuera un día más.

Para ciertos prisioneros de la Gestapo, en cambio, la deportación a Alemania parecía ser la suerte más envidiable. Muchos de ellos creían, juntamente con la periodista bretona Yvonne Pagniez, detenida en Fresnes, que todos los que quedasen después del último convoy serían fusilados. Para hombres como el capitán Philippe Kuen y el ingeniero Louis Armand, cualquier cosa parecía preferible a las torturas de la Gestapo en la calle de Saussaies. Kuen, al adjunto de Jade Amicol del Intelligence Service, y Armand, jefe de una red de la Resistencia en los ferrocarriles franceses, acababan de llegar a Fresnes. La Gestapo conocía la importancia de estos dos hombres. No se detendría ante suplicio alguno para quebrar la resistencia y obtener los informes que buscaba. Para Armand y Kuen, esto significaba, pues, que, de un momento a otro, podían ser arrojados dentro de un furgón negro y conducidos a la calle de Saussaies.

Con la oreja pegada contra la pared, Louis Armand escuchaba una voz casi

imperceptible que atravesaba el espesor del muro. Por fin, reconoció la voz de su vecino de celda:

—¡Valor! —le gritaba—. ¡No partiremos!

No obstante, dada la ocasión, nada habría hecho más feliz a Louis Armand que saber que iba a dejar Fresnes.

A algunos kilómetros de la cárcel de Fresnes, en la dulce comodidad de su lujoso apartamento de la calle Montrosier, un hombre pequeño y regordete, vestido con un pijama de seda blanca, hacía inventario mental de todos los alemanes que conocía en París. Raoul Nordling, cónsul general de Suecia, conocía a muchos alemanes. En su calidad de decano del cuerpo consular de la capital, había sido invitado con regularidad a las recepciones oficiales. Mientras se paseaba a lo largo de la habitación, cuyas ventanas se abrían sobre las frondosidades del Bois de Boulogne, Nordling buscaba un medio de llegar hasta el alemán a quien deseaba ver aquel día. Sólo conocía a aquel hombre bajo el nombre de Bobby. Se había encontrado con él una sola vez, en la terraza de «Chez Francis» situada en la plaza de Alma. Les había presentado mutuamente el único alemán en quien confiaba Nordling, un hombre de negocios de Berlín, acerca del cual sospechaba el sueco que se hallaba en relación con el Abwehr, el servicio secreto del Ejército alemán.

—Si tiene usted alguna vez necesidad de que alguien le abra una puerta —le había aconsejado—, diríjase a Bobby. Él es capaz de abrir todas las puertas de París. [28]

Raoul Nordling tenía, en efecto, necesidad de hacerse abrir un cierto número de puertas. Puertas de verdad, precisamente aquellas que cerraban las celdas de Pierre Lefaucheux, de Yvonne de Bignolles, de Louis Armand, de tantos miles de prisioneros políticos que él deseaba colocar bajo la protección de la Cruz Roja. Nordling sabía que, en Caen y en Rennes, las SS, antes de partir, habían exterminado a sus prisioneros. Estaba seguro de que en París sucedería lo mismo. Todas las gestiones que había llevado a cabo cerca de la Gestapo hasta aquella fecha habían fracasado. Pero la Gestapo se retiraría pronto[29] y, de no haberse producido lo irremediable, sería la Wehrmacht quien se hiciera cargo de los prisioneros políticos. Esta perspectiva le concedía una nueva oportunidad. Haría una gestión cerca del nuevo gobernador de París. Y estaba seguro de que, si podía encontrarlo, Bobby era el hombre que le hacía falta para poder llegar hasta el general.

Emil Bender cerraba sus últimas maletas en el apartamento del número 6 de la calle Euler, que había requisado para su uso personal. Dentro de algunas horas, saldría de París. Había recibido orden de su superior, el coronel Friedrich Garthe, jefe de la Abwehr en Francia, de presentarse en Sainte-Menehould, antes de la caída de la noche. Pero Bender tenía otros proyectos. Su intención era aprovechar el pase de la Abwehr para salir aquel mismo día en dirección a Suiza, reunirse con su prometida y apartarse de la guerra.

El bello piloto de sienes grisáceas sentía tristeza al abandonar París. Emil Bender figuraba como pseudorrepresentante de una fábrica suiza de pasta de papel. En realidad, trabajaba por cuenta de la Abwehr, desde el 18 de junio de 1940. Su primera misión estribó en infiltrarse en el mundo de los negocios franceses. Más tarde, la Abwehr le encargó la delicada misión de buscar y hacer requisar los objetos de valor cuya venta en Suiza pudiera procurar a la Abwehr las divisas necesarias para pagar a los miles de agentes que empleaba en el mundo entero. Era también, desde 1941, uno de los miembros más importantes de una red antinazi que se había formado dentro del mismo seno de la Abwehr.

Bender recuerda aún que la llamada telefónica de Nordling le alcanzó momentos antes de dejar su apartamento. Fue precisa toda la habilidad del viejo diplomático para que Bender consintiera finalmente en aplazar su viaje por algunos días. Prometió su apoyo al cónsul. Pensó que al cabo de tres o cuatro días podría cruzar todavía la frontera suiza.

Se equivocaba. Quince días más tarde, habría sido hecho prisionero por los franceses. Sin embargo, durante aquellas dos semanas, tendría ocasión de pagar cien veces a los franceses todos los cuadros y joyas robadas por la Abwehr en París.

Primer pliego de fotografías

Dentro de veinticinco días entrarán en París



Para los dieciséis mil hombres de la División Leclerc, concentrados en la campiña inglesa, junto a sus cuatro mil vehículos, dentro de pocas horas va a terminar la larga espera. Mañana pondrán pie en suelo francés. En veintitrés días, se lanzarán sobre el objetivo soñado durante largos meses: París. Entre todas las unidades que combaten bajo el mando de Eisenhower, ninguna más heterogénea que esta división que tomará París. Entre sus filas se encuentran franceses evadidos de Francia o de Alemania; franceses de ultramar que no han puesto nunca los pies en suelo patrio; árabes, negros del Chad, tuaregs; españoles, libaneses, mexicanos, chilenos, llegados de los confines del mundo, porque jamás han aceptado la derrota de Francia.

Con sus Sherman salidos de fábrica, dentro de unos días entrarán en París, ciudad que muchos de ellos no conocen. Aquel día se cumplirá el juramento que su jefe, el general Leclerc, hizo tres años antes, en las arenas del desierto de Koufra. La bandera francesa ondeará nuevamente sobre la capital liberada.

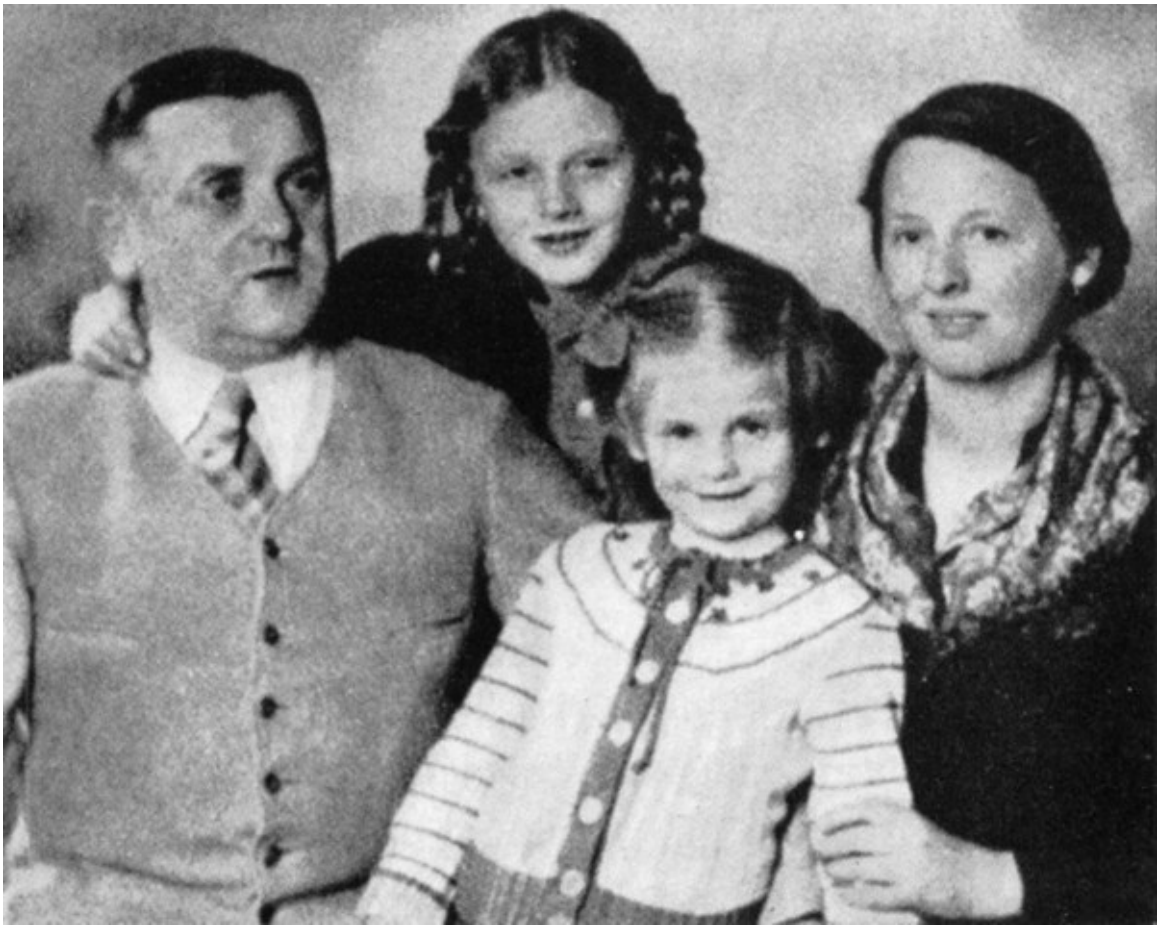
El general Dietrich von Choltitz tenía orden de destruir París



Los autores de *¿Arde París?*, Larry Collins (a la izquierda) y Dominique Lapierre (a la derecha), con el general Dietrich von Choltitz, el último comandante alemán de París, a quien Hitler había encargado la destrucción de la capital. Choltitz que tiene en la actualidad sesenta y nueve años, vive modestamente en una pequeña villa de Baden-Baden, en el número 27 de la Frankreichstrasse, o sea «calle de Francia». Ante Lapierre y Collins, Choltitz ha aceptado revivir los recuerdos de un período que fue el más accidentado y el más difícil de su carrera. Durante varias semanas, hora por hora y, a veces, minuto por minuto, ha reconstituido para ellos los dieciséis largos días, largos y patéticos, de su último mando. Llegado el 9 de agosto de 1944, Choltitz fue hecho prisionero el 25. Entre estas dos fechas, recibió nueve veces la orden de destruir París.



El coronel Choltitz y sus oficiales ante Sebastopol. La ocupación de este gran puerto del mar Negro había sido su mayor victoria. Cuando empezó el sitio de la ciudad, su regimiento constaba de cuatro mil ochocientos hombres. El 27 de julio de 1942, no le quedaban más que trescientos cuareta y siete sobrevivientes. Para lograr esta victoria, Choltitz, herido por una bala en el brazo, no vaciló en obligar a los prisioneros rusos a que disparasen contra su propia ciudad. Esta victoria le valió las insignias de general y la felicitación personal de Hitler.



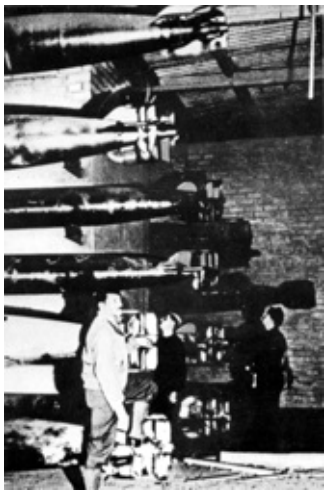
En vísperas de la guerra, Choltitz se había mandado hacer esta fotografía de familia, que llevó siempre en su cartera durante los cinco años en que combatió en todos los frentes. De izquierda a derecha: sus hijas Maria-Angelika y Anna-Barbara y su esposa Uberta. Su hijo Timo nacería en mayo de 1944. Al llegar a París, Choltitz supo que una nueva ley nazi hacía responsable a la familia de los oficiales superiores de la conducta de éstos. Si no obedecía las órdenes que recibía, su esposa y sus tres hijos podían ser encarcelados y ejecutados.

En las calles de París, el desfile cotidiano de los conquistadores nazis

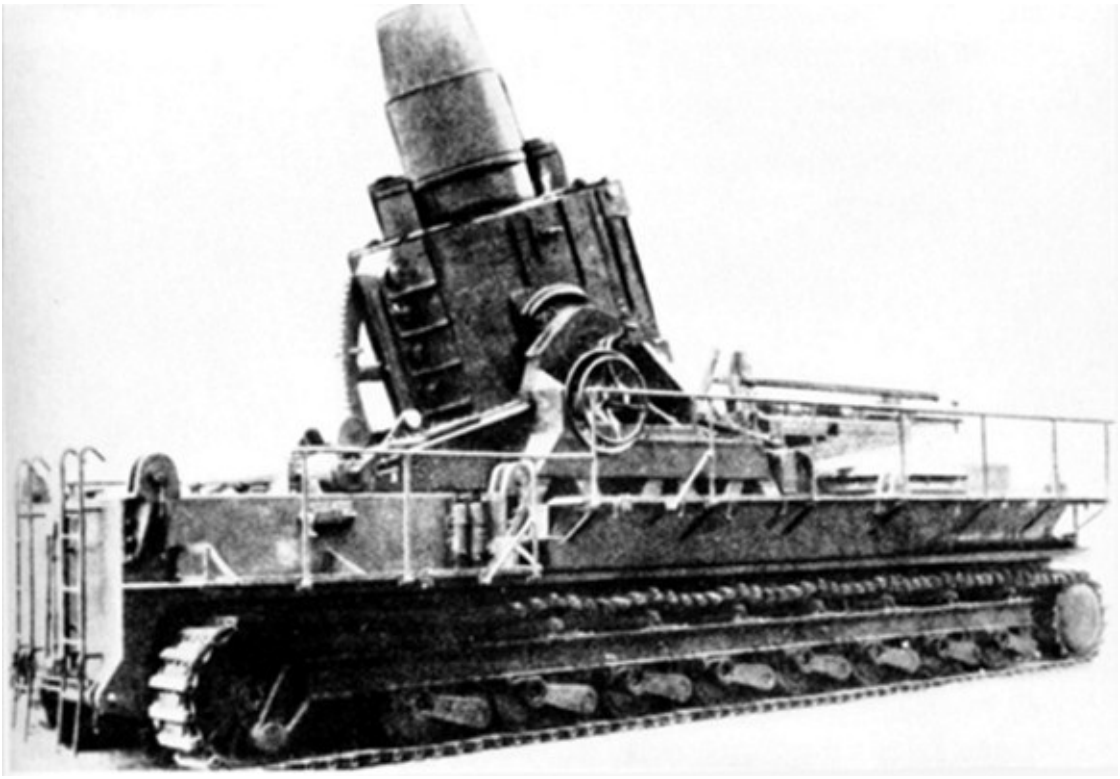


Durante mil quinientos quince días consecutivos, una unidad del 1er regimiento de seguridad de la guarnición de París salía del Arco de Triunfo para efectuar un largo desfile por algunas calles de la capital. A su paso, se vaciaban las aceras y los parisienses cerraban los postigos. Los alemanes desfilaban en una ciudad súbitamente desierta. El horario de este desfile era tan preciso, que un día, un avión de la RAF apareció en el cielo de París para ametrallar a los hombres del 1er regimiento de seguridad cuando bajaban por los Campos Elíseos. Pero aquel día, el desfile… empezó con dos minutos de retraso y el piloto hubo de contentarse con arrojar una bandera tricolor sobre la Concordia. En esa foto, el desfile pasa por la calle de Rivoli bajo las ventanas del hotel Meurice, donde se hospedaba el general Von Choltitz. Dieciséis días después, el soldado Fritz Gottschalk (flecha) y sus camaradas desfilarán por esta misma calle, pero esta vez como prisioneros. Gottschalk, afecto a la defensa del hotel, dispararía con la ametralladora contra los soldados de Leclerc y las FFI hasta la última bala. Actualmente vive en Berlín, donde trabaja de zapatero.

Las armas secretas de Hitler para destruir París: trescientos torpedos y el mayor mortero del mundo



Trescientos torpedos de la Marina estaban almacenados en el túnel existente bajo la colina de Saint-Cloud, en la autopista del Oeste. El túnel, al que se había dado el nombre de Pilz, contenía también varios centenares de ojivas, cajas de detonadores y un centenar de bidones de TNT. Este depósito dependía de la Marina de Guerra. Vivían en él cerca de mil personas, en una atmósfera de universo concentrado. Una solterona, la señorita Thérèse Jarillon, cuya villa «Mon Rêve», en la calle de Joseph-Lambert, estaba situada frente a la boca del túnel, oyó decir que los alemanes iban a volar dicho túnel. Enloquecida, envolvió su vajilla con periódicos viejos y la escondió debajo de su cama. Volcó el armario sobre el suelo, abrió las ventanas, cortó el agua, el gas y la electricidad y huyó. El 15 de agosto de 1944, el jefe de la Unidad de Demolición enviado por Hitler para volar París, el capitán Ebernach, se hizo cargo de todos los explosivos contenidos en el túnel y empezó a minar París con ellos. La foto muestra una de las cámaras de torpedos, tal como la descubrieron varios de los oficiales aliados al día siguiente de la liberación. Según el ingeniero alemán Joachim von Knesebeck, en Pilz había «torpedos suficientes para, por lo menos, dos guerras».



El mortero *Karl* era el ingenio más terrorífico que haya construido jamás el hombre de la era preatómica. Había sido concebido especialmente para las batallas den las calles. El 14 de agosto de 1944, Hitler ordenó que fuese enviado inmediatamente a París. El general Von Choltitz lo había utilizado para destruir las defensas de Sebastopol. Montado sobre orugas, pesaba ciento veinticuatro toneladas y podía disparar proyectiles de dos mil doscientos kilos a más de seis kilómetros de distancia y traspasar muros de cemento armado de dos metros y medio de espesor. Para arrasar un barrio entero de una ciudad, le bastaba al *Karl* con disparar unos cuantos obuses. Hitler creía que, con esta arma, el gobernador de París podría aplastar cualquier tentativa de insurrección.

Este aviador estadounidense estaba en París un mes antes de la liberación



El 28 de mayo, el teniente Bob Woodrum, de Misisipi, pilotaba un B-26, fue derribado por la defensa antiaérea en el cielo de París. Un salchichero de Nanterre, Pierre Berthy, lo recogió y lo escondió en su trastienda. El 15 de agosto de 1944, el estadounidense, vistiendo un mono de trabajo azul, fue, con el hijo del salchichero, a visitar el Museo de la Marina. De repente, ante el cuadro de Vernet, *Le Midi ou le Calme* —que después de la guerra ha ido a visitar de nuevo, con el hijo del salchichero (fotografía superior)— un oficial alemán se detuvo, le miró y le dirigió la palabra. El niño lo salvó, diciendo al alemán: «Mi papá es sordomudo».



Woodrum y la familia del salchichero mantienen hoy correspondencia regular. Cuando volvió a París, fotografió a sus bienhechores a dos pasos del museo donde estuvo a punto de ser detenido.

16

Tan sólo un inglés especialmente observador hubiera podido advertir algo desacostumbrado en el «Rover» verde que salió por la tarde de las frondosidades de Hyde-Park para embocar la avenida del Mall. Desde hacía cinco años, circulaban por las calles de Londres decenas de coches como aquél, todos los cuales llevaban en el parachoques la misma escarapela roja, blanca y azul, es decir, los colores del Imperio británico. Un detalle insignificante diferenciaba de todos los demás aquel Rover, que se detuvo ante el Almirantazgo. En el parachoques, los colores de la escarapela aparecían en orden invertido. Eran azul, blanco y rojo, como la bandera francesa.

Del coche, se apearon dos generales. Uno iba de paisano. Jacques Chaban-Delmas había llegado exactamente a su cita con el avión que había ido a buscarle cerca de Mâcon.

Desde su llegada a Londres, Chaban-Delmas había defendido la causa de la capital de su país ante todos los jefes aliados que habían consentido en escucharle. Acompañado ahora por el general Pierre Koenig, jefe de las Fuerzas Francesas del Interior, iba a dirigirse directamente a un superior responsable.

El general sir Hastings Ismay, jefe del Estado Mayor personal de Winston Churchill, había consentido en recibir a los dos franceses en su pequeño despacho, tapizado de mapas y situado a veinticinco metros bajo tierra, cerca del Gabinete de Guerra del Almirantazgo. Recuerda Chaban-Delmas que, sobre los mapas, las líneas rojas que avanzaban como tentáculos ilustraban precisamente aquel movimiento envolvente alrededor de París que los gaullistas pretendían detener a toda costa. Con todo el ardor de la juventud, Chaban-Delmas expuso los riesgos terribles que correría París si los aliados no modificaban sus planes. Ismay le escuchó mostrando interés y simpatía en su grave semblante. Prometió llevar el caso de París ante el mismo Churchill. Advirtió, sin embargo, a su visitante de que debía hacer lo imposible por conseguir el control de París, puesto que era *most unlikely*, muy poco probable, que los aliados consintieran en modificar su estrategia.

Tras las ventanas cuidadosamente oscurecidas del inmueble Victoriano sito en el número 7 de Bryanston Square, en Chelsea, las luces permanecieron encendidas toda la noche, hasta el alba. Jacques Chaban-Delmas, antes de regresar a la Francia ocupada, preparaba con Koenig y su Estado Mayor un plan extremo para intentar conservar el control de la situación de París, cualquiera que fuera el caso que pudiera presentarse.

Pero, sobre todo, antes de partir, mandaría un SOS a Charles de Gaulle. Pensaba que, mientras De Gaulle no hubiese dicho la última palabra, el «no» de los aliados no

sería definitivo.

Chaban-Delmas no podía saber hasta qué punto estaría De Gaulle dispuesto a decir esta última palabra, en su aislamiento aparente de Argel.

Al otro extremo de Europa, bajo la cúpula impenetrable de los árboles centenarios de Rastenburg, Adolf Hitler celebraría aquella noche la segunda conferencia estratégica cotidiana.

Las instalaciones del más importante cuartel general que el Ejército alemán había tenido jamás en su historia, envueltas en un implacable aislamiento, hacían pensar, según recuerda el general Warlimont, en una ciudad fantasma. El inmenso bosque parecía haber sido abandonado por sus animales en centenares de kilómetros a la redonda. Lobos, zorros, búhos, habían desaparecido, ahuyentados por las minas y los alambres electrificados. En los barracones, *bunkers* y puestos de guardia, los ruidos propios del bosque habían sido remplazados por otros distintos. El zumbido de los ventiladores, el repicar de los teletipos, el sonar incesante de los teléfonos, día tras día, desgastaban los nervios de los centenares de hombres que, dos veces al día, esperaban que el amo del Tercer Reich diera a conocer sus decisiones.

El general Warlimont, de acuerdo con su costumbre, había llegado media hora antes de empezar la conferencia. Llevaba varios expedientes en la mano y, enrollados bajo el brazo izquierdo, los mapas de Estado Mayor sobre los cuales Hitler estudiaría la situación. A partir del 22 de julio, Warlimont no se servía de su cartera de piel de cerdo para llevar los documentos, a fin de no sufrir la humillación de verla registrada por los jóvenes oficiales de las SS de la guardia personal de Hitler, con su uniforme negro.

Sin esperar la llegada del Führer ni de los demás oficiales, desplegó sobre la mesa de conferencias el mapa inmenso de todo el frente Oeste, a 1:1.000.000 de escala, y los mapas de sector, a escala 1:200.000, sobre los cuales los oficiales del 3er buró habían trazado la línea del frente, tal como se encontraba a última hora del día. Dentro de poco, una vez examinada la situación en el Este, Warlimont pasaría los mapas a Hitler, el cual, según su costumbre, los llenaría de marcas de lápiz. Warlimont sabía que, aquella noche, el trazado del frente sería motivo de una nueva explosión de cólera por parte de Hitler. Los mapas indicaban que cuarenta y seis divisiones enemigas[30], atacando por el Norte se acercaban al Sena, entre Rouen y Elbeuf. En el sur y sudeste de París, habían llegado hasta Dreux, Chartres y Orleáns. Warlimont sabía que, estratégicamente, Hitler tenía razón, porque, una vez franqueado el Sena, los alemanes tendrían que evacuar las rampas de lanzamiento de las V-1 que bombardeaban Inglaterra y desmantelar las rampas que se estaban construyendo para las V-2. Hitler recibía diariamente un informe de su futuro cuñado,

el general de las SS Hermán Fegelin[31], sobre el estado de los trabajos de construcción de las rampas para las V-2. El Estado Mayor SS[32] del 5º Cuerpo de Cohetes, instalado en «Maisons Laffite», anunciaba que unos cincuenta de aquéllos, diseminados por el norte de Francia[33], se hallarían inmediatamente en condiciones de operar. En cuanto a las V-1 que, desde el 16 de junio, caían sobre Londres, Hitler sabía que su radio de acción era demasiado corto para ser aprovechables en caso de retirada[34].

Salvar las rampas de lanzamiento no era la sola razón que incitaba al comandante en jefe de los Ejércitos alemanes a una defensa desesperada del Sena. Hitler sabía que, al avanzar hacia el Norte, los aliados seguían el camino más corto para llegar al corazón de Alemania. Pronto las grandes llanuras del Norte, donde, en el curso de la historia, se habían enfrentado tantas caballerías, verían desembocar en ellas a los Sherman, con sus estrellas blancas. Sobre aquel terreno ideal para las batallas de carros, los últimos Panzer de cruz negra que poseía aún el jefe de la Alemania nazi tendrían que batirse en la proporción de uno contra diez.

En aquella conferencia, hubo un detalle que quedaría grabado para siempre en la mente del jefe del Estado Mayor adjunto del O.K.W. Por primera vez, desde el 21 de junio de 1941, Hitler rechazó aquella noche el mapa del frente del Este que le presentaba el general Alfred Jodl, para empezar la conferencia con el examen de la situación en el Oeste. Warlimont recuerda el aspecto de «fiera acorralada» que presentaba el Führer en aquella ocasión. Con las dos manos apoyadas sobre el borde de la mesa, se inclinaba sobre los mapas que Warlimont había deslizado bajo sus ojos. Su mirada se detuvo sobre el documento a escala 1:200.000, que cogió para examinarlo atentamente.

En medio del mapa, a caballo sobre las tres revueltas del Sena, una mancha enorme, parecida al corazón de una tela de araña, llamó una vez más la atención del jefe de los ejércitos alemanes. Dicha mancha, de la que partían todas las carreteras para el Norte y el Este, era París y sus arrabales. Hitler cogió un lápiz de la bandejilla que tenía delante y comenzó a trazar rayas rojas alrededor de París. Al fin, se enderezó. Había llegado el momento, dijo, de prepararse a defender París.

—Resistir sobre el Sena significa, en primer lugar, resistir ante París, resistir en París —añadió—. La noticia de la caída de París daría la vuelta al mundo. Tendría repercusiones desastrosas sobre la moral de la Wehrmacht y de la población alemana. A continuación, Hitler se volvió bruscamente hacia Jodl y le dictó una orden que abarcaba tres puntos, la primera orden directa dada por el Führer para la defensa de la capital. Todos los puentes sobre el Sena y, especialmente los puentes de París serían minados en previsión de su destrucción. Se paralizaría la industria de la Villa. Se enviarían al comandante de la Villa todos los refuerzos disponibles, tanto en hombres como en material.

Cuando Jodl hubo terminado de escribir Hitler se levantó y, pasando revista a los generales con la mirada, declaró que «París sería defendido hasta el último hombre, sin consideración alguna por las destrucciones que ello pudiera acarrear».

Warlimont recuerda que, después de un largo silencio, resonó nuevamente la voz de Hitler en el barracón de conferencias:

—¿Y por qué razón habríamos de preservar París? —preguntó—. ¡En este mismo instante, los bombarderos enemigos aplastan sin compasión nuestras ciudades!

17

Era uno de aquellos hermosos días de verano que Dios suele crear para París y para los poetas. Bajo los primeros rayos del sol de la mañana, algunos pescadores, acurrucados de trecho en trecho sobre los muelles del Sena, vigilaban las broncas aguas del río. Al extremo saliente del la Île-de-la-Cité, al final del VertGalant, un artista solitario embadurnaba una tela. Dentro de algunas horas, aquellas riberas dormidas bajo el calor se cubrirían de bañistas. Miles de parisienses acudirían al río y buscarían un lugar bajo el sol. Porque en aquel día apacible de verano la guerra parecía muy lejana.

Para los habitantes de la capital, aquel domingo, 13 de agosto, suponía el primer día de un puente de tres, ya que el 15 era la fiesta de la Asunción.

La estudiante Colette Massigny se endosó un vestido rosa y, con precaución, metió en una cesta un tomate, dos trozos de pollo frío y una botella de vino de Alsacia. Dentro de poco, después de cruzar París en bicicleta, se reuniría con Saint-Just, su prometido, en la habitación de sirvienta en que se ocultaba, cerca de Saint-Germain-des-Prés. Allí, bajo los techos de París, ocultos a la Gestapo, los dos enamorados despacharían su almuerzo dominical.

Mientras tanto, en el hotel Crillon, el soldado alemán Eugen Hommens envolvía las salchichas que le había dado el intendente del hotel. También él se disponía a disfrutar de una pequeña gira campestre. Como cada domingo de aquel verano, Hommens y Annick, su amiguita francesa, habían decidido ir a bañarse a Nogent-sur Marne.

Al pie de la verja de un hotel particular de la calle de la Manutention, esperaba un *sulky* rojo y negro, al que estaba uncida una yegua gris. Un poco después, el marqués de Fraguier, símbolo de la Francia eterna, tocado con sombrero de copa y calzando guantes blancos, con los gemelos en bandolera y, en el ojal, la enseña de comisario de carreras, cogería las riendas de su tiro y se dirigiría al hipódromo de Auteuil, al trote suave de la yegua.

En la escuela de mujeres del triste barrio de Issy, donde estaba instalada la Nachrichtenabteilung número 3, un aficionado a carreras de otro género, se puso la gorra, se abotonó la cartuchera y cogió su Mauser. Con el arma en bandolera, como un pacífico turista, el *Funkermann* Alfred Schneider, de Berlín, marchó a pie en dirección a Auteuil.

Sin embargo, ningún parisiense disfrutó más de aquel bello domingo que un chico fornido, vestido con un mono azul que casi no le llegaba a los tobillos. Desde el parapeto del puente de Nanterre, sobre el cual se había detenido, miraba hacia abajo,

a los hombres de la batería antiaérea que, con el torso al aire, se doraban al sol en los ribazos de la isla de Chatou. Solamente el hombre y el niño que le acompañaban pudieron ver el odio que brillaba en su mirada. Dos meses y medio antes, el 28 de mayo, a las 11,15 de la mañana, aquellos mismos hombres de la batería habían hecho caer del cielo de París el B-26 del teniente estadounidense Bob Woodrum, de Biloxi, Mississippi.

Aquel día, disfrazado de obrero, el piloto estadounidense salía de su escondrijo por vez primera. Guiado por Pierre Berthy, el valeroso chacinero de Nanterre que lo ocultaba, y por el hijo de éste, de siete años, se dedicaba a visitar París.

El domingo había parecido tan bello y tan apacible al nuevo comandante de París que hizo descapotar su Horch para dirigirse al cuartel general OB Oeste, en Saint-Germain-en-Laye, a donde había sido convocado.

Su viaje no se vio turbado por ningún disparo ni por el vuelo de un solo avión aliado. El contraste con el refugio subterráneo en que le esperaban resultó, por tanto, todavía mayor.

—París —dijo, para empezar, el mariscal Von Kluge— ha de ser defendido. No hay razón para convertirlo en ciudad abierta. Y será usted el encargado de defenderlo, Herr general.

Explicó que los informes del OB Oeste indicaban que los ejércitos aliados intentarían desbordar la Villa. Kluge creía que, al resistir en París, se retrasaría el avance de los aliados, obligándoles a batirse en condiciones desfavorables para el empleo de los blindados. Todo el 7º Ejército se encontraba ahora metido en la trampa de la bolsa de Falaise, después del desastroso contraataque de Mortain, al cual Kluge se había opuesto con todas sus fuerzas. No obstante, disponía aún de la casi totalidad de las diecinueve divisiones del 15º Ejército, el más importante en Francia, que el O.K.W. había inmovilizado en el Paso de Calais hasta primeros de agosto, en previsión de un segundo desembarco. Kluge prometió que, cuando llegase el momento, sacaría de este Ejército los refuerzos que Choltitz precisara. Con tres divisiones, el gobernador de París podría entablar la más terrible de las batallas callejeras y mantenerla durante, por lo menos, tres semanas. Choltitz pidió al mariscal que le entregara inmediatamente aquellos refuerzos. Von Kluge rehusó hacerlo. A su entender, la situación de París no justificaba que el comandante inmovilizara allí un contingente tan importante de fuerzas.

Al terminar la entrevista, el mariscal de campo invitó a almorzar a su visitante. Choltitz recuerda que la comida resultó más bien siniestra. Hacia los postres, Kluge repitió nuevamente lo que ya había dicho antes:

—Temo, mi querido Choltitz, que París suponga para usted un destino más bien desagradable. Algo así como un entierro.

Al oír estas palabras, el general permaneció callado por un largo rato. Luego replicó:

—Por lo menos, señor mariscal, será un entierro de primera clase.

El teniente Bob Woodrum sintió deslizarse en la suya la mano del chiquillo. Nunca cuadro alguno del Museo de la Marina fue examinado con tanta atención como lo fue aquel día la obra de Vernet titulada *Le Midi ou le Calme*. De repente, percibió que detrás de él se detenían las botas de un oficial alemán. El estadounidense se esforzó en disimular su angustia. Con gran detenimiento examinó el pabellón tricolor que ondeaba en el centro mismo del cuadro, adornando la popa de un velero. Visiblemente intrigado por el color de los cabellos, la talla y la forma extraña de vestir del visitante, el alemán se acercó al estadounidense y le formuló una pregunta. El chiquillo intervino inmediatamente. Bob Woodrum oyó cómo decía al alemán, con su voz más cándida:

— Señor, mi padre es sordomudo.

Con el máuser en bandolera, Alfred Schneider se dirigió a la primera taquilla del PMU y apostó diez francos a *Fourreur* en el premio de Trouville. Le gustaba la casaca color blanco y oro del jockey. Momentos después, Schneider volvería a la misma taquilla para cobrar los doscientos francos ganados en la última apuesta que haría durante muchos años. Justamente encima, en la tribuna de los comisarios, el marqués de Fraguier aparentaba no darse cuenta del discreto saludo que le dirigía el capitán barón Wilhelm von Zigesar-Beines, a pesar de que las autoridades alemanas habían permitido la reapertura de los hipódromos parisienses en 1940 gracias a la intervención de aquel oficial de la Wehrmacht.

De pronto, el marqués de Fraguier dejó sus gemelos y aguzó el oído.

Del sur llegaba hasta él un ruido sordo y lejano, como si se tratara de un trueno. Volviéndose hacia su vecino, comentó:

— El cañón, amigo.

Al cruzar el Bois de Boulogne a toda marcha, Choltitz oyó el griterío de la muchedumbre, que celebraba el final de la quinta carrera.

Sobre la mesa de su despacho del hotel Meurice, le esperaba un informe que tenía prisa por leer. Se refería a la delicada operación que había ordenado aquella misma mañana: el desarme de veinte mil policías parisienses. En efecto, Kluge había ordenado que toda la policía francesa fuese desarmada por sorpresa aquel mismo día.

En la región parisiense, la operación había empezado por la Comisaría de policía

de Saint-Denis y se había extendido rápidamente a todas las restantes Comisarías de la capital. El informe decía que la operación se había desarrollado sin incidentes. No se había producido resistencia alguna y se habían recogido más de cinco mil armas. Choltitz podía, pues, sentirse satisfecho. El espectáculo de la Villa tranquila y el éxito de aquella primera operación eran buenos augurios. Cuando hubo terminado de leer aquel informe tranquilizador, el teniente Von Arnim entregó al comandante del Gross Paris un mensaje, recibido por télex y procedente del OB Oeste. Era una confirmación escrita de la orden verbal que le había dado Kluge antes del almuerzo: «París —decía simplemente el mensaje— debe ser defendido a toda costa».

El sol empezaba a declinar por detrás de la arena de la pequeña playa de Nogent-sur-Marne, cuando el soldado Eugen Hommens decidió tomar un último baño. Tras haber confiado a su amiguita Annick el estuche de cuero que encerraba su pistola, se lanzó desde el trampolín y empezó a nadar vigorosamente hacia el centro del río. Luego, volviéndose sobre la espalda, se dejó llevar perezosamente por la corriente. De repente, oyó un grito y percibió dos sombras que huían.

Dos franceses desconocidos acababan de vengar a los policías de París, arrancando de las manos de Annick la pistola de Eugen Hommens.

18

El *Feldwebel* Werner Nix, del 190º *Sicherungs-Regiment*, maldecía al gobernador de París. En lugar de hallarse, como cada lunes, en un cómodo sillón del «Soldatenkino» de la plaza Clichy, cruzaba, por segunda vez en una hora, la plaza de la Ópera en un «Panzerspähwagen», erizado de ametralladoras.

Y todo porque aquel día el general Von Choltitz había decidido hacer desfilar sus fuerzas por las calles de París, en un torrente interminable y amenazador de tanques, cañones, camiones y hombres. Saliendo del Jardín de las Tullerías, convertido en un gigantesco parque, el más importante desfile militar que los alemanes habían organizado en la Villa, se extendía desde el mediodía por las calles de París. Era como una especie de desquite del que no se pudo celebrar cuatro años atrás. El 28 de agosto de 1940, Adolf Hitler había proyectado afirmar ante la faz del mundo el destino milenario del Tercer Reich, mediante un desfile gigantesco por París de sus divisiones victoriosas. Pero, en último instante, se había suspendido el desfile, por la intervención personal de Goering[35].

En aquel mes de agosto de 1944, las intenciones del último gobernador de París no eran tan ambiciosas. Sólo trataba de impresionar a los parisienses al mostrarles sus fuerzas.

Ni el *Feldwebel* Werner Nix, ni sus miles de camaradas, ni ninguno de los parisienses que se hallaban aquel día en la plaza de la Ópera, habían reparado en un hombre pequeño, vestido de gris, que aparentaba leer el periódico ante el «Café de la Paix». A su lado, cogidas del brazo, había tres mujeres jóvenes, luciendo vestidos de verano multicolores. Al pasar los primeros carros, soltaron una risita de menosprecio que hizo sobresaltar al hombre. Porque aquel hombre pequeño era el propio general Von Choltitz. Había cambiado el uniforme por un traje anónimo de paisano. Quería ver con sus propios ojos el efecto de su demostración militar sobre la población de París. La risita de desprecio de las tres jóvenes había hecho desvanecer sus ilusiones. El comandante del Gross Paris sabía ahora que hacía falta algo más que un desfile para imponer respeto a los parisienses.

En el mismo momento en que Choltitz perdía sus esperanzas en una calle de París, Adolf Hitler se preparaba para enviarle un refuerzo inesperado. El 14 de agosto de 1944, hacia la 1,30 de la tarde Hitler pensaba una vez más en la defensa de París, mientras escuchaba el informe de la situación, que le leía el coronel general Alfred Jodl con su vocecita precisa. Cuando Jodl terminó la lectura, según recuerda

Warlimont, hubo un largo silencio. Luego el jefe del Estado Mayor adjunto vio que la mirada de Hitler se posaba sobre el general Buhle, que se encontraba en el otro lado de la mesa.

Hitler consultaba a menudo al especialista de armamento y municiones adscrito al O.K.W.[36] Pero los miembros del Alto Estado Mayor no le habían oído nunca todavía formular una pregunta semejante:

—General Buhle —dijo Hitler—, quiero saber dónde se halla actualmente el mortero de seiscientos milímetros que construimos para el ataque de Brest-Litovsky de Sebastopol. He decidido mandarlo al general Von Choltitz.

Sorprendido por la pregunta y no pudiendo contestar a ella, sigue diciendo Warlimont, Buhle se volvió hacia Keitel, quien interrogó con la mirada a Jodl, el cual, a su vez, se volvió hacia el propio Warlimont. Ninguno de los colaboradores inmediatos de Hitler sabía exactamente dónde podría estar aquel artefacto. Ninguno se acordaba de él. Hitler, furioso por el silencio de sus oficiales, empezó a golpear la mesa con el puño, gritando que exigía que, hasta su llegada a París, se le informara dos veces diarias acerca del lugar en que se hallaba el mortero.

El general Warlimont tomó nota y salió de la sala de conferencias, juntamente con Buhle, para tratar de obtener de los servicios de artillería algunos informes sobre el «mortero misterioso». Ocho horas más tarde, el comandante Helmut Perponcher llevaba al general Warlimont la contestación que Hitler esperaba.

El famoso mortero había sido localizado en un depósito de los alrededores de Berlín. Concebido especialmente para la lucha callejera, había sido utilizado en Brest-Litovsk, Sebastopol y Stalingrado. El propio general Von Choltitz se había servido de él para aplastar las defensas de Sebastopol. Era el ingenio más terrorífico construido por el hombre de la era preatómica. Le llamaban *Karl*, por el nombre de su inventor, el profesor doctor Karl Becker; pesaba ciento veinticuatro toneladas e iba montado sobre ruedas oruga. Podía disparar proyectiles de dos mil doscientos kilos a más de seis kilómetros y atravesar espesores de dos metros y medio de cemento armado. Para arrasar un barrio entero, bastaban algunos obuses bien dirigidos.

Aquella noche, durante la segunda conferencia estratégica en la «Guarida del Lobo», el coronel general Jodl pudo dar a Adolf Hitler una noticia que le hizo sonreír de gozo: *Karl* estaría en París antes de ocho días.

El suboficial de guardia explicó cortésmente que los civiles no estaban autorizados a entrar en el hotel, a menos que llevasen un *ausweis*. Pero el hombrecito de traje gris no tenía *ausweis* alguno que enseñarle. De hecho, el único papel que guardaba en sus bolsillos y que mencionaba su nombre era la factura de un sastre de los Campos Elíseos, donde acababa de comprar el abrigo a cuadros grises que llevaba

bajo el brazo. Bajo el membrete «Knize —Sastre de caballeros— París, Londres, Berlín», el oficial de guardia pudo leer el nombre del hombre a quien negaba la entrada en el hotel Meurice desde hacía diez minutos. Era el general Von Choltitz. El abrigo que había ido a comprarse aquel mismo día después del desfile era la mejor prueba de optimismo que podía darse a sí mismo.

Veinte años después, el suboficial Werner Nix, que se había quedado sin permiso por causa de aquel mismo desfile, recordaría aún el placer que le proporcionó la pequeña venganza que se había tomado aquel día.

Al otro lado del Canal de la Mancha, en un aeródromo del sur de Inglaterra, un general francés llevaba en un maletín un traje de paisano con el cual contaba para pasar las líneas alemanas y regresar a París. El general Chaban-Delmas había pedido que le dejaran caer en paracaídas directamente sobre la región parisiense, a lo que su jefe, el general Pierre Koenig, se había opuesto rotundamente.

Así pues, había trocado su uniforme de campaña de general por un pantalón corto, un pullover y un viejo par de zapatos de tenis. Chaban-Delmas haría su entrada en París con ellos y llevando en la bicicleta la raqueta de tenis y un pollo. Si algún alemán le detenía, diría simplemente que, aprovechando la ocasión de una partida de tenis con unos amigos, había hecho algo de aprovisionamiento para sus hijos.

A pocos metros sobre la pista, se hallaba el avión de caza estadounidense que lo transportaría hasta Normandía. Allí le esperaría un coche militar para llevarlo hasta las líneas aliadas, desde donde seguiría su viaje en bicicleta.

Mientras se paseaba por la habitación, Chaban-Delmas se aprendía de memoria las pocas frases escritas a máquina sobre la hoja de papel que tenía en las manos. Eran las últimas instrucciones del Estado Mayor de las FFI, relativas a París. En ellas se autorizaba, eventualmente, que se provocara un levantamiento en la capital «veinticuatro» horas antes de la entrada de las tropas aliadas en París, «con el fin de dar a la población la sensación de que cooperaba a su propia liberación».

Las otras instrucciones se referían a las medidas que debían tomarse hasta la llegada de los aliados, «en el caso de que los comunistas intentaran un golpe de fuerza». La última línea mecanografiada sobre la hoja de papel era una frase formada por cinco palabras. En ella se autorizaba el desencadenamiento de una operación concebida por el mismo Chaban-Delmas. Se trataba de algo tan audaz y que llevaba aparejados tantos riesgos que el general deseaba sinceramente no tener que oír nunca en las ondas de la BBC la señal para su ejecución. Estas cinco palabras eran: «¿Tú has desayunado bien, Jacquot?»

Las volvió a leer por última vez. Luego devolvió el papel al oficial que le acompañaba, cogió su maletín y se dirigió al avión.

Casi a la misma hora, dos hombres sentados frente a frente en la parte trasera de

un café de la calle de la Paix, en el barrio popular de Levallois-Perret, chocaban sus vasos de cerveza y los vaciaban de un trago. Era la primera vez que se veían. Cinco minutos antes, se habían presentado mutuamente enseñándose la mitad de un billete de Metro. Ambas mitades pertenecían al mismo billete.

Uno era el coronel Rol, jefe de las FFI de la Île-de-France. El otro se llamaba Pierre. Dirigía la red de tendencia comunista de la policía parisiense. Aquel día, Pierre había logrado que la policía de París se declarara en huelga.

Rol deseaba asegurarse ahora de que aquella policía estaba también dispuesta a sublevarse. Rol sabía que los aliados llegarían pronto al Sena, tanto por tierra como por el aire, del lado de Nantes y de Melun. Dentro de algunos días, quizá dentro de algunas horas, desataría, pues, la rebelión.

Cuando la hora H sonara, el jefe comunista quería, en particular, que los veinte mil policías de París estuvieran a su lado. Precisamente para asegurarse de ello había acudido a aquel café.

Al igual que cada año en la fiesta de la Virgen, la iglesia de Picardía que lograría el mejor adorno sería la de una pequeña aldea situada en la ruta de París a Londres. En aquella víspera de la Asunción, una mujer alta y delgada, acompañada por sus cinco hijos, salió muy de mañana del castillo estilo Luis XIII, de techo de pizarra, que compartía con sesenta y cinco alemanes. La mujer y sus hijos pedalearon juntos hasta la próxima aldea de Warlus. La familia de Hautecloque entró luego en la iglesia, con los brazos cargados de flores, y empezó a adornarla con vistas a la fiesta del 15 de agosto.

Teresa de Hautecloque dedicaba un culto especial a la Virgen María. Cuatro años antes, el 3 de julio de 1940, había confiado a su protección al ser que más amaba en el mundo, su marido, quien, a las seis de aquella mañana, montado en su bicicleta roja «La Gazelle», había salido de los viñedos bordeleses, donde su familia se había refugiado, para empuñar nuevamente, quién sabe dónde, las armas de la Francia libre y continuar así la guerra.

Sus últimas palabras, mientras los niños dormían aún en la antigua casa, habían sido:

—La separación será larga… ¡Valor, Teresa!

Durante cuatro años, Teresa de Hautecloque no tuvo noticias directas de su marido. Por fin, una noche de marzo de 1944, mientras escuchaba una vez más, a escondidas de los alemanes que ocupaban las habitaciones vecinas, los mensajes personales de la BBC, tuvo de repente la impresión de que «la tierra se abría bajo sus pies». Uno de los mensajes difundidos aquella noche, decía: «Felipe, nacido en 22 de noviembre de 1902, hace saber a su esposa ya su media docena que les manda un abrazo».

De súbito, una mujer irrumpió en la iglesia, llena ahora del perfume de las rosas, los lirios y los gladiolos.

—¡Señora, venga de prisa! —gritó.

Era madame Dumont, la patrona del Café de la Place. Teresa de Hautecloque cruzó corriendo el coro e irrumpió en la trastienda de la taberna. Pegó la oreja al aparato de radio de los Dumont y oyó la voz de un hombre. Por primera vez desde el día de la derrota, Teresa sintió resbalar las lágrimas por sus mejillas. Philippe de Hautecloque, con la misma voz tranquila y segura con que le había recomendado: «¡Valor, Teresa!», anunciaba ahora a todos los franceses que había regresado al suelo de la patria, al frente de una DB francesa, para participar en su liberación.

—Pronto —dijo— ondeará sobre París la bandera tricolor…

Philippe de Hautecloque era el general Leclerc. Antes de diez días, escribiría una página gloriosa en la historia de París[37].

En una celda del fuerte de Romainville, transformada en capilla, otra mujer de la misma raza y de la misma fe que Teresa Leclerc de Hautecloque preparaba también el altar de la Asunción. Pero nadie interrumpía el quehacer de la prisionera Yvonne Baratte. Escogía, una a una las margaritas que había cogido en el patio del fuerte durante el paseo cotidiano y formaba con ellas pequeños ramos que colocaba en latas de conserva vacías. Pronto el pequeño crucifijo de madera blanca apoyado sobre la basta tabla que servía de altar desaparecería en medio de flores.

Sobre aquel altar adornado con tanto amor, al día siguiente, el capellán de Romainville celebraría la fiesta de la Asunción. Centenares de mujeres, apretujadas en la celda y en los corredores, pedirían a la Virgen que las salvara.

La víspera de este 15 de agosto, un viento de esperanza había corrido por todas las celdas de Romainville. Yvonne Baratte no había oído la promesa de Leclerc, pero sabía por intuición que aquel París tan próximo y en el que ella había nacido sería pronto libre. A la luz de una vela robada, garabateó unas líneas para sus padres que el capellán cuidaría de hacerles llegar. «Estoy llena de esperanza —escribía—; los alemanes no tendrán tiempo de llevarnos más lejos». Pedía a su madre que le mandara una lima para las uñas, un chal y que, si podía, le hiciera llegar un ejemplar del *Genie de la France*, de Péguy. Terminó diciendo: «Os quiero a todos y estoy segura de que pronto estaremos juntos». Luego sopló la vela y trató de dormirse.

Pocas horas después, un tren se la llevaría hacia un lugar de sufrimiento y muerte, llamado Ravensbruck. Siete meses más tarde, en una mañana glacial de marzo de 1945, moriría allí de disentería.

Louis Armand, el ingeniero que tanto deseaba ser deportado, se sentía feliz, por

primera vez desde su detención. La causa de tal felicidad se hallaba en la extremidad de las piernas. Por fin habían llegado, por conducto del capellán, los zapatos que había pedido a su familia. A pesar del calor de aquella noche de verano, Louis Armand se los había calzado en seguida, para sentir «su presencia tranquilizadora». Ahora, pensaba, podía afrontar los campos de Alemania. Ya no tendría frío en los pies.

En el otro extremo de la cárcel silenciosa, en la oscuridad de otra celda, Pierre Lefaucheux trataba de dormirse. Había pasado otro día sin que llegara la deportación. Por la noche, el tintineo de una cuchara sobre una tubería le había informado de que los estadounidenses estaban ya en Chartres. Esta noticia le había infundido nuevas fuerzas. Si los alemanes no le deportaban, dentro de pocos días sería libre.

Sobre el otro jergón, su compañero de celda buscaba también el sueño. De repente, habló:

—¡Te apuesto a que mañana se nos llevan! —dijo con voz desesperada.

Los tres franceses y el estadounidense que aquella noche vaciaban una botella de «Calvados» en el único hotel del pueblo bretón de Montaudin, a pesar de sus uniformes, no eran militares. Pertenecían al impaciente ejército que formaban los quinientos periodistas acreditados cerca del Mando aliado. Y al igual que las noches precedentes, se preguntaban cuál de ellos sería el primero en reseñar el formidable acontecimiento que ningún periodista tendría ocasión de publicar aquel verano: la liberación de París.

Con voz resuelta, el estadounidense aseguró que sería él. París, según dijo, tenía tantos recuerdos para él que por nada del mundo retrasaría aquella cita. ¡Al diablo Eisenhower! Aquella misma noche intentaría franquear las líneas enemigas y deslizarse dentro de París con un disfraz cualquiera. Con un resplandor malicioso en la mirada, dijo a sus compañeros que les esperaría en su cuartel general de costumbre, el bar del Ritz.

Fernand Moulier, André Rabache y Pierre Gosset le oían con respeto. Hacía tiempo que conocían a aquel personaje, hirsuto y truculento, y sabían que nunca lanzaba un reto a la ligera. Pero su honor de franceses les obligaba a aceptar aquel reto. Moulier había apostado ya con Larry Leseur, el enviado especial del CBS[38] a que llegaría el primero a París. No se dejaría ganar. Él y sus camaradas decidieron partir también aquella noche.

Cuando los tres franceses se levantaron sin hacer ruido y salieron de la habitación débilmente iluminada por tres lámparas de minero, colocadas sobre la chimenea del comedor, el reloj que estaba entre ellas marcaba las cuatro menos cuarto. De bruces contra la mesa, con las manos sobre el cuello de la botella de «Calvados», el

estadounidense se había dormido. Se llamaba Ernest Hemingway.

Una prolongada llamada telefónica sonó bruscamente en el apartamento del bulevar Saint-Germain. La esposa del preso de Fresnes, Pierre Lefaucheux, despertó sobresaltada de su sueño. Alargó la mano hacia la mesita de noche en busca de una cerilla. A su luz, pudo ver que eran las cuatro de la madrugada. Marie-Hélène Lefaucheux descolgó el receptor y reconoció la voz de un camarada de la Resistencia.

—En Fresnes se prepara algo —anunció.

19

Al percibir el chirrido metálico de la vagoneta, Pierre Lefaucheux tuvo la impresión de que «una uña le laceraba el cuerpo». Cinco pisos más abajo de su celda, la *roulante* del café empezaba su última ronda por los pasillos. Pierre oyó chirriar, una tras otra, las puertas de las celdas. Le parecía que jamás se habían abierto tantas. Pronto el rechinar metálico se hizo más fuerte. El preso escuchó cómo la vagoneta avanzaba por el húmedo pasillo de su celda. El ruido se acercó aún más y luego, de repente, cesó. Pierre Lefaucheux oyó entonces el chirrido de la cerradura. Y en el marco de la puerta apareció el guardián que traía el café. Por primera vez en la mañana Pierre Lefaucheux oyó la voz de su compañero de cautiverio.

—¿Ves? —dijo—. Yo he ganado.

En el departamento de mujeres de la cárcel de Fresnes, la jornada había empezado bastante antes de la madrugada, con la visita de un oficial alemán. La estudiante Jeannie Rousseau, de veinte años, la chica más bonita de la cárcel, dejó escapar un chillido cuando vio que el oficial entraba en su celda. Pero pronto pudo divisar en la oscuridad el crucifijo que colgaba de la túnica del oficial y reconoció al abate Hans Steinert, el capellán militar de la cárcel.

—Señoritas —anunció en voz baja a las cinco jóvenes que ocupaban la estrecha celda sin ventanas de Jeannie—, he venido a traerles la Santa Comunión para que las conforte en la prueba que les espera dentro de pocas horas.

Eran las cuatro de la madrugada.

Más allá de las murallas de Fresnes, para los millones de parisienses que dormían en la Villa silenciosa, el día que iba a nacer sería el último de vacaciones de aquella época que llamaban «la ocupación». Para Pierre Lefaucheux, para su compañero de celda, para los dos mil ochocientos hombres y mujeres detenidos en las cárceles de París y sus arrabales, sería el fin de la esperanza. En el alba naciente del día de la Asunción empezaba un largo calvario en Fresnes, en Draucy y en Romainville.

En la cocina del fuerte de Romainville, Yvonne de Bignolles se preparaba para hacer el café cotidiano cuando le llegó del patio un «ladrido gutural». Corrió a la ventana. El teniente de las SS, carnet de escolar en mano, empezaba la lectura de los ciento setenta y cinco nombres anotados a mano. Era la lista de nombres más larga que había oído desde su llegada a Romainville. Cuando el teniente cerró el cuaderno y se alejó, Yvonne se persignó silenciosamente. Su nombre no figuraba en la lista.

Al lado, en el Lager II, Yvonne Baratte fue una de las primeras en escuchar su nombre. Se dirigió con calma a la capilla que había adornado el día anterior. Se arrodilló un breve instante, luego cogió los ramos de margaritas. No habría misa en la

capilla. Se llevó las flores y, una por una, las repartió entre las mujeres que iban a partir con ella.

En el edificio III del campo de Drancy, Georges Apel y su mujer jugaban con Babichou, su hijo adoptivo de diez meses[39]. Durante toda la noche, los guardias del campo, completamente borrachos, se habían divertido tirando granadas sobre los barracones de los presos. Los Apel, igual que los otros ocupantes de los barracones y los edificios, habían pasado toda la noche cuerpo a tierra, apretados unos contra otros, mientras los trozos de metralla silbaban a su alrededor.

Georges oía ahora los aullidos que lanzaban los guardianes del exterior. Se izó hasta la ventana y miró. Brunner, el comandante del campo, le vio. Con un gesto brutal, le ordenó que bajara. Los alemanes iban y venían alrededor de la hilera de autobuses amarillos y verdes que debían conducir a Apel y sus compañeros a la estación. Brunner estaba blanco de furor. Ni uno solo de los autobuses se ponía en marcha. Alguien había desmontado y se había llevado consigo los carburadores de todos los vehículos.

Pero nadie había saboteado los autobuses de Fresnes, ni los de Romainville.

A los ciento setenta y cinco detenidos del fuerte de Romainville designados para la deportación, se habían añadido, a última hora, veinticinco nombres más. Desde la ventana de la cocina, Yvonne de Bignolles contemplaba la columna que se dirigía hacia los autobuses amarillos y verdes. Entre las últimas presas, había una mujer joven y frágil. Era Nora, su mejor amiga, la pequeña cantante polaca tuberculosa. Yvonne oyó el runruneo de los motores. Pronto arrancaron los tres autobuses. Del último autobús surgió una voz fuerte y clara. Era Nora que cantaba:

Espérame en este país de Francia.
Pronto volveré, ten confianza.

En Fresnes, los dos mil hombres que formaban el convoy fueron sacados de sus celdas, inmediatamente después de haber partido los camiones de mujeres. El capitán Philippe Kuen, jefe adjunto del Servicio de Inteligencia en París, dio gracias a Dios por haber sido designado. Se habían terminado las torturas. Fuese cual fuere el lugar adonde lo condujeran los alemanes, partía con la conciencia tranquila. No había hablado.

Los alemanes reunieron a los presos por orden alfabético. En el primer grupo, el de la «A» se hallaba el ingeniero Louis Armand. Jamás Armand había parecido tan feliz. Por fin partía. Y partía calzado con las bellas botas que le habían enviado. En el grupo de las «A», Armand había encontrado a su viejo camarada, el ingeniero Pierre Angot. Angot, por el contrario, estaba desesperado a causa de su marcha.

—Me habrían libertado dentro de pocos días —decía a Armand.

Gaston Bichelonne, el ministro de Producción Industrial del Gobierno de Vichy,

era amigo suyo. Había prometido sacarle de Fresnes. Ahora ya no podría hacer nada por él…

Armand buscó palabras para consolar a su desesperado amigo. Mostrándole los centenares de hombres que llenaban el patio de la cárcel, aseguró a Pierre Angot que «por lo menos los que se iban se salvarían, porque no serían muertos como perros, horas antes de que entrasen los aliados». Armand ponía tanta fuerza en sus palabras que no oyó a uno de los guardianes gritar su nombre. Su amigo le dio con el codo.

—Te llaman —le dijo.

El único viaje que Louis Armand debía hacer aquel día sería del patio de la cárcel hasta la celda que había dejado una hora antes. Los alemanes habían borrado su nombre de la lista, en el último momento. Escoltado por dos soldados, loco de desesperación y de temor, el ingeniero fue conducido de nuevo a su celda.

Cuando entró en el oscuro recinto, el pequeño bretón que compartía la celda con él, le miró y dijo:

—Siempre habías tenido suerte. Yo no la he tenido jamás. Esta vez no hay esperanza. Van a liquidarnos tanto a ti como a mí…

Apenas había terminado de decir estas palabras, cuando los pasos del guardián resonaron en el pasillo. Se abrió la puerta y un soldado hizo seña al pequeño bretón para que saliera. Iría en el convoy, según dijo, en lugar de Armand.

—Lo siento —murmuró el bretón.

Después la puerta se cerró tras él. El ingeniero Louis Armand quedó solo con su desespero.

Entre los prisioneros de Fresnes, había uno para quien el espectáculo de la marcha de estos franceses resultaba especialmente cruel. Era un alemán llamado Willy Wagenknecht, cabo jefe en la central de transmisiones del OB Oeste. Desde hacía dos meses, purgaba en la cárcel la pena de seis a que había sido condenado por abofetear a un oficial. Wagenknecht no alcanzaba a comprender por qué los alemanes se llevaban a los franceses a Alemania, cuando él quedaba en aquella siniestra cárcel parisiense.

Fuera, ante la cárcel, Marie-Héléne Lefaucheux crispaba nerviosamente las manos sobre el manillar de su bicicleta. Por fin se abrieron las puertas. Su mirada angustiosa escrutaba el rostro de cada preso, al pasar éstos ante las metralletas de sus guardianes de las SS.

De repente, descubrió a su marido. En el primer momento, al verle tan delgado y exhausto, no pudo reprimir un grito. Mas, en seguida, sintió que la invadía un gran gozo: «¡Estaba vivo!» Le habían pegado, torturado y roto. «Pero ¡estaba vivo!» Este pensamiento le pareció tan reconfortante a Marie-Hélène Lefaucheux, que necesitó varios segundos para darse cuenta de la trágica escena que se estaba desarrollando ante su mirada. Comprendió, de repente, que se llevaban deportado a Pierre.

Empujando a los soldados, quiso acercársele. En el momento de subir al autobús, le vio esbozar una pequeña sonrisa y dirigirle un movimiento de cabeza. ¡La había visto! ¡La había reconocido! Y le había dicho adiós. Marie-Hélène no pudo retener las lágrimas. Se precipitó hacia el capellán alemán Steinert, que, con gesto discreto, bendecía la interminable columna de presos.

—Madame —murmuró el capellán—, no se entristezca. Es una bendición que parta… Temo que haya una matanza en la cárcel.

Funcionaron los motores y la larga hilera de vehículos de color amarillo y verde se puso en marcha. Marie-Hélène corrió a coger su bicicleta. Y sin saber por qué, comenzó a pedalear tras el convoy.

20

En aquella mañana de la Asunción, las campanas de la iglesia de Saint-Germain-en-Laye tocaban a misa de nueve cuando el Horch negro del general Von Choltitz se detuvo en el bulevar Víctor Hugo, delante del cuartel general del OB Oeste. Era la segunda vez, en cuarenta y ocho horas, que el mariscal Von Kluge llamaba al comandante del Gross Paris.

La conferencia empezó con un informe del jefe de Estado Mayor, el brillante y barrigudo general Gunther Blumentritt[40]. Con voz dura y resuelta, Blumentritt preconizaba para la región parisiense lo que él llamaba «una táctica limitada de tierra calcinada»[41]. Al igual que todos los proyectos elaborados por el «Leiter der Führungsabteiling»[42] el Mando central del Oeste, el documento mecanografiado, de dieciséis páginas, que leía Blumentritt era un plan a la vez metódico y preciso. Blumentritt acompañaba la demostración con referencias frecuentes al mapa a escala 1:10.000 desplegado sobre la mesa de conferencias. Sobre la plancha de plástico que cubría aquel mapa, se habían dibujado a lápiz numerosos cuadros rojos. Indicaban el emplazamiento de las fábricas de gas, de las centrales eléctricas y los depósitos que suministraban agua a los cinco millones de habitantes de la región parisiense.

La ejecución del plan se dividía en dos fases. Blumentritt estimaba que la primera debía ponerse inmediatamente en práctica. Se trataba de proceder a la destrucción sistemática de las instalaciones de gas, de agua y de electricidad de la Villa[43]. La segunda se refería al «sabotaje selectivo» de sus instalaciones industriales.

A mediados de agosto de 1944, los alemanes sabían que no disponían ya ni de tiempo ni de la mano de obra necesaria para la destrucción de todas las fábricas de la aglomeración parisiense. Pero, al suprimir las fuentes de energía que alimentaban a estas fábricas, las dejaban inutilizables para los aliados. Esta «táctica limitada de tierra calcinada», según Blumentritt, era «un compromiso lógico». Desde el punto de vista estratégico, era obligada si Alemania quería impedir que la industria parisiense se volviese contra ella, después de la llegada de los aliados. Además, al sembrar el pánico entre la población, paralizando la Villa, aquellas destrucciones tendrían como consecuencia retrasar el avance de los ejércitos enemigos, obligándoles a distraer parte de sus recursos militares, para acudir en ayuda de los parisienses.

Blumentritt insistió en que la primera fase de este plan debía ser llevada inmediatamente a la práctica. Entregó luego a Choltitz una hoja de papel. El comandante del Gross Paris encontraría en ella una lista de los depósitos de la Marina y del Ejército que podrían suministrar los explosivos necesarios[44].

El plan que proponía el general Blumentritt no sorprendió en absoluto al

comandante del Gross Paris. La víspera le había llegado la primera orden directa del O.K.W. desde su toma de posesión del mando en París. Dicha orden prescribía «la destrucción o paralización total de todo el complejo industrial parisiense». Sabía que el OB Oeste había recibido copia de aquella orden y ya esperaba ser llamado a Saint-Germain.

Admitiría más tarde que la orden no le había sorprendido. En un momento en que los bombarderos enemigos reducían cada noche a cenizas las ciudades alemanas, parecía natural a Choltitz, como a los demás oficiales sentados alrededor de aquella mesa de conferencias, que el Alto Mando se preocupase por impedir que la industria parisiense pudiera trabajar algún día en contra de los alemanes.

No obstante, había un punto en el que el gobernador de París no estaba de acuerdo con el jefe de Estado Mayor del comandante en jefe del Oeste. El desacuerdo se centraba sobre el momento oportuno de llevar a la práctica el plan. En aquel instante, lo que preocupaba más a Choltitz era poner a París en estado de defensa y no su destrucción. La ejecución prematura del plan de Blumentritt, según explicó, echaría a miles de obreros en brazos de la Resistencia y levantaría a la población en rebelión abierta contra las tropas alemanas. Además, dijo, no sin una punta de ironía, los soldados alemanes también bebían agua.

Estos argumentos no parecieron desprovistos de interés al prudente y tranquilo mariscal Von Kluge. Erigiéndose en árbitro de la discusión entre su bullicioso jefe de Estado Mayor y el comandante del Gross Paris, decidió que, naturalmente, debían adoptarse todas las disposiciones para la aplicación del plan «tierra calcinada». Pero, añadió, se reservaba el derecho de juzgar el momento oportuno en que debía ser aplicado. En consecuencia, daría órdenes ulteriores.

Sin embargo, cincuenta y seis horas más tarde, al enterarse de modo brutal que iba a ser reemplazado por uno de los mariscales más enérgicos y más duros del Ejército alemán, el pequeño mariscal del monóculo daría orden a Choltitz de iniciar el espantoso plan de destrucción propuesto la mañana anterior por Blumentritt. A continuación, se suicidaría.

Cuando Choltitz regresó de Saint-Germain-en-Laye, cuatro paisanos se encontraban en la antecámara del gobernador. En la orden de misión colectiva que presentaron al coronel Von Unger, Choltitz encontró la firma del propio general Jodl. Los cuatro eran ingenieros y poseían el título de *technische Beratter*, consejeros técnicos. El objeto de su misión era «supervisar la preparación y ejecución de las destrucciones que habían de efectuarse en las instalaciones industriales de la región parisiense». Aquellos técnicos se habían traído sus propios instrumentos de trabajo: una decena de estuches cilíndricos de cartón, que contenían los planos de las principales industrias.

El jefe del grupo, un cierto profesor Albert Bayer, originario de Essen, aseguró al

general Von Choltitz que la colocación de un número razonable de cargas explosivas debería «desorganizar completamente París, por un período, por lo menos, de seis meses».

El comandante del Gross Paris instaló a sus visitantes en un apartamento situado en el cuarto piso de su propio hotel e hizo poner varios coches a su disposición.

Cuando fue a visitarles por la tarde, recuerda Choltitz, «nadaban en un mar de planos y mapas».

— Si los estadounidenses llegaran a ocupar París algún día —comentó uno de ellos—, no encontrarán una fábrica en funcionamiento.

21

El tórrido sol de agosto hacía arder el techo de plancha de los vagones para transporte de ganado que esperaban en una vía muerta de la estación de Pantin. En cada uno de los vagones, el cargamento humano escogido por las SS para su deportación a Alemania, más apretujados que en las peores horas de afluencia del Metro, se asfixiaba de calor. Ocho de cada diez de los presos de Fresnes y Romainville, en total dos mil doscientos hombres y cuatrocientas mujeres, la crema de la Resistencia francesa, aguardaban desesperadamente la salida del tren.

En el vagón de Jeannie, habían sido colocadas noventa y dos mujeres. «Ni siquiera quedaba sitio para nuestro propio sudor», recuerda la joven. La única lumbrera, obstruida con planchas y alambre espinoso, era demasiado alta para poder ver lo que pasaba en el exterior. Jeannie Rousseau no olvidará jamás aquella sensación de asfixia lenta que la embargó durante las primeras horas pasadas en el vagón. Las mujeres, una tras otra, empezaron a desnudarse, quedándose sólo con la ropa interior. En un rincón del vagón, cerca del recipiente de hoja de lata que hacía las veces de cubo higiénico, las mujeres despejaron un espacio minúsculo del suelo, en el cual podrían descansar tres presas en cuclillas. Las otras, de pie, esperaban durante horas a que les llegara la vez.

En el vagón siguiente, el de Yvonne Pagniez, las prisioneras eran menos numerosas. La periodista bretona recuerda que podían acurrucarse, «poniendo las rodillas bajo el mentón». Pero, una tras otra, iban desvaneciéndose. Al caer la noche, empezó a delirar la primera de las seis mujeres que morirían en aquel vagón.

De repente, se abrió la puerta. Yvonne Pagniez vislumbró sobre el andén la pesada silueta del SS ucraniano que dirigía las sesiones de tortura en el cuartel general de la Gestapo, de la avenida Foch. Había venido a desear «buen viaje» a las presas. Al ver sus cuerpos medio desnudos, se echó a reír. El recuerdo de aquella risa siniestra atormentó a Yvonne Pagniez durante muchos meses. Este hombre, pensó, ha venido a contemplar la salida para el matadero «del rebaño marcado por él mismo, al hierro candente».

Para los hombres, las condiciones eran aún peores. Hacinados a cien por vagón, medio desnudos, suplicaban incansablemente a los guardianes «que hicieran salir de una vez aquel tren maldito».

Pierre Lefaucheux, el hombre que tanto había esperado evitar este viaje, agotado por el hambre, la sed y el calor dentro de su vagón, rogaba también porque el tren partiera. Detrás de él, otro preso, con los labios resecos, trataba de lamer el sudor que le caía por la espalda.

Con la cabeza baja y los hombros caídos un hombre salió de la estación de Pantin. Emil Bender, alias *Bobby*, el agente de la Abwehr, había intentado detener la salida del tren mediante un golpe de audacia. Su intento había fracasado. Los SS lo rechazaron, apuntándole con sus metralletas. Bender entró en un café, pidió una ficha y marcó el número del Consulado de Suecia.

—Señor cónsul —dijo con un suspiro—, creo que jamás lograremos detener ese tren.

Tanto el cónsul Nordling como Emil Bender, removían desde hacía dos días cielo y tierra para conseguir que los presos parisienses fuesen puestos bajo la salvaguardia de la Cruz Roja.

Nordling había hecho gestiones personales cerca de Laval, del embajador de Alemania, Otto Abetz, y del jefe de las SS, Karl Oberg. Sin resultado. El mismo general Von Choltitz había respondido a su demanda que estaba demasiado ocupado para poder recibirle.

Otros hombres tratarían también de arrancar a los detenidos en Pantin del horrible viaje que les esperaba. Mientras los SS encerraban a sus prisioneros en los vagones de ganado, un joven pedaleaba a toda marcha hasta la pequeña aldea de Nanteuil-Saacy. Llevaba un mensaje verbal urgente de las FFI de París para el jefe de los resistentes de la misma. El mensaje era una orden: «Cortad la vía férrea París-Nancy, al precio que sea y por los medios que sea. Dentro de pocas horas ha de pasar un tren de deportados por aquella vía».

Hacia mediodía, de un emisor oculto en una buhardilla parisiense, salió un mensaje cifrado para Londres: «Comuniquen inmediatamente a todos los jefes de las FFI —decía el mensaje— que los alemanes han organizado un tren, vía Metz-Nancy, para deportar a los detenidos en las cárceles de París. Tememos matanza general durante el viaje. Tomen todas las medidas posibles para sabotear el transporte».

Los judíos del campo de Drancy, que, hacía unas horas, habían sido salvados por el sabotaje de los autobuses, se veían ahora amenazados por nuevos peligros. El comandante del campo, el *Hauptsturmführer* Brunner, había decidido organizar su propio convoy hacia Alemania desde la estación próxima de Bobigny. Ordenó a Apel que le acompañara a la estación para servirle de intérprete, ya que pretendía que aquel mismo día se formase un tren de cuarenta vagones.

Apel entró con Brunner en el despacho del jefe de estación de Bobigny, acompañado por dos SS. Golpeando la mesa con el puño, Apel rugió:

—Drancy debe tener preparado un tren de cuarenta vagones, antes de esta noche.

Luego, bajando de repente el tono de voz, añadió con desesperación:

—¡Por amor del Cielo! No permitan jamás que este tren pueda salir.

22

En el París de aquel día de la Asunción, la tragedia de Pantin debía pasar casi inadvertida. La mayor parte de los tres millones y medio de parisienses, angustiados por el espectro del hambre, se preguntaban qué comerían aquel día y los sucesivos. Los cupones de racionamiento ya no eran atendidos, los paquetes no llegaban y en la mayoría de los hogares se habían agotado las pocas reservas existentes. Cierto monsieur Chevalier, de la Academia de Ciencias, se esforzaba en tranquilizarlos desde *Le Petit Parisien*:

> En caso de situación desesperada, el pueblo debe saber que las hojas de los árboles son comestibles. En particular, la de los tilos, los olmos y los fresnos.

Otra amenaza esperaba el despertar de los habitantes de París. Durante la noche, las paredes de la ciudad habían sido cubiertas por letreros amarillos y negros, firmados por el general Von Choltitz. En ellos se advertía que el orden sería mantenido «con la más extrema severidad». El gobernador de París había decidido, por esta razón, prohibir el principal acontecimiento del día, la gran procesión de todos los niños de la ciudad hacia la catedral de Notre-Dame, para pedir a la Virgen María, patrona de Francia, que protegiera a París, su capital.

Sobre el puente de Neuilly, al oeste de la capital, a la hora en que debería haber empezado la procesión de los niños, un capitán alemán de treinta y seis años se apeaba de un Kuberwagen recubierto de follaje. Werner Ebernach detuvo con un gesto del brazo la columna de camiones de la 813ª *Pionierkompanie* que seguía a su coche y se adelantó hasta el parapeto del puente. El oficial de ojos azules, que había perdido tres dedos de la mano izquierda en la voladura de una isba en el frente ruso, encendió un cigarrillo y contempló el río. Nunca hubiese creído que fuera tan ancho. Pensó que el Spree, que cruzaba Berlín, su ciudad natal, no era a su lado sino un riachuelo. Ebernach podía ver ante él, partiendo del follaje del Bois de Boulogne, los arcos majestuosos del puente de Puteux. Por el otro lado, hacia arriba, el puente de La Jatte franqueaba en dos tramos una islita llena de casas grises. El capitán desplegó un mapa sobre el borde del parapeto y comenzó a contar lentamente.

De un extremo a otro de París, entre el arrabal de Pecq, en el Oeste, y el de Choisy, en el Sudeste, cuarenta y cinco puentes como los que Ebernach tenía ante sus ojos franquean el Sena. Estos cuarenta y cinco puentes son las arterias vitales por las que circula la sangre de toda la aglomeración parisiense. Aparte la población y los vehículos que los cruzan, por entre sus tablas o por debajo de sus arcos pasan también el río, el Metro, el gas, la electricidad, el agua, el teléfono… Sin estos puentes, el

Sena, con sus meandros, volvería a ser lo que había sido dos mil años antes: un formidable obstáculo natural. El capitán alemán Ebernach ignoraba, sin duda, que algunos de estos puentes constituían verdaderas obras de arte y que otros eran testigos mudos de la historia. Los nombres de los héroes grabados en las pilastras del puente de Austerlitz evocaban la epopeya napoleónica, y las piedras del puente de la Concordia eran las de la Bastilla. La estatua de santa Genoveva, patrona de París, velaba sobre los sillares seis veces centenarios del puente de la Tournelle. La historia de Francia y de París estaba escrita sobre aquellos cuarenta y cinco puentes. El capitán Werner Ebernach llevaba en el bolsillo de la chaqueta, bajo la Cruz de Hierro de primera clase, un papel azul que luego enseñaría al general Choltitz. Lo firmaba el propio coronel general Jodl y llevaba la mención «*KR Blitz*. Muy urgente». Era la orden de preparar la destrucción de los cuarenta y cinco puentes de la aglomeración parisiense. Werner Ebernach ignoraba por qué Hitler exigía que se demoliesen tales construcciones. Ebernach, un simple técnico, no conocía los secretos de los dioses del O.K.W. y de su estrategia. Durante su carrera, había hecho saltar decenas de puentes y no creía que los de París ofrecieran mayores dificultades que los de Kiev o de Dniepropetrovsk. Dentro de poco, podría, pues, predecir ante el gobernador de París que «el Sena dejaría de fluir cuando las piedras de todos los puentes de París hubiesen caído dentro de él».

Antes de subir nuevamente a su Kuberwagen, el capitán Werner Ebernach quiso hacer una verificación importante. Acompañado por el jefe de la sección de explosivos de su unidad, el *Hauptfeldwebel* Hegger, bajó al ribazo y observó atentamente los puntos de anclaje de la obra. De repente, el haz de su lamparita iluminó la placa metálica que buscaba en la bóveda. Como si acabase de hacer un descubrimiento, Ebernach exclamó:

—¡Vaya, Hegger! Gracias a las *Sprengkammers* (cámaras de minas) hechas por los franceses, esto irá aún más rápido de lo que yo creía.

El sol inundaba de luz el claro de encinas. Por primera vez desde hacía meses, el general Chaban-Delmas oyó el canto de los pájaros. A tres kilómetros del camino polvoriento que acababa de recorrer, los primeros tanques estadounidenses entraban en el pueblo de Connerré, cerca de Mans, célebre en toda Francia por sus albóndigas.

París se encontraba a menos de ciento cincuenta kilómetros, a vuelo de pájaro. Los dos oficiales estadounidenses que acababan de conducir al general hasta el extremo límite del avance aliado, le entregaron entonces una bicicleta y una pequeña maleta que contenía un equipo de jugador de tenis, una raqueta, un pollo y una coliflor, envueltos en un periódico.

Chaban-Delmas se cambió de traje, endosándose el disfraz con el cual esperaba poder franquear las líneas alemanas. Luego metió cuidadosamente en su maleta el

uniforme de general, que no había llevado más que cuatro días.

Mientras cerraba la maleta, uno de los dos oficiales estadounidenses, un mozo alto y delgado, aventuró con aire embarazado que le agradaría conservar un recuerdo del poco rato que habían pasado juntos.

—Es usted el primer general francés que vemos —confió a Chaban-Delmas. Y añadió en tono de admiración—: ¡Llegará usted a París en bicicleta antes que nuestros tanques!

Chaban-Delmas se emocionó. Arrancó cuidadosamente las dos estrellas de la manga de su chaqueta y dio una a cada oficial estadounidense.

Luego, les estrechó la mano, montó en bicicleta y desapareció a lo largo del camino polvoriento, en dirección a París.

El joven escritor Paul Andreota había decidido también efectuar una salida aquella tarde. Sería un viaje muchísimo más corto que el de Chaban-Delmas, pero no menos memorable para él. Andreota, como todos los franceses de su edad, había sido requisado por el Servicio de Trabajo para ir a trabajar a Alemania. Hasta el momento, había logrado escapar a las pesquisas y, por ello, procuraba no salir a menudo, para no caer en alguna de las frecuentes redadas que los alemanes llevaban a cabo en París.

Juntamente con Gloria, su esposa, y *Nimbus*, su perrito griffon, subía por los Campos Elíseos cuando fue abordado por un hombre que aparentaba una treintena de años.

—*Do you speak english*? (¿Habla usted inglés?) —preguntó.

Paul y Gloria se sobresaltaron. Las cárceles estaban llenas de franceses detenidos mediante este sistema por agentes provocadores. En un inglés que parecía ser muy americanizado, el desconocido les confesó que se había perdido y les pidió que le guiaran a la calle Lauriston. Andreota y su esposa, perplejos, se interrogaban mutuamente con la mirada, cuando *Nimbus*, con un fuerte tirón de la correa, les llevó a los tres hacia la Étoile. Diez minutos después, llegaban ante la casa a la que el hombre se dirigía. Se lanzó entonces a los brazos de Gloria y exclamó, esta vez en un francés impecable:

—¡Es usted la primera parisiense que abraza a un oficial estadounidense! Permítanme que les dé las gracias y les anuncie que París será liberado dentro de pocos días.

Y entró en la casa[45]. Paul y Gloria vieron entonces, aterrorizados, que en la acera de enfrente acababan de detenerse cuatro botas negras. Cuando comprendieron lo que miraban los dos centinelas alemanes, exhalaron un suspiro de alivio: los dos soldados contemplaban a *Nimbus*, su griffon de pelo rojo.

La orden que el capitán Werner Ebernach llevaba en la mano, al entrar en su despacho, no supuso la menor sorpresa para Dietrich von Choltitz que conocía perfectamente el texto de aquella orden. Le había sido mandada una copia por el O.K.W. En cambio, sí que fue una sorpresa la presencia del propio Ebernach. Antes de la guerra había tenido ocasión de apreciar el brío con que Ebernach había ejecutado un trabajo parecido al que ahora se le había encargado. Durante las maniobras de 1936 en Gimma, Sajonia, Ebernach había destruido, de una sola vez, dos puentes sobre el Mulde, ante los ojos admirados de Choltitz y de un pequeño grupo de generales. El aspecto decidido y seguro de que hacía gala ahora indicaba al general que las promesas de su juventud habían cristalizado.

En la mente de Choltitz no había duda alguna de que, tal como prometía, podría ahogar el Sena entre las ruinas de sus puentes. Pero el gobernador de París quería conservar el control absoluto de la operación.

—Tomad las medidas necesarias —respondió al capitán.

Sin embargo, le advirtió de que no debía iniciarse destrucción alguna sin su autorización personal. Recuerda haber puesto entonces la mano sobre los hombros del fogoso capitán y haberle dicho:

—El Sena, Ebernach, no es el Mulde; París no es Gimma y no son solamente los ojos de un puñado de generales los que nos están mirando, sino los del mundo entero.

Inmediatamente después de haber salido Ebernach del despacho del general Von Choltitz, entró el jefe de Estado Mayor, coronel Von Unger. Traía dos informes en sus manos. El gobernador no hizo más que encogerse de hombros al leer el primero; se refería a la huelga de policías. El segundo, por el contrario, le forzó a esbozar una mueca. En una emboscada tendida por la Resistencia en el arrabal de Aubervilliers, habían sido muertos aquella tarde ocho soldados alemanes. Era el primer incidente grave que se producía en la ciudad.

Von Unger cuenta que Von Choltitz buscó Aubervilliers en el plano mural. Cuando su dedo regordete se detuvo en el borde norte del plano, Von Unger le oyó suspirar, murmurando:

—Hoy nos atacan en el arrabal. Mañana lo harán en París.

Unos tras otros, los vagones de ganado fueron sacudidos como eslabones de una gran cadena. Sobre los rieles del apartadero de Pantin vacilaron las ruedas y empezaron luego a rodar. Para los dos mil seiscientos desgraciados desgraciados que los ocupaban, los siniestros crujidos de los vagones al ponerse en movimiento significaban el fin de una pesadilla. De uno de los viejos vagones de madera que se llevaban aquel cargamento de miseria y dolor, salió entonces un canto, que corearon de inmediato todas las voces de los demás vagones: *La Marsellesa*.

Cuando los ecos de *La Marsellesa* se extinguieron en la noche, la periodista Yvonne Pagniez oyó salir otro canto del último vagón del tren. Sobre todas las demás, dominándolas, reconoció la cálida y vibrante voz de Yvonne Baratte, la joven que la noche anterior había adornado con margaritas el pequeño altar de Romainville.

—Es solamente *Au revoir*, hermanos… —cantaba—. Sí, volveremos a vernos…

El viejo reloj de números góticos de la estación de Pantin marcaba casi las doce de la noche. Con lágrimas en los ojos, un viejo ferroviario se dirigió a una mujer que esperaba ante la estación y exclamó:

—Se acabó. ¡Ya se han ido!

Al oír aquellas palabras, Marie-Hélène Lefaucheux subió a la bicicleta y se fue. Tres horas después, saldría hacia el Este en bicicleta, completamente determinada a alcanzar el tren y a seguirlo hasta donde le fuera posible.

Un silencio extraño reinaba en las cárceles casi vacías de Fresnes y de Romainville. Sola, al lado del jergón vacío que había ocupado Nora, la pequeña cantante polaca, Yvonne de Bignolles, la cocinera de Romainville, no dormía. Lloraba.

En Fresnes, el ingeniero Louis Armand, roto, desesperado, tampoco dormía. Aguzaba inútilmente el oído para oír el tintineo metálico de las cucharas sobre las tuberías, sistema por el cual se transmitían cada noche las noticias. Los muros de Fresnes aquella noche estaban silenciosos. Louis Armand sólo oía la voz interior que le decía que al día siguiente, al igual que todos los demás que quedaban en la cárcel, sería fusilado.

Al otro extremo de la cárcel, en el departamento de mujeres, la secretaria Geneviéve Roberts, que se había dejado detener para salvar a su jefe, oía la misma voz. En el momento en que arrancaba el tren de Pantin, había entrado en la celda el capellán para llevarle la Sagrada Forma. A Geneviéve ya no le importaba saber si sería o no fusilada, sino solamente cuándo. Hacia la una de la madrugada, oyó ruido en el pasillo. Se dijo que había llegado la hora. Giró la llave en la cerradura y la puerta se abrió. Como si se tratara de un paquete de ropa sucia, un guardián tiró a una mujer dentro de la celda. Era Nora, la pequeña cantante tuberculosa de Romainville. En el último instante, un terrible acceso de tos la había salvado del convoy de Pantin.

Segundo pliego de fotografías

Sobre la cara del traidor, el llamamiento a la insurrección



Al amanecer del día 19 de agosto de 1944, sobre todos los muros de París apareció este cartel. Pegado sobre la cara de Philippe Henriot, el célebre orador de la colaboración con Alemania, ejecutado unas semanas antes por la Resistencia, incitaba a los parisienses a alzarse contra el invasor. La decisión de desencadenar la insurrección fue tomada la víspera en una casucha al final de un solar de Clamart. El primer acto del levantamiento fue la toma de la prefectura de policía, a las siete de la mañana. Durante siete días, el pueblo de París, respondiendo al llamamiento de este cartel y de muchos otros, se echó a las calles de París para luchar contra las tropas de Choltitz. (Foto Berson)

Contra los Panzer de Choltitz, un solo carro de combate viejo y pechos desnudos



La desproporción de medios entre la guarnición alemana y los insurrectos era trágica. La insurrección empezó con un centenar de fusiles y ametralladoras. En una fábrica de Saint-Ouen, las FFI de Batignolles se apoderaron del único carro de combate con que contarían los insurrectos durante la batalla. Pero sólo pudo oponer un reto silencioso a los Panzer de Choltitz: no disponía de obuses.



Las FFI organizaron ataques contra los puntos de apoyo de los alemanes con los primeros camiones que cayeron en sus manos París contó pronto con quince mil hombres en armas. Pero faltaban municiones. La víspera de la liberación, en la prefectura de policía sólo las había para dos armas de fuego. Había fallado el lanzamiento de armas en paracaídas, que se había pedido a los aliados.

Por las calles de París resonó el viejo grito: «¡A las barricadas!»



A las cuarenta y ocho horas del levantamiento, docenas de barricadas fueron levantadas en las calles de París. La más célebre, construida en la esquina del bulevar Saint-Germain con el bulevar Saint-Michel, ganó para la intersección de estas dos arterias el título terrible de «encrucijada de la muerte». Ante el teatro de la Comedia Francesa, los actores de la Casa de Molière levantaron su barricada con todos los accesorios que encontraron en los almacenes del teatro. Para que su barrera fuera aún más temible, pintaron en unos bidones la palabra «Minen». Los alemanes quedaron sorprendidos por la rapidez con que surgieron las barricadas en las calles. Sobre el plano de París pegado a la pared de la sala donde estaba instalado el puesto de mando en el hotel Meurice, los oficiales de la 3ª Oficina del general Von Choltitz trazarían innumerables rayitas que representaban el emplazamiento de las barricadas. Estas rayitas hacían resaltar la importancia de la insurrección, que cercaba, desbordaba y amenazaba los puntos de apoyo alemanes. Al poco, ningún alemán pudo circular por las calles de París sin estar expuesto al fuego de los tiradores ocultos en las casas de vecindad, en los edificios públicos, tras de las barricadas… Para los soldados de la Wehrmacht, a los que cuatro años de ocupación parisiense, apacible y confortable, habían hecho olvidar la guerra, fue aquél un duro despertar.



Nuestro documento gráfico muestra un espectáculo nuevo: este ocupante de París acaba de ser tomado bajo el fuego de los tiradores sin uniforme. Corre a ponerse al abrigo de una puerta cochera. Por una extraña ironía, el café ante el cual pasa en su precipitada carrera evoca el recuerdo glorioso de la «Garde Nationale». La tarde del 19 de agosto, primer día de la insurrección, el subteniente Von Armin consigue telefonear a su madre en Alemania: «Mamá —le dice—, París se ha convertido en un infierno». Cuando seis días más tarde, París será completamente liberado, en las calles de la capital habrán caído, muertos o heridos, cerca de tres mil alemanes.

Han sido héroes del París sublevado



Jacques Chaban-Delmas. A los veintinueve años era general. Representaba a Charles de Gaulle en París para todos los asuntos militares. Preocupado por el temor de que París se convirtiera en una nueva Varsovia si la población se sublevaba contra los ocupantes, el 8 de agosto se marchó clandestinamente a Londres para pedir a los aliados que fuesen a liberar París lo antes posible. Seis días más tarde estaba de nuevo en París, después de atravesar las líneas alemanas en bicicleta. Impotente para evitar, según De Gaulle le había ordenado, que estallara la insurrección, se esforzó en controlarla. (Foto Keystone)



Pierre Fabien. A los veintiséis años era coronel. Era ayudante del coronel Rol, comandante de las FFI de la Île-de-France. Era comunista. Había sido herido ya tres veces, en España y en Checoslovaquia. Por dos veces, la última minutos antes de su ejecución, se había evadido de manos de la Gestapo. Dos años antes, en el andén de la estación Barbès, había dado muerte al primer oficial alemán asesinado en París. La mañana del 25 de agosto, al frente de sus FFI, y con los soldados de la 2ª DB, atacó la fortaleza de Luxemburgo. Meses después, hallaría gloriosa muerte en Alsacia.



Yvon Morandat. Veintiséis años. El lunes 21 de agosto, con su secretaria Claire, Morandat, en nombre de la Resistencia, se apoderaba de la residencia de Pierre Laval, el hotel Matignon, calle de Varenne número 57. Era el primer objetivo de la audaz «Operación Toma del Poder» emprendida por los degaullistas para instalar oficialmente el Gobierno de Charles de Gaulle en el París sublevado. Morandat se hizo presentar armas por la guardia de Pierre Laval. El jefe de los ujieres le acompañó a visitar el edificio y le propuso que se instalara en la «cámara verde». Era la habitación destinada a los presidentes del Consejo. La primera noche que pasó en el hotel Matignon, el joven Morandat durmió en el dormitorio de Pierre Laval.



Claire. Transportaba en su bicicleta los fondos destinados a la Resistencia. Los fajos de billetes, envueltos en papel de periódico, los llevaba atados en el portaequipaje. En un solo día, al principio de la sublevación, transportó de esta forma ocho millones de francos. Claire era una de aquellas numerosas heroínas anónimas, que, ante las propias narices de los alemanes, transitaban por las calles de París para llevar mensajes, dinero y armas a los combatientes. Varias de ellas fueron detenidas y fusiladas. Su nombre de guerra era un simple nombre propio. Se llamaban Claire, Jocelyne, Gisèle o Jeanne. Después de la liberación, Claire se casó con su jefe Yves Morandat. También otra Claire contrajo matrimonio con su jefe, el subprefecto Yves Bayet.



Louis Armand. Ingeniero, jefe de una red de la Resistencia de los ferrocarriles franceses, había sido detenido y encarcelado en Fresnes unos días antes del levantamiento. Louis Armand, que estaba convencido de que los alemanes iban a fusilarlo, deseaba ardientemente ser deportado a Alemania. Pero el último convoy, el día 15 de agosto, con casi tres mil camaradas suyos, salió sin él. Al día siguiente, gracias a la intervención del cónsul de Suecia, Raoul Nordling, Armand y los demás prisioneros políticos de las cárceles parisienses fueron puestos en libertad. (Foto A.F.P.)



Marie-Hélène Lefaucheux. Miembro del Comité Parisiense de Liberación. Su marido, Pierre Lefaucheux, fue el predecesor del coronel Rol en el mando de las FFI de la Île-de-France. Detenido por la Gestapo, fue encarcelado en Fresnes. El 15 de agosto, Marie-Hélène lo vio en el momento en el que partía con el último convoy hacia Buchenwald. Al amanecer del día siguiente, cogió su bicicleta y se puso en seguimiento del tren de mercancías hasta la estación de Nancy. De regreso a París, cuatro días más tarde, participó activamente en la insurrección. A primeros de setiembre, logró atravesar las líneas alemanas y llegar a Buchenwald; consiguió hacer salir a su esposo del campo y regresó con él a París. (Foto A.F.P.)



El coronel Rol. Jefe de las FFI de la Île-de France, Rol fue el jefe militar de la insurrección. Antiguo obrero de Renault, había combatido ya en las Brigadas Internacionales en España. Desde su puesto de mando subterráneo Duroc, a una profundidad de veintiséis metros, mandaba sus tropas por medio de un teléfono especial, que pertenecía a la red de cloacas de París. Rol era un teórico de la lucha callejera. Logró que los parisienses fabricaran botellas incendiarias y levantaran las barricadas que habían de ser la pesadilla de los soldados de Choltitz. Rol era comunista. Pero sus adversarios políticos rindieron muchas veces homenaje a su patriotismo y a su valor. (Foto Keystone)

Este sueco y este alemán salvaron a millares de prisioneros destinados a las cámaras de gas



Raoul Nordling. Era el cónsul sueco en París. Gracias a su abnegación incansable, en el último momento logró que fueran puestos en libertad varios millares de detenidos políticos que iban a partir para los campos de concentración. Gracias a sus numerosas intervenciones cerca del general Von Choltitz, su actuación fue decisiva para la salvaguardia de la capital. El 22 de agosto envió una misión cerca del general Eisenhower para advertirle que Von Choltitz destruiría París si sus tropas no entraban inmediatamente en la ciudad.



Emile Bender. Agente de la Abwehr y miembro de una red antinazi. Bender quedará como el personaje más misterioso de toda esta historia de la liberación de París. Era alemán y tenía libre entrada en el puesto de mando de Von Choltitz. Ayudó a Nordling en la liberación de presos políticos. Gracias a su sangre fría, los emisarios enviados por Nordling al CG aliado pudieron atravesar las líneas alemanas y cumplir su misión. Más tarde, facilitó a la Resistencia francesa una relación de todas las defensas alemanas de París y el texto de las órdenes de Hitler destinadas a Von Choltitz.

23

El sargento de intendencia Hermann Plumpfranck, de cuarenta y tres años de edad, vació los cajones de la cómoda dentro de sus dos maletas de fibra y las ató cuidadosamente con correas. Confiaba en que los cincuenta pares de medias de seda que se llevaba le servirían de moneda de cambio durante los días difíciles que, según creía, se avecinaban.

Bajó al vestíbulo del hotel Continental, donde había vivido durante aquellos cuatro años de ocupación, bellos y tranquilos, e informó al conserje de que se iba. Plumpfranck prometió, no obstante, estar de regreso antes de Navidad. Luego, como si fuera un turista de la Belle Époque, cargado con sus dos maletas, se dirigió al quiosco del Palais-Royal para comprar, por última vez, el *Parizer Zeitung*, el diario alemán de París. La vieja vendedora movió la cabeza:

—Pequeño *boche* —le dijo—, ya no se publica el *Parizer Zeitung*…

El número 221, aparecido la víspera, había sido el último. Durante la noche, la redacción en pleno se había trasladado a Bruselas. Al ver al alemán con sus maletas, una mujercita de cabellos desgreñados, que compraba el periódico, le interrogó:

—¿Qué pasa? ¿Nos plantáis?

Se trataba de Colette, la escritora, que vivía muy cerca de allí y que, durante cuatro años, se había encontrado casi cada mañana con aquel alemán.

Al igual que el sargento Hermann Plumpfranck, millares de burócratas «plantaban», en efecto, a los parisienses, en aquella mañana del 16 de agosto. La víspera, el general Warlimont había informado al OB Oeste por teléfono de que Hitler autorizaba la evacuación de París por parte de todos los Estados Mayores y de los servicios no combatientes, incluidos la Gestapo y los SD[46].

La interminable hilera de camiones que debían llevarles hacia el Este estaban destinados a ser causa de los primeros embotellamientos que conocería París después de la guerra. Los parisenses, impasibles, sentados en las terrazas de los cafés, les veían partir. De pie, tras los adrales de los camiones, lloraban algunas «ratas grises», mientras agitaban sus pañuelos, cantaban los hombres *Ce nest qu'un au revoir* o gritaban que estarían de regreso antes de Navidad. Pero lo más sorprendente era lo que se iba justamente con ellos y que le daba la apariencia de una mudanza. París se vaciaba, por camiones enteros, de bañeras, bidets, tapices y alfombras, muebles, aparatos de radio, cajas de vino… En la Square Lamartine y ante los ojos de los afligidos ribereños, que se habían hecho ilusiones prematuras sobre el festín que iban

a darse con ellos, los alemanes se llevaron, a última hora, los dos cerdos que estaban criando. El *Minerolloffizier* Walter Neuling, del servicio de carburantes, recuerda haber visto en el hotel Majestic a un oficial que descolgó las cortinas de su habitación y las metió en su maleta, para, según explicó, hacerse más tarde un traje con ellas. En el hotel Florida, del bulevar Malesherbes, el *Obergefreiter* Erwin Hesse, del servicio de fortificaciones del Oeste, vio cómo su jefe, el *Oberleutnant* Thierling, hacía un paquete con las sábanas y arrancaba los hilos del teléfono para llevarse el aparato.

En muchos sitios faltaron camiones para llevarse lo que ciertos servicios habían acumulado en cuatro años de requisas y pillaje. Esta penuria de transportes valió a los parisienses alguna distribución de víveres inesperada. En la calle Boursault, del Distrito XVII, el personal de un garaje regaló a los habitantes de aquel distrito millares de botellas de vino y de coñac. Y en la calle de la Chaussée-d'Antin, unos soldados de Intendencia lanzaron pastillas enteras de mantequilla a los brazos de las despavoridas amas de casa.

Con más frecuencia, sin embargo, los alemanes quemaban todo cuanto no podían llevarse. En el alba del 16 de agosto, París se veía oscurecido por un humo negro que esparcía por la ciudad las cenizas de toneladas de archivos y papeles secretos. El mayor Max Braubach, jefe del 1er buró del comandante militar de Francia, recuerda haber quemado en las calderas del hotel Raphaël, de la avenida Kléber, «los archivos secretos de cuatro años de ocupación de París». En la calle Boisy d'Anglas, tras los postigos cerrados de la Embajada estadounidense, Irma Kohlhage, de veintiún años, secretaria del tribunal militar de París, echó al fuego centenares de expedientes relativos a los parisienses que su jefe, el juez Dotzel, había condenado a muerte. Según recuerda, le llevó toda la mañana «acabar con aquellos malditos papeles».

Hubo ciertos oficiales, no obstante, que salieron de París como verdaderos caballeros. Antes de abandonar el lujoso apartamento que había requisado en la avenida de Víctor Hugo, de Neuilly, cierto coronel de las SS cogió una hoja de papel y escribió una carta:

> Doy las gracias a mi desconocido huésped por su hospitalidad involuntaria. Que sepa que dejo su apartamento en el mismo estado en que lo encontré. He pagado las facturas del gas, de la electricidad y el teléfono y devuelto a su sitio, en la biblioteca, los tres volúmenes de Voltaire que he tenido el gusto de leer…

Después de firmarla, el coronel sacó del monedero un billete de cien francos y lo dejo al lado de la carta, bajo un pisapapeles, «como indemnización por dos copas de cristal que, desgraciadamente, se han roto»[47].

La orden de retirada de aquel día ocasionó a algunos hombres verdaderos dramas de conciencia. El capitán Hans Werner, del servicio de aprovisionamientos de la calle Beaujon, por ejemplo, se vio ante la necesidad de elegir entre Antoinette Charpentier, su amiguita, y la Wehrmacht. Escogió a Antoinette. Vestido de paisano y con una

pequeña maleta, salió discretamente de su apartamento de la avenida Mozart, hacia mediodía, y se trasladó a un oscuro hotel de la calle Henri-Rochefort, en el que Antoinette había preparado un refugio para su héroe conquistador de 1940. Se escondería allí hasta «que hubiese vuelto la normalidad». Luego, se casarían.

También el sargento aviador Willy Schmitz, de Coblenza, decidió desertar. Envolvió el uniforme y el revólver en un periódico y tiró el paquete por una alcantarilla de la calle Jules-David, cerca de la Puerta de las Lilas. Luego, a pie, fue al encuentro de su amante, la tintorera Marcelle Brasart, que lo esperaba en la pequeña habitación del «hotel Star», donde habían decidido ocultarse. El *Feldwebel* Eugen Hommens, el hombre a quien, tres días antes, las FFI le habían robado el revólver, renunció en cambio a quedarse con Annick. Su decisión fue debida, sobre todo, según luego admitiría, «al miedo de quedar a merced de una francesa, que un día podía traicionarle».

No obstante, para un buen número de alemanes, dispuestos a partir aquel día, sería el azar quien decidiera su destino. La secretaria de Estado Mayor, María Fuhs, de Wiesbaden, recordó, en el momento de subir al coche que debía evacuarla a Alemania, que había llevado su reloj a reparar a un relojero del bulevar Haussmann. Pidió a sus colegas que la esperasen unos momentos. El relojero, al verla entrar casi sin aliento, en su tienda, exclamó asombrado:

—Mademoiselle Fuhs, ¿todavía no se ha marchado usted?

Cuando María Fuhs regresó al hotel Continental, el coche había desaparecido. Por lo tanto, hubo de seguir en París y correr la misma suerte que los miles de combatientes que se aprestaban a defender la Villa.

Los soldados de Von Choltitz debían convertirse aquel día en asesinos de treinta y cinco jóvenes franceses.

En la calle del Docteur Roux, del arrabal de Chelles, un obrero comunista de veintidós años esperaba un camión. Dos iniciales aparecían grabadas sobre su reloj de pulsera, que señalaba en aquel momento las ocho de la mañana: J. S. Su nombre era Jacques Schlosser.

«Transportes — Mudanzas. Seigneur, Chelles». Cuando Jacques descubrió esta placa en el camión que acababa de detenerse, corrió a la habitación de su padre.

—¡Padre! ¡Esta noche tomaremos la alcaldía! —exclamó.

Para el ferroviario Alexandre Schlosser no podía haber promesa más bella. Había sido a él a quien los resistentes habían escogido para primer alcalde de la liberación de Chelles. Una vez que el camión se hubo ocultado tras la esquina de la calle, Alexandre Schlosser subió de nuevo a su habitación, se sentó y se quedó esperando.

El chófer del camión, Coco *el Boxeador*, se detuvo luego en Chelles, en Villemomble, en Draveil y hasta trece veces más, para recoger a trece camaradas de

Jacques Schlosser. Y para trece familias empezó así también una larga jornada de espera.

En el barrio popular de la Bastilla, a quince kilómetros de Chelles, otros muchachos salían también a la misma hora de su domicilio. Michel Huchard, estudiante de Medicina y miembro del grupo de Jóvenes Cristianos Combatientes, al montar en la bicicleta, se volvió para hacer un gesto de adiós a su nodriza bretona, que le veía marchar desde la ventana de la cocina. Llevaba el traje azul marino que ella le había recosido tantas veces. El bajo de los pantalones estaba tan gastado que había tenido que sujetarle unas gomas por debajo de los pies, a fin de que conservaran ligeramente la apariencia del pliegue. No había nada que Jeanne detestara más en el mundo que aquellas citas misteriosas a las que su *Micki* acudía a veces. Sin embargo, aquella mañana tenía un aire tan radiante que la vieja Jeanne estaba segura de que cumpliría su promesa: llegar a tiempo para la comida-sorpresa que le preparaba. Porque, aquel día, Michel Huchard festejaba su vigésimo primer cumpleaños.

En el cuarto piso de un viejo inmueble de la calle Capri, una madre inquieta veía marchar a su hijo. Jean Dudraisil, de veintiún años, alumno de la Escuela de Odontología, la había advertido de que no podría llevar el acostumbrado paquete de los miércoles a su padre, detenido en el campo de Saint-Denis. Tenía que cumplir «una misión». Estaría de regreso a la hora de la comida.

Paulette Restignat, empleada de las PTF, no sabía que su hijo pertenecía a los Jóvenes Cristianos Combatientes de la parroquia de Saint-Marcel. Cuando aquella mañana salió hacia su trabajo, Jacques Rastignat, de diecisiete años, dormía aún. Poco después, tras haber prometido a su madre que se reuniría con ella en la cantina «Danton» para la comida, como cada día, montaría también en su bicicleta.

Treinta y cinco chicos convergían aquella mañana, en camión o bicicleta, hacia la misma cita. Los comunistas y los católicos no se conocían. Pero todos pertenecían a las Fuerzas Unidas de la Juventud Patriótica. Cierto capitán Serge se había puesto en contacto con los jefes de esta potente agrupación, en nombre del Servicio de Inteligencia, al que decía pertenecer. El misterioso capitán había prometido a aquellos chicos, que ardían en ganas de combatir, la mercancía más escasa y más codiciada de aquel verano: armas. Para recoger aquellas armas, comunistas, católicos, paisanos, obreros, estudiantes, treinta y cinco en conjunto, se dirigían aquella mañana del 16 de agosto al encuentro de su última hora.

24

Al igual que todos los habitantes de Saint-Cloud, la profesora del Liceo Thérése Jarillon sabía que los ochocientos metros del túnel que desembocaba bajo las ventanas de su coquetón pabellón estaban atestados de explosivos. Aquella mañana, sin embargo, la anciana señorita se sentía trastornada. Su asistenta, madame Capitaine, acababa de decirle que los alemanes se preparaban para hacer saltar el túnel. Si la noticia era cierta, Thérèse Jarillon sabía que «Mon Rêve» y otros centenares de casitas construidas sobre el montículo de Saint-Cloud desaparecerían en la explosión.

Así, pues, envolvió todas las piezas de su vajilla en periódicos viejos y las escondió bajo la cama. Luego, ayudada por madame Capitaine, tendió el armario en el suelo, abrió las ventanas, cerró el agua, el gas y la electricidad y huyó a todo correr. El túnel de la carretera cuya explosión temía mademoiselle Jarillon y al que los alemanes habían bautizado *Pilz* (champiñón) era, de hecho, una fábrica de torpedos. Hasta finales de 1943, se habían fabricado allí la mayor parte de los torpedos que necesitaban los submarinos alemanes de La Mancha y del Atlántico. Llegó un momento en que la guerra submarina redujo su actividad por falta de navíos. Sin embargo, la producción de *Pilz* siguió al mismo ritmo de antes. Los torpedos fueron almacenados en cámaras especiales, al lado de los dormitorios de los presos que constituían la mano de obra de la fábrica. En aquel universo subterráneo en miniatura, guardado por la Kriegsmarine, se hacinaban más de mil personas.

Pilz era una de las instalaciones alemanas mejor protegidas de París. Nadie tenía acceso a la misma sin un pase especial y los centinelas tenían orden de hacer fuego sin previo aviso sobre cualquier paisano que se acercara a menos de cincuenta metros del alambre espinoso y de los blocaos de las defensas exteriores. Ningún bombardeo podía alcanzarlo. Sólo había un medio de destruirla: hacerla saltar desde el interior.

Esto era precisamente lo que se aprestaba a hacer la Kriegsmarine, cuando llegó el capitán Ebernach, jefe de destrucciones de la 813ª *Pionierkompanie*. Provisto de un salvoconducto del mismo general Von Choltitz, se hizo conducir al interior de la obra, para tomar nota de los explosivos que allí se encontraban, a los efectos de las destrucciones que se le habían encargado.

Lo que vio bajo la interminable bóveda del *Pilz* le causó vértigo. Guardados en cajas, colocadas una contra otra, trescientos torpedos aparecían cargados y listos para ser expedidos. Varios centenares de espoletas y cajas enteras de detonadores esperaban para ser montadas sobre otros proyectiles. Al final del túnel, cuidadosamente alineados, había un centenar de bidones rojos, llenos de TNT[48].

—¡Rayos y truenos! —murmuró Ebernach con cierto respeto. Se volvió hacia el *Obergefreiter* Hegger, que con los ojos muy abiertos contemplaba los tesoros de aquella caverna de Alí Babá, y añadió—: ¡Con todos los explosivos que hay aquí se podrían hacer saltar la mitad de los puentes del mundo!

El capitán Werner Ebernach se dirigió a continuación al *Kapitänleutnant* de la Kriegsmarine que le acompañaba y, con voz seca, dijo:

—En nombre del general comandante del Gross Paris, me incauto de todo lo que se encuentra en este túnel.

A cien metros de la entrada del túnel, el Horch negro y los dos sidecars de la escolta giraron bruscamente a la derecha y entraron en la calle Dailly. Después de subir la cuesta, los vehículos se detuvieron al otro lado de la colina de Saint-Cloud ante una soberbia villa de la avenida Pozzo-di-Borgo. El oficial que esperaba al pie de la escalinata era el principal subordinado de Von Choltitz, el teniente coronel Von Aulock[49], oficial encargado de defender la primera línea exterior de París. En el gran salón con frisos de nogal, ante un espléndido piano «Bechstein», sobre el cual el sargento cartógrafo Coutzen había extendido un mapa de la aglomeración parisiense a escala 1:200.000, los dos hombres sostuvieron su primera conferencia estratégica sobre la defensa de la capital francesa.

Choltitz ajustó su monóculo y dibujó una línea en lápiz alrededor de París. Una vez hubo terminado, se volvió hacia Von Aulock y los escasos oficiales presentes y dijo escuetamente:

—Señores, he aquí la línea en que deben resistir ustedes.

Aulock miró el mapa, sorprendido. La línea de defensa que había trazado Choltitz estaba mucho más alejada de París que la que había propuesto su predecesor, Boineburg. Se apoyaba en el Sena al oeste de Poissy y, después de describir un arco de un centenar de kilómetros, alcanzaba el Marne a la altura de La Varenne-Saint-Hilaire. Englobaba a Saint-Germain, Versalles, Palaiseau, Orly y Villeneuve-Saint-Georges y cerraba el acceso a París por el Oeste, Sur y Sudeste, a treinta kilómetros de distancia de la capital. En el O.K.W. llamaban a aquella línea la «Paris Sperreriegel». Aquel día, en Saint-Cloud, sería simplemente *die Linie*, «la Línea».

El gobernador de París sabía que el teniente coronel Von Aulock podría mantener a duras penas una línea tan larga sin recibir refuerzos considerables[50]. Hitler le había prometido estos refuerzos. Mientras esperaba que llegasen, Von Aulock desplegaría sus diez mil hombres a lo largo de la línea de defensa. Von Choltitz aceptó la sugerencia de uno de los adjuntos de Von Aulock, el coronel Fritz Meise, antiguo jefe de la escuadrilla «Richthoffen». Meise, que estaba al mando del 11º Regimiento de paracaidistas, propuso proceder al desmantelamiento de todas las piezas de DCA

instaladas en París, con objeto de utilizarlas como piezas antitanques[51]. Hizo observar que aquellos cañones no servirían para nada en la ciudad, «ya que seguramente, los aliados no bombardearían París».

Con aquellas baterías, el coronel Meise podría formar en pocos días veinte baterías del 88, once baterías del 75 y veintiuna baterías del 37, doscientas piezas en conjunto, contra las cuales toparían duramente los carros de la 2ª DB del general Leclerc.

Después de la conferencia, el teniente coronel Von Aulock hizo servir champaña. El infatigable capitán Theo Wulff, su jefe de Estado Mayor, lo escanció en las copas de cristal propiedad del dueño de la villa, un israelita llamado Stern, que se había refugiado en Estados Unidos.

Theo Wulff cuenta que Choltitz levantó la copa y pronunció algunas palabras relativas a las duras jornadas que les esperaban. Del gran piano Bechstein salieron las primeras notas de una melodía nostálgica de Lutzow. Tocaba el coronel Seidel, de Dresde, jefe de uno de los tres grupos de combate. Los hombres escucharon en silencio. Recuerda Wulff que, con la copa en la mano, contemplaban a través del gran ventanal de cristales el más bello espectáculo del mundo: los techos de París que se prolongaban hasta el horizonte, dorados por el sol del mediodía.

25

En el alba de aquel 16 de agosto, mientras el sol se levantaba entre las altas torres góticas de la catedral de Saint-Etienne, Marie-Hélène Lefaucheux llegaba a la villa de Meaux, agazapada en una revuelta del Marne, a cuarenta y cuatro kilómetros de París. Marie-Hélène había salido de París en su vieja Alcyon antes del toque de queda, para alcanzar el vagón de ganado que se llevaba a su marido hacia el este y Alemania. Pero hasta entonces, en todas las estaciones adonde había llegado, había recibido la misma respuesta: el tren había pasado por allí dos horas antes.

A la misma hora en que Marie-Hélène llegaba a Meaux, Pierre y sus compañeros, veinte kilómetros más allá, luchaban contra la asfixia en el infierno de un túnel donde hacía dos horas que el tren estaba detenido. El SOS de las FFI de París había llegado a tiempo. A la salida del túnel de Nanteuil-Saacy, dos horas antes de la llegada del tren, la vía había saltado a lo largo de setenta y cinco metros.

Para proteger el convoy contra un ataque terrorista, los guardianes de las SS lo habían hecho retroceder hasta el interior del túnel. Al esparcirse la noticia de que la Resistencia había saboteado la vía, se había originado en los vagones una explosión de gozo y esperanza. Ahora, dos horas después, los prisioneros ya no esperaban nada. Medio asfixiados por el humo negro que salía de la locomotora, se limitaban a luchar para no morir. En el vagón de Yvonne Pagniez, en el que el aire era cada vez más rarificado, se escuchaba la «respiración entrecortada y jadeante de los pulmones oprimidos, los gritos penetrantes de las mujeres cuyos nervios estallaban, los hipos de las que vomitaban en la oscuridad». En muchos vagones, el pánico se apoderaba de las prisioneras. «Era una sensación más fuerte que nuestra voluntad —recuerda Yvonne Pagniez— experimentar en aquella oscuridad la muerte de los enterrados en vida, ahogándonos en nuestra propia tumba». En el vagón de Jeannie Rousseau, las mujeres estaban convencidas de que los alemanes trataban de asfixiarlas. Oían el martilleo de sus pesadas botas a lo largo de la vía y escuchaban sus voces roncas, ahogadas por las máscaras antigás que llevaban puestas.

Y, no obstante, cada segundo de aquella pesadilla les aproximaba más a la liberación. Escondidos a lo largo del balasto, cinco hombres permanecían al acecho. Eran los mismos que habían colocado en los raíles los explosivos que habían hecho saltar la vía. Y, ahora, esperaban los refuerzos para atacar el convoy. Desde su escondite, habían podido darse cuenta de las ideas y venidas de los soldados de la escolta. Habían contado más de doscientos. Gaston, el maestro de escuela que en aquel verano mandaba las FFI del sector, creía que sólo un ataque por sorpresa lograría impedir que los SS hicieran una matanza entre los prisioneros que ellos

querían salvar.

Gaston había ganado la primera baza. Sabía que, desde todo el valle del Marne, solos o en grupos, hombres armados convergían sobre el túnel. De todos modos, tenían tiempo sobrado. Los alemanes necesitarían, por lo menos, dos días para reparar la vía y restablecer la circulación.

Se equivocaba. Por un azar siniestro, los alemanes habían encontrado, a menos de cinco kilómetros más allá del túnel, en la estación de Nanteuil-Saacy, un tren de ganado que salía para Alemania. Nada más fácil que remplazar el ganado por los prisioneros.

Los alemanes hicieron salir el tren del túnel. En la carretera que pasaba más allá apareció una figura en bicicleta. Era Marie-Hélène que, jadeante, sin resuello, alcanzaba, por fin, el convoy.

Entre los flacos y negros espectros que salieron del tercer vagón se encontraba Pierre, su marido. Con la bicicleta en la mano, se lanzó como una loca a través del prado lleno de amapolas que los separaba, trepó el talud, empujó a dos soldados y corrió hacia el tercer vagón. Cuando llegó ante Pierre, hizo lo primero que se le ocurrió: sacando un pañuelo blanco del bolsillo, se lo pasó por la cara, llena de sudor y de hollín.

Por un privilegio especial que ni ella misma ha podido explicarse nunca, los guardianes dejaron que la joven acompañara a la columna durante el transbordo. Arrastrando la bicicleta con una mano y sosteniendo en la otra los dedos descarnados de su marido, comenzó a seguir el camino del calvario de Pierre y de sus compañeros de infortunio. Cuando los SS los separaron, Pierre esbozó una sonrisa y dijo con voz tranquila:

—Después de este viaje, Marie-Hélène, te prometo que nunca más discutiré el precio del coche-cama.

Había otra mujer que también habría pedaleado «hasta el fin del mundo» a cambio de la felicidad de poder cambiar tan sólo unas palabras con su marido. Veintincinco filas antes que ella, en la misma columna, marchaba el marido de madame Renty. Ambos habían sido detenidos juntos, por haber ocultado a unos aviadores aliados. Y los dos formaban parte del último convoy salido de Pantin.

Desesperados, los cinco resistentes vieron desde una colina que dominaba el valle cómo el tren se alejaba lentamente hacia Chateau-Thierry y Nancy. Los alemanes habían ganado. Los refuerzos que esperaba Gaston llegarían demasiado tarde. Poca esperanza quedaba ya de liberar a los dos mil cuatrocientos cincuenta y tres prisioneros franceses de la suerte que les esperaba. Un cruel fracaso para la Resistencia francesa.

En la carretera que bordeaba la vía férrea, más allá del pueblo de Nanteuil-Sacy, una figura blanca, encorvada sobre el manillar de la bicicleta, corría emparejada con

los vagones. Marie-Hélène Lefaucheux continuaba también el viaje.

Ante la salida del Metro que da al bulevar Gouvion-Saint-Cyr, en la Porte Maillot, un hombre alto y delgado, vistiendo un impermeable color masilla y sombrero de fieltro echado sobre los ojos, paseaba. Al filo de las 11, un camión se detuvo ante él. El hombre leyó en los lados: «Transportes — Mudanzas. Seigneur, Chelies». Se acercó al vehículo y preguntó en voz baja al chófer si venía «por las armas». Ante la señal afirmativa de Cocó *el Boxeador*, el hombre dijo: «Soy el capitán». Luego sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos Gauloises y se lo ofreció: «Para que le ayude a esperar, hasta que hayan llegado todos». Cocó *el Boxeador* le dio las gracias, observando que el hombre hablaba con acento extranjero. Momentos después, llegaban dos camiones más y veinte jóvenes fumaban en la acera los cigarrillos del generoso capitán. Cuando Jean-Pierre Dudraisil los vio de lejos, aminoró el paso y pensó: «Vaya idea rara, la de citarse tanta gente en un mismo sitio. ¡Nos van a coger a todos!» Pronto el grupo de Jóvenes Cristianos se reunió también con el capitán, así como los jóvenes comunistas de Chelles. Entre ellos, había una muchacha: Diana, la responsable femenina de los Jóvenes Cristianos Combatientes.

El capitán les ordenó entonces subir a los camiones, llevando sus bicicletas, aunque se hizo prestar una para montar en ella y preceder el convoy, con objeto de asegurarse de que la vía estaba libre. Pidió a los responsables que las lonas de los vehículos permaneciesen tan herméticamente cerradas como fuese posible durante todo el trayecto «a fin de que los alemanes no pudiesen sospechar nada». Avisó de que harían dos paradas. En la primera, nadie debía moverse. En la segunda, habrían llegado al garaje donde estaban las armas.

Los camiones arrancaron. En el primero, Diana podía vislumbrar en la penumbra los rasgos tirantes de sus camaradas. Michel Huchad, Jean-Pierre Dudraisil y Jacques Restignat estaban sentados juntos, pero no hablaban. Cinco minutos después, el convoy se detuvo. Diana, la única chica del grupo, alzó algo la lona de detrás y lanzó un grito. Alemanes armados de metralletas salían de un solar y avanzaban hacia los camiones. Michel Huchard gritó: «¡Silencio!» Pero una voz empezó a rezar el Padrenuestro y todos los ocupantes del camión le acompañaron juntos. Dos o tres minutos más tarde una lluvia de golpes de culata y de balas cayó sobre los vehículos. «*Raus! Raus! Schnell*», mandaban los alemanes, metiendo las metralletas por entre las lonas. Alguien desde una calle gritó en francés: «¡Saltad!» Diana reconoció la voz del capitán. Jean-Pierre Dudraisil salió el primero. Un soldado disparó una ráfaga corta contra él y el muchacho sintió una quemadura en el muslo. Otro chico le siguió. Luego Diana. A su aparición por el lado del camión, con sus cabellos largos y rubios, el fuego cesó bruscamente.

Una hora más tarde, Diana y sus treinta y cinco compañeros, se encontraban en

fila a lo largo del muro de un siniestro patio en el número 9 de la calle Saussaies, el mismo donde tantos franceses habían pasado en la tortura, los últimos momentos de vida. Después de haber estado dos horas con los brazos en alto, fueron separados e interrogados. Diana fue trasladada a una celda del quinto piso.

Hacia las ocho de la noche, oyó que se abría la puerta y alguien le dijo que estaba libre.

—¿Qué habéis hecho de mis camaradas? —preguntó.

—Se quedan aquí —contestaron secamente.

Al día siguiente, en un garaje de la calle Chardon-Lagache, unos padres y madres desesperados buscarían los cuerpos de sus hijos entre los treinta y siete cadáveres que los bomberos acababan de recoger tras la cascada del Bois de Boulogne. Los alemanes habían acabado con sus víctimas por medio de granadas. Los cuerpos estaban tan mutilados que era prácticamente imposible identificarlos. Alexandre Schlosser, el candidato a alcalde de Chelles, a quien su hijo había prometido armas para tomar la alcaldía, se acordaría entonces de las dos iniciales tatuadas sobre la muñeca de Jacques. Y Jeanne, la vieja nodriza bretona, pensaría en los elásticos bajo los pies que ella misma había cosido en los pantalones de Michel Huchard.

Pero muchos padres y muchas madres no localizarían nunca a sus hijos entre los cuerpos destrozados de los treinta y cinco primeros mártires de la liberación de París[52].

26

El subteniente Ernst von Bressensdorf, de veintisiete años, oficial adjunto de la 550ª Compañía de transmisiones, se sobresaltó al ver encenderse una bombilla roja. Aquella lucecita indicaba que Berlín, o Rastenburg, llamaba por la línea directa ultra-secreta del Gobierno militar de París. Aquella línea pasaba por la central telefónica instalada en una de las habitaciones del tercer piso del hotel Meurice. Una treintena de telefonistas y varios suboficiales se relevaban cada veinticuatro horas en las distintas derivaciones de la central. Pese a su poca edad, Ernest von Bressensdorf era el jefe de aquel importante servicio. Entre sus prerrogativas, había una que apreciaba por encima de todo: él era el único autorizado a manipular en la línea directa con Berlín. A causa de este privilegio, se había expuesto a un consejo de guerra. Cuatro días antes, había descolgado el aparato y pedido a la operadora de Berlín que llamara a sus padres, en Leipzig. Ellos le habían enterado de un gran acontecimiento: su esposa acababa de traer una niña al mundo.

Fue una voz completamente distinta la que oyó aquella mañana al descolgar el aparato, la voz seca y precisa del coronel general Jodl que llegaba desde el otro extremo del hilo, «tan clara como si llamase desde el Louvre o los Inválidos». Bressensdorf conectó la línea al aparato del general Von Choltitz. Luego, introduciendo una clavija en un supletorio, decidió escuchar la conversación.

Al oír las primeras palabras de Jodl, el joven subteniente se sobresaltó.

—¿En qué estado se hallan los trabajos de destrucción ordenados? —preguntó.

El jefe de Estado Mayor del O.K.W. añadió que Hitler había reclamado un informe detallado para la conferencia del mediodía. Bressensdorf recuerda que hubo un largo silencio en el aparato. Luego Choltitz contestó que, desgraciadamente, las destrucciones no habían podido empezarse aún, ya que los especialistas no habían llegado hasta la víspera. Aseguró que se harían rápidamente los preparativos. Jodl, según Bressensdorf recuerda, pareció muy decepcionado. Aseguró que Hitler estaba «muy impaciente». El gobernador de París aprovechó la ocasión para decirle lo que ya había dicho la víspera a Blumentritt y al mariscal Von Kluge. Cualquier destrucción efectuada en París, en aquellos momentos, llevaría, según él, a lo que más temía: «La ira desesperada de los parisienses y una insurrección general». Proponía, por tanto, que se retrasaran las destrucciones unos días. Jodl contestó que transmitiría estas recomendaciones a Hitler, pero que no debía esperarse que ello le hiciera cambiar su decisión. Volvería a llamarle, para darle la contestación de Hitler. La breve conversación terminó, según el joven subteniente, con unas palabras tranquilizadoras de Choltitz, quien afirmó al jefe del O.K.W. que tenía la situación

completamente controlada y que «los parisienses no habían osado moverse todavía».

La lluvia que caía sobre París desde el mediodía barría las pistas de tenis con tal violencia que el tío Martin, el conserje del estadio Jean Bouin, no creía tener cliente alguno aquella tarde. Estaba equivocado. Hacia las tres, cuando más fuerte era la tempestad, oyó una llamada. En la puerta, con una raqueta en la mano derecha y un pollo en la otra, descubrió a uno de sus mejores clientes. Agotado, chorreando agua, Jacques Chaban-Delmas se dejó caer sobre una silla.

—¿De dónde viene usted? —preguntó el tío Martin sorprendido.

—De Versalles, a causa de este maldito pollo —contestó Chaban-Delmas mostrándole el volátil.

En Argel, en medio del calor tórrido de aquella misma tarde, una decisión acababa de recaer sobre el largo informe enviado por Chaban-Delmas. Charles de Gaulle iba a partir para Francia. Pero, antes de irse, el jefe de la Francia Libre debía cumplir con una formalidad muy penosa: pedir a los aliados que le autorizaran a trasladarse a su propio país. Bajo el polvoriento ventilador de su oficina del Palais d'Eté, De Gaulle llamó al general sir Henry Maitland Wilson, que representaba al mando aliado en Argel. Según indicó a aquel cortés oficial, se proponía efectuar una simple inspección en la parte de Francia que los aliados habían liberado.

En realidad, las intenciones de Charles de Gaulle sobrepasaban los límites de una simple inspección. De Gaulle se preparaba para llevar su propia persona primero y luego su Gobierno al territorio francés y, especialmente, a París. Tanto si los aliados lo querían como si no, tanto si Roosevelt reconocía su autoridad como si no lo hacía, el jefe de la Francia Libre estaba ahora decidido a instalarse en Francia. Si omitía voluntariamente hacerlo saber así al mando aliado, se debía a dos razones. Ante todo, De Gaulle estimaba que sus decisiones no afectaban para nada a los aliados. Por otra parte, se daba perfecta cuenta de que, si los aliados llegaban a conocer sus intenciones, harían todo lo posible para que no saliera de Argel.

Pocos días antes, De Gaulle se había enterado de la desesperada maniobra que intentaba Pierre Laval para cerrarle el paso. Laval había ido a buscar a Édouard Herriot, el presidente de la Cámara de Diputados, a la clínica donde lo retenían los alemanes y lo había llevado de nuevo a París. Laval esperaba lograr de Herriot la convocatoria de la difunta Cámara y la constitución de un Gobierno que recibiría a los aliados. De Gaulle creía que este complot de última hora no tendría éxito. Pero la convicción de que aquella intriga contaba con el apoyo de los estadounidenses constituía para el jefe de la Francia Libre una razón más para querer llegar a París urgentemente[53].

En la confortable *roulotte* del cuartel general de Shellburst, desde donde dirigía

las operaciones, el general Eisenhower mostraba aquel día una sonrisa de satisfacción. Los oficiales de Estado Mayor le llevaban, de hora en hora, los informes sobre el desarrollo de los combates en la bolsa de Falaise. Y, de hora en hora, Eisenhower veía crecer la lista de las unidades alemanas caídas en la trampa. Podía pensar ahora en la próxima operación: la embestida hacia el Sena y Alemania. No sentía preocupación especial alguna con respecto a la situación de París. Nadie se había molestado en informar al comandante en jefe de que en la capital estaba a punto de estallar una rebelión. Por alguna razón inexplicable, el SOS de Chaban-Delmas no había sido retransmitido al único hombre responsable de la estrategia aliada.

A sesenta kilómetros al sur de París, cerca de un pueblo de techos de pizarra llamado Tousson, se encendió una luz en la noche de agosto. Muy pronto, a seiscientos metros hacia el Este, lució otra, y luego una tercera, a la misma distancia, pero más hacia el Sur. Alrededor de toda la vasta meseta, cubierta de rastrojos, ocultos entre las matas de juncos o entre las hierbas altas de los taludes, cincuenta hombres vigilaban el pestañeo intermitente: dos destellos largos, uno corto, de las tres luces.

Aquellos hombres pertenecían al comando que mandaba un hombre alto, de treinta años, que llevaba una camisa de aviador y un pantalón de esquiar. Se hacía llamar *Fabri*. Su verdadero nombre era Paul Delouvrier y, en su vida civil, ocupaba el cargo de inspector de Hacienda.

Fabri había instalado su cuartel general —una tienda, dos mesas, un emisor de radio alimentado por una batería de coche— entre la maleza casi impenetrable de los bosques de Darvaux. También se encontraban allí, camuflados bajo el espeso follaje, dos automóviles con los colores de la Wehrmacht que *Fabri* y sus hombres habían capturado en una de sus operaciones.

Sería difícil encontrar una tropa más heterogénea. Estaba integrada por doce guardias republicanos, que habían desertado por negarse a fusilar a unos resistentes en la cárcel de la Santé, un artista pintor, que se había evadido de la cárcel de Amiens, algunos miembros de la escuela de mandos de Uriage… También había ex milicianos de Darnand e incluso un viejo sargento de la LVF, titular de la Cruz de Hierro de 1ª clase.

El comando Fabri, avituallado de víveres por los paisanos y provistos de armas por el carnicero-tocinero de Nemours, llevaba una vida espartana y militar en la frondosidad de los bosques de Fontainebleau y de Nemours. Era el orgullo de su jefe. La misión que se le había confiado era tan extraordinaria que, cuando el momento llegase, solamente podrían llevarla a cabo hombres bien entrenados y perfectamente disciplinados.

A partir del mes de mayo, el comando Fabri había repetido numerosas veces el ejercicio de aquella noche de agosto. Tal ejercicio consistía en preparar el aterrizaje

de un avión. Los hombres sabían que aquel avión llevaría un importante personaje, que debían conducir a París en uno de los coches capturados a la Wehrmacht.

Aquella noche del 16 al 17 de agosto, Paul Delouvrier se sentía especialmente satisfecho. Sus hombres estaban bien preparados. Él mismo había llegado a París en bicicleta, por la tarde, después de ver a su jefe, que acababa de llegar de Londres. Arrodillado en la penumbra discreta de la iglesia de Saint-Sulpice, Jacques Chaban-Delmas había advertido a Paul Delouvrier que, en adelante, debía considerarse en estado permanente de alerta.

Después del ejercicio, Paul Delouvrier reunió a sus adjuntos en el soto de su cuartel general y les repitió las palabras de Chaban-Delmas. El mensaje que debían esperar en las ondas de la BBC sería una frase de cinco palabras: *¿Tú has desayunado bien, Jacquot?* Seis horas después de haber oído la pregunta, se presentaría un Lysander, para aterrizar sobre la meseta de Tousson. El coche debía encontrarse a punto para recoger al viajero y conducirlo, bajo protección armada, a la dirección de París que él indicase. Se debían prever itinerarios eventuales, para el caso de que el enemigo diera señales de vida.

—Señores —dijo Paul Delouvrier—, ahora ya puedo revelarles la identidad del personaje que irá a bordo del avión. Es el propio general De Gaulle[54].

27

Al igual que cada día, a la misma hora, un hombre pequeño, tocado de sombrero negro, pasó ante los dos centinelas y, con paso decidido, entró bajo la bóveda coronada por la cúpula de ocho facetas del Palacio de Luxemburgo.

Marcel Macary era el único francés a quien los alemanes permitían el paso diariamente en el sancta sanctórum de aquel palacio que ocupaban desde el 25 de agosto de 1940. El grueso mariscal Sperrle, su Estado Mayor y los servicios de la 3ª Flota Aérea habían salido la víspera en dirección a Reims. Durante la noche, habían sido remplazados por otros alemanes, esta vez combatientes. Pero la historia de este palacio, cuatro veces centenario, no guardaría recuerdo alguno de aquel breve capítulo de la ocupación nazi. Marcel Macary sabía que París sería pronto liberado. Esperaba poder entregar dentro de pocos días a la República las llaves de aquel monumento intacto, que había defendido con más tesón y habilidad que si se hubiese tratado de algo propio. Marcel era el conservador del Palacio de Luxemburgo. Macary había sufrido en su propia sangre cada vez que una bota alemana, en algún pasillo o escalera, había aplastado una colilla.

Hacía ya cuatro años que su jornada diaria empezaba con una ronda de inspección de los tesoros que contenía su palacio. El itinerario de esta vuelta era siempre el mismo. Ante todo, la biblioteca, en el primer piso, donde una empalizada de dos metros de alto, instalada en 1941, protegía los trescientos mil volúmenes, entre los cuales había algunos manuscritos muy antiguos y varias ediciones especiales de obras raras. Luego, contemplaba con una especie de beatitud el cuadro colgado bajo la ventana y que tanto trabajo le había costado arrancar de la codicia de cierto coleccionista llamado Hermann Goering: *Alejandro Magno encerrando los poemas de Homero en el cofre de oro de Darío, después de la victoria de Arbelles*, de Eugéne Delacroix. El conservador cruzaba a continuación el «Gabinete Dorado», en el que María de Médicis concedía sus audiencias. Después entraba en el gran salón de recepciones, artesonado en oro, que los alemanes habían transformado en comedor. Desde lo alto, plasmado en una tela muy grande, *Napoleón en Austerlitz* contemplaba con aire de desprecio a los usurpadores de aquel palacio, en que había vivido él mismo, con Josefina.

Antes de terminar su ronda, Marcel decidió cruzar el patio de honor, para ver en qué estado se hallaban los trabajos de construcción del tercer refugio que los alemanes estaban abriendo bajo el palacio[55]. Sin embargo, aquella mañana, el patio de honor se había convertido en una tierra de nadie, cuya entrada estaba guardada por soldados. Antes de verse rechazado a punta de cañón de una metralleta, Marcel

Macary tuvo tiempo de ver algo que no había de olvidar. Los nombres de la organización Todt descargaban de una decena de camiones, parados en el patio, unas cajas que luego eran bajadas al sótano. El conservador recuerda que aquellas cajas iban marcadas con una calavera y dos palabras en negro «Achtung Ecrasit». Otros hombres preparaban unos largos tubos, a cuyo extremo había perforadoras neumáticas. Estaban enchufados a unos compresores colocados cerca de los camiones.

Macary comprendió entonces perfectamente por qué los alemanes le habían negado la entrada en el patio de honor. Estaban minando el palacio, aquel palacio que durante mil cuatrocientos cincuenta y tres días había estado protegiendo contra todos los desafueros de sus ocupantes. Desesperado, se preguntaba qué podía hacer para evitar aquel desastre. Al fin tuvo una idea. Había un hombre que acaso pudiese salvar el palacio de la destrucción. Era un simple electricista. Se llamaba François Dalby.

Los mismos preparativos de destrucción se hacían aquella mañana en muchos lugares de París, al abrigo de toda mirada indiscreta. Tras las doce columnas corintias del Palais-Bourbon, en el patio de honor de la Cámara de Diputados, el *Obergefreiter* berlinés Otto Dunst y algunos nombres de la 813ª *Pionierkompanie* vigilaban las idas y venidas de los camiones de explosivos. Otto Dunst tenía orden de emplear una tonelada de explosivos para minar todo un lado de la plaza de la Concordia, el Palais Bourbon, el hotel de la Presidencia y el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Al otro extremo de París, en la fábrica Panhard de la avenida Ivry, que fabricaba piezas para las V-2, el *Feldwebel* Walter Hoffmann, de cuarenta y un años, perteneciente a la 511ª Zugwachabsteilung, había recibido una orden de su jefe, el mayor Steen. Aquella orden se refería a dos camiones que debían llegar, llevando el trinitrotolueno necesario para la destrucción de todas las instalaciones. El mayor Steen había insistido en que los explosivos debían ser introducidos en la fábrica «sin llamar la atención de los obreros franceses».

En el número 10 de la avenida de Suresnes, el teléfono sonó hacia las diez de la mañana en el despacho del ingeniero Joachim von Kneesebeck, director de Siemens en Francia. Le llamaban desde el hotel Meurice. Al otro extremo del hilo, una voz desconocida dio orden a Von Kneesebeck de hacer saltar todas las máquinas de la fábrica Schneider Westinghouse de Fontainebleau.

En la calle Saint-Armand, a dos pasos del matadero de Vaugirard, los *Oberleutnants* Von Berlipsch y Daub y los *Feldwebels* Bernhart Blache y Max Schneider, del 112º Regimiento de Transmisiones, ponían en práctica las enseñanzas recibidas en el «curso especial de demolición» que habían seguido desde el día siguiente al desembarco. Repartían metódicamente mil kilos de dinamita y doscientas cápsulas explosivas entre los tres pisos subterráneos de la central donde doscientos

treinta y dos tele-escritores se relevaban día y noche para atender a las comunicaciones normales y en clave del frente del Oeste, desde Noruega hasta la frontera española.

La voladura sería efectuada, desde un coche situado en un garaje de la calle de Alleray, por el *Spengkommando* de Von Berlipsch. Al mismo tiempo, el *Oberleutnant* Daud y sus hombres harían saltar la central telefónica de los Inválidos, haciendo estallar las veinticinco cajas explosivas que habían fijado a unas botellas de oxígeno comprimido a ciento ochenta atmósferas.

En resumen, los demoledores del III Reich bullían por todo París.

Hacia el mediodía, el ascensor en forma de silla de manos del hotel Meurice llevó al comandante del Gross Paris al cuarto piso. Choltitz encontró a los cuatro expertos en demolición enviados por Berlín en plena actividad. Por la mañana habían visitado cinco grandes fábricas de la región parisiense, especialmente Renault y «Bleriot», para determinar los emplazamientos de las cargas explosivas. Tales emplazamientos estaban señalados en el plano con puntitos rojos. Choltitz recuerda que había «un océano de puntitos rojos» para cada fábrica.

Cuando el gobernador de París regresó a su despacho, el jefe de su Estado Mayor, el impasible coronel Von Unger, le entregó un mensaje del OB Oeste. Llevaba la firma del mariscal Von Kluge. En la parte superior izquierda, llevaba las indicaciones de «Alto Secreto» y «Muy Urgente». Fueron dos líneas al final del cuarto párrafo de este mensaje número 232/44 las que llamaron la atención del general. Decían así: «Ordeno que se proceda a la ejecución de las neutralizaciones y destrucciones previstas en París».

Por el largo pasillo sembrado de papeles y residuos, dos hombres corrían tras una firma. Sin embargo, no parecía haber nadie aquel día en el hotel Meurice que pudiera otorgársela. Los servicios del Gobierno militar de la Francia ocupada, el *Militärbefelshaber in Frankreich*, habían salido de París unas horas antes, Raoul Nordling y Bobby Bender llegaban demasiado tarde.

No obstante, había creído poder arrancar a los tres mil ochocientos noventa y tres detenidos políticos que se encontraban aún en las cárceles parisienses[56], de la matanza general que temían. El general Von Choltitz les había dicho, treinta minutos antes, que estaba dispuesto a libertar a los prisioneros, a condición de quedar a cubierto mediante la firma de un oficial del *Militärbefelshaber in Frankreich*. Después de cuatro días de remover cielo y tierra, era la primera esperanza que recibían.

Nordling y Bender se detuvieron. En el pasillo acababa de oírse un sonido

metálico. Con gesto violento, el mayor Huhm, jefe del Estado Mayor, acababa de cerrar el último cajón de su mesa, cuyos papeles había estado quemando en la chimenea. Huhm era el último oficial que quedaba en el inmenso hotel desierto. Dentro de breves instantes, montaría en su coche BMW y marcharía hacia el Este.

Bender y Nordling se apresuraron a entrar. Huhm escuchó impasible las explicaciones del cónsul de Suecia. Luego dijo que, en ausencia de su superior, el general Kitzinger, no podía tomar sobre sí tal responsabilidad. Raoul Nordling jugó entonces su última carta. Dijo al oficial alemán que estaba en condiciones de poder obtener la libertad de cinco soldados de la Wehrmacht por cada prisionero francés que le fuese confiado. Huhm pareció vacilar. Al fin preguntó al cónsul qué garantías podía dar de que serían respetadas las condiciones de aquel trato. Nordling contestó que había recibido autorización de las más altas autoridades aliadas para hacer aquella proposición[57].

Ante aquellas palabras, el alemán pareció ceder, según recuerda Nordling. Declaró con voz seca que aceptaba estudiar un proyecto de canje. Pero exigía que tal proyecto fuese establecido en acta notarial, redactada por un hombre de leyes.

Huhm miró el reloj. Eran las doce.

—Señor cónsul —terminó— me marcho a la una en punto.

Huhm firmó finalmente, aunque con vacilación, en nombre del *Militärbefelshaber in Frankreich*, un texto de doce párrafos, que ordenaba a las autoridades penitenciarias de cinco cárceles, tres campos y tres hospitales entregar todos sus prisioneros al cónsul de Suecia. Nordling miró su reloj. En el momento en que la pluma del alemán escribía el último párrafo, faltaban tres minutos para la una.

Al otro extremo de París, en el andén de la estación de Bobigny, otro hombre consultaba también su reloj. Había llegado el momento de que el *Hauptsturmführer* Brunner, comandante del campo de Drancy, diera la señal de salida. Sin embargo, de todos los trenes que habían servido para deportar a millones de franceses de Alemania durante cuatro años, aquél sería el más corto. No tenía más que un solo vagón. La Resistencia había impedido que los otros treinta y nueve vagones exigidos por Brunner llegasen a Bobigny. Para llenar este único vagón, Brunner había escogido la flor y nata de Drancy. En el mismo instante que el mayor Joseph Huhm estampaba su firma al pie de un documento que debía salvar tantas vidas humanas, Georges Apel y cuarenta y nueve de sus compañeros iban a partir hacia las cámaras de gas de Alemania…

El *Hauptsturmführer* vio llegar entonces al andén a su adjunto, el teniente Hans Kopel, quien informó a su jefe de que Berlín acababa de llamar por teléfono para pedirle que acudiera urgentemente al cuartel general de la Gestapo para comprobar si

se habían quemado todos los archivos del campo. Brunner ordenó brevemente:

—Haga bajar a Apel del vagón y lléveselo con usted a la avenida Foch.

Dietrich von Choltitz se hizo traer un plano de París. Apoyando su pesada mano sobre él, dijo a su visitante:

—Supongamos que desde una casa situada, por ejemplo, en el lado de los impares de la avenida de la Ópera, entre las calles Gomboust y de Les Pyramides, se dispara un tiro contra uno de mis soldados. Pues bien, mandaré quemar todas las casas de aquel bloque y fusilar a sus habitantes.

Aseguró que tenía medios ampliamente suficientes para llevar a cabo esta clase de misión. Sus fuerzas eran de unos «veintidós mil hombres de tropa, en su mayor parte de las SS, un centenar de tanques Tigre y noventa aparatos de bombardeo»[58].

El alcalde de París, Pierre Taittinger, no pudo ocultar un estremecimiento. Un telefonazo desesperado le había decidido a hacer aquella gestión cerca del gobernador. Al otro extremo del hilo, una voz desconocida le había advertido que «los alemanes empezaban la evacuación de los inmuebles sitos en los alrededores de París». Y el oficial con monóculo que tenía ante él le decía ahora con voz tranquila que estaba decidido a destruir la Villa, barrio tras barrio, si se presentaba ocasión para ello.

El índice del general, amenazadoramente extendido, se paseaba a lo largo de las revueltas del Sena.

—Usted es también militar, Mr. Taittinger —continuó, mientras el dedo seguía recorriendo el plano—, y comprenderá, por tanto, que estoy obligado a tomar ciertas medidas en París.

Choltitz se quitó bruscamente el monóculo y levantó la cabeza. Mirando duramente al francés, nombró con voz brusca e irritada algunas de las medidas que pensaba tomar. La destrucción de los puentes de la ciudad, de las centrales eléctricas y de las vías férreas eran los puntos principales de su programa.

Sentado en el borde del sillón, Taittinger se dijo petrificado que el general alemán «estaba dispuesto a destruir París como si se tratara de un pueblo cualquiera de Ucrania». Frente a esta amenaza, el alcalde de París no se hacía muchas ilusiones en cuanto al peso de su propia autoridad. Lo más que podía hacer, si es que la ocasión se presentaba, era tratar de comunicar a aquel general una parte del aprecio sentimental que sentía él mismo por París. Quiso el azar que tal ocasión se presentara aquella misma mañana. Choltitz, visiblemente nervioso por sus propias palabras, se vio sacudido de repente por un acceso violento de tos[59].

Se levantó medio asfixiado y salió al balcón. Su visitante le acompañó. Mientras el general alemán recobraba la normalidad de su respiración, Pierre Taittinger debía

encontrar allí, en la admirable perspectiva que se desplegaba ante él, los argumentos que buscaba.

En la calle de Rivoli, el vestido de flores de una parisiense, hinchado por el aire, dibujaba una corola multicolor sobre el asfalto. Más lejos, inclinados sobre los bordes de los estanques de las Tullerías, unos niños empujaban hacia el centro del agua sus blancos veleros. Al otro lado del Sena, la cúpula de los Inválidos brillaba bajo el sol del mediodía. Lejos, a la derecha, la esbelta silueta de la Torre Eiffel se elevaba hacia un cielo sin nubes.

Apelando a toda la elocuencia que su corazón podía dictarle, Pierre Taittinger hizo un llamamiento patético. Para ello, tomó como testigo aquel París inmortal que se extendía ante sus ojos. Mostró las columnatas esbeltas de Perrault, las fachadas de encaje del Louvre, las piedras luminosas del Palacio de Gabriel y las otras, cargadas de historia, de las casas que abarcaban con la vista y exclamó:

—Los generales tienen a menudo el poder de destruir, pero raramente el de edificar. Suponga que un día vuelve como turista y contempla de nuevo los testigos de nuestras alegrías, de nuestros sufrimientos… Podría decir entonces: «Yo, el general Von Choltitz, tuve un día el poder de destruirlos y los conservé para hacer don de ellos a la Humanidad». General —preguntó—, ¿no vale esto toda la gloria de un conquistador?

Choltitz guardó silencio durante un largo rato. Luego se volvió hacia el alcalde de París. Con voz lenta, articulando cuidadosamente las palabras, dijo:

—Es usted un buen abogado, Mr. Taittinger y ha cumplido con su deber. De igual forma yo, general alemán, he de cumplir con el mío.

Desde la salida del último convoy de Fresnes, Louis Armand, el ingeniero que tan deseoso estaba de marchar, no había recibido más que un gran trozo de queso de «Roquefort» por todo alimento. Hacía dos días que el trozo de queso estaba en uno de los rincones de la celda. Armand detestaba el queso. No había podido comer ni una migaja en su vida. E incluso prefería morirse de hambre a comerlo.

De pronto, se preguntó si el hambre no le produciría alucinaciones. Porque el ruido aislado que había percibido se había multiplicado bruscamente a lo largo de los húmedos pasillos. Armand había reconocido el ruido metálico de las llaves al girar en las cerraduras y el seco chasquido de las puertas al abrirse. Pronto comprendió que aquellas puertas que se abrían, no volvían a cerrarse. Estaba seguro de que en el patio esperaba el pelotón de ejecución que iba a fusilarle.

Louis Armard pensó con calma en su muerte.

Al otro extremo de la cárcel, en el departamento de mujeres, la secretaria Genevieve Roberts oyó el mismo ruido. En el dintel de la puerta que acababa de abrirse, apareció un guardia rubio que gritó:

—*Raus*!

Geneviève se persignó lentamente y salió.

A medida que bajaban al patio, el cónsul de Suecia, Raoul Nordling, contaba los presos. Con los tres condenados a muerte, eran, en total, quinientos treinta y dos[60].

Esta primera victoria era tan sólo provisional. El comandante de la cárcel se negaba a libertar los presos antes de la mañana siguiente. No obstante, había aceptado confiarlos, aquella misma noche, a la custodia de la Cruz Roja.

Nordling contemplaba impaciente cómo los presos se iban reuniendo en el patio. Tenía prisa. Fuera de la cárcel, su Citroën negro, que lucía el pabellón sueco, lo esperaba para conducirlo al campo de Drancy, al fuerte de Romainville y al campo de Compiègne. Luego intentaría aún detener el tren que se llevaba a Pierre Lefaucheux, Yvonne Pagniez y sus dos mil cuatrocientos cincuenta y un compañeros de infortunio hacia los campos de Alemania.

Aquello era casi un diálogo entre sordos. La comunicación telefónica entre el cuartel general del SHAEF en Londres y el State Department en Washington era tan mala que los dos interlocutores tenían que desgañitarse para hacerse entender. No obstante, el general Jules Holmes, jefe de asuntos civiles del SHAEF, tenía que someter un problema especialmente importante al diplomático John J. McCloy. Sobre su mesa, había una carpeta que llevaba dos iniciales. Tales iniciales correspondían a De Gaulle.

—A propósito del viaje de De Gaulle a Francia —decía Holmes—, nos gustaría saber si existe alguna objeción de orden gubernamental a este proyecto.

—¿A dónde quiere ir y cuál es el motivo del viaje?

Holmes explicó que De Gaulle pretendía visitar las regiones liberadas.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse allí? —preguntó McCloy.

Holmes no tenía la menor idea.

—Lo cual quiere decir que piensa quedarse definitivamente en Francia —dedujo McCloy—. No se trata, pues, de una visita, sino más bien de un regreso. ¿No cree usted que sería mejor que le preguntase cuáles son sus verdaderas intenciones? —sugirió—. Nuestra autorización dependerá de su respuesta[61].

Si se trataba de un viaje «al estilo de Bayeux», Holmes podía asumir la responsabilidad de darle la autorización necesaria. En caso contrario, el jefe de asuntos civiles del SHAEF debería advertir a Washington inmediatamente.

Holmes colgó y acto seguido pidió al general Maitland Wilson un complemento de información. Algunas horas más tarde, recibió de Argel una contestación tranquilizadora: De Gaulle no pensaba hacer más que una simple visita. No había demostrado intención alguna de quedarse en Francia de manera definitiva. Holmes

telegrafió, pues, la conformidad del SHAEF.

Ni el mando aliado ni Washington se imaginaban la sorpresa que les preparaba Charles de Gaulle.

Tercer pliego de fotografías

Para los parisienses, los primeros periódicos de la libertad



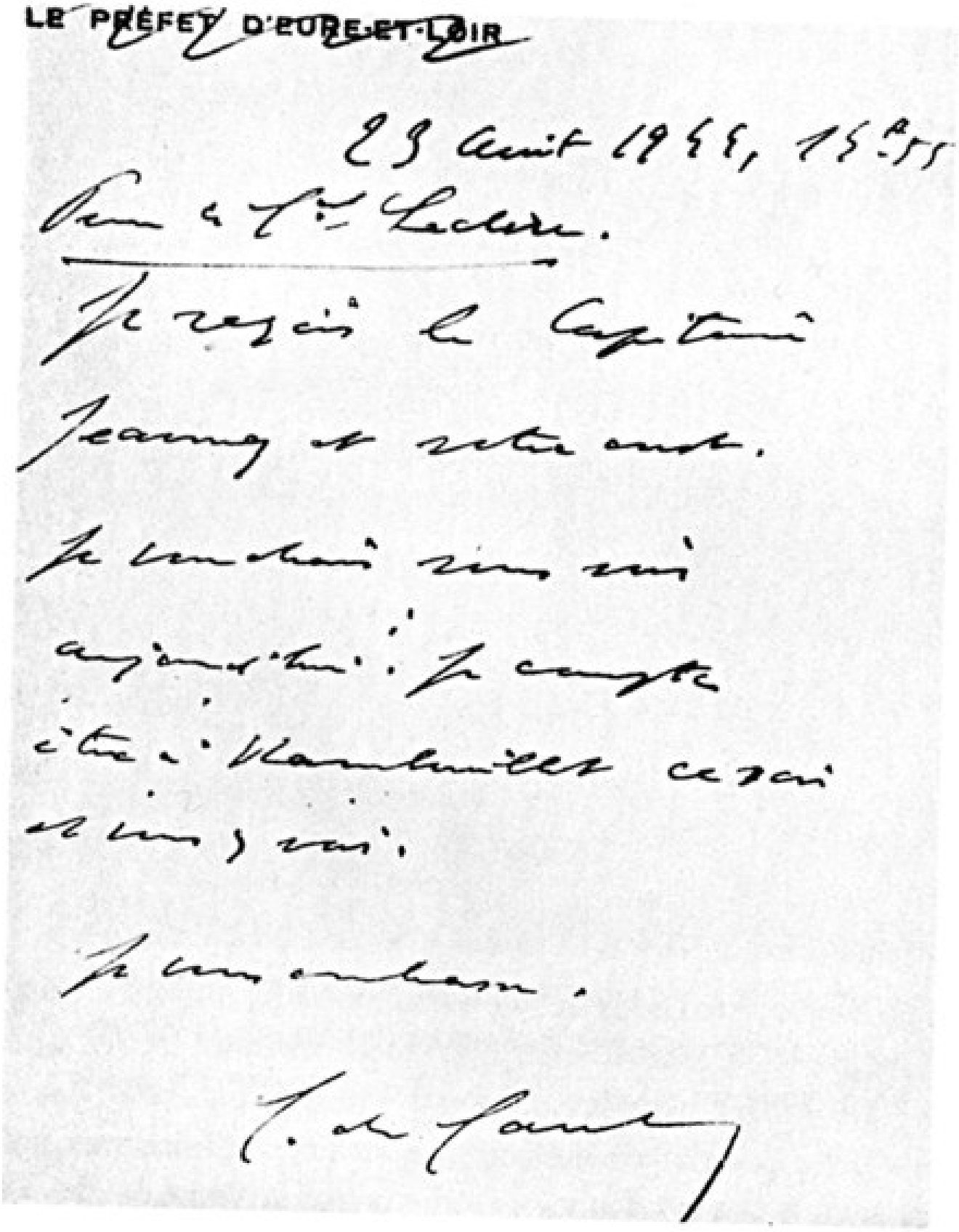
El 23 de agosto aparecieron los primeros periódicos de la prensa liberada, impresos clandestinamente por

equipos de fortuna. El ejemplar que leen estos parisienses trae una noticia extraordinaria: Leclerc y sus soldados blindados han entrado en París. Estos nuevos periódicos sólo tenían una hoja. Los alemanes ejecutaron a varios vendedores que tuvieron la audacia de pregonarlos en las calles ocupadas todavía por la Wehrmacht.

Los aliados marchan sobre París, donde a los sublevados sólo les quedan dos minutos de fuego



Al frente de quinientos corresponsales de todos los periódicos del mundo, libre figura Ernest Hemingway. Con su grupo de FFI, que le llamaban «mi coronel», Hemingway acaba de hacer, cerca de Rambouillet, sus primeros prisioneros. Son soldados de la división del general Von Aulock, que defiende los alrededores de París.


LE PRÉFET D'EURE-ET-LOIR

De Gaulle había decidido ordenar a Leclerc que marchara sobre París, tanto si los aliados lo querían como si no. A tal efecto, en este documento, que lleva el membrete de la prefectura de Eure-et-Loir, se dirige a Leclerc para convocarle al castillo de Rambouillet, donde estará aquella misma tarde.



En el puente del Châtelet, en plena batalla, policías y mozos del mercado, en chaquetas de cuero, se parapetan tras las carretillas para hostigar a los alemanes que cercaban la prefectura de policía. Los carros y la infantería de Von Choltitz atacaron por tres veces el bastión de la insurrección parisiense. Y cada vez tuvieron que retirarse ante el fuego de los defensores, en ayuda de los cuales acudieron grupos de las FFI,

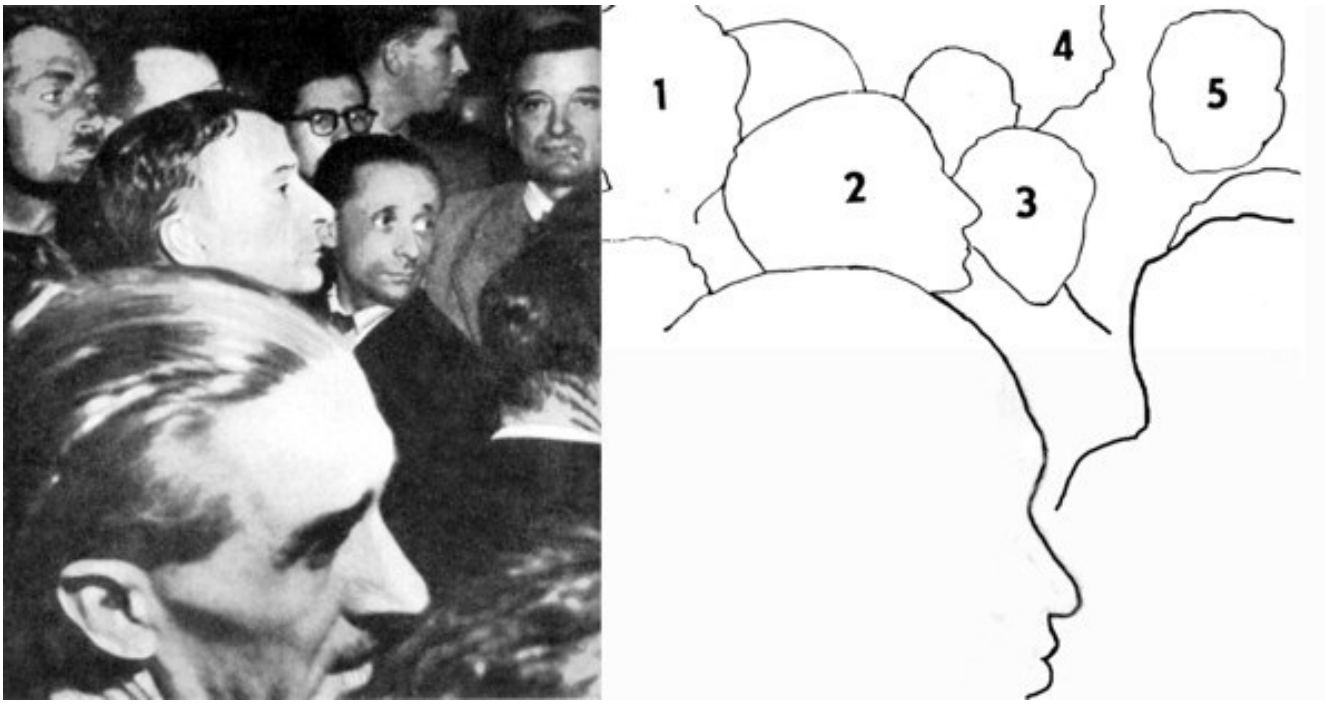
como éste.

Ante los carros de Leclerc, una repentina y magnífica aparición: la Torre Eiffel



Para los soldados de la División Leclerc, como para los de la 4ª división estadounidense, fue un momento emocionante cuando divisaron por primera vez la Torre Eiffel. La mayor parte de ellos la vieron, el día 24 de agosto, al alcanzar las colinas del valle de Chevreuse. La mayor parte de los estadounidenses y muchos franceses no la habían visto nunca. Por la tarde del 24 de agosto, cuando, en medio de duros combates, los hombres de la 2ª DB vieron a lo lejos su borrosa silueta, sus oficiales dijeron que les había parecido como si «una corriente eléctrica les recorriera el cuerpo». Tanto para los que venían del corazón de África como para los demás, la Torre Eiffel significaba que ya habían llegado.

Los primeros carros de Leclerc están allí



Son las 21.22 horas del 24 de agosto. Los carros del capitán Dronne acaban de detenerse en la plaza del Hôtel de Ville. El ejército francés estaba de regreso a la capital a los mil novecientos treinta y un días, dieciséis horas y cincuenta y dos minutos después de que el primer soldado de la Wehrmacht hubo puesto pie en París.

1, Dronne; **2**, Georges Bidault; **3**, Daniel Mayer; **4**, J. P. Lévy; **5**, Laniel. (Foto Serge).



Aquella noche, los carros del general Krueger tenían que llegar en ayuda de Choltitz. Pero, durante la noche, Krueger llamó por última vez al cuartel general del hotel Meurice para decir a Choltitz que era demasiado tarde, que sus carros no llegarían.

Para este sargento de la Wehrmacht, la guerra se terminó en París



En las calles que las botas alemanas habían hollado durante cuatro años, apareció de repente la imagen insólita de los vencidos. Este suboficial de la Wehrmacht acaba de rendirse en la avenida de la Ópera. Era

uno de los defensores de la *Kommandantur* del Gran París. Serán veinte mil los alemanes que, al igual que él, serán hechos prisioneros en esta ciudad, donde, según había jurado Hitler, la cruz gamada debía ondear durante mil años. (Foto Vals).

28

Hasta el balcón de Von Choltitz, ya solo, reflexionaba, llegaban las voces y las risas de los niños que jugaban en los jardines de las Tullerías. Pero su meditación debía ser de corta duración. Pronto oyó pasos tras él y la voz potente del coronel Von Unger le anunció una visita inesperada. Vistiendo una larga chaqueta de cuero llena de polvo, con la cara más delgada que nunca bajo la larga visera de su gorra adornada con hojas de roble, hizo su entrada el *Feldmarschall* Walter Model. A la vista de la cara de sorpresa de Choltitz, sus labios se abrieron en una sonrisa glacial. Con nerviosos movimientos de su bastón de mariscal, le informó con voz seca de que era el nuevo comandante en jefe del Oeste. Su misión consistía en defender a cualquier precio París y el frente del Sena, aparte poner en orden aquel frente del Oeste, que parecía estar en plena desbandada, a juzgar por el «número de fugitivos con que se había cruzado entre Metz y París».

Choltitz no ignoraba lo que estas palabras significaban. Al igual que todos los soldados de la Wehrmacht, conocía la reputación de severidad inflexible, de voluntad tenaz y de valor casi indomable de que disfrutaba Model. Sabía que Hitler lo consideraba como el hombre de los milagros, lo que además era verdad. En Rusia había restablecido situaciones desesperadas, galvanizando a los fuertes y aterrorizando a los débiles. Los mismos aliados sentían por él igual respeto e igual temor que por Rommel. En los ficheros del 2º buró del SHAEF, la ficha personal de Model decía así: «Su fidelidad a Hitler es completa. Para el *Feldmarschall* la palabra “imposible” no existe».

Choltitz conocía, por lo tanto, lo que Model sería capaz de exigir de él. En cierto sentido, en lo que se refería al plan militar, su misión le sería facilitada. Model obtendría del Führer los refuerzos necesarios en hombres y en material. Pero también sabía Choltitz que, en caso de derrota, Model sería el hombre de la «tierra calcinada».

No obstante, su llegada y la brusca destitución del *Feldmarschall* Von Kluge le concedían un respiro. Antes de proceder a las destrucciones previstas y que él consideraba tan desastrosas desde el punto de vista militar, el general esperaría las órdenes del nuevo comandante en jefe.

El respiro del comandante del Gross Paris iba a ser de corta duración.

El subteniente Von Arnim anotaría para la historia, en un pequeño carnet de piel verde que le servía de Diario, las pocas palabras que el *Feldmarschall* pronunciaría en el vestíbulo del Meurice, antes de subir nuevamente a su Horch.

—Créame, general Von Choltitz —exclamó de repente—, lo que en Kovel nos ha tomado cuarenta minutos, aquí en París nos tomará cuarenta horas. Pero la ciudad

será arrasada[62].

Sobre la gran mesa Luis XVI, requisada en la casa del presidente de Obras Judías, el cónsul Raoul Nordling y su sobrino, el joven industrial Édouard Fiévet, encontraron un bol de sopa medio vacío y un plato de crema con chocolate. Eran los restos del último almuerzo del *Hauptsturmführer* Brunner, comandante del campo de Drancy. Brunner y los últimos guardias habían huido de Drancy pocos momentos antes de la llegada del sueco.

Nordling bajó entonces al patio donde se habían reunido los presos y comenzó a gritar con voz emocionada:

—¡Estáis libres…! ¡Estáis todos libres!

Tras estas palabras, Nordling recuerda que tuvo la impresión de que una tremenda ola arrojaba a aquellos desgraciados hacia él. Aullando de alegría, de gratitud, de alivio, los presos se precipitaron sobre el cónsul, que desapareció pronto entre un indescriptible pandemónium.

—¡Las estrellas! ¡Las estrellas! —gritó de súbito una voz potente.

Se hizo entonces bruscamente el silencio en el patio. Los mil cuatrocientos ochenta y dos judíos se llevaron las manos al pecho y se arrancaron las estrellas amarillas que, durante años, habían sido el símbolo de su desgracia. Cuando el cónsul salió del campo, cuenta Édouard Fiévet, las estrellas amarillas sembraran el suelo, «como una alfombra de hojas muertas».

Mientras Nordling liberaba Drancy, uno de los presos de aquel campo donde tantos judíos habían vivido la última etapa de su vida, antes de ser enviados a las cámaras de gas, se liberaba a sí mismo en una de las calles de París. Georges Apel había subido al Citroën con los dos SS mandados por el *Hauptsturmführrer* Brunner al cuartel general de la Gestapo, en la avenida Foch, para comprobar si los archivos de Drancy habían sido completamente quemados. El azar quiso que, en la Puerta de la Villette, estallase un neumático del coche cuando se hallaba precisamente en medio de un embotellamiento de camiones alemanes que iban hacia el Norte. Los SS, furiosos, bajaron y empezaron a desmontar la rueda. Apel aprovechó la ocasión para deslizarse fuera del coche. Serpenteó entre los pesados camiones que obstruían la calzada y llegó hasta el camión de un lechero, dentro del cual saltó. Escondido tras los bidones, Apel escuchó las vociferaciones de los guardias que habían descubierto la fuga. Pero pronto sus roncas voces quedaron atrás. El camión había arrancado. Apel se llevó entonces la mano al pecho. Y con un gesto brusco, también él se arrancó la estrella amarilla que llevaba.

Los tres audaces periodistas franceses, Fernand Moulier, André Rabache y Pierre

Gosset, que se habían prometido a sí mismos derrotar a Hemingway y a los quinientos colegas en la carrera por París, estaban desesperados. En pleno Versalles, a veintiún kilómetros de París, habían caído en una redada alemana. Encerrados en un oscuro almacén con setenta y cinco franceses más, esperaban ahora ser mandados a Alemania para terminar la guerra en un campo de trabajo.

Nada más desesperante para el trío que el pensamiento de que habían fracasado cuando estaban tan cerca de la meta. Un granjero de Normandía les había dado trajes de paisano; en Rambouillet, un resistente les había procurado papeles falsos e incluso una palabra clave que debía conducirles hasta París, por medio de una cadena de relevos clandestinos.

Acurrucados junto a la pared, rechinando los dientes de ira y desespero, los tres hombres repetían incansablemente: «El cuarteto de Beethoven ha llegado», la frase famosa que debía abrirles las puertas de París.

Hacia las seis, fueron las puertas del almacén las que se abrieron ante un camión alemán. Un teniente contó hasta cien hombres, que hizo subir al vehículo. Luego gritó al chófer:

—*Zum Bahnhof*! (A la estación.)

Una hora más tarde, rechinaron de nuevo los goznes de las puertas y apareció el mismo teniente de antes. Moulier, Rabache y Gosset comprendieron que les había llegado la vez. Se levantaron resignados y se unieron al pequeño grupo de Versalles que no había partido en el camión anterior. Fuera, sin embargo, no encontraron camión alguno.

—*Allez maison* —murmuró el teniente, mostrándoles las puertas abiertas.

Los tres periodistas salieron sin apresurarse. Luego, aceleraron bruscamente el paso y se dirigieron hacia una callejuela. Al llegar a la reja del jardín, llamaron. En la escalera apareció un hombre vestido de negro.

—El cuarteto de Beethoven ha llegado —murmuró Moulier.

El hombre, un pastor protestante, abrió la puerta.

—Entren —les invitó.

Con la cara tensa y contraída, la joven vestida con una capellina de paja blanca entró andando de puntillas. El saludo obsequioso del maestresala, la complicidad de la luz que arrojaron los candelabros colocados sobre las mesas, el sonido discreto de un violín, suponían una brutal transición, tras la jornada agotadora que acababa de pasar. Había cruzado París montada en su bicicleta, cargada con grandes paquetes envueltos en papel de periódicos viejos. Aquellos viejos periódicos contenían más dinero del que ella, probablemente, llegaría a ver en toda su vida. La Resistencia francesa podría seguir la lucha con aquellos ocho millones de francos, en billetes de mil, que ella había pasado en las mismas narices de los alemanes.

Sentado en el salón del fondo, el joven gaullista por orden del cual había paseado con aquel tesoro fabuloso a través de París manoseaba nerviosamente los pocos billetes de cien francos que le quedaban, preguntándose si serían suficientes para pagar la cena. Cuando vio a la joven, se levantó y le cogió dulcemente la mano. Hacía ocho meses que trabajaban juntos en la misma red de Resistencia, pero sólo se conocían por sus nombres de guerra. Ella se llamaba Claire; él, Pierrelot. Aquella noche, en aquel restaurante del mercado negro, donde él se había decidido a ofrecerle la única recompensa que, en aquellos tiempos, podía ofrecer un parisiense, una buena cena, Pierrelot le reservaba una sorpresa. Desde el día glacial en que se habían encontrado por primera vez ante la tumba de Napoleón, Pierrelot amaba a Claire. No obstante, su amor no había traicionado una de las reglas más severas de la Resistencia; lo había guardado tan en secreto como su propio nombre.

Pierrelot miró a la joven y levantó su copa.

—Me llamo Yvon Morandat —dijo.

A estas palabras, Claire bebió dulcemente un sorbo del viejo borgoña que el camarero había escanciado en su vaso. Y con aire pensativo, repitió el nombre del hombre con quien se casaría un año después.

La velada de Claire e Yvon Morandat acabó con un truco inesperado. El periodista Pascal Copeau, antiguo corresponsal en Berlín, que se les había unido, les hizo una demostración del extraordinario número de imitación que se había traído de su estancia en Alemania. Con ayuda de un peine, se hizo caer un mechón sobre la frente y se puso a imitar a Hitler. El parecido era tan perfecto y los ladridos del dictador tan realistas que Claire y Morandat, doblados por la risa no oyeron abrirse la puerta. De repente, el gesto se heló en la cara de Claire. En el dintel de la puerta, acababa de aparecer un oficial alemán.

Las miradas petrificadas de los franceses se cruzaron con la del alemán, en un silencio interminable.

—Os ruego que sigáis —dijo al fin el oficial. Y cerró la puerta.

En el otro extremo de París, sumido en la oscuridad, tras las altas persianas de un lujoso hotel del siglo XVIII, residencia de los presidentes del Consejo, un anciano solitario y deshecho se bañaba en una bañera de mármol.

Pierre Laval había perdido su última apuesta. Al apoderarse nuevamente de Herriot, la Gestapo de Himmler había dado fin al proyecto acariciado por Laval de hacer convocar las Cortes. En lo sucesivo, la ruina del poder era total. A su alrededor se desmoronaba el mundo y sólo le quedaba huir. Abajo, sobre la arenilla del jardín de Matignon, esperaba ya el Mercedes negro que lo llevaría hacia el Este y Alemania. Hasta hacía poco, había estado sentado a la luz de un candelabro de plata, ante la gran mesa desde la cual había gobernado a Francia durante tantos años. Había sacado ya todos los documentos particulares de los cajones de la mesa.

Al cabo de un rato, se anudaría su famosa corbata blanca, cogería el sombrero y el bastón y bajaría a la biblioteca de la planta baja, para estrechar la mano de los pocos adictos que habían venido a saludarle. En la gran sala, iluminada como en un funeral por algunas velas, aquellos adictos serían los últimos sobrevivientes de la gran cohorte de la política de colaboración con el enemigo, de la que Laval fue el gran artífice.

Luego abrazaría a su hija Josée y subiría en el Mercedes. Pero antes de que arrancase, saltaría nuevamente a tierra, subiría las gradas de la escalinata y, por última vez, se echaría de nuevo en brazos de su única hija, diciéndole con voz patética:

—¡Tú y siempre tú!

La próxima vez que ella vería a su padre, sería entre dos guardias republicanos, en un estrado donde defendería —en vano— la cabeza.

Nadie sabrá jamás cuáles fueron los últimos pensamientos que albergó la mente astuta de aquel auvernés Pierre Laval, durante los últimos momentos de su estancia en aquel marco, adonde le había conducido su ambición sin escrúpulos. Una cosa es cierta, sin embargo: Laval no habría podido imaginar jamás que el próximo ocupante del sillón sería un muchacho de veintiséis años, hijo de un impresor, llamado Yvon Morandat.

El Mercedes negro hizo chirriar la gravilla del jardín y desapareció por las calles solitarias. Con un golpe seco, se cerraron las altas rejas del hotel Matignon. La casa de Vichy quedaba vacía. Al mismo tiempo que las rejas, se cerraba un triste capítulo de la historia de Francia. Pero ya, en las sombras de la ciudad oscurecida, alrededor del hotel Matignon se ponían en marcha otras fuerzas que conducirían a una nueva Francia.

29

Para los escasos transeúntes que se encontraban ante los escaparates vacíos del «Bon Marché», se trataba sólo de una pareja de enamorados. Tiernamente enlazados por encima de las bicicletas, cambiaban quedamente interminables juramentos de amor. La joven pasó la mano por los cabellos de su enamorado y se abrazaron. Luego, cogió el manillar de la bicicleta, saltó sobre el sillín y se alejó.

Nadie había visto que, durante el breve instante que duró el abrazo, el hombre había cambiado la bomba de su bicicleta por la de la joven. Ella regresó tranquilamente a su casa, en la calle Sédillot, y subió los tres pisos que llevaban a su apartamento. Cerró cuidadosamente la puerta tras ella, cogió de su biblioteca un volumen, encuadernado en piel roja, que trataba de pintura flamenca, y hojeó las páginas, hasta encontrar la reproducción en colores de una pintura de Brueghel. Sujetó la página con el pulgar y el índice, despegó un poco la reproducción e hizo caer de su interior un trozo de papel de seda. Cogió entonces la bomba de la bicicleta que su enamorado había cambiado y extrajo de ella otro trozo de papel. Después de alisar ambos con la mano, comenzó a trabajar.

Aquella joven se llamaba Jocelyne y era una de las dos descifradoras de clave de la Resistencia parisiense. La Gestapo habría pagado cualquier precio por enterarse de las instrucciones que figuraban en la hoja de papel escondida en su biblioteca. Se trataba de la clave de radio empleada por el cuartel general de la Resistencia gaullista en Francia. Jocelyne formaba parte de una complicada red, cuyo jefe era Chaban-Delmas y que controlaba todas las comunicaciones por radio, entre París y el cuartel general de la Francia Libre en Londres. Había tres emisoras de radio en el mismo París, Pleyel Violet, Montparnasse Noir y Apollo Noir, y otras tres en los arrabales de Chilly-Mazarin, Chevilly-Larue y Savigny-sur-Orge. Los puestos de París emitían los días pares; los de los arrabales, los impares. Aquella misma tarde, después de haberlo descifrado, Jocelyne llevaría el mensaje que había recibido ante el «Bon Marché» y lo entregaría a otro hombre en bicicleta, con el que debía encontrarse en el Quai Voltaire. Aquel agente de enlace a su vez, trasladaría el mensaje a una buhardilla situada bajo los techos del número 8 de la calle Vaneau. Allí, en un rincón sobre los depósitos de agua de los retretes, escondida tras una hilera de libros, estaba *Apollo Noir*[63].

Como medida de seguridad para el caso de que fuese detenida y torturada, Jocelyne tenía la precaución de no tratar de comprender nunca el sentido de los mensajes que descifraba. En esta ocasión, sin embargo, al descifrar el último grupo de letras, se sobresaltó. Y a pesar de las instrucciones, leyó todo el texto que acababa

de poner en claro. Era el primer informe que Chaban-Delmas mandaba a Londres, después de su regreso.

> He encontrado situación París muy intensa —decía el mensaje—. Huelga policías, carteros y ferroviarios con tendencia creciente huelga general. Preparadas todas condiciones necesarias para levantamiento. Bastarían incidentes locales fortuitos o producidos por mismo enemigo o incluso por grupos Resistencia impacientes para acarrear gravísimos disturbios con represalias sangrientas, para las cuales alemanes parecen haber adoptado medidas y reunido medios. Situación agravada diariamente por paralización servicios públicos; sin gas, hora y media electricidad diaria, ciertos barrios sin agua, racionamiento desastroso. Necesario gestión cerca aliados para pedir ocupación rápida de París. Adviertan población oficialmente de forma clara y precisa por BBC para evitar nueva Varsovia.

—¿Varsovia? —repitió Jocelyne angustiada.

¿Tan grave era la situación? Desde su ventana, podía ver el follaje frondoso y tranquilizador que se extendía desde el Campo de Marte hasta la Torre Eiffel. ¿Sería posible que París corriera la espantosa suerte de Varsovia?

Pensó luego en su hijo, de tres años, que jugaba en la habitación de al lado. ¿Tendría tiempo, se preguntaba, de llevarlo a casa de su abuela, en los alrededores de París?

Aquella mañana soleada, eran muchas las señales alarmantes que justificaban los temores de Chaban-Delmas. Los ministros de Vichy habían huido y su marcha dejaba un vacío de poder que algunos sentirían la tentación de llenar. Se había esfumado la Prensa colaboracionista. Estaban en huelga los ferrocarriles, el Metro, Correos y Telégrafos, la policía, incluso la Banca francesa. Y, para colmo, los espíritus se hallaban prestos a la rebelión. El pueblo de París, humillado en alma y cuerpo por cuatro años de ocupación, hambriento, aterrorizado, sabía que se aproximaba la hora de la venganza. Todo estaba a punto para la sublevación que Chaban-Delmas tenía orden de evitar. No faltaba sino algo muy simple para que estallara: una voz potente que diera el grito de guerra: «¡A las barricadas!» El partido comunista estaba ya preparado para lanzarlo.

Diez kilómetros al sur de Notre-Dame, la plazoleta del Petit-Clamart se habría visto completamente solitaria de no ser por un ciclista, atareado en su bicicleta, que mantenía apoyada contra un herrumbroso tablero en el que se anunciaba el jabón «Cadum». Rol, el coronel de las FFI, llegó entonces a la plazoleta por el camino de París y, con tranquilo pedaleo, la contorneó hasta llegar a la altura del ciclista. Los dos hombres se saludaron. Rol preguntó si podía ayudarle. Hablaron un momento. Luego el hombre que simulaba reparar la bicicleta, se levantó y saltó sobre el sillín. Rol le siguió.

Por seis veces en tres horas, el minero Raymond Bocquet, de Lille, había efectuado el mismo juego que acaba de desarrollarse bajo el letrero herrumboso del

bebé «Cadum». Cada una de esas veces, un desconocido, pedaleando tras él, le había seguido hasta un barracón de planchas de hojalata, sito en el número 9 de la calle de Alsace, en Clamart. Allí, al final de un cuadro de hortalizas, tras una vieja barrera, y en una habitación no mayor que la celda de un convento, estaban reunidos cinco de los seis miembros del Comité Parisiense de Liberación[64].

Recuerda Rol que, a causa del calor asfixiante que reinaba en la habitación, las camisas impregnadas de sudor se pegaban unas a otras. André Tollet, el pequeño comunista que presidía el Comité, tomó la primera decisión del día. No se fumaría. Tollet no deseaba que nada pudiera delatar la conferencia de aquella tarde. No debía correrse riesgo alguno de decisión podía llevar a la destrucción de la ciudad más bonita del mundo y costar, quizá, la vida a miles de sus habitantes. Porque, en aquella destartalada barraca de un sendero apartado de los arrabales, Pierre Tollet iba a pedir a sus compañeros que dieran su conformidad para un levantamiento armado en las calles de París.

Según el mismo Tollet reconocería luego, era un «riesgo insensato». No se le ocultaba, además, que su decisión daría lugar a «represiones masivas». Pero, cuarenta y ocho horas antes, Tollet había recibido instrucciones secretas de los jefes del Partido. No debía abandonar aquella reunión sin haber recibido la aprobación formal de sus camaradas. Ello daría una cierta apariencia de legitimidad al movimiento que se pensaba hacer estallar el día siguiente. Incluso se habían impreso ya las proclamas que llamarían a la población a las armas. Estaban guardadas en el almacén de una fábrica de Montrouge.

El plan de los comunistas era sencillo. Una vez empezada la insurrección, estaban seguros de que no podría ser ya detenida. Contaban con que, en el curso de la reunión que iba a celebrarse, podrían obtener apoyos políticos suficientes para justificar su acción. Seguidamente, podrían iniciar la rebelión, en la seguridad de arrastrar con ello a los miles de patriotas no comunistas que ardían en el solo deseo de combatir a los alemanes. Cuando los gaullistas comprendieran lo que pasaba, sería demasiado tarde. Se encontrarían ante un hecho consumado. La revolución estaría en marcha bajo el control comunista. No obstante, debía tomarse una precaución esencial: había que mantener a Chaban-Delmas, a Parodi y a todos los gaullistas influyentes de la ciudad en la ignorancia más completa de lo que se tramaba[65].

Tollet estaba seguro de lograr lo que quería. En el Comité, los miembros del Partido estaban en mayoría. El único hombre sobre el cual no se sentía seguro era un enérgico profesor de Derecho, llamado Leo Hamon. Para el gusto de Tollet, aquel hombre resuelto y elocuente era demasiado afín a los gaullistas.

Dos horas después, los cinco hombres se deslizaron uno a uno fuera del barracón. Tollet, radiante, fue el último en salir. La rebelión estaba decidida.

Dietrich von Choltitz recibía aquella tarde, en su tranquila habitación particular, la visita del más alto magistrado alemán de la Francia ocupada, el juez general Hans Richter. Confiaba en que ésta fuera la última visita que le hiciera. Richter llevaba en la mano un grueso libro rojo el *Militarreichsgesetzbuch*, el Reglamento del Ejército alemán en campaña. El general había pedido al juez que le explicara los artículos relativos a la situación de un comandante de una plaza sitiada.

Durante media hora cada día, Richter había analizado los textos y explicado su significado. Por lo que se refería a su autoridad sobre la población civil, era «absoluta». Richter había afirmado especialmente que, en caso de revuelta, Choltitz estaba autorizado para tomar todas las medidas que juzgara necesarias: represalias masivas, destrucción de bienes, captura y ejecución pública de rehenes… Todas estas medidas eran perfectamente «legales». En suma, Richter había asegurado al comandante del Gross Paris que tenía poderes verdaderamente «draconianos».

Pero, para Choltitz, el hecho más importante del día había sido una nueva llamada telefónica de Jodl. El objeto de la misma era decirle que el Führer consentía en aplazar la destrucción de los puentes de París. La primera orden, que prescribía una destrucción inmediata, le había parecido absurda al gobernador de París. Con ello no conseguirían sino cortar en dos sus propios tropas. No obstante, Jodl le advirtió que el Führer deseaba que el resto del programa de demoliciones se llevara inmediatamente a cabo, «sin ningún otro retraso».

30

Hacía treinta minutos que Bobby Bender paseaba nerviosamente por el largo corredor del primer piso del hotel Meurice. Esperaba oír el timbre del teléfono negro que se hallaba sobre la mesa del subteniente Von Arnim. Había pedido comunicación con la estación de Nancy. Iba a intentar un último golpe de audacia para exigir al comandante del convoy de Fresnes que libertase a sus prisioneros.

Con la ayuda del general Von Choltitz, Bender y Nordling habían logrado el día anterior la libertad de Yvonne de Bignolles y de los cincuenta y seis presos que quedaban en el Fuerte de Romainville[66].

Bender corrió al aparato. A pesar del ruido que había en la línea, podía darse cuenta del estado de furor en que se hallaba el *Obersturmführer* Hagen. Por dos veces en aquella misma noche, aullaba el comandante del tren, la Cruz Roja había tratado de impedir la salida del tren, en nombre de un pretendido acuerdo entre Choltitz y el cónsul de Suecia en París.

Con voz arrogante, Bender recomendó a su interlocutor que se calmara. Su actitud era «una violación flagrante del acuerdo oficial firmado entre el *Militärbefehlshaber in Frankreich* y la Cruz Roja Francesa». Advirtió a Hagen que debía poner inmediatamente en libertad a los presos y dejar el tren para las necesidades militares de la Wehrmacht. Le dijo que el OB Oeste había requisado todos los vagones de ferrocarril para el transporte de tropas al frente y para la evacuación de los heridos. Insistió en que, en ningún caso, podían utilizarse vagones para misiones tan secundarias como el transporte de prisioneros políticos.

La severidad de estas palabras pareció desconcertar al *Obersturmführer*. Por un instante vaciló, pero contestó al fin que no podía «deshacer el convoy sin una autorización superior». Propuso referir inmediatamente el asunto a Berlín. Volvería a llamar a Bender tan pronto como hubiese recibido contestación.

Por la ventana de la oficina del jefe de la estación de Nancy, el *Obersturmführer* podía ver la larga hilera de vagones de ganado, parados en la vía de enfrente. Al final del convoy, pequeñas nubes de vapor se escapaban por la chimenea de la máquina bajo presión. Hagen descolgó el teléfono. Pidió la Prinz Albrechstrasse de Berlín, donde radicaba el cuartel general de la Gestapo.

En París, Bobby Bender reanudó sus idas y venidas por el pasillo del hotel Meurice.

Entretanto, en el patio de la cárcel de Fresnes, Louis Armand y los otros veintiún presos de su grupo vieron a los guardianes dirigirse hacia ellos con gesto amenazador. La única palabra que pronunciaron ha quedado como un recuerdo imborrable en la

mente del ingeniero: «*Raus*!», gritaron. Louis Armand estaba en libertad. Era el último de los quinientos treinta y dos prisioneros políticos libertados aquella mañana[67].

Tras las rejas de su ventana, Willy Wagenknecht, el soldado alemán preso por haber abofeteado a un oficial, vio marchar a Armand, al igual que, tres días antes, había visto marchar a los presos del convoy. «He aquí un nuevo ejemplo de la imbecilidad del Ejército alemán», pensó Wagenknecht. Pensaba que, dentro de poco, en la cárcel de Fresnes no quedarían más presos que los alemanes.

La secretaria Geneviéve Roberts, al otro lado de la muralla gris, libre por vez primera al cabo de tres meses, se dirigía hacia la estación de Fresnes para volver a su casa. La tímida joven quedó muy sorprendida al ver que la taquilla de los billetes estaba cerrada.

—¿Dónde está el empleado de la taquilla? —preguntó a una mujer de la limpieza que pasaba por la estación.

La mujer la miró con aire de sospecha.

—¿De dónde sale usted? —le preguntó—. Hace una semana que los ferrocarriles están en huelga.

Había también tres hombres para los cuales su largo viaje tocaba ya a su fin. Pierre Gosset, André Rabache y Fernand Moulier llegaron al extremo de un oscuro corredor del número 20 de la calle Petits-Champs y llamaron a la puerta del último eslabón de la cadena que les había llevado hasta París. No hubo respuesta. Llamaron dos veces más, siempre sin resultado. Por último, se abrió la puerta bruscamente, dejando ver una habitación vacía. Moulier creyó que alguien se escondía tras la puerta abierta.

—Entren —dijo una voz ronca.

Los tres hombres penetraron en la habitación y Moulier lanzó a las tinieblas su santo y seña: «El cuarteto de Beethoven ya ha llegado». La puerta se cerró tras ellos. Pudieron ver entonces a una chica preciosa, de ojos verdes, que llevaba una chaqueta de pijama rota y un pantalón caqui. Moulier se creyó en plena escena de una película policíaca. Rabache, en cambio, se preguntaba si no habrían caído en alguna trampa de la Gestapo.

La chica sacudió la rubia cabellera y les interrogó. Luego empujó un panel, al otro extremo de la habitación, y les hizo seña de que pasaran. Allí, tendidos sobre unas literas adosadas a la pared, se encontraban los otros invitados de Lili de Acosta: siete aviadores aliados. Los tres hombres habían ganado la apuesta. Eran los primeros periodistas que habían entrado en París. Moulier se echó a reír, preguntándose cuándo se bebería la botella de champaña que había apostado.

En el rincón que un ferroviario compasivo le había proporcionado, al extremo del andén de la estación de Nancy, Marie-Hélène Lefaucheux esperaba, agotada por dos días y medio sin sueño ni descanso. Ya no podría ir más lejos. Acababa de salir del «hotel Excelsior» y de Inglaterra. Había ido a suplicar a uno de los ministros de Pierre Laval que hiciera algo por detener el tren[68]. Pero aquel hombre no estaba dispuesto a intervenir.

Lo mismo que el día de la Asunción, el sol hacía arder el techo de hojalata de los vagones del siniestro convoy. Marie-Hélène podía oír los gritos desesperados de los hombres encerrados en los vagones, suplicando que les dieran de beber. De vez en cuando, percibía algo más terrorífico: el aullido salvaje de algún preso, que había enloquecido. Con las manos cruzadas sobre el viejo bolso que Pierre le había regalado en tiempos mejores, con los labios temblando imperceptiblemente en una plegaria, Marie-Hélène se mantenía firme y digna. Pero cada gemido que salía de los vagones de ganado parados a lo largo del andén le llegaba al fondo del alma.

Al cabo de un mucho tiempo, vio a los lados del convoy un gran movimiento de guardianes y ferroviarios. El golpe de audacia de Bobby Bender había fracasado. La Gestapo no soltaría aquel siniestro tren.

Los vagones se pusieron por fin en marcha, unos tras otros, con una serie de rechinamientos. La larga hilera de vagones salió muy lentamente de la estación. Al igual que en la estación de Pantin, Marie-Hélène oyó surgir de los vagones sellados las notas ardientes y provocativas de *La Marsellesa*. El tren fue adquiriendo velocidad y desapareció por el extremo del andén. Marie-Hélène no se movió hasta que el tren hubo desaparecido y el último eco de la canción se hubo extinguido en el silencio de la estación vacía.

El convoy corría ahora hacia Strasburgo y el Rin, a través de los viñedos de Alsacia. Ya no se detendría hasta haber entregado a sus dos mil cuatrocientos cincuenta y tres pasajeros —menos los muertos— a la chusma guardiana de Ravensbruck y de Buchenwald. De aquellos dos mil cuatrocientos cincuenta y tres hombres y mujeres que salieron de Francia, volverían menos de trescientos[69].

El hombre que estaba en el balcón miró a la chica de la blusa camisera blanca y la falda a rayas hasta que desapareció tras la esquina de la calle Montmartre. Cuando hubo desaparecido Yves Bayet, de treinta y cuatro años, sacó del bolsillo un cigarrillo marca Gitane, de maíz, lo encendió y dejó escapar un suspiro de alivio. «Esta vez —pensó el ex subprefecto— la cosa irá bien». Claire, la agente de enlace de Bayet, montada en su bicicleta «Peugeot», llevaba hacia la Puerta de Chatillon tres sobres disimulados en un doblez de su monedero de piel de topo, que llevaba en bandolera.

Eran casi las ocho de la noche. Dentro de una hora, el toque de queda ordenado por el gobernador militar del Gross Paris enclaustraría a los parisienses una noche más. Yves Bayet sabía que la bella joven que le servía de agente de enlace tenía el

tiempo justo para llevar los tres sobres a su destino, al café del viejo tío Lacamp, que Bayet utilizaba como buzón, y regresar. Con una sonrisa irónica, Yves se dijo que el toque de queda del general Von Choltitz ayudaría, aquella noche, a la causa del general De Gaulle. Impediría que una de las tres cartas que llevaba Claire llegara a su destino antes de la mañana siguiente. Era exactamente lo que quería Bayet. Bayet mandaba el movimiento de Resistencia gaullista de la policía parisiense. El mensaje que no llegaría a su destino aquella noche iba dirigido al movimiento de Resistencia más importante de la policía, una red controlada por el partido comunista. Los comunistas serían víctimas en esta ocasión de su obsesión por la seguridad. Antes de llegar a ellos todos los mensajes debían pasar por dos buzones. El que Claire llevaba aguardaría, por tanto, toda la noche en el segundo buzón.

Claire notó que la bicicleta perdía velocidad. Se inclinó por encima del manillar y descubrió en seguida la causa: el neumático de la rueda delantera se había pinchado. En pocos minutos, quedó completamente plano. Claire se hallaba todavía a una media hora de su destino. Trató de hinchar el neumático, pero el aire se escapaba a la misma velocidad con que entraba. De pronto oyó tras ella el ruido de un coche. Se volvió y vio un coche del Estado Mayor alemán, que se detuvo a su lado. El chófer se apeó y se acercó a ella. En un francés impecable, un joven oficial de la Wehrmacht ofreció su ayuda a la gentil parisiense. Con gesto de desprecio, Claire le entregó la bomba. Los enérgicos esfuerzos del alemán no obtuvieron, sin embargo, mejor resultado. Le propuso entonces llevarla en el coche hasta su destino. Tras un momento de vacilación, Claire aceptó y montó tras él en el BMW.

Pocas veces tanta galantería alemana se vería recompensada con tamaña ingratitud. En el monedero de piel de topo que llevaba Claire sobre las rodillas había una verdadera declaración de guerra a los ocupantes de París.

El temor de André Tollet había resultado justificado. El profesor Leo Hamon había advertido a Alexandre Parodi, jefe político de la Resistencia gaullista en Francia, que los comunistas iban a hacer estallar la insurrección al día siguiente. Ante esta amenaza brutal, Parodi había tomado una decisión audaz. Ya que los comunistas estaban decididos a obrar también obraría él. Pero lo haría más de prisa. Les privaría del edificio público más importante de París, la imponente ciudad dentro de la misma ciudad que era la prefectura de policía. Los mensajes que Claire llevaba en su monedero de piel de topo ordenaban a la policía parisiense que, al día siguiente, 19 de agosto, a las siete, se concentrara en las calles alrededor de la gran fortaleza de piedras grises, tan sólo a algunos metros de Notre-Dame. Allí, bajo el mando de Bayet, los policías se apoderarían de su propia casa, la prefectura de policía.

Claire dirigió una amable sonrisa al alemán cerró la puerta del BMW y se dirigió al café del tío Lacamp. Dentro del lavabo sacó los tres sobres del monedero. Luego volvió a la sala del bar y los deslizó bajo la bandeja de madera en la que el hijo del

dueño le llevaba un refresco de limón. Eran las 20,30. Yves Bayet había ganado. Al día siguiente, ante las piedras ocho veces centenarias de Notre-Dame, la policía de París se convertiría en la primera tropa de aquella insurrección que los comunistas habían preparado. Y el partido comunista no acudiría a aquella cita.

A tres mil metros, bajo las alas del Lodestar Lockheed *France,* el teniente Claude Guy veía las montañas del Atlas, salpicadas de reflejos violeta por el sol poniente. Ante él, sólidamente sujeto al asiento, con un cigarrillo en los labios, se hallaba Charles de Gaulle. El ayudante de campo Claude Guy sabía hasta qué punto detestaba De Gaulle los viajes aéreos. El general raramente pronunciaba palabra alguna mientras se hallaba en el avión. Y desde que habían salido de Argel, tres horas antes, para la primera parte de un vuelo que sería seguramente el más importante que haría De Gaulle desde su salida de Francia, en junio de 1940, el general no había dejado escapar ni tres palabras siquiera. Parecía inmerso en su propio silencio.

La salida de Argel hacia Casablanca se había visto retrasada durante varias horas por un primer incidente. El Lodestar *France* no tenía un radio de acción suficiente para el largo vuelo desde Gibraltar a Cherburgo, por lo que el mando estadounidense en Argel había puesto a disposición del general un B 17 y su equipo estadounidense. De Gaulle había accedido a utilizar el avión estadounidense con gran repugnancia. Mas al aterrizar en el aeropuerto de Casablanca, de Argelia, el B 17 se había salido de la pista.

Dado que había perdido el tren de aterrizaje, el avión quedaba inservible por varios días. De Gaulle estaba convencido de que el accidente formaba parte de un deliberado plan estadounidense para retrasar su regreso a Francia. Mirando la fortaleza averiada, confió a Guy:

—No se imaginaría usted que era sólo por bondad de corazón por lo que me ofrecieron este aparato, ¿verdad?

De Gaulle había decidido utilizar su propio avión. Y, en el aquel momento, en la mente del jefe de la Francia libre había problemas mucho más importantes. Para De Gaulle, aquel viaje significaba el principio del fin del largo camino que había emprendido tras su llamada del 18 de junio de 1940. Al final de aquel camino estaba París, la ciudad que había dejado cuatro años antes, siendo un joven general de brigada desconocido. Para regresar, estaba dispuesto a desafiar a sus aliados, a apartar a sus enemigos políticos, a arriesgar, si era preciso, su propia vida. En París y solamente en París, se hallaba la respuesta a su llamada de cuatro años antes.

Parecía extraño, después, que hubiese podido dudar de cuál sería aquella respuesta. Pero Guy sabía que, mientras cruzaban el cielo africano, el espíritu del general estaba lleno de dudas y de interrogaciones. En el fondo de sí mismo, se preguntaba si el pueblo de Francia estaría dispuesto a aceptarlo como jefe. Y De Gaulle no ignoraba que la contestación a esta pregunta no podía encontrarla más que

en un lugar: en las calles de París.

El pasajero del avión *France* tenía una cita con la historia en aquellas calles para dentro de una semana exacta.

Segunda parte

La batalla

1

El tiempo era pesado y húmedo. Llegaban del Norte gruesos nubarrones que, con su anuncio de lluvia, se deslizaban por encima de la Butte Montmartre. En las silenciosas calles de París, las últimas patrullas alemanas regresaban apresuradamente a sus cuarteles. Apuntaba el alba, es decir, el fin del toque de queda. Pronto se formarían largas y tristes colas a las puertas de las panaderías. Empezaba la jornada número mil quinientos dieciocho de la ocupación. Para la mayor parte de los veinte mil soldados de la guarnición alemana, aquella mañana gris no presentaba señal alguna que hiciera prever que el sábado, 19 de agosto de 1944, sería un día distinto a los demás. Y, no obstante, dentro de pocas horas, las calles de París ya no pertenecerían por entero a los conquistadores de la Wehrmacht.

En el hotel Meurice, el *Feldwebel* Werner Nix, aquel mismo suboficial a quien el desfile del general Von Choltitz había privado de su permiso, estaba de nuevo enojado. Por complacer a una viejecita desesperada, tres soldados habían abandonado su puesto de guardia en el hotel para buscar un gato perdido entre los zarzales de las Tullerías.

Justamente encima, en el primer piso, el conde Dankvart von Arnim, deprimido y cansado, se desperezaba en el balcón. Tres horas antes, su mejor amigo le había telefoneado desde el Hospital de la Pitié para informarle de que lo habían herido en Normandía y los cirujanos acababan de cortarle, en aquel momento la pierna derecha. Arnim sólo había podido dar con una frase trivial para consolarle:

—Por lo menos —le había dicho—, la guerra ha terminado para ti.

Para el joven subteniente, por el contrario, la guerra iba a empezar aquella mañana.

En el patio del cuartel Prinz Eugen, de la plaza de la République, el *Unteroffizier* Gustav Winkelmann, de Colonia, oyó gritar su nombre. El oficial de semana lo había designado para mandar la patrulla del mediodía.

Winkelmann estaba aterrorizado. Probablemente era el único de todos los soldados alemanes que sabía que algo se preparaba. Dos días antes, su amiga Simone, vendedora en un gran almacén, lo había puesto en guardia:

—Ve con cuidado —le dijo—, los disturbios van a empezar el 19.

En todo París, solos o en pequeños grupos, a pie o en bicicleta, los centenares de policías en huelga que iban a provocar los disturbios temidos por el *Unteroffizier* Winkelmann salían ya de sus casas y de los hoteles donde se ocultaban. Avisados durante la noche por sus jefes, como consecuencia del mensaje llevado por Claire, la secretaria de Yves Bayet, obedecían la orden de concentrarse en la plaza del Parvis-

Notre-Dame.

Desde el rellano de su piso, situado tras el cementerio del Pére Lachaise, Gilberte Raphanel contemplaba cómo su marido, el sargento de policía René Raphanel, de treinta y dos años, bajaba la escalera con dificultad. René tenía un derrame sinovial. A pesar de los consejos apremiantes de su esposa, había decidido responder a la llamada. Al fin, Gilberte se asomó al hueco de la escalera y gritó:

—¡No andes demasiado!

Georges Dubret, al cerrar la puerta de su pequeño pabellón de la calle Manessier, en Nogent-sur-Marne, prometió a su mujer que estaría de regreso para el almuerzo. Su madre había traído un conejo del campo la víspera. Colette empezaba a preparar un encebollado cuando llegó la llamada.

Cerca de los Inválidos, en la habitación del hotel Moderne donde se ocultaba desde que empezó la huelga, uno de los veinte mil agentes de policía de París se vistió su mejor traje, se colocó en el bolsillo su pistola del 7,65, abrazó a Jeanne, su mujer y se dirigió a la plaza Sainte-Clotilde. Se llamaba Armand Bacquer. No había nada que diferenciase a aquel sólido bretón de sus compañeros. Igual que ellos, formaba parte de una red de la Resistencia. Y, al igual que ellos, aquella mañana, ignoraba la razón de la inesperada convocatoria.

Cuando Bacquer y sus compañeros llegaron ante la iglesia de Sainte-Clotilde, recibieron la orden de dirigirse a la plaza de Parvis-Notre-Dame por distintos caminos. Bacquer enfiló la calle de Grenoble. Caminó unos cuantos metros y se detuvo para leer el cartel que dos hombres acaban de fijar.

Era una orden de «movilización general». En la calle desierta se oyó entonces una voz ronca. Bacquer se volvió y se encontró de cara con un soldado alemán. Acudieron otros soldados. Bacquer fue pronto conducido a una especie de cuadra, que daba bajo el porche de una casa, con el helado cañón de una «Luger» apretado sobre la nuca. El carnet de policía y la pistola lo habían traicionado. Para el bretón despreocupado, que ni siquiera sabía adonde iba aquella mañana, empezaba en aquel momento una aventura extraordinaria.

Aquel sábado debía convertirse igualmente en un día memorable para muchos otros simples parisienses.

Ante el mostrador vacío de su tienda, de Nanterre, el tocinero Pierre Berthy, que daba oculto asilo al estadounidense Bob Woodrum, esperaba a sus visitantes habituales del sábado, los guardianes del Mont-Valérien, que iban a cortar en su máquina la ración semanal de salchichas. Pierre Berthy odiaba a aquellos hombres. Desde la tienda, oía cada día el siniestro ruido de las ráfagas que segaban a sus compatriotas en el patio del fuerte[70].

Poco antes de la llegada de los guardianes, Berthy recibió la visita inesperada de un hombre que dijo ir «de parte de Zadig». Ésta era la contraseña para indicar que la red de Resistencia a la que el tocinero pertenecía pasaba a la acción directa.

Berthy se armó con el Colt que su invitado estadounidense había utilizado en las treinta y cinco misiones que había cumplido sobre Alemania. Luego llamó a Pierre Le Guen, un joven vecino que ardía en deseos de combatir con los hombres de Zadig, y le entregó un pequeño 6,35 que su mujer guardaba en el cajón del mostrador de la tocinería. Se ciñó sobre la manga un brazalete tricolor que llevaba en letras negras la inscripción «Vivir libre o morir» y salió a la calle.

Al otro extremo de París, un hombre bajo y rechoncho, tocado con una boina vasca, bebió el primer vaso de coñac del día y se instaló ante el volante de su Citroën de dos toneladas, con gasógeno. Hacía dieciocho días que Paul Pardou evacuaba por cuenta de la Resistencia un depósito secreto de víveres que una organización policíaca, más odiada aún que la propia Gestapo, la milicia de Vichy, había construido precisamente en previsión de una revuelta. Mostrando falsas órdenes de misiones, con membrete de la milicia, Pardou había logrado ya apoderarse de ciento ochenta toneladas de víveres.

Pero dos días antes, al telefonear a la dirección de la milicia para avisar que un cargamento había resultado averiado, un funcionario demasiado celoso había puesto al descubierto la superchería. Desde entonces, todas las patrullas de la milicia buscaban el misterioso camión verde.

Aquel día, no obstante, Pardou intentaría una última hazaña. Quería evacuar las armas de un depósito de la plaza de la Villette y llevarlas a las FFI del arrabal de Perreux, que se preparaban para atacar la alcaldía.

Mientras ponía su gasógeno en marcha, Pardou se juró que aquélla sería su última misión.

Para dos ciudadanos modestos de París, que no estaban en el secreto de la Resistencia, aquel sábado, 19 de agosto, sería, de todas formas, un gran día. Era el día de su boda.

Tan pronto como terminó el toque de queda, Pierre Bourgin, de cuarenta y tres años, ayudante de laboratorio, se deslizó en el jardín tropical del Museo de Historia Natural y se detuvo ante el cuadro de legumbres que había cultivado secretamente durante varias semanas. Con toda precaución, empezó a coger de las plantas los frutos que debían ser el raro y suculento entremés de su almuerzo de boda: unos preciosos tomates, casi rojos.

En su pequeño apartamento situado detrás de las Halles, la mecanógrafa Lysiane Thill salpicó con unas gotas de agua el vestido de rayón blanco que llevaría para la boda en la alcaldía del Distrito I. Con la plancha calentada sobre un fogón de papel, comenzó a repasar cuidadosamente los pliegues.

El hombre con quien se casaba Lysiane Thill, el agente colonial Narcisse Fétiveau, no vería aquel vestido. Estaba prisionero en un campo de Alemania. Lysiane se casaba con él por poderes.

El abate Robert Lepoutre, de treinta y cinco años, cruzaba como cada mañana el puente de Double, con los ojos fijos en su breviario. Con pocos segundos de diferencia, la duración de su paseo era siempre la misma. Al llegar al último versículo, el abate tenía al alcance de la mano el tirador de hierro forjado del portal de Sainte-Anne y entraba en la catedral de Notre-Dame para decir la misa. El reloj del hospital de la plaza de Parvis dejaba oír entonces las siete.

Aquella mañana, sin embargo, el abate no acabaría la lectura de su breviario.

Cuando llegó al Parvis que, en aquella hora se hallaba siempre solitario, se le ofreció un espectáculo que no debía olvidar jamás. Tocados con boinas o gorras, vistiendo chaquetas o jerséis o en mangas de camisas, centenares de hombres se dirigían en silencio hacia las altas puertas de la prefectura de policía, situada al otro lado de la plaza.

El abate Lepoutre vio izar por encima de la alta fachada gris un gran trozo de tela que de repente, se desplegó. Por primera vez desde hacía cuatro años, dos meses y cuatro días, ondeaba una bandera tricolor en la capital de Francia.

A la vista de la bandera, el abate guardó el breviario en el bolsillo y se dejó llevar por el torrente que fluía hacia la prefectura. Durante las jornadas heroicas que iban a empezar, habría también un capellán dentro de aquella fortaleza sitiada, que sería la cuna de la rebelión de París.

Amédée Bussière, el prefecto de policía, acababa de despertarse. Hacía cuatro días que no era más que un hombre solitario, al mando de un barco vacío.

Los policías, al declararse en huelga, lo habían abandonado.

El prefecto llevó la mano a la mesita de noche y llamó a su criado. Cinco minutos después, grave y digno como un mayordomo inglés, entraba aquél llevando el desayuno.

—¿Algo nuevo, Georges? —preguntó el prefecto, poniéndose la bata.

—Sí, señor prefecto —contestó el criado con voz mesurada—. Hay algo nuevo: ¡Han vuelto!

Amédée Bussière se calzó sus zapatillas, salió precipitadamente al corredor y miró por la primera ventana que encontró. El espectáculo que se ofreció a su vista hizo que sus manos asieran nerviosamente las solapas de la bata. En el patio, alrededor de un Citroën negro, se agrupaban centenares de hombres, muchos de los cuales iban armados con fusiles, revólveres y granadas.

—¡Es la revolución! —murmuró el prefecto, aterrado.

Montado sobre el techo del coche, un joven alto, que llevaba en el brazo un brazalete tricolor, arengaba a los hombres. Era Yves Bayet.

—¡En nombre de la República —gritaba—, en nombre del general De Gaulle, tomo posesión de la prefectura de policía!

Aquellas palabras fueron saludadas con un largo clamor. Luego un clarín lanzó las notas agudas de una canción, coreada de inmediato por todos. Amédée Bussière se puso instintivamente en posición de firme. Bajo aquel cielo de verano, se escuchaban las notas fervorosas y potentes de *La Marsellesa*.

Un ciclista que pasaba por azar bajo las ventanas de la prefectura se detuvo también a escuchar. Para el comunista Rol nada podía ser más sorprendente que aquella *Marsellesa*. Dentro de un saco tirolés que colgaba del manillar, llevaba un ejemplar de la primera orden de insurrección que acababa de distribuir entre su Estado Mayor[71]. Y en el fondo del mismo saco, cuidadosamente envuelto, había el mismo uniforme que había llevado por última vez en el tren de Barcelona, cuando fueron evacuadas las brigadas internacionales. Dentro de poco, en el nuevo cuartel general de la calle Schoelcher, donde iba a instalarse, se pondría el viejo pantalón de paño y la chaqueta a la que había cosido cinco galones de coronel.

Rol estaba estupefacto. La toma de la prefectura, aquella fortaleza, no formaba parte de su plan de acción. Dándose cuenta de que había sido engañado, decidió vestirse inmediatamente de uniforme para entrar en la prefectura e imponer su autoridad a aquellos rebeldes que habían obrado sin sus órdenes y que le hacían correr el riesgo de que su propio plan se viera comprometido.

Pero el gaullista Yves Bayet preparaba una nueva sorpresa para el coronel de las FFI. En el bulevar de Saint-Germain, no lejos de allí, salía de un coche negro para acercarse a un hombre de cara enflaquecida, que leía el periódico, sentado en la terraza del café Deux Magots.

—Señor —le dijo—, hemos tomado la prefectura. A partir de ahora queda a cargo de usted.

El hombre sonrió satisfecho. Se levantó, se caló el sombrero y subió al coche.

Se llamaba Charles Luizet. Este antiguo militar, lanzado en paracaídas en el Midi de Francia siete días antes, era el primer alto funcionario que, en nombre del general De Gaulle, iba a ocupar un cargo en París.

Los gaullistas, al apoderarse de la prefectura, aquella ciudad dentro de la propia

ciudad, habían dado un gran golpe. Sus propias fuerzas contaban a partir de ahora con un sólido punto de apoyo para poder maniobrar y controlar a sus adversarios políticos.

Rol había llegado una hora demasiado tarde.

Al mismo tiempo que el nuevo prefecto, entró en el edificio un tímido desconocido y se dirigió al Laboratorio de la policía municipal, cargado con dos maletas. Aquellas maletas llevaban un extraño contenido: ocho botellas de ácido sulfúrico y varios kilos de clorato de potasa. En el secreto de su laboratorio de química nuclear, donde su suegra había descubierto el radio, el tímido desconocido había preparado la fórmula de una botella explosiva que iba a ser un arma temible en manos de los sublevados de París.

Era Frédéric Joliot-Curie.

Cuarto pliego de fotografías

Para los libertadores, llenos de pólvora y de polvo, el primer abrazo de París



Millares de mujeres parisienses, jóvenes, viejas, rubias, morenas, se encaramaron a los carros de combate para besar a los libertadores, estrecharles la mano o simplemente tocar sus uniformes, negros de polvo y de pólvora. Las caras de todos los soldados se veían marcadas de rojo de labios. Jamás, en toda la historia del mundo, los libertadores fueron acogidos por toda una ciudad como acogió París a sus libertadores. Veinte años más tarde, franceses y estadounidenses se referían a este día como «el más bello de su vida». (Foto U.S.I.S.)

La arrogante Wehrmacht no es más que un rebaño de prisioneros en la ciudad en fiesta



En la calle de Castiglione se acaban de rendir los defensores del hotel Continental. Son las tres de la tarde del día 25 de agosto. Después de duros combates ha caído el primer punto de apoyo de Choltitz.



El general de brigada Geoffroy, de la 2ª DB, revólver en mano, escolta, con sus camaradas, al oficial alemán que mandaba los efectivos apostados en la Cámara de los Diputados.



Al cabo de treinta minutos de haber escalado la verja del edificio, el alemán comunicará la rendición de sus hombres. Pero otros puntos de apoyo seguirán resistiendo hasta la noche, tras haber agotado sus municiones. Tres mil alemanes resultarán muertos o heridos.

Ante Philippe Leclerc, el más bello desfile del mundo: los cuatro mil carros y semicarros de su división



El día 25 de agosto, a las puertas de París, Leclerc contempla el paso de sus columnas entre la bruma de la mañana. Cuatro años antes, día por día, con diecisiete leales, iba a bordo de una piragua, a incorporar el Camerún a la Francia Libre. Con su legendario bastón en la mano, el guerrero, desde hace dos días, no cesa de dar la misma orden a sus blindados: «Más de prisa». Leclerc acababa de ser informado de que dos divisiones de Panzer SS avanzaban hacia París. En esta alba triunfal, cumplirá el juramento que hizo en Koufra: liberar París.



El tanque destructor *Simoun* fue el primero en llegar a la plaza de L´Étoile.



De repente, el artillero *Mady* vio por su mirador, un Panzer en la Plaza de la Concordia. Recordando haber leído en el almanaque *Vermot* que los Campos Elíseos medían mil ochocientos metros, disparó con esta alza y alcanzó al Panzer.



En este momento, el carro de combate *Douamont*, mandado por el sargento Marcel Bizien, se lanzó al abordaje del mismo tanque alemán y lo cañoneó. Pero, al amparo del humo de las explosiones, la dotación del Panzer logró escapar. Seis meses más tarde, al encontrarse en una columna de prisioneros, el jefe del carro alemán vio al *Douamont* en una carretera y explicó cómo, aquel día, había logrado escapar.

Estos prisioneros han sido muertos a tiros. Uno de ellos acababa de lanzar una granada



Son las 15,15, en la plaza de L´Étoile. De repente, en una columna de prisioneros, un oficial alemán bajó el brazo y recogió de la manga una granada, que lanzó contra el comandante Henri de Mirambeau, de la 2ª DB. Inmediatamente los soldados dispararon contra los prisioneros. Un estadounidense que había pasado toda la guerra en París, miraba desde una ventana del tercer piso de un edificio cercano, con lágrimas en los ojos, el espectáculo de la liberación de la capital. Una bala perdida le alcanzó en la cabeza, y le mató instantáneamente.

2

La sublevación preparada por Rol se extendía por toda la capital con rapidez y eficacia. Las órdenes habían sido cuidadosamente redactadas y luego distribuidas durante los cuatro días precedentes. El adjunto de Rol en París, un maestro de frágil apariencia, llamado Dufresne, había pasado la noche corrigiendo los ejemplares en una habitación cerca de la avenida Foch, desde la que oía el sordo pisar de los centinelas alemanes. A las siete de la mañana, en el muelle Conti, ante las mismas barbas de los alemanes, había dado las últimas instrucciones a sus agentes de enlace. Y desde el alba, los comunistas pegaban en los muros de la ciudad los carteles que ordenaban una «movilización general».

Los problemas que Rol y su Estado Mayor tenían que resolver aquella mañana eran muy complejos. Debían establecerse las conexiones y contactos, instalar el cuartel general, sacar las armas de sus escondites y distribuirlas entre los comandos de las FFI. En las centrales telefónicas de la ciudad, los agentes de la Resistencia llevaron a cabo un primer trabajo que debía resultar capital para el desarrollo de las operaciones: el sabotaje de los puestos de escucha de los alemanes.

La misión de los soldados de Rol, en aquella fase de guerrillas, era bien sencilla: quedaba condensada en unas palabras que el mismo Rol había pronunciado y que debían convertirse en el *leimotiv* de la rebelión: «A cada uno su boche». A partir de las siete de la mañana, las FFI habían empezado a poner la orden en práctica por todo París. Distribuidos en pequeños grupos, atacaban por todas partes a los soldados y vehículos alemanes aislados. La finalidad era armarse ellos, desarmando al mismo tiempo a los ocupantes de París.

Los primeros informes que llegaron al hotel Meurice provocaron la sorpresa y la cólera del general Von Choltitz; desde las nueve de la mañana, se multiplicaban las escaramuzas en París. Para Choltitz, el estallido de la rebelión constituía una verdadera sorpresa. Sus servicios de información no le habían dado aviso alguno, excepto algunas vagas generalidades sobre «cierto malestar» de la población civil. El mismo informe que él había enviado aquella mañana al Grupo de Ejércitos B y al OB Oeste aseguraba que la ciudad estaba completamente «tranquila». Pero la serie de estallidos ocurridos en toda la ciudad, a la misma hora y con las mismas características, indicaban al comandante del Gross Paris que se trataba de un plan preconcebido.

El mismo aspecto de la ciudad había cambiado en las dos primeras horas de insurrección. Sobre sus calles solitarias, se cernía una sorda amenaza. Los escasos transeúntes circulaban arrimados a las paredes. De vez en cuando, ante la mirada

estupefacta de alguna portera, pasaba veloz algún coche pintado con las letras blancas «FFI». Pero, en particular, un ruido que no se había oído desde 1871 resonaba en París aquella mañana: el de la pólvora y las balas.

Para el pequeño grupo reunido en el salón estilo Imperio de un apartamento de la calle de Bellechasse, a pocos centenares de metros del Sena, aquel ruido de fusilería era la ilustración cruel de una frase que Jean-Paul Sartre escribía en aquel preciso momento: «Mientras nosotros deliberamos, el juego ya está hecho». Aquellos hombres que «deliberaban» pertenecían al Consejo Nacional de la Resistencia. Se habían reunido en aquel salón para aprobar la sublevación. Sin embargo, en el preciso momento en que el profesor de historia Georges Bidault tomaba la palabra con voz cascada, llegó a la habitación el ruido de los disparos. El enérgico jefe comunista André Tollet colocaba a la Asamblea ante un hecho consumado e informaba a sus colegas de que la sublevación continuaría tanto si ellos la aprobaban como si no.

Aquellas palabras ponían en un gran dilema al representante de De Gaulle en la asamblea. Alexandre Parodi estaba convencido de que «la rebelión tenía tanto de gesto político de los comunistas, como de esfuerzo para derrotar a los alemanes». No obstante, al autorizar la toma de la prefectura de policía, Parodi había reconocido el principio mismo de la rebelión. Si entonces hacía marcha atrás, abandonaría su dirección en manos de los comunistas y abriría una profunda brecha en la unidad de la Resistencia.

Pero lo que Parodi más temía era que su decisión condujera a la destrucción de París.

De todas formas, no le quedaba otra ocasión de escoger. A las dos horas de haber empezado, la rebelión se había extendido por toda la ciudad.

Lo único que le quedaba por intentar a Parodi era controlarla. Volviéndose, pues, a Georges Bidault, tomó sobre sí la responsabilidad de dar la bendición del jefe de la Francia Libre al movimiento que tenía orden de impedir.

La rebelión entraba ya, en todo París, en su segunda fase. Grupos de las FFI ejecutaban el minucioso plan preparado por Rol. Ocupaban las alcaldías de los veinte distritos, las Comisarías de policía, los edificios municipales, las estafetas de Correos e incluso los mataderos, la Morgue y la Comedia Francesa.

Y, en todas partes, el primer gesto de desquite consistía en hacer ondear sobre las piedras de la ciudad los colores prohibidos de Francia. Por las calles y en el aire, en las ventanas, en los tejados, salidos del polvo o confeccionados de improviso, con telas o paños, surgían centenares de banderas tricolores, como otros tantos desafíos a las cruces gamadas que ondeaban en los edificios alemanes.

Después de haber cepillado cuidadosamente su viejo uniforme, el coronel Massebiau se vistió. Luego se contempló por largo rato en el espejo ovalado de su habitación. Sonrió satisfecho a la vista de los cinco galones dorados de coronel y de las tres hileras de condecoraciones que lucía en el pecho.

Como otros tantos oficiales de la reserva, el coronel Massebiau, miembro de una red de Resistencia militar, emprendía de nuevo el servicio aquella mañana.

Poco más tarde, Massebiau y sus hombres se detenían bajo el pórtico Renacimiento de la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois, para observar su objetivo. A pocos metros, ante las altas rejas del palacio del Louvre, estaba la alcaldía del Distrito I, que habían recibido orden de tomar. El adjunto del coronel, el apuntador de la Comedia Francesa, Marcel Dupuy, empuñaba la única arma que poseía: un viejo revólver de tambor. Llevaba además en el bolsillo una hoja de papel con el membrete del Comité de Liberación del Distrito I. El apuntador Dupuy sería el nuevo alcalde de aquel edificio gris, donde, en aquel momento, iba a empezar una ceremonia tradicional en un sábado.

Lysiane Thill, la joven vestida de blanco, miró el sillón de terciopelo rojo que permanecía vacío a su lado. Durante tres años había esperado convertirse en la esposa de Narcisse Fétiveau, el prisionero de guerra a quien amaba. Su sueño iba a realizarse. El tocinero Chadeville, alcalde, ciñendo la banda tricolor, bajo la mirada paternal del viejo mariscal Pétain, iba a pronunciar las palabras rituales que unirían a Lysiane al ausente.

De súbito, como si se tratara de una película de gánsteres, seis hombres interrumpieron bruscamente la ceremonia. Bajo el dintel de la puerta, apareció, en primer lugar, Marcel, el apuntador, blandiendo el revólver, y tras él, digno y resuelto el coronel Massebiau. El comando invadió pronto la sala de bodas, enterando al tocinero alcalde de su destitución y arresto.

La joven novia empezó a sollozar sentada en el sillón. El coronel anunció entonces, con voz marcial, que la ceremonia podía continuar.

Ciñéndose la banda tricolor del edil destituido, Marcel, el apuntador, empezó sus funciones de nuevo alcalde. Descolgó el retrato de Pétain e improvisó su primera alocución. Luego, «en virtud de los poderes que le habían sido conferidos por la Resistencia» declaró a Lysiane Thill y Narcisse Fétiveau unidos «por los lazos del matrimonio».

En la alcaldía de Neuilly, en cambio, no había boda alguna aquella mañana.

El barrio elegante de Neuilly había sido durante cuatro años uno de los más tranquilos y resignados de la capital. En sus hotelitos particulares y en sus villas

elegantes, vivían probablemente más colaboradores, vichistas, agentes alemanes y oficiales de la Wehrmacht que en cualquier otro barrio de París. Neuilly, a dos pasos del Bois de Boulogne, con sus calles provincianas y sus jardincillos, seguía aquella mañana viviendo apartado de la guerra.

Al igual que cada uno de los cinco mil alemanes que vivían en la comuna, los dos soldados que sorbían un coñac en la esquina de la calle de Chézy, cerca de la alcaldía, se sentían completamente en su casa. Cuando oyeron abrirse tras de ellos la puerta del café, cambiaron una sonrisa de satisfacción. Sin embargo, en lugar de Jeannine, la criadita que esperaban, apareció un hombre que les amenazó con un revólver. Era Pierre Berthy, el tocinero de Nanterre. Berthy desarmó a los alemanes y se los llevó hacia la alcaldía. Los habitantes de Neuilly, súbitamente enfurecidos a la vista de los prisioneros alemanes, escupieron al rostro de los soldados. Berthy tuvo que amenazarles con el arma para poder proteger a sus prisioneros.

Émile Marion, empleado de la alcaldía, miraba estupefacto el espectáculo que se desarrollaba en la calle. Primero vio al tocinero y a los prisioneros. Luego, una bandera tricolor se desplegó en el balcón de la alcaldía. Con la misma solemnidad que usaría Clemenceau para dirigirse a la Cámara, aquel hombre de cincuenta y dos años, antiguo combatiente de Verdún, se volvió a su vieja secretaria:

—¡La República está salvada! —exclamó.

Y, cogiendo el sombrero, marchó hacia la alcaldía

Pero otros ojos habían visto con igual estupefacción, a los prisioneros y la bandera tricolor. Jeannine, la criadita que esperaban los dos alemanes, montó en su bicicleta y pedaleó hasta la *Kommandantur*.

Una vez en la alcaldía que acababa de ocupar, sin disparar un tiro, el entrecano industrial André Caillette reunió a Pierre Berthy y a los sesenta y cinco combatientes de la red Zadig y les ordenó atrincherarse tras las ventanas, en espera de lo que pudiera suceder. Los insurgentes de Neuilly no tendrían que esperar mucho rato.

Un camión atiborrado de soldados se detuvo casi inmediatamente ante el edificio. De la cabina se apeó un oficial. Con los brazos en jarras, contempló la fachada arrogantemente. Luego gritó en francés:

—¡Rendíos y salid!

En el último piso, bajo las molduras doradas del salón de actos, a la izquierda de un cuadro de Enrique IV, al caer de la balsa de Neuilly, André Caillette observaba tras la ventana. Se inclinó hacia fuera y replicó con vivacidad:

—¡Rendíos vosotros! ¡Somos el Ejército de liberación!

Con gesto brusco, el alemán sacó el revólver y disparó.

Fue la señal para empezar la batalla. De todas las ventanas, cayó sobre los alemanes un fuego vengador.

Caillette vio cómo el arrogante oficial vacilaba y luego se desplomaba, «como un

balón infantil, que se desinfla».

Cuando cesó el fuego, todos los alemanes estaban muertos. Los hombres de Zadig contemplaban entonces con estupor, desde las ventanas, la carnicería que acababan de efectuar. E inmediatamente, desde todas las calles próximas, les llegó el ruido de los camiones que se aproximaban para rodear la alcaldía.

Un Mercedes gris, con la capota baja, se deslizaba a lo largo de los plátanos, cuyas hojas ya amarilleaban. El subteniente Von Arnim sentado al lado del chófer, contemplaba al pasar la fachada finamente cincelada del palacio del Louvre. La calle estaba casi solitaria y todo parecía tan apacible y tranquilo que el joven suboficial casi no acertaba a imaginarse que París pudiera ofrecer otro aspecto que aquel. Aquella mañana, tan sólo su propio coche recordaba la guerra al oficial. En el asiento de atrás, dos sargentos con casco y armados de metralletas vigilaban las ventanas de las casas. Nada, sin embargo, hacía prever la menor amenaza posible.

Arnim hizo una seña al chófer y el coche se dirigió hacia la Île-de-la-Cité y la prefectura de París. Tras las torres gemelas de la Conciergerie, que dominaban aquella isla cargada de tesoros, por la que el joven oficial había callejeado tantas veces, apareció la flecha de la Sainte Chapelle, apuntando al cielo como una espada. A la izquierda, a lo largo del muelle de Fleurs, Arnim vio algunos ramos que ponían una nota de color en la acera. En la punta de la Torre del Reloj, las dos agujas doradas de la enorme esfera marcaban las once.

La primera detonación resonó en el bulevar vacío y silencioso como un golpe de platillos. Sobre el Mercedes se abatió en seguida una lluvia de fuego. Uno de los sargentos soltó la ametralladora y cayó hacia delante. Arnim, aterrorizado, gritó al chófer:

—¡Más de prisa, más de prisa!

Pero el coche, con los neumáticos destrozados, apenas lograba avanzar. El casco del segundo sargento rodó hasta el suelo del coche. El subteniente vio que una brecha se había abierto en medio de la cara de suboficial. ¿Cómo podía surgir de repente tal imagen de la muerte en una calle de París?

Aquel día, hacia medianoche, gracias a la complicidad de su amigo Ernst von Bressensdorf, jefe de transmisiones del hotel Meurice, Arnim llamaría por teléfono al castillo familiar del Gross Sperrenwalde, cerca de Prenzlau.

—Mamá —diría a su madre—, ¡París se ha convertido en un infierno!

La fotografía estaba destinada a salir movida. En el preciso momento en que el fotógrafo, oculto tras el paño negro, apretaba en la mano la pera del obturador, Pierre y Gabrielle Bourgin, los recién casados, se habían sobresaltado. En una calle situada

tras las iglesia de Notre-Dame-de-Gráce, de Passy, acababa de oírse el crepitar de una ametralladora.

Digno, aunque algo envarado por su traje de etiqueta, el hombre que poco antes había estado cogiendo tomates en el Museo dio el brazo a su esposa y se dirigió hacia una calesa adornada con claveles blancos, que esperaba delante de la iglesia. El cochero hizo chascar el látigo y el caballo bayo arrancó a un trote moderado por las calles solitarias, en las que resonaban los disparos. Los invitados a la boda, curvados sobre el manillar, seguían al cortejo en bicicleta.

Al pasar por delante de las casas de la calle de Passy, sus habitantes se sorprendieron al ver el extraño espectáculo del cortejo avanzando hacia la metralleta. Hubo incluso alguno que gritó: «¡Viva la novia!»

En el interior de la prefectura de París, Edgard Pisani se mesaba nerviosamente la negra barba. A la derecha de su mesa, sobre un tablero inclinado, parpadeaban ochenta lucecitas a la vez. Las comisarías de policía de todo París llamaban a la central de la prefectura. Pero el nuevo director de gabinete del prefecto Luizet no sabía cómo atender aquellas llamadas. Ignoraba incluso cómo funcionaba aquel aparato. Finalmente, apretó un botón al azar y cogió un receptor. Por el hilo le llegó una voz temblorosa: «Los boches atacan en masa la alcaldía de Neuilly…» el resto de la frase quedó ahogado por el ruido de una explosión. En el bulevar de París en que Von Arnim había sido atacado, volvían a oírse disparos. Pisani colgó el receptor y corrió a la ventana. En medio de la calle, un camión alemán que había sido alcanzado por una botella incendiaria ardía como una antorcha. Era, recuerda, como una feria. «Las balas alcanzaban a los soldados que salían huyendo de aquel brasero y los hacían caer como si fueran bolos».

Entre todos los alemanes que cayeron aquella mañana en la trampa de la Île-de-la-Cité, el que más cara decidió vender su vida fue el hombre que había atiborrado de explosivos la central de la calle Saint-Armand, el *Feldwebel* Bernardt Blache, del 112º Regimiento de transmisiones. Los fuegos cruzados de la prefectura y del Palais de Justice acribillaron el camión en que él iba. Los dos soldados tendidos sobre los guardabarros no tuvieron tiempo de disparar. Lanzaron un grito y rodaron al asfalto. El chófer, con el pie derecho atravesado por una bala, apretó el acelerador a fondo. Pero, en la esquina de la calle de Lutéce, el vehículo, carente de gobierno, se estrelló contra un árbol. Blache recuerda haber aullado: «*Alles runter*!», y haber saltado también él del camión para resguardarse tras el mismo. Un soldado, herido en el vientre, yacía sobre la plataforma del camión, con los brazos en cruz, gimiendo de dolor y gritando: «¡Bernardt, Bernardt, socorro!» Blache vio luego a un oficial salir de la calle Lutéce, con los ojos desorbitados y disparando una pistola contra un enemigo invisible. Una bala explosiva lo detuvo en plena ruta. Blache vio explotar

literalmente la cabeza del oficial y su cuerpo rodar por tierra. Los que disparaban estaban tan cerca que, en los cortos momentos de calma, Blache podía oírles hablar. Se fue deslizando por el lado del camión, hasta llegar a la cabina. El chófer estaba muerto, caído sobre el volante. Blache descubrió entonces un brazo desnudo que asomaba por una ventana, balanceándose en el espacio. El brazo sostenía una botella envuelta en un trapo. Blache se levantó de un salto y echó a correr como un loco hacia el pretil del puente del Change. No había hecho más que apartarse del camión, cuando sintió la calle temblar bajo sus pies. El camión acababa de explotar. Alrededor del alemán, las balas repiqueteaban sobre el asfalto negro. Llegado al pretil, el fugitivo se tiró a suelo y esperó. Lo que vio entonces no llegaría a comprenderlo jamás: un señor de edad, tocado con un sombrero de fieltro y llevando su bastón en la mano, pasaba por el puente del Change, digno e impasible bajo la metralla, sin apresurarse. El alemán lo apuntó con la metralleta, preguntándose si debía dispararle.

Segundos después, Blache oyó sonar un silbato a su espalda. Pensó que serían los franceses que se lanzaban a su captura. Levantando la cabeza con precaución por encima del parapeto, miró hacia la plaza del Châtelet. Al otro lado del puente, había un grupo de paisanos. Resolvió abrirse paso en aquella dirección. Tomó una granada en cada mano, salió de su refugio y echó a correr hacia aquel grupo, lanzando aullidos. Los paisanos huyeron aterrorizados ante la súbita aparición de aquel espectro lleno de sangre y polvo, que gesticulaba con una granada en cada mano. Blache se quedó solo en la calle. En aquel momento, desembocaba en ella un coche procedente de la plaza. El alemán lo detuvo y ordenó al francés que iba al volante que lo llevara al hotel Meurice.

Llegado al hotel, el suboficial, siempre con las granadas en las manos, saltó del coche y echó a correr por la escalera. Irrumpió en la primera puerta que encontró y comenzó a aullar:

—¡Por Dios! ¿Qué es lo que esperáis para mandar a los tanques? ¡Están asando a mis hombres como si fueran salchichas!

3

Los tanques habían llegado ya a la alcaldía de Neuilly. Dos tanques habían tomado posiciones en la plaza de delante, mientras que otro lo hacía en la plazoleta que había detrás del edificio. Los hombres de Zadig, cercados y ametrallados durante tres horas dentro de la alcaldía, disparaban entonces los últimos cartuchos que les quedaban. El parquet del salón de actos aparecía sembrado de esquirlas de metralla, balas, vidrios rotos y trozos de yeso. Los cuadros habían sido desgarrados y el friso de madera roto. En la sala del concejo municipal, en lo alto de la escalera de mármol, muertos y heridos yacían juntos sobre la gran mesa. Sobre el parquet corrían ríos de sangre. Algunos se habían preparado torniquetes con las corbatas. No había en toda la alcaldía ni una sola gota de alcohol, ni el más pequeño trozo de esparadrapo.

André Caillette no podría olvidar nunca la mirada de congoja de uno de sus hombres, que yacía con el vientre abierto, pidiendo socorro. Caillette hizo lo único que le pareció posible: volvió a meter los intestinos dentro del vientre y se lo cerró con tres grapas.

Los alemanes disparaban sin cesar sobre los sublevados, desde los balcones, ventanas y terrados de las casas vecinas. Charles, el hermano de André Caillette, miró hacia uno de los tejados de enfrente y vio que un alemán salía por una buharda y empezaba a arrastrarse por encima de las tejas. Charles era el mejor tirador de Neuilly. Como si se tratara de una cacería, apuntó calmosamente y disparó una sola vez. El alemán resbaló lentamente, dejando tras él un reguero rojizo. Intentó asirse al reborde del alero. Luego, con un largo alarido, cayó en el vacío.

Tras la alcaldía, al abrigo de un pequeño muro recubierto de hiedra, una ametralladora regaba todas las salidas del edificio; Charles apoyó el cañón de su viejo fusil sobre la ventana y apuntó cuidadosamente. El servidor de la ametralladora rodó por el suelo, como herido por un rayo. Charles vio entonces cómo dos manos cogían al muerto por los pies y lo arrastraban tras el pequeño muro. Otro soldado ocupó su sitio y la ametralladora inició de nuevo su tiroteo. El alemán había descubierto al francés. La primera ráfaga alcanzó la ventana e hizo saltar la vieja boina de Charles. El hombre del fusil se deslizó hasta otra ventana e hizo fuego una vez más. El servidor de la ametralladora levantó los brazos y cayó. Se vieron aparecer otras manos, que pusieron el cuerpo a cubierto. Un tercer hombre se había acurrucado tras la ametralladora. Charles cambió nuevamente de ventana y tiró por tercera vez. Está vez, el cuerpo caído no fue retirado. La ametralladora había sido reducida al silencio.

Pero muy pronto un nuevo ruido sucedió al tableteo de la ametralladora: el tronar del cañón. Los carros acababan de entrar en acción. Al primer disparo, un obús

fumígeno explotó en el despacho del alcalde. André Caillette pensó que las paredes iban a derrumbarse bajo la explosión. Una espesa nube de humo gris, que le quemaba la garganta y los ojos, le envolvió. Intentó salir de la habitación, arrastrándose por encima de la alfombra. Entre el estruendo de las explosiones, oyó el tintineo del teléfono. Busco a tientas el aparato que estaba encima de la mesa y descolgó el receptor. Oyó una voz emocionada que decía: «Habla la prefectura de Chartres. ¡Los estadounidenses acaban de llegar!» Caillette quiso contestar, pero parecía que se le había paralizado la lengua. «Un verdadero río de tanques y de camiones», seguía aullando sin parar la voz en el receptor. Caillette, incapaz de poder articular palabra alguna, sólo lograba captar algunas palabras entre explosión y explosión: «Camiones tan grandes —decía la voz— que pueden llevar tres tanques a la vez… ¡Es fantástico!» De repente, a Caillette le entraron unas intensas ganas de llorar. Se sentía embargado por dos sentimientos distintos y contradictorios: la alegría de saber que los estadounidenses estaban tan cerca y la rabia de ver aquel tanque alemán, cuyos obuses iban a pulverizarlos, a él y a sus camaradas, cuando tan próximos se hallaban a la victoria. Caillette dejó caer el receptor y con lágrimas en los ojos, medio asfixiado, se arrastró hasta el salón de actos.

Los rebeldes de Neuilly, agotados y desalentados, disparaban sus ya escasos cartuchos. Caillette entró gritando:

—¡Amigos! ¡Los estadounidenses han llegado a Chartres!

Y con voz ronca, entrecortada por el humo y la emoción, comenzó a cantar:

Allons, enfants de la Patrie…

Coreada por todos, *La Marsellesa* surgió potente por las ventanas de la alcaldía sitiada.

En los balcones y ventanas vecinos, los habitantes del barrio se unieron a su canto. Durante unos minutos de emoción, las fervorosas notas de *La Marsellesa* ahogaron el ruido de la batalla. Tras los tiestos de geranios de un pequeño balcón, a cien metros de la alcaldía, André Caillette descubrió una figura de mujer que le era familiar. Era su esposa que cantaba también.

Los sublevados iban cayendo, uno tras otro. Desde la iniciación del combate, diez habían muerto y otros cuarenta yacían gravemente heridos por los despachos y pasillos.

En la calle retumbó entonces una voz, amplificada por un altavoz, que decía: «¡Rendíos! ¡Destruiremos la alcaldía y seréis aniquilados!» La contestación de los sitiados fue una nueva salva de metralla.

Un tanque avanzó hacia la alcaldía y disparó un obús explosivo contra la puerta de hierro. Luego, el enorme ingenio se lanzó contra la alcaldía y sus ruedas dentadas mordieron los escalones de la entrada. Caillette y sus hombres no disponían de botellas explosivas. Guarecidos tras la balaustrada de mármol del vestíbulo, medio

asfixiados por el polvo y el humo, dispararon sus últimos cartuchos sobre el monstruo gris que escupía fuego. Su situación era completamente desesperada.

Abandonaron sus posiciones y se arrastraron hasta la entrada del sótano. André Caillette levantó una compuerta de cemento y los hombres se dejaron caer dentro de un agujero que daba a una habitación pequeña. Al extremo de aquella habitación, un tabique de ladrillos cerraba el paso de entrada a un túnel estrecho que llevaba directamente a la gran cloaca de la avenida del Roule. Era su única posibilidad de escape.

Uno de los hombres se quitó la camisa, envolvió con ella el hierro de un pico y empezó a demoler el tabique procurando no hacer ruido.

Amontonados en la oscuridad, sentían encima de ellos el pisar de las botas alemanas. Los alemanes habían cogido prisioneros a sus compañeros del piso superior y los empujaban escaleras abajo. André Caillette, acurrucado bajo la compuerta de entrada al agujero, oía los pasos de los soldados que los buscaban. Unas botas se detuvieron justamente encima del cemento, unos fragmentos del cual cayeron sobre la cabeza de Caillette. El alemán llamaba a alguien, sin duda para que le ayudara a levantar la compuesta. Caillette, sin osar respirar, esperaba ver, de un momento a otro, filtrarse la luz por la abertura.

También ante la prefectura de policía, los cañones acababan de ser dispuestos en batería. El primer obús hizo volar en trozos el portal. Edgard Pisani, con la violencia de la explosión, vaciló entre una lluvia de escombros y cayó pesadamente. No estaba herido, pero había perdido los lentes. Oyó a alguien, detrás de él, que gritaba:

—¡Los carros! ¡Estamos perdidos!

En el atrio de Notre-Dame habían tomado posición dos Panzer y un Renault del 5º Regimiento de Seguridad. Ambos bombardeaban la prefectura de policía. Eran las tres y media de la tarde.

Las primeras salvas de obuses causaron un efecto impresionante entre los sitiados. Tras la protección irrisoria de los sacos de arena, sabían que, con sus metralletas, mosquetones y pistolas, sólo podían oponer una resistencia simbólica al asalto alemán. Todos serían aniquilados. Muchos policías, súbitamente acometidos de pánico, decidieron abandonar la posición, huir. El abate Robert Lepoutre, que se había convertido en su capellán, los vio correr por decenas, escaleras abajo, hacia el sótano que comunicaba con la estación del Metro Saint-Michel, en la orilla izquierda del Sena.

Pero la simple intervención de un jefe resuelto detuvo la desbandada. El brigadier Antoine Fournet, jefe de la red de Resistencia Honneur de la Police, corrió a la entrada del sótano y arengó a los fugitivos.

—Estamos encerrados como ratas —les dijo, entre el estruendo de las explosiones

—. Nuestra única posibilidad de salvación consiste en vencer.

Tras estas palabras, Fournet empuñó una pistola y aseguró que dispararía contra cualquiera que tratara de huir.

Al otro lado de la prefectura, el operador del telégrafo interior de la policía parisiense escuchaba la voz grave de Pisani, mientras tecleaba el mensaje en el pulsador. «Es inminente —decía el mensaje de Pisani— el asalto alemán a la prefectura. Pedimos mandéis todas fuerzas disponibles alrededor Île-de-la-Cité, para atacar enemigo por retaguardia…» Se encendió una luz roja en el tablero que el operador tenía delante. Acababa de apretar el botón marcado AG (Alerta General). En pocos segundos, la llamada de socorro habría llegado a todos los comisariados de policía de París y sus arrabales. Eran las 3,45 de la tarde.

Sin pérdida de tiempo, hombres de todos los distritos de París, solos o en pequeños grupos, se pusieron en marcha hacia la isla sitiada. De todos los grupos que llegaron pronto a las márgenes del Sena, ninguno ofrecía tan patético aspecto, como el que formaban la pequeña banda de cuatro adolescentes que mandaba un joven funcionario, llamado Jacques Piette.

La única arma con que contaban era una vieja ametralladora Hotchkiss. La dispusieron en batería sobre el parapeto recubierto de musgo del muelle de Montebello. Jeannot, un muchacho de cara delgada y pálida, llevaba arrollada al cuerpo la única tira de que disponían para el funcionamiento de la ametralladora.

En el otro lado del Sena, adosados a las puertas del Jugement y de la Vierge, los carros alemanes mantenían a la prefectura bajo el fuego de sus cañones. Unos soldados disparaban contra las ventanas, guarecidos tras los carros.

Jacques Piette abrió el fuego. Jamás podría olvidar el entusiasmo que sintió en aquel momento a la sola idea de que, por fin, podía combatir abiertamente.

El *Panzer-Gefreiter* Willy Linke, de veintisiete años, perteneciente al 5º Regimiento de Seguridad, fijó los ojos en el periscopio, vio la corta llama de la ametralladora y, lentamente, empezó a girar la manivela de su torreta.

—¡Cuerpo a tierra! —gritó Piette, mientras bajaba la ametralladora al suelo.

La torreta del carro viraba lentamente en dirección al muelle de Montebello. Tirados sobre el vientre en el asfalto, Piette y sus compañeros aguardaban en el terrible silencio el disparo del cañón.

Dentro de la torreta, fijos los ojos en el periscopio, Linke esperaba. Recordaba haber visto aparecer una cabeza a ras del parapeto. Puesto que no disponía de obuses para malgastar, se contentó con apoyar el dedo sobre el gatillo de la ametralladora coaxial. Una lluvia de balas surgió del carro.

Piette oyó, tras él, los proyectiles que tronchaban las ramas de los árboles y rebotaban en las piedras de la iglesia de Saint-Julien-le-Pauvre. Pensó que la ráfaga del carro había salido demasiado alta. De repente, al volverse a la izquierda, vio una

mancha de sangre. Jeannot, el pequeño proveedor de la vieja Hotchkiss, yacía en el suelo con la cabeza contra los adoquines y una mirada de espanto en sus ojos. Pierre se arrastró hasta su lado y le tiró de la pierna, gritando:

—¡Jeannot…! ¡Jeannot!

Pero Jeannot estaba muerto, con el cuello abierto por una bala explosiva. Acababa de cumplir quince años.

Casi en el mismo momento, a quince metros de allí, un hombre caía herido en el vientre, ante la fuente de la plaza de Saint-Michel. El brigadier de policía Vialatte, del comisariado de policía del Distrito 5º, había respondido también a la llamada de la prefectura.

Un joven en pantalón de montar, el estudiante de filosofía Raymond Sarran, pasaba entonces por allí. Vio la mano del herido crisparse sobre el cañón de una pistola y levantarse hacia él:

—Toma esto —exclamó el moribundo—, ¡y véngame!

En un sótano deficientemente alumbrado de la prefectura de policía, tres hombres sudorosos forjaban las armas de otras venganzas, en un ambiente de filme surrealista. Alineadas junto a la pared, se encontraban las botellas de champaña de la reserva personal del antiguo prefecto Amédée Bussière. Se oía el sonoro saltar de los tapones al descorcharse las botellas. Los hombres vaciaban en el suelo su precioso contenido y las llenaban de ácido sulfúrico y gasolina. Luego las envolvían con un papel empapado en clorato de potasa.

Fuera, en el largo y oscuro pasillo, los policías esperaban las botellas.

—¡Tomad! —gritaba a cada momento Frédéric Joliot-Curie, mientras se enjugaba el sudor con el revés de la mano.

En la plaza de Parvis, el tanquista alemán Willy Linke vio un proyectil voltear en el aire y caer dentro de la torreta de otro tanque próximo al suyo, «como la pelota en un enceste de baloncesto». Un FFI había logrado deslizarse hasta la estatua de Carlomagno y lanzar una botella explosiva dentro de la abierta torreta. Restalló una gran llama amarilla y todo el carro ardió en un segundo. De todas las ventanas de la prefectura, grandes voces de alegría celebraron la hazaña.

El *Panzer-Gefreiter* Willy Linke había comprendido la lección. Atornilló cuidadosamente la escotilla de su propia torreta y colocó, lleno de rabia, un nuevo obús en la culata de su cañón.

En la prefectura, el timbre del teléfono sonó entre las exclamaciones. Desde el sillón donde se hallaba echado, Pisani cogió el receptor. Era Alexandre Parodi, que llamaba desde su nuevo cuartel general de la calle Séguier, al otro lado del Sena.

—Oigo el bombardeo —dijo con voz inquieta—. No podéis dejaros aniquilar… ¡Hay que evacuar inmediatamente la prefectura!

Pisani respondió con calma que los alemanes bloqueaban todas las salidas y que

la evacuación era totalmente imposible.

—Aquí estamos y lo mejor es quedarnos —le aseguró.

En el curso de la jornada, el teléfono llamaría por tres veces más en aquel mismo despacho, siempre para que voces angustiadas suplicaran a los defensores que abandonasen la prefectura. Pero cada vez oirían la misma negativa.

Hacia las 5 de la tarde, se difundió por la fortaleza una noticia terrible. Las municiones estaban casi agotadas.

—Sólo nos quedan para dos minutos escasos de fuego —dijo el brigadier Fournet a Pisani.

Al oír estas palabras, Pisani descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Eres tú, Laurence? —preguntó. Y, bajando la voz, añadió en un susurro—: Abraza a Francis y Hervé… No saldremos vivos de aquí. Ya no tenemos municiones… Ahora sólo nos puede salvar la llegada de los estadounidenses.

Sin embargo, para el puñado de estadounidenses reunidos en una *roulotte* de Estado Mayor a cuatrocientos kilómetros al Oeste, París no era aquel día más que «una mancha de tinta sobre los mapas, que debía ser evitada en la marcha hacia el Rin».

Los mapas en cuestión eran los de EAGLETAC, el cuartel general avanzado del 12º Grupo de Ejércitos estadounidenses, instalado en una pomarada cerca de Laval, en las orillas del Mayenne. Y pronto el destino de París quedaría escrito sobre aquellos mapas.

Según el general Ornar N. Bradley, el tranquilo estadounidense, con gafas de montura de oro, que mandaba el 12º Grupo de Ejércitos, París debía ser evitado a toda costa. Bradley no tenía más que una finalidad: empujar a sus hombres hacia el Rin tan rápidamente y tan lejos como fuera posible, antes que el enemigo hubiese tenido tiempo de rehacerse. Para alcanzarlo, no necesitaba sino una cosa: una cantidad cada vez mayor de gasolina.

Dos días antes, el mando supremo le había hecho saber que su asignación diaria de carburante sería reducida en trescientos mil litros, a partir del día en que París fuese liberado, «a fin de poder mandar víveres a aquella capital». Aquel aviso lo había asustado. Trescientos mil litros de gasolina servían para hacer avanzar cuarenta y cinco kilómetros a un Cuerpo de Ejército.

Dentro de la *roulotte*, Bradley escuchaba con aire grave al jefe del 4º buró indicarle las cifras de las cuales dependía el resultado de la guerra: el tonelaje de carburante desembarcado el día antes en las playas, el tonelaje en camino por las rutas de aprovisionamiento y el tonelaje afecto a las reservas de los depósitos divisionarios. Bradley se daba cuenta de que de día en día, bajaba el tonelaje de los dos últimos. Recuerda su ayudante de campo, el mayor Chet Hansen, que para el jefe

del 12º grupo, «aquello equivalía a ver cómo un hombre perdía toda su sangre ante sus ojos»[72].

Absorto en sus inquietudes, Bradley no se dio cuenta del oficial que acababa de entrar en su *roulotte*. Traía un mensaje alemán que había sido interceptado. El general Edwin Siebert, jefe del 2º buró de Bradley, lo transcribió incidentalmente en su propio informe.

> Parece —decía el mensaje— que la población civil ha provocado desórdenes en París.

Bradley levantó la cabeza.

—¡Dios mío, Eddie! —ordenó—. Entérate de qué es lo que pasa por allá abajo.

El rostro de Bradley se había cubierto repentinamente de inquietud. La insurrección de París estallaba precisamente el mismo día en que Eisenhower empezaba la ofensiva que debía rodear la capital. Pocas horas antes, en la conferencia de EAGLETAC, después de una detenida consulta con los oficiales de aprovisionamiento, algunos de los cuales le rogaban que esperase hasta que los Ejércitos hubiesen rehecho sus reservas, Eisenhower había dado orden a sus fuerzas de que franquearan el Sena. A la misma hora en que Pisani y sus compañeros, agotadas las municiones en la prefectura sitiada, sólo confiaban para su salvación en la llegada de los aliados, los primeros elementos del 313º Regimiento de infantería estadounidense atravesaban el río cerca de Gassicourt y empezaban la gran maniobra aliada alrededor de París.

A tres mil kilómetros al este del vergel normando donde se acababan de reunir Bradley y su Estado Mayor, se iniciaba también aquel día otra conferencia, en la que debía tratarse, asimismo, de París. Adolf Hitler no estaba enterado aún de la insurrección nacida en las calles de la capital. No obstante, la víspera, el OB Oeste había indicado al O.K.W. que se habían producido algunos encuentros esporádicos en los arrabales, entre «terroristas» y las tropas alemanas. El general Walter Warlimont había juzgado tal información lo suficientemente grave como para que fuera transcrita en la máquina de escribir especial, de caracteres gruesos, del Führer y llevada al *bunker* del comandante supremo. Hitler se había limitado a gruñir:

—Una razón más para que no se declare a París villa abierta.

Al comenzar la conferencia del O.K.W., Hitler formuló una pregunta:

—¿Dónde está el mortero?

El general Buhle, turbado, respondió que el mortero *Karl* y sus municiones no habían podido cruzar aún la frontera. Buhle explicó que el retraso era debido a los

bombardeos aliados de las líneas férreas.

Hitler, furioso, recordó a Buhle que le había prometido formalmente que el mortero estaría en París el 22 de agosto. Dirigiéndose a Jodl, exigió una «prioridad absoluta» para el transporte del mortero.

Luego, una vez más, el Führer apartó bruscamente los mapas del frente del Este que le ponía delante el jefe de Estado Mayor.

—Primero el frente del Oeste —mandó.

Sobre el mapa de la región parisiense, a escala 1:200.000, que, en una conferencia similar celebrada seis días antes, Hitler había estudiado detenidamente, París se dibujaba entonces como el eje alrededor del cual giraba todo el frente Oeste. Hitler veía claramente que la gran mancha negra que formaba la Villa en el centro de aquel mapa suponía una posición estratégica esencial. La única esperanza de detener el avance aliado sobre el Sena y hacia el Ruhr dependía, según él estimaba, de la posibilidad de sostenerse en París. Los bombardeos aliados habían destruido todos los puentes sobre el Sena, con excepción de los de París, por lo que la capital se había convertido en una especie de embudo, por el que pasaba todo el aprovisionamiento de las fuerzas alemanas al sur del Sena. Las objeciones de orden militar hechas por Von Choltitz a la orden de destrucción prematura de los puentes de París resultaban acertadas. Hitler había accedido a retrasar la destrucción de los puentes «mientras el Ejército alemán los utilizara».

Con voz grave y resuelta, Hitler repitió a sus generales lo que ya les había dicho muchas veces. Puesto que juzgaba indispensable conservar París, exigió nuevamente que se pusieran a disposición del comandante del Gross Paris todos los refuerzos posibles. Y a fin de asegurarse personalmente de ello, ordenó que se le presentara el estado de las reservas en el conjunto del frente del Oeste. Al principio, consideró la conveniencia de mandar a París, desde los Alpes, algunas de las unidades que estaban a las órdenes del mariscal Kesselring. Finalmente, por razones de rapidez, decidió que las divisiones 26ª y 27ª de SS, Panzer, estacionadas en Dinamarca, se pusieran en marcha en dirección a París[73]. Warlimont aseguró a Hitler que, viajando sólo de noche, con objeto de evitar los ataques aéreos aliados, los primeros elementos de aquellas divisiones podrían llegar a la región de París sobre el 25 o 26 de agosto.

Hitler dictó seguidamente las instrucciones destinadas a aquel que había designado para restablecer el orden en el frente del Oeste, el mariscal Walter Model. Con los Ejércitos 1º y 5º, debía formar un cinturón fortificado ante París[74].

Hitler explicó entonces al hombre de quien esperaba milagros cuál debía ser el primero de ellos. «La misión más urgente del comandante en jefe del Oeste —ordenó a Model— es reunir a sus unidades ante París»[75]. Hitler estaba resuelto a no permitir debilidad alguna en la defensa de la capital. El dictador no sabía que, desde hacía ocho horas, en las calles del París que había conquistado, los soldados de la

Wehrmacht «se asaban como salchichas» y caían bajo las balas del pueblo sublevado.

4

Ante la alcaldía de Neuilly, el elegante coronel Hans Jay, habitual de las salas de fiesta parisienses, hizo una mueca al ver los cadáveres de los seis alemanes tendidos sobre la acera. Alzó luego los ojos hacia los prisioneros aliados a lo largo de la pared, con las manos tras la nuca, y decidió hacerlos fusilar.

Entre los prisioneros se encontraban Pierre Berthy y su joven vecino, Lucien Le Guen. El tocinero casi no podía tenerse en pie. Los alemanes lo habían cogido antes de que pudiera llegar al sótano de la alcaldía y lo habían molido a golpes.

Max Roger, el alcalde vichista de Neuilly, intentó convencer al coronel Jay de que, entre los prisioneros, se encontraban varios empleados de la alcaldía. Jay le dijo que los señalara. Luego dio orden de conducir a los prisioneros a la *Kommandantur* de la avenida de Madrid.

Recuerda Pierre Berthy que, cuando la mísera columna echó a andar, de todas las ventanas vecinas salieron grandes aplausos. En la acera, las mujeres lloraban y rezaban.

Justamente debajo del pequeño y oscuro reducto donde estaban escondidos, los fugitivos de la alcaldía oyeron el ruido de las aguas de la cloaca. El tabique de ladrillos había cedido.

Uno tras otro, los hombres se deslizaron por la brecha, se metieron en el agua sucia, que les llegaba a la cintura, y emprendieron la marcha. Charles Caillette llevaba sobre su espalda a André Guérin, un viejo combatiente de Verdún. Un poco antes, en el despacho de la alcaldía, un trozo de metralla había arrancado la pierna de palo de Guérin.

—¡Gracias a Dios! —había exclamado el anciano—. Siempre les da por cortar la misma.

Los fugitivos seguían oyendo sobre sus cabezas el ruido de las botas alemanas. En un rincón, el ingeniero François Monee, que sería el último en salir, y su hijo Bernard, de diecisiete años, rezaban en voz baja el *Acordaos*.

Cuando llegaron ante la *Kommandantur*, Pierre Berthy y sus veinte compañeros recibieron la orden de formar un círculo. Un soldado alemán entró en él y empezó a mirar a los prisioneros, uno por uno. Era uno de los dos soldados alemanes a los que Berthy había hecho prisioneros seis horas antes en el café cercano a la alcaldía. Cuando el soldado llegó ante él, Berthy sintió que el corazón se detenía en su pecho. El alemán le miró fijamente. Berthy le vio entonces llevarse lentamente la mano a la mejilla y hacer como si se enjugara un salivazo. El soldado le guiñó el ojo. Luego siguió su inspección.

En el reducto que conducía a la cloaca, el hombre que precedía a Francois Monee y a su hijo, un sepulturero, se había atascado en la estrecha abertura. Tuvieron que agacharse y empujarle para hacerle caer adelante. Resonaba ahora en la calle, sobre sus cabezas, un ruido acaso más terrible que el de las botas alemanas. De repente, el agua de la cloaca comenzó a subir. En Neuilly estaba descargando una tormenta.

El general Von Choltitz subía pesadamente los escalones, con cara seria y adusta. Al igual que su amigo, el coronel Jay, Von Choltitz había visto con sus propios ojos los cadáveres de los primeros soldados alemanes caídos en las calles del París sublevado. Al otro lado del Sena, ante la estación de Orsay, había contemplado, tendidos uno junto al otro sobre la acera, los seis cuerpos horrorosamente quemados.

Mientras se dirigía hacia su despacho, su resolución iba afirmándose. «Ya que nos atacan —se decía—, también pegaremos nosotros».

El informe que le presentó el coronel Von Unger era elocuente: al fin de aquella tarde, las pérdidas alemanas se elevaban a cincuenta muertos y un centenar de heridos, o sea, el efectivo de toda una Compañía de infantería.

Choltitz pegó con el puño sobre la mesa, pidió un plano de París y convocó a su Estado Mayor.

Rodeado por los oficiales, que se mantenían de pie alrededor de su mesa, el comandante expuso con voz grave y resuelta las distintas posibilidades que se le ofrecían para reprimir la insurrección. En definitiva, se reducían a una simple elección: o bien llevar a cabo la amenaza que, tres días antes, había lanzado ante Taittinger, es decir, ejercer represalias masivas sobre los barrios donde se hubiesen producido incidentes; o bien «aplastar a los sublevados de la prefectura de policía en un baño de sangre tal que la insurrección se acabase de una vez para siempre».

El general Von Choltitz escuchó la opinión de sus subordinados y luego reflexionó. Por la ventana abierta, según recuerda el general Unger, les llegaba el intermitente ruido de los disparos.

Al cabo de unos veinte segundos, Choltitz levantó la cabeza. Atacaría la prefectura de policía, dijo. Para este ataque, reuniría a la flor y nata de las tropas de que disponía: el 190º *Sicherungs-Regiment*, los carros del 5º Regimiento de Seguridad, acantonados en el Palacio de Luxemburgo, y las unidades blindadas del cuartel Prinz Eugen, de la plaza de la République. Además, recurriría a los aviones de bombardeo con base en Orly y en Le Bourget.

Choltitz consideraba esencial el apoyo de la aviación. De acuerdo con el plan concebido, los tanques deberían atacar por la vía más despejada, o sea, por el puente de Saint-Michel y el puente Neuf. Pero, antes, quería machacar a los sublevados con un bombardeo intensivo en picado, «a fin de que los tanques sólo tuviesen que recoger las migajas». No obstante, el apoyo aéreo planteaba un problema: la

Luftwaffe no expondría sus aviones en pleno día para una misión como aquélla. Esto quería decir que el ataque debería tener lugar al alba o al crepúsculo.

Durante este tiempo, organizaría varias operaciones de diversión, con patrullas blindadas, contra los puntos de apoyo de la Resistencia.

Estaba seguro de que aquella terrible lección daría inmediatamente su fruto. Los «terroristas» de París quedarían aplastados y la población seriamente advertida.

Dietrich von Choltitz buscó y encontró señales de aprobación en las caras de los que le rodeaban. Aquella tarde, para los oficiales con pantalones de bandas rojas del hotel Meurice, París no merecía más que un solo lenguaje: el de la fuerza.

Sólo quedaba fijar la hora del ataque. El coronel Hagen, jefe del 2º buró, pensaba que cuanto antes, mejor. Choltitz recuerda haber consultado su reloj. Eran las 5,30 de la tarde. Hizo observar al coronel Hagen que sería un error atacar aquella misma tarde. Cuando la aviación hubiese terminado el bombardeo sería casi de noche. A favor de la oscuridad, los sobrevivientes podrían escapar.

El ataque, decidió, tendría lugar al día siguiente, una media hora antes de la salida del sol. Y ordenó al coronel Von Unger que avisara a la Luftwaffe.

Al día siguiente, domingo, 20 de agosto de 1944, el sol saldría a las 4,51 horas[76].

La suerte del falso miliciano Paul Pardou, que llevaba a cabo mudanzas por cuenta de la Resistencia francesa, cambió de repente en la esquina de la avenida Jean Jaurés. Su parabrisas topó de repente con una barrera alemana. Desde aquella tarde, los alemanes detenían a todos los camiones franceses que circulaban por París.

Pardou tuvo un rápido reflejo. A fin de no ser entregado a la milicia, rompió rápidamente su falso carnet de miliciano y empezó a tragarse los trozos. Su propia fotografía, sin embargo, se le atascó en la garganta y faltó poco para que le hiciera vomitar encima de los dos *Feldgendarmes* que habían saltado sobre el estribo del coche, gritando: «*Papiers*!»

Los dos *Feldgendarmes* subieron al camión y le ordenaron que se dirigiera al Palacio de Luxemburgo.

Desde la ventana de la sala Médicis, donde lo habían encerrado los alemanes, Pardou pudo contemplar un espectáculo que le hizo comprender la suerte que le esperaba. En el patio de honor, tres paisanos aguardaban con los brazos al aire y la espalda adosada al muro. Unos soldados entregaron a cada uno de ellos un pico y una pala. El *Feldwebel* ladró una orden y los tres hombres, escoltados, echaron a andar. Pardou los perdió de vista cuando entraron en el jardín. Pero veinte minutos después, oyó una serie de detonaciones. Los alemanes acababan de fusilar a los tres franceses, después de haberles hecho cavar su propia fosa.

Se abrió la puerta y un viejo reservista llamó a Pardou. Era el cocinero alemán del Senado. Pronto, en la cocina, el grueso Franz tendría que apelar a sus escasos conocimientos del francés para ordenar a su nuevo esclavo que le fregara la cocina.

—Mañana, tú seguramente fusilado, entonces dejar cocina muy limpia hoy —repetía en una especie de estribillo macabro.

En el extremo opuesto de París, otro prisionero tenía la impresión de haber sido encerrado en una celda de locos. El agente de policía Armand Bacquer esperaba dentro de un cuchitril del «hotel Williams», de la plaza Montholon, a que otros *Feldgendarmes* decidieran sobre su suerte. De repente, se abrió la puerta y notó que algo blando y húmedo le daba en la cara. Luego oyó gritar:

—¡Puerco! ¡Mañana serás fusilado!

Una mujer acababa de escupirle a la cara. Muchos años después, Armand Bacquer recordaría aún la boca torcida por el odio de aquella mujer. Se llamaba Paulette. Poco más tarde, el prisionero oyó que, desde fuera, otra mujer le decía:

—¡Valor! ¡Vas a salvarte!

Podía oír a los hombres correr por los pasillos, dar portazos y vociferar en el teléfono. Se percibía el ruido de los tapones de las botellas de champaña al saltar y el entrechocar de las copas. Se oía sin cesar el timbre del teléfono. Fragmentos de conversación llegaban al prisionero. Alguien dijo en francés:

—La policía se ha sublevado… Va a haber jaleo en los bulevares. Salimos para Nancy.

De todos los pensamientos siniestros que, en el fondo de su cuchitril, acudían a la menté de Armand Bacquer, había uno que le obsesionaba especialmente: «Los alemanes van a matarme —pensaba— y mi cuerpo no será hallado». Pensar que algún día pudiera llegar a creerse que había muerto como un traidor suponía para el policía algo peor que la misma muerte.

Bacquer no tenía reloj. No cesaba de preguntarse qué hora sería. Puesto que no le llegaba luz alguna, ignoraba incluso si era de día o de noche. Se sentía en extremo fatigado.

El *Unteroffizier* Gustav Wilkelmann, del cuartel de la République, se sentía asimismo muy fatigado. Dentro de veinte minutos tendría que salir de patrulla por las calles de París y la sola perspectiva de ello le ataba las piernas.

Pidió un último coñac y depositó un billete de cincuenta francos sobre el mostrador. Después, empezó a sorber el líquido lentamente. Apuraba el último trago cuando, por el espejo de detrás del mostrador, vio abrirse la puerta y entrar dos hombres. Iban los dos tocados con una boina y llevaban un brazalete tricolor en el brazo izquierdo. El alemán notó que el cañón de una pistola se apoyaba en su espalda. Una voz gritó:

—¡Para ti, Fritz, la guerra ha terminado!

Wilkelmann recogió el dinero y levantó los brazos. Luego se volvió para encararse con sus agresores:

—Tengo mucho dinero —dijo en francés— Pagaré mi pensión. Dejadme esperar a los estadounidenses aquí.

Los dos FFI, sorprendidos, se miraron No sabían qué hacer con su prisionero. Al fin decidieron confiarlo a la custodia del dueño de la bodega.

André Caillette, François Monee y el puñado de hombres que habían logrado escapar de la alcaldía de Neuilly avanzaban con dificultad. Por cada imbornal, una verdadera catarata de agua iba a engrosar el caudal negro y nauseabundo en que chapoteaban. El nivel de agua del gran colector bajo la avenida del Roule aumentaba por momentos. Pasaba ya de la cintura de los más altos. Si no se encontraban pronto una salida, morirían ahogados.

Ante la *Kommandantur*, los alemanes obligaban en aquel momento a sus prisioneros a subir en un camión. Con las manos en la nuca, Pierre Berthy buscaba con la mirada a su pequeño vecino, Pierre Le Guen, a quien aquella misma mañana su esposa había prestado el pequeño revólver que guardaba escondido en el cajón de la cómoda. Pero Le Guen no estaba allí. Los alemanes le habían encontrado el revólver encima y lo habían fusilado.

Por encima de los adrales del camión, Pierre Berthy reconoció la placeta circular de Bergères y la avenida del presidente Wilson. El camión pasaba muy cerca de su casa. Se oyó un ruido de engranajes, tras un viraje brusco. El chófer cambiaba la marcha al empezar una cuesta. Berthy comprendió entonces adonde se dirigía el camión. Al final de la cuesta, había una fortaleza hexagonal. Hacía tres años que, desde su tienda en Nanterre, oía el ruido de las ráfagas de metralleta que le llegaba desde aquella cárcel. Era el Mont-Valérien.

En las tinieblas de la cloaca de Neuilly, François Monee divisó una tenue claridad. Se dirigió hacia ella, luchando contra la corriente. La luz procedía de un pozo que salía a la superficie. En la pared del pozo, había unos barrotes, en forma de escalera. Monee llamó a sus compañeros. Luego, medio asfixiado por la tromba de agua y residuos que caían de arriba, Monee se cogió a los barrotes y empezó a subir. Cuando llegó a lo alto del pozo, arqueó la espalda contra la pared para levantar la pesada tapa de hierro. Vio ante él la fachada de la biblioteca municipal. Un perro que pasaba de detuvo a contemplarlo. Con un empujón de hombros, Monee hizo mover la tapa y, saliendo de un salto, corrió a refugiarse en la primera casa que encontró.

5

Colette Massigny estaba enamorada. Nada en el mundo, ni siquiera los combates entablados en las calles de París, le impedirían visitar a su novio, el estudiante Gilíes de Saint-Just. Gilíes se había refugiado en una buhardilla de la calle Saint-Benoit. Desde hacía seis semanas, Colette era la única persona que le visitaba.

Encorvada sobre el manillar de la bicicleta, con los rubios cabellos ondeando al aire, bajaba por la avenida de los Campos Elíseos. Eran las siete de la tarde.

Al llegar a la plaza de la Concordia, Colette oyó tiros hacia los muelles del Sena. Giró a la izquierda y tomó por la calle Rivoli. Orgullosa y provocativa, con el vestido rosa hinchado por el viento como una corola, la joven pedaleaba en la calle solitaria, donde ondeaban las cruces gamadas negras.

Desde un balcón del número 228 de la calle de Rivoli, dos hombres miraban pasar a la joven en bicicleta.

—Me gustan estas lindas parisienses —decía con voz tranquila el general Von Choltitz al cónsul de Suecia, Nordling—. Sería una verdadera tragedia verse obligado a matarlas y a destruir su ciudad[77].

Nordling movió la cabeza con tristeza. ¿Sería posible que el hombre que tenía ante sí estuviese decidido a destruir París? Destruir París, le había dicho a Choltitz, «sería un crimen que la historia no perdonaría».

El alemán se encogió de hombros.

—Soy un soldado —respondió con resignación—. Recibo órdenes y las cumplo.

Hacia el lado de la Île-de-la-Cité se oyeron unos disparos. La cara de Choltitz se endureció. Sintió que le invadía una ola brutal de ira.

—Los haré salir de su prefectura —rugió—. Los aplastaré bajo las bombas.

Nordling no sabía que el ataque debía empezar al día siguiente al alba. Lanzó una mirada sorprendida al alemán y le preguntó si se daba cuenta de que toda bomba que fallara su objetivo iría a caer sobre Notre-Dame o sobre la Sainte-Chapelle.

Choltitz se encogió nuevamente de hombros. No había tenido ni un solo pensamiento para aquellos tesoros que se hallaban tan cerca del objetivo.

—Usted sabe cuál es la situación, señor cónsul —dijo impasible—. Póngase en mi lugar ¿Qué otra solución propone usted?

Raoul Nordling tenía, en efecto, una proposición que presentar al comandante del Gross Paris. Pocos minutos antes, había sonado el teléfono de su despacho en la calle de Anjou. Nordling había oído una voz angustiada que le decía:

—La situación de la prefectura es desesperada. Trate de hacer algo…[78]

Nordling había pedido entonces a Choltitz que le recibiera. En el corto trayecto

desde la calle de Anjou al hotel Meurice, había tenido una idea.

Nordling propuso al general alemán un «alto el fuego temporal, para recoger a los heridos y los muertos». Si era respetado, podría prorrogarse.

Dietrich von Choltitz recuerda haberse sobresaltado ante la proposición del diplomático sueco. En treinta años de vida militar, nunca había pedido ni acordado un «alto el fuego». No obstante, al reflexionar, le pareció que la audaz proposición presentaba varias ventajas.

El cese de los combates permitiría a la Villa recobrar nuevamente la calma, lo cual era su preocupación principal. Las tropas que combatían quedarían libres para otros menesteres. Las vías de comunicación a través de París permanecerían para las unidades en retirada. Pero, sobre todo, si el éxito coronaba la tentativa de alto el fuego, el ataque previsto para el alba ya no tendría objeto. Choltitz se daba cuenta de que aquel ataque sería un gesto irrevocable, una especie de declaración de guerra a la ciudad. El alemán sabía que, cuando los aviones alemanes aparecieran sobre el cielo de París, sería demasiado tarde para retroceder. Era la decisión más importante que había debido tomar en toda su carrera.

Y a Von Choltitz no le gustaba tomar decisiones tan graves.

La autonomía relativa que le concedía el mando sobre París suponía para él una experiencia nueva. Hasta entonces, preso en las ruedas de un engranaje militar bien organizado, no había sido más que un ejecutor. Y he aquí que, a la mañana siguiente de su viaje a Rastenburg, durante el cual había perdido la fe en el destino del Tercer Reich y en el de su jefe, las circunstancias le colocaban al frente de una capital donde habría de tomar graves decisiones. Y la propuesta del cónsul de Suecia le permitía anular, por lo menos temporalmente, una de aquellas graves decisiones.

—Si los jefes de la prefectura pueden demostrar durante la hora próxima —dijo por fin— que tienen autoridad sobre sus hombres, acepto discutir las condiciones de un alto el fuego definitivo. —Luego, bajando súbitamente la voz, según recuerda Nordling, añadió—: Le pido, señor cónsul, que haga todo lo posible para que mi nombre no aparezca asociado a estas negociaciones.

Choltitz sabía que la sola idea de un alto el fuego era contraria a las instrucciones que había recibido. Si el *Feldmarschall* Model, su superior directo, se enteraba de que negociaba con los «terroristas», las consecuencias podían ser incalculables, tanto para él mismo como para la ciudad.

El general Von Choltitz no deseaba aquella noche más que una cosa: que renaciera la calma, sin necesidad de una prueba trágica de fuerza.

Acompañó a Nordling hasta la puerta, le estrechó calurosamente la mano y llamó al coronel Von Unger. Secamente informó a su jefe de Estado Mayor de que el asalto previsto para al día siguiente quedaba temporalmente aplazado[79].

Con gesto cansado, Edgard Pisani alargó el brazo y descolgó el receptor. Con

aquélla eran quizá doscientas las veces que había sonado el teléfono. Pronto no quedaría nadie para contestarlo en el soberbio despacho del director de gabinete. Pisani y sus hombres esperaban verse desbordados de un momento a otro.

—Mis respetos, señor cónsul —contestó. Nordling le dio entonces una noticia fantástica: los alemanes habían aceptado, en principio, un alto el fuego.

Pisani saltó literalmente del sillón y cayó en brazos del brigadier Fournet.

—Antoine —gritó—, ¡hemos salvado París!

A pesar de la exclamación de Edgard Pisani, París estaba muy lejos de haber sido salvado. Los expertos en demolición del ingeniero Bayer, en su despacho del cuarto piso del hotel Meurice, continuaban febrilmente la preparación del plan de destrucciones exigidas por el O.K.W. Los martillos neumáticos seguían excavando las cámaras destinadas a los explosivos, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, en el Palais-Bourbon, en la central telefónica de Saint-Armand, en el Senado, en casi todos los edificios ocupados por la Wehrmacht.

Pero la sublevación de los parisienses había impedido que los soldados de Choltitz pudieran proceder a las primeras destrucciones aquel mismo día. Quizás había sido incluso suficiente el valor de un solo hombre, vestido de mono azul, para tener a raya la locura destructora de Hitler. El electricista François Dalby, el hombre a quien el conservador del Palais de Luxembourg había acudido en demanda de socorro, en pocas horas de trabajo paciente, había logrado provocar cinco largas averías de corriente, durante las cuales los martillos neumáticos habían permanecido inactivos. Dalby era el único que podía realizar tal hazaña. Toda la instalación eléctrica del Senado era obra suya. Pero, en todo momento, se exponía a pagar aquel sabotaje con la vida.

Había otro francés que sabía que iba a ser fusilado. Armand Bacquer vio deslizarse el agua negra en la noche. Súbitamente se le ocurrió una idea. «Si me ponen ante el agua —se dijo—, saltaré dentro antes de que tengan tiempo de dispararme». Pero los alemanes empujaron a Bacquer a lo largo del parapeto de Cours-la-Reine. Sentía tras él la respiración anhelante de su compañero, el policía Maurice Guinoiseaux, detenido aquella misma mañana, al volante de una camioneta llena de armas, destinadas a la prefectura de policía.

Los dos hombres se hallaban ahora cara a la pared. No cambiaron entre ellos ni una mirada ni un suspiro. Bacquer pensó de pronto en su padre y su madre, en la plaza de Glomel su pueblo natal, y en el día de Saint-Germain, el Patrón de Glomel. Oyó a su espalda el ruido de las botas que reculaban hacia el agua. Pensó en que había nacido el día 11 de noviembre, lo cual resultaba gracioso, ya que ésa era la

misma fecha del armisticio. En una fracción de segundo, vio la cara de su padre y luego la de su mujer, Jeanne, y se dijo que el día siguiente encontrarían su cuerpo.

Bacquer oyó el clic de una culata al cerrarse. Quiso volverse para «no ser muerto por la espalda», pero una ráfaga le cogió de lado, dándole primero en la pierna derecha, luego en la rodilla, en el muslo, en el cuello del fémur y, finalmente, en el pulmón izquierdo. Después, la ráfaga de balas alcanzó a Guinoiseaux en el cuello y en la cabeza. La última bala le entró por la nuca y salió por un ojo.

Bacquer notó una quemadura en la pierna y un golpe en el pecho que le cortó la respiración. Cayó rodando encima de Guinoiseaux. Por último, escuchó una voz lejana, como si viniera de otro mundo, que decía: *Fertig*! (Terminado).

A dos mil kilómetros de París, en la oscura cabina de piloto, el coronel André de Marmier, de las Fuerzas Aéreas Francesas Libres, observaba las agujas fluorescentes del tablero de su Lodestar. Ante él, a mil metros, justo al final de la corta pista, se encontraba el Mediterráneo, negro y amenazador. El avión que el coronel De Marmier iba a lanzar sobre aquella pista quizá no llegara a despegar jamás. A causa de los tres mil seiscientos litros de gasolina que llevaba, dos veces más de la que podían contener sus depósitos normales, tenía media tonelada de sobrecarga.

De Marmier accionó lentamente la palanquita del gas, hasta que las agujas señalaron dos mil setecientas revoluciones. El avión empezó a vibrar. La temperatura de los motores subió a cuarenta, cuarenta y cinco y cincuenta grados.

—¿Preparado? —preguntó entonces.

—¡Preparado! —contestaron al unísono el mecánico Aimé Bully y el radiotelegrafista Venangeon.

De Marmier soltó los frenos y el avión saltó hacia delante. Con los ojos fijos en las esferas, el piloto apretaba el mando, mientras el aparato rodaba sobre el asfalto. Quinientos, setecientos, ochocientos metros, el aparato sobrecargado «se arrastraba como una locomotora vieja». Marmier podía ver, al fin de la pista, las crestas transparentes de las olas. Mil metros. Aferrado al elevador, el piloto mantuvo el aparato en línea recta por encima de las crestas de las olas. Durante unos segundos, que parecieron interminables a De Marmier, la aguja del altímetro siguió a cero. Luego, lentamente, comenzó a oscilar. El piloto plegó el tren y dibujó un viraje. Por encima de los hombros del navegante, pudo ver entonces una roca que emergía de las agua: Gibraltar.

André de Marmier se enjugó las gotas de sudor que le resbalaban por la cara. Acababa de efectuar con éxito el despegue más difícil de sus quince mil horas de vuelo.

Tres pasos tras él, en la cabina del Lodestar, el pasajero que transportaba aquella noche se desabrochó el cinturón y, haciendo caso omiso de las consignas de

seguridad, encendió un cigarrillo. Era Charles de Gaulle.

De Gaulle se había negado a esperar la fortaleza volante estadounidense que debía llevarlo a Francia. Contra el consejo de sus propios colaboradores y de las autoridades británicas de Gibraltar, había decidido salir en su avión. Ignoraba aún que París se hubiese sublevado.

Economizando cuidadosamente el carburante para el más largo viaje que haría jamás el Lodestar Lockheed *France*, el piloto contorneó el cabo San Vicente, al sur de Portugal, y viró hacia el Norte, a lo largo de la costa portuguesa. A la derecha, apareció Lisboa, rutilante de luces en la noche. Más allá, en la costa noroeste de España, De Marmier vio un último faro, el del cabo Finisterre. Después no encontraría ya baliza alguna que pudiera guiarle. Con todas las luces apagadas, volaría en línea recta hacia el Norte, a lo largo de la costa hostil de la Francia ocupada. Al alba del día siguiente, debía encontrarse con una escolta de la RAF que le esperaría sobre la punta sur de Inglaterra.

En la cabina oscura y silenciosa, el teniente Claude Guy observaba la pequeña lucecita roja que tenía delante. Se decía que el destino de su país dependía en aquel momento «de un cigarrillo encendido en las tinieblas de un avión que volaba con todas las luces apagadas».

La lluvia que caía como un diluvio hizo volver en sí al fusilado Armand Bacquer. «Voy a ahogarme», pensó. Tenía la cara cubierta de hojas, de ramitas, de barro, que la lluvia llevaba consigo. Trató de arrastrarse sobre los codos, pero parecía como si su pierna estuviese separada de su cuerpo. Alargó el brazo y encontró el cuerpo rígido de su compañero. Se le ocurrió entonces un pensamiento obsesionante: «Si los alemanes vuelven y ven este cadáver, van a terminar conmigo». Bacquer oyó entonces la campana del coche de bomberos que pasaba por la avenida. Gritó débilmente: «Socorro, socorro», pero la sangre del pulmón perforado lo asfixiaba y perdió nuevamente el conocimiento. En su delirio, creyó sentir que pasaban por encima de él centenares de coches de bomberos y su llamada de aviso le resonaba en la cabeza como millares de campanas. Los bomberos le salvarían con toda seguridad, porque eran franceses. Volvió otra vez en sí y bebió unas gotas de agua de lluvia. Luego volvió a desmayarse, cayendo en un mundo de pesadilla, lleno de alemanes, que se le echaban encima para rematarlo.

Quinto pliego de fotografías

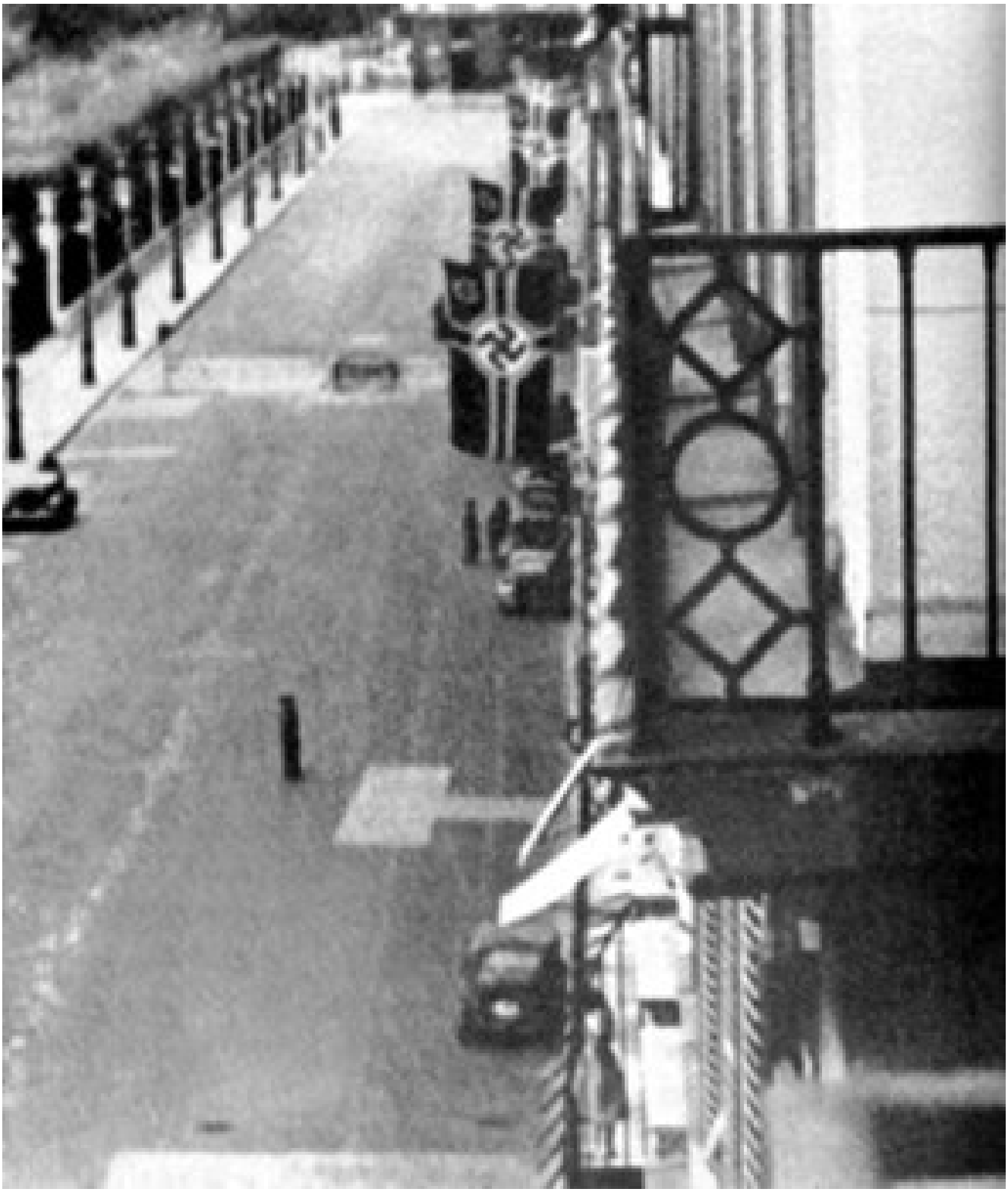
Dentro de dos horas, el comandante del Gross Paris no será más que un general vencido



El 25 de agosto, día en que París iba a ser liberado, Choltitz se había puesto el mismo uniforme que para su entrevista con Hitler, diecisiete días antes. Durante la mañana, en las Tullerías, había pasado revista a sus tropas. Luego, se fue a almorzar con sus oficiales. La víspera, había oído repicar todas las campanas de París. Sabía que el fin estaba próximo. Había dado orden a sus defensores del hotel Meurice de defenderse hasta la última bala si las FFI atacaban el hotel. Choltitz había decidido que sólo se rendiría a las tropas regulares,

como militar profesional que era.

En las calles donde aún ondea la cruz gamada, los alemanes esperan a los Sherman



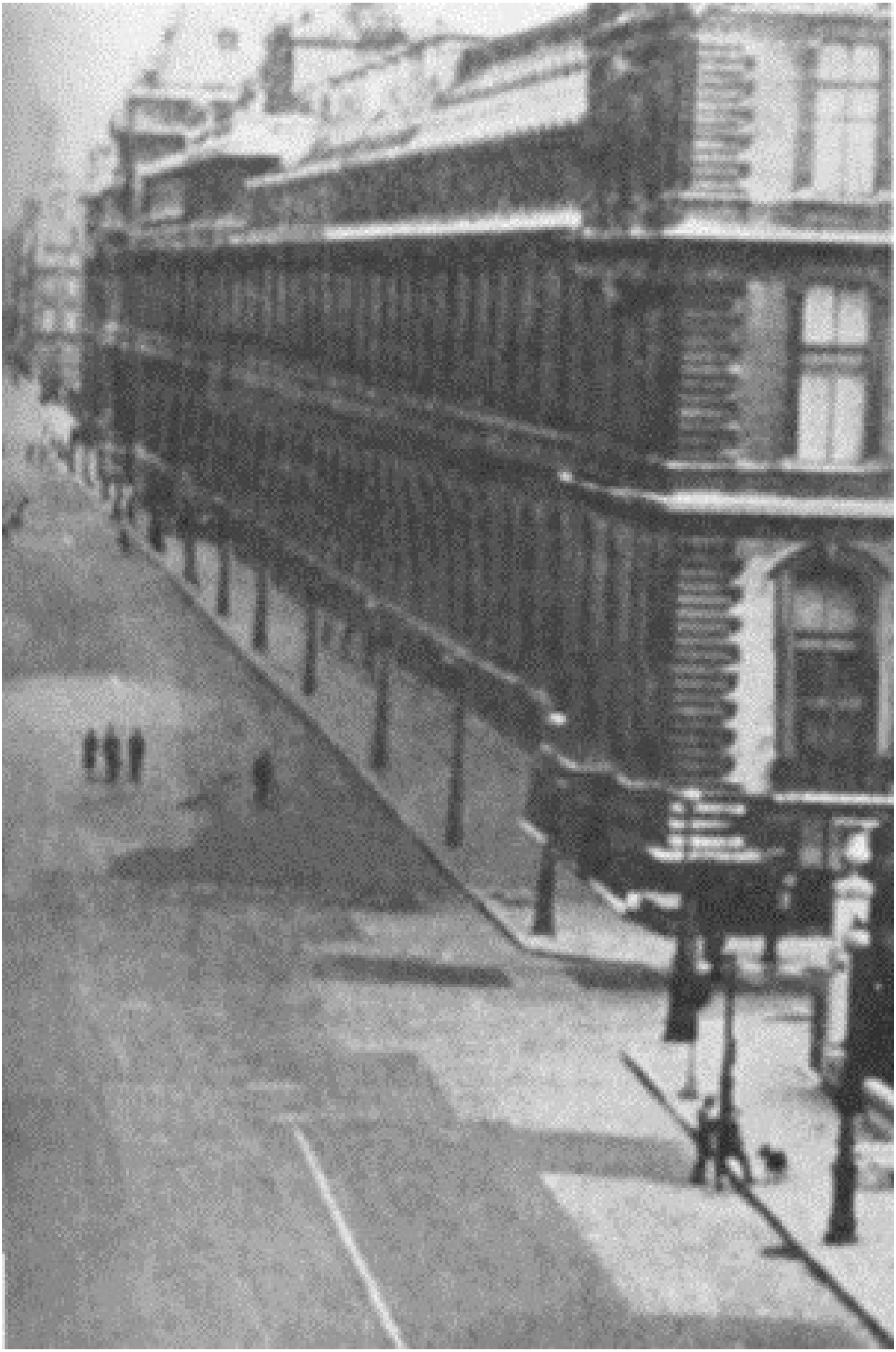
Dentro de menos de una hora, los hombres de la 2ª DB verán en la calle de Rivoli las pesadas oriflamas, negro y rojo, símbolo de la ocupación. Las banderas de la Alemania nazi han ondeado durante cuatro años, dos meses y diez días en lo alto de los mástiles de la casa número 228 de la calle de Rivoli, sede del Estado Mayor del Gross Paris. Durante los dieciséis días de su efímero mando, el general Von Choltitz ha ido a meditar a menudo en el balcón que se ve en primer término. Dentro de pocos minutos, desde este mismo balcón, el último comandante de París verá irrumpir en la calle los primeros Sherman de Leclerc. Contemplará largo rato la silueta de un hombre con boina negra, sentado en el borde de la torrecita, y verá a

uno de sus hombres lanzarle una granada. El general alemán saldrá entonces por última vez de su despacho e irá a refugiarse en una habitación con vista al patio, donde esperará, resignado, la llegada de los franceses.



La bella muniquesa Cita Krebben, secretaria del Estado Mayor del Gross Paris. La víspera, había organizado la cena de despedida del general Von Choltitz. Dentro de algunas horas, vestida con un elegante traje de shantung, que le había confeccionado una modista de la calle de Washington, verá también llegar los tanques.

Entre la muchedumbre reconocerá la cara de una mujer, que escupirá sobre su vestido: su modista.



Éste es el espectáculo que ofrecían las ventanas del hotel Meurice, de la calle de Rivoli, una hora antes del asalto de los soldados de Leclerc. Infantería y blindados, que venían de la plaza del Châtelet, al fondo, avanzarán por ambos lados de la calle en dirección al hotel y a la plaza de la Concordia. Cuando lleguen a las verjas de las Tullerías, a la derecha, empezará una dura batalla. El capitán Otto Nietzki, parapetado en un pequeño blocao, con dos alemanes y su perro policía, esperará a los asaltantes y abrirá fuego contra ellos con su ametralladora. Los soldados de Leclerc caerán como bolos. El subteniente Rickesbush, de la 22ª DB, echará cuerpo a tierra ante el blocao y, alargando el brazo, sentirá de repente en su mano el cañón ardiente de la ametralladora que el capitán alemán acaba de abandonar.

Calle de Rivoli. El combate más glorioso y más mortífero: la toma del hotel Meurice



Los hombres del regimiento del Chad, detenidos por las ametralladoras alemanas, se guarecen tras los pilares de los arcos.



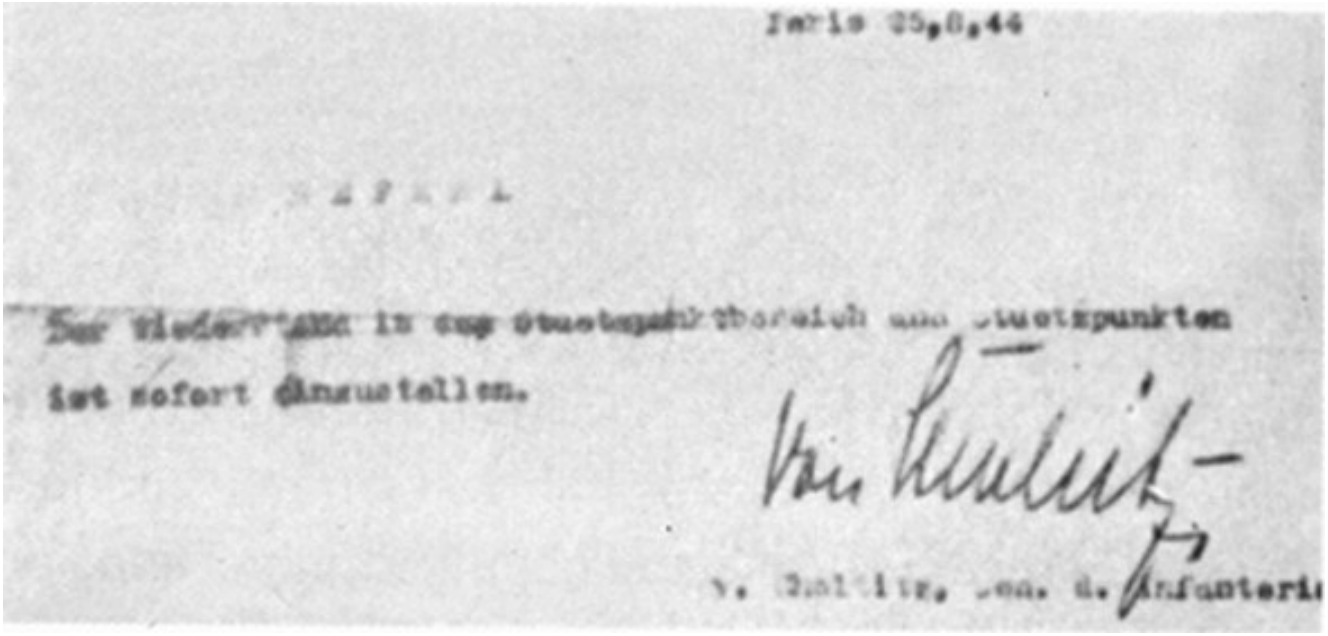
El carro *Mort-Homme*, instantes antes de ser puesto fuera de combate, disparará contra los jardines de las Tullerías, de donde parte un fuego mortífero. Cerca del carro, el capitán Branet, que dentro de unos minutos va a resultar herido por una granada.



Un soldado del regimiento del Chad, caído bajo las balas de los defensores del hotel Meurice.


36

El teniente Henri Karcher entra el primero en el hotel Meurice. La primera cosa que vería sería una fotografía de Hitler dentro de una vitrina. Luego, las ráfagas de los defensores caen sobre el oficial. Karcher, milagrosamente indemne, lanza una granada fosforescente en el gran salón. Veinte minutos más tarde, entra en el despacho, donde le espera el general Von Choltitz con los oficiales de su Estado Mayor, y les hace prisioneros. Karcher ordena entonces que le entreguen la gran bandera de la cruz gamada que ondea en el cuartel general. Luego, telefonea a su padre y le informa, como la cosa más natural del mundo, que está en París, donde acaba de «capturar a un general alemán». Son las 15,30 horas.



Paris 25.8.44

Der Widerstand in [illegible] ist sofort einzustellen.

v. Choltitz, Gen. d. Infanterie

Este documento es una de las quince órdenes de rendición que firmó Choltitz con destino a los puntos de apoyo que aún ofrecían resistencia.

En un París lleno de regocijo, el último desfile del Estado Mayor del Gross Paris



Son las cuatro de la tarde del 25 de agosto. Por la calle de Rivoli avanza una larga columna, los oficiales del Estado Mayor del Gross Paris. Acaban de salir del hotel Meurice. Soldados de la 2ª DB y de las FFI los conducen hacia el primer destino de su cautiverio: los sótanos de la prefectura de policía. En la columna (de izquierda a derecha), el capitán Otto Kayser, antiguo profesor de la universidad de Colonia, el subteniente Ernst von Bressensdorf, jefe de transmisiones del Estado Mayor, y el subteniente Dankvart von Arnim, ayudante de campo del general Von Choltitz, sufren los asaltos del pueblo de París, que no puede reprimir su cólera. El desenfreno de los parisienses no sorprende a los oficiales alemanes. La víspera, el capitán Kayser, que conduce una patrulla, ha visto en los muros de París la terrible consigna del pueblo sublevado: «Para cada uno, un boche».



La víspera, antes de acostarse, el subteniente Von Arnim ha leído en la *Historia de Francia*, que había comprado en los muelles del Sena, el capítulo relativo a la noche de San Bartolomé. Desde entonces, el joven capitán está convencido de que el pueblo de París exterminará a sus últimos ocupantes en un baño de sangre. En esta calle de Rivoli, por donde pasa ahora bajo los salivazos de la muchedumbre, piensa en las cinco mil hectáreas de bosques, landas y tierra de labor de su propiedad familiar en Brandenburgo. De repente, cuando la columna se acerca a la plaza del Châtelet, acontece rápidamente el drama. Arnim ve salir de la

muchedumbre un hombre armado con un revólver que se precipita sobre el capitán Kayser. El paisano apoya el cañón de su arma sobre la sien del oficial y dispara. Kayser, fulminado, vacila y se desploma. Arnim tropieza con su cuerpo, que un FFI tira por los pies, mientras acude presurosamente una enfermera de la Cruz Roja. La columna sigue su marcha. Entonces, Arnim piensa: «Pronto me tocará a mí». Pero Arnim escaparía a la venganza del pueblo. (Foto Seeberger.)

En el semicarro de Leclerc, el general alemán cruza, por última vez, la ciudad que estaba bajo su mando



Después de haber firmado el acta oficial de rendición en la prefectura de policía. Choltitz es conducido al puesto de mando de Leclerc, en la estación de Montparnasse. Allí firmará las órdenes de rendición de sus puntos de apoyo. Irán a llevarlas oficiales franceses y alemanes, conjuntamente. Por la noche, Choltitz será entregado a los estadounidenses. Su cautiverio durará dos años y ocho meses. Tras él, en un semicarro, tocado con una boina, se encuentra el coronel Rol. El paisano con gafas es Maurice Kriegel-Valrimont.

6

El día se levantó con un cielo que la tempestad de la noche anterior no había barrido totalmente de nubes. Sobre la ciudad pesaba un sordo silencio. En aquellas primeras horas del domingo, 20 de agosto, París parecía contar sus heridas. En el Cours-la-Reine, a lo largo del Sena, un sacerdote pasaba con rápido andar, sobre una alfombra de hojas que había arrancado la tempestad de la noche anterior. De repente se detuvo, escuchando. De la orilla de enfrente venía hasta él algo que parecía una queja. Se acercó al parapeto y descubrió al pie del muro dos cuerpos retorcidos, uno al lado del otro. Uno de ellos aún se movía. Armand Bacquer, el policía bretón, no estaba muerto.

Cuando Bacquer abrió los ojos, vio sobre sí la cara de un cura, como si se tratase de un sueño. El sacerdote había sacado de debajo de su sotana un trozo de algodón en rama. El moribundo sintió sobre la frente el toque del algodón empapado en aceite y oyó unas palabras que no pudo comprender. Tuvo entonces un momento de lucidez: «Me dan la extremaunción se dijo—. Seguramente voy a morir». Pidió de beber y se desmayó.

Cuando despertó de nuevo, brillaba sobre su rostro una imagen maravillosa. Era un casco de bombero. Luego escuchó el acostumbrado din-dan de la camioneta de los bomberos que le llevaba al hospital. Sumido en una especie de éxtasis, escuchó aquel ruido tranquilizador, que había oído en sus pesadillas, y se dijo que los alemanes ya no podrían rematarlo[80].

Aquella mañana de domingo, una mujer corría inquieta a la ventana cada vez que oía llegar un coche. Hacía veinticuatro horas que Colette Dubret, la esposa del policía Georges Dubret, no tenía noticias de su marido.

En una olla negra, sobre el fogón, seguía esperando el encebollado que Georges Dubret había prometido comerse el día anterior, al mediodía.

Mientras tanto, encerrados en una celda húmeda del fuerte de Vincennes, en la misma torre donde había esperado la muerte el duque de Enghien, Georges Dubret y seis policías más prestaban atención a otro ruido. Era el tableteo rabioso y crepitante de una ametralladora que disparaba en el patio. Dentro de poco, aquellos hombres iban a pagar con la vida la sublevación de la víspera.

En efecto, el día anterior, una patrulla alemana había penetrado en la Comisaría de la calle de Lyon, cerca de la Bastilla, de la que Georges Dubret y sus compañeros se habían apoderado tan bravamente. Uno de los soldados de Choltitz había encontrado un brazalete tricolor bajo una alfombra. Los alemanes habían detenido entonces a todos los hombres que se encontraban allí, incluso al comisario Antoine

Silvestri, que no había pertenecido nunca a la Resistencia.

Cuando cesó el fuego de la ametralladora, los alemanes, a culatazos, empujaron a los prisioneros hasta el centro del patio. Allí les esperaba un espectáculo horrible. En el suelo, tendidos en el polvo, yacían los cuerpos de once hombres que acababan de ser fusilados, con las caras maltrechas, los pechos hundidos y los brazos y piernas literalmente separados del tronco. Dubret se sobresaltó al reconocer a tres de los fusilados. Eran policías. Uno de ellos aún se movía. Un joven SS sacó la «Luger» y remató al moribundo de un tiro en la cabeza. Desde las ventanas, algunos soldados contemplaban aquella escena macabra con indiferencia. Con el torso desnudo, uno de ellos se afeitaba silbando. Otros se lavaban en una bañera[81].

Los alemanes alinearon a los prisioneros ante los cadáveres. Exactamente tras ellos, sobre la plataforma de un camión parado en el camino del centro, la ametralladora esperaba. El brigadier miró el cadáver que tenía delante y pensó: «Me gustaría estar en su lugar. ¡No está demasiado estropeado!»

Con su cazadora nueva de piel de Suecia, recién estrenada, el policía André Giguet, apodado *Dedé*, pensaba en su mujer, Albertine. Ella podría identificar su cuerpo. Llevaba en el bolsillo la carta de identidad. Muchos de aquellos hombres pensaron también en aquel instante en que se lograría la identificación de sus cuerpos gracias a la documentación que llevaban. Esto les prestó algún consuelo. El brigadier Georges Valette vio los «cabellos rubios» de su hijo Jacques y los comparó «a las mieses maduras del verano». Luego miró los cuerpos tendidos ante él y se dijo: «Yo caeré aquí». A André Etave se le presentó la cara de su hija enferma. Etave se había arruinado cuidando a su hijita tuberculosa y se preguntaba angustiado qué sería ahora de ella.

Pero no todos aquellos hombres pensaron en sus familias en el momento de morir. El policía Étienne Tronche, de la comisaría del Distrito XII, estaba inquieto por el pequeño ternero que criaba en su pabellón de los arrabales.

—¡Dios mío! —murmuraba—. ¡Se morirá de sed!

Uno de los que estaban junto a él le oyó y le dijo:

—¡No nos fastidies ahora con tu ternero…! ¿No estás tú también a punto de morir?

En el último instante, los alemanes decidieron fusilar a los prisioneros de cara, en lugar de por la espalda. El brigadier Georges Valette hubo de enfrentarse entonces al cañón de la ametralladora. Pensó que era enorme. Los servidores de la ametralladora gritaron algo y los soldados se apartaron de los prisioneros. Georges Dubret se dijo: «Esta vez va de veras». Se oyó un fuerte chasquido, al que siguió el silencio, mientras los hombres, petrificados, esperaban. La ametralladora se había encasquillado.

Sonó entonces la voz firme del comisario Antoine Silvestri:

—¡Somos inocentes! —gritó—. ¡Queremos hablar con algún oficial!

No hubo contestación alguna. Los alemanes ordenaron a los franceses que trasladaran los muertos a los fosos del fuerte, mientras se reparaba la ametralladora.

Los cuerpos aún estaban calientes y la sangre manaba de las heridas. Cuando Georges Valette trató de coger a uno de ellos por los hombros vio saltar una bola sangrienta del pecho y caer al suelo. Hizo entonces lo único que le pareció normal. Recogió la bola y la puso nuevamente dentro del pecho. Se dio cuenta entonces de que, por primera vez en su vida, acababa de tocar un corazón humano.

Los prisioneros tuvieron que bajar su macabra carga a uno de los fosos del fuerte. Luego los alemanes les entregaron palas y picos y les ordenaron cavar una fosa común.

A pesar del calor sofocante y de la sed que los atormentaba en el foso, los hombres no se atrevían a quitarse las chaquetas, por temor a que, más tarde, sus familiares no pudieran reconocer el cadáver. Algunos de ellos rezaban mientras hacían su trabajo. Antoine Jouve trató de recordar las palabras del acto de contrición y no pudo pasar de las primeras: «¡Dios mío! —repitió varias veces—. Me pesa mucho haberos ofendido…» Sudando dentro de su chaqueta de piel de Suecia, André Giguet miraba el agujero que acababa de abrir y murmuraba, dirigiéndose a su mujer: «Aquí es, Albertine, adonde vendrás a traer flores».

Cuando los alemanes juzgaron que la fosa era suficientemente profunda, obligaron a Georges Dubret a tenderse dentro, para asegurarse de que tenía suficiente anchura. Echado boca arriba sobre la tierra húmeda, Dubret miró al cielo. «Esto es lo que se llama tomar las últimas medidas», pensó.

Para el resto de los parisienses, aquel domingo de la sublevación iba a ser una jornada de espera, de confusión y de contrastes. A pocos metros de las murallas a cuyo pie Georges Dubret y sus compañeros vivían las angustias de la muerte, ciertos elegantes caballeros se saludaban al cruzarse en las avenidas del bosque de Vincennes.

Algunos pescadores vigilaban, como cada domingo, las aguas del río, en las márgenes del Sena, ante las torres de Notre-Dame, en el mismo lugar donde la víspera se habían librado duros combates. Gilíes de Saint-Just y su prometida, Colette Massigny, paseaban bajo el tímido sol matinal, cogidos de la mano. De repente, se detuvieron y escucharon. En la escalera de la iglesia de Saint-Germain-des-Prés, un ciego tocaba el acordeón. Y aquella mañana, a la salida de la misa de las diez, por primera vez desde hacía cuatro años, se dejaron oír las notas de *La Madelón*.

Después de los sangrientos combates de la víspera, la frágil tregua lograda por el cónsul de Suecia y prorrogada en la noche, aportaba la calma. Y en aquellas primeras horas dominicales, parisienses y alemanes recobraban el aliento y hacían su composición de lugar.

Muchos soldados de la guarnición alemana, estupefactos por el despertar brutal

de aquella ciudad que tan tranquila se había mantenido durante cuatro años de ocupación, aprovecharon aquellas horas para escribir a sus familias. El *Unteroffizier* de la 325ª División de infantería, Erich Vandamm, de cuarenta y dos años, contemplaba desde la ventana del hotel Crillon, convertido en punto de apoyo, cómo los hombres de la organización Todt colocaban febrilmente raíles anticarros en el pavimento de la plaza de la Concordia. «Querida Úrsula —escribía a su mujer, que vivía en Berlín—. Es posible que dejes de tener noticias mías durante mucho tiempo. Temo que las cosas aquí se estropeen».

De todas las cartas que los ocupantes de París escribían aquel día a sus familiares, una, por lo menos, estaba condenada a no llegar a su destino. El *Feldwebel* Paul Schallück, de la Flak-brigada número 1, no tuvo tiempo de terminar la suya antes de salir de patrulla. Empezaba así: «Querida mamá: Temo que este París que tanto me gusta no sea pronto más que un campo de ruinas…» Schallück dobló la carta y se la metió en el bolsillo. Momentos después, fue gravemente herido y hecho prisionero por las FFI, cerca del puente des Arts.

No todos los alemanes albergaban pensamientos tan sombríos aquella mañana. El *Feldgendarme* Ernst Ebner, de la *Kommandantur* de Neuilly, que la víspera había conducido a Pierre Berthy y sus compañeros al Mont-Valérien, estaba borracho como una cuba. Sobre la mesa de la habitación que ocupaba en un hotel de la calle de Sablons, se hallaban los cascos de tres botellas de champaña y de coñac que se había bebido. Ebner, sobreviviente de Stalingrado y Montecassino, celebraba aquella mañana su treinta y ocho cumpleaños. En el otro extremo de París, también Irmgard Kohlage, una de las pocas ratas grises que aún quedaban, celebraba su cumpleaños en el vestíbulo del hotel Continental. El mejor regalo que se le haría aquel día sería una predicción. Un oficial recién llegado del frente de Normandía le examinó la palma de la mano.

—Veo momentos muy duros para usted, mademoiselle Kohlage —le dijo—, pero, después, todo irá bien.

El *Hauptmann* Otto Nietzki, de la Wehrmachtstreife (policía Militar), estaba seguro de que no encontraría a nadie en los bares y burdeles que frecuentaban generalmente los militares alemanes. Estaba equivocado. En un burdel de la calle de Provence, bajo la mirada aterrorizada de la patrona, un mayor alemán, completamente ebrio, apagaba a tiros las velas de un candelabro, mientras aullaba:

—¡Dios mío! ¿Y qué es lo que esperamos para largarnos todos de aquí?

Sin embargo, no hubo un solo soldado de la guarnición al que se le encargara misión más extraña que la que recibió el *Feldgendarme* Rudolf Ries, de treinta y dos años, perteneciente a la *Platzkommandantur*.

Ries y sus hombres se habían pasado todo el día anterior atrincherados tras el parapeto del muelle de Montebello, disparando contra los sitiados de la prefectura de

policía. Aquella mañana, en un coche de la policía, acompañado por dos de los policías contra los cuales disparaba la víspera, Ries recorría las calles de París para anunciar el alto el fuego del cónsul Nordling. Por todas partes, los parisienses, en mangas de camisa y vistiendo ropas ligeras, se habían reunido ante el único periódico de que disponían: las paredes de su ciudad. Estaban llenas de pasquines contradictorios, anunciando o denunciando la tregua. Al llegar a la esquina de la avenida de la Ópera con la plaza de las Pirámides, el *Feldgendarme* Ries vio con estupefacción que el patrón de una bodega se dirigía al coche con una botella de vino tinto en la mano. Y el alemán y los policías franceses brindaron juntos por el éxito del alto el fuego, ante la mirada sorprendida de los transeúntes.

7

Para los gaullistas, a los que atormentaba la imagen de Varsovia en llamas, la tregua que anunciaba el *Feldgendarme* Ries y sus dos compañeros franceses representaba una última oportunidad de salvar París. Les proporcionaba un medio inesperado de controlar la sublevación que no habían podido impedir. Tratarían de imponer la tregua a los sublevados a todo trance. Porque, a sus ojos, nada había más importante aquel domingo por la mañana que ganar tiempo.

Empezó a funcionar el teléfono en todos los Cuarteles Generales de las FFI de París. Voces misteriosas, que decían hablar en nombre del propio coronel Rol o de otros jefes comunistas, informaban de que había sido acordada una tregua. Uno de los adjuntos de Rol, al descolgar el teléfono, se llevó la sorpresa de oír cómo, en su propio nombre, recibía la orden de cesar el fuego. El general Pierre Koenig, jefe supremo de las FFI, hizo desde Londres una llamada a los parisienses por medio de la BBC. «No habrá mayor peligro para la villa de París —dijo con voz patética— que el que sus mismos habitantes le harían correr si responden a la llamada de la sublevación». En la prefectura de policía, convertida en fortaleza, el nuevo prefecto, Charles Luizet, ordenó a sus hombres que no hicieran uso de las armas, «a menos de ser atacados o provocados». Luizet puso sus coches a la disposición del cónsul Nordling para informar a la población de la tregua.

Los gaullistas no descuidaron medio alguno de ganar a sus adversarios en velocidad e imponer la tregua a los combatientes. Ante los oficiales del propio Estado Mayor de Rol, Jacques Chaban-Delmas no vaciló en decir:

—Rol y los hombres que lo rodean están conduciendo a París a un desastre.

Alexandre Parodi presentó la tregua en forma muy hábil. Según dijo a sus colegas del CNR, habían sido los mismos alemanes quienes la habían pedido. Tenía cuatro cláusulas. Las FFI eran consideradas como tropas regulares y serían tratadas según las leyes de la guerra. Los alemanes aceptaban la permanencia de las FFI en los edificios que habían ocupado. Las FFI se comprometían a no atacar los puntos de apoyo de los alemanes. Las tropas alemanas podrían circular libremente por cierto número de itinerarios bien determinados. Parodi, parodiando a su amigo Saint-Phalle, dijo a los miembros del CNR:

—Cuando una tropa de insurgentes sin experiencia acepta firmar un tratado con un ejército que, quiérase o no, ha sido el más potente del mundo, no es ella la que se deshonra, sino el ejército.

Para apoyar las palabras de Parodi, Jacques Chaban-Delmas informó a los reunidos de que la mitad de un Ejército alemán, más de lo que la locura de Hitler

necesitaba para reducir la ciudad a escombros, estaba a punto de entrar en la Villa. Casi en el mismo momento en que Chaban-Delmas transmitía este angustioso informe, el general estadounidense George Patton, que acababa de enterarse de la rebelión de París, decía a su Estado Mayor, en un estallido de cólera:

—Conque han hecho estallar su revolución, ¿eh? ¡Pues bien, ahora que se las apañen ellos mismos!

Parodi y los gaullistas habían ganado la segunda baza de la rivalidad que los oponía a los comunistas. Según palabras textuales de uno de ellos, habían «congelado» la revolución que no habían podido impedir. Los comunistas, sorprendidos por la rapidez de sus adversarios, no reaccionarían hasta después de algún tiempo. Mas pronto atacarían con violencia, acusando a sus adversarios de querer frustrar la revolución liberadora del pueblo de París.

En aquellas primeras horas dominicales, la tregua se fue extendiendo poco a poco por toda la ciudad, con la timidez de los primeros pasos de un niño. Aparecieron banderas en centenares de ventanas. Los parisienses, tranquilizados, felices, llenaron las calles que la violencia de la lucha había dejado solitarias. Para millares de habitantes, a los que había turbado la violencia de la lucha del sábado, la tregua suponía un relajamiento milagroso. París parecía estar a salvo.

En el avión, el subteniente Aimé Bully, de treinta y tres años, observaba con temor las agujas de los cuatro depósitos de gasolina. En el tablero de a bordo, había un indicador para cada depósito. Tres de ellos estaban vacíos. Bully había extraído de ellos hasta la última gota con una bomba de mano. Y, ahora, la aguja blanca del último depósito se acercaba igualmente al cero. «Dentro de treinta minutos —pensó — nos quedaremos sin gasolina». Hacía más de una hora que el avión Lodestar *France,* del que Bully era el mecánico, daba vueltas por las nubes, sacudido por las ráfagas de viento. Ante Plymouth, en la costa inglesa, el avión debía encontrarse con una escuadrilla de cazas, que lo escoltarían hasta Normandía. Una voz truncó las reflexiones de Bully.

—¿Gasolina? —preguntó el hombre sentado delante de él.

—Estoy vaciando el último depósito —contestó el mecánico al piloto—. No puede entretenerse por más tiempo.

Con las manos crispadas sobre el mando, el piloto André de Marmier comprendió que debía buscar un lugar de aterrizaje. Un aterrizaje que debía efectuar sin visibilidad, sin radio, con el carburante casi agotado y llevando a bordo al hombre encargado del destino de Francia, que fumaba tranquilamente un cigarrillo en la cabina. De Marmier redujo el gas y el aparato picó hacia el suelo. Mientras observaba cómo bajaba la aguja del altímetro, Aimé Bully no tenía más que un pensamiento: «¡Mientras nos hallemos sobre la Mancha y no sobre tierra…!» Charles de Gaulle,

impasible y silencioso en su cabina, miraba por el tragaluz el mundo sombrío y amenazador que lo rodeaba.

—¿Gasolina? —preguntó de nuevo De Marmier.

—Sólo para algunos minutos, mi coronel.

Bully podía ver ahora, bajo las alas del avión, las crestas espumosas del Canal. Por fin, emergiendo de la bruma, se dibujó una línea gris ante el aparato. Era la costa inglesa. Claude Guy, el ayudante de campo de De Gaulle, asomó la cabeza por la puerta de la cabina.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nos han engañado —contestó De Marmier—. Los cazas no están aquí.

Y el piloto informó de que tendría que aterrizar en Inglaterra, ya que no le quedaba más gasolina.

El joven ayudante de campo volvió a cerrar la puerta. Comunicó al impasible viajero que la escolta anunciada no había aparecido. De Gaulle suspiró:

—Y esta vez, ¿de quién es la culpa? —preguntó—. ¿De los ingleses? ¿De los estadounidenses? ¿O de ambos a la vez?

Guy añadió que el aparato tendría que posarse en Inglaterra. Se estaba acabando el carburante.

—¿En Inglaterra? —repitió De Gaulle con brusquedad—. ¡Ah, no, de ninguna manera! Vaya a decirle a De Marmier que no aterrizaré más que en Francia.

—¿Gasolina?

Esta vez, Bully casi se tragó sus propias palabras:

—A cero, mi coronel.

Deslizándose a ras de las olas, con casi menos de cien metros de visibilidad, el Lodestar viró hacia el Sur y se dirigió a la costa francesa. Bully, con la bomba en la mano, estaba preparado para extraer y aprovechar hasta la última gota de la gasolina que quedaba en el último depósito. Recuerda De Marmier que le sudaban los dedos con que asía los mandos. Nunca le había parecido tan largo el tiempo transcurrido tras el asiento de piloto. El avión volaba hacia lo desconocido, en medio de la nubosidad, a cuatrocientos metros de altura. Al final, se decía Bully, encontraremos o bien la detención seca o bien los cañones de la Flak.

A través de un claro en las nubes, pudo verse una franja blanquecina en el mar. Era la costa de Francia. El avión voló por encima de una playa solitaria, sembrada de blocaos abandonados y escombros de toda clase. Bully se preguntó qué playa sería. Ni él, ni De Marmier, ni Venangeon, el telegrafista, reconocían aquel trozo de Francia.

—Bully —ordenó De Marmier—, lleva este mapa al «patrón» y pregúntale si él puede decirnos dónde estamos.

El subteniente Bully recuerda que De Gaulle se puso los lentes y observó

detenidamente el mapa. Al cabo de un breve instante, posó el dedo sobre el mapa y anunció:

—Estamos aquí, justo al este de Cherburgo.

Así era. El piloto acababa de divisar el terreno de Maupertus bajo las alas del avión y empezó el aterrizaje.

Cuando el avión se deslizaba ya por las planchas de hierro de la pista, una lucecita roja empezó a parpadear en el tablero que había ante el mecánico. Dice Bully que lanzó entonces el más hondo suspiro de toda su vida. Sabía que aquella lucecita indicaba que en el último depósito de combustible del Lodestar *France* sólo quedaba gasolina para ciento veinte segundos.

Fue, pues, cuestión de dos minutos el que el destino de Charles de Gaulle, aquel domingo, 20 de agosto de 1944, no terminara en las aguas de la Mancha.

En el terreno de Maupertus, nadie esperaba a De Gaulle. No hubo banda, ni piquete de honor, ni muchedumbre. Sólo el barro y la llovizna normandos.

Claude Guy entró en la granja que los estadounidenses habían convertido en una improvisada torre de control.

—¿Qué hay en este avión? —preguntó con indiferencia el militar de servicio.

—¡El presidente del Gobierno Provisional de la República francesa! —contestó Claude Guy.

De Gaulle y su séquito subieron al viejo «Celta-cuatro» con gasógeno y emprendieron la marcha hacia Cherburgo. Recuerda Claude Guy que, en la prefectura, no encontraron más que una sola hoja de afeitar para todo el grupo. De Gaulle tuvo el privilegio de ser el primero. Los demás se afeitaron por orden riguroso de antigüedad. Cuando el general hubo terminado de arreglarse, pidió una hoja de papel para escribir un discurso y ordenó a su ayudante de campo que le arreglara una entrevista inmediata con el general Eisenhower.

En Maupertus, un simple funcionario les había dicho: «París se ha sublevado». Guy recuerda que, al oír estas palabras, De Gaulle tuvo un casi imperceptible sobresalto. La suerte estaba echada. Charles de Gaulle estaba decidido a obtener de Eisenhower, aquel mismo día, que los aliados entrasen en París.

En París, Alexandre Parodi miró su reloj. Se había retrasado. No tendría tiempo siquiera de terminar la comida que el nuevo cocinero de su cuartel general, un prisionero alemán, que entre comida y comida, encerraban en el invernadero del hotel particular de Alexandre de Saint-Phalle, había preparado tan cuidadosamente. Parodi hizo una seña a sus dos adjuntos, el ingeniero Roland Pré y Émile Laffon, cogió su cartera de documentos y se levantó. También él tenía que lograr un objetivo inmediato. Estaba convencido de que la tregua de Nordling era la única posibilidad que quedaba, al empezar aquella tarde, de evitar la destrucción de París. Iba, por

tanto, a imponerla a los jefes de la insurrección, en nombre del general De Gaulle y de la historia.

Una linda muchacha en uniforme azul marino esperaba al volante de un Citroën negro. Llevaba un brazalete tricolor con la cruz de Lorena. Sorprendido, Alexandre de Saint-Phalle vio, desde el balcón, a los tres hombres subir al coche, conducido por la joven. «Es increíble —se dijo—. Ha llegado ya la liberación».

8

A cuatrocientos kilómetros de la pradera normanda en que Charles de Gaulle acababa de aterrizar, en el fondo de una fortaleza subterránea bautizada con el nombre de W-II, el teniente general Hans Speidel, de cuarenta y un años, esperaba el regreso de su nuevo comandante en jefe, el *Feldmarschall* Walter Model. W-II era el nombre clave del nuevo cuartel general del Grupo de Ejércitos B, instalado en una antigua cantera, cerca del pueblo de Margival, a diez kilómetros al norte de Soissons. Cuatro años antes, desde aquel laberinto subterráneo de pasillos, salas de operaciones y centrales telefónicas, el propio Hitler había dirigido la más audaz operación militar jamás intentada desde mil años atrás: la invasión de Inglaterra. En la actualidad, en aquellas habitaciones húmedas, alumbradas con luces de neón, el comandante en jefe dirigía la retirada de los Ejércitos hitlerianos. En las cuarenta y ocho horas que había permanecido ausente, inspeccionando el frente, los telegramas y recados telefónicos del O.K.W. se habían acumulado sobre la mesa del despacho de su jefe de Estado Mayor. Aquellas órdenes no dejaban a Hans Speidel ilusión alguna sobre la suerte que Hitler destinaba a París.

Cuando se abrió la puerta y apareció Model, el jefe de Estado Mayor cerró un grueso libro, encuadernado en cuero negro. En su *bunker*, el doctor en Filosofía de la Universidad de Tubingen, Hans Speidel, leía aquel día el tercer tomo de los *Ensayos* de Montaigne.

Speidel recuerda que el bullicioso *Feldmarschall* parecía agotado. Con el rostro cubierto por una barba de dos días, acusando en sus rasgos el cansancio y el uniforme lleno de polvo, se dejó caer en el sillón, se encajó el monóculo y empezó a enterarse de las comunicaciones llegadas durante su ausencia. Confesó que aquella inspección había sido una pesadilla peor que cualquiera de las pruebas por las que había tenido que pasar en Rusia. La situación se le había revelado mucho más trágica de lo que esperaba. Por todos lados había encontrado hombres abatidos y agotados. El frente, si es que existía todavía un frente, se hallaba en un caos total. Pero aquella inspección le había hecho comprender qué era lo primordial. La tarea más urgente que debía llevar a cabo consistía en reagrupar las fuerzas. Y confesó a Speidel que lograr esto constituía el primer milagro que Hitler esperaba de él.

Había dos informes que debían dar al *Feldmarschall* una idea sobre la mejor forma de lograrlo. El primero procedía del general Von Choltitz. Desde el comienzo de la insurrección, Von Choltitz, sistemática y deliberadamente, había minimizado la gravedad de la situación en París. En el mensaje que había enviado al OB Oeste, a las ocho y veinte de la mañana del domingo 20 de agosto, el comandante del Gross Paris,

se limitaba a decir: «Noche tranquila. Sólo algunas escaramuzas aisladas en las primeras horas de la madrugada». Sus informes posteriores no habían sido mucho más alarmantes.

Si el comandante en jefe del Oeste debía creer a su subordinado, la situación en París no ofrecía gravedad especial alguna[82].

El segundo informe procedía del jefe del 2° buró del OB Oeste, el teniente coronel I. G. Staubwasser. Aquel documento, redactado según los informes llegados últimamente a Margival, indicaba a Model que el enemigo, cuyos efectivos eran de cincuenta y tres divisiones[83], se preparaba para lanzar dos ataques de gran envergadura. Uno en dirección al Norte, partiendo de la región de Dréux, para rodear en profundidad a todas las fuerzas alemanas que se encontraban todavía al oeste de la línea El Havre-París y establecer varias cabezas de puente sobre el Sena; y el otro, en dirección Este, al sur de París, partiendo de la región Chartres-Orleáns. «Por lo que respecta a París —acababa diciendo el informe—, no parece haber peligro inminente de un ataque en masa»[84].

Seguro, pues, de que tanto en el interior como en el exterior no pesaba, sobre París, ninguna amenaza inmediata, el comandante en jefe decidió correr un riesgo. En lugar de dar prioridad absoluta, como le había ordenado Hitler, al refuerzo inmediato del cinturón defensivo de la capital francesa, Model decidió salvar antes a sus tropas de la maniobra envolvente, llevándolas tras el Bajo Sena. Luego se ocuparía del cinturón defensivo de París. Dijo a Speidel que, tan pronto como llegaran las 26ª y 27ª Panzer prometidas por Hitler, se les ordenara atravesar directamente París, con los restos del 7º Ejército, para tomar posiciones defensivas ante la ciudad.

Model hizo llamar al jefe del 3er buró del Grupo de Ejércitos, el coronel Von Tempelhoff, y, con voz segura y precisa, comenzó a dictarle órdenes.

El comandante en jefe no olvidaría más que una cosa: advertir al general Von Choltitz de que dos divisiones blindadas, enviadas por el O.K.W., estaban en ruta hacia París. Omisión que pronto acarrearía graves consecuencias.

Cuando Model hubo salido de la habitación, el general Hans Speidel permaneció allí solo durante un largo rato. Pensativo e inmóvil, miraba melancólicamente los tres grabados que tenía colgados ante su mesa de trabajo. Había comprado aquellas tres obras de un artista francés del siglo XVII, llamado Hyacinthe Rigaud, cuando era estudiante en la Sorbona. No se había separado nunca de ellos. Uno representaba Versalles, otro Notre-Dame y el tercero las Tullerías. Aquel día, al contemplar aquellos grabados, el jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos B confiaba en que las divisiones 26ª y 27ª de Panzer llegasen demasiado tarde.

No había grabado alguno que adornase las paredes del despacho del general Von

Choltitz. Detrás de su mesa de trabajo, al lado del espejo que colgaba sobre la chimenea, el subteniente Von Arnim había clavado un mapa del frente del Oeste. Día por día, el general alemán seguía sobre aquel mapa el avance de las fuerzas aliadas. Podían verse ahora, perfectamente dibujados, los dos avances de que hablaba el informe del 2º buró del Feldmarschall Model. Aquella maniobra era ya esperada[85]. Choltitz recuerda que él no creía en un ataque directo contra París «antes de primeros de setiembre»

Cuando se produjera aquel ataque, Von Choltitz defendería a París. El general alemán se daba perfecta cuenta de que sería una desagradable tarea. Pero estaba resignado a ella. Su misión en París seguía siendo la que le había indicado el *Feldmarschall* Von Kluge, poco después de su llegada: «París será defendido y lo defenderá usted».

Sabía que las intenciones del Führer eran convertir la ciudad en una fortaleza que debería ser disputada piedra por piedra. Él mismo ha admitido, más tarde, que, militarmente hablando, era una idea admisible. Estimaba que, para poder ejecutar aquella idea, harían falta cinco divisiones. Los ejércitos diezmados de Normandía no podrían facilitarle tantas. Pero creía que, tan sólo con tres divisiones, podría hacer de París un campo de batalla mortífero, que desgastara al enemigo durante varias semanas. Era una forma poco gloriosa de terminar su carrera militar. Pero Choltitz sabía que, cuando llegaran los refuerzos, no le quedaría otra alternativa. Tendría que combatir.

El timbre del teléfono que se hallaba al lado derecho de su mesa de trabajo interrumpió las reflexiones del general. Aquel teléfono, por intermedio de la centralita de su jefe del servicio de transmisiones, el subteniente Von Bressensdorf, le comunicaba directamente con el O.K.W. y Berlín. Le llamaba por tercera vez el coronel general Alfred Jodl. El tono ronco de sus primeras palabras le hizo comprender el estado de cólera en que se encontraba el jefe de Estado Mayor de Hitler.

Le dijo que el Führer exigía saber por qué el O.K.W. no había recibido aún ni un solo informe sobre las destrucciones que se le había ordenado ejecutar en la región parisiense. Esta pregunta inquietó y desconcertó a Choltitz. Los cuatro especialistas en demoliciones que Berlín le había mandado habían terminado su trabajo aquella mañana. Sobre la mesa de Choltitz se encontraba su resultado: planos cuidadosamente preparados para la destrucción de doscientas fábricas. Entre ellas, figuraban incluso dos fábricas de bicicletas. Aquellos hombres estarían pronto de regreso en Berlín. Choltitz no podía seguir dando la excusa de que esperaba a que terminaran su trabajo para empezar las destrucciones. Acuciado por la impaciencia de su interlocutor, el general terminó encontrando una excusa para el retraso. Era la única que se le ocurrió, aunque no debía tardar en lamentarlo. Dijo a Jodl que no le

había sido posible empezar las destrucciones porque sus tropas habían estado ocupadas en reprimir los ataques «terroristas» que se habían producido en toda la capital.

Choltitz recuerda la estupefacción de Jodl. Era la primera noticia que recibía el O.K.W. de la gravedad de la situación en París. Jodl guardó silencio durante un buen rato. Acababa de salir de la conferencia cotidiana con Hitler. Las órdenes que acababa de recibir del Führer estaban aún en situación de borrador en el cuaderno de su taquígrafa. Jodl insistió una vez más en que debía darse la mayor importancia a la defensa de París. Era urgente tomar todas las medidas necesarias para ello.

Jodl advirtió a Choltitz que el Führer se pondría furioso al saber que en París habían estallado disturbios y le ordenó restablecer el orden «por todos los medios». Luego, con voz seca y precisa, recalcando las palabras, Jodl dijo, según recuerda Choltitz:

—Sean cuales sean los acontecimientos, el Führer espera que lleve usted a cabo las destrucciones más intensas en la región a su mando.

En su cuartel general cerca de Granville Dwight Eisenhower oía el repiquetear de la lluvia normanda sobre el techo de su tienda y los árboles del bosque. La visita que esperaba aquel domingo se llamaba Charles de Gaulle. El comandante supremo no tenía duda alguna de que el objeto de la visita se refería a la suerte de París.

Hacía pocas horas que Eisenhower, al igual que De Gaulle, se había enterado de la rebelión de París. Recuerda que aquella noticia le había enojado en extremo. Lo ponía frente a una situación que quería evitar a toda costa, una «situación que éramos incapaces de controlar y que arriesgaba hacer cambiar nuestros planes, antes de que estuviésemos preparados para hacerlo».

Los aspectos políticos de la liberación de París, para el tranquilo estadounidense del Middle-West, que llevaba sobre los hombros la carga de conducir las armas aliadas a la victoria, eran secundarios. Su única preocupación era derrotar a las fuerzas alemanas y nada podría apartarle de aquel fin. Sabía que el jefe del Gobierno Provisional francés iba a intentar lo imposible para inducirle a cambiar sus planes, con objeto de «acomodarlos, como de costumbre, a sus fines políticos. Pero estaba decidido a mostrarse irreductible. No iría a París.

Charles de Gaulle cruzó en breves zancadas el claro que le separaba de la tienda del general supremo, con aire desabrido y enfurruñado. Jamás le había parecido tan pesada la tarea que le esperaba. A su regreso a Francia, con peligro de la vida, no había encontrado más que una hoja de afeitar prestada y a nadie que le aguardara. Las muchedumbres que en Francia vibraban al oír su nombre ni siquiera conocían su aspecto. De Gaulle no era más que un fantasma que encarnaba un ideal. Para que aquel ideal se convirtiera en realidad, el propio De Gaulle debía convertirse en un ser

de carne y hueso. París sería la ocasión de ello.

Para Charles de Gaulle, la nueva situación creada en París por la rebelión era de una importancia capital. Los comunistas podían apoderarse del poder en cualquier momento. Al bajar la cabeza para entrar en la tienda del comandante supremo, De Gaulle estaba tan determinado como el propio Eisenhower a hacer triunfar su voluntad. Eisenhower debía marchar sobre París.

Una hora y cuarto después, el coronel De Marmier, desde su puesto de piloto del Lodestar *France*, aparcado sobre el terreno de Molay, vio apearse del coche la figura alta del hombre que había traído a Francia con ciento veinte segundos de carburante en el último depósito. Jamás aquel hombre le había parecido más solitario y melancólico. Con la cabeza baja, los hombros echados hacia delante, «De Gaulle parecía llevar en aquel momento todo el peso del mundo sobre sus espaldas».

Había fracasado. Eisenhower se había negado a modificar sus planes y a marchar sobre París. Durante toda la entrevista, los dos generales se habían enfrentado sobre los mapas de Estado Mayor, atrincherado cada uno en su propia posición.

Cogiendo un lápiz, Eisenhower había explicado al francés la doble maniobra envolvente que proyectaba alrededor de la capital. De acuerdo con aquel plan[86] —le dijo—, no podía adelantarse fecha alguna aproximada para la liberación de París. Para De Gaulle, el mensaje escrito sobre los mapas de Eisenhower no tenía misterio alguno. El horario del comandante en jefe no era el suyo.

Según los recuerdos de Eisenhower, «De Gaulle pidió que la cuestión de París fuese reconsiderada inmediatamente, teniendo en cuenta la seria amenaza que los comunistas hacían pesar sobre la ciudad». Advirtió al comandante supremo que, «si demoraba su entrada en París, se arriesgaba a encontrar allí una situación política tan desastrosa que podría incluso acarrear una ruptura del esfuerzo de guerra de los aliados».

Eisenhower se mantuvo intransigente, a pesar de la estima personal que sentía por Charles de Gaulle y de la comprensión de sus problemas[87]. Preocupado por «la terrible batalla que tendríamos que librar en la ciudad», el comandante en jefe respondió a su visitante que la entrada de los aliados en París, en aquel momento, era prematura[88].

Para el hombre encorvado y solitario que se dirigía hacia la puerta del Lodestar *France*, la decisión final de Eisenhower representaba un grave dilema. Hacía poco que De Gaulle había dicho al comandante supremo que la liberación de París era algo tan importante para el porvenir de Francia que estaba decidido, si se presentaba el caso, a retirar la 2ª DB al mando aliado y enviarla sobre París, bajo su propia responsabilidad[89].

Al subir al avión, De Gaulle se volvió a su ayudante de campo. Rompiendo el silencio que había guardado hasta entonces, hizo una sola pregunta:

—¿Dónde está Leclerc?

9

A juicio del jefe comunista de las FFI, el coronel Rol, la tregua constituía una traición. Durante cuatro años de lucha clandestina, el joven militar bretón había esperado pacientemente el momento en que podría mandar abiertamente las tropas que combatirían contra los ocupantes de París. Y cuando por fin había llegado la hora, sus adversarios políticos, los gaullistas en una postrera maniobra, intentaban arrebatarle aquel honor y aquel privilegio. Rol estaba decidido a contrarrestar la iniciativa del cónsul sueco por todos los medios y con la misma energía que los gaullistas empleaban para imponerla. Por teléfono y mediante correos, salieron de su cuartel general subterráneo de la calle Schoelcher órdenes que confirmaban las que ya había dado la víspera: «¡La rebelión ha de seguir en marcha! ¡Combatiremos mientras quede un solo alemán en París!» Dispuso que los comandos comunistas atacasen a los alemanes en todas partes y sin descanso. Rol quería, por encima de todo, que el ruido de los disparos no se apagara en las calles de París. Porque el silencio, decía, era el reconocimiento de que los parisienses aceptaban la tregua.

Hacia mediodía de aquel domingo, los comunistas empezaron a fijar en las paredes millares de carteles que denunciaban el alto el fuego, haciéndolo aparecer como una maniobra «de los enemigos del pueblo».

Con la obstinación y la firmeza propias de la sangre bretona, Rol se dedicó luego a meter en cintura a aquellos oficiales de sus Estados Mayores de las FFI que los gaullistas habían arrastrado consigo en el reconocimiento de la tregua. Aquella batalla que se desarrollaba al socaire de las rivalidades políticas debía envenenar definitivamente las relaciones de las distintas facciones de la Resistencia. Según Yvon Morandat, «los comunistas estaban decididos a instaurar una nueva Comuna, en la que los gaullistas serían los versalleses». En opinión de André Tollet, Parodi y los hombres que lo rodeaban eran unos «traidores que querían sabotear la rebelión, para que el propio De Gaulle pudiera liberar París».

Tanto para unos como para otros, la puesta esencial de aquella sorda batalla era la grande y prestigiosa prefectura de policía, cuna de la insurrección. Tras su fachada maltrecha, en el laberinto de sus pasillos y en los innumerables despachos, se oponían aquel día los representantes de ambas facciones en discusiones tan violentas como lo habían sido los combates de la víspera contra los alemanes. Los comunistas habían elegido a uno de sus intelectuales más brillantes, el joven jurista Maurice Kriegel Valrimont, para fomentar la discordia entre los policías y tratar de sustraerlos a la autoridad soberana del gaullista Yves Bayot y del nuevo prefecto, Charles Luizet. Kriegel Valrimont, con la habilidad y experiencia que le habían proporcionado cuatro

años de agitación clandestina, maniobró para que los policías parisienses desertasen de las filas de los gaullistas y prosiguieran la lucha. Durante una de las violentas discusiones que se produjeron aquella tarde en la prefectura, Alexandre de Saint-Phalle se echó sobre el joven intelectual comunista. Cogiéndole la mano, gritó:

—Si proseguís con la rebelión, esta mano se llenará de sangre de millares de parisienses inocentes.

En otro despacho cercano, el inspector de Hacienda, Lorrain Cruze, defendía también la causa de la tregua y hacía resaltar el peligro de destrucciones y carnicería que caería sobre la ciudad si los comunistas persistían en su actitud. Su interlocutor le oía en silencio, con aspecto sombrío y resuelto. Era el propio Rol. De repente Rol pegó con el puño sobre la mesa, mientras pronunciaba apasionadamente unas palabras que Lorrain Cruze nunca podría olvidar:

—¡París bien vale doscientos mil muertos! —gritó.

Entretanto, gracias a los esfuerzos tenaces de Rol, la insurrección iba recobrando poco a poco la intensidad que había perdido la noche anterior. Por las calles de París, empezó a oírse nuevamente el ruido de los disparos, tan extrañamente ausente en la mañana. Los comandos comunistas FTP[90], obedeciendo a su jefe, abrían fuego en toda la ciudad contra las patrullas de la Wehrmacht. Los alemanes, entre los cuales habían muchos que no habían obedecido la orden de cesar el fuego dada por Choltitz, reaccionaron con violencia. Por todas partes se rompía la tregua, como una tela que se deshilacha.

Aquel domingo, muchos simples paseantes y curiosos se encontraron de pronto entre el fuego cruzado de las armas automáticas[91]. Los parisienses que, algunas horas antes habían empavesado las ventanas, las vieron convertidas luego en blanco de las ametralladoras alemanas.

En el dédalo de callejuelas que se extiende entre el Sena y Saint-Germain-des-Prés y que llevan nombres tan pintorescos como el Chatqui-pêche y Git-le-coeur, pequeños grupos de las FFI tendieron a primera hora de la tarde una emboscada a una importante patrulla alemana. Bajo la mirada burlona de los ciudadanos de aquellos barrios, los orgullosos soldados de la Wehrmacht, regados con botellas incendiarias, ardieron como antorchas.

Toda la ciudad se preparó para la guerra. En las imprentas clandestinas, donde se habían tirado los periódicos de la Resistencia, se imprimieron millares de folletos, en los cuales los parisienses podían encontrar curiosas recetas para fabricar botellas incendiarias o levantar barricadas. Las farmacias, con sus preciosos frascos de clorato de potasa, se convirtieron en verdaderos arsenales. Estudiantes de medicina, juntamente con algunos socorristas de la Cruz Roja, instalaron clínicas clandestinas en apartamentos y almacenes. Centenares de camilleros voluntarios, la mayor parte muy jóvenes, acudieron a los puestos de socorro dispersos por toda la ciudad. En los

mercados, las FFI requisaron las existencias y repartieron los víveres entre los restaurantes populares. Todo parisiense en aquella hora de carestía, quedaba inscrito en uno de aquellos restaurantes comunitarios, cuya minuta estaba constituida por un solo plato, un tazón de «sopa popular».

Mas en parte alguna de la ciudad, que bullía toda ella de pasión y de esperanza, se organizó la lucha con mayor entusiasmo que en el peristilo del vasto edificio que alberga la más célebre sala de teatro nacional, la Comedia Francesa. Los actores de la casa de Molière bajaron a la calle para representar el mejor papel de su carrera, el de enfermero o guerrillero, en aquella pieza histórica que pronto sería llamada *La liberación de París*. Marie Bell, Lise Delamare, Mony Dalmés, las heroínas de Racine, habían sacado vestidos de los armarios de la guardarropía del teatro, con los cuales se habían convertido en enfermeras. Entre los camilleros voluntarios del puesto de socorro que habían organizado, estaba un hombre bajo, que llevaba lentes con montura de hierro. Había pedido que le reservaran el turno de la noche. Creía que durante la noche habría más calma y podría escribir. Se llamaba Jean-Paul Sartre y estaba escribiendo *Les Chemins de la Liberté*. Pierre Dux, convertido en pintor, pintarrajeaba grandes cruces rojas en los costados de un coche que había capturado. Se habían repartido entre los galanes jóvenes algunas armas, que guardaban escondidas en la caldera de la calefacción central. Jacques Dacqmine llevaba puesto el uniforme del glorioso capitán de la Legión Extranjera que encarnaba en la película cuyo rodaje acababa de empezar. Había heredado un Winchester. Georges Marchal, convertido en el «retrato de un verdadero héroe», con la camisa abierta, pantalón de montar y cabellera revuelta, blandía una vieja escopeta de caza, de doce cartuchos. Las armas de los demás habían salido del almacén de accesorios. Eran una docena de fusiles de madera, llenos de polvo, pero efectivos.

Uno solo de los actores poseía una metralleta. Era Jean Yonnel. Pero Yonnel tenía una misión especial que cumplir aquella mañana. Se trataba de una ejecución.

Con el arma escondida bajo una esclavina, Yonnel se detuvo en la esquina de la calle Le Sueur con la avenida Foch. Era allí donde debía esperar al hombre a quien tenía que matar, un oficial alemán del SD[92], que llevaría bajo el brazo una cartera de piel negra. Aquel oficial saldría a las dos de la tarde de una casa de la calle de Le Sueur. Yonnel miró el reloj. «Dentro de diez minutos», se dijo. Comenzó a pasear por la calle. De repente acudió a su mente un pensamiento angustioso. «¿Y si me equivoco de alemán?», se preguntó. Apretando la empuñadura de la metralleta, el héroe de tantas tragedias se dijo que él no había matado nunca a nadie. Con toda puntualidad, el alemán apareció en la acera de enfrente. Yonnel reculó instintivamente. Abrió la esclavina y apretó el gatillo. Mientras observaba cómo su víctima se tambaleaba, a Yonnel le vino a la memoria una frase de Molière que había declamado muchas veces tras las candilejas: «No se muere más que una vez y es por

tanto tiempo…» murmuró, horrorizado por lo que acababa de hacer. Por fin, se precipitó hacia el alemán y le arrancó la cartera, echando a correr. Oyó tras él silbatos y aullidos. Entró en la primera puerta cochera que encontró abierta y tiró la cartera a las manos del sorprendido portero, diciéndole: «¡Queme esto!» Dentro de aquella cartera estaban todos los nombres de los que componían la red de resistencia de los comediantes franceses. Yonnel subió a toda velocidad por la escalera. Podía oír tras él a los alemanes que empezaban a cercar la manzana de casas. Con mano nerviosa, acarició una pequeña ampolla que llevaba en el bolsillo. Era la ampolla de cianuro que debía servir para asegurar su propio silencio, en caso de que los alemanes lo detuvieran.

En un Citroën negro que arbolaba la bandera de la Cruz Roja, dos hombres escuchaban consternados los *nicht* de un *Feldwebel* que se negaba a dejarles pasar. Habían llevado a cabo la hazaña de franquear todos los puestos alemanes de control, salvo el último, instalado a la salida de Neauphle-le-Château, a treinta y dos kilómetros al oeste de París. Una vez más, explicaron con toda paciencia que, en la tierra de nadie, entre las líneas estadounidenses y las alemanas había una colonia de niños a la que debían socorrer. El alemán continuaba irreductible. Aquel alemán obstinado ponía en peligro el éxito de la misión más importante para la Resistencia francesa, que se había encargado de recoger a Roger Gallois, el jefe de Estado Mayor del coronel Rol. Rol enviaba a Gallois a los estadounidenses para pedirles que organizaran un envío masivo de armas sobre París por medio de paracaídas. Con aquellas armas, Rol contaba con hacer triunfar la rebelión e instalar a sus amigos comunistas en el poder. Gallois, uno de los pocos miembros del Estado Mayor de las FFI que no era comunista, se encontraba en aquel coche casi por casualidad. Rol hubiera preferido confiar aquella misión a un miembro del partido. Pero Gallois era el único que hablaba correctamente el inglés y esto le había valido finalmente el ser designado.

El *Feldwebel* apuntó al coche con su metralleta e intimó a los dos hombres a que regresaran por el mismo camino. Habían perdido cuatro horas inútilmente. Sólo les quedaba buscar otro medio de pasar las líneas alemanes para poder transmitir aquel mensaje del que, según creía Rol, dependía el porvenir de París y quizás el de Francia entera.

10

Aquella tarde, el cielo de París se había cubierto de negros nubarrones, que presagiaban nuevas tempestades. Dietrich von Choltitz, solo en el balcón del hotel, respiraba el aire cálido del verano como solía hacer después de cada comida. En aquel entonces, nada podía ser más grato para el comandante del Gross Paris que aquella especie de sopor en que parecía haberse dormido la ciudad. Sin embargo, el crepitar de los fusiles, que se oía débilmente a lo lejos, le llenaba de sombríos presagios.

La tregua del cónsul Nordling había significado para el general Von Choltitz, al igual que para sus adversarios, un respiro providencial. Al volver su mirada sobre aquellas «frondosidades rojizas» que le ocultaban la vista del Sena, pensaba que, sin aquella tregua, la prefectura de policía, y acaso toda la Île-de-la-Cité, ya no serían más que un montón de escombros. Choltitz no sintió emoción especial alguna al ocurrírsele tal pensamiento. Su misión era mantener el orden, costase lo que costase. Para el comandante del Gross Paris, aquello no había sido más que la última posibilidad de poder cumplir dicha misión sin verse obligado a una demostración de fuerza, de consecuencias incalculables. No obstante parecía que también aquella última ocasión estaba a punto de desvanecerse.

Al escuchar el ruido de los disparos, que se generalizaba poco a poco por todas partes, Choltitz pensó en la conversación que, menos de una hora antes, había sostenido con Jodl. La confesión que había tenido que hacerle de la gravedad de la rebelión que sus soldados habían tenido que combatir, barría su esperanza secreta de hacerse olvidar en un París tranquilo. En adelante, Hitler ya no le daría respiro alguno. El general sabía que, en caso de una ruptura definitiva de la tregua, se vería obligado a cumplir las órdenes despiadadas que le habían transmitido.

Una vez más, las sombrías reflexiones del general fueron interrumpidas por el agudo tintineo del teléfono. Choltitz entró en el despacho y descolgó el receptor. Al otro extremo, una voz desconocida pidió hablar personalmente con el comandante del Gross Paris.

—Soy yo —gritó Choltitz.

El que hablaba se dio a conocer. Era un oficial de justicia militar de Saint-Cloud. Con voz orgullosa, informó de que tenía detenidos a tres paisanos que se decían ser «ministros del Gobierno del general De Gaulle». Añadía que en su coche se habían hallado armas y documentos. Creía que aquélla era la detención más importante que había llevado a cabo desde que estaba en París. Deseaba saber si debía hacer fusilar inmediatamente a aquellos hombres, o bien debía entregarlos al SD que los

reclamaba. Choltitz recuerda que su primera reacción fue contestar: «*Ja, naturlich*, hágalos fusilar». Sus tropas tenían orden de fusilar a todo paisano que llevara armas. De repente, cambió de parecer. Acababa de ocurrírsele una idea. Si era cierto que aquellos prisioneros eran los representantes auténticos del general De Gaulle en la ciudad insurreccionada se le presentaba una ocasión inesperada de jugar una última carta.

—Tráigame a esos hombres —ordenó con sequedad—. Quiero verles antes de que los fusilen.

Pocos minutos antes de la llegada de los tres prisioneros, Choltitz vio entrar en su despacho al cónsul Raoul Nordling, acompañado de Bobby Bender, el agente del Abwehr. Los dos hombres parecían en extremo agitados. Su visita era debida a una coincidencia extraordinaria. Una linda parisiense que pasaba por la avenida Henri-Martin se había cruzado por casualidad con un camión en el que iban tres hombres encadenados. Llena de espanto, Jacqueline de Champeaux había reconocido entre ellos al hombre cuyo nombre iba a llevar en breve, su prometido Émile Laffon[93]. Nordling suplicó a Choltitz que arrancara aquellos hombres de las manos de las SS. Aseguró que eran los mismos jefes de la Resistencia con quien había negociado la tregua. Uno de ellos era ministro del general De Gaulle. Se llamaba Alexandre Parodi.

El general esbozó una sonrisa irónica:

—Señor cónsul —le dijo—, precisamente estoy esperando la visita de esos hombres.

El comandante del Gross Paris se fijó el monóculo y contempló con curiosidad a los tres paisanos que dos *Feldgendarmes*, con placas plateadas en el pecho, acaban de empujar ante él. En las últimas veinticuatro horas, se había preguntado cómo serían los hombres que dirigían la rebelión. ¿No eran más que «golfos», como afirmaba su 2º buró, o comunistas?

Reforzando sus palabras con puñetazos sobre la mesa, el general expresó su sorpresa de ver que tres jefes de la Resistencia fuesen tan temerarios como para pasearse en pleno día, en un coche lleno de documentos comprometedores y armas.

—¿Imaginan ustedes acaso que mis soldados son *boy-scouts*? -preguntó.

Pero el general alemán no había llamado a aquellos tres hombres para darles una lección de cómo debían hacer las cosas. Lo que quería era hacerles calcular la terrible responsabilidad en que incurrían si la tregua que había aceptado fuese definitivamente rota. Las armas habían empezado a disparar de nuevo por todo París. En su calidad de gobernador de la ciudad, responsable del orden y de la seguridad de sus tropas, se vería obligado a responder a la violencia con la violencia. Estaba decidido a mantener la seguridad de las líneas de comunicaciones que cruzaban París al precio que fuese. Si se recrudecía la rebelión, las consecuencias podían ser

trágicas, tanto para la capital, como para sus habitantes.

Ante aquellas amenazas, vio endurecerse la cara de Alexandre Parodi. Con voz grave y firme y aquel valor tranquilo que venía demostrando desde que asumió la pesada tarea de representar a De Gaulle en la Francia ocupada por el enemigo, el francés, que hasta entonces se había amurallado tras un silencio digno, respondió al general alemán. Le aseguró que también él deseaba que reinara el orden en la capital, pero, le dijo, «usted es un general, da órdenes a un ejército y sabe que será obedecido. La Resistencia no es más que un conjunto de varios movimientos. Y yo no controlo la totalidad de esos movimientos».

Choltitz movió lentamente la cabeza. Se ajustó el monóculo de nuevo y observó con dura y fija mirada al hombrecito que acababa de hablar. Minutos antes, le habían dado ganas de hacerlo fusilar inmediatamente en los jardines de las Tullerías, justamente bajo su ventana. No obstante, confiaba en que aquel encuentro podría acarrear algún fruto. Volviéndose bruscamente hacia el cónsul Nordling, Choltitz dijo:

—Señor cónsul, considerando que estos hombres han sido detenidos después de entrar en vigor el alto el fuego, he decidido entregárselos a usted.

Tras estas palabras, el general alemán se levantó y dio la vuelta a la mesa. Se acercó a Alexandre Parodi y le preguntó:

—¿Es usted oficial?

—Oficial de reserva —contestó el francés.

—Entre oficiales, puede hacerse este gesto.

El general alemán tendió la mano al francés, cuya vida acababa de salvar. Sin embargo, aquél no la tomó. Nordling vio entonces cómo la cara del general enrojecía de cólera. Veinte años después, Choltitz no habría olvidado aún aquel desaire. Pero, en aquel momento, no había alemán más indignado que el oficial de la *Feldgendarmerie* que acababa de enterarse de la liberación de sus prisioneros. Una oreja indiscreta oyó que murmuraba rabioso en la escalera: «Nos los vamos a cargar». La oreja era la de Bobby Bender. Salió precipitadamente a la calle. A la izquierda, junto a la acera de la calle de Rivoli, vio un gran Packard negro que esperaba, con el motor en marcha. Al lado del chófer, con la cara escondida bajo el ala de un sombrero de fieltro, había un paisano. Bender se dio cuenta de que, delante del hombre, se veía algo negro apoyado en el borde del parabrisas. Era el cañón de una metralleta.

Bender se acercó al Citroën de Nordling, que arbolaba pabellón sueco y en el que acababan de subir el cónsul y los tres franceses. Asomándose a la ventanilla, recomendó al cónsul que no arrancara hasta que lo hubiese hecho él en su coche.

Bobby puso el contacto de su coche Citroën. Bajo el capot de aquel coche, había algo especial que, dentro de treinta segundos, iba a salvar la vida del cónsul sueco y de los tres franceses. Gracias a sus relaciones con la Citroën, de la que había sido

representante en Berlín, el agente de la Abwehr, que había trabajado como piloto de carreras en la Daimler, se había hecho instalar un motor especial de tres carburadores, lo que hacía de su coche la máquina más veloz de todo París.

Bender hizo una seña a Nordling y el cónsul arrancó. Bobby miró por el retrovisor y descubrió que, al igual que en las películas de gánsteres de Chicago, el Packard negro se deslizaba a lo largo de la acera y se lanzaba brutalmente en persecución del coche diplomático. Entonces oprimió brutalmente el acelerador.

Segundos después, hendía el aire un rechinar de neumáticos en el asfalto. Choltitz salió al balcón. A la entrada de la plaza de la Concordia, vio el coche de Bender, parado en mitad de la calle cerrando el paso al Packard negro, mientras que un tercer coche, el de Nordling, cruzaba la plaza de la Concordia. Comprendió inmediatamente lo que había sucedido. Sin la intervención de Bender los criminales del SD, la temida policía secreta de las SS, habrían asesinado bajo su propia ventana a los hombres a quien él mismo acababa de libertar, así como al cónsul de Suecia que los acompañaba. «*Mein Gott!* —murmuró—. Se han salvado de milagro».

Por cuarta vez en aquella jornada atroz, los prisioneros estaban ante la fosa que ellos mismos habían abierto. En su fondo, donde Georges Dubret había tenido que tenderse para tomar «las últimas medidas», yacían ahora los cuerpos de los que habían sido fusilados antes y que ellos habían acarreado. Atenazados por la sed, agotados de fatiga, en varias horas de trabajo habían tenido que borrar completamente, uno por uno, los rastros de sangre que habían dejado los cadáveres al ser transportados. Y ahora, a su vez iban a ser ejecutados. La mayor parte de ellos deseaban ya que llegara la muerte, que pondría fin a su calvario. Sin embargo, cuando la ametralladora, ya reparada, iba a abrir el fuego, un sargento-jefe, al que los soldados llamaban Führer salió gritando *Nein! Nein*! Aquel hombre, que se había alabado ante los prisioneros de haber atravesado de un bayonetazo a un niño de dos años ante la puerta de la iglesia de Oradour, acababa de organizar un nuevo espectáculo.

Sobre el talud, el comisario Antoine Silvestri, el único prisionero que nunca había participado en la Resistencia, cargado con un gran tablón que sostenía con las manos por encima de la cabeza, daba vueltas sin cesar. Los alemanes espoleaban al desgraciado con la culata de sus fusiles para que girara más y más de prisa. Silvestri cayó por primera vez, pero los soldados le obligaron a levantarse. *Schnell, schnell*!, gritaban. Silvestri volvió a girar, pero pronto, nuevamente agotado, cayó de rodillas. Se levantó de nuevo. El policía Antoine Jouve, al contemplar su figura vacilante, se dijo que Silvestri «parecía un Cristo».

Cuando al pequeño Führer le pareció que la sesión había durado bastante, hizo bajar de nuevo al comisario hasta el borde de la fosa y anunció que iba a ejecutarle

por sí mismo. Un soldado le entregó una metralleta. Georges Dubret y sus compañeros contemplaron entonces un espectáculo tan extraordinario que dejó impresionados a los mismos alemanes. Silvestri sacó un peine de su bolsillo y se arregló el pelo gris. Luego se ajustó el nudo de la corbata, se abrochó la camisa y el chaleco, se arregló la chaqueta, tiró de la raya del pantalón y se agachó para limpiarse el polvo de los zapatos.

Luego, irguiéndose comenzó a gritar: «Viva F…» Una ráfaga de ametralladora cortó en seco el nombre de su país.

Al ver a Silvestri caer dentro de la fosa Georges Dubret, pensó: «¡Dios mío, cae de la misma forma que lo hacen en las películas!»

Dubret y sus compañeros conocerían pronto el motivo de aquel asesinato. Pocos minutos antes, Antoine Silvestri había hecho su primer gesto de resistencia. Para salvar a sus hombres, había dicho a los alemanes que el brazalete tricolor hallado bajo una alfombra de su comisaría era suyo.

—¡Rellenad la fosa! —ladró el Führer—. ¡Mañana os tocará a vosotros!

Dos hombres mondaban peras a la luz de una vela. En una villa del pequeño pueblo de Saint-Nom-la-Bretéche, donde se habían refugiado para pasar la noche, no habían encontrado para cenar más que aquellas frutas. Roger Gallois y su compañero, el doctor Robert Monod, estaban descorazonados. De la calle llegaba hasta ellos el sordo retumbar de los pasos de las patrullas alemanas que ocupaban el pueblo. A pesar de todo un día de esfuerzos, no habían logrado salir de las líneas alemanas.

Gallois y Monod eran viejos amigos. No obstante, se debía también a la casualidad que se viesen reunidos en aquella misión. El doctor Monod era inspector del Servicio de Sanidad y disponía de un coche de la Cruz Roja con tantos pases que, si quería, podía ir hasta Berlín. De este rarísimo privilegio, había nacido la idea de aquella misión.

Pero mientras esperaban la aurora, charlando en el viejo salón de su refugio, los dos hombres se dieron cuenta de que les separaba un abismo profundo. En aquella penumbra de la vieja casa, cuyo maderaje olía a humedad, Gallois y Monod representaban las dos tendencias en que se había dividido la Resistencia. Con su voz plácida y tranquilizadora de practicante, el doctor explicaba al enviado del coronel Rol que sería una locura pedir a los estadounidenses que mandaran «ni un solo cartucho, ya que la insurrección de París no tenía otro fin que favorecer un golpe de estado comunista». Según el doctor, la finalidad de su misión debía ser, no pedir armas, sino poner a los aliados al corriente de este gran peligro y suplicarles que marcharan inmediatamente sobre París.

Gallois sabía que Rol no tenía prisa alguna por ver llegar los carros con la estrella blanca. Lo que el jefe comunista quería eran metralletas y no a los soldados de

Eisenhower. Para lograr estas armas, había cometido el error de mandar al único hombre que podía mostrarse sensible a los argumentos de aquel oscuro médico que debía dirigir la misión.

En la habitación, acababa de extinguirse la vela. Se produjo entonces un largo silencio. De pronto, el doctor Monod oyó la voz de su compañero:

—Robert, creo que tienes razón —dijo tan solo.

Al cabo de pocas horas, Roger Gallois, un francés desconocido, iba a intentar aquello que ni siquiera el mismo De Gaulle había logrado conseguir: convencer a Dwight Eisenhower para que cambiara sus planes y marchara sobre París.

Sexto pliego de fotografías



Ante el Ministerio de Asuntos Exteriores un equipo de la Cruz Roja acaba de recoger, bajo el fuego, a un soldado de infantería herido. El edificio está ardiendo. Parapetados detrás de las ventanas, los alemanes resisten denodadamente, y los tanques del 12º Regimiento de cazadores tienen que disparar sus cañones para desalojarlos. Uno de estos carros, alcanzado por el proyectil de un lanzagranadas, hizo explosión en este lugar. En este carro se encontraba el subteniente Bureau, que acababa de telefonear a sus padres para decirles que había llegado. (Foto U.S.I.S.)

Bajo la Torre Eiffel, la venganza del pueblo de París



Acaban de ser capturados los últimos alemanes que aún resistían en la Escuela Militar. Para protegerlos de la ira de la muchedumbre, los soldados han tenido que hacerlos subir en sus vehículos. Pero, a su paso, los excitados parisienses los cubren de salivazos e injurias. Algunos de estos soldados debían de reconocer entre esta amenazadora muchedumbre, las francesas con las que habían compartido los goces de la ocupación. El soldado Eugen Hommens, mientras desfilaba como prisionero, vio a una joven que besaba tiernamente a un soldado estadounidense: era Annick, su amiguita. En estas últimas horas, numerosos prisioneros debieron la vida a la pronta intervención de los soldados que los escoltaban. Un paisano, locamente enfurecido, se abalanzó sobre el teniente de la Lutwaffe, Johannes Schmiegel, y lo derribó a golpes. Inmediatamente, como una jauría desenfrenada, la muchedumbre se puso a patear al alemán caído. Schmiegel pudo ver entonces, por encima de su cabeza, a un corpulento soldado marroquí haciendo molinetes con su fusil para dispersar a la multitud. Ante la Escuela Militar, algunos prisioneros fueron muertos a tiros por las FFI. No obstante, uno de ellos debe su vida a la intervención de un policía francés llamado Cadet. Entre los prisioneros, Cadet había reconocido al capitán alemán Otto Wagner, quien, tres días antes, le había salvado a él y a seis policías más del pelotón de ejecución, al concederle dos horas de plazo para efectuar el canje de siete franceses contra otros tantos prisioneros alemanes.



Para los dos soldados de la Wehrmacht la guerra acaba de terminar. Habían pasado en París los más bellos días de su vida. Ahora, escoltados por soldados de la 2ª DB y las FFI, marchan, con las manos levantadas y los ojos desencajados, a través de una muchedumbre hostil. Se encaminan hacia un campo de prisioneros, donde encontrarán a sus camaradas capturados en Normandía y donde se les unirán en breve centenares de miles de otros hombres de la Wehrmacht o de las SS. Muchos de ellos volverán a París después de la guerra y visitarán nuevamente los sitios donde, ese 25 de agosto de 1944, vieron desvanecerse el sueño de dominación de la Alemania nazi.

Toda una ciudad enardecida saluda a sus libertadores mientras la Wehrmacht derrotada teme el odio de la multitud



Todo París ha salido a la calle en este día glorioso. Al paso de los carros, miles de manos se alzan en medio de estruendosos vítores. París encadenado, sojuzgado, aterrorizado, ha visto llegar por fin las horas esperadas con tanta esperanza durante cuatro años. Desde lo alto de sus carros, los soldados, al contemplar este mar de caras, pensarán que éste es «el día más glorioso de la historia del mundo».



Mientras, en los salones de los palacios, donde tan bien han vivido (hotel Majestic), los últimos ocupantes conocen el sabor acerbo de la derrota y de las ilusiones perdidas. Pueden oír las aclamaciones de la multitud en el exterior. Se ha vuelto una página de la historia de París, la más triste. (Foto U.S.I.S.)



En Notre-Dame, De Gaulle, erecto e impasible, canta el tedeum de la liberación, entre las balas que zumban por doquier. Unos tiradores emboscados en la bóveda de la catedral acaban de abrir fuego. La concurrencia ha echado cuerpo a tierra bajo los reclinatorios. A la derecha del general, André Le Troquer.



De la multitud acaba de salir una mujer para besar al que, durante cuatro años, ha mantenido viva la llama de la Resistencia.



Un millón de personas se apretujan enardecidas, a lo largo del desfile triunfal del 26 de agosto, encabezado por De Gaulle, desde el Arco de Triunfo hasta la catedral de Notre-Dame. Los Panzer alemanes están sólo a quince kilómetros y nada podría impedir que un comando decidido irrumpiera en la plaza de L´Étoile. Cuando De Gaulle llegará a la plaza de la Concordia, un disparo de fusil será el anuncio de una terrible descarga de fusilería. Alrededor de De Gaulle, en los Campos Elíseos. De derecha a izquierda: Laniel, J. P. Lévy, Le Troquer, Pleven, Bidault, Parodi y Juin.

La marcha triunfal en medio del mar humano



Nunca en toda su historia, la plaza de la Concordia había visto tal multitud reunida. Después de haber bajado a pie por los Campos Elíseos, De Gaulle ha subido al coche. Se dirige a Notre-Dame, por la calle de Rivoli y la plaza del Hôtel de Ville. Cuando pasa, emocionado y tranquilo, se desata una tempestad de voces, que gritan una y otra vez su nombre. La muchedumbre, que no cabe en las aceras, trepa a los árboles, sube a las farolas, se encarama a las ventanas… De las fachadas penden verdaderos racimos humanos. Los balcones rebosan. Los tejados están llenos. Es la apoteosis. (Foto Jarnouse)

11

Era una de esas noches sin luna que tanto gustan a los conspiradores. Las tiendas, dispersas bajo una pomarada, resultaban casi invisibles. Tardarían aún una hora en aparecer las primeras luces del alba. Al lado de la estrecha carretera que llevaba al pequeño pueblo de Ecouché, un coche de mando, con todas las luces apagadas, esperaba con el motor en marcha. La alta figura de un oficial que acababa de deslizarse silenciosamente por encima de la hierba mojada, subió al coche y se sentó al lado del chófer. Dentro de la cartera de piel de katambouru (un antílope del Chad) que llevaba aquel oficial, había un mapa a escala 1:100.000, en el que figuraba el número 10 G. En el centro de aquel mapa, se veía una gran mancha negra e irregular. Correspondía a la ciudad de París.

En el momento de arrancar el coche, salió de las sombras un hombre que llevaba un bastón.

—¡Que tenga suerte! —cuchicheó al pasajero del coche.

El hombre del bastón era el general Leclerc, el comandante de la 2ª DB. Con la salida del coche de mando, empezaba una operación que él había ordenado, desatendiendo las órdenes de sus superiores, una operación que, al día siguiente, sembraría el pánico en los cuarteles generales aliados.

Para el teniente coronel Jacques de Guillebon, de treinta y cuatro años de edad, a quien Leclerc acababa de dirigir aquel breve adiós, la ruta de Ecouché conducía a aquella mancha negra del centro del mapa. De los seiscientos mil soldados que componían el Ejército de la liberación, era el primero en marchar sobre la capital de Francia. A la cabeza de diecisiete carros ligeros, una decena de autoametralladoras y dos secciones de infantería, Jacques de Guillebon tenía por misión «representar al Ejército francés en la capital liberada» y encargarse de las «funciones de gobernador militar de París».

En el mismo momento, desde todos los campamentos diseminados por el campo normando, los restantes componentes de aquella expedición secreta se deslizaban silenciosamente en el interior de los coches y se ponían en marcha hacia el punto de reunión. Para evitar que su ausencia fuera advertida, habían sido entresacados de todas las unidades. En sus pañoles, cantinas y depósitos, había suficientes municiones, víveres y carburante para ir hasta Estrasburgo. Antes de la salida, cada oficial había recibido una hoja de papel amarillo, sobre la cual Guillebon había escrito de su puño y letra la palabra «Confidencial» y la consigna principal que debían observar los hombres durante los doscientos kilómetros de viaje que les esperaban. Esta consigna podía condensarse en una sola frase: «Evitad a los

estadounidenses a toda costa».

Philippe Leclerc, solitario y pensativo sobre los escalones de su *roulotte*, escuchaba el ruido del coche de mando de Guillebon extinguirse en la noche y pensaba en la decisión audaz que acababa de tomar. Sabía que era un acto característico de insubordinación con respecto al mando aliado de que dependía. Pero Leclerc tenía que cumplir un juramento, el que había hecho tres años antes, después de la toma de Koufra, en las arenas del desierto de Libia. Allí, a tres mil kilómetros de la capital de Francia, había jurado que un día liberaría París.

Los ejércitos aliados se hallaban ya próximos a la capital francesa, mientras que él y su división, la única unidad francesa que se encontraba en Normandía, piafaban de impaciencia. Leclerc temía que los aliados, a pesar de su promesa, entrasen en París sin él. Seis días antes, había escrito al general Patton para decirle que pediría ser relevado de su mando en el caso de que el honor de liberar a París fuese denegado a su división. Y ahora, para evitar que aquel honor se le escapara, mandaba a Guillebon a París.

Tres días antes de que Charles de Gaulle amenazara a Eisenhower con retirar la 2ª DB del mando aliado, para hacerla marchar sobre París, el propio Leclerc ya había tomado sus medidas para ponerla por entero en movimiento. Y contrariamente a lo que Eisenhower parecía creer, al contestar a la amenaza de De Gaulle con una sonrisa, aquella división podía llegar a París sin tener que recurrir a los depósitos estadounidenses de avituallamiento. Hacía cuatro días que, por orden de Leclerc, los chóferes de los camiones de intendencia cargaban cuatro toneladas en los depósitos, en lugar de las dos y media normalmente previstas. En los Regimientos de Carros, los jefes del cuerpo habían recibido la consigna discreta de no declarar las pérdidas sufridas, a fin de seguir recibiendo de los estadounidenses el cupo de carburante y municiones de los carros destruidos. Por las noches, pequeños comandos franceses, engañando o amordazando a los centinelas, habían llegado a introducirse en los depósitos para completar su equipo y material. De esta forma, en muchos Regimientos, las dotaciones reglamentarias en armamento y municiones habían sido doblados. La 2ª DB, con sus cuatro mil quinientos vehículos y sus dieciséis mil hombres, estaba preparada para lanzarse en cualquier momento tras las huellas de Guillebon. Mas, a pesar de sus gestiones apremiantes cerca de sus superiores estadounidenses, Leclerc no había recibido más orden que la de «esperar donde estaban y tener paciencia».

Leclerc, no obstante, se sentía satisfecho aquella noche. El destacamento simbólico, mandado por uno de los fieles de la primera hora, vería levantarse la aurora sobre aquella ruta de París que pronto emprendería también él. La única preocupación que le embargaba era pensar en que sus superiores se enterasen de la fuga de Guillebon cuando aún estuviesen a tiempo de detenerla.

Antes de acostarse, Leclerc tomó una última precaución. Hizo despertar al capitán Alain de Boissieu, que mandaba su escuadrón de protección. Señalando con el bastón hacia una tienda levantada bajo un manzano, ordenó a Boissieu que, tan pronto como despertaran, secuestrara elegantemente a los dos oficiales que dormían en ella.

—Lléveselos a hacer un poco de turismo por la región —le sugirió. Leclerc tenía gran interés en que aquellos dos oficiales no se dieran cuenta de la partida del destacamento de Guillebon. De los dieciséis mil hombres de la división, el teniente Rifkind y el capitán Hoye eran los únicos que podían sentir la tentación de comunicar a los jefes del 5º Cuerpo la desaparición de la unidad francesa: Se trataba de los oficiales estadounidenses de enlace en la 2ª DB.

En la habitación 213 del palacio dormido, no se percibía más sonido que el débil rasgueo de la pluma estilográfica del general Von Choltitz al correr sobre el papel. En el exterior, el silencio reinaba en las calles de París. Sobre la mancha negra del mapa 10 G apuntaría la aurora dentro de una hora.

A un lado de la mesa Luis XV sobre la que estaba escribiendo el general, se veía el regalo más precioso que podía procurarse aquel verano la despensa de un general de la Wehrmacht: un paquete de café. El ordenanza de Choltitz, el cabo Helmut Mayer, había requisado aquel precioso artículo la noche anterior en la cocina del hotel Meurice.

Envuelto en una bata de seda gris, sin afeitar, Choltitz terminaba la carta que acompañaría aquel regalo para su esposa, en Baden-Baden.

«Nuestra tarea es dura —escribía— y los días son difíciles. Me esfuerzo en cumplir siempre con mi deber y ruego a menudo a Dios que me ilumine». Luego preguntaba a su esposa si su hijo de cuatro meses había echado ya algún diente y le encargaba que abrazara de su parte a sus dos hijas, María Angelika y Anna Barbara. «Deberán estar orgullosos de su padre, suceda lo que suceda», terminaba. El general había acabado ya la carta, cuando llamaron a la puerta.

En el dintel apareció el mensajero que iba a llevar aquella carta a Baden-Baden. Era el único hombre en quien Dietrich von Choltitz tenía una confianza absoluta. Adolf von Carlowitz era su primo, su consejero y su confidente. Choltitz le había pedido que dejara por algún tiempo la fábrica de aviones «Hermann Goering», de la que era director, y que se reuniera con él en París. Pero ahora la propia villa se había convertido en el corazón de la batalla. Aprovechando la oscuridad de aquella última hora de la noche, Adolf von Carlowitz regresaba a Alemania.

Los dos hombres se abrazaron.

—*Mach gut, Dietz* —susurró Carlowitz con afecto. Luego cogió el paquete y la carta. En tanto contemplaba su baja figura, que se alejaba por el pasillo, Choltitz se preguntó si volvería a verle y también si volvería a ver a la mujer a quien iba dirigida

la carta. Al apagarse el eco de sus pasos por el pasillo, un pensamiento acudió a la mente del general. En aquel gran París, ya no era entonces más que un hombre solitario.

Al otro extremo de París, unos hombres se deslizaban furtivamente en las primeras luces del alba, con iguales gestos de conspiración que los soldados de Guillebon.

Un viejo Renault dio la vuelta al «Lion de Belfort» y se detuvo ante la Dirección de Aguas y Alcantarillas situada en el número 9 de la calle de Schoelcher. Entre las sombras que se deslizaban silenciosamente por la puerta vidriera, se hallaba el enemigo más intratable de Choltitz, el hombre que mandaba los insurgentes. A la luz de una lámpara, el coronel Rol, como si fuera un personaje de Eugenio Sue, bajó los ciento treinta y ocho escalones de su nuevo cuartel general. Tras el último escalón, abrió una pesada puerta blindada, que dejó escapar un chirrido metálico. Allí, a veintiséis metros bajo las calles de París, cerca de los esqueletos y cráneos de cuarenta generaciones de parisienses, estaba la fortaleza secreta desde la cual iba a dirigir la batalla. Por medio de sus puertas, impermeables al gas, Duroc —tal era el nombre en clave de aquella fortaleza— comunicaba con una ciudad bajo la otra ciudad: los quinientos kilómetros de laberinto que tejen bajo las casas de París las canteras, las catacumbas, las alcantarillas y el Metro.

Al franquear el umbral del Duroc, el jefe de la insurrección recibió una sorpresa de la que se acordaría aún al cabo de veinte años. Sobre el aparato especial de ventilación, vio una placa que llevaba el nombre de su constructor. Era un nombre bien conocido para él. Ocho años antes de partir para España, cuando era un simple obrero en la casa Nessi Frères, él mismo había montado aquel aparato que ahora proporcionaba el precioso oxígeno que respiraría durante las horas más gloriosas de su vida.

Bien pronto, el estridente sonido del teléfono iba a proporcionar una sorpresa más en aquella sala abovedada, que bulliría de actividad. Por aquel teléfono secreto, independiente de la red de PTT y de los escuchas alemanes, Rol podría comunicar con los doscientos cincuenta puestos de servicio de las aguas y alcantarillas de París y dirigir la rebelión. Desde el alba, las llamadas se habían sucedido sin interrupción: «Diga, Batignolles. ¿Resiste…? Diga, prefectura…» Sin embargo, en aquel momento, al otro extremo del hilo, resonó una voz gutural que hizo dar un salto a Rol y a sus hombres: «*Alles gut*?» preguntó la voz: «*Ia, Ia, alles gut*», contestó el FFI que hacía las veces de telefonista. A dos kilómetros de allí, en su habitación número 347 del hotel Crillon, el *Oberleutnant* Otto Dummler, de la *Platzkommandantur*, el único alemán que conocía la existencia de aquel refugio, colgó el auricular.

Dummler conocía las alcantarillas de París tan bien como las calles de su Stuttgart

natal. Hacía dos años que todas las mañanas, con la regularidad de un autómata, telefoneaba al guarda de Duroc para plantearle la misma pregunta. Cada mañana de la presente semana, continuaría llamando a la misma hora y recibiría del cuartel general de la insurrección la misma respuesta tranquilizadora: *Alles gut*[94].

Un mensajero bajó de cuatro en cuatro los ciento treinta y ocho escalones de Duroc, franqueó la puerta blindada y echó sobre la mesa un paquete mal atado. Eran los primeros periódicos de una nueva época, según indicaban sus nombres: *Le Parisién Liberé*, *Liberation*, *Défense de la France*… Rol abrió nerviosamente las hojas aún húmedas de tinta. En la primera página de cada periódico, había una llamada tan antigua como los mismos adoquines de París. Aquella llamada era lanzada por el propio Rol, para dar nuevo brío a la rebelión y hablar directamente al pueblo de la capital. En enormes mayúsculas, los primeros periódicos de aquel lunes, 21 de agosto, gritaban: «¡A las barricadas!»

12

Desde las orillas del Sena, en Saint-Cloud, hasta los grises arrabales de Pantin y Saint-Denis, desde las pendientes del Montmartre hasta las calles estrechas del Barrio Latino y de Montparnasse, las barricadas del coronel Rol surgieron en la calle como los champiñones en el bosque después de una lluvia de otoño. Aquella misma noche, se levantarían ya varias decenas de ellas. Cuando los aliados llegaron, habría más de cuatrocientas, todas distintas de forma y tamaño, de acuerdo con los materiales empleados y el arte de sus constructores.

En la esquina de la calle Saint-Jacques, el párroco, un antiguo arquitecto, con la pipa en la boca y la sotana arremangada, dirigía en persona la que levantaban sus feligreses. La adornó con grandes retratos de Hitler, Mussolini y Goering. En la calle de la Huchêtte, cerca del Sena, frente a la prefectura de policía situada, fue una mujer, Colette Briant, quien dirigió los trabajos. Un gran casco de la Wehrmacht le tapaba media cara.

Todo lo que podía ser arrancado y transportado servía para construir aquellas barricadas. Las mujeres y niños se pasaban los adoquines de mano en mano, a medida que iban siendo arrancados por los hombres. Los sacos de arena de la defensa pasiva, las placas de las alcantarillas, árboles, camiones alemanes quemados, un piano de cola, colchones, muebles e incluso un viejo cartel de anuncio de la lotería nacional, sobre el cual podía aún leerse: *Probad vuestra suerte. Se sortea esta noche*; todo era susceptible de convertirse en un obstáculo peligroso en medio de la calle. En la esquina de la calle Dauphine y del puente Neuf, un urinario de madera sirvió de armazón para la obra. Un anticuario de la calle de Buci vació su almacén de muebles viejos para dar mayor solidez a la que se levantaba ante su puerta.

Pero la barricada más impresionante, quizás, era la que se debía a un grupo de estudiantes de la Escuela de Arquitectura. Se levantaba en la esquina de los bulevares de Saint-Germain y Saint-Michel, en el corazón del Barrio Latino; tenía un grueso de dos metros, construida toda ella con adoquines, y cerraba un importante paso de la ciudad, que pronto tomaría el nombre de Callejón de la Muerte.

Delante de la Comedia Francesa, ante el Café del Universo, los actores de la casa de Molière habían levantado también su barricada. Pese a que habían amontonado sobre ella todo cuanto encontraron en los almacenes del teatro, presentaba un aspecto tan irrisorio que, para impresionar a los blindados alemanes, decidieron emplear armas psicológicas. Rodearon la construcción con una hilera de bidones, en los que pintaron con letras grandes: «Achtung Minen»[95]. Ningún carro alemán se atrevió a avanzar sobre aquella fortaleza ficticia durante toda la semana.

La rapidez con que surgieron las barricadas dejó a los alemanes estupefactos. Aquella noche, el *Feldwebel* Hans Schmidtlapp escribiría a sus padres, granjeros en Baviera, que las calles de París parecían campos después de las labores de primavera. Para el soldado de primera clase, Willy Krause, de la 1ª Waffenamt Kompanie O.K.W., fueron causa de su primer castigo. Krause, que era artillero de un carro Hotchkiss, fue inmediatamente transferido a la infantería por no haber logrado destruir una barricada de Buttes-Chaumont.

Aquella erupción de barricadas causó una gran satisfacción al coronel Rol. Pero no resolvía el angustioso problema que le preocupaba: la falta de armas. Pidió entonces a Lorrain Cruse, el adjunto de Chaban-Delmas, ante quien había exclamado la víspera que «París bien valía doscientos mil muertos», que le proporcionara los medios para que la mayor parte de aquellos muertos fueran los alemanes. Sin noticias de Roger Gallois y su misión, Rol pidió que se hiciera un envío masivo de armas sobre París, median te paracaídas. Entregó a Cruse una lista de las necesidades que estimaba de primera urgencia: además de las armas y municiones, pedía diez mil granadas Gammon[96], cinco toneladas de plástico y miles de metros de cordón «Bickford» No obstante, Rol no se hacía ilusión alguna sobre el resultado de aquellas demandas. Sabía que era Chaban-Delmas quien controlaba el intercambio de mensajes con Londres y que el suyo probablemente no llegaría allí jamás.

El joven colgó el teléfono con violencia. Yvon Morandat buscaba treinta FFI fieles a De Gaulle para una misión peligrosa. Pero no lograba encontrar ni uno solo en todo aquel París en armas. Alexandre Parodi le había encargado el primer papel de la operación llamada «Toma de Poder». Tendría que desempeñar este papel solo o casi solo. La única persona disponible aquel día para ayudar a Morandat a apoderarse del hotel Matignon, residencia de los presidentes del Consejo, era Claire, su rubia secretaría.

Aquel modesto apartamento de la calle de Saint-Augustin, en el que Claire y Morandat esperaban, era el lugar en que Alexandre Parodi había decidido lanzar la operación «Toma de Poder». Cuidadosamente preparada desde meses atrás, aprobada por Londres, aquella maniobra espectacular era, de acuerdo con el espíritu de los mismos autores, un «gran farol, destinado a contrarrestar las maniobras comunistas». Parodi había comprendido que el inesperado gesto de Choltitz, el día anterior, al devolverle la libertad, le había salvado la vida, pero había comprometido enormemente su autoridad a los ojos de sus adversarios políticos. Parodi, sospechoso de haber «llegado a un arreglo con el enemigo», había perdido toda esperanza de salvar la tregua. Ya que la insurrección había comenzado de nuevo y nada parecía ya poder detenerla, importaba pensar en el porvenir. Mediante una maniobra audaz, los

gaullistas iban a tomar ventaja sobre los comunistas, en la misma meta de llegada, instaurando oficialmente el Gobierno de Charles de Gaulle en el París insurrecto. Hacía ya tiempo que, en secreto, se había designado a los hombres que iban a sentarse en los sillones ministeriales, en espera de que llegasen de Argel o de la Francia liberada, los titulares del Gobierno provisional de De Gaulle. La operación «Toma de Poder» consistía precisamente en instalar a aquellos hombres en sus respectivos puestos y asegurar su protección hasta la liberación definitiva. Después de un primer consejo oficial de aquel Gabinete fantasma, que tendría lugar en el hotel Matignon, Parodi informaría oficialmente que existía en París un Gobierno de la República Francesa. De esta manera, para instalarse ellos en el poder, los comunistas tendrían que liquidar antes a los hombres de Parodi y negar oficialmente la autoridad de Charles de Gaulle. Mas, en ese caso, los comandos de Rol encontrarían ante ellos a varios miles de hombres convertidos en una verdadera guardia pretoriana. Hacía varios días que los gaullistas hacían entrar secretamente en París armas que procedían de los escondites secretos del bosque de Nemours, donde los hombres de Delouvrier esperaban el mensaje cifrado: «¿Tú has desayunado bien, Jacquot?» Aquellas armas se distribuían entre los elementos de la policía, de la Gendarmería y de la Guardia móvil, que formaban la «fuerza gubernamental». Aquella fuerza debía ocupar los puestos clave de la capital, hasta la llegada del general De Gaulle. Ya se había advertido a sus jefes de que, probablemente, tendrían que defender los edificios que ocupaban con la fuerza. Y se les había avisado, además, de que los asaltantes no llevarían necesariamente el uniforme *feldgrau*.

El joven sindicalista a quien Parodi había designado para jugar la primera carta de aquella audaz empresa política, levantó cuidadosamente la cortina de la ventana del apartamento de la calle Saint-Augustin. Observó la calzada con desconfianza. Estaba llena de alemanes. La casa estaba cercada.

Morandat se sobresaltó.

—Estamos perdidos —murmuró.

Iba a caer en manos de la Gestapo cuando faltaban tan pocos días para la liberación. No obstante, Morandat se equivocaba. Los soldados con casco que había visto por la ventana no habían sido mandados para detenerlo. Bajo el mando del *Hauptmann* Otto Nietzki, de la Wehrmachtstreisse, habían acudido a restablecer el orden en un burdel cercano.

Aliviado, Morandat bajó a la calle. Llevando a Claire sobre el portaequipajes, salió en bicicleta para apoderarse del hotel Matignon la residencia del presidente del Consejo. A su juicio, el hotel sólo podía estar en la avenida Matignon. Sin embargo, en la avenida Matignon, Morandat y Claire no encontraron más que un solo hotel, empavesado de cruces gamadas y guardado por centinelas alemanes. Morandat siguió pedaleando hasta que, por fin, en una calle solitaria, encontró un transeúnte. Era un

señor de cierta edad, tocado con un sombrero negro, que había sacado su perro a pasear. El joven gaullista encargado de tomar posesión de la residencia del presidente del Consejo tuvo que hacer una sorprendente pregunta al paseante solitario:

—Perdone, señor, ¿dónde está el hotel Matignon?

13

El ferroviario Heinrich Hauser, de treinta y nueve años, que formaba parte de la Eisenbahn Bezirk Direktion Nord (La Dirección Regional de los Caminos de Hierro del Norte), no tenía necesidad alguna de preguntar a nadie su camino aquella mañana. Tanto él como sus cuarenta y ocho camaradas sabían perfectamente a dónde querían ir: querían regresar a sus casas en Alemania. Desde que había sido destinado a París, ocho meses antes, para tomar a su cargo el puesto de agujas de la estación de Batignolles, la vida de Hauser había transcurrido entre la estación y la Soldatenheim de la plaza Clichy, donde vivía. La víspera por la noche, en el gran salón del restaurante, Hauser y sus camaradas habían celebrado con una fiesta su última noche en París. Habían acompañado el *goulash* con espagueti de la cena con tantas botellas de champaña que se habían emborrachado. Hauser había caído pronto en una triste melancolía. Con la copa de champaña en la mano y los ojos arrasados de lágrimas, se había puesto a cantar: «Al borde del Rin, del bello Rin…» Todos los ocupantes del salón habían coreado la canción, que acompañaban los violines de la orquestina femenina. Hauser y sus camaradas habían pasado la noche entera en su habitación, vaciando todas las botellas de vino y coñac que habían podido comprar con sus últimos marcos de ocupantes.

Por la mañana, con la cabeza atontada por el alcohol que había trasegado, llevando el Mauser en la mano y dos granadas en el cinto, Hauser esperaba el camión que su jefe, el *Oberinspekteur* de la Reichbahn Wacker, les había prometido mandar para evacuar a los ferroviarios de Batignolles. Desde el alba, los hombres de una sección de la 813ª *Pionierkompanie*, se afanaban en minar la estación, cuyas instalaciones estaban comprendidas en el plan Ebernach. Hauser sabía que, dentro de pocas horas, todo saltaría. Tanto él como sus compañeros corrían el peligro de quedar atrapados en aquella trampa que formarían los escombros de la estación de mercancías y ser exterminados por los «terroristas» que ya ocupaban el barrio.

En vista de que el camión fallaba, Hauser decidió acudir al único medio que se hallaba a su alcance. En efecto, durante toda la guerra, sus actividades se habían reducido a una que no se premia nunca con la Cruz de Hierro: había hecho circular los trenes. En una de las vías de la gran estación solitaria en la que se hallaban encerrados Hauser y sus camaradas había una vieja locomotora, con un solo vagón de mercancías. Hauser huiría de aquella trampa y se dirigiría hacia el Este sobre aquel tiro de ocasión. Nadie podría detenerle. Conocía la red ferroviaria de París mejor que las calles de su Stuttgart natal.

Hauser subió al puesto de agujas y ejecutó una maniobra que podía llevar a cabo

con los ojos cerrados: abrió el paso a la vía que, por Le Bourget, conducía directamente hacia Estrasburgo y Alemania. Él y sus camaradas se instalaron en el vagón, como si fueran pacíficos obreros de regreso a sus casas después de la jornada de trabajo. La locomotora partió, envuelta en una nube de vapor blanco y, pronto, la Villa y sus peligros desaparecieron en el horizonte. Los fugitivos no habrían de preocuparse ya más que de un posible peligro, antes de que llegasen a Alemania: los aviones aliados. Durante largo rato, Hauser contempló por las ventanillas traseras del vagón las cúpulas del Sacre Coeur de Montmartre, que brillaban bajo el sol del mediodía. Luego cayó en una dulce somnolencia.

Cuando al cabo de un rato despertó, vio extrañado que el sol había cambiado de sitio. Se le veía ahora brillar delante del convoy. Se frotó los ojos y se dijo que la víspera había bebido demasiado. Luego, levantándose de un salto, empezó a sacudir a sus camaradas, mientras aullaba:

—¡Por el diablo! ¡Aquellos puercos han andado en las agujas! ¡Nos llevan de nuevo a París!

Yvon Morandat había encontrado por fin el hotel Matignon. Estaba en el número 57 de la calle Varenne, sobre la otra orilla del Sena, y no en la avenida Matignon. Después de dejar la bicicleta apoyada en la pared, Yvon y Claire se acercaron al gran portal verde que, cuatro días antes, se había cerrado tras el Hotchkiss negro de Pierre La val. Morandat llamó autoritariamente. Se abrió la mirilla y apareció una cara tras ella. Morandat dijo que quería ver al comandante de la guardia. La puerta de roble se abrió, rechinando sus goznes.

Los dos jóvenes se estremecieron ante la vista que se ofreció a sus ojos. En el patio interior, de suelo arenado, con las armas agrupadas en pabellón y granadas en el cinto de su uniforme negro, estaban los doscientos cincuenta hombres de la guardia personal de Laval. Morandat asió el brazo de Claire y se retiró prudentemente a un rincón. Claire sacó de su bolso un pequeño trozo de tela arrugado.

—Toma, Yvon —dijo—.

Ponte esto. Era un brazalete tricolor. Sacó uno más y se lo colocó ella. Mientras observaba al comandante de la guardia, que cruzaba el patio para aproximarse a ellos, Morandat se preguntaba qué iba a hacer. Parodi le había dicho: «Caso de que encontréis oposición, no insistáis». «En caso de oposición —pensaba él en aquel momento—, saldré en un ataúd».

—Soy el comandante —anunció en tono seco el pequeño y rechoncho oficial, que se había detenido ante los dos paisanos—. ¿Qué quieren ustedes?

Con énfasis y autoridad, en una voz imperiosa que nunca hubiera imaginado antes saber usar, Morandat dijo solemnemente:

—En nombre del Gobierno provisional de la República Francesa, vengo a tomar

posesión de este local.

El pequeño oficial, que durante cuatro años había servido fielmente al Gobierno de Vichy saludó militarmente.

—A sus órdenes —dijo—. Siempre he sido un buen republicano.

Gritó una orden y los hombres del patio se pusieron en posición de firmes. Claire, con su vestido de verano multicolor, y Morandat, en mangas de camisa, pasaron dignamente revista a aquellos feroces guerreros y subieron luego por las escaleras de la solemne residencia.

Al final de las escaleras, recibió a la joven pareja el jefe de los ujieres de la Presidencia del Consejo, vestido de frac y corbata blanca y llevando colgada del cuello por una cadena una gruesa medalla de plata. Muy digno, se inclinó como si estuviera ante un jefe de Estado extranjero. Y con un gesto ceremonioso de su mano enguantada de blanco, les invitó a visitar el edificio. En primer lugar, les condujo al despacho de Laval, donde los cajones seguían abiertos tal como habían quedado el día de su partida. Luego les hizo subir a las habitaciones particulares. Les mostró la espaciosa sala de baño, en la que cuatro días antes se había bañado Laval por última vez. Y con voz llena de deferencia, el ujier preguntó a Morandat si, para su uso personal, le convendría la cámara verde, adjunta a la sala de baño.

Morandat le preguntó qué era la cámara verde. El ujier, imperturbable, contestó al hijo del tipógrafo:

—Es el dormitorio del presidente del Consejo.

Cuerpo a tierra tras la balaustrada de la calle de Crimeé, el artesano Germain Berton consultaba su reloj. Dentro de siete minutos, la vieja locomotora de Batignolles saldría del túnel de Buttes-Chaumont y podría divisarla por el punto de mira de su fusil. Hacía quince minutos que el teléfono había sonado en un aula de la escuela maternal de la calle Tandou, convertida en puesto de mando de las FFI. El jefe de la estación de Charonne avisaba a Berton de que un tren de mercancías alemán, que se dirigía a Ivry, pasaría por el túnel de Buttes-Chaumont. Berton y tres de sus hombres habían corrido para atacar aquella presa inesperada.

Hacía ya una hora que cada vuelta de rueda alejaba más y más a Heinrich Hauser y a sus camaradas del destino que ellos mismos se habían asignado. En lugar de correr hacia las riberas del «bello Rin», habían sido cogidos en el inextricable laberinto de la red del cinturón de París, controlada por la Resistencia, y se dirigían a Ivry. Pronto habría cruzado todo París de Norte a Sur y, si el tren no se detenía, irían a parar contra las líneas estadounidenses. Hauser pensaba que, para tratarse de especialistas en circulación ferroviaria, aquélla era una manera muy poco gloriosa de terminar la guerra.

De repente se encontraron envueltos en tinieblas. El tren acababa de entrar en el

túnel de Buttes-Chaumont. Al otro extremo del mismo, Germain Berton se echó el fusil al hombro. La locomotora salió del túnel como un toro por el toril y Berton y sus hombres abrieron fuego. El maquinista hizo marcha atrás a toda prisa y volvió a entrar en el túnel. Hauser y sus camaradas saltaron a tierra. En la vía paralela había otro tren detenido. Hauser encendió una cerilla y se acercó a uno de los vagones. A la luz de su llama divisó un letrero blanco sobre el costado del vagón. Su lectura le hizo apagar inmediatamente la cerilla de un soplo. En el letrero había una calavera, encima de la cual estaba escrita una sola palabra «Achtung». Comprendió que estaba cogido en aquel túnel, como en una trampa, al lado de un tren de municiones.

Había terminado el último viaje que durante muchos años, organizaría el ferroviario de la «Reichbahn» Heinrich Hauser. Abatido, levantó las manos por encima de su cabeza' dolorida y se decidió a echar andar hacia la salida del túnel, donde le esperaban Germain Berton y sus hombres.

El viaje de Roger Gallois tocaba también a su fin. Tras un montón de paja, un soldado alemán observaba al francés, agotado, que avanzaba por el campo de trigo en sazón. Era el último alemán que quedaba entre Gallois y un pequeño grupo de estadounidenses que se hallaban a unos cuatrocientos metros de allí. Hacía horas que el jefe de las FFI estaba tratando de llegar al pueblo de Pussay, en las cercanías de Rambouillet.

Al notar que se le acababan las fuerzas, Gallois se jugó el todo por el todo. También él había visto al soldado alemán, pero pensó que aquel centinela solitario no querría descubrir su situación al disparar contra él. Con la garganta seca, latiéndole el corazón y sudando de miedo, Gallois siguió avanzando en silencio.

¡Lo había conseguido! Las líneas alemanas estaban ahora tras él. Lleno de alegría echó a correr hacia los estadounidenses. El primero que encontró estaba acurrucado en un foso, ocupado en comer el contenido de una lata de conserva. Gallois se precipitó hacia él.

—¡Llego de París con un mensaje para el general Eisenhower! —gritó.

Al oír estas palabras, el GI[97] llenó cuidadosamente la cuchara con judías y levantó la cabeza:

—¿Sí? —dijo—. ¿Y qué?

14

Un comandante de la Luftwaffe, ceñido en su brillante uniforme azul-gris, estaba junto con el general Von Choltitz ante el mapa mural del Gross Paris. Cuatro años antes, en un día de agosto como aquél, los aviones de la 3ª Flota Aérea alemana, que aquel comandante representaba, habían oscurecido el cielo de Francia con sus alas amenazadoras. Ola tras ola, habían cruzado el canal de la Mancha, camino de Londres y de las ciudades inglesas. Era en agosto de 1940. Ahora, todo lo que quedaba de aquella armada, unos ciento cincuenta bombarderos aproximadamente, estaban a menos de diez kilómetros del hotel Meurice, en sus alvéolos de sacos de arena del aeródromo de Le Bourget. Para poder escapar de la destrucción, pronto tendrían que levantar el vuelo hacia otras bases, situadas más al Este. Pero, antes de este último repliegue, el nuevo comandante de la 3ª Flota Aérea había encargado a uno de sus oficiales que propusiera a Choltitz coronar con un último laurel el blasón de aquella unidad, que llevaba ya escritos los nombres de Rotterdam, Londres y Coventry.

Este nuevo comandante, el *Generaloberst* Otto Dessloch, había reemplazado desde el 18 de agosto al grueso e incapaz *Feldmarschall* Hugo Sperrle en el mando de la 3ª Flota Aérea. Y una de sus primeras decisiones había sido ofrecer el concurso de la Luftwaffe al general Von Choltitz «para reprimir los motines de París». A este fin había elaborado un plan muy simple. Aquel plan podría llevarse a cabo de noche, sobre un objetivo mucho más extenso que la prefectura de París. No habría defensa antiaérea ni caza enemigo para estorbar la ejecución. Era un medio seguro, radical y despiadado de acabar con los levantamientos que se producían en el territorio que dependía del Gross Paris: el mando proponía arrasar de una sola vez todo el barrio nordeste de la ciudad, con oleadas sucesivas de bombarderos.

Con su dedo corto y grueso, el oficial trazó un círculo alrededor de la zona de París que sugería fuese destruida. Se extendía desde la colina de Montmartre hasta los barrios de Pantin y de Buttes-Chaumont, en los almacenes de la Villette. El comandante había dado preferencia a aquella zona sobre cualquier otra por el único hecho de estar situada a ocho kilómetros de Le Bourget. Esta proximidad a Le Bourget, explicó, permitiría a cada aparato hacer, por lo menos, diez incursiones durante la noche, vaciando así los depósitos de las bombas que la Luftwaffe no podría trasladar. Aseguró que, de aquella forma, aproximadamente una cuarta parte de la capital, donde vivían aún ochocientas mil personas, podría ser destruida en un tiempo récord.

—Al levantarse el alba —dijo— no quedarán vivos en la zona nordeste de París

ni siquiera un perro o un gato. «Será un “pequeño Hamburgo”».

Choltitz no olvidaría jamás la comparación. Porque el hombre a quien recibía aquel día era precisamente originario del gran puerto hanseático. Y su mujer y sus dos hijos habían muerto allí, en la «noche de fuego» del 27 de julio de 1943.

Para poder ejecutar este plan, lo único que el comandante de la Luftwaffe pedía al general era que evacuase a los soldados de la zona de bombardeo y que abalizase ésta, bien distintamente, con cohetes luminosos, cortando el agua, gas y electricidad. Si lo creía necesario, añadió, podría advertirse a la población civil pocos momentos antes del ataque.

Aquella mañana Choltitz había estado meditando precisamente en «algún medio de obligar a los parisienses a someterse». Su gesto del día anterior, al soltar a Alexandre Parodi y a sus dos adjuntos, no había tenido el efecto que esperaba. En lugar de detener la insurrección, parecía que, al contrario, la había extendido. Se alzaban barricadas en toda la capital. La larga lista de los soldados alemanes muertos que estaba sobre la mesa de su despacho demostraba al general de forma clara y dolorosa la violencia de la insurrección. La víspera, cuando creía haber llegado a una tregua con los insurrectos, había perdido setenta y cinco hombres más que el día anterior, en el que la insurrección había estallado.

A Dietrich von Choltitz no le cabía duda alguna de que su primer deber era proteger a sus hombres. El plan que sugería el comandante de la Luftwaffe era, en efecto, «brutal y salvaje». Pero tenía la virtud de demostrar a los parisienses que era capaz de «pegar y defenderse». Y esto era algo que estaba obligado a hacer en beneficio de sus hombres. Choltitz terminó la entrevista asegurando a su visitante que encargaría a su Estado Mayor que estudiara el plan de ataque propuesto.

Sobre la gran mesa Luis XVI, atestada de telegramas, había una hoja de papel en blanco. En su parte superior izquierda, el jefe del Gobierno provisional de la República Francesa había hecho imprimir solamente cuatro palabras que servían de membrete. En la mente de la figura alta y digna que se sentaba tras aquella mesa, las cuatro palabras «El general De Gaulle» personificaban la soberanía francesa. En aquel momento, solo en el despacho de la prefectura de Rennes, Charles de Gaulle llenaba la hoja en blanco. Con su letra fina y altiva dirigía un último llamamiento al general Eisenhower.

Durante toda la noche anterior, Pleyel Violet, Montparnasse Noir y Apollo Noir, las tres emisoras telegráficas clandestinas de Parodi y Chaban-Delmas, habían emitido llamamientos urgentes, desde París, pidiendo «la entrada inmediata de los aliados». En uno de estos telegramas, De Gaulle había leído:

Insurrección estallada sábado y frenada durante dos días por tregua muy favorable a Resistencia no

podrá ser detenida más allá de esta noche. Mañana se entablará batalla en todo París con trágica desproporción fuerzas.

A los ojos de De Gaulle, la situación que describían aquellos telegramas parecía tan grave, que ninguna consideración podía ya retrasar la entrada de los aliados, ni la suya, en la capital. A cada hora que pasaba aumentaban las posibilidades de sus adversarios políticos en una ciudad en la que la reanudación de la revuelta haría reinar pronto el caos y la anarquía. Cuando él llegase allí, sería ya quizá demasiado tarde. Charles de Gaulle juzgaba aquel peligro tan inminente que decidió, en nombre de Francia, correr un riesgo de consecuencias imprevisibles.

La ocupación de la capital por los aliados —escribió a Eisenhowe— debe llevarse a cabo, aunque, al hacerlo, se produzcan algunos combates y algunos desperfectos en el interior de la ciudad.

De Gaulle envió aquella llamada a Eisenhower por uno de los pocos hombres que tenían el raro privilegio de tutearlo. Se la entregó al vencedor de Montecassino, al general Alphonse Juin. Pidió a Juin que, de viva voz, precisara al comandante supremo que, en caso de una respuesta negativa, se vería obligado a retirar la 2ª DB del mando aliado y hacerla marchar sobre París bajo su propia responsabilidad.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras la figura maciza del general Juin, De Gaulle cogió otra hoja de papel y comenzó a garabatear un mensaje destinado a Leclerc. En aquel mensaje, De Gaulle le decía al impaciente comandante de la 2ª DB, algunos de cuyos hombres podían ya ver en aquel momento las torres de la catedral de Chartres, que estuviese preparado para ponerse en marcha. Le advertía formalmente que, por penoso que le resultara hacerlo, tendría que desobedecer las órdenes que recibiera de sus superiores estadounidenses y considerarse bajo el único mando del jefe del Gobierno francés, fuese el que fuese el riesgo que ello comportase. Si Eisenhower no lo mandaba a París, él, De Gaulle, le daría la orden.

Finalmente, y para el caso de que los aliados impidiesen a Leclerc por la fuerza marchar sobre París, le quedaba a De Gaulle un último medio de imponer su presencia en la capital. En la espesura de los bosques de Nemours, ansiosos e impacientes, los hombres del comando de Paul Delouvrier hacían guardia en su puesto de radio. En la pequeña pista de aterrizaje improvisada, todo estaba a punto. Aquellos maquis solo esperaban oír la frase clave «¿Tú has desayunado bien, Jacquot?»

Dietrich von Choltitz, con la cara congestionada y la respiración jadeante, oía resonar en el receptor la voz seca del *Feldmarschall* Model. Con aquella arrogancia característica de que hacía gala con sus subordinados, Model llenaba de reproches al comandante del Gross Paris. Le decía que no sólo se había mostrado incapaz de

mantener el orden en la ciudad, sino que incluso había rumores de que había entrado en negociaciones con los «terroristas». Choltitz quiso protestar, pero el mariscal le cortó la palabra con brutalidad para recordarle que no debía «sobrepasar sus atribuciones». Lo que esperaba de su subordinado era que restableciera el orden por «todos los medios necesarios» y que no buscara hacer «alta política». Choltitz aseguró a su jefe que cumpliría aquella orden, pero que aprovechaba la ocasión para advertirle de que, si los disturbios se extendían, podría darse el caso de no poder controlar la situación sin la ayuda de los refuerzos que le habían sido prometidos tantas veces. A estas palabras, se desbordó la cólera de Model.

—Apáñese con lo que tiene —tronó en el aparato.

No obstante, el irascible mariscal prometió mandar a París algunos elementos de la 48ª División de infantería, que llegaba de los Países Bajos.

La impaciencia e irritación de que hacia gala el comandante en jefe del OB Oeste mostraban en qué estado de nerviosismo se encontraba. Desde hacía cuarenta y ocho horas, ninguna de las órdenes que había dado, con la esperanza de poder establecer un nuevo frente, estaban en franco acuerdo con la expresa voluntad del Führer. ¿Por qué aquel hombre, conocido por su devoción incondicional al Führer, había decidido ejecutar su propio plan, en lugar del que le imponía el mando supremo de los Ejércitos alemanes? Era inexplicable[98]. La víspera, pocas horas antes de decidir, en presencia de Speidel, dar prioridad absoluta a la retirada de sus tropas tras el Sena, había recibido una nueva orden. Dicha orden prescribía, en los términos más categóricos posibles, que su primera misión consistía en defender la cabeza de puente de París. Llevaba la firma personal del amo del Tercer Reich: *Gez: Adolf Hitler*. Decía aquella orden que «Model debía sostener, al precio que fuese, la cabeza de puente de París, independientemente de la importancia de las destrucciones que pudiera sufrir la capital»[99]. Nadie mejor que Model sabía lo que quería decir «a toda costa» en la mente del hombre que había firmado aquel telegrama. Se sobreentendía que París debía ser defendido hasta el último hombre, como Stalingrado, Smolensko y Montecassino.

Aquella orden, la primera salida de Rastenburg después de la conferencia estratégica de la tarde, había llegado al OB Oeste a las 23,30. Las instrucciones de Model, en las que se ordenaba al 5º Ejército blindado prepararse para retirarse tras el Sena, ya habían sido enviadas cuando el mensaje de Hitler llegó a Margival. Aparentemente, el *Feldmarschall* juzgó que era demasiado tarde para anular el movimiento. Los Panzer que Hitler quería mandar a París ya estaban cruzando el Sena.

Walter Model se movía sobre un terreno difícil, cogido entre las exigencias del O.K.W. y sus propias concepciones estratégicas, continuamente revisadas por causa del avance aliado. Aquella tarde del lunes, su único consuelo era que el callejón sin

salida que había creado ante París parecía durar hasta el momento. Su buró de operaciones no señalaba en aquel sector sino «ligeros reconocimientos enemigos»[100]. El comandante en jefe del OB Oeste aún no sabía que un destacamento simbólico del Ejército francés marchaba ya sobre la capital.

¿Se debía esto a que se sentía demasiado comprometido en sus propias maniobras a lo largo del Sena o a que, en el fondo de sí mismo, dudaba de la eficacia estratégica de un combate sin cuartel por París? Lo cierto es que el lunes por la tarde, Model sugirió al O.K.W. defender a París en el norte y en el este de la ciudad[101].

Antes de colgar nuevamente el aparato, Model remachó la conversación con una última advertencia al gobernador de París.

—Restablezca el orden en la ciudad —repitió.

Por segunda vez en veinticuatro horas, Model había olvidado advertir al general Von Choltitz que un refuerzo de dos divisiones blindadas, las 26ª y 27ª Panzer, estaban ya en camino hacia París.

15

Aquella misma mañana, en las calles de París donde había resonado el viejo e histórico grito «¡A LAS BARRICADAS!», se oía ahora detrás de aquellas fortificaciones extrañas, un nuevo grito, esta vez de angustia: «Ya vienen los tanques». La Wehrmacht, furiosa por aquel reto simbólico que había surgido por toda la ciudad, hacía salir de sus antros aquellos monstruos blindados que, cuatro años antes, habían conseguido para Hitler las llaves de París. Por todas partes, al ruido de los disparos se juntaba ahora el estruendo de las explosiones y el estrépito de las cadenas al correr sobre el asfalto.

Raymond Sarran, el estudiante a quien un policía moribundo había dicho «Coge mi arma y véngame», se enteró de la llegada de los carros por los mismos alemanes. Al descolgar el teléfono, oyó una voz con acento germánico que le dijo:

—Señor oficial de las FFI, le habla el coronel Von Berg, comandante del Luxemburgo. Exijo que destruyan inmediatamente su barricada. Si se niega, haré salir mis carros.

Sarran, atónito, vaciló un momento. Luego respondió con sequedad:

—Ya no tiene usted nada que exigir, coronel.

Diez minutos más tarde, el estudiante vio aparecer tres Panzers en la calle Soufflot. Dos paisanos venían atados a cada torreta. Para protegerse contra las botellas incendiarias de los parisienses, los alemanes habían decidido utilizar aquellos escudos humanos.

Por el bulevar Voltaire enfilaban las ametralladoras de los carros del cuartel Prinz Eugen, corrían dos mujeres desesperadamente. Clara Bonte, esposa de un diputado comunista deportado, y su hija, Marguerite, habían llenado de bombas incendiarias una gran cesta de lavandera, que llevaban cogida de un asa cada una. Las habían fabricado las mujeres del barrio, en su extraño obrador de la alcaldía del XI. Sus maridos, atrincherados tras las ventanas de la plaza de la République, esperaban aquellas botellas para rechazar a los carros.

Al otro extremo de París, cerca de la estación de Batignolles, de la que había salido el ferroviario alemán Heinrich Hauser para dirigirse a las riberas del Rin, los sublevados habían enfrentado un verdadero *Rocinante* de chatarra a los carros de Choltitz. Era un carro Somua, del que se habían apoderado en una fábrica de Saint-Ouen. Cuando aquel increíble ingenio apareció en la plaza de la Mairie, la muchedumbre empavesó la torreta con una bandera tricolor. Aquella bandera sería su única arma. El Somua de Batignolles, el único carro de asalto de que disponía la Resistencia parisiense, sólo podía lanzar un reto silencioso: los FFI del XVII no

disponían de obuses para su cañón.

Sobre muchos parisienses pesaban aquel día otras amenazas, aparte la de los Panzer del general Von Choltitz. En la oscura celda de la fortaleza hexagonal de Mont-Valérien a la que había sido arrojado, el tocinero Pierre Berthy escuchaba un ruido familiar. Casi cada día, durante tres años, el eco apagado de este mismo ruido había llegado hasta su tienda de Nanterre. Era el de las salvas de los pelotones de ejecución. El tocinero sabía que muy pronto aquellas detonaciones resonarían por él.

En otra fortaleza, situada en el extremo opuesto de París, otros prisioneros esperaban también el momento de ser fusilados. En los fosos de Vincennes, el policía Georges Dubret y sus compañeros pasaban por un nuevo episodio de su calvario. El pequeño Führer de Oradour que había ejecutado al comisario Silvestri les había ordenado desenterrar los cadáveres que habían sepultado la víspera y cavar una fosa mayor, para que «pueda también contener vuestros cuerpos».

En pleno centro de París, desde la ventana de la cocina adonde sus carceleros lo habían mandado a trabajar, en el palacio del Luxemburgo, otro prisionero, el falso miliciano Paul Pardou, vio pasar por segunda vez a unos paisanos con una pala y un pico sobre los hombros. Aquel día eran cuatro[102]. Pardou no tardó en escuchar una serie de detonaciones y comprendió que los desdichados habían sido fusilados, tras cavar su propia fosa. Al oír los disparos, el gordo cocinero alemán se volvió hacia él y por centésima vez repitió la única frase que parecía conocer en francés:

—Tú, fusilado mañana. Entonces haces cocina limpia hoy.

En el mismo edificio, dos pisos más arriba, el electricista Marcel Dalby, prisionero voluntario del palacio de Luxemburgo, había percibido también las detonaciones. En tres días, había logrado provocar diecisiete horas de avería en las instalaciones eléctricas del Senado, diecisiete horas durante las cuales los martillos neumáticos de los zapadores de la organización Todt habían dejado de perforar los agujeros destinados a recibir las cargas explosivas. Pero Dalby sabía que el combate solitario que libraba contra los demoledores de la Wehrmacht no lograría impedir indefinidamente la destrucción del palacio por cuya integridad arriesgaba verse pronto cavando también su propia fosa en el jardín.

Al otro lado del Sena, a menos de un kilómetro de la cúpula de ocho caras del Luxemburgo, un hombre paseaba impaciente por la alfombra roja que cubría el pasillo del primer piso del hotel Meurice. El capitán Ebernach y sus hombres de la 813ª *Pionierkompanie*, en seis días de trabajo metódico y forzado, habían terminado prácticamente su tarea. Utilizando los torpedos almacenados en Pilz, el túnel de Saint-Cloud, habían repartido doce toneladas de explosivos entre toda la ciudad. Dos angustiados policías se habían presentado la víspera en el despacho de Edgar Pisani, en la prefectura de policía, para hacerle saber que los alemanes acaban de minar los puentes de la Île-de-la-Cité. Ebernach, en una última muestra de celo, había pedido

incluso, tal como confesaría luego el subteniente Von Arnim, que preparasen los explosivos necesarios para hacer saltar aquel símbolo de París: la Torre Eiffel. El capitán Ebernach esperaba ahora la orden de encender las mechas que harían estallar las cargas destructoras. Sin embargo, aquel día estaba destinado a esperar en vano ser recibido por el comandante del Gross Paris. Choltitz se limitó a comunicarle por intermedio de su ayuda de campo «que continuara sus preparativos y esperase instrucciones».

Al final de la jornada, juntamente con las primeras gotas de una nueva tempestad, se esparció un rumor extraordinario por la ciudad inquieta. En su pequeño apartamento de calle del Bac, un joven autor teatral, llamado André Roussin, escribía en su Diario:

> Esta jornada, que ha empezado con el miedo, se termina en la esperanza. Parece que han llegado a Rambouillet dos divisiones estadounidenses. Mañana, los estadounidenses estarán en París.

Los estadounidenses habían llegado, en efecto a Rambouillet. Pero André Roussin, en su Diario, habría sobreestimado algo su número: eran solamente tres hombres. Y ninguno de ellos tenía razón oficial alguna para estar en Rambouillet. El primero, alto y distinguido, era un coronel originario de Virginia, de nombre David Bruce. Era el jefe, para toda Europa del OSS[103], el célebre Servicio Secreto estadounidense. Para los alemanes, su detención habría representado la más bella hazaña de la guerra secreta. El segundo era un chófer de *jeep*, un GI taciturno, llamado Red Pelkey. En cuanto al tercero, era el corresponsal de guerra de imponente estatura que Fernand Moulier, André Rabache y Pierre Gosset habían dejado dormido una semana antes sobre una mesa de un hotel del Normandía. Derrotado por sus colegas franceses en la carrera a París, Ernest Hemingway había jurado, no obstante, ser el primer periodista estadounidense que entrara en la capital francesa.

En el camino hacia París, su primer acto había sido «liberar» el bar del hotel Grand Veneur, un albergue de Rambouillet, muy apreciado por los parisienses para sus fines de semana En el bar estaban hacinadas de cualquier forma una caja de granadas, una carabina, una botella del mejor coñac del hotelero y una guía Michelin de carreteras, en la que había marcado el emplazamiento de las posiciones alemanas de los alrededores.

El trío liberador, que precedía en cuarenta y ocho horas a la vanguardia de los fiados, se hallaba justamente en medio de las líneas alemanas. «Cada vez que nos volvíamos —cuenta Bruce— salían de todas partes hombres en uniforme *feldgrau* que venían a rendirse». Hemingway les hacía entonces quitarse los pantalones y los ponía a trabajar en la cocina, pelando patatas destinadas a los FFI, cada día más numerosos, que se alojaban en el hotel con él.

Para la banda de FFI que se había alineado bajo su mando espontáneamente,

Hemingway era «mi capitán». El día de la liberación de París, mediante una de las promociones más rápidas de la historia, Hemingway se convertiría en «mi general».

16

En sus marcos dorados, incluso los alegres frailes de los grabados que decoraban la habitación parecían haber congelado su risa. A l a luz de seis velas que había encendido la dueña del apartamento, un grupo de hombres en mangas de camisa, discutían apasionadamente. madame Alphonse Juge podía oír sus voces desde el retiro de su cocina. Jamás se perdonaría no haber podido ofrecer más que un refresco de limonada a los asistentes a aquella reunión histórica.

Pero los huéspedes de madame Juge, en aquel apartamento de la avenida Parc-Montsouris, no pensaban para nada en beber. Nunca se habían reunido tantos jefes de la Resistencia a la vez, excepto en las cárceles de la Gestapo. Ni tampoco habían sido nunca tan tormentosas las discusiones entre los miembros de la Resistencia.

La de aquella noche versaba sobre la suerte que iba a correr oficialmente aquella tregua conseguida por el cónsul Nordling, que, de hecho, ya había sido rota. Gaullistas y comunistas se habían reunido por última vez para decidirlo.

Al lado de Alexandre Parodi, el general Chaban-Delmas defendía la tregua como si se tratara de una trinchera de Verdún.

—Al aceptar la tregua —dijo—, la Resistencia ha hecho un *gentlemen's agreement* (acuerdo entre caballeros) con Choltitz.

La frase provocó un verdadero estallido de protestas.

—¡No se hacen *gentlemen´s agreements* con un asesino! —gritó alguien en tono escandalizado.

El fogoso jugador de rugby cogió por el cuello de la camisa al que acaba de hacer aquella observación y gritó enfurecido:

—¡Lo que vosotros pretendéis es hacer matar a ciento cincuenta mil personas inútilmente!

Al oír aquellas palabras, el arquitecto Roger Villon, jefe de los comunistas presentes en la reunión, exclamó con voz de desprecio:

—¡Jamás me había encontrado con un general francés tan cobarde!

El escándalo que se produjo entonces fue tal que madame Juge, en su retiro de la cocina, pensó que acabarían por «hacer venir a los alemanes».

De repente, por encima del tumulto, resonó el ruido de un cristal al estrellarse contra el suelo. En el acto, se hizo el silencio. El periodista gaullista Jacques Debû-Bridel había hecho uso de este viejo truco de parlamentario. Había roto un cristal, a sabiendas de que el ruido de cristales rotos ayuda siempre a calmar los nervios. Un hombre que no era comunista se levantó entonces para refutar los argumentos de Chaban-Delmas, con voz tranquila y grave. Aquel hombre llevaba un nombre muy

conocido en Francia. El conde Jean de Vogüé vivía desde hacía tres años en la clandestinidad, lejos de los salones donde había transcurrido su vida, en uno de los arrabales populares. Un día en que llovía, se había cruzado en la calle con su madre, no lejos del hotel particular en que ella habitaba. Con el corazón dolorido, bajó el ala de su sombrero de fieltro sobre la cara para no ser reconocido. Aquel aristócrata hablaba en nombre miles de parisienses que sólo pedían batirse contra el enemigo ocupante, fuese cual fuere el precio y las consecuencias.

—Tras las barricadas —dijo—, borraremos la vergüenza de 1940.

Roger Villon le siguió. En unas breves frases, secas y cortantes, dio el golpe de gracia a aquella tregua que Parodi y los gaullistas habían tratado, con tanto tesón, de imponer.

—De Gaulle ha rechazado el armisticio de 1940 —exclamó—. ¿Por qué debemos aceptar los comunistas el de 1944? ¿Porque esta vez le conviene así al general?

Y dirigiendo a Parodi una mirada dura y hostil, Villon, que acababa de enterarse de las últimas maniobras de los gaullistas para apoderarse del poder, amenazó con cubrir las paredes de la ciudad con carteles que acusasen a los gaullistas de «apuñalar al pueblo de París por la espalda».

Se llegó finalmente a la votación. Por un solo voto de mayoría, la tregua de Nordling fue oficialmente rechazada en aquel pequeño comedor de muebles desgastados. Alexandre Parodi se levantó y se puso la chaqueta. Sus ojos estaban empañados por lágrimas de cólera y tristeza.

—¡Dios mío! —murmuró con voz apenas perceptible—. ¡París va a ser destruido!

Villon, triunfante, exclamó con voz despreciativa:

—¡Y eso qué importa! Vale más que París se convierta en una nueva Varsovia que sufrir, una vez más, la humillación de 1940.

Durante toda la noche, desde sus escondites bajo los techos de París, Apollo Noir, Montparnasse Noir y Pleyel Violet, las emisoras de los gaullistas, no cesaron de emitir mensajes de angustia. ¡París sólo podía ser salvado por la entrada de los aliados!

17

Nunca pasaría Dietrich von Choltitz una velada más solitaria que aquélla. Su fiel ordenanza, el cabo Helmut Mayer, recordaría aún después de veinte años que, por vez primera en los siete años que venía sirviéndole, su amo le había hablado en tono colérico.

—¡Vete de una vez y déjame tranquilo! —le había gritado Choltitz cuando le vio entrar en la habitación para prepararle la cama.

Desnudo de medio cuerpo para arriba, en la penumbra de la habitación, respirando con dificultad a causa del opresivo calor, el pequeño general que tenía en sus manos el destino de París estaba solo consigo mismo. El único hombre que habría podido aliviar su soledad, su primo Adolf von Carlowitz, había partido. A aquellas horas, pensaba el general, debía hallarse ya en Baden-Baden.

Choltitz divisaba por la abierta ventana la línea sombría e inmóvil de los árboles de las Tullerías, más allá de los cuales resonaban los disparos en la oscuridad. Cada uno de aquellos disparos le llenaban de remordimiento. Le parecía que el universo bien organizado en que había vivido hasta entonces se estaba derrumbando. Con la vana esperanza de restablecer el orden, sin llegar a cometer un acto irremediable, había aceptado la tregua de Nordling y libertado a los jefes de la Resistencia. Aquellos disparos le recordaban su fracaso.

Model y Berlín sabían ahora que había negociado con el enemigo. Y que no siempre había ejecutado las órdenes del O.K.W. En la antecámara de su despacho estaban apilados los expedientes de los cuatro expertos en demoliciones del O.K.W. No había llegado a hojear ninguno. Hacía cuatro días que el *Feldmarschall* Von Kluge había dado la señal para la destrucción de las instalaciones industriales de la región parisiense y veinticuatro que el general Jodl repitiera la orden de viva voz por teléfono. El comandante del Gross Paris no había hecho saltar ni una sola fábrica. Incluso, durante el día, había rehusado recibir al capitán Ebernach, que había ido a verle para darle cuenta de que los preparativos estaban terminados. El general Von Choltitz, por vez primera en sus veintinueve años de vida militar, se preguntaba si no se hallaba en estado de franca insubordinación.

Al ocurrírsele este pensamiento, le vino a la mente una imagen aborrecible. Era la cara del *Rechsleiter* que había encontrado en el tren de Rastenburg. La *Sippenhaft*, la ley despiadada de que le había hablado aquel individuo, podría amenazar ahora a los seres cuya foto, rodeada por un marco de cuero negro, tenía sobre su mesilla de noche, al lado del teléfono y de la *Historia de la Guerra Franco-prusiana*. Faltaba en la foto el pequeñín, Timo. Cuando se hizo aquella foto, que desde hacía cuatro años

llevaba siempre consigo, no había nacido aún.

¿Era a causa de la pesadez de la noche, sin un soplo de aire, o bien por la convicción creciente de no haber estado a la altura de su deber? Choltitz se sentía cansado y descorazonado. Empezó a recorrer la habitación, en la sombra. Gruesas gotas de sudor resbalaban lentamente por su espalda, hasta ir a perderse en la cintura. Para hacer frente a aquella insurrección, que se extendía como una epidemia, para disipar las dudas que empezaban a tener sus superiores sobre la eficacia de su mando, no le quedaba más que una solución: mostrar su autoridad, reafirmar su potencia. Volvieron a su memoria las palabras del comandante de la Luftwaffe que le había visitado aquel mismo día. El plan que aquel oscuro oficial le había propuesto tenía, por lo menos, un mérito: era simple y de fácil ejecución. Un corto trecho separaba al oficial y sus bombarderos del general Choltitz, el trecho que debía andar para acercarse al otro extremo de la habitación y descolgar el teléfono negro, a cuyo lado estaba el retrato de su familia. La idea de «un bombardeo masivo, que pondría fin a la insurrección» empezó a obsesionar su mente. Sólo un acto así, pensaba, podría anular el error que cometió al detener el bombardeo y el asalto de la prefectura de policía.

Con el pecho oprimido, se detuvo ante la ventana para contemplar las sombras indistintas de aquella capital, de la cual él era el todopoderoso comandante. Allá, hacia el Sur, un puñado de hombres enfebrecidos, bajo el techo de una casa anónima, acababa de tomar la decisión irrevocable de luchar contra él hasta la muerte. Habían cesado los disparos. Desde la ventana, el general que había aplastado a Sebastopol bajo un diluvio de hierro, no oía más que los pasos sordos de los centinelas que hacían la guardia ante la fachada de su hotel. Y se preguntaba cuántas ruinas serían precisas para restablecer el orden en la ciudad.

Otros pensamientos deberían asaltar también la mente del general Von Choltitz en aquella noche. No había dudado jamás de los principios de la educación que había recibido, ni de los valores del código que había suscrito cuando adoptó la carrera militar. Como todos los alemanes, había creído en Hitler y en el destino excepcional de Alemania. Pero, ahora, a los cuarenta y nueve años, en la cima de su carrera, sentía nacer las primeras dudas en su cerebro. En el *bunker* sin ventanas de Rastenburg, quince días antes, había tenido una gran revelación. Estaba seguro de que Adolf Hitler, el amo todopoderoso del Tercer Reich, se había vuelto loco. Desde la media hora fatal que había pasado con él, Choltitz sintió arraigar dentro de sí la convicción de que no habría más milagros para Alemania, de que el camino que seguía su país llevaba en línea recta a la mayor derrota de la historia.

Precisamente por orden de aquel hombre, cuya razón parecía haber zozobrado, se encontraba con que tenía a su cargo un trabajo, en el cual el aspecto militar resultaba completamente secundario, puesto que no le entregaban los medios que había solicitado para atenderlo. Defender París contra el enemigo, a costa de su destrucción

incluso, era, según creía él, un acto militar justificable. Pero destruir la ciudad deliberadamente, por la sola satisfacción de borrar del mapa del mundo una de sus maravillas, constituía un crimen absurdo. Y no obstante, el comandante del Gross Paris sospechaba que esto era precisamente lo que Hitler, Jodl y Model parecían esperar de él. Von Choltitz recordaría emocionado, veinte años después, el debate que aquella noche tuvo lugar en su conciencia. Se enfrentaba a un terrible dilema entre su obediencia instintiva a las órdenes que recibía y el espectro del Apocalipsis que surgía en su mente. Estaba seguro de que la historia no perdonaría jamás al hombre que destruyera París. Pero más que esta convicción, pesó en su espíritu la visión de su cuerpo balanceándose al cabo de una cuerda sobre las ruinas de la ciudad. Choltitz no había sentido aprensión especial ante la muerte, que había visto de cerca muchas veces. Pero era la muerte gloriosa de los soldados y no la ignominiosa de los criminales. Algunas horas antes, cuando recibió el telegrama de Jodl que confirmaba la orden de destrucción, había apoyado la mano sobre el hombro de su ayudante de campo, y le había dicho:

—Mi pobre Arnim, ya no queda más que situarme sobre el último puente y dejarme sepultar entre sus ruinas.

Parecía que no quedaba más que una sola salida para aquel dilema. Aquella salida, puesto que no llegaban los refuerzos, era lo mismo que Charles de Gaulle, Leclerc y muchos otros franceses intentaban lograr desesperadamente: la entrada inmediata de los aliados en París. La mañana anterior, el comandante del Gross Paris había recibido la visita del general Kurt von der Chevallerie, comandante del 1er Ejército. Por la boca de aquel general, se había enterado de que las tropas del 1er Ejército, que hasta entonces habían estado cubriendo posiciones entre Versalles y Arpajon, habían recibido órdenes de Model de trasladarse a otras más al Sur, a la región de Melun-Fontainebleau. Aquella noticia indicaba a Choltitz que el camino a París quedaba abierto para los aliados, por poco que quisieran tomarlo. Nada serio podía impedírselo.

El timbre del teléfono interrumpió las meditaciones del general. Cerró la ventana, corrió la cortina y encendió la luz.

Choltitz reconoció la voz del jefe de personal del Ejército, el general Wilhem von Burgdorf, el hombre que lo había escogido para gobernador de París. Dos años antes, el arrogante jefe de personal había dicho al vencedor de Sebastopol: «Tengo tantos generales que podría utilizarlos para cuidar los cerdos». Ahora, llamaba a Choltitz para comunicarle que no había más generales disponibles en los ficheros del O.K.W. En lugar de enviarle el oficial general que Choltitz había pedido para mandar a las tropas encargadas de la defensa exterior de París, Hitler, dijo, había decidido promover al grado de general de brigada al teniente coronel Hubertus von Aulock, con quien el gobernador de París había estado bebiendo champaña cinco días antes,

en una villa de Saint-Cloud.

El comandante del Gross Paris dio las gracias a Burgdorf por su atención y colgó el receptor. Luego se echó sobre la cama y, miran do al techo, reflexionó. Después de muchas vacilaciones, decidió concederse un nuevo plazo. Esperaría veinticuatro horas más antes de llamar a Le Bourget y ordenar el bombardeo por la Luftwaffe. Una vez llegado a esta decisión, se esforzó en resolver mentalmente un problema militar mucho más simple. ¿Dónde podría encontrar, se preguntaba, en una ciudad en plena insurrección, unas charreteras de general para Hubertus von Aulock?

18

La jornada de Roger Gallois acababa con una nueva sorpresa. Mientras permanecía en una tienda herméticamente cerrada, se preguntaba quién sería el «estadounidense importante» ante el cual iba a comparecer. Con la alegría de haber llegado por fin a la meta, ya no sentía la fatiga de las horas febriles y accidentadas que acababa de vivir, antes de llegar a aquel misterioso cuartel general.

Tras la acogida indiferente del primer soldado estadounidense con quien había topado, Gallois había sido metido en un *jeep*, a cuyo chófer le había sido prohibido dirigirle la palabra. Durante dos largas horas, remontó las interminables columnas del Ejército estadounidense, maravillado y trastornado. Por fin el *jeep* se detuvo en un claro lleno de tiendas.

No tardó mucho en entrar en la tienda adonde le habían conducido un mozo alto, con el pelo revuelto y los ojos cargados de sueño.

—Perdóneme —se disculpó—. Estaba durmiendo. —Luego examinó con atención al francés, y dijo—: O.K. Escucho. ¿Qué es lo que tiene que decirme?

Gallois comenzó a exponer la situación de París con todo su fervor patriota. Cuando hubo terminado, el estadounidense le miró con sus ojos negros y dijo:

—Es usted un soldado. Yo también lo soy. Por lo tanto, voy a contestarle como tal.

La respuesta del misterioso estadounidense era «no». Explicó el porqué. El primer objetivo de los aliados era, ante todo, hacer la guerra a Alemania y no «tomar capitales». Puesto que la Resistencia había hecho estallar la rebelión sin haber recibido orden para ello, debía «soportar las consecuencias». Y, finalmente, los mismos aliados se encontraban escasos de carburante, por lo que no podían tomar sobre sí la responsabilidad de avituallar a París. Tras estas palabras, tendió la mano al francés y marchó a acostarse de nuevo.

El tono con que fue dada esta contestación era tan seco, tan brutal, que hacía creer que no había apelación posible. Y, en efecto, podía ser sin apelación. El general despeinado y a medio vestir que Gallois había despertado a media noche era el propio Patton.

Roger Gallois acababa de ver derrumbarse su última esperanza de que París escapara al destino de Varsovia. Tal como luego recordaría, aquélla fue la mayor decepción que había padecido en su vida. Abrumado de tristeza, no se dio cuenta de que el general había regresado a su tienda. Patton se había levantado de nuevo, bruscamente, para recomendar al francés que fuera a Laval, a entrevistarse con otro general estadounidense.

Cerca de Laval, en otro cuartel general y bajo otra tienda, había otro francés que también se preocupaba por el peligro que amenazaba a París. Sentado sobre su cama de campaña, un coronel llamado Lebel, a la luz de una lámpara de minero, escribía un llamamiento patético en favor de la capital de su país. Las palabras de que se servía eran tan apremiantes como las del mismo general De Gaulle.

> Si el Ejército estadounidense no acude en socorro de París, al que sabe en estado de plena insurrección —escribía—, el pueblo francés no podrá perdonárselo jamás.

Desde que servía como oficial de enlace de las tropas estadounidenses, era la primera vez que Lebel se permitía intervenir cerca de sus superiores. Pero su jefe, el general Ornar Bradley, comandante del 12º Ejército, tenía señalada para el día siguiente una audiencia con el comandante supremo. El modesto coronel francés estaba tan persuadido de que la suerte de París iba a decidirse en aquella conferencia que había resuelto deslizar aquella llamada, que acababa de escribir, entre los papeles personales de Bradley.

19

El teniente coronel Chuck Heflin se estremeció. La noche era fría y húmeda. El oficial apretó las manos sobre el bote de café ardiendo, en busca de calor.

Desde los escalones de su barracón, podía ver recortarse contra el cielo, en la colina, la larga línea de aviones B 24 que formaban la escuadrilla de los Carpetbaggers, bajo su mando. Más allá de aquella colina, embutida en un valle, se encontraba la ciudad inglesa de Harrington. Alrededor de los aviones se afanaban unas sombras. Eran los hombres de Chuck Heflin, que cargaban los depósitos con los cien kilos de armas y municiones que, dentro de algunas horas, iban a ser dejados caer sobre la Europa ocupada.

Los tres mil hombres de la escuadrilla de Carpetbaggers constituían una unidad altamente especializada. Desde enero de 1940, habían llevado a cabo más de trescientas misiones sobre la Europa ocupada. Habían soltado en paracaídas toneladas de armas y municiones para las fuerzas de Resistencia francesa, belga, holandesa, noruega y polaca. Pero ninguna de aquellas misiones les había parecido tan difícil como la que se preparaba aquella mañana. Su denominación era: «Operación Beggar». Iba a tener lugar en pleno día y los aviadores de Heflin, a una altura de menos de ciento cincuenta metros, deberían acertar sus objetivos, algunos de los cuales no alcanzaban las dimensiones de un campo de fútbol.

El coronel Rol había ganado. Los mensajes de radio que había hecho mandar reclamando armas, habían sido, a pesar de todo, escuchados y tomados en consideración. Dentro de pocas horas, tan pronto como el alba blanquease el cielo de Inglaterra, despegarían los cientro treinta B 24 de la escuadrilla de Carpetbaggers. Durante aquella operación, única en los anales de la guerra, harían llover doscientas toneladas de armas sobre el propio corazón de París, sobre el Bois de Boulogne, los hipódromos de Auteuil y de Longchamp, la explanada de los Inválidos, la plaza de la République… e incluso sobre el patio de la prefectura de policía sitiada.

A juicio del coronel Lebel, la llegada de aquel parisiense sucio y mal afeitado era providencial. Minutos después, precisamente a las seis, debía sostener una última entrevista con su superior, el general Edwin Siebert, jefe del 2º buró del 12º Grupo de Ejércitos, en una tienda del cuartel general de EAGLETAC. Inmediatamente después, aquel general saldría juntamente con el general Bradley para reunirse con el Estado Mayor de Eisenhower. La suerte de París quedaría decidida en aquella conferencia.

Hacía cuarenta y ocho horas que Siebert venía rechazando la idea de un cambio

en la estrategia de las armas aliadas y rehusando tomar en consideración una marcha inmediata sobre París. Pero Lebel esperaba que la oportuna llegada de aquel francés podría hacerle cambiar de parecer. Ninguno de los argumentos que él hubiese podido darle habría sido más persuasivo que el testimonio directo de aquel evadido de la ciudad sublevada.

Gallois se daba cuenta de que había llegado a un punto crucial. Había comprendido que la negativa brutal del general Patton, la víspera, no era definitiva. Los estadounidenses le daban una última oportunidad.

—El pueblo de París —empezó diciendo— ha querido liberar su capital, para ofrecerla a los aliados. Sin embargo, no puede terminar lo que ha empezado. Es completamente necesario que vayan en su ayuda, ya que, de no ser así, se producirá una matanza espantosa y centenares de miles de franceses perderán la vida…

Y Gallois esbozó a continuación un dramático cuadro de la situación de París.

Cuando hubo terminado, se hizo un largo silencio en la tienda. Luego el general Siebert carraspeó, dio las gracias al visitante y recogió sus papeles. Al salir, pegó con la mano un golpecito al coronel Lebel y le dijo:

—Leclerc *your impatient lion* llega hoy. Ocúpese de él. Dígale que quizás haya algo nuevo para él esta noche.

Luego, con sus papeles bajo el brazo, absorto en sus reflexiones, aquel general, originario de una pequeña localidad de Massachusetts, se dirigió al Piper-Cub que le esperaba. Las palabras que acababa de oír le «habían impresionado mucho». Recuerda que, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad, iba pensando: «Si no llegamos a París en dos días, habrá allí una tremenda matanza».

La mañana de aquel martes, a la orilla de un pequeño bosque, cerca del pueblo bretón de Grandchamps, Dwight Eisenhower también pensaba en París. Sobre la mesa barnizada de su *roulotte* de mando, se encontraba la hoja de papel en que, veinticuatro horas antes, Charles de Gaulle había escrito su apremiante llamada al comandante supremo, pidiendo la liberación de París.

Eisenhower cogió la estilográfica y, con una escritura firme y nítida, escribió a desgana unas palabras en el margen:

> Parece que nos veremos obligados a marchar sobre París[104].

Eisenhower se resolvía tomar aquella decisión con todo pesar. En un corto telegrama dirigido aquella mañana a su superior, el general George Marshall, en Washington, Eisenhower resumía así su reticencia:

> Teniendo en cuenta los imperativos de avituallamiento a que habremos de atender cuando tomemos París, es preferible diferir la toma de la ciudad hasta que esté resuelto el importante problema de la

destrucción de las fuerzas enemigas, inclusive las que se encuentran en el Paso de Calais.

No obstante, tomó la precaución de advertir a Marshall que «no estaba seguro de que aquello fuera posible». Añadió que, en la eventualidad de una liberación inminente de París, «algunos días después, De Gaulle sería autorizado para hacer su entrada oficial en la capital»[105]. Para un hombre que tan bien conocía a De Gaulle, aquella afirmación representaba juzgarle de una forma extraordinariamente errónea. Según opinión del propio Eisenhower, «nadie podía impedir a De Gaulle que fuera adonde mejor le pareciera».

El plan de Eisenhower preveía la entrada en París del jefe del Gobierno provisional francés pocos días después de la liberación de la ciudad. Incluso aquella entrada debía tener lugar bajo los «auspicios» de los aliados. Aquella mañana de agosto, el *Daily Herald* de Londres decía que, según fuentes diplomáticas bien informadas, el presidente Roosevelt y Winston Churchill deseaban encabezar el «desfile triunfal de los aliados en París», algunos días después de la liberación. El periódico añadía: «Es "*probable*" que la plaza de honor sea reservada a De Gaulle».

La información que había recibido el comandante supremo aseguraba que Charles de Gaulle se encontraba en Francia sólo para una inspección temporal. El acuerdo franco-estadounidense sobre asuntos civiles no había sido firmado aún, a pesar de haber sido aceptado, en líneas generales, durante el mes de julio anterior, en Washington. El general Julius Holmes, adjunto de Eisenhower para los asuntos civiles, sabía cuan refractario se mostraba Washington a permitir que Charles de Gaulle trasladase inmediatamente la sede de su Gobierno provisional desde Argel a París. El Departamento de Estado creía que era mejor proceder por etapas. Para empezar, se «autorizaría» a De Gaulle para ejercer su autoridad «provisional» en una ciudad francesa liberada. Pero aquella ciudad no podría ser París hasta el día en que Estados Unidos hubiese reconocido oficialmente el Gobierno provisional de Charles de Gaulle.

De Gaulle no ignoraba ninguna de aquellas reticencias de que los aliados le hacían objeto. Pero, aquella mañana, en su cuartel general provisional de la prefectura de Mans, no tenía la menor intención de permitir que Eisenhower, o quien fuere, le «autorizara» para entrar oficialmente en París. Su intención era llegar a París con las primeras tropas aliadas… y quedarse allí. Además, lo quisiera o no el comandante supremo, De Gaulle había decidido mandar la 2ª DB contra París dentro de las próximas horas. De Gaulle no aceptaría nunca entrar en París en los furgones de los aliados. Estaba resuelto a efectuar su entrada en París solo, como Charles de Gaulle, jefe de la Francia libre. Luego, pero solamente luego, recibiría a los aliados en su capital. Había dado orden, incluso, a su ayudante de campo, Claude Guy, de que le buscara un automóvil de marca francesa para que le condujera a París. Guy había requisado en Rennes la noche anterior un magnífico Hotchkiss descapotable, que

pertenecía a un hombre de negocios suizo.

Charles de Gaulle se preparaba, pues, a emprender el camino de París, a bordo de aquel coche que conducía un chófer francés y escoltaban motoristas franceses. Al igual que había omitido deliberadamente advertir a los aliados de que su regreso a Francia era, aquella vez, definitivo, se había guardado mucho ahora de decirles que no tenía intención alguna de salir de París una vez que hubiese entrado en él. Para De Gaulle, su entrada personal en la capital significaba el primer acto que marcaba la instauración de su Gobierno en el poder. Puesto que conocía las reticencias con que tal acción sería aceptada por los aliados, decidió evitar todo riesgo de que alguna maniobra estadounidense de última hora pudiera impedirle una entrada triunfal en la capital liberada. Dio, por tanto, la consigna de proceder con tal discreción que, en lo sucesivo, los aliados «no sepan jamás dónde se encuentra exactamente Charles de Gaulle»[106].

En el despacho de operaciones de la base aérea inglesa de Harrington, los hombres de la escuadrilla de Carpetbaggers se sobresaltaron. El timbre del teléfono verde, la línea secreta que les unía directamente al Estado Mayor OSS de Thayer Touse, Londres, sonaba insistentemente. El teniente coronel Bob Sullivan descolgó el receptor: «Suspendan la "Operación Beggar"», oyó que le decían por el aparato. Londres añadió que la operación quedaba aplazada hasta el día siguiente, miércoles, 23 de agosto.

Lo mismo que Von Choltitz, también el general Koenig, comandante en jefe de las FFI, había decidido tomarse veinticuatro horas de reflexión. Había sido el mismo Koenig quien había organizado la *Operación Beggar*. No obstante, antes de que los aviones hubiesen despegado, había decidido posponerla. Para Koenig, como para los demás oficiales de las Fuerzas Francesas Libres del cuartel general de Bryanston Square, arrojar armas sobre París suponía una empresa arriesgada. En primer lugar, podía conducir a una matanza de los franceses que tratasen de recoger las armas. Pero lo que más pesaba en el espíritu de los jefes franceses de Londres era que la mayor parte de aquellas armas irían seguramente a reforzar el poder de los comunistas, los adversarios de De Gaulle.

Durante los tres años que llevaba organizando lanzamientos de armas para la Resistencia, el jefe de Estado Mayor del general Koenig[107] se había esforzado siempre por respetar una consigna que los gaullistas estimaban esencial. La consigna era que las armas no fuesen nunca arrojadas sobre zonas urbanas, ni sobre lugares donde se corriera el riesgo de que cayesen en forma masiva en manos comunistas.

Koenig y los oficiales de su Estado Mayor desaprobaron la insurrección de París por razones políticas. Sin embargo, no podían desinteresarse de la suerte de sus

compatriotas, que se enfrentaban a los tanques alemanes por las calles de París, con pistolas y viejos fusiles como únicas armas. Indeciso entre dos temores, Koenig había decidido tomarse un día más, antes de obrar. Pero si, dentro de veinticuatro horas, seguían los combates por las calles, se había prometido íntimamente desentenderse de toda consideración política y hacer llover miles de fusiles y granadas sobre los techos de París.

20

Para París y los parisienses no hubo respiro alguno. Al llegar el alba, se reanudó la batalla con intensidad excepcional. Poco después de las ocho de la mañana, cuatro tanques del coronel Von Berg aparecieron de nuevo ante la comisaría de policía que ocupaba Raymond Sarran, aquel estudiante que, la víspera, había contestado al coronel alemán «que ya no podía exigir nada más». Aquella vez, no había escudos vivientes sobre las torretas de los tanques. Después de dos horas de combate encarnizado, Sarran y sus hombres fueron obligados a abandonar el edificio. Antes de huir por los terrados contiguos, Sarran, con peligro de la vida, tiró una última botella incendiaria. La botella cayó sobre la reja del motor de un coche, que pronto se convirtió en una inmensa antorcha.

En el Distrito XVII, donde el pequeño Somua, el único carro que poseía la Resistencia, había hecho acto de presencia, los alemanes contestaron el reto silencioso de su adversario bombardeando algunos de los edificios del barrio. En la orilla izquierda, los FFI eran dueños del dédalo de callejuelas entre el Sena y el bulevar Saint-Germain. Ningún alemán se atrevía a penetrar en aquellos «degolladores», demasiado estrechos para que pudieran pasar los carros. En la «encrucijada de la muerte», el ángulo que forman los bulevares Saint-Michel y Saint-Germain, los estudiantes de la Escuela de Arquitectura, que la víspera habían construido la barricada más hermosa de París, reforzaban sus defensas con camiones alemanes incendiados. Habían hecho doce prisioneros y capturado una ametralladora pesada, que montaron sobre la barricada.

Cerca de la estación de Lyon, un camión de la Wehrmacht cayó en una emboscada. Sus ocupantes se refugiaron en un café. Los doce clientes que se encontraban allí se echaron a reír al ver el espanto de que daban muestra los soldados. Éstos levantaron entonces las ametralladoras y mataron a los doce.El patio de la prefectura de policía se había transformado en un gran garaje para los vehículos capturados. Los policías, aplicándose todo cuanto podían, pintaban con letras gruesas blancas las letras FFI y cruces de Lorena sobre las puertas agujereadas por las balas.

El escaso número de hombres que se agrupaban en torno a Alexandre Parodi no había tenido apenas tiempo de saborear el éxito de la operación «Toma de Poder» que habían desarrollado la víspera. De acuerdo con su plan, habían celebrado la primera reunión oficial en la Sala, del Consejo del hotel Matignon. Claire, la joven prometida de Yvon Morandat, había transcrito sobre una hoja de papel que llevaba las iniciales de Laval el acta de aquella sesión histórica. En su calidad de delegada de Prensa de la III República, encargada de anunciar la formación de un nuevo Ministerio, había

leído a continuación en voz alta el acta de la sesión a los reporteros de los principales periódicos de París, que se apretujaban en el patio. Después, mientras sus adversarios políticos se ocupaban en intensificar la revolución, los gaullistas se deslizaban uno tras otro en los vacantes sillones del poder.

A unos centenares de metros del bastión gaullista que era la prefectura de policía, los adversarios de Parodi, se habían atrincherado sólidamente en el imponente edificio estilo Renacimiento del Hôtel de Ville, que un periodista enérgico, Roger Stéphane, había ocupado cuarenta y ocho horas antes. También aquella fortaleza era objeto aquel día de los furiosos ataques de los nombres de Choltitz. Mientras explicaba a unos adolescentes el funcionamiento de una ametralladora, André Tollet vio aparecer en la plaza del Hôtel de Ville cuatro tanques. El propio Tollet empezó a disparar desde una ventana. En aquel instante, una chica joven, que llevaba una botella, salió del muelle de Gesvres. Tollet la vio correr, con la falda roja hinchada como una flor, hacia un Panzer que estaba en la esquina del muelle. Estupefacto, observó cómo llegaba hasta el tanque, escalaba las cadenas, levantaba el brazo y tiraba la botella dentro de la torreta abierta. Mientras saltaba del carro, salió de la torreta un geiser de llamas. La muchacha quedó tendida sobre el asfalto, «como una amapola cortada de un latigazo». Pero los carros se retiraron.

Para muchos parisienses, aquel cuarto día de combates traía aparejada la imagen del hambre. Las panaderías no tenían ya ni harina ni leña. A fin de hornear sus últimos sacos de harina, algunos panaderos habían empezado a cortar árboles en las bellas avenidas del Bois de Boulogne, adonde los parisienses solían acudir para sus meriendas campestres. El ministro provisional de Avituallamiento, que llevaba un pseudónimo de circunstancias, *Pan*[108], había declarado:

—Si no pueden salir camiones de París antes de finalizar la semana, si la ayuda aliada no llega, padeceremos hambre.

Colette Dubret, la esposa de uno de los policías prisioneros en el fuerte de Vincennes, se decidió aquel día a empezar, por fin, el encebollado de conejo que, en la olla negra, esperaba el regreso de su marido.

En el balcón del número 34 de la avenida de Italia, el dentista Max Goa comenzó a recoger con una cuchara de plata los rábanos que había cultivado en un tiesto. Gracias a aquellos rábanos, había podido dar algo de verdura a los judíos y aviadores aliados que tenía escondidos en su apartamento. Mas pronto se acabarían los que quedaban en el último tiesto.

André Caillette y sus hombres acababan de recibir una agradable sorpresa en la alcaldía de Neuilly, que habían ocupado de nuevo tras haberla abandonado los alemanes: habían encontrado diez latas de *Schweinefleisch* (carne de cerdo), del rancho de la Wehrmacht, que los ocupantes habían olvidado tras sí en la saqueada alcaldía. Pero, dentro de la general penuria alimenticia, no hubo parisiense alguno

que se llevara mayor sorpresa que Paul Pardou, el prisionero del Senado, a quien el gordo cocinero Franz recordaba sin cesar su próximo fusilamiento. Franz había querido que, antes de enfrentarse con el poste de ejecución, su compañero probara un plato de *Rinderbratten*, buey salteado con manteca, especialidad de Wurtemberg, su tierra natal.

Los agentes de la Comisaría de Grand-Palais no podían ofrecer a su prisionero, el altivo capitán Wilhelm von Zigesar-Beines, el alemán que, sólo unos cuantos días antes se dirigía a las carreras de Longchamp, más que una especialidad de la ocupación: un plato de nabos hervidos. Hacía veinticuatro horas que el capitán de caballería, con su monóculo, permanecía encerrado en un sótano del «Gran-Palais». Conocía bien aquel edificio. Antes de la guerra, había vivido allí horas más gloriosas. A la cabeza del equipo militar alemán, había venido a ganar, bajo las vidrieras del Grand-Palais, la copa de oro del campeonato de Europa de concurso hípico. El oficial no había olvidado la tempestad de aplausos con que millares de parisienses habían celebrado sus victorias. Un sonido muy distinto al que escuchaba ahora, desde el fondo de la improvisada prisión. Eran los rugidos de los leones y tigres hambrientos del circo que albergaba entonces el Grand-Palais. Con un humor macabro, parejo al del gordo cocinero Franz, los carceleros del capitán Von Zigesar-Beines le habían indicado con respeto que en caso de necesidad, podría ser «una excelente comida para las fieras».

Por el respiradero de la cueva, el capitán alemán contempló un espectáculo que no lograría olvidar. Como surgidos de un dibujo animado, aparecieron en los solitarios Campos Elíseos ocho cerditos de color de rosa, conducidos por un soldado alemán. Por orden de su superior, el *Oberfeldwebel* Heinrich Obermueller, jefe del Fahrbereitschaft, donde se guardaban los vehículos del Estado Mayor del Gross Paris, evacuaba aquel día, guiándolo con la punta de su Mauser, el rebaño que criaba en su garaje de la calle Marbeuf.

En aquel cuarto día de insurrección, el hombre más triste de todo el París hambriento era quizás un pequeño viejo de la calle Racine. Un carro del coronel Von Berg acababa de pulverizar, de un cañonazo, el carretón que iba empujando. En aquel carretón, el pobre viejo había escondido un tesoro: dos kilos de patatas. El desgraciado empezó a recoger los fragmentos de su vehículo y los tubérculos que habían rodado por el arroyo. Resignado en su desgracia, murmuró:

—¡Por lo menos, tendré algo de madera para cocer las patatas que quedan!

Cubierto por un quepis de rutilantes hojas de roble, calzado con botas altas brillantes como un espejo, con un par de guantes blancos en la mano y dos estrellas muy nuevas sobre la manga, el general recién promovido se presentó ante la puerta blindada de la fortaleza subterránea Duroc y pidió ver al coronel Rol.

—¿Quién es usted? —preguntó con indiferencia el centinela en mangas de camisa.

—El general Henri Martin —contestó el visitante.

El pequeño comunista bretón vaciló cuando vio avanzar hacia él al vivaracho oficial. Los hombres de Duroc, que dirigían la insurrección parisiense encerrados a veintiséis metros bajo las calles de París, en la humedad y la incomodidad de la vida en común, no llevaban enseñas ni uniformes. Hacía tanto frío que uno de los primeros cuidados de Rol había sido organizar una incursión de comandos a casa de un sombrerero colaborador de la calle de Vaugirard, a fin de requisar en ella una veintena de casquetes de piel. Los hombres de Duroc, que se alimentaban de patatas hervidas y manteca de cerdo, se calentaban el estómago después de cada comida con un vaso de Benedictine. Era la única bebida alcohólica que había en el recinto. Aunque la insurrección durara un año, no les faltaría el Benedictine: el propietario de un restaurante FFI del vecindario les había mandado diez cajas.

El general Martin saludó al jefe de la insurrección con gesto cortés. Martin mandaba la «fuerza gubernamental», aquella guardia pretoriana que los gaullistas habían puesto en pie para defender por la fuerza, si fuera preciso, los edificios que ocupaban, incluso contra los mismos hombres de Rol. Los dos hombres se observaron en silencio. Era la primera vez que se veían.

En el otro extremo de París, en la villa de Saint-Cloud donde se hallaba instalado, otro general recibía también, en aquel momento, una visita. El subteniente Dankvart von Arnim había acudido allí para llevar a Hubertus von Aulock, nombrado general la noche anterior, una pequeña cajita envuelta en un papel blanco. Su superior, el general Von Choltitz, había resuelto el problema que le atormentaba la noche anterior. En la pequeña caja estaban las enseñas de la promoción de Aulock. Dietrich von Choltitz había quitado las enseñas de uno de sus propios uniformes.

21

El cónsul Raoul Nordling se preguntaba qué era lo que el general Von Choltitz buscaba en el pequeño aparador situado detrás de su mesa. Nunca había abierto el mueble en presencia suya. Al cabo de un momento, el general sacó una botella ventruda y la depositó discretamente sobre un rincón de la mesa. Inclinándose entonces hacia el diplomático sueco, con aire que, de repente, se había hecho misterioso, le dijo como si se tratara de una confidencia:

—No se lo diga usted a los ingleses, pero voy a tomarme un *whisky*. Supongo que me acompañará, ¿verdad?

Nordling, sorprendido, inclinó la cabeza en señal de afirmación. Decididamente, pensaba, este general es una persona desconcertante. ¿Era simplemente para ofrecerle un vaso de whisky por lo que le había llamado con tanta urgencia que incluso le había propuesto mandar un coche blindado a buscarle?

Choltitz escanció el alcohol. Luego, levantando el vaso, hizo un gesto con la cabeza, dijo: *Prosit*, y vació el vaso de un trago. Soltó entonces un suspiro y se arrellanó en el sillón. Con aspecto preocupado, comenzó a dar vueltas al monóculo entre sus dedos regordetes.

—Señor cónsul —dijo al fin—. ¡Su tregua ha sido un fracaso!

Antes de que el cónsul hubiese tenido tiempo de replicar, el comandante del Gross Paris añadió amargamente que los tres jefes de la Resistencia no habían respondido a las esperanzas que había puesto en ellos al libertarlos. La insurrección había continuado.

Nordling suspiró. Hizo observar que el único hombre que poseía una autoridad real sobre la Resistencia era el general De Gaulle. Y no se hallaba en París. Probablemente se encontraba en alguna parte del frente de Normandía.

Choltitz miró al diplomático y guardó silencio durante un largo rato. Luego, con voz tranquila y precisa, preguntó:

—¿No se podría enviar a alguien para buscarle?

Estupefacto, el sueco permaneció en silencio durante varios segundos, incapaz de decir palabra alguna. ¿Se trataba de una broma? ¿O, por el contrario, el pequeño general alemán hablaba seriamente al sugerirle que alguien fuera a buscar al general De Gaulle y a los aliados?

Nordling acabó por preguntar si el general aceptaría conceder a ese alguien un salvoconducto que permitiera franquear las líneas alemanas para poder llegar hasta las fuerzas aliadas.

—¿Y por qué no? —contestó el alemán.

Al oír estas palabras, Nordling aseguró que, en su calidad de diplomático de un país neutral, estaba dispuesto a organizar una misión para entrar en contacto con los aliados. A Choltitz pareció complacerle la idea. Sacó entonces del bolsillo de su chaqueta un papel azul, que extendió sobre la mesa. Según dijo al cónsul, era una de las numerosas órdenes que había recibido en los últimos días. Si hubiese obedecido aquellas órdenes —dijo—, París ya no sería más que un montón de ruinas. Sin embargo, pese a que Hitler le apremiaba continuamente a tomar medidas decisivas para aplastar la rebelión, aunque fuese a costa de la destrucción de la mayor parte de la ciudad, había preferido jugar la carta de la tregua. Ahora, se veía obligado a cumplir aquellas órdenes.

Con voz grave, el general explicó entonces al diplomático que, si no llevaba a cabo la misión que le había sido encomendada, sería relevado de su cargo. Luego, en voz lenta, destacando bien cada palabra, como para subrayar la importancia de lo que iba a decir, el general, según recuerda Nordling, afirmó que únicamente una rápida intervención de los aliados podía impedir ahora que ejecutara aquellas órdenes.

—Creo —añadió— que comprenderéis hasta qué punto el hecho de pedir tal intervención puede ser interpretado como una traición por mi parte.

Durante largo rato, reinó el silencio en el despacho, bajo el agobiante calor del mediodía. Nordling, por fin, preguntó si el general estaría dispuesto a darle una carta que él pudiera transmitir al mando aliado.

El alemán, sorprendido, miró al diplomático.

—Me es imposible transcribir por escrito lo que acabo de deciros —contestó.

Sacó luego de un cajón una hoja de papel en la que aparecía el águila y la cruz gamada y empezó a redactar el único documento que estaba dispuesto a entregar a Nordling para facilitar su misión. Con una letra ancha y redonda, escribió: «El cónsul de Suecia, R. Nordling, está autorizado para salir de París y franquear las líneas mantenidas por el Ejército alemán».

Tendió la hoja de papel al diplomático y le aconsejó que se llevara con él a Bobby Bender hasta las líneas alemanas. Si encontraba alguna dificultad para cruzarlas, Bender podría arreglar las cosas y telefonearle personalmente.

El general Von Choltitz se levantó entonces de su sillón. Gruesas gotas de sudor le brotaban de la frente, pero recuerda que se sentía como aliviado de un gran peso. Pensaba que, de un modo que no le parecía incompatible con el honor militar, había encontrado el medio de advertir a los aliados del peligro que amenazaba a París y hacerles comprender que el camino de París, de momento, estaba abierto. ¿Por cuánto tiempo lo estaría? Lo ignoraba. Pero se sentía seguro de una cosa: si los refuerzos que había pedido llegaban, se veía obligado a cumplir con su deber de soldado. Defendería a París. Los aliados serían prevenidos aquella noche. Si no aprovechaban inmediatamente la ocasión, la responsabilidad de lo que pudiera ocurrir recaería sobre

ellos.

Dietrich von Choltitz cogió a Nordling del brazo. Respirando con dificultad a causa de una crisis de asma que sentía llegar, lo acompañó hasta la puerta. Cogió bruscamente la mano del cónsul y le dijo:

—Tiene usted veinticuatro horas, quizá cuarenta y ocho. Luego, no podré ya garantizar lo que pase aquí.

22

En sus treinta y cinco años de carrera diplomática, Raoul Nordling no había tenido que resolver nunca un problema más complicado. Salir de las líneas alemanas era una cosa, se dijo. Tener éxito en su misión cerca del general De Gaulle y de los aliados era otra muy distinta y mucho más difícil. Para inclinar todas las probabilidades a su favor, Nordling resolvió llevarse consigo, sin que el general Von Choltitz lo supiera, a dos personalidades que, en su opinión, podrían establecer fácilmente contacto con el jefe de la Francia Libre. Uno era Alexandre de Saint-Phalle, el tesorero de la Resistencia gaullista en París. El otro, el banquero Jean Laurent, que había formado parte del Gobierno de De Gaulle en 1940, cuando aquél era subsecretario de Estado. El sueco ignoraba que ninguno de ellos figuraba en la lista de las personas que, en aquellas horas dramáticas, podían tener acceso a la intimidad de Charles de Gaulle.

Pero aquellos dos hombres no serían los únicos que tomasen parte en aquella extraña expedición que se preparaba. Mientras Nordling esperaba la visita de Saint-Phalle, a fin de conocer el camino que convenía tomar para llegar a las líneas aliadas, resonó el timbre del Consulado. Un hombre alto, ligeramente calvo, de ojos azul oscuro, se presentó ante el cónsul. Dijo llamarse Olivier. Representaba a la Cruz Roja y pedía acompañar a la misión, creyendo que podría ser útil para cruzar las líneas alemanas. Esta pretensión irritó y sorprendió al cónsul. No veía razón alguna para incluir a un miembro de la Cruz Roja en aquella misión de plenipotenciarios. Se preguntaba, además, cómo había podido llegar a ser conocida hasta aquel punto la nueva de su expedición.

Nordling informó secamente al misterioso visitante de que juzgaba inútil su compañía. Pero Saint-Phalle, que había llegado entretanto, hizo presión sobre el diplomático para que aceptara llevarse con él al representante de la Cruz Roja. Nordling acabó por aceptar. En realidad, el hombre a quien Nordling concedió aquel día una plaza en el pequeño Citroën negro de la expedición, nacida por idea del propio comandante del Gross Paris, era el jefe de todos los servicios de Inteligencia británicos en Francia, el coronel Claude Ollivier, conocido por *Jade Amicol*[109].

Pronto llegó un quinto compadre, sin haber sido invitado tampoco. No obstante, Nordling le conocía. Era un joven barón austríaco que le había presentado Bobby Bender diez días antes. Nordling sabía que las tres letras del monograma bordado sobre su camisa de seda correspondían a las iniciales de su nombre. Se llamaba Erich Poch Pastor. El sueco sospechaba que el joven aristócrata era un agente de información alemán, al servicio del general Von Choltitz.

En cierto sentido, Nordling tenía razón. Poch Pastor era un agente de

información. Pero no al servicio de los alemanes. Para los miembros de la red de Resistencia francesa *Goélette*, las tres letras EPP bordadas sobre su camisa tenían otro significado. Eran las iniciales del seudónimo que «llevaba» desde que entró en la Resistencia, en octubre de 1943. El austríaco Erich Poch Pastor, se llamaba en la clandestinidad Étienne Paul Pruvost. Erich Poch Pastor, que era hijo del último embajador austríaco cerca de la Santa Sede, había suministrado a los aliados gran cantidad de informaciones militares, especialmente los primeros planos de la V-1. Movilizado en la Wehrmacht, había servido como oficial de seguridad en una de las fábricas de cohetes, la de Niort. Durante el desempeño de aquella importante función, había conseguido hacer disminuir la producción mensual de la fábrica de trece mil cohetes a menos de mil unidades.

Nordling ignoraba aquellos detalles. Por el contrario, convencido de que Choltitz mandaba a Poch Pastor para vigilarlo, consintió de mala gana en que formase parte de la expedición[110].

Como final de aquella tarde de sorpresa, el diplomático sueco debía recibir aún otra más. Cuando Nordling estaba dando los últimos toques a los preparativos de la expedición, agotado por varias noches sin dormir, sintió de repente un dolor agudo que le desgarraba el pecho. Cayó. Aquel hombre, que tenía que hacer un trayecto de más de cien kilómetros para llevar a los aliados la llamada de Choltitz, tuvo un inmenso trabajo para arrastrarse unos cuantos metros hasta el diván de su despacho. Acababa de sufrir una crisis cardíaca.

A pesar de todo, menos de media hora después, la expedición salía en dirección a Versalles, con el mensaje del general alemán, dejando al diplomático semidesnudo sobre el diván del despacho. En el Citroën negro, entre los dos gaullistas y los dos agentes de información, que desconfiaban uno del otro, había también un falso diplomático sueco. Raoul Nordling había mandado en su lugar al único hombre que podía llevar a cabo su misión y, al propio tiempo, ajustar su nombre al de «R. Nordling», que constaba en el *ausweis* del general Choltitz: a su hermano Rolf.

Cuarenta y cinco minutos después, tras haber pasado tres barreras, el Citroën, bajo bandera sueca, cruzaba el pequeño pueblo de Saint Cyr. Detrás de él, al volante de su cupé de tres carburadores, seguía Bobby Bender. De repente, un hombre semidesnudo, cubierto con un casco, salió de un lado del camino y se puso a gesticular en mitad de la carretera. Metió el cañón de su metralleta por el cristal abierto, al tiempo que ladraba un *Was ist das*? Aterrorizados recuerda Saint-Phalle que, por un momento, se sintió incapaz de decir una palabra, como hipnotizado por la medalla que colgaba de su cuello. Era la Cruz de Hierro. Por encima del hombro desnudo del centinela, descubrió entonces, con temor, las torretas de ocho carros

Tigre, camuflados a lo largo de un bosque, a cincuenta metros de la carretera. «Estamos perdidos», pensó. Por el espejo retrovisor, vio cómo los dedos del falso representante de la Cruz Roja empezaban a desgranar un rosario negro. A su lado, Erich Poch Pastor, en un silencio olímpico, fumaba tranquilamente un cigarrillo Gitane Maryland. Saint-Phalle se enteraría más tarde de que el único documento que llevaba el austríaco era una falsa tarjeta de identidad francesa, a nombre de Étienne Paul Provost, metida dentro de la suela de su zapato izquierdo.

Saint-Phalle escuchaba ahora las germánicas vociferaciones de Bobby Bender, que se indignaba ante la idea de que un simple centinela osara detener a una misión diplomática. Apareció entonces un capitán de los Panzer, embutido en un mono camuflado. Bender gritó: *Heil Hitler*!, y tendió al oficial su *ausweis* personal de la Abwehr. Luego le enseñó el papel firmado por el general comandante del Gross Paris. El oficial, con gesto brusco, rechazó el papel.

—No tiene la menor importancia quién sea el general que ha firmado este papel —dijo—. Desde el 20 de julio, hay muchos generales de la Wehrmacht a los que ya no obedecemos.

Saint-Phalle vio cómo Bender se estremecía al oír aquellas palabras. Luego, su cara se deformó por la ira y llenó de amenazas al capitán. Sorprendido ante aquella violenta reacción, el oficial consintió al fin en telefonear al cuartel general del Gross Paris, para pedir instrucciones. Se alejó en compañía de Bender, dejando a Saint-Phalle y a sus compañeros bajo la custodia del escasamente vestido centinela.

Los dos hombres no regresaron hasta una hora más tarde. Bender había logrado establecer comunicación con el único alemán de París que estaba enterado de aquella misión. Con voz furiosa, el general Choltitz había ordenado al capitán de las SS que dejara pasar el coche. De lo contrario, «iría él mismo a encargarse de ello».

Con un gesto indiferente de la mano, el oficial alemán indicó a Saint-Phalle que podía seguir su camino. El trabajo de Bender había terminado. Aliviado, contempló como el coche reemprendía la marcha.

Apenas Saint-Phalle había empezado a acelerar, cuando otro centinela saltó desde la cuneta y se echó literalmente sobre el coche. Saint — Phalle frenó de inmediato, preguntándose qué sería lo que gritaba el soldado. Éste no hacía sino repetir una sola palabra, que hizo estremecerse a los ocupantes del coche : «Minen». En efecto, tres metros más allá del coche, empezaba un campo de minas[111]. La primera de aquellas minas tenía potencia suficiente para hacer volar un tanque. Habría reducido a la nada al Citroën, a sus cinco ocupantes y el mensaje verbal que un general alemán desesperado mandaba a sus enemigos.

El centinela sacó entonces del bolsillo una hoja de papel. Examinando el asfalto atentamente, hizo seña al coche de que le siguiera y echó a andar en zigzag. Durante treinta y cinco largos minutos, los cinco ocupantes del coche cruzaron el campo de

minas, en un lento y terrorífico *slalom*, con la respiración entrecortada y la espalda inundada de sudor. Por fin, al llegar a una confluencia de carreteras, el suboficial se enderezó y plegó la hoja de papel, A continuación, señaló con la mano hacia el Oeste y dijo:

— *Die Amerikaner gerad aus: 500 mètres*.

Saint-Phalle no tuvo ni un momento de vacilación ante los dos caminos que se abrían ante él. Al volante de aquel coche que transportaba las esperanzas del general Von Choltitz y el destino de tres millones y medio de parisienses, tomó instintivamente a la derecha por la carretera Neauphle-le-Vieux, la misma que había recorrido cada domingo desde que vino al mundo y que conducía a casa de su abuela.

23

Philippe Leclerc, el general a quien los estadounidenses habían apodado *The impatient lion*, paseaba, excitado, por el campo de aterrizaje del Estado Mayor de la EAGLETAC. Nerviosamente, azotaba con su bastón las altas hierbas de la pista. Detrás de él, Roger Gallois le seguía a distancia respetuosa. El general Bradley no había regresado aún de su conferencia con el general Eisenhower. Dentro de pocos minutos, en las últimas luces del día, Leclerc tendría que despegar en su Piper-Cub, para regresar al puesto de mando de su división.

Algunos minutos antes, Gallois había conseguido dirigir algunas palabras al general francés. Pero la contestación de éste se había reducido a una sola frase, Leclerc repetía incesantemente, como un autómata:

—Es preciso que la orden de marcha llegue esta misma noche.

De pronto llegó del cielo un runruneo lejano. Al oírlo, Leclerc detuvo su paseo y levantó bruscamente la cabeza. Un Piper-Cub descendía para posarse sobre la pista. El general corrió hacia el avión, cuya hélice giraba todavía. Se abrió la puerta. Desde allí, el general Siebert gritó al «león impaciente»:

—¡Ha ganado usted! ¡Le mandan sobre París!

Hacía veinte minutos que, cerca del pueblo bretón de Grandchamps, en la tienda del Gran cuartel general, el general Siebert había informado a Eisenhower y a Bradley de lo que Roger Gallois le había comunicado aquella misma mañana. Eisenhower, al escuchar a Siebert, había fruncido sus espesas cejas. Luego, suspirando, se había vuelto hacia Bradley:

—Es un fastidio, Brad, pero creo que no nos quedará otro remedio que ir allí. Di a Leclerc que se ponga en marcha.

El Piper-Cub de Bradley se posó, a su vez, sobre la pista de la EAGLETAC. Al descender, el flemático general del Missouri llamó a Leclerc y Gallois:

—Se ha tomado la decisión de marchar sobre París —les dijo—. La responsabilidad de ello nos corresponde a los tres. A mí, porque les doy la orden, a usted, general Leclerc, porque va a ejecutarla, y a usted, comandante Gallois, porque fueron sus informes los que nos han llevado a tomar tal decisión.

Después se encaró con Leclerc y, arrastrando las palabras al estilo del *Middle-West*, le dijo:

—Deseo que recuerde bien una cosa: no quiero combates dentro del mismo París. Es la única restricción que pongo a la orden de que lo tomen. Bajo ningún concepto deben producirse combates callejeros en la ciudad[112].

Omar Bradley había contemplado el escalofriante espectáculo que ofrecía Saint-Lo arrasado por las bombas. Se había prometido a sí mismo evitar que tales destrucciones pudieran producirse también en París, ciudad a la que amaba, aun sin haberla visto nunca.

Leclerc se precipitaba ya hacia su avión cuando Bradley le llamó de nuevo.

—Vaya a buscar la orden de operaciones del general de su Cuerpo de Ejército[113] —le recordó.

Era ya de noche cuando Leclerc llegó al Estado Mayor de su división. Saltó del avión y corrió al encuentro del jefe de operaciones, el capitán André Gribius, que le esperaba en el pequeño campo de aterrizaje. De su boca salieron entonces las palabras que habían soñado en pronunciar durante cuatro años:

—Gribius —gritó con voz triunfal—. ¡Pronto! ¡En marcha hacia París!

Entre todas las unidades que combatían bajo el mando de Dwight Eisenhower, no había ninguna más heterogénea que aquella 2ª DB francesa, a la que una orden de su impetuoso jefe lanzaba ahora a la acción. En sus filas, se contaban franceses que habían abandonado sus hogares sin previo aviso, cruzando la nieve de los Pirineos y caminando centenares de kilómetros. Jóvenes que habían afrontado los peligros de La Mancha, a bordo de canoas o barcas de pescadores robadas. Antiguos prisioneros de 1940, escapados de los campos, que, tras muchas odiseas, habían arribado a África del Norte o a Inglaterra, después de cruzar Rusia, Finlandia o Noruega. Hombres cuyas familias no sabían si estaban vivos o muertos, o incluso deseaban que hubiesen muerto, por haber traicionado lo que ellos creían ser el honor de la otra Francia, la de Vichy. En sus filas había franceses que no habían puesto jamás con anterioridad los pies en Francia, árabes que casi no hablaban el francés, negros de la selva de Chad o del Camerún, tuaregs del Sahara, ex soldados del Ejército republicano español, libaneses, mexicanos, chilenos, llegados de sus lejanos países porque no habían podido conformarse nunca con la derrota de Francia. Incluso había en sus filas franceses que se habían disparado mutuamente, al oír los nombres de Charles de Gaulle y de Philipe Pétain. Para todos ellos, aquella guerra en Europa significaba una cruzada. Al final de la ruta polvorienta de Normandía, se encontraba la Jerusalén de que hablaba la orden de su jefe: PARÍS. Muchos de ellos ni siquiera habían estado nunca en la ciudad y, con frecuencia, aun para aquellos que la conocían, no era sino la imagen de la capital que ya no les pertenecía. Sin embargo, todos ellos habían soñado continuamente con París, tanto en las arenas de Libia, como en las montañas del Atlas, como en las landas de Inglaterra. En aquel momento, la nueva de que su próximo destino era París se propagaba a la velocidad del sonido, a la velocidad de sus propias voces que, de eco en eco, lanzaban el nombre mágico de la capital de Francia.

Para el tanquista Jean-René Champion, un francés nacido en Estados Unidos que

no había vivido nunca en Francia, la noticia suponía «un sueño demasiado perfecto en este mundo imperfecto». Aquella noche, mientras aguardaba junto a su carro, que llevaba el nombre de una batalla del año 1914, *Mort-Homme*, se enteraría de que su sueño se había convertido en realidad. El capitán Raymond Dronne, del Regimiento del Chad, cuando se enteró de la noticia, dio tranquilamente a sus hombres la orden de ponerse en movimiento. Luego, sacó el espejo retrovisor de su coche de mando, lo colgó de la rama de un manzano y comenzó a recortarse su frondosa barba roja. Quería que las parisienses, a su llegada lo encontraron guapo. Dentro de cuarenta y ocho horas, empapado en sudor y agotado, negro de grasa y polvo, Dronne vería al fin a las parisienses. Y para muchas de ellas, sería el hombre más guapo que hubiesen visto jamás. Por que él sería el primer soldado francés que entrase en París.

El equipo del *Simoun*, un tanque *destroyer* del 4º Regimiento blindado de fusileros marinos, celebraba en aquel 22 de agosto una noche de fiesta. Su jefe, el segundo contramaestre Paul Quinion, cumplía treinta y seis años. Para festejar el acontecimiento, habían preparado una comida excepcional; un pato que el ayudante de tiro, el marinero-torpedista Guy Robin, había podido agenciarse en una granja de los alrededores. El volátil, desplumado y limpio, estaba a punto de pasar al asador cuando compareció ante los alegres comensales un oficial.

—¡Muchachos, muchachos! —gritó casi sin aliento—. Hay que recogerlo todo. Vamos a aparejar. ¡Y el destino, esta vez, es Paname!

Robert Mady, maestro-cuartelero, cañonero del *Simoun*, recuerda que, entre la tripulación, se hizo de súbito el silencio. Luego, resonó una exclamación dejada escapar al unísono:

—¡Mierda! ¡El pato!

Hubo hombres que, aquella noche, sintieron extraños presentimientos. El capitán Emmanuel Dupont, del Regimiento del Chad, confió a su camarada, el capellán Roger Fouquer, después de haberse confesado:

—Padre[114], temo no llegar a París.

El capellán contempló sorprendido el rostro fino y regular del oficial, que parecía como absorto en un sueño. Y oyó que añadía, con voz melancólica:

—No hay redención sin efusión de sangre. ¿Y por qué ha de ser otro el que caiga y no yo?

El capitán Charles d'Orgeix, del 12º Regimiento de Coraceros, sintió que las lágrimas se le agolpaban en sus ojos al oír gritar la palabra «París». Hacía cuatro años, dos meses y nueve días que, sobre una motocicleta, Charles d'Orgeix había sido uno de los últimos defensores de París. Solos e impotentes ante la ciudad, él y sus hombres habían visto cómo los Panzer los desbordaban y cargaban contra la capital. Charles d'Orgeix podría tomar ahora su desquite sobre aquellos Panzer. Esta vez no combatiría desde una motocicleta, sino desde un Sherman nuevo, cuya silueta potente

se destacaba en la luz del crepúsculo. En letras blancas llevaba pintado un nombre sobre la torreta. Se llamaba *París*.

El ejército de corresponsales de guerra, tan impaciente como Leclerc y sus hombres, se preparaban también para lanzarse hacia París.

Entre todos aquellos hombres que representaban en Normandía la Prensa libre de todo el mundo, sólo parecía haber uno que aquel día no se dirigiera a París. En realidad, Larry Leseur, corresponsal de la cadena de radio estadounidense CBS, avanzaba en sentido contrario. Iba a Inglaterra. Y no obstante, había una razón muy especial que le empujaba a no perderse el espectáculo de la liberación de París. Él había sido el último hombre de radio estadounidense que salió de París el 10 de junio de 1940. Y se había jurado ser el primero en anunciar por las ondas la liberación de la ciudad.

Mas he aquí que, tres días antes, había sufrido un pequeño accidente, pero grave para él. Al morder una barrita de chocolate se le había roto un diente. Este accidente que, para otro, hubiera sido desagradable pero sin importancia alguna, dejaba a Leseur convertido en un verdadero inválido. Al hablar, emitía un desagradable silbido. Lo había probado todo: taparse el agujero con una bola de harina, pero ésta se había fundido tan pronto como cerró la boca. No había nada que impidiera aquel terrible silbido. Y para un reportero de radio este pequeño detalle resultaba fatal.

No le quedaba más que una solución: ir a Londres para ver a un dentista. Mientras volaba sobre el Canal de la Mancha, sentía cierto con suelo. El martes a mediodía, antes de decidirse definitivamente a marchar, había preguntado al general Courtney Hodges, comandante del 1er Ejército estadounidense, cuándo creía él que podría ser liberado París.

—No antes de quince días —había contestado categóricamente Hodges.

Mientras Leseur marchaba hacia Londres, el competidor a quien más temía, Charlie Collingwood, el otro corresponsal de la CBS, registraba ya su primer informe sobre la liberación de París. Inmediatamente después de la marcha de Leseur, Collingwood se había encontrado con el general Bradley en el Estado Mayor del 12º Grupo de Ejército y aquél le había proporcionado una información inestimable. Bradley le había dicho:

—Los parisienses se han sublevado. Parece que la 2ª DB acudirá para ayudarles.

En el acto, Collingwood comenzó a registrar en el magnetófono un reportaje imaginario de la liberación de París. Tan pronto como llegase el primer telegrama anunciador de esta liberación, pasase lo que pasare, incluso aunque se encontrase a cien kilómetros de la emisora más cercana, el estadounidense tendría dispuesto en Londres un reportaje «fresco», palpitante, patético, listo para ser transmitido a todos

los Estados Unidos. El prudente Collingwood creía que ésta era la más elemental de las precauciones.

—La 2ª División francesa ha entrado hoy en París —empezó a dictar al micrófono—, después de que todos los heroicos parisienses se hubieron sublevado en masa para aplastar a los aterrorizados soldados de la guarnición alemana…

Una vez que Collingwood hubo terminado su grabación, la escuchó con atención. Se dijo a sí mismo que no podía haberle salido mejor. A continuación, la empaquetó y la envió a los servicios de censura del SHAEF. Estaba seguro de ser el primer locutor de radio que anunciase a Estados Unidos el mayor acontecimiento histórico de esta guerra: la liberación de París.

El general Von Choltitz tuvo un sobresalto imperceptible. Su jefe de Estado Mayor, el impasible coronel Von Unger, acababa de anunciarle que cuatro oficiales de las SS querían verle. «¡Dios mío! —pensó—. ¿Vendrán a arrestarme?» El comandante del Gross Paris tenía motivos para sentirse inquieto. Sin duda Berlín y Rastenburg, al corriente ya de sus negociaciones con los insurgentes, se habían enterado también de la misión que había enviado al enemigo.

Al entrar, los cuatro hombres hicieron entrechocar sus tacones, levantaron los brazos y gritaron su correspondiente *Heil Hitler*! Luego uno de ellos, un gigante delgado, con la cara cruzada por una cicatriz, se adelantó con aspecto feroz hacia la mesa del general. Llevaba en las charreteras los galones de teniente coronel y Choltitz vio en sus mangas las enseñas de una de las más célebres unidades del Ejército alemán, la División Blindada Juventud Hitleriana. Con voz seca, anunció al general que, cuando se encontraba a ochenta kilómetros al este de París, en su coche blindado de mando, había recibido por radio una orden personal de Heinrich Himmler.

Para el gobernador de París, la mención del jefe de la Gestapo y de las SS representaba la confirmación definitiva de sus temores. El oficial había ido a su despacho para detenerle. Sin embargo, el teniente coronel continuó diciendo que Himmler le había ordenado dirigirse inmediatamente a París para tomar posesión de un objeto de arte guardado en el Museo del Louvre, cierta tapicería que había sido evacuada del museo de la villa normanda de Bayeux. Aquella obra de arte, precisó, no debía caer en manos de los aliados. Tenía la orden rigurosa de llevarla a Alemania, donde sería guardada en lugar seguro. Al oír tales palabras, Choltitz sintió que la sangre afluía de nuevo bruscamente a sus mejillas.

—*Kinder*! —exclamó—. ¡Es maravilloso! Así, pues, ¿han venido ustedes para salvar una obra de arte de la destrucción? ¡Es verdaderamente maravilloso!

En tono paternal e irónico, añadió el general que el oficial debía aprovechar aquella misión para poner a salvo al mismo tiempo otras obras de arte, *La Gioconda*,

por ejemplo, o la *Venus de Milo*, o la *Victoria de Samotracia.*… Pero el oficial denegó con la cabeza. Únicamente la tapicería de Bayeux interesaba a Himmler y al Führer.

El general, tranquilizado, llevó a los visitantes al balcón. Levantando el brazo, señaló en la noche la larga fachada llena de sombras que cerraba a la izquierda la explanada de las Tullerías.

—El Louvre está allí —les dijo.

Recuerda Choltitz que, justamente en aquel momento, desgarró el silencio de la noche una larga ráfaga de ametralladora, salida, seguramente, de una ventana del mismo Louvre.

—Los terroristas ocupan el edificio —comentó tranquilamente el general.

—Sí, así parece —respondió el oficial.

—¿Qué importancia puede tener esto? —siguió diciendo el general—. Las SS son las mejores tropas del mundo y no creo que una banda de terroristas desharrapados pueda infundirles miedo. ¿No es así, coronel?

El oficial guardó silencio durante un rato. Luego preguntó al general si no creía que los franceses hubiesen sacado ya la famosa tapicería.

—No, no —contestó impertérrito el general—. ¿Por qué habrían de hacerlo? —Para confirmar lo que acababa de decir, hizo llamar al oficial que estaba encargado de las funciones más extrañas de su Estado Mayor. A él le correspondía la «protección de los monumentos franceses y de las obras de arte». Aquel oficial confirmó, con toda seguridad, que la tapicería seguía en el Louvre. En aquel momento, el fuego era intensísimo alrededor de aquel edificio. Choltitz y el oficial podían ver salir de varias ventanas las llamas rojizas que lanzaban las ametralladoras y los fusiles ametralladores al disparar contra enemigos invisibles. Choltitz, consciente de las dificultades que la operación ofrecía, propuso cortésmente a sus visitantes poner a su disposición un coche blindado y una sección de soldados. Ellos podrían proteger al comando de las SS mientras se apoderaban de la tapicería. El oficial pareció vacilar. Finalmente comunicó a Choltitz que, en vista de las circunstancias, prefería pedir por radio nuevas instrucciones a Berlín. Dijo al general que volvería dentro de una hora, gritó de nuevo *Heil Hitler*! y salió.

Choltitz no vería nunca más a sus misteriosos visitantes. La preciosa tapicería que tenían orden de sustraer a los aliados y que representaba algo único en la historia siguió en el museo ocupado por los sublevados. En Bayeux, las damas de la corte de Guillermo *el Conquistador* habían bordado sobre setenta metros de tela unas escenas que los cineastas de Hitler no pudieron filmar jamás: la conquista de Inglaterra.

24

De nuevo la negra noche envolvía la campiña que rodeaba al pequeño pueblo normando de Ecouché. Pero aquella noche no había ni silencio ni conspiradores alrededor de las tiendas ocultas bajo los árboles. De pie sobre los escalones de su *roulotte* de mando, de donde, cuarenta y cuatro horas antes, había visto partir a Jacques de Guillebon hacia París, el general Leclerc oía ahora el tableteo de las máquinas de escribir que transcribían la orden de operación en ocho puntos que acababa de dictar. Exactamente dentro de dos horas y treinta minutos, Philippe Leclerc iniciaría el recorrido de los últimos doscientos kilómetros del largo viaje hacia París que había emprendido cuatro años antes en una piragua del Camerún.

Leclerc cogió la hoja de papel mecanografiada que le tendía un secretario: «Para esta operación que conducirá a nuestra división hasta París, os pido un esfuerzo que tengo la certeza de obtener de todos vosotros». Leclerc miró su reloj. Después, firmó y puso la fecha en la orden. Era justamente medianoche.

A aquella misma hora, a mil novecientos kilómetros al Este, bajo unos árboles cuatro veces más altos que los manzanos de la huerta de Ecouché, en el corazón del bosque de pinos de Rastenburg, acababa de empezar la conferencia estratégica de Hitler. Alrededor de la mesa, rodeando al Führer, cuya mano derecha, según recuerda Warlimont, temblaba ligeramente, se encontraban el *Feldmarschall* Keitel, los generales Burgdorf, Buhle, Fegolein y el ayudante de campo de las SS de Hitler, el *Hauptsturmführer* Gunsche. Escuchaban todos en religioso silencio al general Jodl, quien, con las dos manos apoyadas sobre un mapa, emitía el informe de la situación en el frente del Oeste. Hitler, una vez más, había dado orden de que aquel informe precediera al del Este.

Cuando Jodl hubo terminado, Hitler levantó de inmediato la cabeza. Con voz brusca preguntó dónde estaba el «mortero». Aquella vez, el general Buhle estaba en situación de poder contestar. El famoso mortero *Karl* y el tren especial de municiones habían llegado a la región de Soissons, a menos de cien kilómetros de París. Al pensar que aquel ingenio de muerte llegaría pronto a su destino, Hitler dejó escapar un gruñido de satisfacción.

—Jodl, escriba —ordenó febril y jadeante. Y empezó a brotar de su boca un torrente de palabras en forma tan rápida que el digno Jodl casi no alcanzaba a seguirle.

La defensa de la cabeza de puente de París —dictó Hitler— es de capital importancia en el plan militar

y político. La pérdida de la ciudad acarrearía la rotura de todo el frente del litoral al norte del Sena y nos privaría de nuestras plataformas de lanzamiento para la batalla a distancia contra Inglaterra.

A todo lo largo de la historia —siguió diciendo Hitler, mientras golpeaba con el puño sobre la mesa—, la pérdida de París ha acarreado la pérdida de Francia entera.

El Führer recordaba a continuación al comandante en jefe del Oeste, a quien iba destinado el mensaje, que había designado dos divisiones de Panzer para defender la ciudad. Le ordenaba que, a la primera señal de sublevación en París, hiciera uso de «los medios más enérgicos, tales como destrucción de bloques enteros de casas», trabajo que sería facilitado por la llegada de *Karl*, y «la ejecución pública de sus dirigentes». Al pronunciar aquellas palabras, Hitler se encontraba en un verdadero estado de trance. La baba fluía de su boca. Acabó diciendo:

París no debe caer en manos del enemigo. De no conseguirlo, el enemigo no debe encontrar más que un montón de ruinas.

Cuando Hitler cesó de hablar, en el *bunker* se hizo un gran silencio. Warlimont recuerda que sólo se oía el runruneo de los aparatos de ventilación y el rasgueo frenético del lápiz de Jodl sobre el papel, afanándose en anotar las últimas palabras del amo del Tercer Reich.

A cincuenta kilómetros al sur de la frontera francoalemana, en la ciudad de Metz, sumida en la oscuridad, las sombras inquietantes de los Panzer aplastaban los adoquines de la ruta que habían seguido tres generaciones de invasores alemanes en menos de un siglo. Los soldados, cansados de su largo viaje desde Jutlandia, avanzaban como autómatas dentro de los pesados vehículos. Aquellas tropas, cuya llegada ni siquiera había sido anunciada a Choltitz, constituían los refuerzos destinados a obligar al comandante del Gross Paris a combatir. Eran los primeros elementos de la 26ª División de Panzer, que acababan de llegar a Francia. Al igual que los hombres de la 2ª DB en los vergeles de Normandía, los soldados de la 26ª División de Panzer se encontraban a menos de trescientos kilómetros de París. Y ellos también habían emprendido el camino hacia París a toda la velocidad de los motores.

25

El hombre de pequeña estatura cuya cara parecía esculpida a buril contemplaba arrobado el ruedo de gradas que subía hasta la cúpula. Se llamaba Jean Houcke y era sueco.

Houcke era un hombre feliz. La gigantesca operación comercial que había montado estaba a punto de dar fruto. Dentro de pocos días, París sería liberado. El único gran espectáculo que podrían ver en la capital liberada los tres millones y medio de parisienses enloquecidos de alegría, sería el suyo. Houcke había invertido hasta su último céntimo en disponer su circo dentro del mayor local de París, el «Grand Palais». Allí, entre la avenida triunfal de los Campos Elíseos y la gran explanada de los Inválidos, bajo la cúpula vidriada del gran edificio que durante más de medio siglo había acogido las exposiciones más célebres y las mayores manifestaciones parisienses, el sueco Jean Houcke recibiría, a su vez, a la muchedumbre parisiense. Su circo era el único de los grandes circos europeos que seguía existiendo después de cinco años de guerra. En aquel París hambriento, las jaulas de su colección estaban llenas de leones, tigres y panteras. También había elefantes, caballos y focas. Su tropa de acróbatas y trapecistas sólo podía compararse a la de Barnum. Y de Noruega a España y del Danubio al Atlántico, sus payasos habían hecho llorar y reír a toda la Europa en guerra. Incluso *Augusto* y *Charlie*, en vistas a la liberación y a petición del sueco, habían preparado un número especial: una imitación de Hitler. En suma, toda la fortuna y todas las esperanzas del sueco se cifraban en aquella gran construcción, que olía fuertemente a serrín y a fieras. Houcke, soñando ante las gradas vacías, que su imaginación veía ya combarse bajo el peso de los espectadores entusiastas, estaba convencido de que la liberación de París sería su apoteosis.

Bajo el serrín de la pista, en uno de los subterráneos que albergaban la comisaría de policía del Distrito VIII, el agente André Salmón vio que varios camiones alemanes se detenían junto a los árboles de la avenida. Hacía veinte minutos que los agentes de la comisaría habían tendido una emboscada a un coche de la Wehrmacht que bajaba por los Campos Elíseos. En ella habían perecido los tres ocupantes. «Los *boches* vienen a vengarse», se dijo Salmón. De repente, un pequeño ingenio con ruedas se destacó de los camiones y avanzó hacia la fachada del edificio. A Salmón le causó la impresión de un sapo gigantesco. Se volvió hacia el prisionero que guardaba, el capitán Zigesar-Beines, y lo empujó hacia la lumbrera.

—¿Qué significa eso? —preguntó con curiosidad matizada de inquietud.

El oficial se ajustó dignamente el monóculo y examinó atentamente el ingenio.

Luego, con voz tranquila, contestó a su carcelero:

—Es un tanque teledirigido. Está atestado de explosivos. Si no salimos de aquí inmediatamente, saltaremos con él.

La explosión del Circo Houcke fue escuchada por los tres millones de parisienses. Un instante después, vieron todos cómo se elevaba hacia el cielo de verano una inmensa columna de humo negro, rematada por una seta enorme. En el interior del edificio, entre el humo acre, los gritos y los rugidos, cundía el pánico en hombres y bestias. Para completar la obra del Goliath, el pequeño tanque teledirigido, dos carros Tigre habían comenzado a disparar obuses incendiarios. Las fieras daban tales rugidos que, a veces, dominaban el estruendo de las detonaciones. Los caballos se habían soltado y, locos de espanto, galopaban por el establecimiento en llamas. En el subterráneo de la comisaría, los agentes abrían a toda prisa las celdas en que habían encerrado a una colección de prostitutas detenidas en una batida de la noche anterior. Un caballo logró salir y emprendió una rápida galopada bajo las balas por la avenida de los Campos Elíseos. Pronto, alcanzado por un proyectil, cayó rodando entre el polvo. Pudo verse entonces un espectáculo extraordinario: de todos los edificios cercanos, cuchillo y plato en mano, corrieron parisienses para cortar trozos de la carne, palpitante aún, del bello animal, adornado ya con los pompones azul, blanco y rojo de la liberación.

En el local de la defensa pasiva del barrio de los Campos Elíseos, el instalador de calefacciones Pierre Andreoti se preguntaba si no le hacían objeto de una broma. En los cuatro años que llevaba como jefe del puesto, no había tenido otro trabajo que hacer que cumplir la orden de oscurecimiento durante las alarmas aéreas. En aquel momento, sin embargo, una voz gritaba desesperada por teléfono:

—¡Pronto…! Haga algo… Los leones están a punto de escaparse.

Rodeados por los alemanes, las fieras y las llamas, sin municiones, los policías del Grand-Palais decidieron rendirse. Pidieron a su único prisionero, el altivo barón Von Zigesar-Beines, con el que habían compartido la víspera sus nabos, que negociara la rendición. Zigesar-Beines cogió uno de los largos látigos de domador del Circo Houcke, ató su propio pañuelo a la punta y, con paso digno y solemne, avanzó a través del humo y el polvo para ofrecer a sus compatriotas la rendición de sus carceleros.

Apoyado en pilar, lleno de polvo y hollín, un hombre lloraba a lágrima viva.

—Todo se ha perdido… Todo se ha perdido… —repetía entre sollozos.

Manguera en ristre, un bombero se acercó a Jean Houcke y trató de consolarlo.

—No hay que llorar así, padrecito —decía con el típico acento del parisiense popular—. Dentro de pocos días, llegarán los estadounidenses y todo habrá terminado.

El desgraciado propietario del circo dirigió al bombero una mirada preñada de

sorda rabia. Luego, volviéndole bruscamente la espalda, reanudó con más fuerzas sus sollozos[115].

El humo del Grand-Palais oscurecía el cielo como un presagio siniestro. La vista de aquel humo negro hizo que se esparciera rápidamente un rumor por la ciudad: los alemanes, como represalia contra la insurrección, empezaban a incendiar París. Pronto los parisienses se enteraron, estupefactos, de que un solo tanque teledirigido había sido suficiente para incendiar un edificio de la importancia del Grand-Palais. En pocas horas, por lo tanto, París podía convertirse en otra Varsovia.

Jamás los combates habían sido tan encarnizados por las calles de la ciudad, ni las pérdidas tan graves para ambos bandos. Los soldados del gobernador de París, compensando su inferioridad numérica con la superioridad de su armamento, devolvían golpe por golpe. El coronel Paul Massebiau, quien el sábado anterior, se había apoderado de la comisaría del Distrito I, se vio obligado a ocuparse aquel día de un trabajo mucho más penoso. Hubo de mandar a su hija, incluso, a buscar en una fábrica de Aubervilliers unas cajas de embalaje que se necesitaban para convertirlas en ataúdes. En la noche de aquel miércoles sangriento, el parisiense número quinientos hallaría la muerte en una calle de la capital insurrecta. Pero, también caían muchos alemanes bajo las ráfagas mortíferas de los hombres del coronel Rol.

En su despacho del hotel Meurice, el *Unteroffizier* Otto Vogel, de la 650ª Compañía, oyó una voz alemana que gritaba por el teléfono: «Atención, Hypnose. ¡Socorro…!» Vogel sabía que Hypnose era el nuevo nombre clave del hotel Meurice: «Los terroristas nos atacan… ¡Pronto…! ¡Socorro…!» Vogel oyó a continuación por el aparato el ruido de una ráfaga: «Ya cruzan el patio…» Se oyeron aún varias detonaciones. Después, un grito seguido por estertores. Entre los gemidos, Vogel alcanzó a descifrar una frase : «Mutter… *Mutter*… *Hilf*…!» (Madre… Madre… ¡Socorro!) De repente, se oyó una voz en francés. Luego el silencio. Otto Vogel conservó el aparato pegado a la oreja durante un buen rato. Al fin colgó. No llegaría a saber nunca desde dónde le había llamado el soldado alemán. Con los dientes apretados y la cabeza entre las manos, Vogel quedó postrado durante varios minutos. Por vez primera desde que era un hombre, por las mejillas del pequeño suboficial corrieron las lágrimas.

Por parte de ambos bandos, la lucha iba adquiriendo por momentos caracteres de asesinato en masa. En el puesto de socorro de la Escuela Saint-Vincent-de-Paul, de la calle de la Harpe, una enfermera benévola, obligada a rechazar a un herido alemán, por falta de espacio, oyó decir a un FFI:

—¡Bah! No tiene importancia. Los mataremos a todos.

Segundos más tarde, madame Koch oyó la detonación.

En la plaza de Ternes, un capitán alemán, saltó de un coche y, loco de furor, se lanzó sobre un inofensivo transeúnte, que leía un periódico de la liberación. Lo derribó de un tiro en la cabeza y le aplastó la cara a patadas. La infortunada vendedora de periódicos salvó su vida gracias a su presencia de espíritu. Juró al alemán que no sabía leer.

Pero, como ocurre siempre en todas las luchas, a veces lo mejor acompaña a lo peor. En el patío de la Escuela Militar, otro capitán alemán, llamado Otto Wagner, salvó, en el último instante, a siete agentes de policía del pelotón de ejecución. Había concedido un plazo extra de dos horas a los condenados, durante las cuales uno de ellos podía ir a buscar a siete prisioneros alemanes para que sirviesen como canje. El joven Roger Cadet, al ver partir a uno de sus camaradas, le había dicho en voz baja:

—Ve a ver a mi padre.

Las dos horas ya casi habían pasado. En la cueva en que se encontraba encerrado con sus compañeros, Roger Cadet veía desfilar ante su imaginación los principales acontecimientos de su corta vida. Diez días antes había cometido el gesto irrevocable que lo había llevado al lugar en que estaba. En compañía de su padre, policía como él, y a la luz de una vela había retirado la placa de cemento que cubría el escondite donde se guardaban las armas de su red de resistencia.

Roger Cadet miró su reloj. No quedaban ya más que diez minutos. A poco, vio abrirse la puerta. Se dijo que iba a morir. En el dintel, apareció la alta figura del capitán Wagner. Por el aspecto sombrío del capitán, Cadet comprendió que los prisioneros alemanes no habían llegado. Se levantó y avanzó entre sus compañeros. Tras él, una voz rezaba: «Dios te salve, María…», De repente, detrás del capitán, vio a su padre, empapado en sudor a causa de ir embutido en la chaqueta, abrochada hasta el cuello. Acababa de traer a siete prisioneros alemanes dentro del polvoriento coche celular de la comisaría.

Los pocos parisienses que momentos más tarde pasaron ante la Escuela Militar pudieron ver algo completamente insólito. Mientras la batalla proseguía encarnizada en el barrio, ante la puerta del edificio, dos policías franceses, llevando en el brazo las iniciales FFI, charlaban tranquilamente con un capitán de la Wehrmacht. Eran el joven Cadet, su padre y el oficial alemán que había salvado la vida a los franceses.

A la misma hora, en una sala del hospital, adonde le habían llevado unos camilleros de las FFI, el *Sonderführer* berlinés Alfred Schlenker, intérprete del tribunal militar, que, día tras día, había condenado a tantos franceses a muerte, vio inclinarse sobre él la cara atormentada de un paisano. Schlenker, que había sido incorporado al Batallón de alerta número 1, acababa de ser herido en una pierna en la plaza Saint-Michel. Estaba seguro de que los «terroristas» iban a acabar con él. El alemán vio al hombre que se había inclinado sobre él meter la mano en el bolsillo. «Va a sacar el revólver», se dijo. Y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, dos o

tres segundos después, el alemán vio aquella mano acercarse a su cara. La mano, que no debía olvidar jamás, sujetaba un cigarrillo. Oyó entonces decir al paisano:

—Tienes suerte, Fritz. Para ti ya ha terminado la guerra.

Entre todas las amenazas que pesaban sobre el pueblo de París aquel cuarto día de la insurrección, había una que, de hora en hora, se hacía más angustiosa. Si no llegaba el auxilio de inmediato, los sublevados se verían aplastados. Ya casi no les quedaban municiones. La prefectura de policía contaba apenas con las suficientes para unas cuantas horas de fuego. Al puesto de mando de Duroc llegaban de continuo las llamadas desesperadas de los hombres del coronel Rol. Éste no ignoraba que muy pronto sus tropas, agotadas las municiones, habrían de batirse con arma blanca para hacer frente a las ametralladoras alemanas. Rol estaba con vencido de que los gaullistas no habían transmitido a Londres su llamada apremiante de un envío masivo de armas y municiones sobre París por medio de paracaídas. No obstante, el jefe comunista no tenía razón al atribuir tan oscuros designios a sus rivales. Por el contrario, el general Koenig estaba decidido a que ninguna consideración política retrasara por más tiempo el envío que había pospuesto la víspera por veinticuatro horas. Los ciento treinta aviones de la escuadrilla de los Carpetbaggers estaban listos para despegar rumbo a París, atiborrados con millares de metralletas, granadas, cargadores y cintas de ametralladora. Sin embargo, se veían retenidos en el campo por un enemigo más inflexible que cualquier adversario político. Desde el alba, una niebla espesa, impenetrable, la verdadera *fog* inglesa, envolvía el terreno de Harrington. Mientras observaba los jirones de niebla que se deslizaban a ras del suelo, el coronel Chuck Heflin se preguntaba con impaciencia si llegaría a realizar alguna vez aquella misión. Casi al mismo tiempo, sonó el teléfono secreto de su despacho. El cuartel general del general Koenig en Londres acababa de enterarse de que la 2ª DB corría desde el alba en socorro de París. En la mente de los jefes de Londres, el envío de armas previsto no tenía ya justificación alguna. En seguida, bajo los ojos consternados de su jefe, los hombres del coronel Heflin empezaron a descargar los aparatos[116].

Los gaullistas, de momento, estaban tranquilos. Algunas horas de *fog* británica habían impedido milagrosamente que fuesen lanzadas doscientas toneladas de armas, doscientas toneladas de fusiles y ametralladoras que, algún día, podían haber sido encaradas contra ellos.

26

Nunca habían hecho un almuerzo tan triste. Con las manos sucias de grasa y el aspecto triste y mohíno, el brigadier Serge Geoffroy, del 1er Regimiento de spahis marroquíes, y sus compañeros, vaciaban sus latas de *beans* sin pronunciar palabra. A su alrededor, un gran silencio envolvía la campiña normanda. La división se había marchado. No habían quedado más que Geffroy y sus compañeros. Hacía dos días que el *Marie Jill*, el carro obusero que habían bautizado con aquel nombre en recuerdo de dos pequeñas enfermeras inglesas, estaba averiado.

Cuando hubo terminado su lata de *beans*, el brigadier Geoffroy se levantó y recomendó con voz grave a sus compañeros:

—No os hagáis mala sangre, muchachos. No nos perderemos la liberación de París. Conozco un atajo que nos hará llegar antes que ellos.

Geoffroy cumpliría su palabra.

Desde el alba, a toda velocidad de sus motores, los dos mil vehículos de la división marchaban hacia París. Por las carreteras estrechas y sinuosas de Normandía no se había visto jamás carrera como aquélla. La división, partida en dos columnas de veinte kilómetros cada una, dibujaba sobre el campo una interminable serpiente. Abrían la marcha las autoametralladoras de los spahis de pantalón rojo, los «perros de caza» de la división, que se deslizaban en silencio sobre sus seis ruedas de caucho. Tras ellos, por las torretas abiertas de los enormes carros *destroyers* asomaban los pompones rojos de los fusileros marinos. Seguían luego los carros ligeros de los Regimientos de protección, envueltos en el humo azulado de sus motores diésel. Y, después, araban el suelo con el peso de sus treinta y cuatro toneladas los Sherman de los Regimientos de boina negra y calzones azules.

Había momentos en que las columnas tenían que frenar la marcha, sitiadas por la muchedumbre que se colgaba de los vehículos, les tiraba flores, se abrazaba a los capots y los obsequiaba con fuertes aplausos. Lindas normandas gritaban con orgullo el nombre de los carros. Los Sherman con la cruz de Lorena evocaban el recuerdo de dos siglos de victorias francesas. Se llamaban *Friedland, El Marne, Bir-Hakeim*… En una torreta, se veía un pequeño despacho, con una mesa, un sillón y una lámpara de mesilla de noche. Incluso el cañón era figurado. Era un tubo de estufa, pintado de verde. Con la mitad del busto fuera de la torreta, resbalándole la lluvia por la cara, sin apartar los gemelos de los ojos y un micrófono ante la boca, Philippe Leclerc dirigía el extraordinario carrusel, como si se tratara de un desfile. Su carro llevaba el nombre de la propiedad picarda en donde, desde hacía cuatro años, le esperaban su mujer y sus seis hijos. Se llamaba *Tailly*. A continuación de los Sherman, con sus tubos

amenazadores apuntando al cielo, roncaban los gruesos motores de los 105. Luego, deslizándose sobre cadenas, como torpes escarabajos, venían las hileras de los carros ligeros, atestados de soldados. Seguían los Dodge, con la cruz roja de las enfermeras Rochambelles, los G.M.C. de aprovisionamiento, aplastados por el peso de los bidones de carburante, los vehículos de reparaciones, con las grúas, las cadenas y las palancas, los gigantescos camiones Pacific y sus remolques-transporte de carros. A lo largo de las columnas, iban y venían continuamente motos y *jeeps*, llenos de barro, carros de mando erizados de antenas. Los oficiales, haciendo bocina con las manos, asomaban la cabeza para gritar: «¡Más de prisa!», o bien, para indicar con el brazo que acelerasen más aún. Las dotaciones de aquel ejército, cegadas por la lluvia que no dejaba de caer, ardiéndoles los ojos por los gases procedentes de los carros que les precedían, con su vehículo derrapando a cada momento sobre la resbaladiza calzada, parecían, no obstante, sentir sus fuerzas decuplicadas. En todos los carros, los hombres vigilaban cuidadosamente el funcionamiento del coche: «¡Mientras todo aguante hasta que lleguemos a París!», rogaban. La mirada de Jean-René Champion, el piloto de *Mort-Homme,* saltaba incesantemente de la carretera que se extendía ante él al indicador de aceite de su tablero. Champion sabía que, si la pequeña aguja blanca llegaba a sobrepasar la marca roja, ello supondría el final de su «sueño perfecto» de liberar París. Tendría que detenerse. Al igual que todos los hombres de la división, Champion sólo sentía un temor: tener que abandonar la columna. El teniente Henri Karcher, del Regimiento del Chad, miraba la pequeña foto ajada que llevaba pegada en una esquina del parabrisas. Aquella foto había dado la vuelta a toda Europa antes de recibirla. Representaba a un niño de dos años al que no había visto nunca. Su hijo, Jean-Louis, nacido el 3 de junio de 1940, vivía al final de aquella carretera, cerca de París. Al lado del teniente, el chófer Léon Zybolski, un húngaro, cegado por la lluvia, el barro y el humo del carro que le precedía, no cesaba de repetir en una letanía inacabable: «Mi teniente, ¡nos vamos a meter en la cuneta!» El oficial de informes Alfred Betz, en su *jeep*, al que había dado el nombre de *Mata Hari*, tuvo de repente un sobresalto. Medio dormido, acababa de ver al pasar una placa que llevaba el nombre del pueblo que cruzaba en aquel momento: «¡La Loupe! —repitió para sí—. ¡Dios mío! ¡Estamos en La Loupe!» Recordaba que, cuatro años y dos meses antes, en una mañana lluviosa como aquélla, cruzó también aquel pueblo con el Estado Mayor del 9º Cuerpo de Ejército en plena derrota. También el chófer de su *jeep*, el soldado de segunda François Mutcheler, había pasado por La Loupe. Pero no hacía de ello más que ocho días. Llevaba entonces el uniforme de un *Feldwebel* de las Waffen SS. El alsaciano Mutcheler, que había sido incorporado obligatoriamente a la Wehrmacht, había desertado. Ahora acudía para liberar el pueblo que ocupara antes con uniforme *feldgrau*. Como rodas de mil navíos, los tanques surcaron pronto las vastas llanuras de la Beauce. El contramaestre-cañonero Robert Mady, desde la

torreta del *Simoun*, vio aparecer, entre el «océano amarillo del trigo», los campanarios de la catedral de Chartres. Pasada la primera emoción. Mady se extrañó de que no se hubiese llevado a cabo todavía la siega[117].

Cuando el capitán Alain de Boissieu, de treinta años, que mandaba el escuadrón de protección del general Leclerc, divisó a su vez, en medio del trigo, la silueta maciza de la catedral, se dijo: «He llegado a casa». Hacía cinco años que Alain de Boissieu había abrazado a sus padres por última vez, en el elegante hotelito particular donde vivían, a orillas del Eure, de tras de aquellos campanarios. Apretando a fondo el acelerador de su *jeep*, se lanzó hacia delante, remontando la columna. Pronto llegó al pueblo, dio la vuelta a la catedral y subió por el bulevar Charles-Péguy. Hubo de detenerse ante un puente que, fragmentado en dos, como si hubiese sido cortado de un hachazo, yacía en medio del río. Al otro lado, casi enfrente de él, Boissieu vio lo que parecía ser una decoración cinematográfica: una casa con la fachada abierta, el techo decapitado, los muros caídos. Boissieu, petrificado, quedó plantado contemplando aquel cuadro como en sueños. ¡Acababa de reconocer su propia casa! El oficial interrogó entonces a una vieja que llegó por el otro extremo de la calle. Supo por ella que los alemanes, antes de retirarse, habían hecho saltar todos los puentes sobre el Eure. Todas las casas, incluso la de sus padres, habían sido evacuadas. En el puente que había ante su casa, el oficial alemán había hecho poner seis torpedos extras, «para que madame de Boissieu supiera —había dicho— lo que costaba tener un hijo con De Gaulle». Al con templar las ruinas en torno suyo, se le ocurrió al oficial un pensamiento estremecedor. «¡Dios mío! —se dijo—. Si los boches hacen lo mismo en París, ¿qué tragedia vamos a encontrar allí?»

El portador del único mensaje verbal que quizá pudiese salvar todavía a París de la suerte que temía Alain de Boissieu había llegado al colmo de la desesperación. Hacía doce horas que Rolf Nordling, el hermano del cónsul de Suecia, sufría unos interrogatorios tan minuciosos como agotadores. En aquel momento, en el mismo campo de aterrizaje donde, la víspera, el general Omar Bradley había concedido a Leclerc «luz verde» para lanzarse hacia París, Rolf Nordling confiaba al general estadounidense él objeto de su misión. Bradley, con el casco echado hacia atrás, escuchaba en silencio las palabras del sueco. Nordling le decía que el general alemán había recibido órdenes concretas para llevar a cabo en la ciudad todas cuantas destrucciones importantes le fueran posibles. No había empezado a ejecutar aún la orden. Pero si la situación se prolongaba, no tendría más remedio que hacerlo. Advirtió Nordling que, personalmente, el general alemán se sentía ya amenazado con el relevo inmediato de su cargo. Lo que parecía desear era la entrada de las fuerzas aliadas en París antes de que recibiera refuerzos o se viera obligado a obedecer la

orden sobre destrucciones.

Bradley reaccionó inmediatamente. La operación que había autorizado el día anterior adquiría de repente un carácter de urgencia desesperada Bradley, al igual que Eisenhower, sabía que las divisiones SS Panzer números 26 y 27 se habían puesto en marcha desde el norte y este de Francia, así como varias otras unidades alemanas. Creía Bradley que algunas de estas unidades se dirigían, sin duda, a París. Si los aliados no llegaban antes que ellas, se corría el riesgo de que la ciudad se convirtiera en un espantoso campo de batalla. Pero lo que, por encima de todo, temía el estadounidense era al propio general Choltitz. «No podemos exponernos a que ese tipo cambie de parecer», pensó. Bradley se volvió entonces a Siebert.

—Ed —le ordenó—. Di a Hodge que advierta a la división francesa para que haga marchas dobles. —Luego, acordándose de súbito del largo camino que la 2ª DB debía recorrer, añadió—: Di también a Hodges que tenga la 4ª División preparada para cargar sobre París. No podemos correr el riesgo de que ese j… general cambie de parecer y haga saltar París.

27

Sin decir palabra, Dietrich von Choltitz tendió al hombre bajo y con monóculo que tenía enfrente la hoja de papel azul. Hacía veinte años que Choltitz conocía al coronel Hans Jay. De jóvenes, cuando ambos eran oficiales, habían servido juntos en el mismo Regimiento. Y dos años antes, en el hotel Adlon de Berlín, habían celebrado juntos la promoción de Choltitz a general. Mientras el coronel, impasible, leía el telegrama, Choltitz contemplaba, una vez más, la perspectiva de las Tullerías desde su balcón. Pero aquella mañana no había risas de niño y ni una sola vela animaba los jardines sobre el agua límpida de los estanques. Alrededor de los macizos y de los bosquecillos que, dos siglos y medio antes, había diseñado Le Nôtre, el general alemán podía ver únicamente las siluetas sombrías y amenazadoras de sus soldados.

Cuando Jay terminó de leer el telegrama, lo plegó y lo devolvió al general. Choltitz buscó en vano alguna sombra de emoción en la cara fina y distinguida del que tenía ante él. Esperaba una palabra de comprensión, un gesto de consuelo, algo que le hiciera sentir que no estaba solo. Porque, en el telegrama, estaba escrita la orden más brutal que había recibido en toda su carrera militar, la orden demente que Hitler había dictado a Jodl la noche anterior y que ordenaba a Choltitz convertir la ciudad que se extendía a sus pies en un «campo de ruinas» Pero Jay se limitó a lanzar un suspiro y murmurar:

—Es una desgracia, pero ¡no tienes donde escoger![118]

Era la misma contestación que, diez minutos antes, había recibido del único hombre a quien había mostrado también el telegrama: su frío y distante jefe de Estado Mayor, el coronel Hans von Unger.

Al oír aquellas palabras, el general Choltitz apoyó con gesto brusco la pesada mano sobre el aparato telefónico y ordenó:

—Póngame con el Grupo de Ejércitos B.

Bañada por la luz artificial de su *bunker* subterráneo de Margival, a noventa kilómetros al norte de París, del cual no había salido en cinco días, la cara del jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos B había adquirido un tinte cerúleo. No obstante, en aquel momento parecía más pálida aún, al escuchar la voz brutal, imperiosa y cargada de sarcasmo que resonaba en el aparato.

—Creo que se sentirá satisfecho de saber que el Grand-Palais está ardiendo.

Luego, el comandante del Gross Paris expresó su gratitud por la «bonita orden» que le había mandado el Grupo de Ejércitos.

—¿Qué orden? —preguntó Speidel.

—¡La orden de convertir a París en un montón de ruinas! —contestó Choltitz.

—El Grupo de Ejércitos no ha hecho más que retransmitir la orden —protestó Speidel—. Proviene personalmente del Führer.

Haciendo caso omiso de las protestas de Speidel, Choltitz continuó diciendo que quería que estuviese enterado de las disposiciones que había tomado para la ejecución de aquella orden. Ya había hecho colocar una tonelada de explosivos en la Cámara de los Diputados, dos toneladas en el subsuelo de los Inválidos y tres toneladas en la cripta de la catedral de Notre-Dame.

—Supongo, naturalmente, Herr general —continuó Choltitz—, que estará usted de acuerdo con estas medidas.

A estas palabras, siguió, de momento, un grave silencio. Speidel dirigió la mirada a los frágiles cuadros de las torres de Notre-Dame y la perspectiva de las Tullerías que decoraban las paredes de acero y hormigón de su *bunker*. Luego, con voz apenas perceptible, contestó:

—Sí…, naturalmente, Herr general… Estoy de acuerdo.

Choltitz advirtió entonces al jefe de Estado Mayor que también lo tenía todo preparado, «para hacer saltar de una vez la Madeleine y la Ópera». Dijo, además, que se estaban haciendo los preparativos para dinamitar el Arco de Triunfo, con objeto de dejar libre el ángulo de tiro de los Campos Elíseos «y también la torre Eiffel, a fin de que las vigas de hierro, al caer, obstruyeran los puentes, que, para entonces, ya habría destruido».

Speidel, en su *bunker*, se preguntaba si el comandante del Gross Paris bromeaba o había perdido la razón. Pero Choltitz no bromeaba. Tampoco había perdido la razón. Aterrado por la orden que le había transmitido el Grupo de Ejércitos, trataba de «hacer comprender a Speidel la terrible situación de un soldado que recibe semejante orden y debe obediencia a sus jefes».

Al otro lado del Sena, en la central de transmisiones de la calle Saint-Amand, casi vacía, los hachazos del *Feldwebel* Blache resonaban como disparos. Blache, el suboficial cuyos hombres, cuatro días antes, habían sido «asados como salchichas» ante la prefectura de policía, destruía, uno tras otro, los doscientos treinta y dos telégrafos. Su camarada, el *Feldwebel* Max Schneider, tendía al mismo tiempo los cuatrocientos metros de mecha conectada a las doscientas cargas explosivas que habían sido repartidas entre los tres pisos subterráneos de la Central. La mecha dio pronto la vuelta al bloque de casas y llegó hasta el Peugeot 202, desde el cual debía provocar la explosión el jefe del comando de destrucción, el *Oberleutnant* Von Berlipsch. Blache hizo saltar en pedazos al último aparato y los seis hombres del comando salieron corriendo del edificio. Tras ellos oyeron que las notas de un vals salían por una ventana. Con el apresuramiento, habían olvidado destruir la emisora de radio.

Blache pudo ver, al final de la calle, tras los *Feldgendarmes*, las caras ansiosas de

los vecinos del barrio que habían evacuado sus casas precipitadamente. Con un brusco gesto, el *Oberleutnant* Von Berlipsch bajó la palanca de contacto. Segundos después, la central de transmisiones, que, durante cuatro años, había atendido a todos los mensajes de los Ejércitos alemanes del frente del Oeste, desde Noruega a España, desapareció en medio de una espesa nube de polvo y de humo. Eran las 11,51. Acababa de llevarse a cabo una ínfima parte del vasto programa de destrucciones a que Hitler había condenado a París.

En el subsuelo de los Inválidos, otro oficial, el *Oberleutnant* Ottfried Daub, del 112º Regimiento de Transmisiones, vigilaba el tendido del cable detonante conectado a las cargas colocadas bajo la central telefónica. Los hombres del *Spreng Kommando* del *Oberleutnant* Daub habían colocado también en las galerías, además de los explosivos, botellas de oxígeno comprimido a ciento ochenta atmósferas. En el momento de producirse la explosión, aquellas botellas tendrían la fuerza destructiva de decenas de bombas incendiarias. Provocarían un incendio pavoroso, que asolaría completamente la central y, probablemente, los edificios cuatro veces centenarios de los Inválidos, el Museo de la Armée, el Hotel de los Inválidos e incluso la cúpula de oro bajo la cual descansaba, en un sarcófago de mármol[119], otro conquistador de Europa: Napoleón Bonaparte.

Por su parte, en el Palacio de Luxemburgo, a pesar de las treinta y cinco horas de cortes eléctricos, los obreros de la organización Todt habían acabado de horadar las cámaras de minas. Los soldados de Choltitz habían amontonado ya en las bodegas del palacio siete toneladas de chedita, lo suficiente para hacer llover sobre la mitad de París los restos de la cúpula de ocho caras y convertir en confeti los frescos de Delacroix.

En la plaza de la Concordia, tras las columnas corintias del Palacio de Gabriel, sobre el cual ondeaba el pabellón blanco y negro de la Kriegmarine desde hacía ya cuatro años, los marinos a las órdenes del *Korvet-Kapitän* berlinés Harry Leithold guardaban en sus bodegas más de cinco toneladas de Tellermina y municiones. Lo bastante, según había asegurado a sus superiores, para «hacer saltar el edificio y todo el bloque de casas adjunto».

Al extremo de la gran plaza, en la otra orilla del Sena, los soldados de la 813ª *Pionierkompanie* del capitán Werner Ebernach, que ocupaban el patio de la Cámara de los Diputados, habían recibido refuerzos. Durante la noche había llegado del Este la 177ª *Pionierkompanie* de la 77ª División de infantería. Mientras los hombres de Ebernach acababan de minar los cuarenta y dos puentes del Sena, cuya explosión, en aquel París tan densamente poblado, provocaría una catástrofe tal que la destrucción de los puentes de Chartres no representaría a su lado más que un simple rasguño, la nueva compañía terminaba la excavación de las cámaras de minas bajo los edificios cercanos a la Cámara de los Diputados. En las bodegas del mismo Palacio Bourbon,

templo de la democracia francesa, y en el elegante hotel vecino, el hotel de Lassay, residencia del presidente de la Cámara, los martillos neumáticos habían horadado ya los lugares destinados a albergar los explosivos. Más allá, bajo las habitaciones artesonadas en oro del Ministerio de Asuntos Exteriores, los soldados de la 177ª *Pionierkompanie* habían depositado varías cajas de TNT. De este modo, el admirable conjunto arquitectónico que bordea la plaza de la Concordia y el Sena, desde el bulevar Saint-Germain hasta la explanada de los Inválidos, estaba destinado a desaparecer de una sola vez. Al mismo tiempo, en el otro lado de la plaza, los marinos del *Korvet-Kapitän* Leithold harían saltar los Palacios de Gabriel, a cada lado de la calle Royale. Con lo cual incluso dentro del mismo horror, sería respetada la simetría de la plaza más bella del mundo. No quedarían más que ruinas, tanto de un lado como del otro.

Un Kuberwagen camuflado con follaje llego aquella mañana a la explanada del Campo de Marte y se detuvo ante el pilar sur de la torre Eiffel. Cuatro hombres se apearon de él y dieron la vuelta a pie alrededor de cada pilar. Pertenecían los cuatro al *Verkindugskommando* (comando de enlace) de la división SS Liebenstandarte Adolf Hitler. Hacía una hora que habían recibido un mensaje directo de Berlín. Aquel mensaje les ordenaba preparar la destrucción del *Waterzeichen von Paris in die luft zu jagen*, es decir, «del símbolo de París en el cielo». El *Untersturmführer* Hans Schuett, de Leipzig, y sus camaradas no habían vacilado ni un segundo. En su mente, el «símbolo de París» no podía ser otra cosa que la torre Eiffel.

En las estaciones, las centrales eléctricas, las centrales telefónicas, bajo los Inválidos, en el Palacio de Luxemburgo, la Cámara de los Diputados, alrededor de los cuarenta y dos puentes, del Quaid'Orsay y de la Kriegsmarine de la Concordia, en una palabra, en todo París, estaban ya casi terminados los preparativos del despiadado plan impuesto por el O.K.W. Faltaban muy pocas horas de trabajo y la orden del general Von Choltitz para que París corriera la suerte apocalíptica de Varsovia. No obstante, en su despacho del hotel Meurice, el general alemán se sentía presa de terrible indecisión. Algunos de sus oficiales se habían permitido ya reprocharle no haber hecho uso de todos sus medios para reprimir la insurrección. Rodeado por hombres que parecían aceptar con fatalismo las órdenes dementes de Adolfo Hitler, Dietrich von Choltitz se preguntaba angustiado por cuánto tiempo podría diferir aún su ejecución.

28

La radio dejaba oír una dulce melodía. El hombre «que silbaba al hablar», instalado confortablemente en el sillón de un famoso dentista londinense, veía acercarse el fin de sus males. Ante Larry Leseur, locutor de la cadena estadounidense CBS, estaba el diente completamente nuevo que el dentista mantenía cogido con una pinza, a punto de colocárselo.

Leseur se decía que, dentro de su desgracia, había estado de suerte. Si aquello le hubiese sucedido unos cuantos días después, se le habría escapado el único acontecimiento de toda aquella guerra que no hubiese querido perder por nada en el mundo: la liberación de París.

De repente, cesó la música y Leseur oyó que el locutor rogaba a los radioyentes que no se apartasen del aparato, porque iban a dar una «noticia importante». Segundos después, una voz desenfrenada gritaba por el aparato: «¡París ha sido liberado! ¡París ha sido liberado!»

Al otro lado de Londres, en un estudio de Bush House, cuartel general de la BBC, el representante londinense de la cadena estadounidense CBS se sintió el hombre más feliz de la capital británica al oír aquel grito. Dick Hottelet tenía guardada en un cajón una pequeña cajita redonda que contenía un tesoro inapreciable. Era el reportaje imaginario de la liberación de París que había sido grabado la víspera por Charlie Collingwood, el competidor directo de Larry Leseur. Por una serie extraordinaria de circunstancias, le había llegado el registro sin haber sido censurado[120].

Collingwood había logrado el éxito más sensacional de su vida. Dentro de breves instantes, su voz penetraría en millares de hogares, describiendo con acento dramático la liberación de París. Dos diarios de Nueva York cambiaron de inmediato su primera página y publicaron íntegramente el reportaje, bajo unos títulos enormes. En Méjico, donde eran entonces las cinco de la mañana, todos los periódicos modificaron asimismo su primera edición. Sobre la pantalla luminosa del diario *Excelsior*, aparecieron de repente, en la noche, escritas con letras de fuego, las tres palabras: «París está liberado»[121]. Al cabo de algunas horas, cuando se recibió la noticia tres mil kilómetros más al Sur, la muchedumbre invadiría, por primera vez desde 1939, las calles de Buenos Aires e iría a gritar bajo la ventana de Perón: «¡Democracia, sí; Eje, no!» En el otro confín de Estados Unidos, la noticia corrió también por las tortuosas calles de Quebec. El alcalde Lucien Borne pidió entonces a sus conciudadanos que empavesaran la ciudad con la enseña tricolor. El mismo Franklin D. Roosevelt, cuando se enteró de la noticia, en Washington, al despertarse, sonrió y dijo: «Es un presagio brillante de la victoria total».

A unos centenares de metros de la Casa Blanca, el viejo general Pershing, que, veinticinco años antes, se había batido tan valerosamente para liberar a Francia, tuvo aún fuerzas para articular algunas palabras desde su lecho en el hospital: «¡Qué feliz me siento!», dijo En Nueva York, al pie del rascacielos del Rockefeller Center, ante veinte mil delirantes estadounidenses, Lily Pons comenzó a cantar *La Marsellesa*, mientras unos marinos con pompón rojo en su gorra izaban la bandera tricolor. En Londres, en las calles populares del Soho, en Piccadilly Circus, alrededor de la columna de Nelson en Trafalgar Square, la gente se felicitaba, se abrazaba y entonaba también *La Marsellesa*. Para los miles de londinenses, tan duramente afectados por la guerra, la liberación de París suponía un día glorioso anunciador de la victoria final. El mismo monarca, uniéndose al regocijo de sus súbditos, envió un expresivo telegrama a De Gaulle para expresarle su alegría.

En medio de la euforia general, nadie prestó la menor atención a las protestas confusas del Gran cuartel general aliado. La increíble nueva se había propagado con tanta rapidez a todos los confines del mundo que no había mentís alguno que pudiera detenerla.

Y, no obstante, era el bulo mayor de la historia. Sobre París, en cuyas calles y avenidas retumbaba el estruendo de los carros y camiones del general Von Choltitz, la nueva de la liberación fue como una ducha de agua helada. El teniente estadounidense Bob Woodrum, que en la trastienda del tocinero de Nanterre se preguntaba angustiado si su amigo Pierre Berthy, encerrado en Mont-Valerien, seguiría aún con vida, oyó de repente a Lily Pons entonar *La Marsellesa*. Como para hacerle coro, pasó entonces por la calle, disparando, una autoametralladora y varias balas se incrustaron en la parte frontal de la tienda. El estadounidense se dijo, estupefacto: «No es posible! ¡Alguien tiene que estar equivocado!» En el apartamento privado del presidente del Consejo, en el hotel Matignon, que hacía dos días ocupaban Yvon Morandat y su secretaria Clarie, ambos se miraron aturdidos. Al mismo tiempo que les llegaban por la radio las notas solemnes del carillón del Big Ben anunciando la liberación de su ciudad, Yvon y Claire oían el crepitar continuo de los disparos en las calles próximas. Claire estaba furiosa:

—Estos j… no saben lo que se dicen —murmuró.

Y cerró la radio con rabia.

En el cuarto piso del número 3 de la plaza del Palacio Bourbon, justamente enfrente de la entrada a la Cámara de los Diputados, donde precisamente aquel día los soldados alemanes daban muestra de una actividad inusitada, una mujer reconoció de pronto la voz de Charlie Collingwood. Hacía diez minutos que otra voz, la del conserje del inmueble, habría advertido a Marie-Louise Bousquet, una dama de la sociedad parisiense, que los alemanes se preparaban para hacer saltar la Cámara y los

edificios contiguos. Marie-Louise Bousquet estaba ahora llena de estupor. ¿Cómo podía ser que un joven tan encantador como aquel estadounidense, que ella había recibido varias veces en sus salones antes de la guerra, pudiera hacer algo así? Marie-Louise se prometió que, si tenía ocasión de ver nuevamente a Collingwood, le haría lamentar su ligereza.

Por primera vez en tres días y tres noches, el coronel André Vernon bebió su taza de té sin hacer mueca alguna. En su pequeño despacho del Estado Mayor de las FFI de Bryanston Square, en Londres, encendió la pipa, se arrellanó confortablemente en el sillón y pensó con satisfacción en el gran bulo que había lanzado. Porque era él el verdadero autor de la falsa nueva de la liberación de París. Hacía seis horas que, en aquel mismo despacho, había descifrado el último mensaje de Jacques Chaban-Delmas. Era un SOS patético, en el que advertía que, a menos que los aliados llegasen inmediatamente a París, habría una tremenda matanza. Vernon ignoraba que en aquel momento la 2ª DB corría hacia París. Se había torturado los sesos en busca de una idea, una estratagema que pudiera obligar a los aliados a iniciar por fin la marcha sobre la ciudad. De repente, tuvo una idea luminosa. En el silencio del alba, comenzó a escribir unas palabras. Era un boletín de noticias tan imaginario como el mismo reportaje que Charlie Collingwood había registrado la víspera. El astuto coronel se dijo que si la BBC aceptaba darlo por las ondas, el Mando aliado no podría hacer otra cosa que ocupar la ciudad que él mismo acababa de liberar de un plumazo.

29

Desde la ventana del comedor del Grand Veneur, el teniente Sam Brightman, del servicio de información del SHAEF, contemplaba los carros, los vehículos de toda clase, el enjambre de periodistas, los centenares de paisanos con brazal tricolor, los oficiales de todas las nacionalidades que ofrecían un espectáculo parecido a una colmena rumorosa y desordenada. «Ya no falta más que el mismo De Gaville —pensaba el estadounidense— para convertir a Rambouillet en el blanco más precioso que se haya podido ofrecer a los alemanes desde el día "D"».

Por la cara del teniente Brightman se extendió una sonrisa de satisfacción. La joven sirvienta le traía la lata de *beans* recalentados con que iba a acompañar los pasteles de su ración K. Sobre la bandeja, llevaba un tesoro que llenaba la boca del oficial estadounidense de saliva de impaciencia: una preciosa botella de *riesling*, que había sobrevivido a cuatro años de ocupación alemana y a cuatro días de invasión periodística. Brightman vio que la joven, al llegar frente a la mesa, se detenía de repente, con la boca abierta, como si se encontrase frente a una aparición. Se oyó un estrépito de vidrios rotos. Había dejado caer la bandeja. Sus ojos, llenos de luz primero, se arrasaron en lágrimas. Y en una especie de éxtasis, comenzó a repetir:

—De Gaulle… De Gaulle… Es De Gaulle…

En efecto, Charles de Gaulle acababa de llegar a Rambouillet. A la vanguardia del Ejército que iba a liberar París, casi en el dintel de la capital, la alta figura solitaria que, durante cuatro años, había sido la encarnación de la Francia libre, acababa de hacer la última etapa del largo camino que le devolvía del destierro. De Gaulle y su séquito se instalaron en el castillo de Rambouillet, donde las puertas, los cortinajes, la plata e incluso los juegos de cama llevaban el monograma del Estado francés, símbolo entonces de un régimen caído. El general rehusó con desdén el magnífico apartamento presidencial y se instaló modestamente en dos habitaciones del último piso. Luego, Claude Guy le vio entrar en la biblioteca y coger un libro al azar, a fin de que su lectura le ayudara a soportar las horas cruciales que se avecinaban. Era *El burgués gentilhombre*. Charles de Gaulle se metió el libro en el bolsillo y bajó a la planta baja. Allí, entre la suntuosa decoración de la sala de fiestas en que había abdicado Carlos IX, sobre la mesa de madera esculpida en la que monarcas, emperadores y presidentes, desde Luis XVI y Napoleón hasta Poincaré, habían dado solemnes banquetes en nombre de Francia, Charles de Gaulle y los tres fieles oficiales de su gabinete abrieron sus latas de las raciones K para cenar. Una vez que hubieron terminado, De Gaulle hizo llamar a Leclerc. Ardía de impaciencia. Cada una de las horas que le separaban de su entrada en París adquiría entonces una

importancia y una dimensión enormes.

Leclerc había meditado cuidadosamente los informes que habían sido suministrados al jefe de su 2º buró, el comandante Paul Repiton-Préneuf, por «papá» Hemingway y por las decenas de FFI que habían podido franquear las líneas alemanas. Había tomado una decisión importante. Las órdenes de sus superiores del 5º Cuerpo estadounidense eran lanzarse sobre París por el camino más corto, es decir, por Rambouillet y Versalles. Pero los informes recogidos durante las últimas veinticuatro horas indicaban que los alemanes habían colocado más de sesenta carros de refuerzo en aquella ruta y que la habían acribillado de minas. Por lo tanto, Leclerc decidió por su cuenta y riesgo desplazar veinticinco kilómetros al Este el eje de su marcha, pasando por Arpajon y Longjumeau, a fin de entrar en París por la puerta de Orleáns En su prisa por seguir adelante, el general francés descuidó hacer aprobar este cambio de itinerario por sus superiores estadounidenses, lo que, algunas horas más tarde, debía acarrear reacciones violentas y amargas.

En el salón de fiestas del castillo, desembarazada ya la mesa de latas de conservas y cajas de raciones, Leclerc expuso su plan a De Gaulle. Sabían los dos que el tiempo les pisaba los talones y que, ante ellos, los alemanes reforzaban rápidamente sus defensas. La operación, que veinticuatro horas antes parecía una marcha triunfal, amenazaba ahora con convertirse en un verdadero asalto. Si Leclerc no imprimía una rapidez fulminante a su acción, se arriesgaba a quedar bloqueado con toda su división en la ruta de París. Durante aquel tiempo, los alemanes podrían aplastar la insurrección de París y aportar refuerzos a su guarnición. De Gaulle siguió con toda atención el informe del joven general. Después de madura reflexión, levantó la cabeza y dio su conformidad[122].

Charles de Gaulle fijó su mirada directamente en los ojos de Philippe Leclerc. De Gaulle sentía un afecto especial por aquel picardo taciturno e impetuoso. Para él. Leclerc era como un hijo espiritual.

—Tiene usted suerte —le dijo simplemente.

El capitán Alain de Boissieu oyó que su futuro suegro murmuraba después, con voz apremiante, unas últimas palabras—: Actúe con rapidez, por Dios. ¡Que no dé tiempo a que nazca una nueva Comuna!

30

El cabo Louis Loustalot, de la 97ª compañía de CG, preparaba una cama. Tres días antes, había pasado la última noche el *Feldkommandant* alemán de Rambouillet en aquella misma cama. Al terminar, el cabo dejó sobre la mesilla de noche una tableta de chocolate. Loustalot sabía que, los días en que debía atacar, al «patrón» le gustaba comer chocolate cuando se despertaba. Al día siguiente, al alba, Philippe Leclerc iniciaría la acción más memorable de su carrera: el ataque a París.

Los dieciséis mil hombres de la división, extenuados por la larga y agotadora carrera hasta Rambouillet, casi ciegos después de catorce horas seguidas entre el humo de los escapes, con los monos calados por la lluvia que no había cesado de caer durante todo el camino, se habían esparcido por la campiña y los pueblos situados alrededor de Rambouillet. Deslizándose como sombras en la noche, los GMC de avituallamiento dejaban los bidones de carburantes al lado de los carros y coches blindados. Los hombres, apelando a sus últimas fuerzas, llenaban los depósitos hasta los topes, comprobaban el nivel de aceite y cambiaban las cadenas desgastadas en la desenfrenada carrera de doscientos kilómetros. Los jefes de Cuerpo, bajo las tiendas de sus puestos de mando montadas a toda prisa y a la luz vacilante de las lámparas mineras, estudiaban con sus oficiales las órdenes de operaciones, examinaban los mapas, copiaban informes y organizaban el itinerario del día siguiente. La división atacaría París por tres sitios distintos, dividida en tres grupos de asalto. Bajo un árbol del bosque de Rambouillet, el comandante Henri de Mirambeau, del 40º Regimiento de artillería, determinaba los planes de fuego con el teniente coronel estadounidense que mandaba el grupo de 155 añadido a la división. El día siguiente, a las ocho en punto, los gruesos 155 estadounidenses, con su alcance de quince kilómetros, y los automotores de Mirambeau aplastarían, cota tras cota, los puntos de apoyo alemanes instalados en las puertas de París.

Quizá no hubiese otro entre todos los oficiales de la división que aquella noche permanecía en vela que esperase el alba con mayor impaciencia que el teniente coronel Jacques de Guillebon. Veinticuatro horas antes, con el pequeño destacamento que se había separado clandestinamente de la división la antevíspera bajo su mando, Guillebon quería lanzarse hacia París y llevar socorro a los insurgentes. Había pedido a Leclerc por radio, en plena noche, autorización para llevar a cabo aquella operación audaz. Pero no llegó a recibir contestación alguna. El ordenanza del general no se había atrevido a despertar a su jefe para transmitirle la petición. Aquella misma noche, pensaba decepcionado, la bandera del gobernador militar de París hubiera debido ondear sobre los Inválidos.

En el bar del Grand Veneur, que los periodistas habían invadido, los oficiales del escuadrón de protección de Leclerc eran objeto de solicitudes apremiantes. Seguros de que el general entraría en París a la cabeza de su división, recuerda el subteniente Philippe Duplay que todos los corresponsales desplegaban verdaderas tretas de sioux para lograr una plaza en un carro o en un *jeep* de los pelotones de acompañamiento.

Los hombres de las unidades se acomodaron como mejor pudieron para pasar aquella última noche antes de la batalla por París. Los marinos del *Simoun*, detenidos cerca del pueblo de Dampierre, no se vieron con ánimos para asar el pato encerrado en el depósito de municiones. Muertos de sueño y fatiga, se durmieron bajo la lona de sus tiendas. Cerca de Limours, el brigadier Patrik Deschamps, un parisiense de veinte años, que había cruzado a pie toda España para unirse a la división, leía a la escasa luz de la bombilla de su Sherman, el periódico más extraordinario que había leído en su vida: *Le Figaro* del día, que un ciclista acababa de traer de la capital insurrecta.

Cuando hubo terminado de dar las órdenes para el ataque del día siguiente, Emmanuel Du Pont, el capitán que se había confesado la víspera en una huerta de Normandía, se retiró a su coche blindado de la 11ª Compañía del Regimiento del Chad, encendió su mechero y se dedicó a leer un librito de cubiertas muy usadas. Era la *Imitación de Cristo*. «En la tierra somos como viajeros y extranjeros…», leyó Emmanuel Dupont. Al llegar a estas palabras, dejó de leer, cerró el libro, sopló la llama del mechero y comenzó a rezar en la oscuridad.

Pero, aquella noche, no había nadie en el mundo que se sintiese más entusiasta y feliz que un simple soldado de segunda de un Regimiento de carros. Tendido sobre la parte trasera de *La Marne*, el Sherman, del cual era piloto, el cazador Paul Landrieux repetía como en éxtasis:

—¡Dios Santo, veinticinco kilómetros! ¿Os dais cuenta, camaradas? ¡Veinticinco kilómetros!

Landrieux acababa de enterarse de que el objetivo de su Compañía para la mañana del día siguiente era el arrabal de Fresnes, situado a veinticinco kilómetros. Aquella corta distancia era todo cuanto le faltaba recorrer para terminar la marcha de tres mil kilómetros que le había llevado hasta los desiertos del Chad y de Libia. Hacía ya tres años que una noche, en Fresnes, le había comunicado a su mujer: «Bajo a comprar un paquete de cigarrillos Gauloises. Volveré dentro de diez minutos». No había vuelto jamás. Mañana terminarían aquellos diez minutos. Landrieux pelearía en las calles de Fresnes para liberar a su pueblo y a su esposa, que no sabía si estaba viva o muerta. En lugar de un paquete de Gauloises, le llevaría un paquete de Camel.

Mientras los hombres de la 2ª DB se tendían para procurarse un poco de descanso en la región de Rambouillet, los soldados de otra división se lanzaban tras sus huellas.

Bajo una lluvia implacable, con las luces apagadas la 4ª División de infantería

estadounidense salía de Carouges, a doscientos sesenta kilómetros de París, para marchar sobre la capital. El general Ornar Bradley, alarmado por el aviso de Rolf Nordling, la había escogido especialmente para respaldar a la 2ª DB. Desde el desembarco, aquella división, juntamente con la 1ª y la 29ª, había sido la punta de lanza del Ejército estadounidense. Había desembarcado en la Utah Beach, se había apoderado de Cherburgo, había resistido en Mortain contra tres divisiones de Panzer había rechazado el desesperado contraataque del *Feldmarschall* Von Kluge. Para el 12º Regimiento de infantería que aquella noche abría la marcha de la división estadounidense, la ruta que llevaba a la capital francesa había resultado un calvario terrible. Los tres mil hombres que rodaban hacia París dejaban tras de sí cuatro mil treinta y cuatro muertos y heridos, caídos desde el desembarco del 6 de junio, es decir, en menos de setenta y ocho días.

Hacinados en sus camiones, en hileras de seis, los GI de la 4ª División sentían la misma alegría febril que los franceses de la 2ª DB. Con la imaginación inflamada por los relatos de los soldados de la Primera Guerra Mundial, por el recuerdo de lo leído en sus libros de estudio, por la historia y las películas de Hollywood, por Alejandro Dumas y Víctor Hugo, por el «alegre París» y sus bonitas muchachas, por las postales de la torre Eiffel y de Notre-Dame, por la magia del nombre de París, en suma, avanzaban bajo la lluvia con el mismo ardor que los soldados franceses que iban a liberar su hogar.

«Lluvia en nuestros vestidos, lluvia en nuestro café, lluvia sobre nuestras cabezas —anotó aquella noche en su Diario el médico Joe Ganna, de Roxbury, Massachusetts —. Pero nos empuja la excitación de ver París y seguimos avanzando». Ganna oyó entonces murmurar al soldado de primera Davey Davison, que iba junto a él en el traqueteante GMC:

—Dejo el vino y las mujeres para los demás. Lo único que pido es una noche de sueño en una cama de verdad.

A la cabeza de la división, el coronel Jim Luckett, de Montgomery, Alabama, comandante del 12º Regimiento de infantería, cegado por la lluvia, sentía unas ganas locas de cantar. Se sentía casi tan feliz como si regresara a su casa. Para el valiente coronel, aquello significaba volver al país de su juventud. En 1928, siendo estudiante, había conocido en París los últimos destellos de los locos años. Pero, aquella noche, no eran sólo los recuerdos los que atraían a Luckett hacia la capital de Francia. Era también el apartamento que tenía en el número 10 de la calle de Beaux-Arts y que no había visto nunca. El coronel se lo había ganado en una apuesta a un amigo colombiano, el artista San Diego Medina, y se había prometido visitarlo tan pronto como llegara.

Para algunos de aquellos estadounidenses, la marcha hacia París era como un verdadero retorno al hogar. El teniente Dan Hunter del OSS había vivido allí gran

parte de su vida. Bajo la tienda del comandante de la Paris Task Force, la unidad encargada de descubrir a los colaboracionistas, Hunter pasó el dedo sobre un plano de la ciudad. Le habían pedido que escogiera por anticipado el lugar en que instalaría su unidad en París. El dedo se detuvo en un punto que le era familiar. Como si fuera un alegre desquite, había elegido su antiguo colegio.

A la luz del mechero Zippo, otro oficial, Franklin Holcombe, consultaba también un mapa al lado de un Sherman que ostentaba la cruz de Lorena. El piloto del carro francés se había perdido y el fuerte estadounidense, que había estudiado cuatro años en París, le indicaba la ruta hacia la capital. El francés no había estado jamás en París.

El coronel John Haskill, en Chartres, decidió intentar una experiencia. Descolgó el teléfono en un café y pidió un número de París. De repente, oyó en el aparato la voz de su vieja amiga Mimí Gielgud, la cuñada del célebre actor, que había vivido en París durante todo la ocupación. Haskill quedó apabullado ante la flema típicamente británica de su amiga:

—¡Oh, John! —exclamó—. Precisamente estaba esperando tu llamada.

Pero no todos los oficiales aliados sentían aquella noche el entusiasmo y la alegría de los hombres de la 2ª División francesa y de la 4ª División estadonidense. Para los que tenían a su cargo los transportes y aprovisionamientos, la liberación de París suponía una operación costosa y difícil, cuyo precio deberían pagar. En Bristol y Southampton esperaban para ser llevadas con prioridad urgente al continente y seguir hasta París cincuenta y tres toneladas de medicamentos, veintitrés mil trescientas treinta y ocho toneladas de bizcochos, conservas de carne, margarina, jabón, chocolate vitaminado y leche en polvo. Tres mil toneladas debían ser transportadas en avión por los Carpetbaggers. Para encaminar el resto desde las playas de Normandía, el 21º Grupo de Ejércitos británicos tendría que privarse de dos mil GMC y de trescientos camiones con remolque, de tres toneladas cada uno. Los servicios logísticos estadounidenses deberían también suministrar más de mil camiones, normalmente afectos a las líneas de comunicación militar.

El Grupo 21º de Ejércitos de Montgomery tenía asimismo orden de dedicar cinco mil toneladas diarias de sus aprovisionamientos para mandarlos a París por sus propios medios.

Para avituallar a París, se gastarían diariamente trescientos cincuenta mil litros de gasolina. Durante las dos primeras y vitales semanas de su carrera a través del norte y este de Francia, los aliados gastarían más de cinco millones de litros de gasolina a fin de normalizar el suministro de la capital. Y el miércoles por la noche, en aquella misma tienda donde, cuarenta y ocho horas antes, había contestado «no» al francés Roger Gallois, el general Patton tenía unos números descorazonadores ante sus ojos. El 23 de agosto, por vez primera desde que se abrió la brecha de Avranches, sus columnas blindadas habían gastado más carburante del que tenían asignado. Dentro

de una semana exacta, ante Metz, a quince kilómetros de las simbólicas riberas del Rin, pisando los talones a los alemanes en plena derrota, los tanques del 3er Ejército de Patton se encontrarían privados de gasolina. Para llegar al Rin, les faltarían exactamente los cinco millones de litros consumidos en la liberación prematura de la capital francesa[123]. Para cuando el ejército de Patton recibiese por fin el carburante, hacia fines de setiembre, los alemanes habrían conseguido ya refuerzos y se habrían atrincherado sólidamente tras de la Línea Sigfrido. Patton no llegaría al Rin hasta siete largos meses después, el 22 de marzo de 1945.

Con todas las luces apagadas, el BMW negro se deslizaba silenciosamente en la noche. En el asiento de atrás, hecho un ovillo, *Míster*, el caniche real del general Von Aulock, dormitaba. Como de costumbre, el propio general Aulock conducía el coche.

Aquella noche, por primera vez desde hacía muchos días, Aulock se sentía satisfecho. Las tropas solicitadas para reforzar a los diez mil hombres que ocupaban las líneas de defensa de las principales entradas de París habían empezado a llegar. En menos de seis horas, Aulock había recibido un Regimiento blindado, mandado por un héroe del frente ruso, el coronel mutilado Pulkovski, y el *Messerschmidt* Sturm-Bataillon, que en seguida habían ocupa do posiciones a ambos lados de la ruta de Nantes. Pero, sobre todo, Aulock se había enterado durante la noche de que, en los próximos días se colocarían bajo su mando elementos del 5º Ejército blindado.

Ahora Aulock volvía a Saint-Cloud con el jefe de su Estado Mayor, el capitán Théo Wulf, después de la minuciosa inspección que acababa de realizar de sus defensas, esas defensas contra las cuales dentro de poco iría a chocar la marea furiosa de la 2ª DB. Ni Aulock ni Wulf sabían todavía que, aquella noche, a menos de veinticinco kilómetros de allí, camuflados bajo los árboles del bosque de Rambouillet o en las colinas del valle de Chevreuse, los hombres de aquella división esperaban el alba con la impaciencia de una jauría hambrienta.

Para el general de las nuevas charreteras, aquella inspección había sido casi como un paseo. Después de haber escuchado el informe del comandante del sector de Versalles, el coronel Seidel, había tenido tiempo de degustar un vasito de «Benedictine» con su huésped y oírle tocar al piano varias melodías de Beethoven. Tranquilizado por lo que había visto y oído y por saber que, dentro de poco, los cañones y blindajes del 5º Ejército reforzarían su línea de defensa, el general Von Aulock dio un golpecito amistoso sobre la rodilla del jefe de su Estado Mayor y exclamó:

—Créame, Wulf, cuando se decidan a atacar, ¡se lo haremos pagar caro!

Había sonado la hora de la liberación para Willy Wagenknecht, el preso alemán que tan amargamente había contemplado la partida hacia Alemania de centenares de

deportados franceses. Por fin se habían abierto las puertas de su celda de Fresnes. En lugar de la habitual sopa de la cárcel, le habían servido jamón y *pâte de foie* para cenar. Incluso había recibido un paquete de cigarrillos y media botella de coñac. Pero aquellas *delicatessen* le dejaban un amargo sabor de boca. Sabía que pronto tendría que pagar por ellas. En el patio de la prisión, se veía un cañón del 88. El alemán y sus compañeros habían sido encargados de la defensa de la cárcel, donde, pocas horas antes, estaban aún presos. A Wagenknecht, la idea de batirse por su cárcel le producía náuseas. A diez kilómetros más al Oeste, en el colina de Meudon, otro artillero, el *Obergefreiter* vienés Antón Rittenau, escuchaba alternativamente el tronar del cañón, que venía del Sur, y el traqueteo de los disparos que le llegaba desde París. Rittenau y los hombres de las piezas contiguas a la suya estaban preparados para hacer fuego contra cualquier objetivo en menos de un minuto. Aquella noche, los cañones del 88 y del 105 de los artilleros apuntaban hacia el Sudeste, en dirección al aeródromo de Villacoublay. Sin embargo, en pocas vueltas de manivela podían apuntar hacia París. Rittenau y sus hombres habían almacenado en los sótanos del castillo, convertido en observatorio, unos ochocientos proyectiles, «más que suficientes para el día siguiente y los otros».

En la capital francesa, los soldados del general Choltitz reforzaban las defensas de sus puntos de apoyo. Junto al puente de Neuilly, el ex tanquista Willy Krause, convertido en infante por no haber logrado destruir una barricada, se ocupaba en poner en batería una media docena de cañones antitanques. Minutos después de haber mandado el pelotón que acababa de ejecutar a dos marineros desertores, el *Feldwebel* Karl Froelich, de veintiún años, hacía instalar un mortero en el tejado del hotel Crillon, sobre la plaza de la Concordia, erizada de defensas anticarros.

El oficial Walter Neuling, en el bar del hotel Raphaël, ocupado por una unidad combatiente, contemplaba a un joven capitán que acababa de abrir su tercera botella de champaña. El capitán, en vena de confidencias, dijo a Neuling que la ambición de toda su vida había consistido en llegar a ser arquitecto. En lugar de ello, se había convertido en técnico en destrucciones y acababa de llevar a cabo el mayor trabajo de su carrera. Según dijo, «había minado la mitad de París». Al vaciar una vez más la copa de champaña, el capitán Ebernach (porque era él) reconoció que no era «una misión especialmente agradable». Pero, añadió, cuando recibiera la orden de provocar las explosiones, no vacilaría. «El ruido se oirá hasta en Berlín», comentó.

A medianoche, dos sombras se detuvieron sobre el pequeño puente que franqueaba el Sena. Alexandre Parodi e Yvon Morandat vieron destacarse claramente contra el cielo, a un centenar de metros, la columna de humo que se elevada del Grand-Palais. Era uno de los más siniestros espectáculos que el representante de De Gaulle había contemplado hasta entonces en París. Pensó amargamente que, dentro de poco, París no tendría ya ni armas ni municiones, nada que comer, ni esperanza

alguna. La revolución iniciada cuatro días antes con tanto entusiasmo no podría proseguir sin ayuda exterior. Y, en París, nadie sabía que aquella ayuda estaba en camino. Para Parodi, como para los tres millones y medio de parisienses, la capital, aquella noche, parecía abandonada a su destino, simbolizada por la columna de humo que se elevaba por encima de lo que había sido el Grand-Palais.

Con los ojos arrasados de lágrimas, Parodi se volvió a Yvon Morandat y le dijo:

—Yvon, mañana van a incendiar todo París. ¡Y yo seré el responsable ante la historia!

31

Por segunda vez en veinticuatro horas, la pluma del coronel general Alfred Jodl no alcanzaba a seguir el torrente de palabras que fluía de la boca de Adolf Hitler. Los telégrafos del O.K.W. venían transmitiendo desde la mañana informes alarmantes sobre el empeoramiento de la situación en París. El propio general Choltitz había acabado por admitir que los «terroristas» mostraban una «actividad intensa» en toda la ciudad. La noticia había provocado en Hitler una explosión de cólera de tal intensidad que sería memorable. Y aquella cólera se había convertido en verdadera rabia cuando el general Buhle, experto en cuestión de armamentos del O.K.W., se vio precisado a informarle de que una serie de potentes ataques aéreos aliados habían paralizado toda la circulación ferroviaria alrededor de París. Los desesperados SOS de Jacques Chaban-Delmas habían obtenido, por lo menos, aquel resultado: el general Buhle tuvo que confesar aquella noche que, por causa de los ataques aéreos, el *Mörses Karl* no había avanzado ni un solo metro en todo el día.

Al dictar sus órdenes a Jodl, Hitler aullaba que si la Wehrmacht no era capaz de «aplastar a la chusma en las calles de París», se «cubriría de vergüenza con el más grande deshonor de su historia». Ordenó a Model que enviara a París todos los tanques y vehículos disponibles. En cuanto al comandante del Gross Paris «debía agrupar sus blindados y artillería en unidades especiales de ataque, para reducir sin piedad los focos de la insurrección». Exigió para terminar, que la Luftwaffe interviniera con todos sus medios, para «aplastar con bombas explosivas e incendiarias los barrios de la ciudad en que continuara la insurrección».

El general Walter Warlimont que, aquel miércoles por la noche, fue testigo del espantoso acceso de rabia del amo del Tercer Reich, anotaría en su Diario un pensamiento que se le había ocurrido ya a muchos franceses: «Ahora París, escribió, se convertirá en un nuevo Varsovia».

El *Feldmarschall* Walter Model, en su cuartel general subterráneo del Grupo de Ejércitos B, desde donde mandaba las operaciones de todo el frente del Oeste, examinaba los últimos informes del día. Al igual que los que había ido recibiendo durante los cuatro días precedentes, ninguno de ellos hablaba de un ataque aliado inminente contra París. Sólo señalaban «ligeros reconocimientos blindados» ante la capital. Uno de ellos aseguraba incluso que «los aliados tendrían que esperar la llegada de nuevas unidades, antes de poder organizar un ataque en serio contra París»[124].

Por uno de esos misterios inexplicables, en el cuartel general del comandante en jefe del Oeste, no había nadie que conociera aquella noche la carrera entablada hacia

París por la 2ª División francesa y la 4ª División estadounidense.

No obstante, Model, movido por alguna intuición o bien por el hecho de que ya no podía seguir por más tiempo, sin comprometerse, su propia estrategia con preferencia a la que le imponía el O.K.W., había mandado durante el día los primeros refuerzos a París. A primera hora de la tarde, ante un telefonazo urgente del general Warlimont, Model se había ocupado finalmente en reunir todas las unidades dispersas que había podido encontrar. Había ordenado que aquellas unidades fuesen enviadas a la línea de defensa que guarnecían los diez mil hombres del grupo de combate del general Von Aulock, reforzado con varios elementos blindados y doscientos cañones del 88.

Sabiendo que los ataques aéreos aliados obligarían a las divisiones 26ª y 27ª de Panzer a circular sólo de noche, lo cual retrasaría considerablemente su llegada a París, el *Feldmarschall* Model tomó aquella noche tres decisiones. Ordenó a la 4ª División de infantería que se reagrupara en la región de Méru-Neuilly-en-Thelle, a unos cincuenta kilómetros al norte de la capital y que estuviera preparada para echarse sobre el flanco noroeste de París[125]. Mandó que el 1er Ejército reuniera todas las unidades blindadas disponibles, en la región de Meaux, a cuarenta y cuatro kilómetros al este de París y que se dirigieran inmediatamente a la capital[126]. Y, finalmente, dio orden a la 2ª Brigada de cañones de asalto de marchar en el acto hacia París[127].

Era ya medianoche cuando el pequeño *Feldmarschall* del monóculo acabó de dictar sus órdenes al jefe del 3er buró, el coronel de Estado Mayor Von Tempelhof, y a su adjunto, el comandante Gemring. Quince minutos después, los mandatos del comandante en jefe salían de los telégrafos, desde los cuales Hitler había pensado, un día, dirigir la invasión de Inglaterra. Model creía que aquellas tropas podrían llegar a sus nuevas posiciones en dos días, es decir, sobre el 25 ó 26 de agosto. En caso de urgencia, permitirían a Choltitz resistir hasta la llegada de las dos divisiones blindadas SS. Model estaba convencido de que, en aquel momento, con más de tres divisiones bajo su mando, el vencedor de Sebastopol contaba con medios suficientes para librar el feroz y sangriento combate por la defensa de París que deseaba Hitler. La única cosa que necesitaba ahora el enérgico *Feldmarschall* era un poco de tiempo. El tiempo necesario para que las unidades que acababa de poner en movimiento pudieran alcanzar sus posiciones. Necesitaba exactamente cuarenta y ocho horas.

32

Apaciblemente dormido en el fondo del valle en la dulce noche de verano, el pequeño pueblo alemán parecía estar muy lejos de la guerra. En la solitaria avenida, en otros tiempos llena de noctámbulos, no se oía aquella noche otro rumor que el susurro del viento entre los tilos y los pasos rápidos de una sombra. Uberta von Choltitz, inquieta, regresaba a su casa. Poco antes, mientras la orquesta de la Ópera de Baden-Baden desgranaba las notas de Senta, del *El buque fantasma* de Richard Wagner, su obra preferida, una acomodadora se le había acercado y le había susurrado que la esperaban urgentemente en su casa.

Convencida de que algo le había pasado al pequeño Timo, su último vástago, de cuatro meses, Uberta von Choltitz apretó el paso, cruzó el río, rodeó la iglesia rusa y subió por la Viktoriastrasse. Resoplando tras haber subido tres pisos, corrió a la habitación de Timo. Pero el niño dormía apaciblemente en su cuna. Johana Fischer, la pequeña criada que, catorce días antes, había ido a la panadería a buscar los últimos *bretzels* de Dietrich von Choltitz, le entregó entonces un trozo de papel. Dijo que el señor había llamado por teléfono. Pero, como no había podido retener la comunicación hasta que ella llegara, había anotado en el papel el recado que el señor le había rogado que transmitiera a su esposa. Sería el último recado que Uberta von Choltitz recibiría de su esposo durante más de un año. Decía tan solo:

> Uberta, cumplimos con nuestro deber.

33

El ordenanza Helmut Mayer avanzaba por el corredor alfombrado de rojo con paso silencioso. Sobre la bandeja que llevaba en la mano, estaba el desayuno de costumbre del general: una taza de café solo, cuatro rebanaditas de pan y mermelada de naranja. Al igual que cada mañana, llevaba también una carpeta negra. Se la había entregado algunos minutos antes el ayudante de campo del general Von Choltitz, el teniente Von Arnim. Se guardaban en ella los telegramas y mensajes llegados durante la noche al Estado Mayor del hotel Meurice. El ordenanza advirtió que aquella mañana la carpeta era más gruesa que de costumbre.

Mayer abrió la puerta de la habitación número 238 sin hacer ruido, dejó la bandeja sobre la mesita de noche y fue a descorrer las cortinas. Al entrar en la estancia los primeros rayos del sol, el general abrió los ojos. Luego como todas las mañanas desde hacía siete años, preguntó a su jovial servidor.

—¿Qué tiempo hace hoy, Mayer?

Hacía un día gris y eran exactamente las siete de la mañana del 24 de agosto. Aquel día que acababa de empezar sería el último en que el cabo Helmut Mayer llevara el desayuno al gobernador militar del Gross Paris.

Choltitz se ajustó el monóculo, abrió la carpeta y comenzó a leer los telegramas. El primero era la orden personal que Hitler había dictado a Jodl la noche anterior. Mandaba «reducir sin piedad los focos de insurrección […] y aplastar con bombas explosivas e incendiarias los barrios de la ciudad donde se mantuviera aún la revuelta»[128]. Las copias de las órdenes que el *Feldmarschall* Model había dirigido a la 47ª División de infantería, al 1er Ejército y a la 11ª Brigada de cañones de asalto informaron a Choltitz que el O.K.W. le mandaba refuerzos. Pero la carpeta contenía aquel día la noticia importante que Model, por dos veces, había olvidado dar a conocer al comandante del Gross Paris[129]. Un telegrama procedente del buró de operaciones del Grupo de Ejércitos B informaba por fin a Choltitz de que las Panzer SS 26ª y 27ª habían entrado en Francia y estaban ya en camino de París para ponerse bajo su mando.

Recuerda Choltitz que, durante un buen rato, apoyada la cabeza en la almohada, se sintió incapaz de hacer el menor movimiento. El terrible dilema que venía atormentándole desde hacía cuarenta y ocho horas, dudando entre ignorar las órdenes recibidas o destruir París, iba a resolverse en forma trágica. La otra eventualidad, la que Choltitz mismo había deseado, la ocupación inmediata de París por los aliados, no se había realizado. Hacía día y medio que la misión Nordling había salido y hasta ahora nadie había tenido la menor noticia de ella. Choltitz veía claro ahora que los

angloestadounidenses no habían querido, o no habían podido, aprovechar su gesto y lanzarse hacia la capital que no estaba protegida por ninguna defensa seria. Y puesto que le llegaban los refuerzos, Choltitz tendría que batirse para defender a la ciudad. Su sentido del deber, su honor militar, le obligaban a ello. Choltitz sabía que sería una batalla inútil: unos cuantos días ganados en una guerra ya perdida, al precio de miles de muertos y de destrucciones irremisibles. Pero el general se encontraba entre la espada y la pared. Aquella vez no había posibilidad de elección. Tenía que combatir.

Era la primera vez en toda su carrera que el viejo guerrero, el vencedor de Rotterdam y de Sebastopol, consideraba tal perspectiva con tan poco entusiasmo. Pero a despecho de todas las reticencias personales que pudiese sentir ante la batalla que iba a librar, estaba resuelto a librarla sin debilidades.

Bebió de un sorbo la taza de café, se levantó de la cama y, descalzo, se dirigió hacia la bañera que Helmut Mayer había llenado.

A menos de quinientos metros del cuarto de baño donde el general alemán, envuelto en una nube de vapor, reflexionaba sobre los telegramas que acababa de recibir, un muchacho fuerte, de cara bronceada, escuchaba estupefacto lo que le estaba revelando una voz de entonaciones germánicas en el piso segundo de una casa de la calle de Anjou. Instalado confortablemente en un silloncito antiguo, cerca de la cama donde el cónsul Nordling se reponía de su crisis cardíaca, el agente de la Abwehr, Bobby Bender, repetía palabra por palabra al inspector de Hacienda Lorrain Cruse, adjunto directo de Jacques Chaban-Delmas, el contenido de todas las órdenes y mensajes de que acababa de enterarse el propio Dietrich von Choltitz.

Bender, gracias a las complicidades con que contaba en el Estado Mayor del Gross Paris, conocía el contenido de todas las comunicaciones casi antes que sus mismos destinatarios. Sabiendo que en casa de Nordling iba a encontrar a un representante de la Resistencia, Bender había anotado con especial cuidado las informaciones llegadas durante la noche anterior.

Afirmaba el alemán que la situación era extremadamente grave. Con las dos divisiones Panzer SS, la 47ª División de infantería, los elementos blindados del 1er Ejército y los cañones de asalto de la 11ª Brigada, Choltitz libraría una batalla salvaje. Las órdenes de destrucción que recibía de Hitler eran cada día más despiadadas. No le quedaría otro recurso que ejecutarlas. De lo contrario, él y su familia estaban expuestos a ser fusilados. Con voz patética, el alemán terminó diciendo al francés y al sueco:

—Si los aliados no llegan en las próximas horas, ocurrirá un desastre.

A estas palabras, Lorrain Cruse se levantó y salió precipitadamente del apartamento del cónsul de Suecia. Montó en su bicicleta y pedaleó a toda velocidad

hacia el lugar secreto donde Chaban-Delmas había instalado su cuartel general.

—¡Pronto! —gritó al entrar casi sin resuello en el despacho del joven general—. Hay que mandar aviso a los aliados. Choltitz espera dos divisiones SS. Cuando lleguen, ¡combatirá y destruirá a París!

Veinte minutos más tarde, inclinado sobre el manillar de la bicicleta, un muchacho alto y rubio volaba por los bulevares exteriores hacia la puerta de Orleáns. Se llamaba Jacques Petit-Leroy y tenía veinticuatro años. Se sentía alegre y orgulloso. Aquélla era la primera misión de confianza que le encomendaba la Resistencia. Montado en su vieja bicicleta, intentaría franquear las líneas alemanas para encontrar al general Leclerc o a los estadounidenses y darles a conocer el texto de los mensajes ultrasecretos de los que el mismo comandante del Gross Paris acababa de enterarse. Así, por última vez, sabrían los aliados que París sería destruido si sus tropas no lo ocupaban en las próximas horas.

34

Tampoco Leclerc había esperado. Tan pronto como rompió el alba, los hombres y los vehículos de la 2ª DB abandonaron los robles del bosque de Rambouillet, chorreantes por la incesante lluvia, y se lanzaron a recorrer a toda velocidad los últimos cuarenta kilómetros que les separaban de París. Desde una altura que dominaba aquel bosque histórico, en el que reyes y presidentes habían disfrutado antaño con sus cacerías, Philippe Leclerc, con un impermeable de oficial sobre los hombros, vio a las unidades arrancar una tras otra. Sabía que el premio de aquella carrera de velocidad era París.

La división, fraccionada en tres grupos tácticos, se dirigía hacia el sudeste de la capital, sobre un frente de unos treinta kilómetros de ancho. El primero era el de menos importancia. Sería el único que, bajo las órdenes del comandante Morel-Deville, iba a seguir el itinerario que el 5º Cuerpo estadounidense había designado a la división entera, como eje de su avance. Es decir, el camino más corto hacia París, por Trappes, Saint-Cyr y los alrededores del castillo de Versalles, hasta el puente de Sèvres. Era la suya una misión de diversión: hacer «el mayor ruido posible», a fin de que los alemanes creyeran que los franceses iban a dirigir hacia aquel punto su esfuerzo principal.

A ocho kilómetros hacia el Este, la segunda columna, mandada por el teniente coronel Paul de Langlade y el comandante Jacques Massu, se deslizaba por las sinuosidades verdeantes del valle de Chevreuse, en dirección a Toussous-le-Noble, de Villacoublay, de Clamart y de la puerta de Vanves.

El esfuerzo principal correspondía a un tercer grupo táctico, que mandaba el coronel Pierre Billotte, cuyo eje de progresión era la carretera Orleáns-París, por Longjumeau, Antony y Fresnes.

Ninguna de las tres columnas encontró resistencia seria durante las primeras horas de la madrugada. Tanto en los pueblos como en la carretera, tuvieron que abrirse paso entre una muchedumbre entusiasmada. Mujeres y muchachas saltaban a los estribos de los camiones y se subían sobre los carros, inundando a los libertadores bajo un diluvio de flores, frutas, vino, besos y lágrimas. Jean-René Champion, el francés nacido en Estados Unidos, que conducía el carro *Mort-Homme*, vio a una señora de edad que le hacía señas frenéticamente. Levantó la tapa de la torreta y algo le cayó encima de las rodillas. Era una cacerola colmada de tomates rellenos. El teniente Alain Rodel cazó al vuelo un pollo asado y una botella de champaña que le tiró al paso una panadera de Longjumeau. Para otros, hubo regalos más modestos, pero no menos emotivos. El cabo Claude Hadey alargó el brazo y recogió de encima del

blindaje de su carro un ramito de flores tricolor que acababa de dejar allí una tímida chiquilla.

Henri Karcher, el teniente que llevaba en un ángulo del parabrisas de su coche blindado una foto del hijo a quien no conocía aún, al ver a las mujeres y niños que se apretujaban a su lado por entre las calles de Orsay, hormigueantes de gente, dijo a su chófer:

—¿Sabes, Zybolski? Si mi chico estuviese aquí, ni siquiera podría reconocerlo.

Y, en efecto, allí estaba. Al día siguiente Karcher se enteraría de que su hijo, nacido el 3 de junio de 1940, se hallaba entre la muchedumbre y, al paso de los vehículos, no cesaba de gritar:

—¿Dónde está papá? ¡Quiero ver a papá!

Estupefactos, los soldados de la división se enteraron de que la línea telefónica con París no había sido cortada. Cada vez que la columna se detenía, los hombres salían de los vehículos y se precipitaban hacia los bares, las cabinas telefónicas, las tiendas, para marcar el número telefónico que habían repetido tantas veces en sus sueños. Patrick Deschamps, el joven soldado que, en la víspera, había leído en su carro el primer *Le Figaro*, fue uno de los primeros en lograr la comunicación:

—¡Mamá! —gritó—. ¡Pon el champaña a enfriar, que ya llegamos!

Fueron muchos los hombres que, al oír la voz de su madre o de su mujer, se afectaron tanto que no pudieron articular palabra. El brigadier Pierre Lefèvre sólo supo decir a su madre:

—Bueno, soy yo.

Pero también fueron muchos los números que no contestaron. El subteniente Roger Touny se enteró por boca de un tío suyo de que su padre había sido detenido por la Gestapo el mes de febrero[130].

En Arpajon, el cabo Maurice Boverat aprovechó una parada de su columna para entrar en una casa.

—Señora —dijo a la dueña—, hágame el favor de pedir Elysées 60-47. Es el número de mis padres.

La buena mujer se apresuró a cumplir su deseo. Pero, Boverat vio entonces que su columna se ponía nuevamente en marcha:

—Señora —le suplicó, mientras corría de nuevo hacia su *jeep*—; cuando mi madre se ponga al aparato, dígale que su hijo está muy cerca, que está llegando… que va en un Regimiento de boinas negras.

Instantes después, sonaba el teléfono en el número 32 de la calle de Penthièvre, en pleno corazón de París, donde vivían los padres del cabo. Madame Boverat se enteró de que su hijo llegaba en «un Regimiento de boinas negras». Emocionada, sólo tuvo fuerzas para responder: «Gracias». Pero cuando hubo colgado, se sintió atormentada por una duda: «Llega mi hijo… pero ¿cuál de ellos? ¿Maurice o

Raymond?» Ambos hijos de madame Boverat estaban con De Gaulle[131].

Dentro de pocos instantes, en Massy-Palaiseau, en las cercanías de Arpajon, y en Trappes, las tres columnas de la 2ª DB tropezarían contra los primeros elementos del general Hubertus von Aulock. Los 88, los terribles cañones de la artillería alemana, acababan de abrir fuego. Para la 2ª DB, el desfile había terminado.

35

Dietrich von Choltitz reconoció en seguida la voz del que le hablaba. El teléfono había sonado cuando comenzaba a extrañarse de no recibir su llamada para proseguir la larga entrevista que habían sostenido tres días antes. Pero el oficial de la Luftwaffe que el *Generaloberst* Otto Desloen, comandante de la 3ª Flotilla aérea había enviado al general Choltitz con objeto de convertir parte de París en un «pequeño Hamburgo» acababa de ser movilizado para realizar un trabajo urgente. Había dirigido la evacuación de los bombarderos desde la base de Le Bourget hacia otros aeródromos situados más al norte y al este de París.

El comandante del Gross Paris sabía que no se debía a iniciativa propia, ni siquiera a demanda del general comandante de la 3ª Flotilla, el hecho de que aquel oficial le llamase entonces. Por el contrario, obedecía a una orden del Führer. En la parte superior derecha del telegrama de Hitler que había llegado al Meurice la noche anterior y que ordenaba a la Luftwaffe «aplastar con bombas los barrios insurrectos», había unas breves palabras que no habían escapado a la atención de Choltitz. Estas palabras, destinadas precisamente a la 3ª Flotilla, decían simplemente: «Para ejecución».

El oficial telefoneaba, pues, por orden del Führer. Dijo que, a causa de la retirada de los aparatos, debían modificarse las condiciones del bombardeo estudiadas tres días antes. Lamentó que ya no pudiese organizarse un vaivén ininterrumpido de los aparatos, dado lo relativamente apartados que estaban los nuevos aeródromos. Lo que sugería en su lugar era una incursión masiva de terror sobre todo París.

—¿De día o de noche? —preguntó Choltitz con intención.

—¡De noche, desde luego, Herr general! —replicó con sequedad el oficial, evidentemente molesto por la pregunta.

El general hizo observar entonces al aviador que París estaba lleno de tropas alemanas y que los efectivos de dichas tropas se verían aún sensiblemente aumentados durante las próximas horas, ya que había refuerzos en camino. Una incursión nocturna, sin un objetivo determinado, «podría matar a tantos alemanes como parisienses». El aviador, al oír estas palabras, dejó escapar un suspiro.

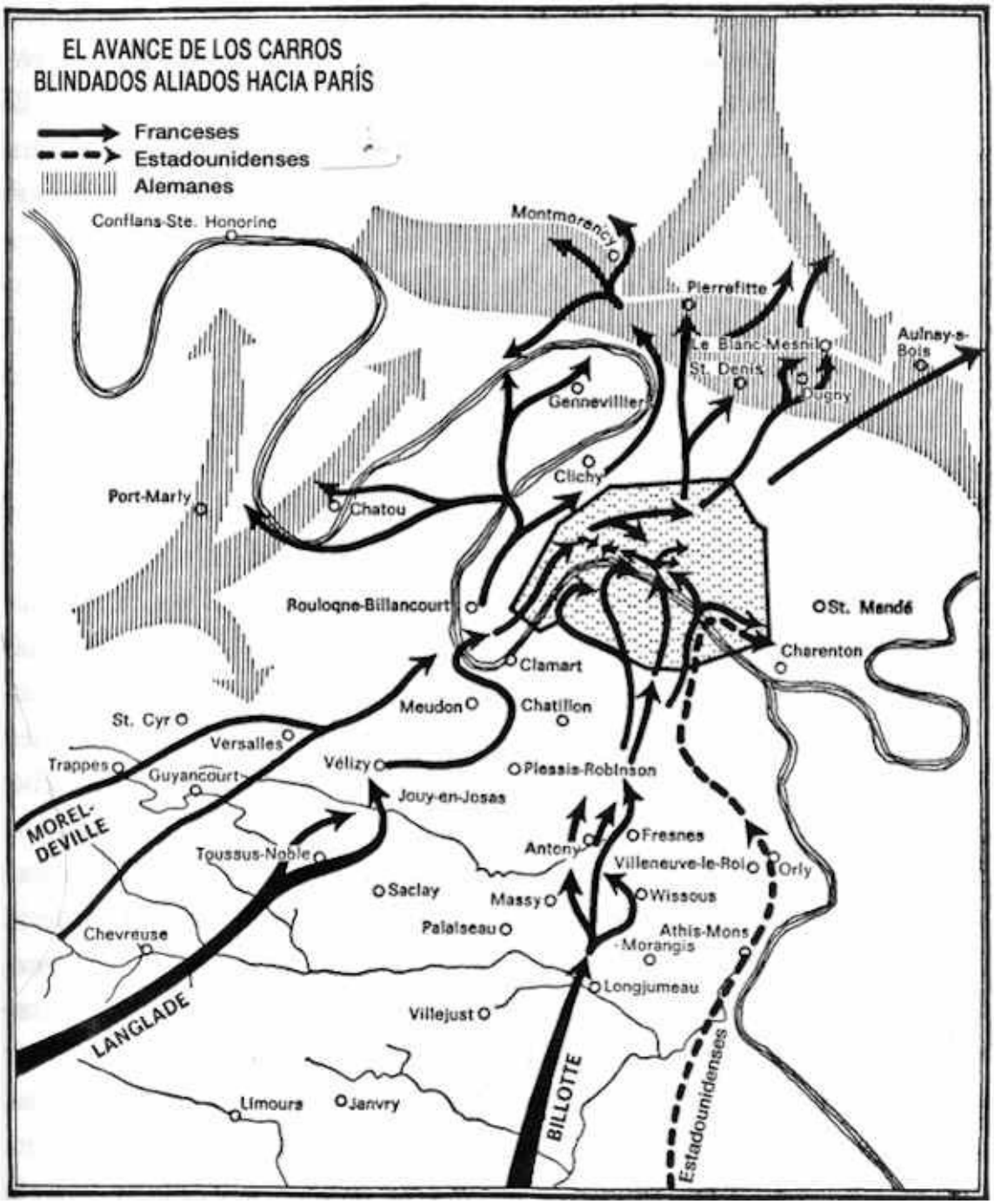
—No podemos escoger, Herr general —replicó. Y a continuación explicó que era imposible exponer en pleno día los escasos bombarderos que quedaban en el frente del Oeste a la acción de los cazas enemigos. El oficial repitió que había recibido orden de bombardear París y que estaba resuelto a ejecutar aquella orden, pasara lo que pasase. Rogó al general que quisiera comprender que, dadas las circunstancias, la pérdida de un aparato «era infinitamente más grave que la muerte de algunos

hombres».

Choltitz se estremeció al oír tales palabras. Recomendó al oficial que no dejara de avisarle el día y hora escogidos para efectuar su «incursión de terror», a fin de que pudiera evacuar sus tropas de las zonas susceptibles de ser alcanzadas, es decir, de todo París. Precisó que, como era lógico, sería la Luftwaffe quien arrostrara ante el O.K.W. la responsabilidad de tal evacuación.

El aviador respondió al gobernador de París, que consultaría con sus superiores y le visitaría personalmente por la tarde en el Meurice, para tomar conjuntamente las disposiciones necesarias en vistas a que el bombardeo se llevara efecto lo antes posible, quizás en la noche siguiente.

Una vez que hubo colgado el aparato, Choltitz leyó nuevamente la orden sin apelación de Hitler que había originado la llamada telefónica del oficial de la Luftwaffe. Repitió a media voz: «La Luftwaffe aplastará con bombas incendiarias y explosivas aquellos barrios de la ciudad donde se mantenga la insurrección». Y, encogiéndose de hombros, se dijo con ironía desesperada: «Pues será todo París el que hemos de bombardear».



Para destruir toda una parte de París de una sola vez, los zapadores de las *Pionierkompanie* 177ª y 823ª no tenían necesidad aquella mañana de ayuda alguna por parte de los bombarderos de la 3ª Flotilla. Cuando el *Unteroffizier* Hans Fritz y sus seis camiones regresaron del túnel de Saint-Cloud, podrían hacer volar en pedazos todo el admirable conjunto arquitectónico que bordea el Sena, el puente de la Concordia, la Cámara de los Diputados, el hotel de la Présidence y el Ministerio de Asuntos Exteriores. El *Unteroffizier* Hans Fritz, antes zapatero en Berlín, tenía la misión de ir a buscar en el depósito del túnel de Saint-Cloud cincuenta cargas explosivas suplementarias. En su gran camión Mercedes, cruzaba ahora un París

extrañamente solitario y silencioso. «Mientras esté igualmente tranquilo cuando volvamos del túnel», se decía. El *Unteroffizier* sabía que una sola bala bien colocada sería suficiente para que se volatizara en el aire de París su cargamento, el camión y él mismo.

36

Desde lo alto de una colina de Saint-Germain-en-Laye, un general alemán solitario contemplaba el paisaje con sus gemelos. Al pie de la colina, dentro del Horch negro de ocho cilindros, le esperaba su chófer y diez cotorras que parloteaban dentro de una jaula. Al general Gunther Blumentritt, igual que le sucedía a Montgomery, le gustaban mucho los pájaros.

Aquel día, el general que dos semanas antes había sugerido la aplicación en París de una táctica limitada de tierra calcinada», había decidido darse por «*sport*», una emoción personal. Antes de tomar, a su vez, el camino del nuevo cuartel general, cerca de Reims, al que hacía una semana se había retirado el OB Oeste, quería ver llegar los tanques enemigos con sus propios ojos. Blumentritt era el único oficial que se encontraba aún allí. Se había despedido del jardinero francés y cogido una última rosa. En aquel momento, el general barrigudo sintió latir su corazón con mayor fuerza. A lo lejos, podía ver los carros enemigos emerger de entre una nube de polvo. Pronto oyó el fragor del combate que empezaba. Blumentritt devolvió entonces los gemelos a su funda, regresó al coche y se instaló cómodamente para el viaje que iba a separarle de la ciudad en que había vivido tan placenteramente. El chófer le dio entonces una noticia muy desagradable:

—Mi general —le dijo—, tendremos que apelar a Montgomery. ¡Se nos ha terminado la comida de las cotorras!

A veinte kilómetros más al sur de la altura desde la cual el general Blumentritt acababa de divisar los primeros carros de Leclerc, otro oficial observaba también con los gemelos, sobre la colina de Toussus-le-Noble, la progresión de los tanques enemigos. Pero él no lo hacía por deporte. El subteniente Heinrich Blankemeyer, del 11° *Flack Regiment*, tenía orden de detener esos carros a cañonazos. En el mismo momento en que daba a su batería de 88 de autotracción las últimas instrucciones de puntería vio cómo los tanques enemigos se inflamaban uno tras otro. Las baterías vecinas acababan de abrir el fuego.

El corresponsal de guerra estadounidense Ken Crawford, de la revista estadounidense *Newsweek*, que se había refugiado en la cuneta que bordeaba el pequeño aeródromo que observaba Blankemeyer con los gemelos, contemplaba también cómo ardían los carros. Crawford estaba loco de rabia. Cinco minutos antes, frente a la iglesia del pueblo de Châteaufort, Crawford se había encontrado a «papá» Hemingway, quien le había asegurado tranquilamente que el camino estaba libre.

Cerca del estadounidense, echado en la misma cuneta, el comandante Henri de Mirambeau, del 40º Regimiento de artillería, miraba angustiado a los Sherman del

12º Regimiento de coraceros cargar contra los lindes del aeródromo «como los antiguos caballeros andantes». Mirambeau y Crawford vieron cómo, uno tras otro, los tanques explotaban bajo los impactos de los cañones alemanes, emboscados ante el aeródromo. A doscientos metros a la derecha, el maestro cañonero Robert Mady, del *Simoun*, el carro en cuya santabárbara estaba guardado el pato del banquete, observó que un Sherman que iba delante de él, alcanzado por un cañonazo, daba un verdadero salto en el aire. El carro se incendió de inmediato. Luego, sin gobierno, empezó a recular hacia la columna de semicarros que lo seguían. Mady pensó que el carro, atestado de municiones causaría un destrozo enorme al explotar en medio de la columna. Sucedió entonces algo terrible. Dos de sus propios carros se dirigieron hacia el tanque en llamas y lo clavaron en el sitio a cañonazos.

Mirambeau, desde la cuneta, creyó haber localizado al fin el emplazamiento de las piezas alemanas. Los tiros parecían salir de un grupo de balas de paja alineadas al final de un campo de trigo, en el mismo borde del aeródromo. El oficial se arrastró hasta su *jeep*, milagrosamente intacto, y dio orden por radio a los cañones automotores de batir el borde de la llanura. Mirambeau vio entonces, estupefacto, cómo al empezar a caer los primeros obuses, todas las balas de paja se ponían en movimiento. El coronel Seidel, el distinguido pianista de Dresde, había colocado un cañón anticarro bajo cada bala.

Cuando por fin se hubo roto la resistencia alemana, Crawford vio llegar a «papá» Hemingway, luciendo una ancha sonrisa.

—¡Gorrino! —le espetó Crawford—. ¡Me habías asegurado que el camino estaba libre!

Hemingway se encogió de hombros:

—Necesitaba un cobaya para saberlo, ¿no te parece?

A lo largo de las tres rutas que seguía la 2ª DB, la marcha fue atrasada por otros obstáculos tan potentes como el de Toussus-le-Noble, que causaron grandes pérdidas. Los Dodge con la cruz roja de los Rochambelles del 13º Batallón médico[132], aparecieron pronto entre el humo de la batalla. Suzanne Torres, más conocida por *Toto,* al volante de su ambulancia, a la que había dado el nombre de *Paris-Bourse* en recuerdo del autobús que cogía diariamente para ir a la Sorbonne, descubrió de repente a un hombre colgando de un árbol. Su semicarro había tropezado con una de las minas que el general Hubertus von Aulock había sembrado por millares en el valle de la Chevreuse.

Toto y Raymonde, su compañera de equipo, se subieron sobre el techo de la ambulancia y descolgaron al hombre, al que la explosión le había arrancado la pierna derecha. El capellán Roger Fouquer, que las seguía en el Mercedes requisado a un coronel de la Wehrmacht, se detuvo:

—Padre —gimió el herido—, quisiera que fuera a ver a mi mujer y a mis

chiquillos a Bergerac y les diga que he muerto por la liberación de París.

Muchos fueron los hombres que, al divisar aquel día al capellán desde lo alto de sus torretas, le hicieron seña de acercarse y le echaron la cartera, diciéndole a voz en grito, para hacerse oír por encima del estruendo de las cadenas:

—Padre, guárdeme esto hasta que lleguemos a París. ¡Por si acaso me matan hoy!

Fueron tantas las carteras llenas de fotografías, de dinero y de cartas que guardó el capellán en sus bolsillos, que parecía haber engordado repentinamente.

Los elementos de vanguardia entraban ya en la serie de pueblos del gran arrabal, imbricados unos en otros y en los que cada calle, cada esquina, constituía un emplazamiento ideal para un cañón anticarro. Muchas veces, en su afán de abrirse camino hacia París, los carros de la división atacaron a los cañones de frente, en lugar de hacerlos rodear primero y luego reducir por la infantería. De aquella forma, se ganaba tiempo, pero pronto el camino seguido por la división quedó jalonado por carros y vehículos carbonizados.

Sin embargo, lo único que importaba en aquella mañana grisácea de agosto era avanzar de prisa. Los hombres oían repetir continuamente las mismas palabras a través de sus receptores. Repercutían en las radios de los carros, los semicarros y los *jeeps*. «¡Más rápido! ¡Más rápido!» El marino-mecánico George Simonin, cuyo tanque destroyer *Cyclone* precedía a un pelotón de Sherman, a la salida de un viraje, justamente después de haber cruzado el Bièvre, descubrió de repente ante las cadenas de su carro a cinco alemanes heridos. Uno de ellos, apoyándose en los codos, trataba de arrastrarse hasta la cuneta. Instintivamente Simonin levantó el pie del acelerador a fin de no atropellarle. Pero en aquel preciso instante, por el receptor, sonó la voz furiosa del jefe de pelotón que gritaba: «*¡Cyclone*, más de prisa, por Dios!» Simonin cerró los ojos y apretó el acelerador.

37

Como si fuera una tormenta lejana, los parisienses podían oír el fragor de la batalla, que llegaba del Oeste y del Sur y que se acercaba de hora en hora. Pronto las explosiones se percibieron distintamente. Cada vez eran más numerosas. Ahora sí que era verdad: ¡llegaban los aliados!

Para los ocupantes de París, cada explosión era como un presagio siniestro del desastre que se estaba forjando. Los pocos alemanes que no pertenecían a las tropas combatientes intentaban escapar del avispero en que se había convertido la ciudad y del cerco inminente. Los soldados de la organización Todt, a fin de que sus camiones pudieran franquear las barricadas que obstruían la Puerta de la Villette, ataron a unos paisanos al parachoques del vehículo que iba en cabeza. A la vista de los lastimosos escudos vivientes que avanzaban hacia ellos, los FFI optaron por dejar libre paso a los camiones. En la Puerta de Pantin, un grupo de oficiales de intendencia, de pie en sus vehículos, como si se tratara de una diligencia atacada por los indios, se abrieron paso a tiros de revólver y lograron escapar hacia el Este.

Pero no todos los alemanes sintieron ganas de escapar al oír el retumbar del cañón. Por el contrario, los soldados del general Von Choltitz desplegaron aquel día una actividad excepcional. En la calle de Rome, dos carros derribaron a cañonazos un edificio desde el cual los sublevados disparaban contra la estación de Saint-Lazare. A todo lo largo de la rué Lafayette, desde la Ópera a la Estación del Norte, los soldados del 190º Regimiento de Seguridad protegieron con ametralladoras y granadas la circulación de sus vehículos por aquella vía de comunicación vital.

Muchos alemanes, exasperados por los ataques de que eran objeto y por el fragor de la batalla que se iba acercando, se sintieron impulsados a cometer hechos salvajes que enrojecieron las calles de París con la sangre de los últimos mártires. En el bulevar Raspail, un carro patrulla abrió fuego sobre un grupo de mujeres que hacían cola ante una panadería con la esperanza vana de poder lograr unos gramos de pan.

Cuando los inquilinos del número 286 del bulevar Saint-Germain, una casa como tantos miles de otras, vieron invadir sus apartamentos por la horda aullante de los SS, comprendieron que había llegado su fin e iban a ser fusilados. Los soldados hicieron bajar a todos los inquilinos a la calle y los alinearon de cara a la pared, con los brazos en alto. Durante quince interminables minutos, los desgraciados esperaron ser fusilados de un momento a otro, sin llegar a saber por qué motivo. De repente, vieron que los SS se marchaban tal como habían venido Por un milagro que los inquilinos del 286 no se explicarían jamás, los soldados los habían perdonado.

Para los hombres del coronel Rol, el fragor de los cañones aliados significaba la

ocasión de un nuevo sobresalto. A pesar de la trágica penuria de armas y municiones, los FFI llevaron la insurrección a los barrios adonde aún no había llegado. Pronto afluyeron a los puestos de socorro y hospitales decenas de heridos y muertos, caídos en innumerables y sangrientas escaramuzas.

Bajo el peristilo de la Comedia Francesa, ante los medallones de Racine, Molière y Víctor Hugo, se amontonaban los muertos y heridos de ambos bandos, entre un terrible hedor de sangre y de carne en descomposición: Los parisienses que aquella mañana pasaron ante el célebre teatro pudieron contemplar un cuadro insólito. Dos mujeres jóvenes, agotadas, con las blancas blusas de enfermera manchadas de sangre, devoraban un *sandwich* junto a los cadáveres de cuatro soldados alemanes. Eran Marie Bell y Lise Delamare.

Los combates más violentos se desarrollaban alrededor de la plaza de la République. Los mil doscientos soldados alemanes, bien armados, atrincherados en el cuartel, ametrallaban sin piedad a los FFI que los sitiaban. Los hombres de Rol combatían con heroísmo jamás igualado, dirigidos por un estudiante de medicina llamado René Darcourt y por un carpintero de nombre René Chevauché. El *Unteroffizier* Gustav Winkelmann, el alemán que, cinco días antes, se había refugiado en un café de la plaza de la République, entre dos partidas de billar con su patrón, vio a un joven lanzarse sobre un soldado y apuñarlo con un cuchillo de cocina.

Pero muy pronto, escurriéndose por los pasillos del Metro que pasaba por encima del cuartel, los alemanes empezaron a atacar a sus enemigos por la espalda. En los túneles oscuros, se entablaron entonces feroces combates cuerpo a cuerpo, en los que los hombres gritaban o silbaban para reconocerse. De vez en cuando, la bóveda se iluminaba por la explosión de una granada o las llamas de una ráfaga de ametralladora, mientras las explosiones repercutían sin fin.

Sin embargo, el hecho de armas más importante de que fueron héroes los insurgentes de París aquel día pasó completamente inadvertido. Y no obstante, el puñado de FFI que se aprestaban a abrir fuego sobre los seis grandes camiones alemanes que acababan de salir de la plaza de la Étoile y bajaban por la solitaria avenida de los Campos Elíseos fueron probablemente los causantes de que París se salvase de una verdadera catástrofe. A través del cristal trasero del último camión, el *Unteroffizier* Hans Fritz, de la 177ª *Pionierkompanie*, vigilaba las pesadas cajas llenas de explosivos que, dentro de pocos minutos, descargaría en el patio de la Cámara de los Diputados. Sabía que aquellos explosivos tenían por objeto hacer saltar varios monumentos de París. Fritz y el chófer podían oír el tic-tac regular que salía de una pequeña cajita de cartón que llevaban sobre el asiento de hule negro, en medio de los dos. En aquella caja se guardaban los aparatos de relojería que permitirían producir la explosión retardada. Desde que habían salido del túnel de Saint-Cloud, cuarenta y cinco minutos antes, con su peligroso cargamento, los relojes

de la muerte no habían dejado de marcar, con su tic-tac regular, los segundos más largos de la vida del pequeño zapatero berlinés.

A la primera ráfaga de ametralladora, el chófer herido de muerte, se derrumbó sobre el volante. El camión, sin gobierno, fue a chocar contra un árbol de la avenida. Fritz, aterrorizado, saltó de la cabina y comenzó a gritar. Los otros camiones siguieron su camino. Fritz, echó a correr como un loco para alejarse del camión maldito, que, sin duda alguna, estaba a punto de explotar. Durante varias horas, permaneció escondido en un matorral, enfrente del teatro de los Ambassadeurs. Cuando el *Unteroffizier*, ya completamente de noche, pudo llegar a la Cámara de los Diputados, se enteró de que ni uno solo de los seis camiones de explosivos había alcanzado su objetivo.

En el despacho principal del director de gabinete de la prefectura de policía, no se veían más que caras serias. Edgar Pisani acababa de enterarse, por segunda vez en cinco días, de que a los policías sitiados no les quedaban proyectiles más que para cinco minutos escasos de fuego. En aquel mismo momento, tres carros y algunos elementos de la infantería alemana estaban tomando posiciones en la plaza del Parvis, ante la prefectura, disponiéndose, según parecía, a dar el asalto definitivo.

—¿Dónde está Leclerc? —preguntó Pisani. Seguro de que ninguno de ellos era capaz de dar respuesta a esa pregunta, el estudiante descolgó el teléfono y llamó a la gendarmería del pequeño pueblo de Longjumeau, a cuarenta kilómetros de París. Al otro extremo del cable, Pisani oyó una voz que gritaba: «¡Están aquí! Ahora pasan por debajo de nuestras ventanas! Oídles…!» Pisani percibió claramente en el receptor el ruido ininterrumpido de la columna de carros.

—¡Detened al primer oficial que veáis y hacedle venir rápidamente al aparato!

Después de un largo silencio, Edgar Pisani y el prefecto Luizet escuchaban la voz de un oficial de Leclerc. Era el capitán Alain de Boissieu. Había saltado de su *jeep* para acudir a la llamada del gendarme. Boissieu oyó entonces al otro extremo de la línea una voz angustiada que decía:

—¡Por amor de Dios, daos prisa! Ya no tenemos municiones… ¡Están a punto de arrollarnos!

38

Con la frente pegada a la goma del punto de apoyo de su periscopio, el cabo Lucien Davanture, piloto del carro *Viking*, intentaba desesperadamente apartar su vehículo de la línea de tiro de un cañón del 88, escondido tras una casa del pequeño pueblo de Savigny-sur-Orge, a dieciocho kilómetros al sur de París. El pequeño borgoñés Davanture al igual que le ocurría cada vez que se sentía amenazado por un enemigo invisible, tenía miedo. De repente, vio salir una larga llamarada anaranjada de una casa situada al borde del camino. Sumido en tinieblas, sintió caer una lluvia de cristales sobre el suelo de su carro. Un obús, al pasar a ras de la cubierta de su torreta, había pulverizado el espejo de su periscopio. El cabo, enloquecido, comprendió que el *Viking*, privado de su periscopio, era como un elefante ciego y que el próximo obús le sería fatal. En aquel momento, la voz calma y precisa de su jefe se dejó oír en el receptor:

—Lucien —le decía—, haz lo que voy a decirte. ¡Atrás… rápido…! Aún más atrás… a la derecha, Lucien… ¡Más de prisa!

Como un autómata, Davanture seguía la maniobra, envuelto en una humareda acre que llenaba el carro y le quemaba los ojos y la garganta. Apretando los mandos, se preguntaba cuándo iba a llegar el obús del 88 que les destruiría a él y a sus camaradas. En espera de aquel momento, sus músculos y su cerebro, se mantenían en brutal tensión.

—Recto adelante… Gira a la izquierda… ¡Adelante…! Un poco a la derecha…

Las órdenes resonaban en sus oídos como si fueran disparos. De repente. Davanture oyó gritar a su jefe, unas palabras que no olvidaría jamás:

— *Stop*, Lucien. ¡Nos los hemos cargado…!

En la oscuridad del carro, se hizo un gran silencio. Luego Davanture, medio asfixiado y con los ojos ardientes, hizo presión con la espalda para abrir el capot de la torreta. Cuando lo hubo conseguido, aspiró el aire fresco a bocanadas. Deslumbrado por la luz, tuvo que cerrar los ojos. Cuando los abrió segundos después, creyó que su corazón iba a cesar de latir. Ante él, envuelta en un halo dorado, se extendía por el horizonte una visión tan gloriosa como él había soñado, ya que el cabo Davanture no la había visto nunca con anterioridad: la torre Eiffel destacándose en el cielo de París.

Todas las columnas de la división, aquellos hombres a quienes Edgar Pisani y el prefecto de policía Charles Luizet acababan de lanzar su llamada de socorro, vieron aparecer ante ellos casi en el mismo momento, al empezar aquella tarde, la estructura mágica de la torre Eiffel. Recuerda el coronel Louis Warabiot que los hombres, cuando la vieron, parecieron como «galvanizados por una corriente eléctrica». Desde

lo alto de su carro el capitán Georges Buis, contempló con solemnidad la elevada silueta de Ja torre y pensó que «los cruzados, al llegar ante los muros de Jerusalén, o los navegantes de antaño a la vista del Pan de Azúcar de Río de Janeiro, debieron de sentir la misma impresión, casi carnal», que sentía él en aquel momento. Jean-René Champion, el tanquista francés nacido en Estados Unidos, se dijo que simbolizaba «el coraje y la esperanza indomable de los franceses». Para el judío alemán Egon Kraim, era «la prueba de la inmortalidad de Francia». A la vista de la torre Eiffel, los carros, semicarros y camiones, como atraídos por un imán, forzaron aún más la marcha.

No obstante, había algunos para quienes aquella silueta familiar no llegaría a ser otra cosa que una promesa eterna. El brigadier Patrick Deschamps, el muchacho que había telefoneado a su madre para que pusiera el champaña a enfriar, sólo alcanzó a contemplar de lejos la torre Eiffel antes de que un obús del 88 diera de lleno contra su carro. Deschamps, muerto instantáneamente, se derrumbó en el suelo de su sarcófago de acero, llevándose consigo la imagen simbólica de aquel París que venía a liberar.

Mas ningún soldado de la 2ª DB vería la torre Eiffel tan de cerca en aquella tarde como el capitán Jean Callet, de veintiocho años: En aquel momento la torre se encontraba bajo las alas del Piper-cub que pilotaba y surcaba el cielo de París hacia la prefectura de policía. Tras él, su observador, el teniente Étienne Mantoux, apretaba entre sus manos un pequeño saco de yute, lastrado con plomo. En aquel saco iba la respuesta de Leclerc a la llamada desesperada de Pisani y de Luizet, un mensaje de esperanza para los defensores de la prefectura sitiada. Absorto en la contemplación del maravilloso espectáculo que se desarrollaba bajo sus alas, Callet olvidaba el peligro que corría su pequeño avión lento y solitario. El piloto dejó vagar su mirada desde las cúpulas nacaradas del Sacré-Coeur, a la izquierda, hasta el domo rutilante de los Inválidos.

—París está intacto —murmuró—. ¡El París de mi juventud…!

Voló por encima de Notre-Dame y de los tres carros emboscados en la plaza del Parvis. Vio a alemanes que echaban a correr y a parisienses que desde los tejados agitaban pañuelos. Y, por unos segundos, contempló un espectáculo insólito y maravilloso: una pareja que se abrazaba en las orillas del Sena.

De pronto, gavillas de rayos centelleantes se elevaron del suelo y sembraban el cielo de cercos luminosos. Los alemanes disparaban con todas sus ametralladoras contra el avión que osaba desafiarlos. Tan pronto como llegó sobre su objetivo, Callet hizo enderezar el aparato de forma violenta. Luego, para dar a los alemanes la impresión de haber sido tocado, lo inclinó hacia delante y lo dejó deslizarse hacia el suelo como una hoja muerta. En tanto que descendía sobre el patio de la prefectura, vio desplegarse una gran bandera con la cruz de Lorena. Después el saco de tela que había lanzado su compañero Mantoux cayó con la velocidad de una flecha. Enderezó el avión y, a ras de los tejados, huyó en dirección Sur.

En el patio de la prefectura, el abate Robert Lepoutre, el sacerdote que, seis días antes, se había convertido en el capellán de los sitiados, se precipitó, juntamente con sus camaradas, hacia el saquito. Alguien lo abrió y leyó en alta voz el mensaje que contenía: ¡Resistid firmes! ¡Estamos llegando![133]

En el mismo momento en que el avión de Callet desaparecía rasando los tejados, otro Piper-cub aparecía en el cielo de París. También éste se dirigía hacia la torre Eiffel, pero los dos estadounidenses que iban a bordo no llevaban mensaje alguno. El piloto, Stanley B. Kocher, de Pensilvania, y su observador, Marvin Wold, de Illinois, los dos del 44º Batallón de artillería, llevaban a cabo una misión estrictamente personal. Habían apostado que ellos serían los primeros soldados aliados que pasasen por debajo de la torre Eiffel.

Con un olímpico desprecio hacia las ametralladoras enemigas, que disparaban desde la Escuela Militar, Kocher picó hacia la explanada solitaria del Campo de Marte y empezó a deslizarse hacia la torre. Wold cantaba *La Marsellesa* a todo pulmón. De repente, cuando se preparaba para fotografiar el momento histórico en que el Piper-cub pasase por debajo de la torre Eiffel, le pareció a Wold que las vigas de la torre comenzaban a girar como si «se encontrara en una barquita de la gran noria de Coney Island»[134]. Descubrió entonces que de la torre pendía un cable que le pareció «tan grueso como la chimenea de un vapor». Habría partido el avión con la misma facilidad que un «hilo corta una pastilla de mantequilla».

—Ya basta por hoy —resolvió el piloto. Y los dos estadounidenses, decepcionados, pero encantados de haber visto París, desaparecieron, como Callet, a ras de los tejados[135].

39

«¡Dios mío! —pensaba el francés, angustiado—. ¡Este alemán es un traidor!» Por segunda vez en menos de ocho horas, Lorrain Cruse encontraba nuevamente a Bobby Bender a la cabecera de la cama del cónsul Nordling. Con un vaso de whisky en una mano y un lápiz en la otra, el agente de la Abwehr se inclinaba sobre un mapa Michelin de la región parisiense, desplegado sobre la misma cama del diplomático cardíaco. Los secretos que revelaba Bender eran de una naturaleza tan extraordinaria que el adjunto de Chaban-Delmas se preguntaba si no estaría siendo víctima de una combinación maquiavélica, preparada por el propio comandante del Gross Paris. Con una voz lenta y precisa que matizaba sus gestos, el agente secreto revelaba al enviado de la Resistencia francesa al emplazamiento exacto y la importancia de todas las fuerzas alemanas destinadas a la defensa de París:

—Aquí —decía—, hay un batallón… Allá, dos compañías de carros… Allí, varias baterías de 88…

Siguiendo con la punta del lápiz las rayas rojas y amarillas que representaban las carreteras, señaló las del Sur que convergían sobre París y precisó:

—Vuestro general Leclerc debe pasar por aquí… Luego por allá…

Cuando el lápiz de Bender llegó a los límites de París, Cruse vio que la mina negra seguía en línea recta hasta el Sena, cruzaba la plaza del Châtelet, oblicuaba en la calle de Rivoli, y se detenía finalmente un poco antes de la plaza de la Concordia.

—He aquí —dijo entonces el alemán— el itinerario que deben tomar sus tropas para llegar al Meurice sin combatir.

Advirtió a continuación a su oyente que tendrían que actuar rápidamente. Dijo que, a primeras horas de la tarde, la 26ª División Panzer SS, se hallaba en la región de Nogent-sur-Seine, es decir, a menos de 80 kilómetros de París. Allí esperaba la noche para reemprender la marcha. De acuerdo con sus cálculos, estimaba que llegaría a París al alba del día siguiente. Estaba, pues, empeñada una terrible lucha de velocidad. Si los aliados llegaban antes que los refuerzos, estaba seguro de que el general Von Choltitz solamente opondría una resistencia simbólica, para salvar el honor. Pero, en caso contrario, estaba seguro de que haría una resistencia encarnizada.

—En suma —concluyó Bender—, todo depende ahora de Leclerc.

Tras estas palabras, el elegante *play-boy* de sienes plateadas vació su vaso de un trago y se enderezó. Clavó sus ojos verdes y penetrantes en los del joven enviado de la Resistencia, llenos de estupefacción, y añadió con una sonrisa:

—Si le hago estas confidencias es porque, en mi conciencia, estoy seguro de que

servirán mejor a los intereses superiores de mi país. —Después, el alemán se levantó, sacó el revólver de la funda y lo tendió al francés—. Estoy a sus órdenes, mi comandante. Soy su prisionero —le dijo.

—Ya nos ocuparemos más tarde de eso —contestó Cruse—. De momento, tengo un trabajo mucho más urgente que atender.

Cruse abandonó el apartamento a toda prisa. Saltó sobre su bicicleta y comenzó a pedalear con todas sus fuerzas en dirección al escondrijo de Chaban-Delmas.

Jacques Petit-Leroy había abandonado la vieja bicicleta en la que, aquella misma mañana, había salido de París al encuentro de Leclerc, a fin de transmitirle las primeras y dramáticas revelaciones de Bobby Bender. Se hallaba ahora dentro de un *jeep*, que se dirigía a París a toda velocidad. En el bolsillo del muchacho había un ultimátum firmado por el propio Leclerc y dirigido a Von Choltitz. Conminaba en él al general alemán a entregarle la ciudad intacta y le hacía «personalmente responsable» de las destrucciones que pudieran producirse.

Consciente del terrible peligro que en estas últimas horas amenazaba a París y a sabiendas de que él no podría entrar hasta la noche, Leclerc había designado al jefe de su propio carro, el ayudante Augustin Dericquebourg, para acompañar al joven portador del ultimátum.

El dueño de un bar del pequeño pueblo de Chevilly-Larue vio llegar el *jeep* a toda velocidad en dirección a París.

—¡Ya están aquí los estadounidenses! —gritó.

En el mismo instante, una patrulla alemana apareció al revolver de la esquina. Se oyó una ráfaga corta. El *jeep* empezó a zigzaguear y fue a detenerse casi enfrente del bar. El chófer yacía inerte, con la cabeza echada hacia atrás. Jacques Petit-Leroy, herido en la espalda, había caído de cara y gemía. El dueño del bar le oyó murmurar: «Mamá…, mamá…» Los alemanes se acercaron sin prisas al coche. Uno de ellos sacó una pistola de grandes dimensiones y apoyó tranquilamente el cañón en la sien del muchacho. La misión de que tanto se enorgullecía Petit-Leroy había terminado. El ultimátum de Leclerc no llegaría a manos del general Von Choltitz.

40

Emboscado bajo el portal de la entrada principal de la penitenciaría de Fresnes, y reconfortado su estómago con un último trago de coñac, con los ojos fijos sobre el cañón del 88, Willy Wagenknecht, el alemán condenado a defender su propia cárcel, esperaba. Podía oír el ruido lejano de los carros franceses que avanzaban lentamente por una de las cinco rutas que desembocaban ante su pieza.

Desde la ventana de la clase tercera de la escuela de niñas situada frente a la entrada de Fresnes, la institutriz Ginette Devray descubría ahora los carros cuyo ruido lejano había percibido Wagenknecht. Había estado esperando este momento durante todo el día.

—¡Aquí están! —gritó, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Dios mío, helos aquí!

Uno tras otro, tres Sherman que ostentaban la cruz de Lorena pasaron bajo su ventana. Eran *El Marne*, el *Uskub* y el *Douaumont*.

El soldado de segunda Georges Landrieux, el hombre que, tres años antes, había bajado un momento a buscar un paquete de cigarrillos, estaba de regreso. Las cadenas de su carro araban ahora las calles donde, de niño, había jugado al fútbol. Al ver a su izquierda el pequeño cementerio de Fresnes, gritó a su camarada, el francés de México Pierre Sarre:

—No es ahí donde quisiera que me enterraran.

Como Landrieux, las tres columnas habían llegado a los arrabales de París al caer aquella tarde grisácea. El frente, que, por la mañana, era de unos treinta kilómetros de largo, se había estrechado a la mitad en el curso de la jornada. Al extremo izquierdo del dispositivo, la columna del comandante Morel-Deville, encargada de «hacer ruido», se había encontrado, más allá de Trappes, con una seria resistencia y se había detenido. En el centro, la columna del teniente coronel Paul de Langlade y del comandante Massu había progresado, en cambio, rápidamente. Después de haber forzado el costoso candado de Toussus-le-Noble, las fuerzas de Langlade habían rechazado a los alemanes más allá del Bièvre, cruzado el aeródromo de Villacoublay y alcanzado las casas grisáceas del arrabal de Clamart. En aquel momento, la infantería de Massu se preparaba para bajar hasta el Sena y poner pie en París, aquella misma noche, al otro lado del puente de Sèvres.

A la derecha del dispositivo, la última columna, la del coronel Pierre Billotte, había topado a lo largo de todo su progreso con una resistencia encarnizada por parte de los alemanes. Ahora, en los propios arrabales de la ciudad, Billotte se veía detenido ante un cerrojo que defendía la entrada a París con la misma efectividad con que un tapón cierra una botella. A caballo sobre la pista Orleáns-París, donde la

esquina de la Croix-de-Berny estaba obstruida por raíles y piezas anticarros, el cerrojo se apoyaba en el pueblo de Antony a la izquierda, y, a la derecha, sobre la cárcel de Fresnes.

La inmensa prisión que Pierre Lefaucheux y sus compañeros habían dejado nueve días antes, había sido transformada en una fortaleza inexpugnable por los trescientos cincuenta alemanes en ella detenidos. Aquella misma mañana, había venido a unirse a los defensores un batallón del 132º Regimiento de seguridad. Veintisiete años antes, el oficial que lo mandaba, el *Hauptmann* Heinrich Harms, había recibido la Cruz de Hierro de primera clase por haber impedido la entrada de los franceses en un pueblecito del Mosa, que también se llamaba Fresnes. A cada lado del 88 de Wagenknecht, había otros dos cañones de menor calibre y varias ametralladores pesadas. Desde el portón de entrada, el alemán tenía a tiro tres de las cinco rutas que conducían a la cárcel.

Para el asalto a la cárcel de Fresnes, el capitán Emmanuel Dupont, el oficial que en una huerta de Normandía había confiado al capellán su presentimiento de que lo matarían antes de llegar a París, dividió a los blindados y a los infantes en tres grupos. Dio orden a los carros *El Marne*, *Uskub* y *Douaumont* de subir por la avenida de la République y atacar de frente el portón de la entrada principal. Los otros dos grupos debían seguir a lo largo del muro lateral, hasta llegar al mismo portón.

Mientras conducía su pesado vehículo por las calles familiares de su pueblo, Georges Landrieux mostró a su copiloto de *El Marne* el cuadrado campanario de la iglesia en la que se había casado y el mostrador vacío de un pequeño bar-estanco, adonde, en otro tiempo, acudía para comprar sus cigarrillos. Los tres carros giraron entonces a la izquierda y entraron en la avenida de la République. Directamente ante ellos, a unos trescientos metros, disimulado tras el hueco del portón de la cárcel, esperaba el cañón de Wagenknecht.

El brigadier Pierre Chauvet, desde la torreta del tanque *Vieil Armand*, uno de los Sherman que avanzaba a lo largo del muro de la cárcel, observaba con los prismáticos las defensas que flanqueaban la entrada principal y se preguntaba a qué esperaban los alemanes para abrir fuego. Exactamente la misma pregunta que se formulaba también Wagenknecht, acurrucado tras su cañón. Veía ahora los carros cuyo ruido había oído antes en la lejanía. Avanzaban lentamente hacia él, a lo largo de las casitas que bordeaban la avenida de la République. Sentía en la espalda la respiración nerviosa de su antiguo compañero de celda, el SS de diecinueve años Karl Richter. Wagenknecht apuntó el cañón contra el carro que iba en cabeza y decidió contar hasta diez. En aquel momento, el alemán oyó a su espalda una voz que aullaba:

—¿Qué es lo que esperáis, hatajo de imbéciles? ¡Tirad de una vez!

El capitán Dupont y su adjunto, el subteniente Marcel Christen, que dirigían a pie el avance de los blindados a lo largo de los muros de la cárcel, oyeron el ruido de la

explosión. Christen vio cómo el carro que iba en cabeza y que salía en aquel instante de la avenida de la République, daba un salto en el aire, a impulso del impacto, y caía nuevamente al suelo entre un estruendo de hierros dislocados. Del geiser de llamas que envolvió en el acto al tanque, salió, arrastrándose, en primer lugar un hombre con las piernas arrancadas y, luego, otro con el mono en llamas.

Pierre Sarre, el soldado cuyo mono ardía, se revolcó por el suelo intentando detener el fuego. Con las manos, extinguió las últimas llamas y, juntamente con el soldado de infantería José Molina, echó a correr bajo el fuego de las ametralladoras, que se encarnizaban contra ellos. Por dos veces, las balas de las ametralladoras, al rozarle, prendieron nuevamente el fuego en su mono empapado de grasa. Con el brazo roto por una bala, Sarre pudo al fin llegar, siempre acompañado de Molina, hasta una casa, bajo cuyo porche se guarecieron. Por desgracia, en el mismo momento, un obús explosivo cayó sobre la casa, decapitando con un trozo de metralla al infante Molina y haciendo caer sobre Sarre una lluvia de vigas y tejas incandescentes. Sarre, horrorizado, vio su mono nuevamente en llamas[136].

De todos lados, los tanques de Dupont regaban ahora de obuses la entrada de la cárcel. Fabien Casaubon, piloto del *Uskub*, pensó, mientras lanzaba su carro hacia delante, que los boches eran en verdad «únicos para dejarse destrozar en defensa de un trozo de hojalata» En tanto proseguía el avance a lo largo de los muros de la cárcel, el subteniente Marcel Christen se dijo: «Si no logramos liquidar a ese j… 88, toda la compañía dejará aquí sus huesos». Por encima de su cabeza, pasaban con lúgubre silbido los obuses que disparaba Pierre Chauvet desde el *Vieil Armand*. De repente, se oyó una terrible explosión. Uno de los proyectiles de Chauvet había alcanzado un camión de municiones situado justamente detrás del 88. El alemán, milagrosamente indemne, sólo tuvo un reflejo. Abandonó el esqueleto retorcido del 88 y echó a correr en medio de la espesa nube de humo que ocultaba la entrada de la cárcel. En su alocada carrera, se cruzó con los mismos carros contra los que acababa de disparar. Logró deslizarse a lo largo de las paredes, sin que nadie se fijara en él, hasta que alcanzó el pequeño cementerio de Fresnes, donde se dejó caer dentro de una fosa, sin aliento. Mientras recobraba la calma, un pensamiento maravilloso cruzó su mente: «¡Dios mío! —se dijo—. ¡Estoy libre!»

Los alemanes, no obstante, seguían disparando desde la entrada de la cárcel. Dupont y Christen, que continuaban su avance, no estaban ya más que a unos cincuenta metros del portón. De súbito, de entre la nube de humo que envolvía la entrada, surgió una especie de fantasma, con los vestidos destrozados y la cara negra y llena de sangre. El alemán disparó una ráfaga corta con su metralleta. Christen oyó un «¡Oh!» a su lado. Se volvió y vio al capitán Dupont girar sobre sí mismo y caer al

suelo con la cabeza destrozada. En aquel momento, uno de sus carros, el *Notre-Dame-de-Lorette*, se lanzó a toda velocidad y giró bruscamente a la entrada de la prisión. Mientras disparaba con todas sus armas, el carro atropello el 88 de Wagenknecht y, aplastando a heridos y sobrevivientes, se precipitó en el patio. Para el piloto *Notre-Dame-de-Lorette*, el soldado de segunda clase Jacques Neal, la cárcel de Fresnes no tenía secretos. Detenido por la Gestapo, había pasado en ella trece meses.

Los tres últimos carros del capitán Dupont se lanzaron entonces tras las huellas del *Notre-Dame-de-Lorette* y, a su vez, hicieron irrupción en la cárcel, hasta reducir finalmente al silencio a sus defensores.

Sin embargo, se había pagado un alto precio por la victoria. Los alrededores de la prisión aparecían sembrados con los despojos ennegrecidos de cinco Sherman. En medio de la avenida de la République, junto al poste inmediatamente anterior a los restos de *El Marne*, dos ojos miraban fijamente al cielo, por el que corrían espesas nubes en dirección a París, Georges Landrieux estaba muerto, con el pecho abierto por un trozo de metralla del obús de Wagenknecht. En uno de los bolsillos de su mono semiabrasado, guardaba, intacto, el paquete de Camel que Georges Landrieux traía a su mujer de su viaje a la eternidad.

A dos kilómetros de Fresnes, en la Croix-de-Berny, el teniente Jean Lacoste, del 501º Regimiento de carros, avanzaba lentamente hacia una esquina con la espalda pegada al muro del parque de Sceaux. En esa esquina, punto donde se encuentran la carretera nacional Orleáns-París y la pequeña carretera por la que él caminaba, otro cañón del 88 enfilaba la gran arteria que lleva a París. El propio carro de Lacoste, el *Friedland*, y varias Compañías de Sherman, se veían detenidos por el fuego mortífero de aquel cañón. Buscando la manera de desbordarlo, Lacoste había hallado aquella carretera, por la que avanzaba a pie, a fin de efectuar un reconocimiento de la situación.

Lacoste podía oír ya el ruido metálico de la culata del cañón al cerrarse e incluso las voces de mando del artillero que dirigía el fuego. Adelantó aún unos cuantos centímetros y pudo ver entonces, suspendida sobre la carretera, la boca del 88 que escupía llamas. Uno de aquellos obuses cayó dos kilómetros más allá, al lado del Mercedes del padre Roger Fouquer. El capellán sintió un intenso dolor en el muslo derecho y se derrumbó. La tela de su uniforme estaba quemada a lo largo de varios centímetros, a la altura del muslo. A la vista del trozo de metralla incandescente que yacía en el suelo, a su lado, el capellán dio gracias a Dios y se persignó. Las cuatro carteras atiborradas de dinero y de cartas que llevaba en el bolsillo desde que se las habían confiado los soldados sirvieron para detener el trozo de metralla que, de otro modo, le hubiera seccionado la femoral.

El teniente Jean Lacoste retrocedió de la misma forma que había avanzado, con la espalda pegada a la pared. Al llegar al *Friedland*, dio instrucciones a su dotación.

Con el cañón apuntado hacia el lugar preciso por donde aparecía el 88 alemán, el carro se puso en movimiento.

A fin de que el ruido de los disparos del cañón alemán ahogara el de las cadenas del tanque al moverse, éste avanzaba a trechos cada vez que disparaba el 88. Como una fiera que se arrastra hacia su presa, el carro llegó al final del muro. Lacoste esperó a que el 88 disparara una nueva salva. Entonces, gritó: «¡Fuego!» Al oír el grito, el carro saltó hacia delante y disparó todas sus armas a la vez, a quemarropa. En menos de un segundo, Lacoste vio los cuerpos que eran lanzados al aire y se desintegraban en medio de una lluvia de metralla. Brazos, piernas, cascos y el muelle del retroceso del freno del cañón caía todo confundido en un revoltijo confuso de carne y acero. «¡Dios mío! —se dijo con tristeza—. ¡La guerra no conoce piedad!» Apretó entonces el botón de la radio y gritó:

—¡A todos los «Oscar»! Aquí el «Oscar» número 1. ¡El tubo de estufa ha volado!

41

Durante todo el día, la alta silueta de Charles de Gaulle había paseado, distante y solitaria, por la terraza del castillo de Rambouillet. En las primeras horas de la madrugada, desde las ventanas del modesto apartamento que ocupaba en el último piso del castillo, De Gaulle había visto pasar, bajo la lluvia incesante, las imponentes columnas de la 2ª DB. De Gaulle había pensado con amargura en los males que siete unidades como aquélla hubiesen podido evitar a Francia de haber contado con ellas con anterioridad.

De Gaulle había seguido, hora tras hora, la difícil progresión de la división hacia París. Había confiado en poder entrar en París antes de aquella noche, pero las noticias que recibía de la batalla le habían hecho comprender, poco a poco, que tal esperanza era prematura. El largo viaje de vuelta del destierro debía durar una noche más.

En los primeros ejemplares de los nuevos periódicos de la Resistencia, que le habían sido remitidos desde París, encontró De Gaulle la confirmación de sus sospechas sobre los motivos y objeciones de sus adversarios políticos. De acuerdo con el plan que tenían previsto, los jefes de la insurrección pretendían formar ahora un Comité de recepción que acogería al general De Gaulle, lo tomaría bajo sus alas y se encargaría de presentarlo a la capital. De Gaulle no se prestaría a esta última maniobra. No aceptaría otra investidura que la concedida directamente por la voz del pueblo.

De Gaulle rechazó, pues, cortés, pero secamente, la oferta que le llegaba de París de ser «recibido» por los jefes de la insurrección en el Hôtel de Ville, a su llegada a la capital. Hizo saber que, ante todo, iría «al Centro», es decir, al Ministerio de la Guerra. Allí, cuando se presentara la ocasión, recibiría a los jefes de la insurrección. En cuanto a los Comités que aquellos jefes representaban, el CNR y el COMAC, De Gaulle había sellado ya su destino. Pronto los haría entrar en lo que más tarde se llamaría «la historia gloriosa de la liberación», es decir, en el pasado.

Por tercera vez en aquel día, De Gaulle rogó a Geoffroy de Courcel, uno de sus colaboradores más íntimos, que le acompañara a dar un corto paseo por las avenidas del parque. En el curso de un paseo anterior, De Gaulle había confiado a Courcel la impaciencia que le dominaba por entrar en París y precipitar la prueba de fuerza que estaba decidido a entablar con sus adversarios políticos. Aquella vez, sin embargo, chupando nerviosamente un cigarrillo, De Gaulle se encerró en el silencio de sus pensamientos. Courcel se abstuvo de interrumpir sus cavilaciones. Al igual que todos los que le rodeaban, sabía que De Gaulle no solamente había prestado a los combates

de la jornada la atención de un jefe político, sino también la de un padre. Fiero y erguido en uno de los tanques-*destroyers* que habían pasado aquella mañana bajo las ventanas del castillo de Rambouillet, iba un joven teniente de navío. Era Philippe de Gaulle, su único hijo.

A veinte kilómetros de las altas torres del castillo de Rambouillet, en un prado próximo al pequeño pueblo de Maintenon, otro general daba también muestras de la misma impaciencia que Charles de Gaulle. El general estadounidense Leonard T. Gerow, comandante del 5º Cuerpo, al que pertenecía la 2ª DB, paseaba nerviosamente por la tienda donde estaba instalado su puesto de mando. Deteniéndose abruptamente, Gerow se volvió hacia el jefe del 2º buró, el coronel John Hill, y le dijo airadamente que, si Leclerc hubiese sido estadounidense, lo habría destituido fulminantemente. Hacía diecisiete horas exactamente que el comandante del 5º Cuerpo no había recibido noticia alguna de Leclerc. Por la mañana se había enterado de que el general francés, infringiendo la orden táctica número 21 que le había dirigido la víspera, había desplazado su eje de marcha unos veinte kilómetros hacia el Sudeste. Leclerc no había advertido este cambio de itinerario ni a Gerow, ni a la 4ª División estadounidense, que ocupaba su flanco derecho. Convencido, equivocadamente, de que los alemanes no estaban en situación de oponer una resistencia seria, Gerow había previsto que la 2ª DB entrase en París hacia el mediodía. Durante todo el día, el propio Bradley, a quien tenían seriamente inquieto las revelaciones de Nordling, había presionado a Gerow para que apresurase el avance y la ocupación de París antes de que el gobernador alemán se decidiera finalmente a hacer volar la ciudad. Gerow, abrumado, se había lanzado personalmente en busca de Leclerc, pero no lo había encontrado. En el mismo momento en que el estadounidense regresaba a su puesto de mando, aterrizaba un Piper-cub en un prado cercano para entregarle una orden conminatoria posible. La misma orden mandaba a Gerow que hiciera avanzar la 2ª DB y que la 4ª División de infantería estadounidense entrase en París «tanto si la 2ª DB se encontraba como si no se encontraba dentro de la ciudad». En otras palabras, si los franceses no eran capaces de llegar a París los primeros, aprovechando la ocasión que para ello se les había dado, tanto peor. Los GI les precederían.

Gerow telefoneó a la 4ª División de infantería y les transmitió sus órdenes. Luego, redactó de su puño y letra un mensaje severo y preciso para Leclerc, en el cual le ordenaba continuar con toda energía el avance durante la tarde y proseguirlo por la noche. Gerow entregó el mensaje al coronel John Hill para que lo entregara en las propias manos de Leclerc. Al tiempo que el coronel montaba en su *jeep*, el general estadounidense le dijo con sequedad:

—Poco importa, Hill, que tenga usted que ir hasta el infierno para encontrar a ese

diablo francés. No regrese en modo alguno sin haberlo encontrado[137].

Furioso y más impaciente todavía que De Gaulle y Gerow, Philippe Leclerc paseaba en aquel momento, bastón en mano, por una pequeña carretera a seiscientos metros de la Croix-de-Berny. Procedente del Sur y del Oeste, Leclerc oía el cañoneo de sus carros, que se esforzaban en vencer los últimos puntos de apoyo alemanes, que resistían aún a lo largo de la ruta Orleáns-París. No había necesidad alguna de que De Gaulle o Gerow espolearan a Leclerc. Durante todo el día, incansablemente, sus oficiales le habían oído dar la orden de ir más de prisa. Al recordar el SOS que Petit-Leroy le había traído desde París, se sentía atormentado por el temor de llegar demasiado tarde y que Von Choltitz empezase ya a destruir la ciudad. Decepcionado y rabioso por la perspectiva de no entrar en París aquella misma noche, Leclerc golpeaba nerviosamente el suelo con el bastón.

También el capitán de barba rojiza que desembocó en la carretera a la cabeza de un destacamento de semicarros espumajeaba de rabia. Por dos veces en media hora había tenido la certeza de que el camino a París estaba libre. Había pedido autorización a su jefe para lanzarse adelante. Sin embargo, las dos veces había recibido la orden de incorporarse al grueso de su columna en el eje principal.

Cuando vio a su «patrón», Dronne saltó del *jeep*, corrió hacia él y se puso en posición de firmes.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Leclerc. Con un gesto expresivo de su bastón, barrió las explicaciones del capitán y exclamó—: ¡Dronne, ya sabe que no hay que ejecutar nunca las órdenes absurdas! —Cogió bruscamente al capitán por el brazo y le ordenó—: Quiero que llegue inmediatamente a París, hasta el corazón de París. Coja los elementos que quiera y marche. No se ocupe de los alemanes. Corra. Diga a los parisienses que se mantengan firmes. Llegaremos allí mañana…

Leclerc acompañó al capitán hasta el *jeep*. Ocho días antes, al darse cuenta del extraño nombre que llevaba aquel *jeep* en el parabrisas, Leclerc había dado orden al capitán de borrarlo. Al ver que seguía aún en su sitio, Leclerc se sorprendió.

—Creía haberle dado una orden —exclamó.

Dronne se excusó murmurando que no había tenido tiempo de hacerlo. Leclerc movió la cabeza.

—Cuando pienso —dijo, con aire soñador —que este *jeep* va a ser el primero en entrar en París.

En efecto, sobre el parabrisas, escrito en gruesas letras blancas, estaba el nombre. El *jeep* se llamaba: *Muerte a los m.…*

Dronne tardó pocos minutos en organizar su pequeño destacamento. Se componía de tres Sherman que llevaban nombres de victorias napoleónicas: *Romilly*, *Montmirail* y *Champaubert*, y una media docena de coches blindados. Después de dar unas breves instrucciones a sus hombres, el oficial saltó a su *jeep*. Con una rápida

mirada al espejo retrovisor, se dio cuenta del fracaso de su aspecto personal. En lugar de estar guapo y limpio como se había prometido aparecer ante los ojos de los parisienses, Dronne se encontraba sucio y peludo. Su mono estaba manchado de grasa y sudor y su cara negra de polvo y humo.

El capitán de la barba rojiza puso su motor en marcha. Luego, dirigiéndose a un pequeño grupo de curiosos que se había agrupado alrededor de su *jeep*, preguntó:

—¿Hay alguno entre vosotros que conozca el camino más corto hacia París?

42

París escuchaba el sordo retumbar del cañón, que arreciaba de hora en hora y se iba aproximando a la capital. Muy pronto se enseñorearía también de la misma. Los defensores alemanes, encerrados en sus puntos de apoyo y casi aislados por las FFI del coronel Rol, esperaban el asalto final, que no tardaría mucho en desencadenarse.

Los comandantes de los treinta principales *Stutzpunkte* (puntos de apoyo) habían jurado al Führer defenderse hasta el último cartucho. Anteriormente, Hitler sólo había exigido aquel juramento una vez: en el frente del Oeste, en Saint-Malo, donde los soldados de la Wehrmacht, agotadas las municiones, habían seguido batiéndose con arma blanca para defender las ruinas de la fortaleza.

Parapetados en algunos de los monumentos más gloriosos de la ciudad, que habían convertido en verdaderas fortalezas, los hombres del general Von Choltitz se disponían a ofrecer la misma resistencia desesperada. En la plaza de la République, tras las altas murallas del cuartel Prinz Eugen, un comandante de las SA reunió a sus hombres y les anunció que dos divisiones blindadas SS estaban camino de París:

—Debemos resistir a toda costa —dijo—, hasta que los refuerzos vengan a liberarnos.

Bernhardt Blache, el *Feldwebel* que el sábado anterior había visto «asarse a sus hombres como salchichas» ante la prefectura de policía, escuchaba en la Escuela Militar la arenga que el comandante Otto Müller dirigía a los defensores.

—Señores —les decía—, cumpliremos con la orden de nuestro Führer. Combatiremos hasta el fin.

La sección de ametralladoras que mandaba el *Feldwebel* recibió entonces, como última comida antes de la batalla, un enorme jamón de Westfalia. Pero la idea de dejarse matar por defender la Escuela Militar había hecho perder el apetito a Bernhardt Blache. No pudo tragar ni un bocado del apetitoso jamón.

En el Palacio de Luxemburgo, el conservador Marcel Macary y el electricista François Dalby vieron a los jóvenes SS de la guarnición empezar a construir una imponente barricada ante la puerta principal, en vistas al ataque final. Dalby sabía que, a pesar de todos sus esfuerzos, los alemanes habían acabado prácticamente de minar el edificio. Se preguntaba angustiado si, en una especie de suicidio colectivo, no se les ocurriría hacerlo saltar todo en el último minuto. En el barrio, centenares de parisienses se hacían la misma pregunta, y, ante la duda, evacuaban sus apartamentos a toda prisa.

En el vestíbulo, lleno de sacos de arena, del hotel Meurice, el *Stutzpunkt* más importante de la ciudad, el hombre sobre cuyos hombros recaía la defensa de París, se

dirigía airado a sus propios oficiales. Unos minutos antes, un teniente coronel de la Feldgendarmerie se había permitido aconsejar al comandante del Gross Paris escapar de aquella «ratonera» mientras aún fuera tiempo de hacerlo, y ordenar a la guarnición que evacuara la ciudad.

—El Führer me ha mandado a París —ladraba Choltitz, pálido de rabia— y yo soy quien asume aquí la responsabilidad. Se hará exactamente lo que yo ordene y obligaré a la obediencia, con las armas en la mano, a aquellos que se rebelen. Que cada uno se retire a su puesto y que espere mis órdenes…

La voz gutural del general resonaba en el vestíbulo como una ráfaga de ametralladora.

—Si yo cayera —continuó diciendo—, ordeno que me suceda el coronel Jay, y que el jefe de Estado Mayor, coronel Von Unger, le preste su ayuda.

En el silencio que siguió a estas palabras, el capitán Klaus Engelmeier, un médico de Westfalia, pensó: «¡Dios mío! Va a conseguir que nos maten a todos en este hotel».

A pesar de la tensión que reinaba en los distintos puntos de apoyo, algunos soldados lograron pasar sus últimas horas como si fueran turistas de la *Belle Époque*.

El *Quartiermaster* Erich Vandam, de la 325ª División, compró a un vendedor ambulante que paseaba su mercancía entre las balas por la plaza de la Concordia, un último recuerdo de París: un cenicero adornado con una torre Eiffel. Al día siguiente, mientras que una bayoneta francesa lo empujaba en una columna de prisioneros, el alemán vería al mismo vendedor ambulante vender un cenicero idéntico a los primeros GI estadounidenses.

Para otros soldados, había llegado el momento de las despedidas. Dos semanas antes, el *Oberfeldwebel* Walter Hoffman había ofrecido a su amiguita Jeannette Domat, para festejar su veintiséis cumpleaños, una comida con champaña en un restaurante del mercado negro. Aquella noche, la abrazó por última vez ante la pesada puerta de la Escuela Militar. Como regalo de despedida, el alemán sólo había podido hacerse con un gran trozo de tocino.

Otro soldado encontró ocasión de deslizarse a la «tierra de nadie» que separaba la fortaleza alemana del Luxemburgo de la calle de Tournon y entrar en un pequeño hotel. Era Eugen Hommens, el alemán a quien las FFI habían robado el revólver, once días antes, en las márgenes del Marne. Hommens se encontró con su amante en una habitación del hotel y le dijo adiós. La joven le suplicó una vez más que desertara. Pero Hommens se negó. Al «peligro potencial de una mujer celosa» el alemán prefería la amenaza de las balas del FFI.

Para el *Feldwebel* Erwin Conrad, aquélla era una tarde de recuerdos. Con una botella de coñac en una mano y la metralleta en la otra, contemplaba

melancólicamente desde una ventana del «hotel Claridge» la solitaria avenida de los Campos Elíseos. Conocía cada metro cuadrado de su calzada. Durante seis meses, Conrad había tomado parte en el desfile triunfal que, cada mediodía, descendía por aquella avenida.

Al otro extremo de París, tras las macizas murallas del castillo de Vincennes, George Dubret aún vivía. Era un milagro. Por cinco veces, Dubret y sus cinco compañeros se habían visto encarados a la ametralladora de los SS que había segado la vida de tantos de sus camaradas. Durante todo el día, veían cómo sus carceleros, uno tras otro, abandonaban el castillo. Se preguntaban qué suerte podrían reservarles los alemanes que fuesen los últimos en partir, cuando se abrió la puerta de la celda. Un sargento les hizo seña de que saliesen.

En el patio, donde los SS estaban preparando su marcha, encontraron al «pequeño Führer» que había asesinado a su compañero Silvestri. Les mostró el refectorio con la mano y les gritó que podían ir allí y comer todo cuanto quisieran. Los cinco policías fingieron dirigirse hacia el edificio. Una vez que el último de los alemanes hubo franqueado el puente levadizo, se detuvieron. Luego echaron a correr y, a su vez, pasaron también el puente levadizo, gritando «¡Viva Francia!». En aquel momento, tres terribles explosiones hicieron retemblar el suelo. Dubret fue derribado por la onda expansiva. Cuando se levantó, vio elevarse un volcán de polvo y escombros tras los muros del fuerte. El refectorio, al que el «pequeño Führer» había enviado a los franceses, acababa de volar.

En una calle de Nanterre, al otro extremo de la capital, el teniente Bob Woodrum se dirigía tristemente a la tienda de Pierre Berthy. El estadounidense no había recibido noticia alguna de su amigo desde que éste había sido detenido, seis días antes. Pensaba que quedaban muy pocas probabilidades de que aún conservara la vida. Al entrar en el patio de la casa, se quedó sorprendido al oír las voces que salían de la tienda. Parecía como si todo Nanterre se hubiese dado cita en la pequeña tocinería. Woodrum descubrió entonces, en medio de la gente, la cara pálida de un hombre que sonreía. Era Pierre Berthy. Por milagro, también el tocinero había escapado del pelotón de ejecución de Mont-Valérien, del que, durante cuatro años, había escuchado los disparos. El cónsul Nordling, después de tres días de laboriosas negociaciones, había logrado obtener, desde su lecho de enfermo de la calle de Anjou, la libertad de los prisioneros de la alcaldía de Neuilly. Cuando el estadounidense vio al que le había mantenido oculto con peligro de su vida, sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

— *Well done, Pierre*! —gritó.

Al oír estas palabras, los vecinos de Berthy, estupefactos, comprendieron que el gigante rubio que habían visto entrar y salir de la tocinería sin pronunciar jamás una sola palabra, no era ni sordo ni mudo…, ni tampoco francés.

43

En las oscuras calles de Longjumeau, a veintisiete kilómetros de París, un oficial estadounidense acababa por fin de resolver el problema angustioso que venía atormentándole desde la víspera. A cambio de dos paquetes de cigarrillos, el capitán Bill Mills, jefe de operaciones de un batallón de la 4ª División estadounidense, logró procurarse el documento más preciso que pudo haber encontrado aquel día: un plano de París.

La 4ª División había salido de Normandía tan precipitadamente y su misión sobre París había sido tan inesperada que sus jefes no habían tenido tiempo de procurarse en la SHAEF los mapas necesarios. Pocos minutos antes, el oficial que mandaba la división, el mayor general Raymond Barton, había reconocido ante sus oficiales que no tenía la menor idea de dónde se encontraba el objetivo que se les había asignado: la prefectura de policía.

Mills abrió alegremente el precioso mapa. En la parte superior izquierda llevaba escrito el nombre del impresor: «A. Lecomte, 38, calle Sainte-Croix-de-la-Bretonnerie». Justamente debajo, en letras grandes, el estadounidense encontró el nombre exacto de aquel documento, gracias al cual, dentro de algunas horas, las vanguardias de la 4ª División encontrarían su camino hacia el corazón de París. Se llamaba *Itinéraire Pratique de l'Étranger dans Paris*[138].

Extenuados por una larga etapa bajo la lluvia, la oscuridad y el humo de los escapes, los hombres de la 4ª División se habían separado en tres grupos al sur de la capital. No esperaban más que la orden de lanzarse hacia París. Para algunos de ellos, como, por ejemplo, el sargento Milt Shenton, de Maryland, «París era un sueño que se realizaba al fin». Mas para otros infantes, como el soldado Willie Hancock, de Georgia, atormentado por la idea de tener que combatir en una batalla callejera, «París no era sino otra ciudad ocupada por los alemanes, antes de Berlín y del regreso a casa». Ciertos estadounidenses daban un significado especial a la perspectiva de entrar en París. El teniente coronel Dee Stone, por ejemplo, al deslizarse aquella noche dentro de su saco de dormir, palpó un sobre arrugado que llevaba en su bolsillo y que contenía una carta. Aquel trozo de papel se había convertido para él casi en una especie de talismán. Lo llevaba encima desde un día de noviembre de 1943 en que había salido de su casa de Forest Hill para embarcarse en dirección a Inglaterra. La carta había desembarcado con él el 6 de junio y lo había acompañado durante todos los sangrientos combates de Normandía hasta que, aún con vida, había llegado a los suburbios de París. Al día siguiente, cumpliendo la promesa que había hecho a su autor, entregaría la carta a su destinatario en París.

El subteniente Jack Knowles, jefe de una sección del 22º Regimiento de infantería, y su adjunto, el sargento Speedy Stone, estaban negros de rabia. El comandante de la Compañía acababa de decirles que la entrada en París constituiría un verdadero desfile y que todos los hombres debían, por lo tanto, llevar corbata. Stone y Knowles, no sólo no habían tocado una corbata desde su salida de Inglaterra, sino que ni siquiera la habían visto. No obstante, Stone, que sabía siempre cómo componérselas, prometió a su teniente que encontraría los preciosos adornos para la mañana siguiente. A los ojos de Speedy Stone, París «bien valía un desfile».

Reclinado en el tronco de un álamo, cerca de Trappes, el sargento Larry Kelly, de cuarenta y dos años, se sentía inundado de felicidad. Aquel gigante rubio, originario de Pennsylvania, sentía un afecto casi místico por Francia. Veintisiete años antes, cuando contaba quince, falseando su edad, se alistó en el Cuerpo Expedicionario estadounidense, luchó durante ocho meses en Francia y fue herido dos veces.

En la noche del desembarco, Kelly había sido dejado caer en paracaídas sobre Normandía con la 82ª División aerotransportada. Herido poco después, fue trasladado a un regimiento de artillería de campaña, que aquel día apoyaba la columna del comandante Morel-Deville, de quien él era batidor de vanguardia. Dentro de pocas horas, Kelly se enteraría de que contaba con muchas posibilidades de ganar la apuesta que había hecho la noche del 5 al 6 de junio: la de ser el primer estadounidense que entrara en París.

Al caer el crepúsculo, el teniente Warren Hooker, jefe de sección de una Compañía del 22º Regimiento de infantería, y su adjunto, el sargento Ray Burn, subieron a una vieja torre de observación que se alzaba cerca de Orly. Desde ella contemplaron extasiados la línea de los tejados de París. Hooker reconoció todos los monumentos de que hablaban sus libros de historia y las novelas de Alejandro Dumas. El panorama que tenía ante sus ojos le resultaba casi familiar. Su experiencia de soldado, sin embargo, le decía que al día siguiente no tendría tiempo de visitar todas aquellas maravillas en las que venía soñando desde la infancia. Su destino y el de sus camaradas era «salpicar aquella ciudad con su sangre y seguir adelante». Hooker recordó entonces con tristeza unos versos de un poema de Robert Frost, que había aprendido en el bachillerato: «Tengo promesas que cumplir y muchos kilómetros por recorrer antes de poder entregarme al sueño».

Un alegre personaje traspuso la puerta del hotel del Grand Veneur en Rambouillet, Larry Leseur, locutor de la cadena de radio estadounidense CBS, había logrado por fin llegar a tiempo para asistir a la verdadera liberación. Abriéndose paso entre la compacta multitud de periodistas que habían invadido el hotel, Leseur se acercó a su colega Charlie Collingwood, cuyo imaginario reportaje sobre la liberación había sido radiado por error.

—¡Excelente reportaje, Charlie! —le felicitó Leseur.

Collingwood, de momento, sonrió molesto. Después empezó a rebuscar en su bolsillo. Sacó un pequeño objeto envuelto en papel de estaño y lo entregó sonriente a Leseur. Era una pastilla de chocolate.

Desde las colinas de Sèvres, a la extrema izquierda del frente, hasta las vastas llanuras de Orly, los hombres de la 2ª DB, cansados y abatidos, detuvieron durante la noche su progresión hacia París. Y, no obstante, sin saberlo, acababan de hacer saltar en Fresnes y en la Croix-de-Berny los últimos cerrojos que les impedían el paso hasta el corazón de París. El camino hacia París estaba ahora abierto.

En casi todas las unidades había, aquella noche, muchas plazas vacías. El general Hubertus von Aulock había cumplido su palabra. Había hecho pagar caro a los franceses el derecho de entrar en su propia capital. A lo largo de todas las carreteras que habían seguido, las tres columnas de la división habían dejado tras ellas un reguero de vehículos calcinados, de muertos y heridos. De los dieciséis coches blindados de que se componía una de las secciones de la 10ª Compañía no quedaba más que un solo vehículo. Solamente en el ataque a Fresnes un Regimiento de carros había perdido la tercera parte de sus efectivos.

Tan graves pérdidas y las horas agotadoras que habían vivido, habían puesto a prueba la moral de los hombres de la 2ª DB. Su único consuelo era saber que París se encontraba ya muy cerca, al alcance de la mano, al otro lado de la última hilera de casas del arrabal. El viaje estaba a punto de terminar.

Jean-René Champion, el piloto del *Mort-Homme,* había dejado de temer que los estadounidenses llegasen a París antes que él. Ni siquiera una avería del motor le detendría. París estaba allí, muy cerca de él, «como una amante dormida». El capitán Georges Buis cerca de su Sherman» *Norvège*, tarareaba una canción que él mismo había compuesto en el desierto de Libia. Acompañado por la armónica de su cañonero. Buis cantaba: «Y todos nuestros caminos son calles de París…» Echado en la parte trasera del *Douaumont,* cerca de Fresnes, el sargento Marcel Bizien miraba el cielo. Sus camaradas le oyeron jurar que al día siguiente haría honor a la memoria de sus antepasados los corsarios bretones, y tomaría un carro alemán al abordaje. Cumpliría su promesa.

Una docena de FFI llegaron a la puerta de la cárcel que Bizien y sus camaradas habían tomado al asalto pocas horas antes. Escoltaban a un prisionero alemán. Con la cabeza baja y gesto cansado, Willy Wagenknecht cruzó el portal y entró en el patio lleno de escombros. Para el alemán, a quien las circunstancias de la vida habían obligado a defender su propia cárcel, aquél era el momento más amargo de la guerra. La estancia de Wagenknecht en París terminaba en el mismo punto en que había empezado: en una celda de Fresnes.

Mientras los hombres de la división contemplaban cómo ocupaban sus puestos

los elementos que al día siguiente debían ser los primeros en marchar hacia París, ninguno de ellos sintió mayor emoción que el subteniente René Berth, de cuarenta años, del Regimiento del Chad. Cuando René Berth vio al muchacho alto y rubio que pasaba de pie a bordo de un coche blindado de la 97ª Compañía CG, comenzó a gritar:

—¡Raymond! ¡Raymond!

Era su hijo. Dos años antes, sin decir nada a su madre, el joven había metido algo de ropa en su saco de excursionista y se había marchado a pie, para reunirse con su padre y los franceses libres. Louise Berth ignoraba aún, aquella noche de agosto, si su marido y su hijo estaban vivos o muertos.

Por encima del estrépito de las cadenas de los carros, padre e hijo convinieron en encontrarse al día siguiente en París y dar una sorpresa a Louise Berth.

—¡Habrá que ver la cara que pondrá mamá al vernos llegar juntos! —dijo Raymond a su padre.

Mientras miraba alejarse la figura viril de su hijo, René Berth sintió que su pecho se hinchaba de orgullo. Y, de repente, sus ojos de guerrero se llenaron de lágrimas: «Mañana, 25 de agosto —recordó—, es el cumpleaños de Louise. ¡Qué sorpresa va recibir!»

44

En el tajo de una antigua cantera de arena, a la salida de Longjumeau, el hombre que dirigía a René Berth y a todos sus camaradas de la 2ª DB estudiaba un mapa desplegado sobre el capot de su vehículo de mando. De todos los mapas que Philippe Leclerc había examinado durante toda la guerra, ninguno había revelado una realidad tan angustiosa como aquél. Era un mapa de París. Una serie de círculos rojos señalaban en él los puntos de apoyo alemanes, aquellos *Stutzpunkte* que los oficiales de Von Choltitz habían jurado defender «hasta el último cartucho». La mayor parte de los círculos rojos aparecían sobre alguno de los tesoros arquitectónicos de la ciudad. Pensaba Leclerc que, si los alemanes se aferraban a tales puntos de apoyo con la misma tenacidad de que habían dado muestra a lo largo del trayecto de aquel día, sólo podrían ser desalojados con la artillería de los carros o los cañones de campaña. Cabía en lo posible que el precio que París habría de pagar por su liberación fuese la destrucción de la plaza de la Concordia, de la Cámara de los Diputados, del Palacio de Luxemburgo, de la calle de Rivoli… Se volvió hacia sus oficiales, que le rodeaban en silencio, y dio órdenes severas prohibiendo el uso de la artillería pesada sin su consentimiento.

—Hemos venido a liberar París —dijo—, no a destruirlo.

El general y sus oficiales se apartaron entonces unos metros para sentarse en el suelo alrededor de una piel de katamburu que Ahmed, el ordenanza de Leclerc, había desplegado sobre una piedra. Ahmed distribuyó entre ellos la comida, una simple lata de ración para cada uno.

Mientras caía la noche, aquellos hombres, representación del nuevo Ejército francés, compartieron en silencio, a las puertas de la capital de su país y según el rito espartano que venían observando desde los desiertos de Libia y Trípoli, la última comida del destierro. Endurecidos por el horno africano, donde habían quemado la grasa de sus cuerpos y purificado sus almas, no eran sino parientes lejanos de los oficiales de aquella «guerra de mentirijillas» que cenaban a la luz de las velas en los castillos de la retaguardia. Una vez que hubieron terminado, se envolvieron en sus chilabas y se durmieron bajo el cielo, al pie de sus *jeeps* o de sus carros.

A veintisiete kilómetros de allí, en pleno corazón de París, los jefes de la Resistencia se disponían también a cenar en el gran comedor del sótano del Hôtel de Ville. Sentados en bancos, sillas, cajas vueltas del revés, con los fusiles y granadas desordenadamente abandonados sobre las largas mesas de madera, los defensores del

enorme edificio, cansados y silenciosos, comían en un ambiente medieval.

Grandes picheles llenos de vino tinto se entrechocaban con ruido metálico, mientras que una docena de «colaboracionistas» prisioneras, luciendo un cráneo rapado como una bola de billar, servían con gesto abatido el plato único: tallarines con lentejas.

Jacques Debû-Bridel, el hombre que tres días antes había roto un cristal para calmar la tormentosa reunión de los hombres de la Resistencia, recuerda que fue «una cena siniestra y deprimente». Hacía dos días que los defensores del Hôtel de Ville esperaban a cada momento ser arrollados por los alemanes. Ahora también ellos sabían que dos divisiones de Panzer SS se acercaban a París. Debû-Bridel y la mayor parte de los resistentes reunidos aquella noche en el refectorio del Hôtel de Ville, estaban convencidos de que el destino iba a privarles, en el último instante, de la frágil victoria a la que se habían aferrado con tanto tesón durante cinco días.

Al otro lado de la solitaria calle de Rivoli, a la cual daba una de las fachadas del Hôtel de Ville, en la habitación 238 del hotel Meurice, Dietrich von Choltitz acababa de ponerse una camisa de seda blanca. Al notar que el cuello de la camisa le apretaba, el gobernador pensó: «He engordado en París». Era la primera vez, desde su llegada a la capital francesa, que el general alemán se ponía un cuello duro. Sobre la cama, descansaba la chaqueta blanca, perfectamente planchada, que iba a ponerse para acompañar el pantalón gris, con listas rojas, de oficial de Estado Mayor. Choltitz se lo había puesto una sola vez, siete meses antes, en la recepción que había dado cerca de Anzio, en Italia, para celebrar su promoción al grado de general de división. Aquella noche lo luciría en la que había de ser, sin duda alguna, la última recepción en la que aparecería por muchos años el comandante del Gross Paris. En el primer piso del hotel Meurice, dentro de la gran habitación que ocupaba el Secretariado de Estado Mayor, los colaboradores del general se preparaban para ofrecer a su jefe una comida de despedida.

Pocos eran los integrantes del Estado Mayor que albergaban aún en su ánimo ilusiones sobre la suerte que esperaba a la guarnición del Gross Paris. Sobre el gran mapa mural que colgaba en la sala de operaciones, los oficiales se habían visto obligados a desplazar continuamente durante todo el día las pequeñas banderitas rojas que indicaban el avance fulminante de los aliados. Las pequeñas banderitas se encontraban ahora plantadas a las mismas puertas de París. Aquella noche había llegado del OB Oeste un informe alarmante sobre el conjunto del frente. Tal informe había revelado a Choltitz una noticia que Bobby Bender no parecía conocer: los estadounidenses habían forzado la barrera del Sena, al sur de Melun, y avanzaban hacia el Este, sin encontrar oposición alguna. Para intentar detenerles, se había dado orden a dos divisiones alemanas de moverse en dirección sur, hacia Nogent-sur-Seine y Troyez. Choltitz había comprendido que no podía contar más que con sus propias

tropas. Porque aquellas dos divisiones eran precisamente las que le habían sido prometidas como refuerzo: las 26ª y 27ª Panzer SS.

Mientras se abrochaba el cuello ante el espejo ovalado del cuarto de baño, el general alemán se dijo que, al alba del día siguiente, es decir, muy pocas horas más tarde, los aliados se presentarían para dar el golpe de gracia. Durante todo el día había estado esperando la visita del amenazador comandante de la Luftwaffe. Sin embargo, no se había presentado. El general pensó con amargura en aquel oficial. Después sus pensamientos pasaron a Hitler, a Jodl, a Model. Recordó la deformación de la boca de Hitler en tanto éste le decía en Rastenburg: «Esté seguro, Herr general, que recibirá usted de mí todo el apoyo necesario». En lugar de refuerzos, no había recibido más que palabras y los martillos neumáticos de la 813ª *Pionierkompanie*. Incapaz de defender a París con la fuerza de las armas, el O.K.W. había decidido concederse el placer de borrarlo del mapa. Choltitz sabía que el O.K.W. ya no esperaba más que un gesto por su parte: el que daría a los hombres del capitán Ebernach la orden de usar sus detonantes.

El conquistador de Sebastopol estaba seguro de que al día siguiente por la noche estaría muerto entre las ruinas del hotel o, en caso contrario, se hallaría prisionero de los franceses. Y, sin embargo, era otro final muy distinto el que había esperado para sí mismo y para su país aquel día de mayo de 1940, al saltar de un Junker en el aeródromo de Rotterdam. Tomando la botella de agua de colonia que el cabo Helmut Mayer le había traído diez días antes, Choltitz se echó un chorro por la cara y resolvió poner buen semblante ante sus colaboradores. Cuando dejó la botella sobre la mesa, sus ojos se fijaron en la etiqueta. No se había dado cuenta hasta entonces de que llevaba escritas las palabras: *Soir de París*.

Como el capitán de un navío, presto a hundirse con él luciendo su mejor uniforme de gala, Choltitz salió de su habitación y, con paso tranquilo, se dirigió a la comida de despedida.

En otra habitación del hotel, una mujer joven y bonita se ponía en aquel momento un vestido negro con lentejuelas plateadas. Cita Krebben se miró en el espejo y pensó que el último vestido confeccionado por su modistilla parisiense era verdaderamente un éxito. Juntamente con su amiga Hildegarde Grun, secretaria del coronel Von Unger, y la hermosa y opulenta Annabella Waldner, intendente de los gobernadores militares de París, Cita Krebben era una de las pocas mujeres alemanas que permanecían aún en París. La elegancia natural de la joven muniquesa, sus veintitrés años y la asidua relación con su modista de la calle Washington habían hecho de ella la más parisiense de todas las mujeres alemanas. Cuando un instante después hizo su entrada en el comedor, iluminado únicamente por velas, donde el general y sus colaboradores tomaban el aperitivo, todas las miradas se volvieron a ella. El propio Von Choltitz llenó su copa de Cordon Rouge y propuso un brindis a la «salud de las

magníficas mujeres alemanas, cuya solidaridad, en el curso de aquella guerra, había dulcificado los duros golpes de la suerte». Todos levantaron sus copas. Fue, según recuerda el conde Dankvart von Arnim, «un momento emocionante». El oficial examinó las caras de los que se hallaban a su alrededor: Unger se mostraba glacial, como de costumbre; Jay, frívolo y encantador, incluso en aquella última noche, bromeaba; Clemens Podewills, un corresponsal de guerra que la insurrección había sorprendido en París, bebía imperturbable su copa de champaña. El único que dejaba transparentar su zozobra era el capitán Otto Kayser, un ex profesor de Literatura en Colonia. Por la tarde, en el transcurso de una operación de patrulla cerca de la Academia Francesa, Kayser había encontrado un cartel cuya cola no se había secado todavía y que decía: *A chacun son boche* («A cada uno su boche»).

Mientras todos los presentes se esforzaban en mostrar una alegría de circunstancias, Von Arnim vio entrar a un mensajero que se acercó al general y le dijo algo en voz baja. Von Choltitz salió en seguida de la habitación.

Al parecer, preguntaban en el teléfono por el comandante del Gross Paris. Pese a que sonaba débil y lejana, Choltitz reconoció en el acto la voz familiar del general Walter Krueger, su viejo camarada de armas, actualmente comandante del 58º Cuerpo de Panzer. Krueger llamaba desde un teléfono de campaña de la región de Chantilly, a cuarenta kilómetros de la capital.

—Voy a París —dijo Krueger bromeando—. ¡Esta noche nos veremos en el Sphinx![139]

Pero Krueger no telefoneaba sólo para bromear. Dijo que Model le había ordenado recoger todos los blindados disponibles en el 58º Cuerpo para mandarlos urgentemente en socorro de Choltitz. Con voz grave y triste, añadió que, aquel día de agosto, no tenía ningún tanque disponible para auxiliar a su amigo. De los ochocientos carros y ciento veinte mil hombres con que el 58º Cuerpo había empezado la batalla de Normandía, no le quedaban más, confesó, que algunos restos en plena derrota, esparcidos por el campo al sur de Chantilly. Krueger aseguró a Choltitz que, tan pronto como había recibido la orden de Model, había enviado a todos los oficiales que había podido encontrar a la búsqueda de los escasos blindados que aún le quedaban. Ahora bien, dado el caos que reinaba, no sabía si llegarían a tiempo. Después de un largo silencio, Krueger preguntó a su amigo qué pensaba hacer.

—No lo sé —contestó el gobernador de París—. La situación es muy mala.

Después de estas palabras se hizo un nuevo y prolongado silencio. Al fin, los dos hombres se desearon tristemente el uno al otro: *Hals und Bein bruch* («Hazte cortar la cabeza y las piernas»). Es ésta una vieja expresión alemana, equivalente a «buena suerte».

Digno y estirado, el maestresala pasaba la larga bandeja desbordante de

espárragos. Para aquella última cena, Annabella Waldner, que, durante cuatro años, había festejado a la crema de la Alemania nazi y de la Italia fascista en la mesa de los gobernadores de París, había reunido lo más exótico y delicioso que quedaba en la despensa del Meurice. Después de los espárragos con salsa holandesa, los invitados degustarían *foie gras* y una especialidad de Gourguilev, el chef húngaro del Meurice: *Profiterolles au chocolat*, el postre favorito del mariscal Rommel.

A la luz vacilante de los candelabros de plata maciza que Annabella Waldner había colocado sobre la mesa, los invitados empezaron a comer. Dietrich von Choltitz, sentado entre Cita Krebben e Hildegarde Grun, esforzándose por mostrarse como un convidado ameno y divertido, empezó a relatar algunos de sus recuerdos de la época en que sirvió como paje en la corte de la reina de Sajonia.

Pero bien pronto, la voz del general se llenó de nostalgia y todos sintieron más cruelmente la tristeza del momento. Absorto en su propia melancolía, el conde Dankvart von Arnim miraba con fijeza el fondo de su plato. De repente, descubrió entre los espárragos un grabado que le volvió bruscamente a la realidad. Era el Arco de Triunfo. Para aquella última cena en un París que Hitler le había ordenado destruir, Dietrich von Choltitz utilizaba una vajilla que su predecesor había encargado especialmente a la fábrica de Sèvres. En el fondo de cada plato, pintado a mano, había uno de los monumentos de París.

45

Tal como debió de ocurrirle a Napoleón ciento veintinueve años antes, a su regreso de la isla de Elba, el capitán de rojiza barba se sobresaltó al ver surgir antes sus ojos, de la penumbra de la noche, un letrero que decía: «París — Puerta de Italia». Como un eco, estas palabras mágicas corrieron a lo largo de la columna. En los tanques y coches blindados, los nombres se abrazaban, gritando y gesticulando de alegría. Raymond Dronne, en su *jeep Mort au Cons*, comprendió que acababa de ganar la carrera empezada cuatro años antes. Era el primer oficial francés que entraba en París.

Los habitantes de la Puerta de Italia, que al ruido de los carros, se habían atrincherado en sus casas, empezaron a asomarse a las ventanas, tímidos y asustados. Al distinguir que las siluetas que pasaban no llevaban el pesado casco de la Wehrmacht, sino simples gorros, alguien gritó de pronto: «¡Los estadounidenses!» Este grito, repetido de voz en voz, recorrió pronto todo el barrio. Hombres, mujeres y niños empezaron a salir de todas las puertas, a acudir de todas las calles. Pronto, procedente de los cuatro puntos cardinales, una verdadera marea humana rodeó los vehículos del pequeño destacamento. Aquel capitán que había querido aparecer hermoso ante los ojos de las parisienses, se vio sumergido entre docenas de ellas, jóvenes, viejas, morenas y rubias, que se apretujaban y se empujaban para abrazarlo o estrecharle la mano, o, simplemente, para rozar su uniforme negro de polvo y pólvora. Una chica alta, vestida de alsaciana, llamada Jeannine Bouchaert, logró incluso tomar el *jeep* al abordaje y sentarse al lado del emocionado guerrero.

Llevándose como mascota a la alsaciana, que cantaba a todo pulmón mientras hacía ondear una bandera francesa, Dronne reemprendió su marcha en medio de la multitud. Seguido por sus carros, entró por la avenida de Italia y siguió luego por un dédalo de callejuelas que llevaban al Sena. La columna marchaba tan de prisa que los parisienses apenas si alcanzaban a divisar en la penumbra la cruz de Lorena de los tanques. Ante la estación de Austerlitz las primeras balas alemanas saludaron el paso de los carros franceses. Pero éstos, siguiendo su marcha sin contestar al fuego, entraron por el puente de Austerlitz, intacto aún a pesar de las órdenes de destrucción, y desembocaron en los muelles de la ribera derecha. Al remontar el Quai des Célestins, a toda velocidad de su *jeep*, Dronne sintió de repente que la garganta se le contraía de emoción. A su izquierda, recortada en el crepúsculo, se levantaba la silueta emocionante de Notre-Dame. Giró a la derecha. Levantando chispas del adoquinado, los tres tanques y seis coches blindados giraron a su vez y se detuvieron todos ante el bastión de las libertades municipales de París: el Hôtel de Ville. Dronne

saltó del *jeep*. Como si llegara de otro planeta, contempló petrificado, la gran fachada Renacimiento, señalada por las balas y empavesada en tricolor. El reloj de la fachada marcaba en aquel momento las 9,22.

Mil novecientos treinta y un días, dieciséis horas y cincuenta y dos minutos después de que el primer soldado de la Wehrmacht pusiera los pies en París, en la Puerta de la Villette, el Ejército francés estaba de nuevo en la capital.

Algunos segundos antes, la frágil figura de Georges Bidault se había subido sobre una mesa coja del comedor del sótano. Con voz que la emoción hacía aún más ronca, Bidault había gritado:

—¡Los primeros tanques del Ejercito francés han cruzado el Sena! ¡Están llegando al corazón de París!

Resonaba todavía el eco de estas palabras bajo las bóvedas, cuando llegó a sus oídos el ruido de los carros al desembocar en la plaza. Al percibirlo, todos los hombres se pusieron de pie. Entre el ruido de la vajilla que caía y de los vasos de vino que se rompían, surgieron las notas vibrantes de *La Marsellesa*. Luego, como una horda desencadenada, se precipitaron hacia fuera y se abalanzaron sobre el capitán, hirsuto y tambaleante de fatiga. El locutor Pierre Crénesse saltó, micrófono en mano, sobre el carro *Champaubert* y estrechó en sus brazos al primer hombre que vio salir de la torreta.

—¡Parisienses! —gritó en el micrófono—. ¡Vais a oír la voz del primer soldado que ha entrado en París!

Colocando el micrófono ante la boca del aturdido soldado de segunda, Crénesse le formuló la primera pregunta que se le ocurrió:

—¿De dónde es usted? —preguntó.

—De Constantinopla —contestó el soldado Firmin Pillian.

Gracias al fluido eléctrico, milagrosamente conectado de nuevo, tres millones y medio de parisienses empezaron a vivir la mejor noche de su vida ante los receptores de radio. «¡Los aliados han llegado! ¡Parisienses, es la liberación! ¡Difundid la noticia! ¡Que estalle por todas partes la alegría…!», gritaban los locutores. Desde lo alto de la torreta del *Champaubert*, con la voz velada por la emoción, Crénesse comenzó a recitar una poesía de Víctor Hugo:

—¡Despertad! —declamó—. ¡Basta ya de vergüenza! ¡Sed de nuevo la gran Francia! ¡Sed de nuevo el gran París!

Al oír aquellas palabras, miles de parisienses apartaron las cortinas, abrieron los postigos, se lanzaron a los brazos de vecinos a los que nunca habían dirigido antes la palabra, salieron a las calles, aullando de alegría. *La Marsellesa* brotaba de todas las ventanas, entonada a todo pulmón por innumerables gargantas y repetida por altavoces a todo volumen.

En los balcones, en los umbrales de las puertas, en las ventanas, en las aceras,

avenidas y sobre las barricadas, en la oscuridad de la noche, toda la ciudad, al recobrar la libertad y el orgullo, cantaba con la radio. Las palabras vibrantes del himno vengador se difundían por todas las casas, volaban de calle en calle, repercutían y se amplificaban hasta convertir a París entero en un coro triunfal.

Raymond Dronne sentía que sus ojos, cansados e irritados por el polvo y la fatiga, se inundaban de lágrimas. En aquel instante, que había de ser el más hermoso de toda su vida, oía miles de voces entonar a coro *La Marsellesa*, cuyas notas se repetían como en un eco interminable. Le parecía que «levantaban a toda la ciudad, como una inmensa onda sonora». No lejos de allí, una mujer bella y delicada, vestida de negro, con las muestras de la fatiga y de la emoción estampadas en el rostro, cantaba también con entusiasmo. Era Marie-Hélène Lefaucheux. Dronne pensó entonces en la propaganda de Vichy, que repetía incesantemente que los hombres de la Francia libre eran la vergüenza de la patria.

Morían ya las últimas notas de *La Marsellesa* cuando un locutor lanzó por radio una nueva petición:

—Pedimos a todos los señores párrocos que nos escuchan, o a aquellos a quienes puedan avisar sus feligreses, que echen las campanas al vuelo para anunciar la entrada de los aliados en París.

Hacía cuatro años que las campanas de París habían enmudecido. Durante toda la ocupación alemana no habían sonado ni una sola vez para avisar las horas del culto, el nacimiento de Jesús, la resurrección de Cristo o, simplemente, el entierro de un parisiense fallecido. Ahora, sacudiendo el polvo acumulado durante aquellos cuatro años de silencio y duelo, las campanas invadirían nuevamente el cielo de París. Desde lo alto de la torre sur de Notre-Dame, la Campana Mayor, de trece toneladas, que, el 2 de setiembre de 1939, había tocado a rebato por la guerra, empezó a desgranar el primer toque de alegría.

Desde la colina de Montmartre, la *Saboyarde*, la campana de diecisiete toneladas de la basílica del Sacré-Coeur, construida por una generación anterior de parisienses para dar gracias a Dios por libertar a París y a Francia de los prusianos, contestó pronto a la llamada de la Campana Mayor de Notre-Dame. Una tras otra, de un extremo a otro de la ciudad, todas las iglesias echaron al vuelo sus campanas para anunciar la buena nueva. En pocos momentos, el cielo de París vibró con las campanas de los cien campanarios de la ciudad. Los parisienses, asomados a las ventanas, lloraban de gozo y emoción.

Cuando Colette Massigny y Gilíes de Saint-Just, los dos novios de Saint-Germain-des-Prés, oyeron la campana mayor de su vieja iglesia vecina, corrieron hacia su pequeño gramófono, pusieron un disco e hicieron girar el volumen a la máxima potencia. Todos los vecinos oyeron entonces salir de su ventana una voz que durante cuatro años había sido prohibida por los alemanes. Era la de Louis

Armstrong, que cantaba *Basin Street Blues*.

En otro extremo de París, la enfermera Madeleine Brinet dejó caer su lápiz y escuchó el sonido de las campanas. Durante toda la noche, en aquella pequeña habitación del puesto de socorro de la calle de Naples, no había oído otra cosa que el gemir de los heridos. En su pequeño carnet rojo, la joven acababa de escribir unas palabras que resumían aquella última jornada de insurrección: «Hoy, cinco muertos. Recibido las familias. Escenas desgarradoras de desesperación». Ahora, el son de las campanas ahogaba el gemir de los heridos. Volviendo la página de su carnet, Madeleine Brinet escribió en la parte superior de una hoja en blanco la fecha del día siguiente: «Viernes, 25 agosto — Día de Gloria». No obstante, en el carnet de la pequeña enfermera, la página del 25 quedaría para siempre en blanco. Víctima de los últimos combates, aquel día de gloria se convertiría en el de su propia muerte.

En las cocinas del Palacio de Luxemburgo, Paul Pardou, el resistente que saqueaba las existencias de la milicia, oyó también las campanas y pensó: «Algo pasa». Franz, su carcelero, omitió por primera vez decir las palabras de costumbre: «Tú limpiar bien cocina esta noche, porque mañana tú fusilado». Aquella súbita omisión del alemán inquietó a Pardou.

Willy Krause, el tanquista que había sido degradado a infante, oyó el resonar lejano de las campanas desde su blocao del hotel Majestic. Una pregunta estúpida acudió a su mente: «¿A quién enterrarán hoy tan tarde?» Rudolf Ries, el *Feldgendarme* que había anunciado la breve tregua de Nordling por las calles de París, al llegar hasta la ventana de la *Kommandantur* de la Ópera el primer son de campana comprendió que se acercaba el fin.

—Esto ya está cocido —comentó simplemente a su camarada, el *Unteroffizier* Otto Westermann.

Desde el tejado del Ministerio de los PTT, el cabo Alfred Hollesch no perdió detalle alguno de aquellos «momentos inolvidables»: primero. *La Marsellesa*, elevándose en las calles oscurecidas; luego, la explosión de las campanas «acompañando el himno, como una marea». Hollesch, emocionado, se dijo que «estaba asistiendo, impotente, a sus últimas horas de libertad».

Cuando Werner Dix, el *Feldwebel* que, diez días antes, había maldecido a Choltitz a causa del desfile, oyó desde el vestíbulo del hotel Continental, convertido en punto de apoyo, el extraño repicar de campanas, se limitó a decirse: «Mañana se habrá terminado la guerra. Los franceses han roto sus cadenas».

En las profundidades de su puesto de mando de Duroc, el jefe de la insurrección que había roto aquellas cadenas no pudo percibir el repicar liberador. Cuando Rol y sus oficiales se enteraron por teléfono de la llegada de los primeros carros de Leclerc ante el Hôtel de Ville, decidieron brindar por la victoria. A falta de champaña, el jefe FFI escanció en el vaso de sus camaradas un líquido almibarado, el inagotable

Benedictine que el dueño de un restaurante de la plaza de Saint-Michel les había enviado por cajas enteras.

Mas había otros parisienses que tampoco oirían las campanas de la liberación. El joven Dominique de Serville, de trece años, furioso porque las campanas de su parroquia no sonaban, quiso telefonear al cura de Saint-Philippe-du-Roule. Pero no logró obtener la comunicación. La línea del cura, obstruida por centenares de llamadas, estaba comunicando continuamente[140].

Ahora bien, el retumbar de las campanas de París no causó en parte alguna impresión más fuerte que la que produjo en la pequeña habitación, iluminada por las velas, del primer piso del hotel Meurice. Al escuchar el sonido, que, al principio, les llegaba lejano y vacilante, los invitados cesaron de repente en su conversación. Luego, como las olas al batir sobre la orilla, el son de las campanas creció y creció, entrando a raudales por las ventanas abiertas.

—¿Por qué suenan esas campanas, Herr general? —preguntó ingenuamente la bonita Cita Krebben.

Dietrich von Choltitz se arrellanó tranquilamente contra el respaldo de la silla. Permaneció un rato en silencio. Luego, con voz tranquila y resignada, dijo:

—Suenan por nosotros, mi querida amiga. Anuncian la entrada de los ejércitos enemigos en París.

Choltitz vio que sus palabras provocaban una reacción de sorpresa en las caras de algunos de los presentes. Molesto, preguntó si alguno de ellos esperaba cualquier otra contestación. Tras mirar uno a uno a los oficiales que le rodeaban, el general se incorporó bruscamente y dijo con dureza:

—¡Parecéis sorprendidos! Pues, ¿qué esperabais? Después de años de dulce somnolencia en este pequeño mundo de ensueño, ¿qué es lo que verdaderamente sabéis de la guerra? ¿Ignoráis lo que le ha pasado a Alemania en Rusia y en Normandía? —En tono cada vez más cortante, el comandante del Gross Paris dio rienda suelta a su indignación—: Señores —dijo—, puedo anunciaros lo que la dulce vida de París parece haberos ocultado: Alemania ha perdido esta guerra y nosotros la hemos perdido con ella.

Aquellas duras palabras pusieron término brutalmente a la alegría ficticia de la cena de despedida. El coronel Hans Jay se escanció una última copa de champaña y, durante un rato, contempló las ligeras burbujas que iban a morir a la superficie. Luego, el atractivo coronel, que había sido una de las figuras más conocidas del París nocturno, hizo la única cosa que le cabía hacer en aquella su última noche de París: fue a acostarse. El conde Dankvart von Arnim se eclipsó discretamente y subió a su habitación. Antes de meterse en la cama, abrió el pequeño carnet de tapas verdes en el que anotaba todos los acontecimientos del día. En una página en blanco escribió estas breves palabras: «Acabo de oír sonar mi propio toque de difuntos». A

continuación, Von Arnim cogió el grueso volumen que tenía sobre la mesilla de noche y lo abrió por la página del nuevo capítulo que pensaba leer aquella noche antes de dormirse. Era la *Historia de Francia* y el capítulo se titulaba «La matanza de san Bartolomé». La fecha de aquel acontecimiento histórico dejó pensativo al oficial. La noche de san Bartolomé había tenido lugar ciento setenta y dos años antes, un 24 de agosto.

Dietrich von Choltitz, solo en el despacho al que se había retirado, descolgó el teléfono y, por segunda vez en veinticuatro horas, telefoneó al Grupo de Ejércitos B. El comandante del Gross Paris había recibido confirmación de que una vanguardia del ejército aliado acababa de entrar en París. Sabía que, al amanecer, tras aquella vanguardia, se presentaría el grueso de las tropas enemigas. Choltitz reconoció la voz del jefe de Estado Mayor al otro extremo del hilo.

—Buenas noches, Speidel —dijo con voz grave—, tengo una sorpresa para usted. Escuche, por favor…

Dichas estas palabras, acercó el auricular del teléfono a la ventana abierta a la noche, que llenaba el sonido de las campanas. Recuerda Speidel que, de pronto, oyó distintamente en el aparato el sonido potente de las campanas. Sus sones se esparcieron por el *bunker* sombrío, iluminado con neón, en el que vivía el jefe de Estado Mayor desde hacía seis días. Speidel levantó los ojos hacia su ayudante de campo, el capitán Ernst Maisch, que escuchaba por otro aparato, para mirar luego, estupefacto, el hermoso grabado de Notre-Dame que pendía de la pared.

—¿Oye usted? —preguntó Choltitz, impaciente.

—Sí, son campanas, ¿no es así? —contestó Speidel.

—En efecto, Herr general, son las campanas de París lanzadas al vuelo para anunciar a la población que han llegado los soldados aliados.

Hubo un largo y penoso silencio. Luego, Choltitz repitió una vez más que, conforme a las órdenes que había recibido por conducto del Grupo de Ejércitos B, había terminado los preparativos para la destrucción de los puentes, estaciones de ferrocarril, instalaciones de agua, gas y electricidad y de los edificios ocupados por las tropas alemanas. Pero quería saber si podía contar con el Grupo de Ejércitos para asegurar la evacuación de sus hombres y de la suya, una vez que se hubiesen llevado a cabo aquellas destrucciones. Recuerda Choltitz que se produjo un nuevo y prolongado silencio. Después, el gobernador de París oyó que Speidel le decía en voz lenta y resignada:

—No, Herr general, mucho me temo que no…

Choltitz dejó escapar un breve suspiro y preguntó a su superior si tenía alguna última orden que darle. Speidel contestó que no tenía ninguna.

—Entonces, mi querido Speidel, sólo me resta decirle adiós. Permítame que confíe a su protección a mi mujer y a mis hijos, que se hallan en Baden-Baden.

—Cuente conmigo —contestó Speidel, embargado por una gran emoción.

Con gesto cansado, Choltitz volvió a colgar el auricular en la horquilla. El teléfono Ópera 32-40, la línea directa del comandante del Gross Paris, ya no sonaría más que una sola vez antes del desenlace.

46

Era medianoche. En el balcón del primer piso del hotel Meurice, dos siluetas se destacaban en la noche. Por decimoquinta y última vez en su efímero mandato, Dietrich von Choltitz respiraba el aire fresco nocturno que envolvía a París. A su lado, en silencio, estaba una mujer joven, que había sido una de las más brillantes huéspedes de la Wehrmacht en Francia. Annabella Waldner había solicitado quedarse en el Meurice aquella noche. Mañana, al alba, como todas las demás alemanas que se hallaban en París, sería confiada a la Cruz Roja para ser repatriada.

En el cielo de París, el sonar de las campanas y los cantos patrióticos habían sido remplazados por un nuevo ruido. Choltitz y Annabella podían oír el crepitar furioso de las armas que habían empezado a disparar de nuevo. Los veinte mil hombres del general alemán no habían tardado en demostrar a los parisienses que la hora de la liberación definitiva no había sonado aún y que los tres tanques del capitán Dronne no suponían más que una ocupación simbólica. Una racha de balas disparada por una ametralladora de la Wehrmacht barrió la mesa del presidente del Concejo Municipal, haciendo volar a pedazos la peluca marmórea de un busto de Luis XIV y la copa de champaña que Bidault se disponía a beber. En la prefectura de policía, mientras un joven resistente de nombre Félix Gaillard ofrecía al capitán Dronne la más preciosa recompensa que el peludo liberador podía desear como final de su cabalgata: un baño caliente, retumbó de nuevo el estruendo de las explosiones. En una incursión relámpago, los Panzer del coronel Berg habían venido a recordar a la fortaleza insurreccionada que sus cadenas y sus cañones eran todavía los dueños de las calles de París. Por toda la ciudad, los soldados de Choltitz vaciaban sus últimos cargadores. Las voces entusiastas de Pierre Crénesse y de sus compañeros de la primera radio francesa libre se convertían entonces en acentos de angustia:

—¡Parisienses, regresad a vuestras casas, cerrad las ventanas, no os dejéis matar inútilmente…! ¡Aún no está todo terminado!

Annabella Waldner oyó que el pequeño general de chaqueta blanca dejaba escapar un hondo suspiro. Asido con las dos manos al hierro de la baranda del balcón, el general murmuró como si hablase consigo mismo:

—¿Y qué puedo hacer yo ahora?

La joven se volvió hacia el general y le respondió que, de todas maneras, era ya demasiado tarde.

—No le queda a usted más —dijo convencida— que pensar en sus hijos.

Al estremecerse Choltitz imperceptiblemente, ella añadió:

—Van a necesitarle.

Reinó entonces un largo silencio, durante el cual el general, pensativo, recorrió con la mirada la sombría silueta del Louvre, que se perfilaba contra el cielo. Luego, dijo:

—Quizá tenga usted razón, mi pequeña Annabella.

Tras estas palabras, cogió la mano de la muchacha y se la llevó a los labios. Acto seguido, le deseó las buenas noches, cruzó su despacho y se dirigió a su habitación.

Mientras caminaba por el largo corredor en tinieblas, Dietrich oyó tras él unos pasos apresurados. Se volvió con brusquedad. A la vista de la alta figura que se erguía ante él, se sobresaltó. El capitán Ebernach también había oído el sonido de las campanas y comprendido lo que ello significaba. El joven oficial iba a preguntar al comandante del Gross Paris si tenía orden que darle.

—No —respondió secamente Von Choltitz—. No tengo orden alguna para usted, capitán Ebernach.

El capitán recordó entonces al general que él y su compañía habían sido destacados a París sólo a título provisional, por lo cual le pedía autorización para emplear aquella última noche en salir de París con su unidad. Informó que había tomado las disposiciones necesarias para dejar en París una sección de zapadores, a fin de que pudieran hacerse volar las cargas explosivas que se habían preparado cuando el general lo ordenara. Choltitz miró fijamente al capitán y se limitó a decirle:

—Sí, Ebernach, puede marcharse. Y entró en su habitación.

Cinco pisos más arriba, en un rincón de la terraza del hotel Meurice, una pareja permanecía estrechamente abrazada. Los dos enamorados se creían solos en el mundo. Desde el tejado del hotel, con todo París extendido a sus pies, coronaban su noche con un espectáculo inolvidable: un castillo de fuegos que llenaba el horizonte con una lluvia de estrellas multicolores. El cabo Helmut Mayer, el ordenanza del general Choltitz, y María Schmidt, la bonita «standardista» del Estado Mayor, eran probablemente los únicos alemanes que no habían oído el toque de difuntos de la liberación. Cuando las campanas de París habían empezado a sonar, ellos saboreaban, en la intimidad de la pequeña habitación del cabo, la suculenta cena que el cocinero del Meurice les había preparado especialmente. Ligeramente ebrios, contemplaban los surcos luminosos que araban el cielo y se preguntaban qué significarían. Decía el fiel ordenanza que aquél era, en verdad, el más bonito castillo de fuegos artificiales que había visto en su vida. Pronto, sin embargo, refrescado por el aire de la noche, Helmut Mayer comprendió lo que suponían aquellos haces de luz y aquellas explosiones. Sobre la colina de Meudon, el artillero Antón Rittenau hacía volar las existencias de obuses de sus cañones del 88.

El cabo sintió estremecerse contra el suyo el cuerpo de la gentil telefonista y decidió amarla durante toda la noche.

Choltitz dormía. Arnim, Unger, Jay, Bressensdorf y Kayser dormían. En el

confortable hotel, donde tantos oficiales alemanes habían vivido los años gloriosos de la ocupación, durante aquella última y breve noche de verano, no se oía más que el paso pesado de los centinelas en los pasillos y el crepitar intermitente de los teletipos en la sala de transmisiones.

Tendida sobre el sofá del gran despacho del general, entonces solitario, Annabella acababa de dormirse cuando sonó el timbre del teléfono. A tientas, la muchacha logró alcanzar la mesa y descolgar el aparato. Oyó una voz lejana y deformada que preguntaba por Dietrich von Choltitz.

—Duerme —contestó ella—. ¿Debo despertarlo?

Hubo un corto silencio. Luego, la voz contestó con cierto tono de cansancio:

—No, no lo despierte. De todas maneras, es demasiado tarde… Dígale…, dígale que lo ha llamado el general Krueger. —La voz vaciló y a Annabella le pareció oír un profundo suspiró—: Dígale que mis tanques no llegarán.

Tercera parte

La liberación

1

El día de gloria ha llegado. Hace cuatro años que París espera esta aurora que por fin llega. Ni un soplo de aire, ni una nube. Un cielo inmaculado. La naturaleza y la historia parecen haberse unido para crear este día maravilloso, único, como jamás París, ni Francia, ni el mundo, ha conocido otro. Y acaso como jamás la historia llegará a conocer. En este 25 de agosto de 1944, festividad de san Luis, tres millones y medio de parisienses están dispuestos, desde su despertar, a sumergir la ciudad en una oleada tal de felicidad y alegría que un simple soldado estadounidense, el novelista Irwin Shaw, no podrá por menos de exclamar algunas horas después:

—¡La guerra debería acabar hoy!

«Ellos» llegan. Después de haber contado los años, los meses y los días, los parisienses cuentan ahora los últimos minutos. En miles de hogares, manos febriles buscan los tesoros tanto tiempo ocultos: una botella polvorienta de champaña, un vestido preparado con un trozo de tela comprado en el mercado negro, una bandera tricolor prohibida durante cuatro años, una bandera estadounidense, en la que el número de barras y de estrellas es distinto en cada casa, flores, frutas, un conejo… En suma, todo lo que una ciudad agradecida y entusiasta puede ofrecer a sus libertadores.

Cerca de la plaza de la République, en el apartamento de sus padres, Jacqueline Malissinet, de veintiún años, se viste la falda plisada que, con los dedos entumecidos por el frío, había confeccionado ella misma el invierno anterior especialmente para el día de la liberación. Mientras se viste, una idea extraña acude a su mente. Acaba de obtener su diploma de inglés y aquel día, por primera vez en su vida, dirigirá la palabra a un estadounidense. «¿Cómo será?», se pregunta. Tal estadounidense será un capitán peludo y lleno de polvo, mal afeitado, originario de una ciudad industrial de Pennsylvania. Lo verá por vez primera de pie sobre un *jeep*, en el puente de la Concordia, bello y sonriente. Ignora que llegará a ser su marido.

Al otro extremo de París, cerca de la iglesia de Saint-Philippe-du-Roule, esa iglesia cuyas campanas no han podido sonar la víspera porque no existen, Nelly Chabrier, una linda morena, secretaria de un abogado, se pone el vestido rosa que su madre le ha regalado para la gran ocasión. Luego, como una bella andaluza que esperase la alborada de su enamorado, se aposta tras su ventana para ver pasar los primeros tanques de Leclerc. Dentro de poco, sobre uno de ellos, verá a una especie de gigante, lleno de grasa. Será el hombre cuyo nombre llevará un año más tarde.

En previsión de la última batalla, los FFI del coronel Rol aumentan su presión alrededor de los puntos de apoyo alemanes y se preparan para el asalto que coronará con una gloriosa victoria cinco días de combates heroicos. Uno de ellos, un chico alto

y rubio, de veinticuatro años, abraza a su madre y sale corriendo de su casa. Gracias a las existencias de la célebre farmacia de la familia, Georges Mailly ha abastecido de medicamentos a todos los puestos de socorro del barrio de la Concordia. Ahora se dirige a socorrer a los últimos heridos y dar la bienvenida a los libertadores.

A través de la vitrina de su pequeña farmacia de Saint-Cloud, Marcelle Thomas ve a un hombre armado con un fusil y reconoce que se trata del bombero Jean David. «¡Dios mío! —se dice—. No deberían confiar un fusil en las manos de David». Como todos los vecinos de Saint-Cloud, conoce la afición del bombero por el vino tinto. Y David ha prometido a sus camaradas que en ese día cogerá la mayor «melopea» de su vida.

Para muchos parisienses, este día está destinado a aportarles alegrías mayores aún que la de la propia liberación. Habrá madres que encontrarán de nuevo a sus hijos, esposas que verán a sus maridos e hijos a su padre. En su apartamento de la calle de Penthièvre, madame Boverat no ha pegado el ojo en toda la noche. Al alba, acompañada de su marido y su hija Héléne, han salido en bicicleta al encuentro del famoso Regimiento de «boinas negras» sobre el cual le había hablado por teléfono una comunicante desconocida. Sólo de esta forma podrá obtener contestación a la pregunta que la está atormentando desde entonces: ¿Cuál de sus dos hijos está de regreso? ¿Maurice o Raymond?

En un período de tres años una joven llamada Simone Aublanc no ha recibido más que una carta de su marido Lucien. Procedía de un campo de prisioneros de la Alemania Oriental. Lucien sólo decía en ella: «Voy a intentar unirme a Datiko en otro campo vecino». Datiko era un tío ruso de Lucien. Hacía cinco años que había muerto y Simone lo sabía. No obstante, había comprendido lo que Lucien quería decir con ello: iba a intentar escaparse y llegar a Rusia. Esta única carta y la certeza íntima de que Lucien vivía («Si hubiese muerto, yo lo habría sentido en mi interior») constituían la esperanza que había mantenido a Simone durante tres años. Y aquella mañana, antes de salir de su apartamento para ir a esperar la liberación en casa de sus padres, Simone había tenido una especie de premonición: Lucien regresaría aquel mismo día. Tan convencida se sentía de ello que ha dejado un recado al portero para él. El recado dice simplemente: «*Bonhomme,* estoy en casa de mi padre». Y firma «Poulet». Es el apodo que le ha dado Lucien desde que se casaron. «Para no tentar a la suerte», Simone no escribe nombre alguno en el sobre.

En un pequeño apartamento de Neuilly, un hombre exhuma de un armario la bandera estadounidense que ha prometido regalar el día de la liberación a sus amigos del Ministerio de Sanidad, cerca de L'Étoile. El estadounidense Norman Lewis había traído aquella bandera en 1917, cuando, como un joven Sammy, vino a combatir para liberar a Francia. Habiéndose convertido luego en un rico banquero, Lewis se había instalado en París y se había casado con una francesa. Después de Pearl Harbour,

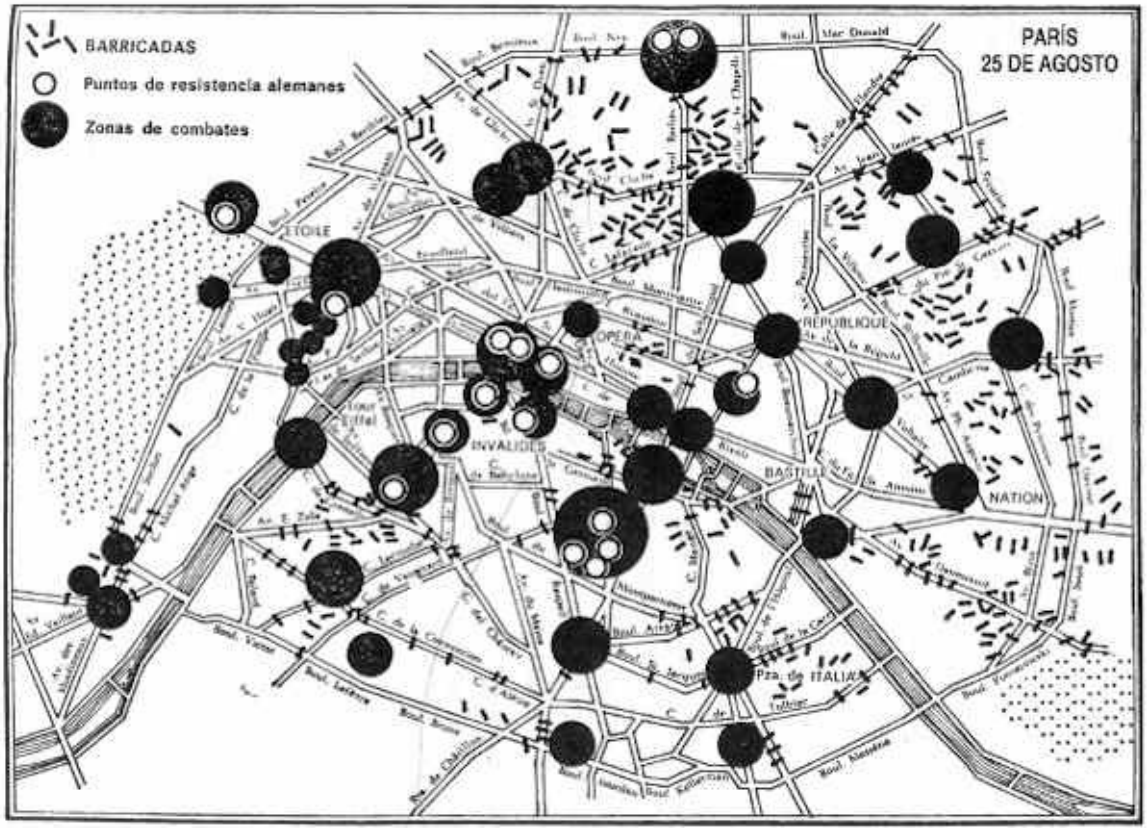
había sido internado por los alemanes. Herido en una pierna, fue libertado poco después. Aquella mañana, envolvió la bandera en un papel de periódico y, cogiendo sus muletas, con la cara radiante de alegría, se puso en camino hacia el Arc de L'Étoile.

Dos parisienses desconocidos tienen que cumplir hoy una promesa. Pierre Lorrain, de cincuenta y cuatro años, jefe del servicio de conservación de la fábrica Renault, de Boulogne-Billancourt, ha jurado que haría ondear sobre la fábrica la primera bandera francesa. Toda la noche ha esperado en el taller el momento de poder cumplir su promesa. A las ocho de la mañana, Lorrain telefonea a su mujer:

—¡Ya llegan! —le dice—. ¡Somos libres! ¿Comprendes? ¡Libres! ¡Voy a izar la bandera!

Y Lorrain promete regresar a su casa inmediatamente después de haber terminado la breve ceremonia.

Por su parte, el oficial de zapadores-bomberos Raymond Sarniguet también ha jurado hacer ondear hoy en el cielo de París la bandera francesa. Para Sarniguet se trata de un desquite. Va a ser el primero en izar los tres colores en la cúspide de un monumento del cual tuvo que retirarlos, con sus propias manos, una triste tarde de junio de 1940: aquel monumento era la torre Eiffel.



Cercados en sus *Stutzpunkte*, los alemanes defensores de París cuentan también los minutos que les separan del asalto final. Como otros muchos soldados de la

Wehrmacht, el *Unteroffizier* Otto Kirschner, de treinta y cinco años, tuvo que escuchar la arenga entusiasta de su jefe. En la *Kommandantur* de la plaza de la Ópera, el coronel Hans Römer, de Wiesbaden, gritaba:

—¡Deberemos combatir hasta el último cartucho por nuestro querido Führer!

En la mayoría de los puntos de apoyo, el desayuno se compuso de una bebida inesperada: media botella de coñac. En la Cámara de los Diputados, el *Unteroffizier* Hans Fritz, que había caído la víspera con su camión en una emboscada de las FFI, recibió la orden de ir a recuperar su vehículo. Mas apenas había recorrido unos cuantos metros cuando descubrió las barricadas que las FFI habían levantado por todas partes. Bajo el fuego cruzado de las ametralladoras, Fritz se batió en retirada, refugiándose en un portal. De pronto, el alemán vio abrirse la puerta y aparecer en el umbral una viejecita que, muy cortésmente, le rogó que «se fuera a disparar a otra parte».

Fritz dejó escapar un suspiro. No tenía ningún deseo de «disparar» ni bajo aquel portal, ni en ninguna otra parte.

—Para mí, la guerra ha terminado —dijo a aquella vieja dama, sintiendo una especie de alivio.

Decidió no salir de su escondite. Ante el primer soldado enemigo que apareciera, tiraría su fusil y se entregaría.

Un alemán, por lo menos, había tenido la oportunidad de escapar a la suerte que esperaba aquel día a Hans Fritz y a sus veinte mil camaradas de la guarnición del Gross Paris. Al empezar la insurrección, Joachim von Knesebeck, director de la Siemens en Francia, había salido de vacaciones. Nadie le había dicho que París estaba a punto de caer. Y he aquí que se le ocurrió regresar precisamente aquel último día de ocupación. Cuando la portera de su casa vio llegar al gigante rubio, exclamó:

—Pero, ¡está usted loco, monsieur Knesebeck! ¡Van a matarle!

Tras estas palabras, la portera corrió al sótano y volvió con una vieja bicicleta que allí guardaba.

—¡Márchese pronto! —aconsejó, entregándola al alemán.

El capitán Otto Kayser, el ex profesor de Literatura en Colonia, que había visto la víspera el terrible eslogan del coronel Rol en una pared de París: «A cada uno su boche», contemplaba, juntamente con el conde Von Arnim la salida del sol desde una ventana del hotel Meurice. Kayser se sentía angustiado:

—Los parisienses seguramente querrán vengarse de nosotros —decía—. Me pregunto si algún día podremos volver aquí…

Algunas horas después obtendría una respuesta definitiva a su pregunta.

Al otro lado de la calle de Rivoli, en los jardines de las Tullerías, el general Von Choltitz, acompañado del coronel Hans Jay, pasaba una última revista de sus tropas, camufladas bajo los árboles tres veces centenarios.

En la central de transmisiones del Gross Paris, el *Unteroffizier* Otto Vogel se mostraba inconsolable. Acababa de intentar por última vez telefonear a su familia en Bad Wimpfen. Pero la comunicación telefónica no había conseguido pasar de Reims. Sobre la mesa del *Unteroffizier*, sonaban continuamente los teléfonos de Hypnose.

—¡Al habla! —contestaba Vogel—. Aquí el mando del Gross Paris.

Mas la mayor parte de veces eran voces francesas o inglesas las que le contestaban. Sonaban burlonas, reservando habitaciones en el Meurice para aquella mismo noche. Hacia las ocho de la mañana, el telégrafo comenzó a repiquetear de repente. Transmitía al comandante del Gross Paris una pregunta que ni siquiera se habían molestado en poner en clave. A Otto Vogel se le desorbitaron los ojos al leerla: «¿Ha empezado ya la destrucción de los objetivos de París?», preguntaba el mensaje.

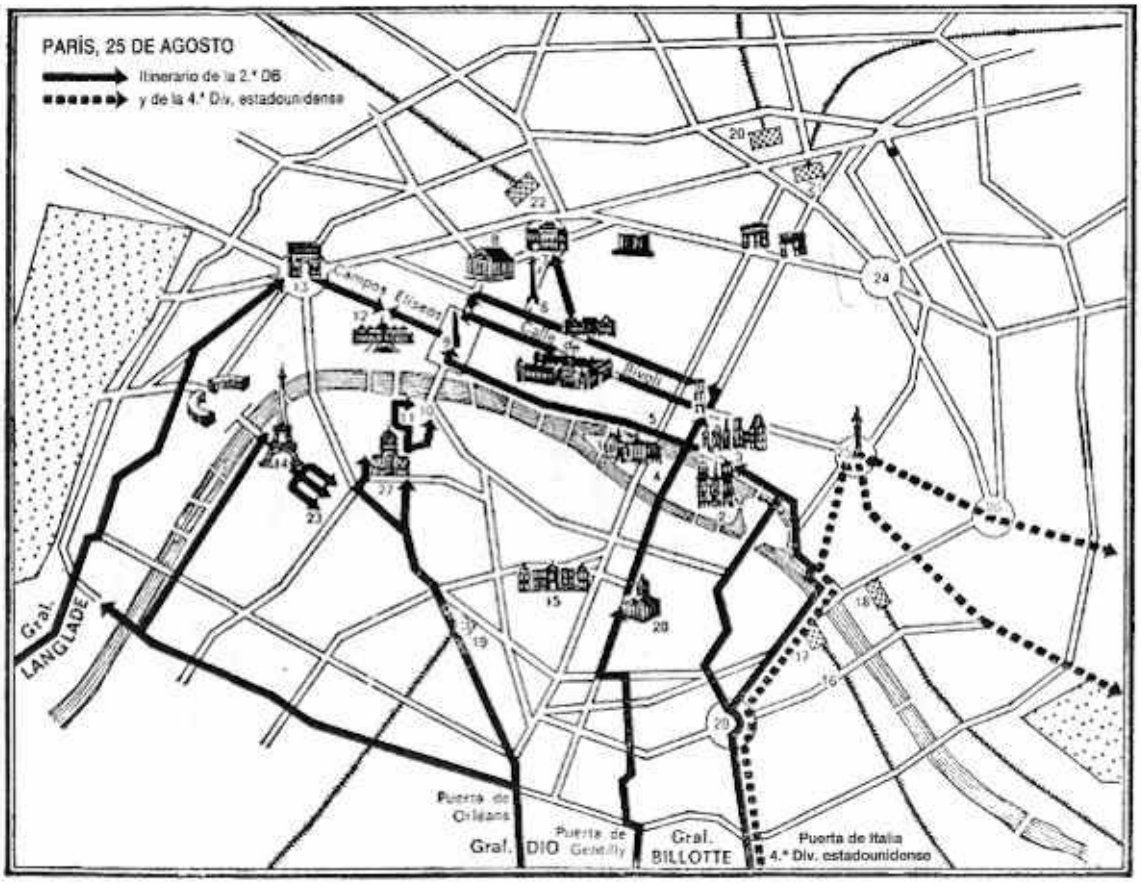
2

Para el sargento Milt Shenton, el GI cuya «ilusión de niño pobre» había sido siempre ver París, la perspectiva de entrar ahora en la capital se había convertido en una pesadilla. Shenton acababa de saber que había sido escogido como batidor de su Compañía y que ésta había sido designada para preceder a toda la 4ª División en la entrada a la capital. Lo cual venía a significar que él sería, por lo tanto, uno de los primeros blancos que descubrirían los alemanes por el punto de mira de sus ametralladoras. Shenton había tenido ya aquel honor en otra ocasión memorable. El 6 de junio de aquel mismo año, el GI había sido el primer soldado que había puesto pie sobre la playa de Utah. Había escapado en aquella ocasión. Sin embargo, pensaba que un hombre no puede esperar gozar de tanta suerte dos veces en la vida. Aquella mañana, mientras atiborraba su *jeep* de cartuchos y granadas, Shenton mandaba al diablo a París y a los parisienses.

En Fresnes, en la Croix-de-Berny, en el puente de Sèvres y, más lejos, en los pueblecitos de Nozay y de Orphin, los hombres de la 2ª DB y de la 4ª División estadounidense se preparaban al igual que el sargento Shenton para el último empuje que los llevaría hasta el corazón de París.

Pensaban seguir cuatro itinerarios distintos. Al oeste de la capital, los franceses del coronel Paul de Langlade, llegados ya la víspera al puente de Sèvres, debían alcanzar la plaza de L'Étoile por Auteuil y el Bois de Boulogne. Al sudeste de París, las tropas del coronel Pierre Billotte estaban divididas en dos grupos de asalto. El primero, mandado por el coronel Louis Dio, debía entrar por la puerta de Orleáns, pasar por detrás de la estación Montparnasse, a lo largo de los Inválidos, y llegar a la Cámara de los Diputados y al Quai d'Orsay. El segundo, dirigido por el propio Billote, franquearía la puerta de Gentilly, bordearía la cárcel de La Santé y el Palacio de Luxemburgo y, a través del Barrio Latino, descendería por la calle Saint-Jacques hasta la prefectura de policía y Notre-Dame.

El 12º Regimiento de la 4ª División estadounidense, precedido de una vanguardia del 38º «Escuadrón de reconocimiento de caballería», seguiría, a su vez, el camino recorrido la víspera por el capitán Dronne, es decir, la Puerta de Italia, la estación de Austerlitz y la prefectura de policía. Detrás de estos elementos, los Regimientos 8º y 22º de la misma División tenían que atravesar la ciudad y oblicuar hacia el Nordeste, para proteger sus flancos contra un eventual contraataque alemán.



1. Île-de-la-Cité. — 2. Notre-Dame. — 3. Hôtel de Ville. — 4. Prefectura de policía. — 5. El Châtelet. — 6. Hotel Meurice. — 7. Ópera. — 8. La Madeleine. — 9. Plaza de la Concordia. — 10. Palais-Bourdon. — 11. Asuntos Exteriores. — 12. Campos Elíseos. — 13. Arco del Triunfo. — 14. Torre Eiffel. — 15. El Luxemburgo. — 16. Puente de Austerlitz. — 17. Estación de Austerlitz. — 18. Estación de Lyon. — 19. Estación de Montparnasse. — 20. Estación del Norte. — 21. Estación del Este. — 22. Estación de Saint Lazare. — 23. Campo de Marte. — 24. República. — 25. Bastilla. — 26. Nación. — 27. Inválidos. — 28. Panteón. — 29. Plaza de Italia.

Leclerc no había llegado a recibir los valiosos informes proporcionados la víspera por el agente de la Abwehr, Bobby Bender, a Lorrain Cruse sobre el emplazamiento preciso de los puntos de apoyo alemanes y los itinerarios que debían seguir para evitarlos. Al alba, Cruse había cogido la bicicleta para llevarlos él mismo al Estado Mayor de Leclerc. Cerca del puente de Sèvres, había encontrado al coronel Langlade, pero éste había perdido contacto por radio con Leclerc. Por otra parte, los tres grupos de asalto franceses estaban ya en camino hacia sus objetivos. Desde el amanecer, carros y coches blindados franceses y estadounidenses cruzaban a toda velocidad los arrabales del oeste y sur de la capital. Sus columnas se alargaban varios kilómetros. Tanto para los soldados de la 2ª DB, que volvían a sus lares, como para los estadounidenses, llenos de curiosidad, la sencilla orden que había dado aquella mañana el capitán Billy Buenzle, de Nueva Jersey, jefe del 38º «Escuadrón de reconocimiento de caballería», resumía toda la orden del día: *Put the show on the road and get the hell into Paris* («Poned el circo en movimiento y avanzad a todo gas hasta París»).

3

El camino que se extendía ante el *jeep* del sargento Milt Shenton aparecía totalmente solitario y cuajado de trampas. A lo largo de las estrechas aceras, todas las ventanas permanecían herméticamente cerradas. El único ser viviente que pudo distinguir el estadounidense fue un gato negro que se deslizaba furtivamente ante una casa. Y le parecía que el único ruido que podía percibir eran los latidos de su propio corazón. De pronto, surgió ante él un poste azul y blanco. Era el mismo que había visto el capitán Dronne la noche anterior. «París — Puerta de Italia», decía. Sobre su cabeza, oyó de repente abrirse un postigo. Se volvió rápidamente, haciendo saltar, de paso, el seguro de la carabina. Entonces se abrió un segundo postigo, luego un tercero. Oyó a una mujer que gritaba desde una ventana: «¡Los estadounidenses!» Shenton vio salir primero a un hombre en mangas de camisa, luego a dos mujeres en bata que corrieron hacia su *jeep*. El estadounidense se detuvo. Casi en seguida sintió un estrecho abrazo alrededor de su cuello. Un hombre besó al pequeño sargento de Maryland en las dos mejillas.

Entonces, de todas las puertas salió un vociferante torrente de franceses. Pronto su *jeep* desapareció bajo un montón de cuerpos interpuestos, que se aplastaban para tocar a su libertador. Semiasfixiado, Shenton, que hacía dos minutos se había sentido tan solitario en su camino hacia París, lloraba ahora de emoción y se preguntaba si podría seguir alguna vez su camino y cómo lograría avanzar en medio de aquella ola humana.

Y por todas partes se producía la misma escena.

En la ruta que seguía la 2ª DB se había originado una locura colectiva. Cuando los parisienses vieron la cruz de Lorena sobre los Sherman y los nombres de *Austerlitz*, *Verdún*, *Saint-Cyr* sobre las torretas, su alegría ya no tuvo límites. De cada tanque y de cada coche blindado pendían verdaderos racimos de mujeres jóvenes y niños. Los chóferes de los *jeeps* se veían aplastados por la multitud de quienes querían abrazarlos, tocarlos, hablarles. Los que no conseguían acercarse, les tiraban desde las aceras flores, zanahorias, rábanos, todo cuanto poseían para darles. Cuando los vehículos lograban arrancar de nuevo, la muchedumbre corría tras ellos. Los seguían en bicicleta, formando un cortejo delirante de triunfo.

Ante las cadenas del carro *El Alamein*, la muchedumbre era tan compacta y tan numerosas las mujeres que se introducían por la torreta que el teniente Jacques Touny tuvo que disparar una ráfaga de ametralladora al aire para poder quedar libre. El capitán Georges Bui agotado por dos noches sin sueño, con los ojos doloridos, tenía la impresión de que su carro pasaba por entre la muchedumbre «como si fuera un

imán entre limaduras». A las ocho y media exactamente, Jean-René Champion detuvo su carro en la plaza del Châtelet y esperó órdenes. Champion pasaría en aquella plaza las cinco horas más inolvidables de su vida. La muchedumbre cantaba, bailaba, aullaba alrededor de su carro y llenaba al francés de Estados Unidos de vino y de champaña.

Pronto los blindados del pelotón, tomados al asalto por centenares de parisienses, desaparecieron bajo racimos humanos. Léandre Médori, un pequeño corso, aturdido por el frenesí de la multitud de París, que veía por primera vez en su vida, no cesaba de repetir como en éxtasis:

—¡Dios! ¡Y qué grande es París!

El locutor Larry Leseur hizo su entrada en la capital sobre un carro de la columna «Langlade». A la vista del empuje arrollador de los tanques que avanzaban hacia París, los ojos se le llenaron de lágrimas. Se le representaba nuevamente un cuadro cuyo recuerdo venía atormentándolo desde 1940. Al salir en aquella ocasión de París por la misma ruta por la que ahora avanzaba, vio a una mujer que huía, empujando un cochecito de niño. La desgraciada había atado una ramita de tilo al gorrito de su hijo, en la esperanza de camuflarlo ante los Stuka que ametrallaban la carretera.

A los GI de la 4ª División les esperaba una acogida no menos entusiasta. El capitán Ben Welles, del OSS, tenía la impresión de ser arrastrado por una intensa ola de emoción que lo empujaba hasta el mismo corazón de París. «Avanzábamos —cuenta— como en un sueño». Nadando en el océano de flores que alfombraba su carro de mando, Welles se asomó y besó a una elegante anciana de cabellos grises que se alzaba de puntillas ofreciendo su mejilla al estadounidense.

—Por fin estáis aquí —exclamó ella—. París volverá ahora a ser París.

Tres semanas después, Welles encontraría a la señora en una recepción y le sería presentado oficialmente. Era la nieta de Ferdinand de Lesseps, el constructor del canal de Suez. Al sargento Donald Flannagan, de Nueva York, le pareció que la acogida de los franceses era tan extraordinaria que «cada estadounidense podía sentirse como si fuera Lindbergh aterrizando en Le Bourget».

Una vez que hubo llegado al Sena, cerca de los Inválidos, el comandante S. L. A. Marshall, del servicio histórico del Ejército estadounidense, llevó a cabo un cálculo muy curioso. En su *jeep* había sesenta y siete botellas de champaña. Fueron innumerables las escenas que quedarían grabadas para siempre en la mente de los liberadores. El soldado Stanley Kuroski, de una Compañía de Estado Mayor, por ejemplo, recuerda «un viejo de grandes bigotes, con el pecho lleno de condecoraciones, tieso como un huso, que lloraba suavemente». El coronel Barney Oldfield, de la sección de Prensa del SHAEF, se acordará siempre de aquella anciana paralítica, tendida sobre una camilla, que seguía la entrada de los liberadores por medio de un espejo sostenido con el brazo levantado por encima de su cabeza. Como

si quisiera dirigir sus palabras al cielo azul sobre su cuerpo inerte, no cesaba de repetir:

—¡París ha sido liberado! ¡París ha sido liberado…!

Algunos de estos recuerdos son bastante extraños. El soldado de transmisiones Oren T. Eason, adscrito a la 2ª DB se fijó en una rubita pequeña que, subida a un farol, gritaba a pleno pulmón:

—¡Eh, muchachos! ¡Yo soy de Brooklyn!

Al soldado John Eckert le llamó la atención un letrero colgado sobre la puerta de un garaje. Decía en letras grandes: «*Norristown, Pennsylvania. Buena gasolina Gulf*». Norristown Pennsylvania, era su ciudad natal.

Pero, más aún que cualquier espectáculo que pudiera contemplar en las calles de París, lo que más impresionó a los liberadores fue aquella inmensa ola de agradecimiento con que los envolvían centenares de miles de parisienses. El comandante Frank Burk, del Mississipi, sumergido por el océano humano que inundaba su *jeep,* pensó que estaba siendo testigo «de la mayor felicidad que el mundo había conocido jamás». «En un trayecto de veinticinco kilómetros —recuerda Burk—, miles de personas se apretujaban ante nosotros para estrecharnos la mano, abrazarnos y llenarnos de vino y de comida». Una bonita parisiense saltó al cuello del soldado del servicio de Cifra Bryce Rhyne, sollozando:

—Hace cuatro años que os esperamos.

El soldado de Virginia, sorprendido, replicó:

—¡Pero si no hace más que tres años que los Estados Unidos han entrado en guerra…

—Y qué… —contestó la joven—. Estábamos seguros desde el primer día de que vendríais.

El capitán Jim Mullens, de veinticuatro años, originario de Carolina del Sur, a la vista de la inmensa multitud que se tragaba a los hombres de su compañía, se dijo que estaba presenciando «la mayor y más feliz *kermesse* de la historia».

A lo largo de todas las calles, los parisienses, locos de gratitud, lanzaban a los brazos de los GI todo cuanto podían encontrar para ofrecerles. El teniente Lee Lloyd vio ante su semicarro a una mujer que gritaba: «En recuerdo, en recuerdo» y que, volviéndose bruscamente hacia el hombre que tenía a su lado, le arrancó la pipa que llevaba en la boca y la lanzó hacia el estadounidense. Antes de que el oficial de Alabama tuviese tiempo de restituir la pipa a su dueño, el semicarro había arrancado de nuevo.

Con un plato lleno de racimos de uvas, una chiquilla corrió hacia el teniente John Welch Morgan. Le ofrecía la fruta que un alemán había dejado en su almacén. En el mismo momento en que Morgan se tragaba el primer grano, una mujer alta y bella que se encontraba presente, exclamó en voz alta:

—¡Qué cosa más rara! ¡Son las primeras uvas que veo al cabo de cuatro años!

El estadounidense, embarazado por aquel comentario, ofreció inmediatamente a la mujer compartir las uvas con él. Mas ella rehusó su oferta.

—No, gracias, joven —dijo—. Hoy todo es para vosotros.

El soldado Mickey Espósito, un antiguo campeón de boxeo de Nueva Jersey, atravesó París sin detenerse. Al pasar su camión, «decenas de manos se tendían hacia nosotros para darnos las gracias». Espósito sintió de repente que algo caía sobre la palma de su mano. Era un minúsculo elefante de marfil, apenas mayor que una canilla. El estadounidense se preguntó quién habría podido hacerle aquel regalo. Entre el mar de rostros que rodeaba el camión, descubrió Espósito a una viejecita envuelta en un chal negro, de cara escuálida y cansada, que le miraba con fijeza y comprendió que era ella quien acababa de regalar aquel pequeño amuleto a un soldado al que no vería nunca más. La señora levantó el brazo y agitó tímidamente los dedos, en señal de despedida. Espósito se apresuró a guardar el elefante en el bolsillo de su camisa, seguro de que le daría buena suerte[141].

Muchos parisienses vivieron también instantes inolvidables en las alborotadas calles de la ciudad. El decorador de cine Paul Bertrand se quedó plantado ante los *jeeps* de la 2ª División. No lograba dar crédito a lo que veían sus ojos. Si los estadounidenses eran capaces de construir tamaño vehículo, se decía, «es seguro que van a ganar la guerra». Algunos parisienses se precipitaron al encuentro del primer estadounidense que vieron con el solo fin de pronunciar libremente algunas palabras en inglés. Un abogado de origen estadounidense, llamado Robert Miller, corrió hacia el primer semicarro que pasó ante su apartamento de la Muette. Dio la bienvenida a los soldados en inglés y, al ver que no le daban contestación alguna, la repitió en francés, también sin éxito alguno. Sorprendido, pensó que quizá fuesen sordomudos. Se dio cuenta luego de que eran voluntarios españoles.

Convencida de que la liberación llegaría aquel día, Colette Massigny había salido al alba de la buhardilla donde se ocultaba su prometido, Gilíes de Saint-Just. De regreso a su casa, se puso el vestido de seda azul que había guardado para aquella ocasión. Después marchó al encuentro de los liberadores. En la calle de la Pompe, donde todos los postigos seguían aún cerrados, encontró un pequeño y extraño coche, ocupado por tres soldados con casco. Colette se acercó al primer *jeep* que veía en su vida y habló a los soldados. Pero aquellos miraban a la bonita parisiense con la misma placidez que los españoles del abogado Miller, ya que tampoco comprendían sus palabras.

—¿Son ustedes estadounidenses? —preguntó entonces Colette Massigny en inglés.

—¡Sí, preciosa! —contestó el chófer.

Sin esperar a más, la muchacha se lanzó a su cuello. Inmediatamente, la multitud

de vecinos que contemplaban la escena por las grietas de los postigos salieron de sus casas. El *jeep* desapareció bajo un verdadero alud humano. Colette oyó entonces abrirse de golpe unos postigos justamente encima de ella. Al levantar los ojos, vio en la ventana a un hombre joven con una trompeta dorada en la mano. Llevándose el instrumento a los labios, el desconocido comenzó a tocar una vibrante *La Marsellesa*, *La Marsellesa* más hermosa que Colette había oído jamás.

Pero hubo también sobradas tragedias en el camino triunfal que seguían los liberadores. El general estadounidense Siebert, desde su *jeep*, vio saltar de repente sobre una mina teledirigida, el carro que iba a la cabeza de una columna del general Leclerc, destrozando instantáneamente a cinco franceses que vivían en aquel momento el instante más feliz de su vida. Locos de rabia y ardiendo en deseos de venganza, unos FFI se apoderaron de un grupo de alemanes, que derribaron y echaron bajo las cadenas de los carros «como trozos de carne». El médico militar Yves Ciampi, al pasar con su semicarro por la puerta de Orleáns, descubrió de repente a un viejo soldado de la Wehrmacht que, con el uniforme destrozado, llevando a cuestas un saco, salía en bicicleta ante los carros. Al no poder frenar la bicicleta, el alemán cayó hacia delante. Cuando Yves Ciampi se volvió, vio detrás de su semicarro, sobre el arroyo, una papilla roja. Aquello era «todo lo que quedaba de lo que, segundos antes, había sido un hombre».

Las tropas aliadas no encontraron mucha resistencia en las primeras horas de su avance. Los alemanes, atrincherados en sus puestos de apoyo, donde las FFI los tenían cercados, esperaban tranquilamente a que los asaltantes les atacasen para desalojarlos. Algunos grupos aislados abrían fuego esporádicamente, haciendo huir a los paisanos como bandadas de gorriones. Los libertadores de París se encontraban entonces solos en las calles durante algunos momentos.

Las primeras tropas llegaron al centro de la ciudad hacia las ocho de la mañana. Agotado de fatiga, el capitán Georges Buis empezó a dormitar dentro de la torreta de su carro. Bruscamente despierto al detenerse el motor, abrió los ojos y alzó la mirada. Vio entonces algo que debía quedársele grabado para siempre en la memoria. Sobre su cabeza, los torres de Notre-Dame brillaban bajo el sol que las bañaba. El capitán Billy Buenzle, del 38º Escuadrón de caballería de reconocimiento, acababa de llegar también al centro de París. Durante una hora, franceses y estadounidenses se habían deslizado por las callejuelas del Barrio Latino y de la Rive Gauche. Aquello había constituido una verdadera carrera para ser los primeros en entrar en la Île-de-la-Cité. El capitán Buis y sus carros fueron los ganadores. Habían llegado segundos antes que los blindados del capitán Buenzle. Con grandes muestras de regocijo y una voz triunfal, el estadounidense informó entonces por radio a su jefe de cuerpo, el coronel Cyrus A. Dolph, de que había llegado al «mismo corazón de París».

—¿Y cómo diablos lo sabe usted? —preguntó el coronel, incrédulo.

—¡Por todos los santos! —replicó Buenzle furioso—. ¡Estoy justo enfrente de las puertas de Notre-Dame!

En todas las columnas que avanzaban hacia el centro de la ciudad, los liberadores veían por fin materializarse sus viejos sueños. Las parisienses, esbeltas, bronceadas, elegantes, eran aún más bellas de lo que habían imaginado en los desiertos de África y en los huertos de Normandía. El soldado Marcel Ruffin, asomado por un costado de su semicarro, se dejó besar por muchas de ellas hasta que su cara se asemejó a «una gran seta roja». El cabo Lucien Davanture estaba bajo la deliciosa impresión de ser «asaltado por las lindas parisienses». Incapaz de satisfacer a todas, Davanture decidió establecer un sistema de prioridad para visitar la torreta de su carro *Viking*: «¡Primero, las más bonitas!» El soldado de primera clase Charley Haley, del 12º Regimiento estadounidense, se preguntaba «a cuántas chicas sería capaz de abrazar en un sólo día». Al llegar la noche, el estadounidense las estimaría en «alrededor de un millar».

Para muchos soldados de la División Leclerc, el encuentro con familiares y amigos fue aún más emotivo que la delirante acogida de la multitud. El sargento Georges Bouchet, desde su semicarro Larche, vio cómo, en plena avenida de La Bourdonnais, una mujer saltaba al cuello de un soldado de infantería, en medio de una ráfaga de ametralladora, sollozando: «¡Hijo mío! ¡Hijo mío!» Cerca de la plaza del Châtelet, el brigadier Georges Thiolat descubrió a dos personas cuyo aspecto le pareció familiar. Eran sus padres que se dirigían en bicicleta al encuentro de su carro. El capitán André Gribius, que acababa de encontrar a sus padres, daba gracias al cielo por habérsele ocurrido poner en el *jeep* una caja extra de raciones. Apenas si había podido reconocerlos. Su madre había adelgazado veinte kilos, y su padre, quince.

Cerca de la puerta de Orléans, una mujer pedaleaba ansiosamente al lado de una hilera de Sherman. Se paraba y, a la altura de cada carro, formulaba la misma pregunta:

—¿Dónde está el regimiento que lleva boinas negras?

Era madame Boverat, que buscaba a sus hijos.

Entre todos los reencuentros que tuvieron lugar aquel día, quizás el más emocionante fuese el del cabo Lucien Davanture con su hermano. Sabía que, para escapar a la deportación, su hermano se había escondido en París. A lo largo de todo el recorrido, había buscado ansiosamente su rostro entre la multitud. Cuando, en el mismo centro de París, cerca del puente Neuf, apuntaba su cañón del 75 hacia los almacenes de la Samaritaine, Daventure vio a un hombre que se dirigía lentamente hacia el Sherman. Cuando llegó junto a las cadenas, Lucien creyó que su corazón iba a detenerse. Perdido dentro de un uniforme de agente de policía, en el que cabían dos como él, increíblemente delgado, llevando al brazo una franja con las iniciales FFI, reconoció en él al hermano que no había visto desde hacía tres años. Los dos hermanos, que representaban las dos mitades de una misma Francia combatiente, se

abrazaron como «empujados por una corriente eléctrica» y se estrecharon con fuerza. Sin embargo, aquel primer reencuentro no debía durar sino breves instantes. Llegaban ya al *Viking* la orden de avanzar hacia las Tullerías, donde Dietrich von Choltitz había emboscado cuatro Panzers. El FFI intentó deslizarse dentro de la torreta con su hermano, pero, comprendiendo que su presencia allí embarazaría a la dotación, renunció a acompañarles. Lucien Davanture, con la frente apoyada en el visor del periscopio, quedó solo con sus lágrimas de alegría. No obstante, detrás de su carro, el agente de policía había ocupado su sitio entre los soldados de infantería y los FFI. Los dos hermanos atacarían juntos las Tullerías.

No todos los encuentros tuvieron el mismo final feliz. El spahi Robert Perbal, natural de Rombas, un pueblecito de Lorena, tropezó con una compatriota, la cual le informó de que su padre había sido deportado a Buchenwald hacía dos años. En la plaza del Hôtel de Ville, un joven se acercó al semicarro del teniente Henri Karcher.

—Perdone —dijo el desconocido—, ¿conoce usted por casualidad a mi hermano Lucien Loiseau? Desde que marchó para unirse a De Gaulle, hace ya tres años, no hemos tenido noticias de él.

Karcher miró al hombre en silencio. Finalmente, le dijo:

—Conocí, en efecto, a Lucien. Era mi mejor amigo. —Y fijando sus ojos claros en los del joven, añadió—: Lo mataron en Bir Hakeim…

El oficial vio que el joven palidecía al oír aquellas palabras y se alejaba luego, sin decir una sola palabra.

Fueron muchos los soldados de la División Leclerc para los cuales constituyó una sorpresa el poder realizar su primer contacto con la familia por medio del teléfono. El soldado de primera Jean Ferraci se dedicó a garabatear en trocitos de papel el nombre y número de teléfono de su hermana, que tenía una charcutería en Ménilmontant. Cada vez que se detenía su semicarro entregaba esos papeles a la multitud con encargo de que la llamasen. De esta forma, el teléfono empezó y no dejó ya de sonar para informarle de que su hermano pequeño estaba de regreso. Cerca de Saint-Cloud, el cabo Max Giraud oyó que un comerciante le ofrecía el uso de su teléfono. Giraud saltó del *jeep* y marcó el número de su padre, que tenía una pastelería en el centro.

—¡Cómo! —exclamó el buen hombre, aturdido—. ¿No estás prisionero en Alemania?

En el Châtelet, el sargento Pierre Laigle, jefe del carro *Montfaucon*, corrió a una taberna y llamó a su novia, de la que hacía cuatro años que no tenía noticias. Cuando escuchó su voz, fue incapaz de articular ni una sola palabra. Por fin, haciendo un esfuerzo, soltó una frase trivial, pero maravillosa: «Te quiero…»

También para algunos estadounidenses aquel día de gloria fue ocasión de reencuentros. El teniente Dan Hunter, del OSS, encargado de requisar el Petit Palais para instalar en él un centro interrogatorio de los colaboracionistas, fue uno de los

primeros estadounidenses que llegaron al centro de París. Al ver, frente por frente, el esqueleto destrozado de lo que había sido el Grand-Palais, en donde habían anidado los sueños de Jean Houcke y su circo, Hunter hizo una mueca. Después entró en el Petit Palais. Pero el conservador de éste se opuso con toda cortesía a los deseos del estadounidense. Dijo que no era cosa de meter soldados en un museo que contenía obras tan preciosas. Hunter replicó con sequedad que su unidad se instalaría allí dentro de tres horas. El conservador explicó entonces al estadounidense que la colección de objetos raros que se exhibía en el Petit Palais en aquel momento había sido donada por un estadounidense, un gran amigo de Francia, llamado Edward Tuck. Al oír el nombre, el oficial se echó a reír:

—Entonces, no habrá problemas —dijo—. Es mi primo hermano.

El comandante de marines, Franklin Holcombe al atravesar París, decidió desviarse un poco y acercarse a la calle de la Universidad, número 72, para visitar a su tía, Sylvia Sheridan, una anciana un poco excéntrica que, desde hacía algunos años, se había convertido en la protectora de la colonia de rusos blancos en París. Al entrar, lo hizo por el camino más corto, saltando por la ventana del piso bajo. La anciana, digna y estirada, estaba leyendo sentada en un sillón. Al ver aparecer de repente a aquel marine, cuyo uniforme verde podía confundirse a primera vista con el feldgrau de la Wehrmacht, corrió hacia el salón, gritando. Cuando, por fin, reconoció a su sobrino, adoptó un tono de institutriz que riñe a un niño alborotador, y preguntó:

—Franklin, ¿es que en la Escuela Naval os enseñan a entrar en el apartamento de una señora por la ventana?

El coronel Jade Amicol, el jefe del Intelligence Service en Francia, que había partido de París con la misión Nordling, volvía también con las primeras columnas de los liberadores. Acompañado del teniente coronel Ken Downes, del OSS, y del teniente John Mowinckle, un marine bigotudo, educado en París, llegó ante el pequeño convento a cuya puerta había llamado veintidós días antes el paracaidista Alain Perpezat para llevarle el precioso mensaje. La superiora del convento, la hermana Jean, entreabrió la mirilla. Cuando reconoció al visitante, dejó escapar un grito de alegría y abrió la puerta de par en par. Pero, de repente, tuvo un gesto de asombro, al ver escrito en el parabrisas el nombre del *jeep* que entraba en el patio del convento. Downes, un ex corresponsal de Prensa en París, había bautizado a su *jeep* con el nombre de *Pedo de monja*. Recobrada de su sorpresa, la superiora llevó a sus visitantes a un pequeño locutorio y les entregó unas hojas de papel. Aquellas hojas contenían todo el plan de la retirada alemana en el norte y este de París.

Al oeste de la ciudad, la columna del comandante Francois Morel-Deville se acercaba al Pilz, el depósito de torpedos de Saint-Cloud. Su avance se efectuaba bajo el mismo torrente de aclamaciones que el del resto de la división. Una joven parisiense, llamada Denise Marie, abrazaba a todos los hombres que pasaban ante

ella. De repente, descubrió en un *jeep* a un marino fusilero de rojo pompón, que se había dormido de fatiga. Subió al vehículo y comenzó a sacudirlo con suavidad. Al fin, él abrió los ojos. Denise sonrió, se inclinó y le besó en la frente. Durante unos momentos, quedó inmóvil, contemplando los grandes ojos azules del marino, que la miraban con ternura. Denise sacó entonces del bolso un trozo de papel, garabateó su nombre y dirección y se lo entregó al guerrero, murmurando:

—Vuelve, si puedes.

El marino fusilero Laurent Thomas volvería dos días después. Un año más tarde, volvería para siempre. Denise Marie acababa de despertar al hombre que sería su marido.

Pero no todos los liberadores fueron recibidos con sonrisas de mujer y besos. En Corbeil, dos estadounidenses trataban de mirar a través de la niebla que subía del río, desde una ventana de la casa donde se habían refugiado, situada a unos cincuenta metros del Sena. Eran el teniente Knowles, el oficial a quien su jefe había ordenado ponerse corbata para entrar en París, y su adjunto, el sargento Speedy Stone. A última hora, los dos estadounidenses habían sido designados para reconocer las riberas del río. Knowles y el sargento, al no descubrir rastro alguno de alemanes, bajaron con precaución hacia el río. De repente, sonaron unos breves disparos. Knowles se echó cuerpo a tierra tras un árbol. Oyó entonces tras él una voz débil que pedía socorro. Era Speedy Stone. El sargento se estaba muriendo, acribillado de balas. Una tira de tela sucia ceñía el cuello de su camisa. Era la corbata que, por fin, había logrado encontrar para hacer su entrada en París.

Al otro extremo de la capital, un *jeep* adelantaba a una columna de semicarros, bajando a toda velocidad la colina de Saint-Cloud, por la calle Dailly. El cabo Max Giraud, del 12º Regimiento de cazadores de África, al ver pasar aquel bólido, se dijo: «¡He aquí uno que tiene prisa por entrar en París!» En efecto, el sargento Larry Kelly, observador del 155º Regimiento de artillería de campaña, tenía mucha prisa. La noche del desembarco, había apostado a que sería el primer soldado estadounidense que entrara en París. Kelly, tras el volante de su *jeep*, desembocó ante el puente de Saint-Cloud y se lanzó hacia la ciudad, al otro lado del río.

El bombero Jean David, el mismo que la farmacéutica Marcelle Thomas había visto pasar aquella mañana con un gran fusil, al ver surgir de repente el extraño vehículo, coronado por una ametralladora, se dijo: «Un boche». Se echó el fusil al hombro y vació el cargador sobre el *jeep*. El sargento Kelly, herido por seis balas, se derrumbó sobre el volante del coche, que fue a chocar contra el parapeto del puente. Kelly no entraría nunca en París. Había caído fulminado por error, cuando se hallaba a menos de cincuenta metros del sueño que había acariciado[142].

A algunos centenares de metros del puente de Saint-Cloud, en un pequeño apartamento de Boulogne-Billancourt, una mujer lloraba ante la mesa en que había preparado el desayuno. Pierre Lorrain, su marido, no había regresado. En el mismo momento en que acababa de realizar el sueño acariciado durante cuatro años: izar la bandera tricolor sobre el tejado de su fábrica, había pasado por la calle un camión lleno de soldados alemanes. Una ráfaga de balas cruzó, zumbando, el azul de aquella mañana de agosto. Alcanzado por siete proyectiles, Lorrain se desplomó al pie del asta, bajo los pliegues de la gran bandera.

Porque, aquí y allá, el ruido de los disparos empezaba a mezclarse con las alegres aclamaciones de la multitud. Aquellos primeros disparos que se oían en toda la ciudad venían bruscamente a recordar que los veinte mil soldados alemanes, casi tan numerosos como los asaltantes, seguían ocupando el suelo de París y que iban a batirse desesperadamente para defender su conquista.

El teniente Pierre de la Fouchardière, del 12º de Coraceros, llegó a la solitaria plaza del Observatoire, después de haber tenido que atravesar un mar humano. Oyó tiros y saltó de su Sherman. Echó a correr hacia la única persona que veía en la plaza, un anciano que se escondía bajo una puerta cochera.

—Señor —le preguntó—, ¿dónde están los alemanes?

4

Los alemanes se hallaban muy cerca, en la esquina de la calle. Dentro del inmenso Palacio de Luxemburgo, coronado por su cúpula de ocho caras, en los jardines poblados por las graciosas estatuas de las grandes damas de la historia de Francia, setecientos hombres tocados con el casco esperaban dispuestos a combatir «hasta el último cartucho». Al llegar el alba, su ingenioso comandante, el coronel Von Berg, el oficial que había tenido la idea de colocar escudos vivientes en las torretas de los carros, hizo repartir a cada hombre medio litro de coñac y un paquete de cigarrillos. Eugen Hommens, el dentista del 1er Batallón de alerta que, la víspera, se había negado a desertar, recibió un paquete de sus cigarrillos preferidos, los R-6. Al final del jardín, en el blocao que flanquea la larga fachada grisácea de la Escuela de Minas sobre el bulevar de Saint-Michel, el *Feldwebel* Martin Herrholz, de veintisiete años, perteneciente al 190º Regimiento de seguridad, palpaba confiadamente el arma que tenía ante él. Era un Panzerfaust, el *bazooka* alemán. Con un arma como aquélla, Herrholz había ganado la Cruz de Hierro de primera clase en el Don, cerca de Rostov, al destruir con sendos disparos cuatro carros soviéticos T-34. Aquel día iba a emplear por vez primera la misma arma contra los carros estadounidenses.

Agazapados en los hoyos excavados entre los arriates de geranios y begonias que los jardineros del *Feldmarschall* Sperrle habían cuidado tan amorosamente durante los cuatro años de la ocupación, el *Obergefreiter* Hans Georg Ludwigs y los paracaidistas de la 6ª *Fallschirm Panzer Jäger Division* vigilaban la entrada a los jardines, guardada por sus ametralladoras. Sobre el tejado del palacio, un observador de la 484ª Compañía de *Feldgendarmerie* oteaba con los gemelos las calles que convergen hacia el palacio. Tan pronto como viera acercarse al primer soldado enemigo, avisaría al coronel Von Berg, que dirigía la defensa del edificio desde el antiguo refugio antiaéreo del mariscal Sperrle, situado a treinta metros bajo tierra. La fuerza de choque del coronel estaba constituida por los carros del 5º Regimiento de seguridad, que cerraba todos los accesos al palacio. Dentro de uno de ellos, cuyo cañón se encaraba sobre el eje de la calle de Vaugirard, se encontraba el suboficial Willy Linke, el jefe del Panzer que el sábado precedente había encabezado el primer ataque a la prefectura de policía. Linke podía ver por su periscopio la columnata del teatro Odeón a la izquierda y, al final de la calle, la sombría fachada de la Sorbona. La calle estaba solitaria y todos los postigos aparecían cerrados. Por allí no había pasado aún liberador alguno. El alemán, dentro de la torreta atestada de obuses, pensaba en su Báltico natal y se decía que «aquélla era la calma que precede a la tempestad».

El enorme complejo que los hombres del coronel Von Berg se disponían a defender se extiende sobre casi todo un barrio. Su corazón es el propio Palacio de Luxemburgo, prolongado hacia el Oeste por otro edificio, el Palacio de Luxemburgo, antigua residencia del presidente del Senado. Al otro extremo de los jardines, hacia el Sur, se alza una larga edificación, el Liceo Montaigne, y, a su lado, la alta fachada de la Escuela de Minas.

A sesenta metros apenas de los dos blocaos erigidos en los flancos de esta Escuela, al otro lado del bulevar Saint-Michel, un grupo de paisanos había pasado la noche preparándose para desencadenar aquella tempestad que esperaba el tanquista Willy Linke. En una aula del número 12 de la calle del Abbé-de-l'Epée, donde tantas generaciones de estudiantes han pasado sus exámenes de bachillerato, un hombre joven, de pelo enmarañado, se disponía a dar la orden de asalto contra las fuerzas del coronel Von Berg. Era comunista y llevaba galones de coronel. Se llamaba Pierre Fabien. A los veinticinco años había sido herido ya por tres veces, en Checoslovaquia, mientras combatía como voluntario contra los fascistas. Por dos veces había logrado escapar de las manos de la Gestapo, la última, minutos antes de su ejecución. Era él quien, dos años antes, sobre el andén de la estación del Metro Barbès, había abatido personalmente al primer oficial alemán que debía encontrar la muerte en París.

Fabien y sus FFI no habían dejado de hostigar a los alemanes durante los últimos cinco días, obligándoles a encerrarse en su fortaleza. El joven coronel veía llegada ya la hora de dar la orden que tanto había ansiado durante toda la semana:

—¡Hoy tomaremos el Luxemburgo! —anunció.

Y seguidamente llamó a su ayudante para ordenarle:

—Rousseau, hora H, a las ocho y media.

Con la camisa generosamente abierta sobre su torso de adolescente, un brazalete tricolor en el brazo y un viejo Mauser en la mano, un joven se deslizaba por la solitaria calle del Odeón. Era uno de los hombres de Fabien. Se llamaba Jacques Guierre, y aquella mañana había cumplido veinte años. Se le había encargado vigilar los alrededores del palacio, en vistas al ataque. Desde el café Arbeuf, en la plaza del Odeón pudo percibir el ruido de los blindados alemanes y ver, tras las columnatas del teatro, los cascos de los soldados que guardaban los alrededores del Luxemburgo.

—Tengo que verlos de más cerca —dijo a la patrona del bar.

—¿Has comido algo, por lo menos, pequeño? —le preguntó madame Arbeuf. Guierre movió la cabeza negativamente.

—Entonces, cómete esto. ¡Para luchar hay que tener la barriga llena!

El joven FFI mordió el enorme emparedado que le había preparado y bebió del vasito de Sancerre que le ofrecía.

—Gracias, y… ¡viva Francia! —exclamó, cogiendo de nuevo el viejo Mauser.

Tres o cuatro segundos después, madame Arbeuf oyó un tiro. Vio que la blanca figura que cruzaba la plaza titubeaba y caía después como una marioneta en medio de un charco de sangre. Jean Guierre murió el mismo día de su cumpleaños.

Una serie de detonaciones estremecieron el barrio. Dos autoametralladoras del coronel Von Berg habían hecho una salida al exterior del palacio para ametrallar a un grupo de FFI, ocultos en un pequeño hotel que hacía esquina entre la calle Vaugirard y la calle Monsieur-le-Prince. Desde las ventanas, los hombres regaban con granadas los blindados de cruz negra, pero los proyectiles resbalaban sobre la coraza del blindaje. Un obús explotó dentro de una habitación y prendió fuego al mobiliario. Pronto el edificio quedó invadido por una espesa humareda negra. Entre el estruendo de las explosiones y el silbido de las balas, los hombres se llamaban, se animaban mutuamente, gritaban. Dos chicas en bata de verano corrían por los pasillos para trasladar los heridos al comedor. Tras la puerta de entrada a los bajos, un hombre en camiseta esperaba emboscado el momento en que los alemanes entrasen en el hotelito. Llevaba en la mano un cuchillo de cocina largo, cuya hoja brillaba en la penumbra. Era el carnicero del barrio. Confiaba en decapitar al primer alemán que pasase por delante de él. De repente, los sitiados vieron que las autoametralladoras emprendían la retirada y entraban precipitadamente en el palacio. Oyeron entonces el ruido característico de las cadenas de los carros, procedente del bulevar Saint-Michel. Eran los carros del teniente Pierre de la Fouchardière que llegaban. El oficial había encontrado, por fin, a los alemanes. Desde la torreta de su Sherman contemplaba ahora la fachada de la Escuela de Minas, hacia la cual se encaminaba.

Entretanto, el *Feldwebel* Martin Herrholz, el tirador de *bazooka*, observaba en la cruz de su punto de mira al carro que se adelantaba. En el mismo momento que el alemán se decidía a disparar, la Fouchardière lo advirtió desde el blocao y gritó a su piloto, Lucien Kerbrat:

—¡Pronto! ¡A la derecha!

El proyectil del Panzerfaust pasó rozando por detrás al carro y fue a estrellarse entre llamas contra la fachada de la casa de enfrente. El alemán dejó escapar una imprecación. Acababa de fallar su primer tanque estadounidense.

La Fouchardière saltó entonces a la calle y pidió a tres FFI que lo acompañasen. El oficial quería inspeccionar con exactitud las posiciones alemanas de la Escuela de Minas. Los cuatro hombres entraron en una casa situada justamente enfrente del edificio, subieron al cuarto piso y llamaron a la primera puerta. Salió a abrirles una anciana completamente vestida de negro. El oficial se presentó:

—Teniente Pierre de la Fouchardière, de la División Leclerc —dijo, saludando.

E, inclinándose, besó ceremoniosamente la mano de la anciana y llevó a sus compañeros al salón, dejando estupefacta a la dama. Desde la ventana de aquella habitación, los visitantes veían, a menos de treinta metros de distancia, incluso el

interior de la Escuela de Minas. El oficial pudo divisar los cascos de los defensores alemanes tras los sacos de arena colocados sobre el antepecho de las ventanas. Era una sensación extraña. En cuarenta meses de combates, nunca había visto al enemigo tan de cerca. Como si fuera el protagonista de una película del Oeste, la Fouchardière desenfundó el Colt se acercó a la ventana, levantó el brazo, disparó dos o tres veces y retrocedió. Los alemanes contestaron al fuego. Pronto el elegante salón, con sus muros revestidos de viejos libros, se llenó de polvo y de olor a pólvora quemada. La anciana, sentada muy digna en un rincón de la estancia, contemplaba con sorpresa mezclada con cierta alegría cómo su salón se convertía poco a poco en un pequeño campo de batalla. La Fouchardière, tras vaciar su último cargador, dejó el revólver humeante sobre el plano barnizado de una mesita del salón y se dejó caer en un butacón de terciopelo rojo.

Varios pelotones de Sherman cercaban ya el Luxemburgo. El tanquista Willy Linke oyó en el auricular la voz seca de su jefe de pelotón que le decía:

—Cuatro carros enemigos desembocan en la calle de Gay-Lussac.

«¡En nombre del diablo…! —se dijo el alemán—. ¿Dónde estará la calle de Gay-Lussac?» Hizo girar su periscopio hacia todos los lados y acabó por descubrir, a cincuenta metros a la derecha, la silueta rechoncha de un carro que avanzaba lentamente. En el mismo momento, el teniente Philippe Duplay, del 12º de coraceros, desde lo alto de su «lanza-patatas» llamado *Le Mousquet*, vio el carro alemán y dio orden al piloto de hacer marcha atrás antes de que el alemán tuviera tiempo de disparar. Lo primero que se le ocurrió al francés fue lanzar sus carros contra el Luxemburgo a través de los jardines. Mas pronto comprendió que aquello sería un error desastroso. Con toda seguridad, los jardines debían estar minados. Acompañado de algunos soldados de infantería y de un puñado de los FFI de Fabien, Duplay decidió marchar a pie para reconocer los jardines. El pequeño grupo atravesó corriendo el bulevar de Saint-Michel. Por azar, un obús había roto un hierro de la reja del recinto. Pero apenas había llegado a deslizarse en el jardín el primer hombre, cuando las ametralladoras de los paracaidistas alemanes abrieron fuego. Alcanzando en el pecho, el coracero Marcel Poitier cayó en el polvo. Medio inconsciente, crispadas las manos sobre el vientre, empezó a gemir: «Mamá…, mamá…», mientras sus compañeros lo arrastraban hasta la reja. Para que el cuerpo pudiera pasar, un FFI fue a buscar un pico en una trinchera alemana, con el cual se dedicó a ensanchar el hueco entre los barrotes.

Durante aquel tiempo, apareció en la plaza del Observatoire, a unos trescientos metros, el *jeep* del capitán Alain de Boissieu, jefe del Escuadrón de protección de Leclerc. Decidido a echar a los alemanes del Luxemburgo por cualquier medio, Boissieu ordenó a sus carros disparar directamente sobre el Senado. A la vista del diluvio de fuego que caía sobre las altas fachadas del imponente edificio, el joven

oficial pensó que «resultaba muy extraño disparar contra el Senado». Era algo semejante a «disparar sobre el Gobierno». Un obús del 105 alcanzó de lleno el observatorio del coronel Von Berg sobre el tejado del palacio. Boissieu vio saltar en el aire el cuerpo del *Feldgendarme* que lo ocupaba, en medio de un amasijo de vigas y escombros.

Sin embargo, lo que el joven capitán deseaba por encima de todo era destruir los carros enemigos. La inesperada resistencia del Senado había obligado a Leclerc a instalar su puesto de mando en la estación de Montparnasse, en lugar de hacerlo en el hotel Crillon, como se había previsto. Si, como Boissieu temía, los Panzer del Luxemburgo se resolvían a intentar una salida para hacer saltar la estación de Montparnasse, nada lograría detenerlos.

—¡Por el amor de Dios! —gritó entonces Alain de Boissieu a sus hombres—. ¡Cargaos los carros!

En el interior del palacio, los sitiados no daban por el momento muestra alguna de cansancio ni presentaban la menor intención de abandonar la lucha. El comedor de la planta baja, artesonado de oro, donde, en su tiempo. Napoleón y Josefina habían celebrado sus banquetes, estaba ahora convertido en puesto de socorro. El *Stabsarzt* Heinrich Draber, un cirujano de veintiocho años, ayudado por el dentista Eugen Hommens, sajaba las carnes ensangrentadas de los heridos, espolvoreaba las heridas con sulfamidas en polvo y practicaba vendajes de urgencia. Sobre las alfombras tres veces centenarias que cubrían el noble parquet, yacían ya varias decenas de hombres. Para poder resistir aquella atmósfera asfixiante de olor a éter y a sangre, Eugen Hommens tragaba a pequeños sorbos su ración de coñac.

El prisionero Paul Pardou y su carcelero, el grueso cocinero Franz, observaban desde la ventana de la cocina del primer piso cómo los jóvenes SS corrían a sus puestos de combate, portando rosarios de cartuchos alrededor del cuello. El cocinero Franz había cambiado de estribillo. Ya no pedía a su prisionero que limpiase la cocina porque iba a ser fusilado. Ahora se contentaba con repetir incansablemente:

— *Alles Kaput…, alles Kaput.*

Desde uno de los blocaos que flanquean la Escuela de Minas, el *Feldwebel* Martin Herrholz apuntó con su Panzerfaust a un nuevo Sherman y disparó. La última bola de fuego cruzó el bulevar. Aquella vez, Herrholz no falló el blanco. El proyectil inflamó un carro del 501º Regimiento. Y en aquel mismo instante, el alemán se derrumbó con su blocao bajo una lluvia de piedras y hierros. Su proyectil se había cruzado con un obús explosivo disparado por el cabo Claude Hadey, cuyo Bautzen estaba emboscado en la esquina de la calle Soufflot. El obús pulverizó el blocao, matando a los dos servidores de la ametralladora y sepultando al suboficial, milagrosamente ileso.

Cuando el teniente Philippe Duplay regresó a su carro, después de haber

transportado desde los jardines del Luxemburgo el cuerpo del coracero Portier, oyó en el auricular la voz furiosa del capitán Boissieu, que gritaba:

—¡Los Panzer, en nombre de Dios, hacedme saltar a esos Panzer!

Duplay vio entonces un semicarro, decorado con una estrella blanca, que acababa de detenerse al lado de su carro y de él descendía un muchacho de elevada estatura. Era un estadounidense. Haciendo acopio de todos sus conocimientos de inglés y procurando esmerarse en el acento, Duplay se dirigió al estadounidense:

— *Excuse me, sir* —le dijo—. *Do you have by any chance a bazooka*? («Perdóneme, señor, ¿tendría usted por casualidad un *bazooka?*»).

Momentos después, como si fueran dos caballeros dirigiéndose a su club, el francés y el estadounidense, con el *bazooka* encima de los hombros, cruzaban el bulevar de Saint-Michel. Con un soberano desprecio hacia las balas que silbaban a su alrededor como trallazos, avanzaban, con paso resuelto, para ajustarle las cuentas al Panzer de Willy Linke.

5

Mientras el teniente Duplay y el GI desconocido avanzaban sobre su objetivo, los hombres de la 2ª DB iban estrechando paulatinamente el cerco alrededor de los otros puntos de apoyo de la capital: la Cámara de los Diputados, el Quai d'Orsay, el gran complejo de la Escuela Militar, el hotel Majestic y los alrededores del Arco de Triunfo, la plaza de la République, el hotel Crillon, la Kriegsmarine y toda la extensión de la calle de Rivoli, donde se hallaba el cuartel general de Choltitz.

Antes de desatar el ataque general contra aquellos puntos de apoyo, el coronel Billotte, que por fin había recibido los informes transmitidos a Lorrain Cruse la víspera por Bobby Bender, decidió dirigir un ultimátum al general alemán. Bender había persuadido a Cruse de que la sola presencia de la 2ª DB en París debería ser suficiente para provocar la rendición de Choltitz. Promoviéndose él mismo a general de brigada, a los efectos que imponían las circunstancias, Billotte redactó para Choltitz una nota conminatoria y sin apelación, en la cual le concedía media hora de tiempo para «poner fin a toda resistencia», bajo amenaza de un «exterminio total» de su guarnición. Billotte hizo entregar el mensaje a Bender, en el Consulado de Suecia, por medio de uno de sus oficiales, el comandante De la Horie. En el rostro del agente de la Abwehr se pintó una expresión de inquietud cuando se enteró del contenido del mensaje. Temía que el tono y el contenido de aquel ultimátum fueran demasiado brutales para que el gobernador de París pudiera pensar en aceptarlo. Finalmente y ante la insistencia de Nordling, Bender aceptó llevar en seguida la nota al hotel Meurice.

Tras haber logrado, a pesar de su elegante traje de paisano, franquear las diversas barreras de los *Feldgendarmes* y de los centinelas, que convertían aquella mañana el barrio del Meurice en una zona en estado de sitio, Bender pudo encontrar al fin a Von Arnim, a quien entregó el documento. Arnim, a su vez, lo pasó al coronel Von Unger. Después de haberse enterado de su contenido, Unger decidió no entregárselo al general. Para el frío y rígido jefe de Estado Mayor, tal ultimátum era completamente inaceptable. Unger entró en el despacho del comandante del Gross Paris y se contentó con decirle:

—Los franceses le envían un ultimátum.

Herido por aquella palabra, Choltitz replicó con sequedad:

—No acepto ultimátums.

El mensaje fue, por lo tanto, devuelto a Bender, quien lo llevó de nuevo al Consulado de Suecia. Minutos después, con voz consternada, el agente de la Abwehr informaba de su fracaso al emisario de la División Leclerc. Bender añadió, no

obstante, que, en su opinión, el comandante del Gross Paris sólo ofrecería una resistencia simbólica, un «punto de honor», tras lo cual aceptaría capitular con toda la guarnición. Tras estas palabras, el alemán pareció reflexionar. Luego, fijando los ojos azules sobre el oficial francés, le dijo:

—Debéis concentrar vuestro ataque sobre el hotel Meurice. De esta forma la destrucción de los otros monumentos ocupados por la Wehrmacht quizá pueda ser evitada.

En el mundo helado e irreal del *bunker* del O.K.W., en la Prusia Oriental, Adolfo Hitler se obstinaba todavía en no aceptar la pérdida de la última joya que le quedaba de un imperio que debía «durar mil años». La víspera, el *Feldmarschall* Model, sorprendido por el avance fulminante de la 2ª DB, había prevenido al O.K.W. de que la situación en París se había tornado «crítica»[143]. Había fracasado el callejón sin salida que el comandante jefe en el Oeste había intentado crear ante París. Para su triunfo, le habían faltado veinticuatro horas. Model había advertido al O.K.W. que la 47ª División de infantería, destinada a apoyar a Choltitz hasta la llegada de las divisiones Panzer 26ª y 27ª, no podría alcanzar los arrabales de París antes del 25 de agosto al mediodía. Model había hecho rastrear toda la región parisiense por oficiales de su Estado Mayor, en la esperanza de encontrar algunos restos de unidades que pudieran ser enviadas a París con objeto de permitir a Choltitz resistir hasta la llegada de la 47ª División y de las Panzer. De esta forma, habría hecho llegar a París un Batallón de coches blindados, un Regimiento de infantería y los escasos tanques que quedaban de una división destruida en Normandía. Aquellos esfuerzos desesperados recordaban a los efectuados por los franceses en junio de 1940. Estaban destinados a obtener también idéntico resultado. Los refuerzos de Model eran demasiado débiles y llegarían demasiado tarde.

Eran algo más de las trece horas cuando empezó la primera conferencia estratégica del Gran cuartel general de Rastenburg. Ante Hitler se hallaba el comunicado de operaciones del Grupo de Ejércitos B en la media jornada del 25 agosto. Al iniciarse la conferencia hacía pocos minutos que había llegado de Margival. Informaba de que las tropas aliadas habían alcanzado el centro de París, donde «atacaban los puntos de apoyo alemanes con artillería e infantería»[144]. Pero Hitler no estaba preparado para admitir una realidad semejante, y estalló en una de sus típicas explosiones de cólera, que se hacían cada vez más frecuentes. Era inconcebible, gritaba, que el enemigo hubiese podido entrar en la ciudad con tal facilidad. Volviéndose bruscamente a Jodl, empezó a tronar que hacía ocho días que no cesaba de dar orden de que la capital francesa fuese defendida hasta el último hombre. Y ahora se le enteraba, con toda brutalidad, de que París, el símbolo de todos

sus pasados triunfos, iba a serle arrancado. Se negaba a aceptarlo. Hitler no abandonaría jamás aquella capital, cuya conquista, como millones de personas habían podido ver en las pantallas cinematográficas, le había hecho saltar de gozo. Escasamente tres años antes, era dueño de un imperio que se extendía desde las tundras heladas de Laponia a las arenas ardientes de las pirámides y desde las rocas quebradas de la punta de Raz hasta los arrabales de Moscú. Ahora, el cañón resonaba ya bajo los robles gigantes de Rastenburg. Las ciudades alemanas: Berlín, Hamburgo, Colonia, las ciudades del Ruhr, ofrecían un espectáculo de desolación lunar. Hitler había sembrado el viento y Alemania estaba abocada a recoger la mayor tempestad de toda su historia.

La caída del cerrojo de París, repetía Hitler, traería consigo la inestabilidad de todo el frente del Sena. Obligaría a los alemanes a replegar las rampas de lanzamiento de cohetes, comprometiendo en forma grave la lucha a distancia contra Inglaterra. Después de un prolongado silencio, el Führer añadió que si la pérdida de París era inevitable, el enemigo no debía encontrar más que un «campo de ruinas». Warlimont recuerda que, tras estas palabras, Hitler se vio sacudido por un nuevo ataque de furor. Aullaba que había dado las órdenes necesarias para que la ciudad fuera destruida. El personalmente había designado unidades especiales que preparasen aquellas destrucciones. ¿Se habían cumplido aquellas órdenes?, preguntó al jefe de Estado Mayor.

—Jodl —gritó con voz ronca—, ¿arde París?

Reinó un intenso silencio en el *bunker*. Warlimont contempló a su alrededor las caras petrificadas de sus colegas.

—¡Jodl! —repitió Hitler, dando con el puño sobre la mesa—, ¡quiero saberlo! ¿Arde París? París, ¿está, sí o no, a punto de arder?

Ante el silencio del jefe de su Estado Mayor, Hitler ordenó que un oficial llamara inmediatamente al OB Oeste por teléfono, para obtener sobre la marcha un informe de las destrucciones efectuadas en la capital. Luego, Hitler ordenó a Jodl que repitiera personalmente a Model que su misión imperativa seguía siendo la de defender París hasta el último hombre y de efectuar todas las destrucciones previstas.

—Si es verdad —añadió— que el enemigo se ha infiltrado ya en ciertos barrios de la capital, deberá ser echado de allí hoy mismo y por cualquier medio.

Finalmente, antes de pasar al examen de la situación en el frente del Este, el Führer les advirtió de que había tomado una última decisión. Antes de ordenar el repliegue hacia el Este de las rampas de lanzamiento de los cohetes, iba a servirse de ellas de una manera espectacular. Volviéndose hacia Jodl, Hitler ordenó que se preparase un ataque masivo de cohetes V-1 y V-2 sobre París. También deberían movilizarse todos los aviones disponibles de la Luftwaffe para rematar las destrucciones causadas por los cohetes. El amo del Tercer Reich quería tener la

certeza de que, al caer en manos de los aliados, París no sería más que un «campo de ruinas».

Aquel París que se escapaba al amo demente del Tercer Reich era, en aquel momento, el teatro de las escenas más extraordinarias. En la inmensa ciudad que iba a verse agitada por un acontecimiento único en toda su larga y vieja historia, se codearía, se mezclaría, se daría, a lo largo de aquella jornada fabulosa, lo mejor y lo peor, lo cómico y lo trágico. En la esquina de una calle, la muchedumbre rodeaba a sus liberadores, en un paroxismo de alegría. En la esquina de la siguiente, aquellos mismos liberadores avanzaban a duras penas entre el humo de las explosiones y el zumbar de las balas. Cerca del palacio de Luxemburgo, yacía un cuerpo, cubierto ya de flores. Era el del GI desconocido que había acompañado, con su *bazooka*, al teniente Philippe Duplay. A cincuenta metros del Panzer de Willy Linke, el estadounidense había caído fulminado por un tiro en la cabeza.

Desde el balcón de su apartamento, en el cual se habían celebrado tantas sesiones de la Resistencia, madame Solange Pécaud, una amiga de Jacques Chaban-Delmas, contemplaba con maravillada angustia el progreso de los soldados de Leclerc hacia la fortaleza alemana de la Escuela Militar. Quizás, incluso, pudiese ver desde su balcón los dos autoametralladoras que corrían a toda velocidad una al lado de la otra. Las ocho ruedas se deslizaban silenciosamente sobre el asfalto, mientras los respectivos equipos, desafiando a las balas que silbaban por todas partes, gritaban de gozo sobre las torretas. Como si fueran dos carros romanos, las dos autoametralladoras del Regimiento de spahis volaban hacia la torre Eiffel. Al entrar en París, una hora antes, el chófer de una de las autoametralladoras, el brigadier Pierre Lefèvre, había apostado una comilona en Chez Maxim´s con el chófer del otro vehículo, el primera clase Étienne Kraft, a que él sería el primero en pasar por debajo de la torre Eiffel. Olvidándose por unos momentos de la guerra, los dos soldados habían lanzado sus coches hacia la torre. En el preciso momento en que, a más de sesenta kilómetros por hora, llegaba entre los dos pilares, Kraft se dijo de repente: «¡Dios mío! ¿Y si estuviese minada?» ¡Demasiado tarde! Ya había pasado. Dejó escapar un grito de triunfo. Acababa de ganar la cena en el Maxim´s.

Casi en aquel mismo instante, en el balcón soleado de Solange Pécaud se oyó un golpe sordo. Una bala perdida acababa de alcanzar a la joven, que se derrumbó en el balcón, muerta instantáneamente en aquel bello día de la liberación que había esperado con tanta ilusión.

En el armazón metálico que se alzaba sobre el vehículo de Étienne Kraft, otro hombre, jadeante, disputaba asimismo una carrera. Llevaba bajo el brazo un paquete liado a toda prisa. Era una bandera tricolor. El capitán de bomberos Raymond Sarniguet podía divisar por encima de su cabeza al hombre a quien pretendía

adelantar y que subía también a toda prisa. Sabía que aquel hombre llevaba otra bandera tricolor bajo el brazo y que estaba decidido a izarla sobre la torre Eiffel. Sarniguet había llevado a cabo por última vez la agotadora ascensión de los mil setecientos cincuenta escalones en junio de 1940, a las siete y media de la mañana, cuando, llorando como un niño, había tenido que arriar con sus propias manos la gran bandera tricolor que, durante años, se vería remplazada en lo alto de la torre por la bandera con la cruz gamada. Latiéndole el corazón y con las piernas doloridas, Sarniguet seguía persiguiendo, con energía desesperada, a la solitaria figura que le precedía. Al igual que un corredor a la vista de la meta de llegada, aceleró el esfuerzo y, cuando faltaban menos de doscientos escalones para alcanzar la meta, logró pasar a su adversario en el *sprint* final. Al llegar al último escalón, el capitán de bomberos dio un último salto hasta el mástil. Había ganado. Empezó entonces a desdoblar la bandera. ¡Pobre bandera! Estaba confeccionada con tres sábanas cosidas juntas. El rojo era rosa, el blanco era gris y el azul, violeta. Pero era la bandera de Francia. Poniéndose en posición de firme, con los ojos llenos de lágrimas, el bombero de París empezó a izar el emblema sagrado. Era justamente el mediodía de aquel día 25 de agosto de 1944. En el bello cielo de verano, el viento desplegó vivamente los tres colores sobre la capital. Y muy pronto fue como si el mundo entero los viera ondear.

6

—*Achtung*!

A la voz de mando que restalló bajo las luces del comedor, los hombres se pusieron de pie. Ciñendo el mismo uniforme con charreteras de oro que había llevado diecinueve días antes, en presencia de Adolfo Hitler, llevando la Cruz de Hierro con el pasador, el monóculo en el ojo y con aire distante y solemne, el general Von Choltitz hizo su entrada en la habitación. Saludó a sus oficiales con un imperceptible movimiento de cabeza y se dirigió hacia la mesa, colocada cerca de las ventanas.

A pesar de la fatiga que se le marcaba en la cara, aparecía fresco y dispuesto. Había tomado un baño y se había afeitado antes de ponerse el uniforme con el cual iba a consumar el último acto de su carrera de general alemán.

Cuando llegó a la mesa, el coronel Hans Jay le rogó que no se sentara en su sitio de costumbre, de espaldas a la ventana. Jay temía que entrara alguna bala perdida por la ventana y lo alcanzase.

—Tiene usted razón, Jay —contestó Choltitz—, pero hoy, más que nunca, quiero estar en mi sitio de costumbre.

Tras estas palabras, el general apartó la silla y se sentó. El reloj de péndulo del comedor dio una breve campanada. Era la una de la tarde.

Para el capitán Jacques Branet, de treinta y dos años, y para sus doscientos soldados, agrupados en la plaza del Châtelet, a menos de mil metros del comedor donde acababa de sonar el reloj, había sonado la hora «H». Branet, uno de los veteranos más prestigiosos de la División Leclerc, tenía orden de capturar al general alemán. Para atacar el cuartel general, el capitán había dividido a sus hombres en tres grupos de asalto. El primero avanzaría por el Quai de la Mégisserie, pasaría bajo las graciosas bóvedas de las ventanas del Louvre y entraría en los jardines de las Tullerías. El segundo adelantaría a lo largo de las elegantes vitrinas de la calle Saint-Honoré hasta la plaza Vendôme y atacaría el hotel Meurice por la parte trasera. El tercero, que dirigiría él en persona, subiría por la misma calle de Rivoli, bajo las arcadas centenarias. Branet creía poder entrar en el cuartel general del comandante del Gross Paris por la puerta grande.

El asalto empezó como si se tratara de un paseo dominical. A la entrada de la calle de Rivoli, Henri Karcher, el teniente que, la víspera, buscaba la cara de su hijo entre la multitud de Orsay, condujo a sus infantes del Regimiento del Chad y a un grupo de FFI del coronel Rol bajo los hurras de una multitud entusiasta, a la que, a duras penas, lograban contener los agentes del orden.

La perspectiva de la gran arteria, construida para conmemorar una victoria

napoleónica, ofrecía al joven teniente un espectáculo conmovedor. Hasta la plaza del Palais-Royal y hasta los límites de las Tullerías, cada ventana, cada puerta aparecía engalanada con una bandera. Más allá y hasta la plaza de la Concordia, la calle estaba empavesada con otros emblemas: eran las pesadas oriflamas rojinegras de la Alemania nazi.

Los Sherman del 501º Regimiento seguían de trecho en trecho a la infantería de Karcher. A cada parada, subían mujeres a los coches y cubrían de besos y flores a los hombres de la dotación. En la esquina de la calle de las Lavandiéres, célebre antes por el número de sus casas públicas, el soldado de primera clase Jacques d'Estienne, artillero del *Laffaux*, vio salir a una bella rubita que se echó en sus brazos. Al empuje de aquel asalto afectuoso, D'Estienne cayó sobre un obús, al fondo de la torreta y la chica cayó sobre él. En aquel momento, el soldado oyó en el auricular una voz que gritaba: «¡Adelante!» D'Estienne se levantó y vio otra cabellera rubia junto al puesto delantero. Jack Nudd, el piloto, se encogió de hombros y arrancó. Y con aquellas dos insólitas pasajeras, dos parisienses rubias y sonrientes, el *Laffaux* se lanzaría al asalto del Meurice.

La infantería del teniente Karcher había dejado tras ella las ovaciones de los parisienses. La calle por donde avanzaban entonces estaba solitaria, silenciosa y amenazadora. A veces se oía, por encima de sus cabezas, el ruido de un postigo que se cerraba o de una ventana que se abría. Los soldados apuntaban en el acto sus armas hacia la dirección en que sonaba el ruido, pero detrás de la ventana sólo veían caras angustiadas que les advertían del peligro por señas.

Por las aspilleras de su blocao, en los lindes de las Tullerías, el *Hauptmann* Otto Nietzki, de la Wehrmachtstreife, descubrió a los asaltantes. Sin saber por qué, el espectáculo le recordó «una procesión de Semana Santa».

En los jardines de las Tullerías, el *Feldwebel* Werner Nix, del 190º Regimiento de seguridad, corría de carro en carro para prevenir a las dotaciones de los cinco Panzer de que el enemigo se acercaba. Entregó algunos cigarrillos a cada tanquista y les gritó: «¡Buena suerte!» Al llegar al último carro, oyó unos extraños gruñidos que procedían de un tiovivo. Eran los supervivientes de la piara de cochinillos evacuada tres días antes de la calle Barbeuf, por el *Oberfeldwebel* Obermueller, que expresaban su impaciencia. Nix vio entonces algo que le llamó aún más la atención. A orillas de un estanque, un oficial se embadurnaba tranquilamente la cara con crema blanca y empezaba a afeitarse. «He aquí uno —pensó entonces el *Feldwebel*— que desea presentarse guapo ante la muerte».

Desde una ventana del hotel Meurice, los soldados Fritz Gottschalk y Hubert Kausser contemplaron también el paso de la infantería de Karcher, que avanzaba prudentemente de pilar en pilar, ante las siluetas macizas y lentas de los blindados. Los peines de la ametralladora MG 42 de los dos alemanes tapizaban de dorado el

suelo de la habitación.

En la planta baja, el cabo Helmut Mayer entró discretamente en el comedor. Se detuvo detrás del general Von Choltitz, se inclinó con deferencia y murmuró en el oído de su amo:

—*Sie kommen, Herr general*! («¡Ya llegan, mi general!»).

Fuera, a lo largo de las arcadas de la calle de Rivoli, un pequeño tanque Hotchkiss, que llevaba una cruz negra, giró repentinamente para encararse con los carros de Branet que se acercaban. Al ver el blindado alemán, el Sherman que iba en cabeza, el *Douaumont*, hizo fuego. El primer obús hizo saltar en pedazos el Hotchkiss de la cruz negra.

El disparo del cañón del *Douaumont* fue la señal para que la lucha se generalizara en toda la calle. En el comedor del Meurice, los vidrios volaron hechos añicos por la expansión de las explosiones. Sin embargo, Choltitz continuó imperturbable su almuerzo. Con la misma tranquilidad que si se tratara de un ejercicio, se levantó al terminar y dirigió unas palabras a sus oficiales, que demostraban visiblemente su deseo de correr a un sitio más seguro que aquel comedor sembrado de escombros.

—Señores —dijo—, nuestro último combate ha empezado. ¡Que Dios os proteja! —Y añadió—: Espero que los sobrevivientes de este combate caigan en manos de la tropa regular y no en las del populacho.

Y el comandante del Gross Paris abandonó el comedor. Al subir los escalones, Choltitz se detuvo ante un pequeño fortín de sacos de arena y dirigió unas palabras de aliento al viejo servidor de una ametralladora, que apuntaba con su arma hacia la puerta de entrada.

—¡Hace cinco años que mi mujer y mi granja me esperan en Munster! —contestó con un suspiro el veterano territorial.

Mientras el general seguía su camino, Arnim miró al viejo con tristeza, preguntándose si volvería a ver alguna vez a su mujer, a su granja y a su pueblo.

Fuera, en el blocao del ángulo que forma la calle de Rivoli con las Tullerías, el *Hauptmann* Otto Nietzki segaba con su ametralladora la primera ola de infantería. Siguiendo con la vista la trayectoria de sus balas, a lo largo de la fachada del Ministerio de Hacienda, Nietzki contaba los hombres que iban cayendo sobre la acera como si fueran bolos. Desde otro fortín instalado en la plaza de las Pirámides, las ametralladoras del *Oberleutnant* bávaro Heinrich Thiergartner inmovilizaban a los asaltantes que intentaban avanzar bajo las arcadas de la otra acera. Para los soldados de la 2ª DB y los FFI que los acompañaban no había ya ovaciones ni flores.

—¡Pronto, la *mitouze*! —aulló Karcher.

Mientras el artillero Georges Decanton abría fuego sobre el fortín del *Oberleutnant* Thiergartner, Kracher vio aparecer ante él un anciano con perilla. En sus manos llevaba un antiguo trabuco de los que se cargaban por la boca. De pie, en

medio de las balas, el hombre disparaba contra el fortín alemán, desapareciendo a cada disparo entre la nube de humo que arrojaba su reliquia.

El fuego cruzado de los defensores alemanes había roto el primer asalto de la infantería. El capitán Branet decidió entonces utilizar los carros para destruir los puntos de apoyo. Encabezados por el sargento Marcel Bizien, el pequeño bretón del *Douaumont* que había jurado que «sus antepasados podrían sentirse satisfechos de él en aquel día», los cinco Sherman de Branet adelantaron a la infantería. En la plaza de las Pirámides, Jacques d'Estienne, el artillero del *Laffaux*, enfocó el punto de mira, a unos veinte metros de distancia, a tres alemanes que colocaban en batería una nueva ametralladora ante la estatua de Juana de Arco. D'Estienne hizo fuego. Y en una especie de éxtasis horrorizado, el tanquista vio saltar por el aire un ramillete de brazos, cabezas y troncos, que cayeron de nuevo, como siniestra guirnalda, sobre el dorado bronce de la Doncella de Orleáns.

Entretanto, Dietrich von Choltitz, paseando por su despacho en el que retumbaba el ruido de la batalla, dictaba una última carta. Iba dirigida al cónsul Nordling. Cuando la linda Cita Krebben y sus compañeras salieron con el alba, a fin de ponerse bajo la protección de la Cruz Roja, Choltitz se quedó sin secretaria. Para tomar la carta, sólo le quedaba su fiel cabo Mayer. «Querido señor Nordling —empezaba diciendo—, quiero expresarle el testimonio de mi profundo agradecimiento…» El general se interrumpió y dio unos pasos hacia la ventana. Se estremeció. El enemigo estaba allí. Bajo el balcón donde había vivido durante aquellas dos últimas semanas, tantos momentos de crueles reflexiones e incertidumbres, Choltitz vio un Sherman que, con la torreta abierta, hacía girar suavemente su cañón hacia la entrada del hotel. Fascinado, observaba la boina negra del jefe del carro, cuyo busto sobresalía de la torreta. Se preguntaba si sería francés o estadounidense. «Sea una cosa u otra —pensó —, no debe tomarse muy en serio esta batalla para dejar abierta así la torreta». Al lado del general, Arnim miraba con inquietud el cañón, que seguía girando hacia la puerta.

—¡Dios mío! —exclamó Arnim—. ¿Qué es lo que pretende hacer?

Choltitz respondió tranquilamente que, en opinión suya, iba a disparar.

—Habrá una pequeña explosión y entonces empezarán las molestias para nosotros.

En aquel momento, desde alguna ventana, un alemán lanzó una granada. Y Choltitz vio caer el proyectil sobre el tanquista de boina negra.

El subteniente Albert Bénard sintió que la granada chocaba contra su boina y, deslizándose a lo largo de su espalda, rodaba hasta el fondo de la torreta. Bernard se precipitó hacia la granada, para cogerla y tirarla fuera. Demasiado tarde. El artefacto explotó, cubriendo de metralla al oficial y al artillero. Con el mono ardiendo, los dos

hombres saltaron fuera del carro y empezaron a revolcarse por el asfalto, mientras que el conductor huía precipitadamente, entre la nube de humo que envolvía al Sherman. A la vista de aquellas dos antorchas humanas que se arrastraban por el pavimento, los alemanes dejaron de disparar durante unos momentos. En el techo de la Kriegsmarine, el *Korvet Kapitän* Harry Leithold ordenó a sus hombres que no remataran a los dos heridos. Entre el humo que salía del *Mort-Homme* Leithold vio aparecer entonces a los Sherman de Branet. En breves momentos, desembocarían en la plaza de la Concordia, donde montaba la guardia un carro Panzer, con su cañón enfilado hacia la plaza de L'Étoile. Desde lo alto del tejado, Leithold gesticuló desesperadamente para avisar del peligro al jefe del carro alemán. Pero el hombre estaba demasiado ocupado para advertir las señales. En su punto de mira acababa de divisar, al final de los Campos Elíseos, un blanco de calidad: un tanque *destroyer*. El 88 del Panzer empezó a vomitar fuego y llamas.

El último farol de gas que quedaba en la esquina de la plaza de L'Étoile y la avenida de los Campos Elíseos voló en fragmentos alcanzado de lleno por el obús que acababa de disparar el Panzer de la Concordia. Una lluvia de trozos de hierro y cristal cayó sobre el tanque *destroyer*, que pasó tranquilamente por delante del Arco de Triunfo. Aquel carro era el *Simoun*. En la estrecha torreta donde se amontonaba la dotación, un perfume especial dominaba sobre los olores de la batalla. Salía del pañol de municiones, en cuyo fondo, más que preparado, se encontraba el famoso pato. Dos nuevos obuses pasaron por encima del *Simoun*. El primero hizo polvo los pies de *La Marseilleise* de Rude, en el Arco de Triunfo. El segundo pasó bajo la gran arcada, silbando en los oídos del coronel Paul de Langlade y del comandante Henri de Mirambeau, que se habían refugiado un momento en la tumba del Soldado Desconocido, antes de lanzarse al ataque del próximo punto de apoyo, situado en el hotel Majestic.

Más abajo, en la avenida de los Campos Elíseos, un cuarto obús explotó contra un árbol y un trozo de metralla arrancó la pierna de un operador cinematográfico de noticiario, que acababa de subirse a un camión para filmar la escena. El herido fue llevado al despacho del decorador de cine Paul Bertrand. Segundos después, una chica alta y rubia entró corriendo en la habitación. Llevaba en las manos un trozo de carne ensangrentada.

—Aquí traigo la pierna —anunció simplemente.

En la plaza de L'Étoile, el segundo maestro Paul Quinion, jefe del *Simoun*, observaba el Panzer de la Concordia a través de sus gemelos.

—Mady —ordenó a su artillero—, ¡rápido, un explosivo! El alza a mil quinientos.

El ex ebanista de Montparnasse marcó la distancia en el anteojo de tiro. De repente, pareció vacilar. Sin decir nada a su jefe, giró el botón tres puntos más allá, marcando mil ochocientos metros en lugar de mil quinientos. Mady acababa de

acordarse de un dato que leyó en el almanaque *Vermot*. Decía allí que la longitud de los Campos Elíseos, desde el Arco de Triunfo a la Concordia, era de mil ochocientos metros. El almanaque tenía razón. El primer obús tocó al Panzer de lleno. Y Mady, de repente, al mirar la nube de humo que salía del carro, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Dos metros más a la derecha y me cargo el Obelisco!

En la plaza de la Concordia, desde su ventana del Crillon, resguardada con sacos de arena, el *Quartiermeister* Erich Vandam observaba el humo que salía de la cadena rota del Panzer. De repente, vio salir de la calle Rivoli a un Sherman, que se lanzó hacia el tanque inmovilizado.

Era el *Douaumont*. En su torreta, el sargento Marcel Bizien acababa de divisar al Panzer.

—Un carro boche a la izquierda —gritó el artillero—: ¡Fuego!

El obús explosivo del *Douaumont* se aplastó contra el blindaje del Panzer sin perforarlo. Y Bizien vio que la torreta del alemán empezaba a girar lentamente en su dirección. En el Panzer, las seis toneladas que pesa la torreta tenían que maniobrarse a mano: el obús de Mady había destrozado el sistema eléctrico de rotación.

—¡Un perforante, en nombre de Dios! —gritó Bizien.

El cargador buscó a tientas un nuevo obús entre el humo acre que llenaba el *Douaumont* y lo introdujo en la culata.

—¡Fuego! —gritó Bizien.

El proyectil se estrelló contra el carro, que quedó inmediatamente envuelto por una nube de humo. A causa de la oscuridad, el cargador se había equivocado y, en lugar de un obús perforante, había cargado el cañón con un obús fumígeno. El Panzer no se encontraba ya a más de treinta metros del carro francés. Dentro de un segundo, antes de que Bizien hubiese podido cargar su cañón, el 88 del Panzer dispararía y destrozaría al *Douaumont* a bocajarro. Como un relámpago, el descendiente de los corsarios bretones comprendió que su única probabilidad era entrar al abordaje en el carro alemán, antes de que su terrible 88 tuviera tiempo de tirar.

—¡Éntrale! —ordenó a su piloto Georges Campillo por medio del interfono.

Inmediatamente, Campillo pisó a fondo el acelerador y lanzó el *Douaumont* hacia delante. El *Korvet Käpitan* Harry Leithold, desde el punto de apoyo de la Kriegsmarine, vio al Sherman cargar como una locomotora contra la nube de humo que envolvía al Panzer. Tal como diría después, aquella vista hizo recordar al alemán una «justa de la Edad Media».

En la torreta, Bizien apretaba los dientes. Abajo, con la espalda inundada de un sudor helado, Campillo se echaba hacia atrás en previsión del choque. Los cañones de ambos carros se cruzaron como si fueran lanzas. Entre un volcán de centellas y con un fragor de trueno, las setenta toneladas de acero chocaron en medio de la plaza más bella del mundo. El eco de la tremenda colisión retumbó por un momento. Luego,

toda la plaza quedó en silencio.

Las dotaciones de los dos carros, aturdidas por el choque y medio asfixiadas por el humo, permanecieron unos momentos inertes dentro de las torretas. Cuando Bizien recobró el sentido, abrió los ojos. Mostró a Campillo la flecha del Obelisco que, en medio del humo, parecía «la mesana de un velero en la bruma». El pequeño bretón sacó su revólver, saltó del carro y se acercó al Panzer. Casi en seguida, Campillo oyó la explosión sorda de una granada y vio salir nuevamente de entre la nube de humo a Bizien, que gritaba encolerizado:

—¡Mierda! ¡Estos cochinos han huido todos![145]

El *Korvet Kapitän* Harry Leithold, fascinado por el espectáculo, contemplaba cómo el Sherman se desasía entonces de la masa humeante del carro alemán y reculaba. En aquel momento, se oyó una serie de disparos y vio que la figura sentada sobre el borde de la torreta se desplomaba hacia delante. Alcanzado por una bala en plena nuca, disparada desde una ventana situada debajo de Leithold, el sargento Bizien cayó al fondo del carro. La alegría triunfante del joven bretón no había durado más que escasos minutos, el tiempo justo para cumplir su promesa y morir.

A la vista de los dos espectros que se dirigían hacia ellos entre el humo que llenaba la calle de Rivoli, los hombres del teniente Karcher abrieron fuego. Resonó un grito desgarrador:

—¡No tiréis! ¡Es Bernard!

Apoyándose mutuamente, como dos borrachos, el artillero Louis Campani, con la espalda acribillada por la metralla, y el teniente Albert Bernard, jefe del *Mort-Homme*, cegado por la sangre que le resbalaba por la cara, se arrastraban a tientas hacia la infantería amiga, que avanzaba bajo las arcadas de la calle de Rivoli. En el caos y la confusión y sin que ni siquiera se hubiesen dado cuenta de ello, los dos heridos acababan de pasar por delante de la puerta de entrada del hotel Meurice.

En su vasto despacho, situado exactamente sobre aquella puerta, Dietrich von Choltitz acababa de tomar, con aspecto sombrío y resignado, una importante resolución.

Momentos antes, el coronel Hans Jay había intercedido cerca de su viejo amigo.

—Ahora debe decidirse —le había dicho con voz apremiante—. ¿Va usted a quedarse aquí y a jugar al escondite todo el día con los estadounidenses o va a terminar de una vez por todas y rendirse?

Jay estaba obsesionado por el temor de que Choltitz encontrara la muerte en la batalla del Meurice. Sabía, en efecto, que solamente una orden personal del general podía obligar a los comandantes de los puestos de apoyo, resueltos a «batirse hasta el último cartucho», a rendirse antes de una destrucción total bajo las ruinas de algunos de los más hermosos edificios de París.

Choltitz había reflexionado. Lleno de tristeza y lasitud, se daba cuenta de que no

podía condenar a sus hombres a perecer en una batalla que ya no tenía objeto. Hizo llamar entonces al coronel Von Unger. Si los «terroristas o el populacho», le ordenó, intentaran invadir el hotel Meurice, el combate debía seguir. Pero si las primeras en presentarse fuesen tropas regulares, ofrecería su rendición después de una breve lucha para «salvar el honor». Finalmente, Choltitz ordenó a Unger que arriase la bandera tan pronto como los primeros soldados enemigos franquearan la puerta de entrada. Luego, salió del despacho y se fue a esperarlos. Resguardado de la batalla, el cabo Mayer, en la forma precisa y meticulosa adquirida en siete años de servicio, preparaba la última maleta del comandante del Gross Paris. Colocó en ella algo de ropa interior, tres camisas, una chaqueta de uniforme y unos pantalones de rayas rojas. En una estancia próxima, el teniente Von Arnim metió en un saco varias barritas de chocolate, el grueso jersey que su madre le había tejido el invierno anterior y dos libros: uno era la *Historia de Francia*, de Jacques Bainville. El otro, *Guerra y Paz*, de Tolstoi.

Fuera, los franceses se iban acercando. Tres hombres cruzaron la calle de Rivoli entre una nube de humo y se echaron cuerpo a tierra ante la reja de las Tullerías. Cuando uno de ellos, el subteniente Henri Riquebush, levantó la cabeza, vio con horror que se encontraba justamente delante de la aspillera de un blocao alemán. Alargando el brazo a tientas en la humareda, Riquebush sintió de pronto que un hierro candente le quemaba la mano. Era el cañón de la ametralladora del blocao, que sus defensores acababan de abandonar.

Al otro lado de las Tullerías, el sargento Georges Thiollat, jefe del Sherman *Francheville*, observó cómo el obús perforante que acababa de disparar daba en la cadena del blanco escogido: un Panzer, emboscado ante la Orangerie con su cañón dirigido hacia el Sena. La torreta del Panzer comenzó en seguida a girar a toda velocidad en dirección del Sherman. Thiollat disparó un segundo obús, que pasó rozando el costado del alemán. El próximo disparo correspondía hacerlo al Panzer. Pero Thiollet vio entonces inmovilizarse la torreta del alemán. El cañón acababa de topar con el tronco de un árbol, que había detenido el movimiento de rotación.

En la calle de Rivoli, el jefe del carro *Montfaucon* miraba consternado cómo las ráfagas de balas que disparaban sus ametralladoras iban a estrellarse contra la fachada del edificio que tenía enfrente, el hotel Continental. Antes de la guerra, el sargento Perthuiset estaba empleado en la recepción de aquel hotel. Daba la bienvenida a los «Rolls» y a los «Hispano» de toda Europa ante aquella misma puerta donde ardía ahora un Mercedes de la Wehrmacht. Y era precisamente al director del Continental a quien Perthuiset debía el encontrarse en aquel momento en la torreta de un Sherman. En efecto, su patrono estaba tan satisfecho de sus servicios que los recompensó enviando al joven recepcionista a Londres para pasar unos días en el Savoy. Y en la capital británica le habían sorprendido la guerra y el armisticio. Perthuiset respondió

al llamamiento de De Gaulle alistándose.

En el mismo momento en que Perthuiset disparaba con tristeza una última ráfaga sobre su antiguo hotel, un alemán, desde una ventana arrojaba una granada que explotó sobre el apoyo del DCA del carro. El ex recepcionista se desplomó al fondo del carro, acribillado por la metralla.

De los cinco Sherman que habían entrado en combate cuarenta minutos antes, en la calle de Rivoli, tres habían tenido que abandonar ya la lucha, bajo la lluvia de balas y de granadas que lanzaban los alemanes desde las ventanas de los edificios ocupados. El novelista estadounidense Irwin Shaw, segunda clase en el servicio fotográfico del Ejército, vio pasar a uno de ellos con el motor en llamas. Locos de furor por la muerte de sus camaradas, los hombres del *Laffaux*, uno de los dos carros indemnes, desataron un fuego infernal sobre todo cuanto se ofrecía a su vista.

—¡*Laffaux*, tened cuidado! ¡Estáis destruyendo la plaza más bella del mundo!

No había hecho más que resonar la voz furiosa del capitán Branet, cuando se oyó una nueva voz en los auriculares del Sherman. Informaba de que Pierre Laigle acababa de encontrar la muerte en el Villiers-Cotterets y su carro estaba fuera de combate.

—¡Mierda! —exclamó entonces Jacques d'Estienne, artillero del *Laffaux*—. ¡Ya no quedamos más que nosotros!

7

El aspirante Marcel Christen, al salir con su carro por la esquina de la calle Saint-Honoré y Castiglione, detrás del hotel Meurice, se encontró con estupor ante un verdadero campo de batalla. «¡Dios mío! —se dijo—. ¡Es como si estuviésemos en Stalingrado!» En medio de la calle de Castiglione, varios vehículos ardían como si fueran antorchas. Puertas de hierro hundidas, escaparates destrozados, fachadas abiertas, cadáveres alemanes esparcidos por la calzada, prestaban un aspecto terrorífico a los alrededores del hotel Continental. El joven oficial, que había tomado parte la víspera en el ataque a la cárcel de Fresnes, desenfundó su Colt y saltó a tierra. Acompañado por Henri Villette, conductor de su carro, fue saltando de puerta en puerta hacia la entrada del Continental. Los dos franceses se encontraron de repente cara a cara con un capitán alemán, de baja estatura, que, casco en mano, salía por la puerta del hotel.

—¡Ríndete! —gritó en alemán el alsaciano Christen.

— *Ja, Ja*! —contestó el alemán, levantando los brazos.

Los dos hombres empujaron a su prisionero hacia el interior del vestíbulo, protegido con sacos de arena. Inmediatamente empezaron a salir de todas partes oficiales alemanes con los brazos levantados. Cada vez que veía a un oficial con la Cruz de Hierro, Villette se le echaba encima y le arrancaba la medalla. Las coleccionaba a partir de la campaña de Libia. Las diecisiete Cruces de Hierro de los alemanes que el mismo había apuñalado adornaban su cinturón. En el vestíbulo del Continental, el pequeño cabo contemplaba maravillado aquella abundancia de medallas negras que se le ofrecían. Jamás había visto tamaño tesoro.

Piso tras piso, Christen y el cabo limpiaron rápidamente el hotel. Al llegar al quinto, Christen oyó unos débiles gemidos tras un tabique. Derribó la puerta de una patada y se encontró con un grupo de estadounidenses esqueléticos, encadenados a la pared.

—¡Eh, vosotros, gordinflones! —les gritó, dominando su asombro—. ¡Estáis libres!

La infantería y los FFI invadieron luego el hotel e hicieron prisioneros a los últimos alemanes que quedaban. Eran exactamente las dos y media de la tarde. Acababa de caer el primer punto de apoyo de Choltitz.

No obstante, ante el Meurice la batalla seguía con la misma violencia. Bajo el fuego de la ametralladora del *Hauptmann* Otto Niezki, que barría las Tullerías, el subteniente Yves Brécard gritó a un oficial alemán que acababa de salir de un zarzal con los brazos levantados:

—¡Ya le haré prisionero dentro de un momento!

Y se echó al suelo sobre el polvo.

En la esquina de la calle Saint-Roch, el artillero D'Estienne, último superviviente de los cinco Sherman que, noventa minutos antes, se había lanzado alegremente al asalto de la calle de Rivoli, vio a un oficial que caía bajo las arcadas. El capitán Branet no entraría nunca en el hotel Meurice. Acababa de caer a cincuenta metros del objetivo, con el cuerpo acribillado por la metralla. Segundos más tarde, D'Estienne sintió como si unas zarpas aceradas le desgarraran la piel. Se llevó la mano a la espalda y la sacó llena de trozos de carne y de tela ensangrentada. Acababa de estallar una granada dentro del carro. D'Estienne se agarró a la culata del cañón y, apretando los dientes, siguió disparando. Pero los ojos se le nublaron. La calle de Rivoli empezó a dar vueltas ante sus ojos. Después ya no vio nada. Acababa de perder el conocimiento. El último Sherman abandonó el combate y se replegó a toda velocidad hacia el puesto de socorro de la Comedia Francesa, donde se hallaban ya el *Montfaucon*, del ex recepcionista del Continental, y el *Villers-Cotteréts*, de Pierre Laigle. El *Douaumont*, en cuyo fondo yacía Bizien, estaba parado en la plaza de la Concordia. El *Mort-Homme*, finalmente abandonado por su último ocupante, el conductor René Champion, seguía ardiendo en la calle Royale.

Después de la retirada del *Laffaux*, un silenció breve y punzante reinó en la calle de Rivoli. Mas pronto se inició de nuevo el carrusel de los blindados. El capitán Buis y sus Sherman habían relevado a Branet y, a toda marcha, se dirigían hacia la Concordia. Al cruzar la plaza, desde la torreta del *Norvège* Buis descubrió el esqueleto ennegrecido del Grand Palais.

—¡Qué lástima que esa porquería no se haya quemado del todo! —comentó con su artillero, el cabo Henri Jacques.

—¡Una verdadera pena! —asintió el cabo.

—¿Y si le diésemos el golpe de gracia? —preguntó Buis.

El artillero, al oír estas palabras, empezó a buscar un obús de fósforo en la santabárbara de la torreta. Momentos después, el cabo informó con sentimiento que no quedaba ya ningún obús de fósforo en el *Norvège*.

—Con un explosivo no lo alcanzaríamos mi capitán —prosiguió

—¡Lástima! —contestó Buis.

Y, resignado, reemprendió su camino hacia el Meurice.

Desde el tejado de la Kriegsmarine, el *Obergefreiter* Karl Froelich vio pasar el carro del capitán. Después de cuarenta minutos de tiro ininterrumpido, el cañón de la ametralladora se hallaba incandescente. Otra cosa atrajo entonces la atención del ametrallador. Tres figuras vestidas de blanco corrían entre las balas hacia un FFI que acababa de caer ante la boca del Metro frente a la calle de Rivoli. Mientras Madeleine Brinet, la enfermera que la víspera había escrito al principio de una página en blanco

de su Diario íntimo que aquel día sería el de la victoria, agitaba suavemente la pequeña bandera blanca con la cruz roja, como implorando la piedad de los combatientes, el estudiante de Farmacia Georges Bailly y el joven pianista Claude Touche ponían el herido sobre la camilla. Froelich oyó entonces crepitar a su lado una ametralladora que acababa de abrir fuego. Vio entonces que un marino de diecinueve años vaciaba una cinta entera sobre el pequeño grupo. Froelich se le echó encima. Demasiado tarde. El marino había segado a los tres socorristas, cuyos cuerpos amontonados componían una mancha blanca y roja sobre el pavimento. El pequeño reloj de Madeleine Brinet, que una bala había rozado y lo había detenido, marcaba exactamente las tres de la tarde.

El teniente Henri Karcher miraba la placa ovalada que tenía ante los ojos. «Hotel Meurice — Restaurante», repetía con asombro mezclado de cierto respeto. El joven teniente acababa de escapar milagrosamente a la muerte. En el mismo momento en que se volvía para dar una orden, una bala acababa de hacerle un rasguño en la arcada superciliar. «¡Un condenado golpe de suerte!», pensó al darse cuenta de que, de no haber realizado aquel gesto, la bala le habría entrado por el ojo izquierdo y atravesado la cabeza.

Karcher iba a entrar en el Meurice por segunda vez en su vida. Se acordaba de haber estado allí muy poco antes de la guerra, con un amigo periodista, que le había invitado a «beber un *whisky* con la reina de Rumanía».

Empuñando sus metralletas, el subteniente y los tres hombres que le seguían irrumpieron por la puerta. Lo primero que se ofreció a los ojos de los franceses fue un gran retrato de Hitler que presidía la escena dentro de una vitrina llena de bolsos, de polveras, de alhajas. La vitrina voló hecha pedazos. El primer gesto de Karcher al entrar en el cuartel general del comandante del Gross Paris había sido disparar sobre la efigie de Hitler. Pero, desde lo alto de su balcón, resguardado por sacos de arena, el viejo reservista de Munster tenía ya encañonado al francés e hizo fuego. Karcher se tiró tras el mostrador de recepción y sacó de la cintura una pequeña bola negra. Era una granada de fósforo. Arrancó el pasador con los dientes y tiró la granada en medio del salón. Millares de partículas inflamadas se arremolinaron entre una nube de fuego, despidiendo un olor ácido. El soldado de primera clase Walter Herreman, un alsaciano, roció con el lanzallamas la caja del ascensor. En aquel momento, un casco de la Wehrmacht bajó rebotando por la escalera. El viejo reservista de Munster no volvería jamás a su granja. La granada de Karcher lo había matado.

Entre la espesa humareda que oscurecía el vestíbulo, surgió de pronto la figura de un oficial alemán con los brazos en alto. Karcher saltó hacia él, le hundió en las costillas el cañón humeante de su metralleta y ordenó:

—¡Todos los hombres, uno por uno, con los brazos en alto y sin armas!

Al oír estas palabras, que Herreman le tradujo, el alemán rugió una orden. Pronto,

mientras cesaba el tiroteo, todos los defensores del piso inferior salieron de entre el humo, cubiertos de hollín, de sudor y de sangre, y acudieron a rendirse a los tres franceses. Karcher miraba pasar con sonrisa irónica aquella tropa azorada, medio ciega por el fósforo, tosiendo y titubeando, con los uniformes a jirones, último símbolo de la arrogante Wehrmacht que dictaba su ley a París.

Apareció entonces un oficial que llevaba los pantalones con tiras rojas del Estado Mayor. Sin mirarlo siquiera, pasó por encima del cadáver del territorial, bajó la escalera y se dirigió hacia Karcher. El francés se plantó delante de él.

—¿Dónde está vuestro general? —preguntó.

El general estaba sentado tras una mesa larga, en el ángulo de una pequeña habitación, justamente encima de donde se encontraba Karcher. Dietrich von Choltitz, con la cabeza entre las manos, parecía absorto en sus meditaciones. Ante él, en la mesa, sobre el forro de seda de su gorra, estaba un estuche. En él se contenía la pequeña pistola del 6,35 que al cabo de un momento entregaría a sus vencedores. Choltitz había tenido que pedir prestada aquella arma. Nunca en su vida había poseído pistola. A su lado esperaban Von Unger, Jay, Bressensdorf y Arnim. Al igual que los antiguos arrojaban sus espadas sobre el escudo de los vencedores, ellos habían echado sus pistolas sobre la mesa. Para todos aquellos hombres, que fueron jefes escuchados y temidos, aquélla era la hora de la verdad. Dietrich von Choltitz esperaba el desenlace sin emoción aparente. Estimaba que no tenía nada que reprocharse. En aquel momento, sus hombres cumplían la orden del Führer: se batían «hasta el último cartucho». Su honor de soldado quedaba, pues, intacto. Y cuando él mismo fuese ya un prisionero, podría, con honor, ordenar a sus hombres que depusieran las armas. Estaba convencido de poder afrontar sin temor el juicio de la historia. No permitió a Hitler que tomara su venganza contra aquella capital, adonde el destino le había mandado diecinueve días antes para coronar una larga carrera al servicio de Alemania. Y en aquellos últimos momentos de libertad, Choltitz estaba convencido de que se había portado con toda lealtad, tanto con respecto a sí mismo, como en lo que se refería a la consideración de su país. El oficial que permanecía de pie a su lado, el cínico y seductor coronel Hans Jay, estaba más preocupado. Planeaba un viaje imaginario. Se decía que, en la catástrofe que esperaba a Alemania cuando los aliados se hubiesen repartido las ruinas de su país, no habría lugar para gente como él. Y Jay se preguntaba a qué país debería expatriarse[146].

Para el joven Ernst von Bressensdorf, aquellos últimos minutos traían consigo «la perspectiva maravillosa de un nuevo comienzo». A su lado, su amigo Dankvart von Arnim pensaba que «por fin, se acababa una guerra que le había robado los mejores años de su vida». Pero, cosa extraña, al acercarse el final, no aparecía nadie tan sereno como el helado, el austero, el distante coronel Von Unger. Arnim observó que las facciones del jefe de Estado Mayor, que se encontraba a la derecha de Choltitz, se

habían dulcificado de repente y que de su porte había desaparecido toda rigidez. Unger había sacado del bolsillo una gruesa cartera y hojeaba lentamente las fotografías de sus hijos, con la cara iluminada por una felicidad interior.

Dietrich von Choltitz levantó la cabeza al abrirse la puerta. En el umbral estaba el cabo Helmut Mayer. Por segunda vez en poco más de dos horas, el ordenanza hizo chocar discretamente los talones:

— *Sie kommen, Herr general*!

Aquella vez, «ellos» estaban al final del pasillo. Cuando, segundos antes, Karcher había llegado al rellano del primer piso, se había encontrado cara a cara con un grupo de alemanes con los brazos en alto. De repente, uno de ellos se echó a reír, con risa histérica. Era un teniente, pequeño y calvo. En un francés impecable, gritaba:

—¡Éste es el día más bello de mi vida…! Soy austríaco. Odio a los nazis. He logrado no ir al frente durante toda la guerra. Hace tres días que me han destinado aquí. ¡Qué contento estoy de veros!

Tras aquellas palabras, el pequeño teniente se había tirado a los pies de los franceses y se había puesto a besarles los zapatos con entusiasmo.

En el largo y oscuro pasillo, en cuyo final esperaba el vencido comandante del Gross Paris, Henri Karcher sentía latir sus sienes. «Amigo —se iba repitiendo a sí mismo—, hay que hacer una entrada digna». Aquel pensamiento le trajo a la memoria una serie de recuerdos. Vio de nuevo en su mente las caras de los compañeros que había dejado tras sí en el largo camino cuyo final constituía aquel pasillo: Loiseau, muerto en Bir-Hakeim, cuyo hermano acababa de ver aquel mismo día, Bessonier, muerto en Normandía y cuyo revólver llevaba en la mano en aquel momento. Todos aquellos compañeros, en suma, a los que iba a representar en aquel momento.

El oficial alemán que le precedía se detuvo ante una puerta y se apartó para darle paso. Karcher entró. Choltitz se levantó. Karcher se puso en posición de firmes y saludó:

—¡Teniente Henri Karcher, del Ejército del general De Gaulle! —se presentó.

—General Dietrich von Choltitz, comandante del Gross Paris —contestó el alemán.

Karcher preguntó al alemán si estaba dispuesto a rendirse.

— *Ja*! —contestó aquél.

—¡Es usted, pues, mi prisionero!

—¡*Ja*! —suspiró Choltitz.

En aquel momento, entró en la habitación un segundo oficial francés. La cara del coronel Hans Jay se estremeció al reconocer en él al comandante Pierre de la Horie. Hacía mucho tiempo que se conocían aquellos dos hombres. Otras lides les habían enfrentado antes de la guerra. Pero había sido sobre las pistas de los concursos hípicos de toda Europa, en los que cada uno de ellos representaba el equipo militar de

su país. Cuando sus miradas se cruzaron, el alemán y el francés se inclinaron ligeramente uno hacia el otro. Luego, De la Horie se volvió hasta Choltitz y le dijo:

—General, han querido ustedes batirse. Se han batido y ello nos ha costado muchas vidas. Exijo que haga usted cesar el fuego en todos los puntos de apoyo que aún resisten.

De la Horie ordenó a continuación al general alemán que le siguiera. Luego, dirigiéndose a Karcher, añadió con toda ceremonia:

—Mi querido camarada, ¿queréis tener la amabilidad de ocuparos de «los demás»?

El general dio la mano a Jay y a Von Unger, saludó a cada uno con el consabido *Hals und bein bruch*, se puso la gorra y salió.

Cuando hubieron salido, Karcher pidió hacer una inspección del cuartel general del Gross Paris. El coronel Von Unger se ofreció inmediatamente para acompañar al francés. Al entrar en el despacho de Choltitz, Karcher vio sobre la mesa una tela grande, cuidadosamente plegada.

—¿Qué es esto? —preguntó a Unger.

—La bandera del Estado Mayor del Gross Paris —contestó el alemán—. Ha sido arriada hace un momento —explicó—, cuando habéis entrado en el hotel.

—Perfectamente —contestó el francés—. Pues bien, me hará usted entrega oficial de ella.

Los dos oficiales estaban solos en la habitación llena de humo. Del exterior les llegaba el crepitar intermitente del tiroteo que proseguía en las Tullerías y en la plaza de la Concordia. De la acera de enfrente al hotel Meurice, les llegaba también otro rumor más inquietante. La muchedumbre empezaba a rodear el Meurice. Los dos oficiales, cara a cara, en una actitud impecable de firme, se saludaron. Luego, con gesto solemne, el coronel de cabellos blancos puso en las manos de su joven vencedor el gran emblema rojo y negro que durante cuatro años, dos meses y diez días había ondeado en la punta del mástil del número 228 de la calle de Rivoli.

Terminada la breve ceremonia, Karcher cogió el teléfono negro que estaba sobre la mesa de despacho de Choltitz y marcó un número.

—¿Auteuil 04-21? —preguntó cuando oyó descolgar el teléfono al otro lado de la línea.

Le contestó una voz conocida.

—Papá —dijo entonces a su suegro, un general retirado—, te presento mis respetos. Aquí, el teniente Henri Karcher. A pesar de las predicciones desfavorables que habías hecho sobre mi carrera militar, tengo el honor de informarte que acabo de hacer prisionero al general alemán comandante de la plaza de París, a su Estado Mayor y a su bandera.

Abajo, en la calle, el comandante De la Horie, revólver en mano, se esforzaba en

proteger a su prisionero. Dietrich von Choltitz, impasible, sufría sin parpadear el asalto de la muchedumbre enfurecida. Algunas mujeres se le echaron encima, con la cara deformada por el odio, e intentaron arrancarle las charreteras, escupiéndole al rostro. Hubo hombres que le gritaron insultos. AI ver aquel general alemán, con los brazos en alto, el pueblo de París no podía contener el odio acumulado durante cuatro años de ocupación, de vejaciones, de encarcelamientos, de torturas, de fusilamientos y de deportaciones. Y Choltitz pagaba por los nazis que le habían precedido, por todos los nazis de Alemania.

«Van a lincharme», pensó el general. Oía tras él el respirar jadeante de su fiel ordenanza Mayer. El cabo llevaba en la mano la maleta que había preparado para su amo con tanto cuidado. Cuando, vencido por la fatiga, el general dejaba caer los brazos, oía la voz angustiada de Mayer, que le decía:

—¡Más alto, más alto, mi general! ¡Si no levanta usted los brazos, le matarán!

A todo lo largo de la calle de Rivoli, les precedía un grito que corría de boca en boca:

—¡El general boche! ¡El general boche está prisionero!

En la plaza de las Pirámides, una mujer de unos cuarenta años se echó sobre el ex comandante del Gross Paris, hinchó los carrillos y le lanzó un gran escupitajo que le dio en la cara, justamente debajo de su monóculo. Una voluntaria de la Cruz Roja protegió al general, interponiéndose entre él y aquella mujer. Movido por aquel acto de compasión inesperado, Choltitz, que en aquel momento pasaba ante la estatua dorada de Juana de Arco, susurró a su bienhechora:

—Señora, es usted como Juana de Arco.

De la Horie divisó por fin, por encima de las cabezas de la muchedumbre, el armazón rectangular de un coche blindado, hacia el cual llevó a su prisionero. Mas, en la prisa, se olvidó del ordenanza. Mayer, aterrorizado, vio que el vehículo arrancaba, dejándolo solo en medio de la muchedumbre que aullaba. De un culatazo, un FFI hizo caer la maleta de su mano y empezó a reventarla, para vaciarla de su contenido. Mayer logró escapar de las manos que le cogían ya por el uniforme y, en un impulso, echó a correr, logrando asirse al coche blindado. Encima de su cabeza vio entonces la figura tranquilizadora de su amo. Pero Choltitz, en aquel momento, no se acordaba de su asistente. Mientras marchaba hacia el cautiverio, contemplaba petrificado un espectáculo que jamás olvidaría. Una parisiense, con la cabellera suelta, había comenzado a bailar la carmañola en medio de la calle de Rivoli. Por encima de su cabeza agitaba el trofeo más extraordinario de aquel día de la liberación: los pantalones a rayas rojas del general comandante del Gross Paris.

8

En el mismo corazón de París, en el comedor artesonado de oro del prefecto de policía, frente a la Sainte-Chapelle, otro general acababa de sentarse a la mesa con el traje lleno de polvo. Philippe Leclerc había terminado la etapa más gloriosa del largo viaje que tenía que llevarle hasta el Rin. Había cumplido la promesa formulada en Koufra. Era el liberador de París. Por uno de aquellos azares mágicos que tanto abundan en la historia, aquel triunfo llegaba a los cuatro años exactos, día por día, de aquel en que Leclerc se puso en marcha hacia París. En efecto, la epopeya de la reconquista había empezado para el oficial picardo en la tarde del día 25 de agosto de 1940. Aquel día, cruzando un río africano, el Wouri, en una piragua, había ganado el Camerún para la Francia Libre. En aquella piragua se concentraba el que era entonces todo su Ejército. Diecisiete hombres en total: tres oficiales, dos misioneros, siete agricultores y cinco funcionarios. Cuatro años después, Leclerc regresaba a la cabeza de dieciséis mil soldados, que constituían la unidad más moderna del Ejército francés resucitado.

Frente al general, al otro lado de un ramo de flores, se encontraba el joven coronel cuya insurrección había sido precisamente la que había llevado a Leclerc a París. Con su viejo uniforme de la guerra de España, al que seis días de combates en París habían dado una nueva pátina gloriosa, Rol almorzaba con Leclerc. Éste, sin tomar en consideración intrigas políticas, había estrechado la mano del jefe comunista. Hasta entonces, había ignorado su existencia y el papel que desempeñaba.

Pero este primer almuerzo del jefe de la 2ª DB en París no debía llegar más allá de los entremeses. Bien pronto se presentó un oficial y le susurró unas palabras al oído. Leclerc se levantó inmediatamente y entró en la habitación inmediata, la sala de billar. Allí, Philippe Leclerc iba a recibir, dentro de unos momentos, la rendición oficial del último general alemán comandante de la capital de Francia.

Podía ya oír los gritos y silbidos de la muchedumbre que se apretujaba en el patio del enorme edificio de la prefectura, que, cinco días antes, el Estado Mayor de la Wehrmacht había pensado destruir con carros y Stuka. Se abrió una puerta. Entró el general alemán, jadeante, congestionado, y se adelantó hacia Leclerc. Las presentaciones fueron breves:

—Soy el general Von Choltitz —dijo.

— *Ich bin der general Leclerc* —contestó el jefe de la 2ª DB empleando el alemán aprendido en sus días de Saint-Cyr.

El teniente Alfred Betz, que acababa de llegar a la prefectura en su *jeep Mata-Hari* para servir de intérprete oficial, se sorprendió ante la apariencia atildada que

presentaba el general Von Choltitz, embutido en su uniforme de gala, a pesar de las violencias que acababa de sufrir. Por su lado, Choltitz, que se encontraba con un general francés por primera vez, estaba sorprendido del aspecto «increíblemente desuniformado» del hombre a quien iba a entregar su rendición. En aquel encuentro histórico, Leclerc llevaba su atuendo corriente de campaña, el mismo que había vestido durante los combates en África y en Normandía: camisa sin corbata, pantalones de tela caqui y zapatones de marcha estadounidenses. Ni condecoraciones ni insignias, a excepción de dos pequeñas estrellas sobre cada hombrera.

Los dos hombres discutieron brevemente las condiciones de rendición que Betz había preparado. Luego, el joven teniente tendió al general alemán su vieja estilográfica Waterman, de pluma retráctil, con la que se había examinado de Derecho inmediatamente antes de la guerra. En aquel momento, entró Rol en la habitación. Furioso por no haber sido invitado a aquella ceremonia, de la que se sentía con razón uno de los principales artífices, el jefe de las FFI insistió ante Leclerc para que su nombre figurase también en el acta de capitulación, al lado del nombre del jefe de la 2ª DB. Leclerc acabó por aceptar. Los dos generales convinieron entonces en mandar a un oficial alemán y a un oficial francés para que llevasen el acta de rendición a cada uno de los puntos de apoyo que aún se resistían. Choltitz firmaría personalmente aquellas órdenes en la estación de Montparnasse, donde se hallaba el puesto de mando de Leclerc. De allí saldrían los emisarios.

Cuando Choltitz volvió al semicarro que iba a conducirle a la estación de Montparnasse, la muchedumbre se tornó tan amenazadora que Betz tuvo que sacar el revólver para proteger al prisionero. El chófer del vehículo lanzó una mirada desdeñosa al que sólo unas horas antes tenía en sus manos la suerte de París, cerró la puerta blindada trasel general alemán y exclamó:

—¡Hombre! ¡Este cerdo gordo aún conserva agilidad!

Desde la ventana de la habitación de la prefectura de policía, en la que había sido encerrado, un hombre de baja estatura veía desaparecer por los bulevares de París, de pie sobre el coche blindado, la figura inmóvil y envarada del general a quien había servido con fidelidad durante tantos años. Pasarían todavía bastantes años antes de que Mayer se encontrara nuevamente con el general Von Choltitz. En lo alto de la torre de L´Horloge, del bulevar del Palais, acababa de sonar la primera campanada de las cuatro de la tarde.

La noticia de la capitulación del comandante del Gross Paris se extendió por toda la Villa. La alegría popular no conoció entonces límites. Acaso nunca, en toda la historia del mundo, una ciudad haya abierto su corazón de la manera como lo hizo París. Para el corresponsal de guerra estadounidense Ernie Pyle, la alegría de la capital francesa representaba «el momento más bello, más esplendoroso de nuestros

tiempos». (Pyle añadía que «un GI que no se encontrase aquel día con una chica colgada en cada brazo era un pobre diablo».) «Querer describir con palabras lo que es París hoy —escribiría su colega Ed Ball—, viene a ser como querer pintar en blanco y negro una puesta de sol en el desierto».

A lo largo de toda aquella magnífica jornada, al encontrar de nuevo su espíritu, su energía y su generosidad, París amó, expresó en gritos su alegría, bailó y también murió, todo con delirante entusiasmo. Inmerso en tanto regocijo, el capitán George Knapp, un capellán protestante de Indiana, pensó que «estaba viviendo la experiencia de mayor exultación de su vida». Otro capellán estadounidense, el capitán Lewis Koon, de Virgina, sobre cuyo *jeep* estaba escrita en letras blancas la palabra «Chaplain» (capellán), oiría gritar a su paso:

&mdahs;¡Oh! ¡Charlie Chaplin!

En todo París se destapó la botella de champaña cuidadosamente guardada para el día de la liberación. En la avenida de la Grande Armée, mientras se protegía de las balas tumbado bajo un camión, el coronel David Bruce vio de repente que un hombre elegantemente vestido se arrastraba hasta su lado. Bruce, el jefe de la OSS en Europa, que había entrado en Rambouillet con Hemingway, miró sorprendido a aquel señor distinguido que parecía encontrarse muy a gusto tirado sobre el vientre en el arroyo.

—Perdóneme, coronel —dijo el hombre—, ¿puedo permitirme invitarle a una copa de champaña en mi casa?

Cuando el coronel Russ Forgan, de la OSS, entró en su hotel preferido, el Hôtel de France et de Choiseul, se quedó boquiabierto. El director acababa de ofrecerle una bebida infinitamente más rara que el champaña: una botella de auténtico *bourbon*. Acababa de desenterrarla de su escondite, en el fondo del jardín, donde la había metido el día en que los alemanes entraron en París. El buen hombre se había jurado entregar aquella valiosa botella al primer libertador que apareciese ante sus ojos.

Mas, para la mayor parte de los soldados, fatigados e hirsutos, de la 2ª DB y de la 4ª División estadounidense, no había regalo más precioso que el ofrecimiento de dejarles tomar un baño. El soldado Charley Haley, del 4º Regimiento de ingenieros, tomó el suyo en el apartamento número 2 de la avenida Léon-Bollée. Mientras él, de pie en la bañera, vestido sólo con los calzoncillos, se dejaba hacer, maravillado, una mujer con sus dos hijas y su hijo frotaban enérgicamente la grasa acumulada desde Normandía sobre el cuerpo del estadounidense. El capitán Jim Smith, de una Compañía de anticarros del 12º Regimiento, fue invitado a parecida ceremonia por una bonita rubia. Como en su pequeño apartamento no tenía ni bañera ni ducha, lo metió dentro de un barreño, en medio de la cocina, y se puso a frotarlo de pies a cabeza, mientras el capitán, que creía estar soñando, vaciaba una botella de champaña.

La ciudad no se contentó con demostrar su regocijo en aclamaciones a los

liberadores. En cada calle, en cada avenida, los soldados recibieron infinidad de pequeños regalos, con los que los parisienses querían demostrar su gratitud, a pesar de la penuria en que se encontraban tras cuatro años de ocupación. Veinte años después, el sargento Douglas Kimball, de New Hampshire, dice todavía:

—¡Ah, París! ¡Tus «gracias» resuenan aún en mis oídos!

En los Campos Elíseos, el brigadier Philippe Gerard, del Regimiento de spahis, ofreció un paquete de Camel a un antiguo combatiente de la primera guerra mundial.

—¡Ah, muchacho! —exclamó el buen hombre—. Estoy seguro de que hace mucho tiempo que no fumáis tabaco de verdad.

Tras lo cual, sacó de su bolsillo el paquete de la pequeña ración mensual y se puso a liar con todo cuidado cuatro cigarrillos de «negro» de la ocupación para Gerard y sus tres compañeros.

En el asiento posterior del *jeep* del sargento Don Flanagan, se encontraba *Jeannie*, un conejo pequeño y flacucho que había recogido entre las ruinas de una granja normanda y que había llegado a ser la mascota de la Compañía. Parado en medio de la muchedumbre, Flanagan vio que un parisiense se acercaba a su *jeep*. El hombre llevaba en brazos un gran conejo que ofreció a Flanagan, para que «el estadounidense pudiese comer un buen conejo grande y no aquel animal raquítico que llevaba en el coche con él».

Pero más aún que todos estos regalos que llovían sobre ellos a cada esquina, lo que más conmovía a los liberadores era la enorme gratitud de todo un pueblo. Fueron tantos los parisienses que estrecharon al soldado del 12º Regimiento, George MacIntyre, entre sus brazos, que, al llegar a la plaza de L'Étoile, tenía la impresión de «haber sido pasado por un triturador». MacIntyre, que sabía que era «bajo, casi calvo y medio desdentado», saltó a tierra para estirar las piernas. Descubrió entonces que alguien trataba de pasar por en medio de la multitud que había empezado a formar un círculo a su alrededor. Era una «hermosa chica de dieciocho años». Por unos momentos, contempló fijamente el estadounidense, sucio y mal afeitado, mientras que la gente de su alrededor guardaba silencio. De repente, con la cara llena de felicidad, comenzó a gritar:

—¡Ahora el pueblo francés puede levantar la cabeza! ¡Que Dios bendiga a nuestros libertadores! ¡Viva Estados Unidos! ¡Viva Francia!

Y se echó en brazos de MacIntyre. Luego le cogió las manos que llenó de besos y cayó de rodillas ante él. El soldado, molesto y embarazado a la vez, ayudó a la joven a levantarse y la estrechó entre sus brazos, bajo las aclamaciones de la multitud. Para el pequeño soldado de Nueva Jersey, cuyos ojos se llenaron de lágrimas, el gesto de aquella joven «había borrado en un momento, todas las penalidades sufridas durante la guerra».

En su pequeño apartamento del 102 de la calle de Richelieu, madame Jacques Jugeat escuchaba los gritos de alegría de los habitantes del barrio. Madame Jugeat, de setenta y un años, viuda, sola en París, oía los gritos con cierta melancolía. Aquel día de la liberación pasaría para la anciana señora como tantos otros de la ocupación, esperando noticias de su hijo, del que hacía cuatro años que estaba separada. No oyó la primera llamada a la puerta. Al percibir la segunda, se sobresaltó y pensó que alguien había debido equivocarse de puerta. Al sonar la tercera, se decidió finalmente a abrir, vagamente inquieta.

Ante ella se encontraba un chico alto, sonriente, que vestía un uniforme extraño. Le tendió un sobre arrugado que llevaba en su bolsillo como un talismán. Cuando la anciana hubo desplegado la hoja de papel que iba dentro del sobre, se echó a llorar dulcemente. Era una carta de su hijo. El teniente coronel Dee Stone había cumplido su promesa. Había entregado a su destinatario la carta que le había confiado su vecino dos años antes, en la víspera de su salida para Europa. Porque el oficial estadounidense vivía cerca de Nueva York, en la misma casa donde vivía también el hijo de la anciana señora.

En las calles de París, teatro de una fantástica verbena, se desarrollaban simultáneamente las escenas más extrañas. Un grupo de FFI sobreexcitados, con una botella en la mano y el fusil en la otra, perseguían por los tejados a los francotiradores alemanes. En los Campos Elíseos, la banda de los bomberos tocaba sucesivamente *God Bless America* y *La Marsellesa*. Alrededor de los puntos de apoyo alemanes que aún se resistían, soldados de la 2ª DB y FFI luchaban y morían juntos, mientras que, pocas calles más allá, otros soldados, terminada la lucha, celebraban ya la victoria. Empezaban a desfilar por las calles columnas de prisioneros alemanes, cansados y derrotados. A cada momento, los soldados estadounidenses y franceses, que festejaban ya la liberación con los parisienses, eran solicitados para que fueran hasta la esquina de la calle a fin de aceptar la rendición de alemanes que se negaban a hacerlo ante los FFI.

El teniente coronel Ken Downes y John Mowinckle, los dos estadounidenses que acababan de llevar a Jade Amicol a su pequeño convento, decidieron ir a tomar una copa. El único sitio que les pareció digno de acogerlos en un día de gloria como aquél fue el bar del hotel Crillon. Cuando Downes entró en el célebre palacio, se sobresaltó. El vestíbulo aparecía lleno de alemanes, con el saco a la espalda y el arma en banderola. Sorprendidos, miraron a los dos estadounidenses que entraban. Luego, uno de los alemanes se adelantó:

—¿Son ustedes estadounidenses? —preguntó. Ante la contestación afirmativa de Downes, el alemán prosiguió—: Pues entonces nos rendimos, pero solamente a ustedes y no —añadió señalando con gesto de desprecio a la multitud que se

apretujaba fuera— a esa gentuza.

—¿Cuántos son ustedes? —preguntó Downes.

—Ciento setenta y seis —contestó el alemán.

Downes pareció reflexionar un momento. Luego, volviéndose a Mowinckle, ordenó:

—Teniente, ocúpese de estos prisioneros.

Tras estas palabras, Downes salió y partió a la búsqueda de un bar más acogedor. Mowinckle, solo con sus ciento setenta y seis prisioneros, decidió desarmarlos. Les ordenó deponer las armas en los vestuarios. Una vez terminada aquella operación, el estadounidense quiso inspeccionar el hotel. En el primer piso, se encontró en una enorme sala, en la cual se veían aún los restos del último almuerzo que los ocupantes del hotel habían hecho pocas horas antes. En aquel momento, se abrió una puerta al otro extremo de la habitación. Mowinckle vio aparecer por ella un teniente francés en pantalón rojo. Los dos hombres se sonrieron y se precipitaron a la vez sobre el tesoro que acababan de descubrir en medio de la habitación: una caja de champaña.

Cara a cara, delante de su precioso hallazgo, los dos oficiales se presentaron:

—Teniente Jean Biehlmann, del servicio de Información francés —dijo el oficial del calzón rojo.

—Teniente John Mowinckle, del servicio de Información estadounidense —contestó el otro.

—Le propongo repartirlo —dijo entonces el francés—. Seis para usted y seis para mi.

Mowinckle se inclinó cortésmente y los dos jóvenes oficiales vaciaron la caja. Con los brazos llenos de botellas, bajaron la escalera a paso solemne, pasaron ante sus asombrados prisioneros y salieron del Crillon, con cara sonriente, como si fueran dos estudiantes que hubiesen gastado una buena broma.

No muy lejos de allí, un camión lleno de FFI acababa de pararse ante otro palacio. Tocados con boinas grasientas, vestidos con jerséis y monos manchados de sebo, entraron en el hotel más lujoso de París, el Ritz de la plaza Vendôme. A su cabeza, iba el hombre que los había llevado allí, Ernest Hemingway.

En el solitario vestíbulo sólo encontraron para acogerlos a un hombre aterrorizado, el adjunto del director. No obstante, bajo la frondosa barba que le cubría el rostro, pudo reconocer al extraño jefe de aquella banda desharrapada.

—¡No es posible que sea usted, Mr. Hemingway! —exclamó dirigiéndose a su antiguo cliente—. ¿Qué hace usted aquí?

Hemingway declaró su intención de instalarse allí con «sus» hombres. Rehecho de la sorpresa, el empleado preguntó qué bebida podía ofrecer a aquella «alegre banda», que había invadido los salones del hotel. Hemingway pareció reflexionar durante unos segundos:

—Pues bien… —contestó con una sonrisa maliciosa—. ¡Setenta y un Martini secos!

Durante toda la mañana, Yvette Boverat, su marido y su hija Hélène habían recorrido París en bicicleta para encontrar un Regimiento que llevara boinas negras. Desde la puerta de Orleáns, donde habían presenciado la entrada de las primeras tropas en París, habían bajado por el bulevar Saint-Michel hasta el Hôtel de Ville. Por fin, habían identificado al Regimiento que buscaban. Era el 501º Regimiento de carros de combate, la unidad cuyos tanques habían tomado el hotel Meurice al asalto.

Los Boverat habían encontrado los soldados de boina negra en la plaza del Châtelet. Pero nadie conocía a Maurice ni a Raymond Boverat. Se habían dirigido entonces a la isla de Saint-Louis, donde les habían dicho que se hallaban algunos elementos del Regimiento. Los Boverat recorrieron las calles y callejuelas de la pequeña isla. A todos cuantos encontraban les formulaban la misma pregunta: «¿Han visto ustedes soldados con boina negra?» Finalmente, ante un pequeño café, dos FFI que hacían guardia cerca de un *jeep* informaron a la descorazonada familia de que un militar con boina negra estaba durmiendo en el patio. Hélène fue la primera en precipitarse hacia el patio, bajo el pórtico. Cuando llegó al patio, vio, en efecto, a un soldado que dormía en un rincón, a la sombra, como un bienaventurado. «Es demasiado alto para ser mi hermano», pensó la joven. Su padre y su madre llegaron de inmediato y los tres Boverat contemplaron al durmiente soldado con la respiración contenida. Madame Boverat, por fin, se inclinó sobre la cara hirsuta, recubierta por una barba de tres días. Luego alargó el brazo y puso la mano encima del hombro del que dormía. Era el mismo gesto afectuoso con que, desde la infancia, había despertado cada mañana a su hijo Maurice.

Maurice abrió los ojos. Vio, ante todo, la cara de su hermana. «¡Qué hermosa es!», pensó. La joven miraba con fijeza y lágrimas en los ojos a aquel hombre que no era más que un chiquillo cuando partió. «¡Cómo ha crecido!», se dijo. Luego, al ver un objeto metálico que pendía de su cinturón y que era un peine de ametralladora, exclamó en tono de sorpresa:

—¡Oh! ¿Sigues tocando la armónica?

Un viejo autobús subía a toda velocidad por la calle Lafayette. Poco antes, en un viraje, varios hombres habían saltado a la plataforma y se habían puesto a cantar *La Marsellesa*. Al volante iba el cabo Lucien Aublanc, el marido de la pequeña Simone que, durante cuatro años, había mantenido la certeza de que su marido vivía, porque, decía ella, «si hubiese muerto, yo lo habría sentido».

Lucien Aublanc había requisado en los jardines de las Tullerías, donde los últimos combates acababan apenas de cesar, un extraño vehículo, en el cual se dirigía a toda prisa al encuentro de Simone. Cuando enfiló la estrecha calle Baudin, todos los

vecinos salieron a las ventanas. Simone fue la primera en ver, desde el balcón, al soldado que se apeaba del autobús de techo gris. Alguien en la calle gritó: «¡Es un Leclerc!» A estas palabras, Simone pensó sencillamente: «¡Es Lucien!» Bajó alocada las escaleras y se echó a la calle. Se detuvo sorprendida ante el hombretón que apareció ante ella. Miró su boina negra, el jersey de tela verde y los raros zapatos de lazos que llevaba. «Para mí —recuerda ella—, era como un muchacho que bajara de la luna. ¡Tan sorprendida estaba!» Lucien miraba a su mujer, con su falda negra de tirantes y su blusa camisera azul, incapaz de pronunciar palabra. Luego sonrió y preguntó tímidamente.

—¡Oh! ¿Ahora te pintas los labios?

Simone sonrió a su vez y preguntó:

—¿Por qué no te has afeitado la barba?

Entre estos dos seres que se reunían después de una separación de cuatro años, hubo un silencio interminable. Una multitud muda de emoción, se había reunido a su alrededor. Simone vio entonces que Lucien rebuscaba en su bolsillo, del que sacó una gran pastilla de jabón.

—Toma —le dijo—, he tardado en regresar…, pero, ya ves, te traigo una pastilla de jabón.

A estas palabras, ambos rompieron en una gran carcajada y se abrazaron.

El capitán Víctor Vrabel, del 12º Regimiento estadounidense, llegó a sentir dolor en los músculos de las mejillas de tanto sonreír y besar a las chicas que acudían a él. En el puente de la Concordia, el *jeep* del capitán fue materialmente «tragado» por la multitud. Entre los centenares de caras que giraban a su alrededor, el capitán vislumbró el de una joven que le miraba como en una especie de éxtasis. Al capitán se le ocurrió entonces una pregunta absurda:

—Señorita —preguntó—, ¿es usted rubia de natural?

La joven contestó en inglés y, a su vez, comenzó a hacer preguntas al bello estadounidense, lleno de polvo, que mostraba sus dientes en una amplia sonrisa. «¡Dios mío! —se decía la joven—. ¡Qué joven es para ser capitán!» El capitán propuso a la gentil parisiense que lo llevase a bailar. Ella pareció vacilar y, finalmente, aceptó, pero a condición, dijo ella, de que su madre pudiera acompañarlos. Después le dio su dirección. Pero, al advertir en el carnet la larga colección de nombres que el capitán había anotado, Jacqueline Malissinet no se hizo ninguna ilusión. Había pocas probabilidades de que volviese a ver al simpático estadounidense. Vrabel, mirando con tristeza a la joven que se alejaba entre la multitud, se dijo: «¿Y qué? ¡Es la guerra! Las chicas serias no salen con soldados». Cuando Jacqueline contó a su madre el encuentro que había tenido, aquélla exclamó:

—¡Quién sabe! ¡Quizás un día te casarás con él!

—Vaya, mamá —replicó Jacqueline—. Ya no le veremos más.

Jacqueline estaba equivocada. Dos años más tarde se casaría con el soldado de la amplia sonrisa[147].

En otro barrio de París, en el cuarto piso de una casa de la avenida Mozart, otra parisiense, con un peinador echado sobre los hombros, contemplaba también el paso de los libertadores. Pero al ver las columnas de coches blindados que pasaban bajo su ventana, Antoinette Charbonnier lloraba a lágrima viva. Para ella, la liberación significaba el «fin de un mundo», el final de su vida con el capitán alemán Hans Werner, el bello oficial alemán victorioso de 1940, con el cual había saboreado aquella época que ella bendecía: la ocupación. Con gesto brusco, Antoinette cerró los postigos y corrió a tenderse en la cama, tratando de olvidar lo que acababa de ver y quedarse a solas con sus recuerdos.

En la sombra familiar de aquella habitación, en la que cada mueble y cada bibelot le recordaban a Hans Werner, Antoinette esperaba oír a cada momento el teléfono. Pero el bello capitán no llamaría aquel día. Echado sobre la cama de un hotelucho oscuro de la calle Henri-Rochefort, donde ella lo había escondido al empezar la insurrección, haciéndolo pasar por un resistente polaco buscado por la Gestapo, el alemán oía el sordo rumor de los tanques libertadores, que también para él significaban «el fin de un mundo»[148].

Por la ventana de la gran habitación donde se encontraba prisionera, juntamente con todas las «ratas grises» que se habían quedado en París, la linda secretaria muniquesa Cita Krebben oía también el ruido de los primeros carros aliados. Para el último viaje, que debía llevarla a Alemania, la joven alemana se había puesto su traje sastre más elegante, un conjunto en *chantoung* beige claro. Llevadas en primer lugar al hotel Bristol, en la calle del Faubourg Saint-Honoré, Cita Krebben y sus compañeras habían sido detenidas finalmente por los FFI, que, en sus maletas, habían encontrado joyas, ropa de cama e incluso algunos revólveres. Camino de la cárcel provisional donde ahora se hallaban, Cita Krebben había tenido que pasar por en medio de una multitud casi tan enfurecida como aquella que acababa de amenazar al ex comandante del Gross Paris. Entre todas las demostraciones de hostilidad que recogió durante el camino, hubo una que nunca lograría olvidar. En la esquina de la calle Jean-Mermoz, una mujer, hecha una furia, se le acercó y empezó a escupir encima de su vestido. Era la misma joven costurera que se lo había confeccionado. Ahora lo llenaba de salivazos.

Cuando Cita oyó el ruido de los tanques en la calle, se deslizó hacia la ventana. Por encima del hombro de un guardia móvil podía ver los cinco Sherman cubiertos de polvo y de barro que se habían detenido en la esquina del Faubourg Saint-Honoré y de la calle Jean Mermoz. A la vista de la multitud que corría hacia los vencedores, Cita pensó, resignada, que «aquella vez, la guerra había terminado de veras». Leyó los nombres escritos sobre las torretas. Uno de ellos le chocó porque tenía un regusto

alemán. Se preguntó por qué razón un carro francés había de llamarse *Hartmann Willerkopf*.

Todos los vecinos del barrio rodeaban ahora a los cinco carros del aspirante Marcel Christen que Cita contemplaba desde la ventana. Los blindajes llevaban la muestra de los combates de la víspera ante Fresnes y de los muy recientes ante el hotel Continental. Entre la multitud estaban el zapatero Antoine, el carnicero Leclerc, Fillon, el joyero de la calle Rabelais, el novelista Paul Andréota y su esposa Gloria, el joven Dominique de Serville y sus padres, el agente de policía Robert y la anciana madame Chassaigne-Goyon, de cuyo difunto marido había tomado nombre una plaza vecina. Thérèse, la portera sorda del 19 de la calle Jean Mermoz, estaba allí también con su colega del 20, la cartomántica, que, con toda fidelidad, venía anunciando la liberación desde hacía cuatro años, para la «primavera próxima». Un poco más lejos en la barahúnda, podía verse una sotana. El canónigo Jean Muller, el cura de la iglesia sin campanas de Saint-Philippe-du-Roule, aclamaba también a los libertadores. Perdida entre la multitud, ante la panadería Daloyau, estaba asimismo la joven secretaria Nelly Chabrier, que se había puesto aquella mañana el bonito vestido color rosa que su madre le había regalado para aquella ocasión. Aquel pequeño barrio de París, al igual que todos los demás, se había convertido en la más fraternal de las villas.

Nelly Chabrier examinaba aquella especie de diablo cubierto de polvo, recostado en la torreta del *Hartmann Willerkopf*. Como atraída hacia él por una fuerza especial, no podía quitarle los ojos de encima. Pero, entre el mar de caras que le rodeaba, Marcel Christen no veía a la joven. Entonces ella garrapateó unas palabras sobre una hoja de papel. «Es usted —escribió con toda espontaneidad— el tipo de francés que deseamos ver y conocer. Si algún día vuelve a pasar por París, será siempre bien recibido en el número 20 de la calle Jean Mermoz, Elysées 09-82». Empujando con los codos llegó a abrirse paso hasta entregar el papel al joven oficial. Quince meses más tarde, el canónigo Jean Muller casaría a Nelly Chabrier y al aspirante Marcel Christen en la iglesia de Saint-Philippe-du-Roule, a algunos pasos de donde se había detenido, el día de la liberación, un carro que llevaba el nombre de *Hartmann Willerkopf*.

9

En otros lugares, todavía seguía luchándose rabiosamente. Las guarniciones de los puntos de apoyo alemanes, a los que no había llegado aún la orden de rendición de Choltitz, seguían cumpliendo con su juramento al Führer, batiéndose encarnizadamente. Furiosos combates se desarrollaban alrededor de los blocaos que atacaban, hombro contra hombro, los soldados de la 2ª DB y los FFI. En estos últimos minutos, iban a caer aún más hombres, víctimas de su valor, o simplemente, de la fatalidad. En la avenida Kléber, ante el vasto complejo de blocaos y de hoteles que rodean al Majestic, sede del Gobierno militar que durante cuatro años había reinado en la Francia ocupada, una granada arrancó el pie de un caballero, con sombrero negro, que combatía con los soldados de Massu. Era un comerciante suizo llamado Zacker. Por la mañana, había dicho a su mujer:

—Marthe, yo también voy a liberar París.

Unas horas más tarde, Marthe llegaría en bicicleta a la avenida Kléber y comenzaría a buscar el pie de su esposo entre los escombros y los cadáveres que sembraban la avenida. Cuando lo encontró, lo envolvió cuidadosamente y se lo metió en el bolso. En la suela del zapato, en la punta del pie, se guardaba toda la fortuna del matrimonio: veinte monedas de oro.

Unos momentos después, con objeto de sustraer a los primeros prisioneros del hotel Majestic de la ira de la multitud, el comandante Henri de Mirambeau y algunos soldados de infantería del Regimiento del Chad, los llevaron hacia el cine Empire, de la avenida Wagram. A la cabeza de la pequeña columna, con los brazos en alto, marchaba un comandante de las SS que acababa de salir del hotel con una bandera blanca, para ofrecer su rendición a Mirambeau. De repente, cuando los prisioneros y su escolta entraban en la avenida Wagram, el oficial de las SS bajó el brazo e hizo salir de la manga una granada que arrojó sobre Mirambeau.

Aterrorizado, un espectador contemplaba la escena desde una ventana del Ministerio de Sanidad, en la plaza de L'Étoile. Era Norman Lewis, el paisano estadounidense que había acudido con sus muletas para llevar a sus amigos la bandera estrellada que guardaba escondida en espera del día de la liberación. Vio a Mirambeau caer bañado en su propia sangre y a los soldados de infantería abrir fuego sobre los prisioneros. Pronto los disparos se generalizaron. El antiguo Sammy del año 1917 había de pagar caro su deseo de ver la liberación de París. Una ráfaga de balas perdidas se estrelló contra la ventana en que se encontraba matándolo instantáneamente.

Al otro lado del Sena, el soldado Léandre Medori, aquel paisano corso que

encontraba París tan grande, y su camarada Jean Ferracci, el que había repartido entre decenas de parisienses el número de teléfono de su hermana, permanecían resguardados tras un plátano del Quai d'Orsay. Angustiados, observaban las ventanas del Ministerio de Asuntos Exteriores, de las que salía un fuego mortífero. Cada vez que asomaban la cabeza, las balas hacían saltar la corteza del plátano. Los soldados que abandonaban su refugio caían inmediatamente. Recuerda Medori que aquello era «como los juegos de bolos» de la fiesta de Sainte-Marie-de-Lota. De repente, el pequeño corso oyó un ruido sordo a su espalda. Jean Ferraci acababa de caer, sin decir palabra alguna. Medori oyó entonces el ruido de las cadenas de los carros, que se presentaban para relevar a los soldados de infantería «que caían como moscas». Un Sherman dio la vuelta casi delante de él y se lanzó contra la reja del Ministerio de Asuntos Exteriores. Era el *Saint-Cyr*, del subteniente Jean Bureau. Inmediatamente cayó sobre el carro una lluvia de pequeñas granadas, grises y redondas, de una clase que Medori no había visto nunca. Jean Bureau acababa de telefonear a sus padres desde una casa vecina.

—Papá —había dicho con orgullo—, voy a atacar el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Segundos después vio salir una llama de una ventana. La torreta del carro saltó por los aires entre un haz de llamas. Un tiro de *bazooka* acababa de destruir el *Saint-Cyr*. Jean Bureau y sus cuatro compañeros se habían desplomado dentro de su ataúd de acero.

Tras el antepecho de la ventana, protegida con sacos de arena, desde la cual disparaba su ametralladora sobre los asaltantes, el alemán Willy Werner escuchó la voz del oficial de la Luftwaffe que mandaba el punto de apoyo del Ministerio de Asuntos Exteriores. El oficial informaba a sus hombres de que acababa de negarse a rendirse. Estaba convencido de que, al hacerlo, había expresado la voluntad de todos los defensores. Willy Werner no se atrevió a protestar. Pero, tan pronto como su jefe salió de la habitación, abandonó su ametralladora, se deslizó por los pasillos y bajó a la bodega, para vaciar allí la botella de coñac que llevaba en el bolsillo y «esperar tranquilamente el fin de la guerra».

Al otro lado del Ministerio de Asuntos Exteriores, ante la Cámara de los Diputados, donde los *bazookas* alemanes acababan de pulverizar a dos Sherman del 12º de Coraceros, un simple brigadier estaba haciendo una pequeña guerra solitaria. Serge Geoffroy había cumplido la palabra que diera dos días antes a sus camaradas del *Marie Jill*, el carro antitanque averiado que la división había abandonado en una huerta de Normandía. Geoffroy había encontrado atajos. Igual que un barco fantasma, el *Marie Jill* había entrado solo en París antes que todas las columnas. En aquel momento, con un Colt en la mano y el gorro rojo plantado sobre la cabeza, como cresta de un gallo, Geoffroy cruzaba a pie el puente de la Concordia y marchaba hacia

la Cámara de Diputados, «para ir a matar alemanes». De repente, Geoffroy vio una figura con un gran pañuelo blanco que se adelantaba hacia él. Era un oficial de la Wehrmacht. Cuando sólo separaba a los dos hombres una decena de metros, pasó un obús silbando y pulverizó un farol que se derrumbó en medio de los dos. Al disiparse el humo que los envolvió durante unos instantes, el alemán gritó: «*Kamarad*!», e hizo señas al francés de que le siguiera. Pronto llegaron al pie del muro que circunda la Cámara. El alemán señaló a Geoffroy hacia lo alto del muro y le hizo comprender que había que escalarlo, porque «allí arriba muchos alemanes hacer *Kamarad*». El conserje, que se hallaba bajo el porche de la casa de la esquina de la calle de Bourgogne y del bulevar Saint-Germain, vio entonces, estupefacto, cómo un francés, con gorro rojo, ayudaba a un alemán a izarse sobre el muro. El alemán tendió luego los brazos al francés y, a su vez, le ayudó a subir. Los dos hombres saltaron al jardín y el alemán echó a correr hacia una puerta de cristales. «¡En nombre de Dios! —pensó Geoffroy—. Me he embarcado en un mal asunto!» Con una granada en la mano derecha y el Colt en la izquierda, Geoffroy avanzó. Atravesado en la puerta vidriera yacía un cadáver. Cuando entró en la habitación, se encontró con una treintena de oficiales, de pie a lo largo de un mostrador. Sin saberlo, Geoffroy acababa de entrar en el bar de la Cámara de Diputados. Un coronel se acercó entonces hasta él con un vaso en la mano y una botella de «Martini» en la otra. El alemán llenó el vaso hasta los bordes, hizo sonar los talones y lo tendió al francés. Geoffroy dejó la granada sobre el mostrador y cogió el vaso. Nunca en su vida había rehusado una bebida. Lo vació de un trago y luego gritó:

—¡Tirad vuestras armas! ¡Todo el mundo al patio!

Mientras los alemanes obedecían, Geoffroy, con la cara radiante de felicidad, se escanció un nuevo vaso, luego un tercero. Pronto la botella de Martini quedó completamente vacía. El centro principal de resistencia de la Cámara de Diputados acababa de capitular.

Ante la Escuela Militar, el brigadier Pierre Lefèvre y el soldado de primera clase Étienne Kraft, los dos conductores de autoametralladoras que habían lanzado sus vehículos en una carrera desenfrenada bajo la torre Eiffel, se disputaban en aquel momento una competición nueva y más peligrosa. Bajo la puerta de entrada de la Escuela Militar había un cañón alemán del 88 apuntando hacia la torre Eiffel. Deslizándose a cada lado de las espesuras del Campo de Marte, las dos autoametralladoras desembocaron a toda velocidad en la plaza Joffre, pasaron en tromba ante la Escuela y abrieron fuego, a quemarropa, con todas sus armas a la vez. El jefe del coche de Lefèvre, el sargento de caballería Jean Feller, descargó su revólver contra los artilleros alemanes, los cuales, según recuerda, «bajaron la cabeza». Lefèvre oyó en los auriculares la voz de su jefe que lanzaba «¡Yupis!» de triunfo. El carrusel duró varios minutos. El 88 alemán disparó aún una vez más, pero

luego permaneció en silencio. Las autoametralladoras se detuvieron, con las municiones agotadas, mientras empezaban a llegar los primeros Sherman. Desde una ventana del primer piso de la Escuela Militar, Bernhardt Blache, el *Feldwebel* cuyos hombres se «asaban como salchichas» seis días antes delante de la prefectura de policía, vio las terroríficas siluetas de los coches avanzar lentamente por la explanada del Campo de Marte. Echado sobre un colchón ante su ametralladora, Blache oía los gemidos de su vecino, un panadero de Múnich, al que un obús acababa de arrancar un brazo. Para distraer la mente, Blache empezó a contar los carros. Mas pronto renunció a hacerlo. Eran demasiados. Los primeros Sherman abrieron fuego contra la larga fachada. La expansión de un obús que hizo explosión en una habitación vecina hizo saltar por el aire el casco del alemán. De repente, para aquel berlinés de veinticuatro años, que cuatro años antes había entrado en París con las primeras tropas de la Wehrmacht victoriosa, la «guerra se había transformado en un infierno».

Aterrorizado por el ruido de la batalla que se estaba librando en los alrededores de la Escuela Militar, el cabo Walter Hollesch, que, no lejos de allí, ocupaba con su sección el Ministerio de los PTT, sobre cuyo tejado se encontraba la noche anterior para oír las campanas de París, reunió a sus hombres y les anunció que estaba decidido a rendirse. Para cumplir este propósito, Hollesch descubrió un astuto medio. Rompió el cristal del teléfono especial de incendio del Ministerio. Cuando oyó la voz del bombero de guardia, le dijo:

—El Ministerio de los PTT está dispuesto a capitular.

En el interior del patio de la Escuela militar, caía ya una verdadera lluvia de obuses de morteros. Desde el balcón de una casa de la calle Savorgnan-de-Brazza, el brigadier Jacques Ménard, su compañero Michel Jouys y la dama «bien» que les había permitido entrar para «bambolear algunas píldoras de mortero sobre los boches», veían correr alocados a los alemanes de un lado para otro del patio.

Bernhardt Blache vació la última cinta de su ametralladora sobre el carro que acababa de detenerse ante la puerta de entrada, pero las balas rebotaban sobre el blindaje, entre un haz de chispas. El alemán, descorazonado, se levantó y abandonó la habitación. En aquel momento, sintió que el suelo temblaba bajo sus pies. Por la ventana del pasillo, vio un Sherman que irrumpía en el patio. Blache recordaría toda su vida el nombre que el carro llevaba escrito sobre la torreta cubierta de dibujos. Se llamaba *Verdún*. Ante aquella visión, el alemán decidió bajar a la planta baja y rendirse. Algunos minutos más tarde fue encerrado con una decena de camaradas en una pequeña habitación cuya ventana daba a la plaza. Un soldado entró gritando: «*Hitler, Kaput!*», e hizo salir, uno a uno, a los prisioneros por la ventana. Cada vez que un alemán pasaba el alféizar de la ventana y saltaba a la acera, se oía una ráfaga corta de metralleta. Blache comenzó a temblar como una hoja, persuadido de que los franceses estaban ejecutando a los prisioneros. Desde la acera de enfrente, el soldado

Étienne Kraft vio a los alemanes caer uno tras otro a causa de los disparos que los paisanos les hacían a quemarropa. Kraft echó a correr, gritando:

—¡Deteneos, deteneos! ¡Son «mis» prisioneros!

Ocho cuerpos yacían ya sobre la acera. Había llegado la vez de Bernhardt Blache de subir al alféizar de la ventana. El alemán comprendió que iba a morir. En el mismo instante en que se disponía a saltar, oyó una voz que aullaba unos cuantos gritos que a duras penas alcanzó a comprender:

—*¡Burdel de burdel!* ¡Alto el fuego!

En aquel momento se presentaron algunos soldados del Regimiento del Chad y se interpusieron entre los paisanos y los prisioneros.

Étienne Kraft entró en la primera casa, llamó a una puerta y pidió permiso para telefonear. Marcó el Inválidos 02-63. Al otro lado del hilo, reconoció la voz de su padre.

—Buenos días, papá —dijo—. Soy Étienne.

—¿Étienne?

—Sí, tu hijo Étienne.

—No es posible…

Kraft escuchó entonces una voz lejana que preguntaba a su padre: «¿Quién es?» Y oyó que su padre contestaba a su madre: «Es Étienne». Se percibieron entonces grandes voces en el aparato. De repente, sonó la voz de su madre, que le preguntaba:

—Querido mío, ¿qué grado tienes?

—¡Segunda clase, mamá!

Su madre repitió sorprendida:

—¿Segunda clase?

—Sí —repitió el padre, cogiendo de nuevo el aparato—. Esto quiere decir simple soldado.

—Papá, pon el champaña a enfriar. ¡Voy para allá!

—¡Étienne, Étienne, hace dieciocho meses que el champaña te espera!

Casi en aquel mismo instante, en la plaza de L'Étoile, un anciano se apeaba de la bicicleta y se detenía a mirar, sorprendido, un pequeño avión que acababa de pasar a un metro de su cabeza y que fue a posarse al comienzo de la avenida de la Grande-Armée. Vio salir de la cabina a un chico alto, con uniforme de capitán.

—¡Hubert! —gritó el anciano, trastornado.

Acababa de reconocer a su hijo, el capitán Hubert Rousselier, del que no había recibido la menor noticia desde hacía cuatro años.

10

En tanto se extinguían poco a poco los rumores de la batalla, en las calles de París, inundadas de sol y de alegría, entre cantos, gritos y aclamaciones que saludaban a los libertadores, los «ocupantes de París» desfilaron por última vez. A la vista de aquellos rebaños de soldados desencajados y llenos de pánico que, desde cada punto de apoyo, partían hacia su último destino parisiense —un cuartel de bomberos, los sótanos de la prefectura de policía, el vestíbulo de la estación de Montparnasse—, al pueblo de París le resultaba muy difícil contener su odio. Como si quisieran borrar de una sola vez cuatro años de sufrimientos, de rencor, de miedo, nombres y mujeres se echaron en todas partes sobre los soldados de Choltitz, moliéndolos a golpes, llenándolos de insultos y de salivazos e incluso, a veces, les daban muerte.

Algunos alemanes, como un teniente de los Panzer del Cuartel de la République antes de sufrir la venganza de la multitud enfurecida, prefirieron saltarse la tapa de los sesos en el último instante. Otros, como el soldado Georg Kilber, del 3º Regimiento de seguridad, se vistieron de paisano y lograron deslizarse entre la multitud, donde aclamaron a los libertadores. Algunos más se sirvieron de astutas estratagemas. El capitán Von Zigesar-Beines, el oficial que dos días antes aún era prisionero de los FFI en el Grand-Palais, se retiró al Hospital estadounidense de Neuilly, se vistió el pijama y se metió en una habitación de enfermos «para esperar allí tranquilamente la llegada de los estadounidenses».

En conjunto, sin embargo, fueron pocos los alemanes que lograron escapar de las duras y humillantes escenas que había vivido el propio Von Choltitz momentos antes en la calle de Rivoli.

Para el *Feldwebel* Ewin Conrad y el soldado Fritz Gottschalk, que, cada mediodía, durante meses, habían desfilado tras la cruz gamada por los Campos Elíseos, aquel último desfile suponía un «trágico cambio de las cosas». Empujado, abofeteado, con los vestidos arrancados, Gottschall pasó por la calle de Rivoli bajo los escupitajos de la multitud.

Unos metros más atrás, Werner Nix, el *Feldwebel* que participó con tanta repugnancia en el último desfile ordenado por Choltitz, con las manos en la nuca y la cara ensangrentada, vacilaba como un borracho bajo los golpes que le llovían de todas partes. El *Unteroffizier* Hans Fritz, el alemán cuyo camión de torpedos había caído en una emboscada de las FFI, animado por la esperanza de evitar el castigo, repartió cigarrillos en el bulevar de Saint-Germain entre los FFI que escoltaban las columnas y gritó:

—¡No soy alemán! ¡Soy bávaro!

Rudolf Ries, el *Feldgendarme* que cinco días antes había anunciado la tregua por las calles de París, mientras un camión le llevaba a la prefectura entre una multitud desenfrenada, no pudo menos de pensar en una lámina de su manual de historia del Liceo. Se titulaba: *La carreta de los condenados de la Revolución francesa*.

En otro camión que marchaba «como un coche funerario» a lo largo de los muros de Luna-Park, en la puerta Maillot, el *Feldwebel* Paul Schehl miraba con melancolía los puestos de feria donde tan buenos ratos había pasado con su amiguita francesa. En aquel momento, se oyó un disparo. Schehl sintió una quemadura en la pierna y algo pegajoso que se le escurría dentro del zapato. Una bala perdida acababa de acertarle. En la avenida de Neuilly, Ernst Ebner, el sargento de policía que cinco días antes se había emborrachado para festejar su trigésimo octavo cumpleaños, oyó murmurar a su vecino:

—Por lo menos, se ha terminado esta porquería de guerra.

Tras estas palabras, vio que el hombre se llevaba la mano al pecho y hacía una mueca.

Una bala acababa de partirle el corazón. En la plaza del Châtelet, el *Gefreiter* Paul Seidel, correo de Estado Mayor, presenció algo que le pareció aún peor que su propia marcha bajo los golpes de la multitud. De una callejuela salió un grupo de mujeres llorosas, desnudas hasta la cintura, con los senos marcados con una cruz gamada y la cabeza rapada. En los carteles que pendían de sus cuellos, Seidel pudo leer: «He puteado con los boches».

A veces, el odio al boche no perdonaba ni siquiera al herido. En una ambulancia que iba camino del hospital Saint-Antoine, un oficial alemán, gravemente herido, sintió de repente que una mano le asía por el cuello. Era la de Jacques d'Estienne, el artillero del carro *Laffaux*. D'Estienne acababa de descubrir al alemán en la camilla paralela a la suya. Preso de súbita rabia y aunque medio paralizado, logró enderezarse y alargar su único brazo válido hasta el cuello del alemán, al cual estranguló. Al retirar el brazo, arrancó la Cruz de Hierro del oficial y se la guardó en el bolsillo. Todo fue tan rápido que el cura enfermero que iba en la ambulancia no tuvo tiempo más que para gritar: «¡Muchacho!»[149].

Pero de los veinte mil nazis que pasaron aquel día por las calles de París, los que padecieron con mayor crueldad la humillación de aquel desfile fueron los oficiales de Estado Mayor. Los parisienses se encarnizaron con especial violencia sobre aquellos hombres que encarnaban la tiranía nazi. Empujando a los soldados y a los FFI que los escoltaban, las mujeres se les echaron encima, les arañaron la cara y les cubrieron de escupitajos. Los hombres los mataron a puñetazos, a patadas, a culatazos. Pronto la calle quedó sembrada con sus cuerpos, que la multitud pisoteaba.

Por la calle de Rivoli, en medio de la larga columna, avanzaba la alta figura del conde Von Arnim. La víspera, antes de dormirse en la última noche de libertad,

Arnim había leído el relato de la noche de san Bartolomé. Estaba seguro de que iba a morir. Lúcido y resignado, pensaba: «Voy a pagar por todos los crímenes de mis compatriotas». En aquellos últimos minutos, el ayudante de campo del general Choltitz decidió rememorar recuerdos agradables. Así, en medio de aquella multitud desencadenada, que acababa de arrancarle el macuto, vio en su imaginación la vieja residencia familiar de Brandeburgo, las cinco mil hectáreas de cultivos, de landas y de bosques, en los que cazaba el ciervo y el jabalí cuando era niño. De repente, al llegar ante la fachada gris del Ministerio de Hacienda, Arnim vislumbró a un paisano armado con un revólver echarse aullando sobre el oficial que avanzaba delante de él, al lado de su amigo Ernst von Bressensdorf. Con la cabeza descubierta y las manos en la nuca, el capitán Otto Kayser, el antiguo profesor de Colonia, que había leído en los muros de París el *slogan*: «A cada uno su boche», trató de rechazar a su agresor. Pero con la cara deformada por el odio, el paisano se le pegó como una lapa y, levantando su pistola, la apoyó sobre la sien del alemán y disparó. Arnim, horrorizado, tropezó con el cuerpo de Kayser, que acababa de caer. Sin embargo, siguió su camino. «Pronto me llegará el turno», pensó.

También para algunos franceses el día de la liberación fue el de la rendición de cuentas. Los colaboradores que no habían tenido la sabiduría o la posibilidad de huir en los furgones de los «ocupantes» fueron detenidos por decenas y, a menudo, ejecutados sin previo juicio. Los «tiradores de los tejados», que la siniestra milicia de Vichy había dejado tras sí para sembrar el pánico entre la población, eran cercados, uno tras otro, capturados y ejecutados públicamente. El teniente coronel Stone, al cruzar la plaza de la Concordia, que, treinta y cinco años antes, había visto pasar a Woodrow Wilson, camino de Versalles, donde iba a firmar el Tratado que debía asegurar al mundo una paz eterna, tropezó con una masa sangrienta sobre la acera. Los FFI explicaron al estadounidense que aquel fanático disparaba contra la multitud desde el tejado del hotel Crillon.

Aquella «guerra de los tejados» originó, desgraciadamente, ciertos errores que enlutaron trágicamente aquella jornada inolvidable. En su balcón de la avenida de Italia, Max Goa, el dentista que cultivaba rábanos en sus tiestos, para poder servir algo de verdura a los judíos y a los aviadores que tenía recogidos en su casa, había contemplado la entrada en París de los carros de Leclerc. Al igual que muchos parisienses, Max y Madeleine Goa decidieron descorchar una botella de champaña para celebrar aquella liberación que habían deseado con tanta esperanza. En aquel momento, del tejado de enfrente surgieron unos disparos. Max salió precipitadamente al balcón y, cogiendo su lente de larga vista, comenzó a escudriñar los tejados. En la calle, alguien señaló a la figura que acababa de aparecer en el balcón, con un objeto negro en la mano, y empezó a gritar:

—¡Ha sido él, ha sido él!

Al oír aquellas palabras, tres FFI entraron corriendo en la casa e irrumpieron en casa de los Goa. Cogiendo al dentista y a su mujer, los arrastraron hasta la calle, donde la multitud empezó a molerlos a golpes. Llevados a la alcaldía del Distrito XIII para ser «juzgados por el tribunal del pueblo», Max y Madeleine Goa negaron con todas sus fuerzas el crimen insensato que les atribuían. Pero en la calle, la multitud, sedienta de venganza y de sangre, gritaba: «¡A muerte!» Se les entregó a Max Goa. Se produjo entonces una escena atroz. Manos llenas de odio cogieron al inocente dentista y lo echaron bajo las cadenas de un Sherman que pasaba a toda velocidad. Durante este tiempo, tras una parodia de juicio, un pelotón de ejecución terminaba con Madeleine Goa. Al día siguiente, el cuerpo tumefacto y ensangrentado de la pequeña resistente, que había salvado a tantos judíos y aviadores, sería tirado a la puerta de su casa, con un letrero en el pecho: «Traidora a su patria»[150].

11

Charles de Gaulle rodaba hacia su cita con la historia en un Hotchkiss negro descapotable. A medida que se desgranaban los últimos kilómetros que lo separaban de la capital, se sentía, a la vez, «embargado por la emoción y lleno de serenidad». Ignorándolo los aliados y sin su consentimiento, en un coche francés, conducido por un chófer francés, De Gaulle entraría ahora en la ciudad, donde aún se oían disparos. Entraría por la puerta que había dejado tras de sí una noche de junio de 1940, entre el caos de la derrota. Dentro de algunos momentos, asistiría al desenlace de aquella liberación que habría sido, tal como él lo había deseado, «un asunto esencialmente francés».

Precedido por una autoametralladora de la 2ª DB, el Hotchkiss negro entró en la avenida de Orleáns, llena de una «marea exultante» de parisienses que habían descubierto por fin la verdadera faz de aquel que, durante cuatro años, en medio de la noche de la ocupación, había encarnado el destino eterno de su país.

Más lejos, en el corazón mismo de París, al otro lado del Sena, ante la elevada fachada cubierta de estatuas del Hôtel de Ville, un pequeño grupo de hombres se disponía en el mismo momento a sellar con una acogida oficial aquella entrada apoteósica. Eran los jefes de la insurrección que esperaban al general De Gaulle «para recibirlo en el París liberado». Esperarían en vano. El Hotchkiss negro no tomó el camino del Hôtel de Ville. Aclamado con locura por la multitud, giró hacia la avenida del Maine, en dirección a otro destino. Cuando, por fin, se detuvo ante el puesto de mando de Leclerc, el gran reloj de la estación Montparnasse marcaba las cuatro y media. Había terminado el largo destierro de Charles de Gaulle.

Al entrar en la estación, seguido por las aclamaciones de la multitud, De Gaulle descubrió una silueta familiar. Era la de su hijo Felipe, que, con una de las quince órdenes de rendición que había firmado el general Choltitz, partía acompañado por un oficial alemán hacia la Cámara de los Diputados, donde todavía resistían algunos alemanes.

Sobre el andén de la vía 21, punto en que le aguardaba Leclerc, De Gaulle se enteró del acta de capitulación. Al leer la primera línea, su rostro se endureció bruscamente. Con voz glacial, hizo observar a Leclerc que el nombre de Rol no tenía por qué figurar en el documento. Siendo Leclerc el oficial de más elevada graduación, a él, y solamente a él, en su calidad de jefe de todas las fuerzas francesas, le correspondía recibir la capitulación de Choltitz. La maniobra era clara a juicio de De Gaulle: los comunistas trataban de apropiarse el título de libertadores de París. Y De Gaulle no tenía intención alguna de cedérselo. Ya aquella misma mañana, en una

proclama con la cual saludaba la liberación de la ciudad, el CNR, la asamblea política de la Resistencia, silenciando a De Gaulle y a su Gobierno, se había expresado «en nombre de la nación francesa». El general le discutía todo derecho a hacerlo. Aquella proclama había aparecido como un reto a su propia autoridad. De Gaulle respondería pronto abiertamente a dicho reto.

Antes de abandonar la estación, estrechó la mano de algunos oficiales del Estado Mayor de Leclerc, que se encontraban presentes. De repente, apareció ante él un hombre pequeño, tocado con una boina. De Gaulle midió con la vista aquella extraña figura, vestida con un uniforme viejo, muy gastado. Era Rol. Al coronel de los FFI le pareció que De Gaulle vacilaba. Luego, una mano se tendió hacia la suya y la estrechó calurosamente[151].

Pasando bajo un gran letrero en el que se leía: «Equipajes de salida», De Gaulle abandonó después la estación y subió de nuevo a su Hotchkiss. Precedida siempre de una autoametralladora, la pequeña comitiva arrancó, dirigiéndose hacia el edificio de donde había partido para su largo viaje en la noche del 10 de junio de 1940: el Ministerio de la Guerra.

En el bulevar Raspail, unos cuantos disparos señalaron el paso de la comitiva. Mientras la escolta contestaba a ellos, el general se apeó del coche para contemplar los rápidos duelos que se libraban a su alrededor. Impasible, con un Craven entre los labios, la alta silueta se mantenía erguida entre los proyectiles que silbaban y rebotaban a su alrededor. Al ruido de una bala que acababa de chocar contra el portaequipajes trasero del automóvil, De Gaulle se volvió hacia Geoffroy de Courcel, quien había partido de París con él en junio de 1940, y exclamó irónicamente:

—Y bien, Courcel, ¡por lo menos regresamos en mejores condiciones que salimos!

Con paso lento y solemne, el jefe de la Francia Libre subió por fin los escalones de entrada de la residencia del ministro de la Guerra. A toda prisa, su vanguardia acababa de retirar unos bustos del mariscal Pétain y de expulsar a ciertos miembros del COMAC, que habían tenido la candidez de ocupar aquel edificio antes de su llegada.

De Gaulle encontró aquellos venerables lugares tal como los había dejado. Le dio la bienvenida el mismo ujier que lo había saludado al partir. El vestíbulo, la escalera, los decorados de armaduras estaban exactamente igual que antes. En el despacho donde entró no se había desplazado ni un mueble, ni una tapicería, ni una cortina. El teléfono seguía en el mismo sitio, encima de la mesa. Y se podían leer aún los mismos nombres sobre los botones de llamada. «Y, no obstante —pensaba De Gaulle —, el mundo ha sido trastornado por acontecimientos gigantescos. Nuestro Ejército fue destruido. Francia estuvo a punto de naufragar»[152].

En efecto, en los edificios de la República no faltaba nada, sino el Estado. Al

regresar a «su casa», De Gaulle decidió empezar por restablecerlo.

12

Provistos de pequeñas hojas de papel, firmadas de puño y letra del general Choltitz, los oficiales de Estado Mayor del Gross Paris, juntamente con sus vencedores franceses, salieron de la estación de Montparnasse para llevar la orden de rendición a los puntos de apoyo que aún se resistían.

Al elegante coronel Jay le correspondió una fortaleza situada en un barrio que no había frecuentado mucho: el cuartel Prince-Eugène de la plaza de la République. Puesto que su compañero francés, según él mismo explicó, había estado ausente por mucho tiempo, era el mismo coronel Jay quien dirigía la pequeña expedición. En la plaza de la République, Jay desplegó una sábana blanca y se presentó ante el comandante de la fortaleza para entregarle la orden de Choltitz. Pero el oficial se negó a deponer las armas. Dijo que había decidido aguantar hasta la llegada de las dos divisiones blindadas SS que estaban en camino hacia París. Jay pasó todas las penas del mundo para convencerle de que aquellos refuerzos no llegarían nunca y que los FFI tomarían pronto el cuartel y «llevarían a cabo una matanza entre sus defensores».

El *Hauptmann* Otto Nietzki, hecho prisionero en las Tullerías, fue enviado a la *Kommandantur* de Neuilly. De repente, un hombre, loco de rabia, saltó al *jeep* y, señalando a Nietzki con el dedo, comenzó a gritar:

—¡Es él! ¡Es él! ¡Ha matado a mi mujer!

Únicamente la intervención del oficial estadounidense que acompañaba al alemán impidió que la multitud linchara a Nietzki.

La mayor parte de los famosos *Stutzpunkte* habían depuesto rápidamente las armas. Y por primera vez desde hacía cinco días, dejaron de oírse disparos en la mayor parte de las calles de París.

En la penumbra del gran salón del Consulado de Suecia, en la calle de Anjou, un alemán agotado efectuaba por segunda vez su rendición individual. Era Bobby Bender, el misterioso agente de la Abwehr. Levantándose, se dirigió al colgador en que tenía su gabardina, sacó un revólver y volvió para ponerse firme ante Lorrain Cruse. Aquella vez, el joven adjunto de Chaban-Delmas aceptó el revólver.

Al terminar la jornada, sólo continuaba resistiendo uno de los puntos de apoyo, el primero que había abierto el fuego, es decir, el palacio de Luxemburgo. Ennegrecido por el humo, con la fachada acribillada por los obuses, la fortaleza del coronel Von Berg se mantenía firme y los SS que la ocupaban se negaban a ceder ni una pulgada de terreno. Para lograr su rendición, el general Von Choltitz delegó a su propio jefe de Estado Mayor, el coronel Von Unger, al que acompañaban dos oficiales franceses, el

coronel Jean Crépin, comandante de artillería de la 2ª DB y el capitán André Righini. Recibidos por tres SS con uniforme negro, que apoyaron una metralleta en sus espaldas, pasaron bajo la cúpula de ocho caras y fueron conducidos al gran salón artesonado, donde, según recuerda el coronel Crépin, se les ofreció una escena de desolación que no olvidarían jamás. El parquet aparecía sembrado de escombros, cartuchos y cajas de municiones reventadas. Las cortinas y tapices habían sido arrancados y rotos. Los muertos y moribundos se amontonaban entremezclados, sobre la alfombra oriental del centro de la habitación. El coronel Von Berg, con el monóculo encajado y la Cruz de Hierro colgada sobre el pecho, escuchó en silencio la orden que Unger les traía. En aquel momento irrumpieron en la habitación algunos oficiales jóvenes de las SS, en mono de combate y armados con metralletas, que amenazaron al coronel Von Berg con ejecutarle a él, a los oficiales de su Estado Mayor, a los franceses y a cuantos intentasen detener el combate.

Crépin y Righini vieron por las ventanas que daban al jardín cómo los soldados ponían a cubierto a sus compañeros heridos y regresaban después a sus puestos de combate. A cada momento, hacían irrupción en la sala jóvenes SS, en uniforme camuflado y con cintas de ametralladora alrededor del cuello, para informar a sus oficiales. Crépin consultó su reloj. Por un momento temió que todo el asunto se quedara en «agua de borrajas». Informó entonces secamente al coronel que mandaba la guarnición de que contaba con el plazo de una hora para lograr el alto el fuego de todos los puntos de apoyo, reagrupar a todos sus hombres en el patio central y entregar armas e instalaciones intactas. Pasado aquel plazo, ya no serían tratados como prisioneros de guerra. Tras aquellas palabras, que tradujo el coronel Von Unger, hubo unos instantes de expectación entre los presentes. De repente, el coronel Von Berg, «rojo como una grana», comenzó a aullar. En nombre del Führer, dijo, había que cesar el combate. Crépin y Righini recuerdan haber visto que los oficiales SS palidecían como muertos y se arrancaban insignias y condecoraciones. Acto seguido, con un último «*Heil Hitler!*», salieron uno a uno del salón.

Pronto la bandera blanca ondeó sobre el Senado. Sin embargo, el combate no cesó de inmediato. Atrincherados en sus casamatas y carros, los SS decidieron disparar sus últimas municiones, reservándose tan sólo algunos cartuchos de revólver para no caer vivos en manos de la muchedumbre enfurecida.

Mientras empezaban a agruparse en el patio lleno de escombros los primeros alemanes, apareció un grupo de paisanos lanzando exclamaciones de alegría. Eran los detenidos franceses encarcelados en el Senado. Entre ellos se hallaba Paul Pardou, el resistente que saqueaba los almacenes de la milicia. Entre el rebaño de alemanes que llenaba a la sazón el patio, Pardou descubrió a su carcelero, el grueso cocinero Franz, con los brazos en alto. El alemán le hizo seña de que se acercara. Cuando llegó junto a él, bajó a toda prisa una mano, rebuscó en el bolsillo y tendió un sobre al francés.

Luego, haciendo un último esfuerzo para pronunciar las palabras en francés, le dijo:

—Para mi esposa.

Igual que un minero que hubiese permanecido varios días enterrado en el fondo de un pozo, salió por fin François Dalby de la habitación de la central eléctrica del palacio para disfrutar también del espectáculo. Pero Dalby tendría que pasarse aún cuarenta y ocho horas en aquel edificio, en cuya salvación había tenido tan gran parte. Le era preciso vigilar la destrucción de las minas preparadas por los alemanes. Al fin del plazo fijado en el ultimátum del coronel Crépin, a las 19,35 exactas, el coronel Von Berg, con su monóculo en el ojo y la Cruz de Hierro fija en su pasador, llevando entre las manos una enorme bandera blanca, franqueó por última vez el pórtico del palacio en el que había reinado como dueño y señor durante nueve días. Tras él, como un rebaño interminable, marchaban los setecientos hombres de la guarnición. Entre ellos, cansado y descorazonado, se hallaba el dentista Eugen Hommens. De repente, al pasar ante un Sherman parado en la calle Vaugirard, Hommens se estremeció. Sobre la torreta del carro, tiernamente abrazada a un soldado francés, estaba Annik, su pequeña amante, la misma que, la víspera, tanto había suplicado que desertara por ella.

También Walter Hoffmann, el *Oberfeldwebel* que, como regalo de despedida, había entregado un trozo de tocino a su amante, debía recibir una prueba de la inconstancia femenina. En tanto era empujado a culatazos al exterior de la Escuela Militar, Hoffmann vio entre las mujeres que escupían a los prisioneros a la gentil camarerita del restaurante que tantas veces lo había servido en su *Soldatenheim* preferido. Pero todavía hubo de sentirse más lacerado el cocinero de la Kriegsmarine, que avanzaba por la avenida de Víctor Hugo, al lado del teniente de la Luftwaffe Johannes Schmiegel. Continuamente, como en una especie de obstinación febril, se repetía: «Si Jeannette me ve, me sacará de aquí». Mas, al pasar ante una escuela de la avenida Raymond-Poincaré, Jeannette se presentó ante su ex amante, corrió hacia él y le escupió en la cara.

Muchos prisioneros debieron aquel día la vida a la pronta intervención de aquellos que los escoltaban, ya fuesen soldados de la 2ª DB o FFI. Un paisano, loco furioso, se echó encima del teniente Schmiegel y lo derribó. En seguida, como jauría desenfrenada, la multitud se dedicó a patear al alemán, caído en el suelo. Schmiegel contempló entonces cómo un enorme soldado marroquí hacía molinetes con el fusil sobre su cabeza hasta conseguir dispersar a la muchedumbre.

Roger Cadet, el joven agente de policía que había estado a punto de ser fusilado dos días antes, vislumbró al alemán que le había salvado la vida, entre una columna de prisioneros que salía de la Escuela Militar. Se trataba del capitán Wagner, el cual preguntó con ansiedad al francés si era cierto que los FFI mataban a todos los prisioneros que caían en sus manos.

—Le doy mi palabra —respondió el policía— de que será tratado como prisionero de guerra.

Cadet acompañó al alemán hasta el cuartel destinado a los prisioneros de la Escuela Militar. Contó su historia al brigadier de la gendarmería encargado de su custodia y le rogó que tuviera gran cuidado del capitán. Dos días más tarde, Cadet vería de nuevo al gendarme. Entre los quince alemanes que debían ser fusilados en represalia de un acto de barbarie cometido en Le Bourget, se encontraba, según le dijo, el nombre de Wagner. Sin embargo, en el último instante, al recordar la recomendación de Cadet, el gendarme había sustituido al capitán Wagner por otro prisionero.

El crepúsculo envolvía ya la ciudad con un dulce resplandor. Las armas guardaban silencio por todas partes y los escasos disparos aislados que todavía se oían eran debidos a los tiradores de los tejados. La conquista de aquel silencio se había pagado cara. Durante aquella jornada, habían caído cuarenta y dos soldados de la 2ª DB y setenta y siete habían resultado heridos. Entre la población civil, se habían producido ciento veintisiete muertos y setecientos catorce heridos. Alrededor de cada uno de aquellos muertos se habían formado islotes de dolor, contra los cuales iban a estrellarse las olas de alegría que embargaban a la ciudad.

Una joven corría gozosa hacia los hombres de la Compañía del capitán Charles d'Orgeix, ante el Ministerio de Asuntos Exteriores. Era la hermana menor del soldado Jean Ferracci, cuya llegada le había sido avisada por innumerables llamadas telefónicas anónimas. No le vería ya más. Ferraci había muerto detrás de su plátano, con el pecho perforado por treinta y cuatro balas de ametralladora.

En la plaza del Châtelet, otra joven corría de un carro a otro. Preguntaba a todos los soldados:

—¿Conoce usted a mi novio, Pierre Laigle?

Los hombres con boina negra movían la cabeza y apartaban la vista. Ninguno de ellos se atrevió a decirle que había muerto en la calle de Rivoli, en la torreta de su carro.

En una pequeña casa de arrabal, en Choisy-le-Roy, Louise Berth esperaba en el umbral de la puerta. De repente, vio a un hombre uniformado avanzar hacia ella. Era su marido. René Berth se echó en los brazos de su mujer y rompió a llorar como un niño. La alegre reunión de familia que había esperado con tanta ansiedad ya no se celebraría. Dos horas antes, cuando regresaba a su casa para «dar una sorpresa a mamá en el día de su cumpleaños», Raymond, su hijo, había sido muerto de una bala en la cabeza, cerca del Metro Dupleix.

13

Una muchedumbre enorme y multicolor llenaba por entero la plaza del Hôtel de Ville, desde el puente de Arcóle y las riberas del Sena hasta las fachadas de las viejas casas de la calle de Rivoli. En aquella plaza, cargada de historia, donde en 1870 se había proclamado la República y, un año más tarde, la Comuna, millares de parisienses esperaban hacía ya horas otro acontecimiento no menos histórico: la primera aparición oficial del general De Gaulle. Todos estaban impacientes por ver, al fin, en carne y hueso, al hombre que durante cuatro años había mantenido la esperanza de la Francia subyugada.

Faltó poco para que De Gaulle no pudiera acudir a aquella cita. En su despacho del Ministerio de la Guerra, el general acababa de recibir, por primera vez, al que había sido su representante político en París, Alexandre Parodi. La entrevista había constituido una verdadera prueba para Parodi. De Gaulle le había manifestado sin ambages cuánto le había desagradado la proclamación del CNR. Pero lo que en particular había dejado estupefacto a Parodi era el punto de vista especial con que De Gaulle enjuiciaba la situación política. El general parecía esperar como cosa segura que los comunistas le disputasen el poder. En su apreciación, organizaciones tales como el CNR no eran más que instrumentos más o menos ocultos de la acción del Partido. Según él, todas ellas ayudaban a instaurar una autoridad que acabaría finalmente por excluirle a él. En aquella ocasión, sin embargo, Parodi no compartía el punto de vista con que De Gaulle consideraba las finalidades de sus adversarios políticos[153].

En tono definitivo, De Gaulle anunció entonces a Parodi que no tenía la menor intención de dejarse «recibir» por el CNR ni por el CPL. No había razón alguna para que fuese a visitar a los representantes de la autoridad municipal. Recordó a Parodi que «él» era el jefe del Gobierno. Y que, como tal, era él quien tenía que recibir la visita del CNR y del CPL cuando tuviera tiempo para ello y «en su propia casa».

Parodi, consciente de la amargura que esta negativa de mostrarse en el Hôtel de Ville causaría a la población parisiense, suplicó a De Gaulle que alterara su decisión. Pero el general se mostró irreductible. Parodi decidió entonces intentar una última gestión. Mandó a buscar a Charles Luizet, pensando que quizás alguien que conociera mejor a De Gaulle lograría ablandarlo.

Después de una larga discusión, en el curso de la cual Luizet subrayó ante el general la desastrosa impresión que produciría su negativa, el prefecto logró, por fin, ganar la partida. No obstante, antes de salir para el Hôtel de Ville, De Gaulle informó al prefecto de las dos decisiones que había tomado: la primera se refería a la visita

que creía su deber realizar previamente a la prefectura de policía, símbolo de la Resistencia gaullista. La segunda concernía a la única recepción que consideraba válida, una confrontación directa entre el pueblo de París y él mismo, en su calidad de jefe del Gobierno. Le aseguró que había decidido presidir al día siguiente un desfile triunfal que, partiendo de la Tumba del Soldado Desconocido, bajaría por los Campos Elíseos y seguiría hasta Notre-Dame, símbolos ambos de la tradición y de la perennidad de Francia, de la que él mismo había sido la encarnación durante cuatro años. Con aquella demostración grandiosa, respondería a las pretensiones de los miembros del CNR y les haría ver, al igual que al resto del mundo, de qué lado se hallaba el pueblo de Francia. Por otra parte, no tenía intención de invitar oficialmente al CNR a aquella ceremonia histórica. Cuando hubo acabado de dictar sus órdenes, exclamó brevemente:

—Bueno, puesto que hemos de ir… ¡Vamos ya!

En el Hôtel de Ville, los jefes de la insurrección pasaban en aquel momento de la decepción a la ira. Primero, se habían sorprendido al ver que De Gaulle no llegaba. Luego, se habían impacientado y, finalmente, irritado. Georges Bidault, el presidente del CNR, pálido e inquieto, paseaba por el despacho del presidente del Consejo Municipal, murmurando:

—Nadie me ha hecho esperar así nunca.

Los miembros del CNR (haciendo quizá lo que De Gaulle quería que hiciesen) se indignaban de que hubiese preferido visitar con prioridad la prefectura de policía, «la casa de los *guris*», antes de ir al Hôtel de Ville, «la casa del pueblo». Fernand Moulier, el periodista que se había colado en París una semana antes que los aliados, oyó murmurar a un miembro del CNR:

—Esos cochinos nos han venido deteniendo durante cuatro años y ahora De Gaulle va a verles y a rendirles homenaje.

El mismo Bidault, mostrando con un ademán la plaza del Hôtel de Ville, hormigueante de gente, exclamó:

—El pueblo está aquí y no en «casa de los *guris*». Si es preciso, celebraremos la liberación sin él.

Pero, según De Gaulle, las ambiciones del CNR o, por lo menos, de la mayoría de sus miembros eran de carácter político. Veían en la insurrección, a su entender, el medio de satisfacer aquellas ambiciones. Querían «presentar» oficialmente a De Gaulle al pueblo de París. Con ello, esperaban poder ofrecerle su «patronaje». Estaban dispuestos a «invitarle» a sus reuniones, que tendrían lugar en un « importante palacio nacional». Pero, sobre todo, habrían redactado las grandes líneas de una solemne «proclamación de la República», la cual contaban con que fuese leída a la muchedumbre por De Gaulle, reanudando así las tradiciones republicanas de la plaza del Hôtel de Ville. Bidault llevaba el texto en el bolsillo. Aquella proclamación

suponía una hábil maniobra que no sólo se proponía marcar el fin del régimen de Vichy, sino también, más sutilmente, el fin del Gobierno de Argel. Con ella, el CNR pasaba a ser el creador de una nueva República, de la que De Gaulle sería, de una forma u otra, el fundamento del poder. Tales eran los sueños ambiciosos, pero desprovistos de realismo, de Bidault y sus amigos políticos. El despertar de aquellos hombres sería brutal.

Los miembros del CNR estaban ya en las escaleras de la entrada del Hôtel de Ville cuando De Gaulle, dominando con su alta estatura a la muchedumbre enfervorizada, se adelantó hacia ellos.

Vistiendo un simple uniforme caqui, sin lucir sobre él otra cosa que la cruz de Lorena y la insignia de la Fuerzas Francesas Combatientes, De Gaulle pasó a grandes trancos ante la guardia de honor en mangas de camisa y se dirigió hacia Bidault, que le esperaba para «hacer las presentaciones». Pero De Gaulle no le dio tiempo para ello. Empezó a subir la escalera en seguida y Bidault no pudo hacer otra cosa que seguirle.

Al llegar al despacho del presidente del Consejo Municipal, los dos hombres intercambiaron unos breves discursos. Bidault se mostró emotivo. De Gaulle contestó con una ráfaga de su elocuencia majestuosa.

—¿Por qué —dijo— ocultar la emoción que nos embarga a todos, hombres y mujeres, en estos momentos que sobrepasan nuestras pobres vidas? —Y añadió, dirigiéndose a los que le rodeaban—: El enemigo se tambalea, pero no está vencido todavía… La unidad nacional resulta más necesaria que nunca… La guerra, la unidad y la grandeza… He aquí mi programa.

Cuando hubo terminado, Bidault sacó discretamente la proclamación de su bolsillo:

—Mi general —dijo con su voz peculiar—, tenéis a vuestro alrededor el Consejo Nacional de la Resistencia y el Comité Parisiense de liberación. Os pedimos que proclaméis solemnemente la República ante el pueblo reunido aquí.

De Gaulle dirigió una mirada glacial al hombrecillo que tenía ante sí:

—La República —contestó sencillamente— no ha dejado nunca de existir.

Se acercó entonces a la ventana. Bajo ella, se extendía un mar de rostros que llenaba por completo la plaza del Hôtel de Ville. Al aparecer, la muchedumbre, impaciente y sobreexcitada, rompió en una oleada de aplausos y aclamaciones. Pronto, una sola y única palabra salió de todos los pechos. Decía: «De Gaulle… De Gaulle…» Detrás de la aventajada silueta del general, se hallaba el teniente Claude Guy, su fiel ayudante de campo. Teniendo en cuenta la poca elevación de la baranda, Guy pasó la mano por el cinturón del general, para impedir que cayera, en el caso de que le alcanzara algún disparo. A tal gesto, sin volverse, pero en voz suficientemente alta para que pudieran oírlo todos los que se encontraban en la habitación, a su

espalda, De Gaulle refunfuñó:

—¡Déjame en paz!

Después de haber saludado largamente a la muchedumbre con aquellos grandes ademanes que habían de hacerse tan familiares a todos los franceses, De Gaulle abandonó el balcón y dirigió un guiño a Claude Guy:

—Gracias —se limitó a decirle.

Y después de algunos rápidos apretones de mano, se fue como había venido, a grandes zancadas. No había mencionado siquiera el nombre del CNR ni la palabra «Resistencia». En la habitación de al lado, seguía esperando el champaña. Tampoco había brindado por la liberación. Había obrado de forma que no le fuesen presentados los miembros del CNR. Y en cuanto a la proclamación preparada por Bidault, seguía en su bolsillo.

Mientras De Gaulle salía del Hôtel de Ville, los miembros del CNR escuchaban con amargura no disimulada las aclamaciones y los gritos de la muchedumbre, que hacían vibrar los escasos cristales que quedaban aún intactos en el enorme edificio. El comunista Pierre Meunier, oyó entonces a uno de sus colegas que murmuraba con rabia:

—Es muy sencillo. ¡Nos ha podido!

Aquel primer éxito que De Gaulle acababa de obtener en el Hôtel de Ville no sería el único aquel día. En un despacho de los Inválidos, sumariamente amueblado, dos hombres firmaron un documento de treinta y siete páginas mientras se oían aún los disparos. Aquel acontecimiento pasó casi totalmente inadvertido entre el tumulto y la emoción de la liberación. Y, no obstante, la feliz ocurrencia del calendario que había hecho coincidir el día de la liberación con el de san Luis se extendió también a otro acontecimiento: la firma del Tratado franco-estadounidense relativo a los derechos civiles. De Gaulle y Roosevelt habían aceptado provisionalmente el principio en el mes de julio anterior. Durante semanas, las condiciones habían sido examinadas por expertos. Sin embargo, a pesar de la presión de Eisenhower, la firma había sido aplazada una buena decena de veces. Finalmente, el mismo día de la liberación, el brigadier general Julius Holmes, había salido del cuartel general del SHAEF en el L-5 particular de Eisenhower, aterrizando en un campo de trigo cerca de París, para llevar al general Pierre Koenig el texto del acuerdo. Pero, incluso en aquel último momento, el documento por el cual Estados Unidos reconocía por primera vez de manera oficial la autoridad de Charles de Gaulle contenía un equívoco. Una vez más, Washington había prescrito a Eisenhower poner de manifiesto que «estaba autorizado a concluir el acuerdo, a condición de que las autoridades francesas manifestasen la intención de permitir al pueblo francés escoger libremente su Gobierno». Tratándose de De Gaulle, tal preámbulo no era ciertamente como para simplificar las cosas. Mientras que los firmantes de un documento análogo

entre Gran Bretaña y Francia habían sido los respectivos ministros de Asuntos Exteriores, el Gobierno estadounidense había exigido que el acuerdo con Francia fuese firmado por militares. Roosevelt quería evitar con ello que pudiera confundirse el acuerdo con un reconocimiento de jure del Gobierno de Charles de Gaulle. Y el general Julius Holmes, un diplomático de carrera, en el mismo momento en que ponía el párrafo en cuestión en la página treinta y siete del extenso documento, podía darse perfecta cuenta, por lo que sucedía en las calles de París, del abismo que separaba el texto de la realidad. Sabía que en Washington nadie esperaba ver al Gobierno de Charles de Gaulle instalarse y funcionar antes de varias semanas. Aquel corto viaje a París acababa de darle a conocer la realidad: «Nada, excepto la fuerza, podría ahora alejar a De Gaulle». Holmes pensaba con cierta fruición en todas las dificultades con que iba a encontrarse pronto el Departamento de Estado para modificar aquel documento cuya tinta aún no se había secado.

De hecho, pensaba Holmes, «De Gaulle no había tenido nunca la intención de encontrarse, en tal día como aquél, en ninguna otra parte más que en aquella donde se hallaba, o sea, en París». Y el viejo diplomático, meditando irónicamente sobre su propio papel, tuvo el mismo pensamiento que el resistente anónimo del Hôtel de Ville: «Una vez más —se dijo— nos ha derrotado con toda cortesía».

En el edificio de la Kriegsmarine, plaza de la Concordia, un alemán había logrado por el momento escapar a sus vencedores. El *Korbet Kapitän* Harry Leithold conocía las vueltas y revueltas del palacio de Gabriel tan bien como las de su propio apartamento de Berlín. Después de los combates de la plaza de la Concordia, se había ocultado en una habitación pequeña del segundo piso. Había visto a sus hombres salir con los brazos en alto después de la rendición del Meurice. Él se había quedado allí en la creencia de que quizá lograría huir, al amparo de las sombras de la noche, para llegar a las líneas alemanas. Sólo esperaba ya a que anocheciera. Leithold oía los aullidos de la muchedumbre que le llegaban de la calle. Acercándose con precaución a la ventana, miró hacia fuera. En aquel momento, vio un coche negro que desembocaba lentamente de la calle de Rivoli y entraba en la plaza, justamente debajo de su ventana. Leithold cogió el fusil y, obedeciendo a un reflejo, apuntó. «Estos franceses —se dijo— están verdaderamente locos». En su punto de mira, a menos de cien metros, apareció un general francés, tocado con quepis de color caqui, sentado en el asiento de detrás. Leithold siguió la figura con el dedo en el gatillo. Siendo buen tirador, estaba seguro de poder derribarlo con una sola bala. Tanto más cuanto que el hombre, alto y corpulento, presentaba un buen blanco. «Matar un general francés —pensó— es una buena manera de terminar la guerra». En aquel momento, Leithold fue testigo de algo inesperado. De pronto, la multitud se lanzó como una ola hacia el coche negro y comenzó a aclamar locamente a aquel general desconocido. Leithold comprendió entonces que, si disparaba contra el coche negro,

no saldría vivo de aquel edificio. La muchedumbre invadiría el hotel y lo lincharía. Quienquiera que fuese aquel general francés, el alemán decidió finalmente que su propia vida valía más que la suya. Y tras este pensamiento, dejó el fusil apoyado en la ventana, bajó al piso inferior y se rindió.

Dos años mas tarde, en un campo de prisioneros de guerra, el capitán Leithold descubriría por una fotografía en una revista quién era el general francés que había tenido aquel día en su punto de mira. De Gaulle.

14

Las primeras sombras del crepúsculo envolvían ya la ciudad liberada. Como un cuerpo agotado por el amor, París se dejaba mecer por el éxtasis de la fatiga. Después de tanta alegría y tantas emociones, había llegado la hora de la ternura, de la dulzura. El sargento Armand Somero, del 12º Regimiento estadounidense, se deslizó de puntillas, con el arma en bandolera, en la catedral de Notre-Dame. En la enorme nave, oscura y silenciosa, el pequeño soldado de California tuvo la impresión de que «la guerra no había existido nunca». Se arrodilló y comenzó a orar. De repente, pensó que «no debía permanecer en la casa de Dios con un arma hecha para matar». Cuando salió de la catedral, Somero fue llamado por dos religiosas de San Vicente de Paúl, las cuales lo llevaron a una plaza próxima. Una vez allí, le hicieron sentar sobre un taburete y se dedicaron a lavarle alegremente la grasa y sebo de la cara con agua caliente que llevaban en un pequeño pote de porcelana. Sorriero, emocionado, pensó que el «Buen Dios le daba las gracias por haber entrado en la iglesia».

El capitán George W. Knapp, un capellán protestante del mismo Regimiento, había apostado a que sería el primer estadounidense que subiese a la torre Eiffel. Empezó la larga y fatigosa ascensión, que unas horas antes había efectuado el capitán de bomberos Raymond Sarniguet con una bandera tricolor. Cuando, sin aliento y con las piernas vacilantes, llegó a la cúspide, una hora después, sacó de su bolsillo una pequeña bandera estadounidense y la colgó de una viga de la torre. Luego, con un alfiler, clavó en la bandera un papel en el que había escrito: «Esta bandera ha sido puesta aquí por el primer estadounidense que subió a la torre Eiffel».

Aquel día de la liberación, otro estadounidense, el teniente Burt Kalisch, de la sección de actualidades cinematográficas de la SHAEF, quiso visitar la tumba de Napoleón y llamó a la puerta de bronce de la capilla de los Inválidos. El guardián de aquel lugar venerable descorrió el cerrojo de la puerta y la entreabrió. Cuando vio al estadounidense, le preguntó con voz cavernosa:

—¿Es usted un admirador del emperador?

Kalisch, sin vacilar, contestó que «el emperador era ciertamente una de las mayores glorias de Francia». El guardián abrió refunfuñando y el estadounidense pudo deslizarse al interior. Se apoyó en la baranda y contempló emocionado la tumba, que iluminaban los rayos de luz, entre los cuales brillaban granitos de polvo dorados. Su meditación silenciosa se vio pronto turbada por un cuchicheo. Ya que el estadounidense era verdaderamente un admirador de Napoleón, el guardián iba a concederle un privilegio reservado únicamente a los visitantes de categoría. Le permitiría «tocar el sarcófago glorioso». Los dos hombres bajaron la escalera de

mármol hasta el zócalo de granito y el ruido de sus pasos despertó ecos dormidos que repercutieron largamente en la bóveda. Y cuando Kalisch salió de la capilla, el viejo guardián, con el pecho lleno de condecoraciones, le hizo un modesto regalo. Era una postal del ilustre monumento, sobre el cual había escrito las palabras siguientes: «Al primer estadounidense que, el día de la liberación, ha venido a visitar la tumba del emperador».

En la avenida de los Campos Elíseos, un sacerdote abordó al soldado George MacIntyre. Según le dijo, una de sus feligresas se hallaba a punto de morir de cáncer y deseaba conocer a un soldado estadounidense. La anciana quería ver a un soldado estadounidense para estar completamente segura de que los aliados habían llegado y de que moriría en un París liberado.

Minutos después, MacIntyre entraba en una pequeña habitación. En una cama grande, al lado de una estatuita de santa Ana, se hallaba una anciana muy delgada, cuya cara se iluminó con un resplandor de alegría al ver al soldado. Maclntyre recuerda que llevaba un chal de puntilla blanca y un gorro en la cabeza. Su primera pregunta, al ver a MacIntyre, fue:

—¿Cuándo estaréis en Berlín?

—Pronto —contestó Maclntyre.

A pesar de los sufrimientos que sentía al hablar, la anciana empezó con avidez a formular infinidad de preguntas al visitante. Lo interrogó sobre detalles del desembarco y las destrucciones en Normandía y sobre si la gente los había recibido bien. Finalmente, con un ardor que sorprendió al soldado, le preguntó:

—¿Cuántos boches ha matado usted?

Dos vecinas que habían entrado en la habitación sirvieron una copita de coñac al pequeño soldado, que se sentía embargado por la emoción de aquella extraña escena.

—¡Viva Estados Unidos! —murmuró la anciana.

—¡Viva Francia! —contestó el soldado.

Luego, MacIntyre empezó a rebuscar en sus bolsillos y depositó encima de la cama todo cuanto contenían: dos barras de chocolate y una pastillita de jabón. La anciana alargó la mano hasta la mesilla de noche, cogió un crucifijo pequeño que allí tenía y se lo entregó al soldado, diciéndole:

—Tenga. Le protegerá durante el resto de la guerra.

El soldado se inclinó sobre ella y la besó en las dos mejillas. Prometió volver al día siguiente. Pero, al día siguiente, ya estaba muerta.

En Saint-Germain-des-Prés, el coronel Jim Luckett contemplaba con nostalgia la terraza del café donde, dieciséis años atrás, había vivido horas memorables de su vida de estudiante. Pero aquel día, Luckett no tenía tiempo para detenerse en el Deux Magots. Se dirigía a toda prisa a una dirección que desde hacía un año llevaba anotada en su agenda: el número 10 de la calle de Beaux-Arts. En el tercer piso de

aquella casa, se encontraba el apartamento que Luckett había ganado un día en una apuesta. En ese número 10 de la calle de Beaux-Arts, una sorpresa esperaba al estadounidense. En el apartamento encontró un inquilino, una rubia encantadora que «se echó en sus brazos con la fuerza de un obús del 88».

Orgulloso de sí mismo, Fernand Moulier, el periodista francés que había derrotado a todos sus colegas en la carrera hacia París, entró en el hotel Scribe para cobrar el montante de las muchas apuestas que había ganado. Sin embargo, al cruzar la puerta, le detuvo el coronel Ed. Pawley, oficial de información de la SHAEF.

—Está prohibido entrar aquí vestido de paisano, amigo. ¡Vaya a ponerse un uniforme!

Aquella noche de la liberación, una importante cita esperaba al conde Jean de Vogué, aquel miembro del COMAC cuya intervención, cuatro días antes, había decidido a los jefes de la Resistencia a romper la tregua de Nordling. Vogué se afeitó el bigote, que se había dejado crecer durante la Resistencia. Luego, con un ramillete de flores en la mano, fue a llamar a la verja del elegante hotel particular de su familia, en el 54 del Quai d'Orsay.

Le abrió una camarera. Al reconocer al visitante, retrocedió y, levantando los brazos, exclamó:

—¡Monsieur Jean ha vuelto!

Vogué entró entonces en la suntuosa residencia y se dirigió a un pequeño saloncito, donde encontró a su madre. Entregó el ramillete de flores a aquella madre que había fingido no conocer cuando un día se encontró con ella en la calle.

—¿De manera que ya has vuelto de Londres? —preguntó la madre.

—¡Pero si no he estado nunca en Londres, madre! —contestó el joven—. Yo era uno de los jefes de la Resistencia.

La dama hizo un movimiento de sorpresa.

—¡Oh, Jean! —dijo al fin—. ¿Cómo has podido hacer eso? ¿De manera que te has juntado con esos golfos, con los comunistas?

Tras lo cual, la condesa, desesperada, se dejó caer en un silloncito.

Al teniente Philippe Duplay, de la 2ª DB, le esperaba una acogida igualmente desconcertante.

Cuando Duplay llegó a la avenida de Neuilly, ante la casa donde vivían sus primos, oyó cerrarse los postigos bruscamente y vio huir a la gente. Nadie contestó a sus timbrazos. Iba ya a marcharse, cuando oyó una voz inquieta tras la puerta.

—¿Quién está ahí? —preguntaba la voz.

—Soy yo, Philippe —respondió.

—¿Philippe qué?

—Philippe Duplay.

A aquellas palabras, la puerta se abrió de inmediato.

—Nos has asustado —le dijo su prima—. Creíamos que volvían los alemanes.

Duplay, sencillamente, había olvidado que el vehículo en que había llegado era un coche alemán, el Volkswagen que había capturado en Normandía.

Nadie abrió al sargento André Aubray cuando llamó a la puerta de la morgue del hospital. La morgue estaba cerrada por las noches. Aubray se marchó entristecido. Había ido a dar el último adiós a su mejor amigo, el pequeño bretón Marcel Bizien, que había lanzado su carro al abordaje del Panzer en la plaza de la Concordia.

El GI de Georgia Léon Colé no había vivido nunca una jornada semejante. Al volante de su *jeep*, que paseaba por las calles tortuosas de Montmartre, Colé oía rodar por el suelo del coche los tomates con que la muchedumbre entusiasta había llenado el vehículo. Al volver una esquina, Colé fue abordado por una pareja de cierta edad.

— *I speak English* («Hablo inglés») —dijo la mujer, sonriendo.

Colé sonrió a su vez *y* le ofreció algunos tomates. En reciprocidad, la señora y su esposo invitaron al estadounidense a subir a su apartamento a tomar una copita. Colé vaciló. Estaba prohibido por el reglamento. «¡Al diablo el reglamento, hoy!», decidió al fin. Bajó del *jeep* y subió tras la pareja los cinco pisos que llevaban a su apartamento.

La mujer cogió entonces de la mano al pequeño granjero de Georgia y le llevó ante la ventana. De una ojeada, el estadounidense vio, extendida a sus pies, la vista maravillosa de que había oído hablar y con la que había soñado durante años. En la penumbra de la noche, se adivinaban los contornos de la torre Eiffel, las torres de Notre-Dame, los meandros del Sena. Sus huéspedes le escanciaron un gran vaso de coñac. El anciano matrimonio francés y el alto y desgarbado soldado estadounidense se quedaron juntos a contemplar la oscuridad que empezaba a descender sobre París.

De repente, el admirable panorama que se ofrecía a su vista se iluminó. Por primera vez desde el 3 de setiembre de 1939, todas las luces de París alumbraban la Villa. En honor de la liberación, los electricistas acababan de restablecer el alumbrado público.

A la vista de aquella belleza, Cole dejó escapar un grito. A su lado, la mujer, lentamente, alzó su copa por encima del balcón, por encima de París.

—¡Por la «Ville Lumière»! —brindó, en un murmullo.

Cole se volvió hacia ella y, entre la penumbra, descubrió que lloraba. De súbito, el granjero de Georgia advirtió que él lloraba también.

15

El comandante Robert J. Levy pensaba que, de todas las funciones que había desempeñado en su vida, la que le esperaba entonces era la más difícil.

El agente de cambio neoyorquino actuaba como oficial de enlace estadounidense del general De Gaulle. Después de haber buscado inútilmente al general durante tres días, lo había encontrado por fin en París, la misma noche de la liberación. Y observando las caras de todos los que salían de su despacho, Levy podía imaginar de qué humor estaba el general. Evidentemente, debía de ser muy malo. El estadounidense comprendía perfectamente las razones de ello. En los locales del Ministerio de la Guerra, ocupado tres horas antes, parecía reinar la confusión más perfecta. La luz estaba cortada, los teléfonos no funcionaban más que en ciertas habitaciones y solamente comunicaban con París. La gente entraba, salía, se interpelaba, se volvía a encontrar ruidosamente y todo ello en un caos indescriptible.

Por fin, al cabo de un rato, el teniente Guy introdujo a Levy en el despacho del general. De Gaulle se levantó y miró al pequeño comandante estadounidense por encima de su gran mesa.

—Bien, Levy —dijo—. Espero que hable usted francés. Yo conozco el inglés, pero no tengo intención de emplearlo.

Tras estas palabras. De Gaulle levantó el brazo en un ademán de impaciencia, como si quisiera despejar las tinieblas de una sola vez, junto con el ruido y el desorden que lo rodeaban, y empezó a refunfuñar:

—¿Cómo quiere usted que gobierne Francia en medio de un caos como éste?

Mirando al oficial estadounidense con ojos airados, nombró las tres cosas que le hacían falta para poder gobernar a Francia con efectividad aquella noche: cigarrillos Craven, latas de raciones y lámparas de minero.

Levy hizo chocar los talones, saludó y salió. Luego, saltando sobre el *jeep*, convencido de la alta importancia de su misión, se dedicó a recorrer París en busca de las tres cosas que le hacían falta a De Gaulle para gobernar a Francia. Encontró los Craven en casa de un colega británico y las latas de raciones en un camión de intendencia de la 4ª División, detenido ante el hotel Crillon. En cambio, le costó mucho trabajo hallar las lámparas. Acabó por descubrir un camión cargado de ellas en una pequeña carretera de arrabal. Levy tuvo que parlamentar largo rato con el GI que las guardaba y rehusaba desprenderse de aquellos preciosos utensilios. Finalmente, después de haberle hecho comprender que el porvenir de las relaciones franco-estadounidenses dependía en aquel momento de su actitud, logró convencer al soldado para que se volviera de espaldas mientras él se hacía con una docena de

aquellas pequeñas lámparas que iban a iluminar la primera noche de Charles de Gaulle en París.

A la misma hora en que Levy salía del Ministerio de la Guerra, otro estadounidense bajaba la escalera de una casa de la calle Grenelle. Cruzó imperturbable ante un corresponsal de la BBC que suplicaba al FFI que permanecía de guardia a la puerta que le permitiera entrar en la casa. Larry Leseur había ganado, por fin. Acababa de hacer pasar por las ondas el primer reportaje radiofónico verídico sobre la liberación de París. Era el éxito más grande de su carrera. Para conseguirlo, cosa difícil en aquellas horas de confusión, Leseur había tenido una idea muy simple, pero genial. Se había dirigido a un estudio de la Radio francesa y había logrado que su reportaje fuese difundido directamente desde París[154].

El rival de Leseur, el locutor Charlie Collingwood, había hallado por fin la paz entre las prostitutas y los bergantes de Montmartre, en un pequeño bar de Pigalle, próximo al «Bal Tabarin». Eran los únicos habitantes de Paris que parecían no conocerle. Cada vez que, durante el día, había pronunciado su nombre, el estadounidense que había lanzado por las ondas el falso reportaje de la liberación de París había sido insultado. La escena más penosa había tenido lugar en casa de Marie-Louise Bousquet. Indignada por la «ligereza» del simpático estadounidense, le había dirigido reproches muy duros.

Pero, en aquel bar de Pigalle, Collingwood podía por fin mostrar el rostro sin temor. Mientras que Roger, el propietario, le contaba por tercera vez sus aventuras amorosas en Hollywood, el desgraciado locutor se decía que Marconi había hecho mal en inventar la radio.

En toda la ciudad, envuelta por la oscuridad de la primera noche de libertad, tanto los tres millones y medio de parisienses como los cuarenta mil libertadores, iniciaban la cena de la victoria.

Los soldados de la 2ª DB y los de la 4ª División repartieron entre los maravillados parisienses artículos de los que éstos habían olvidado incluso el recuerdo. En una calle de la Bastilla, una niña pidió a un GI «otra bola roja como la que acababa de darle». Se trataba de una naranja, que la niña nunca había visto antes. En millares de hogares donde amenazaba el hambre, se encontró, sin embargo, algo de reserva, como una última lata de conserva o una última botella, para mejorar la cena de la victoria. En algunas partes, como sucedió en la calle de Huchette, el saqueo de un almacén de mercado negro permitió a algunos parisienses regalarse con un festín inesperado. Pero, abundante o frugal, la comida se celebró en medio de la mayor alegría.

Y algunos soldados estadounidenses pudieron comprobar que, al pasar por las manos mágicas de las amas de casa francesas, las latas de racionamiento de Intendencia podían llegar a adquirir un sabor que nunca habrían sospechado.

En el Ministerio de la Guerra, un cocinero contratado a toda prisa preparaba la primera comida francesa del general De Gaulle. El cocinero también acababa de llegar a París, pero había sido enviado a servir a otro jefe. Era el cocinero del mariscal Pétain.

Los hombres del puesto de mando de Rol volvían a la superficie, pálidos y agotados, después de cinco días de vida subterránea. Fueron a festejar la victoria en el restaurante de la plaza de Saint-Michel, cuyo tocino y Benedictine les había permitido sobrevivir en los últimos días pasados en la profundidad de su refugio.

En el comedor del hotel Meurice, sembrado de escombros, en el mismo lugar donde, pocas horas antes, había hecho su última comida el general Von Choltitz, un joven teniente se sentó a la mesa para despachar un festín pantagruélico. Era Henri Karcher, el oficial de la 2ª DB que había tomado el Meurice.

No lejos de allí, en el comedor de otro hotel, un comensal gritaba desaforadamente. El maestresala del Ritz acababa de presentar la cuenta a Ernest Hemingway.

—No me importa gastar millones para defender a Francia o para rendirle homenaje —gritaba Hemingway—, pero no daré ni un céntimo a Vichy.

En efecto, por la fuerza de la costumbre, el maestresala, maquinalmente, había anotado un pequeño importe que se añadía a todas las cuentas: los impuestos creados por Vichy.

Jean-René Champion, el conductor del *Mort-Homme*, el Sherman que había ardido ante el Meurice, cenaría aquella noche dos veces. Al cruzar las Tullerías después de haber comido con una familia de parisienses que lo habían invitado, se encontró con un grupo de FFI que le obligaron a compartir su comida de sardinas y habichuelas.

A la terminación de la comida que había dado al general Holmes en la prefectura de policía, el general estadounidense que había firmado con el general Koenig el acuerdo relativo a los asuntos civiles, el prefecto Luizet sirvió una copita de coñac a su invitado y se lo llevó a la ventana. Ante los dos hombres, se perfilaba en la noche la flecha de la Sainte-Chapelle. Luizet aprovechó aquella ocasión para hablar, en tono confidencial, de un asunto que juzgaba de la mayor importancia.

—Un gran peligro amenaza ahora a París —dijo—. Si los comunistas intentan un golpe de fuerza, no tenemos medios para contestarles.

Luizet pidió entonces a Holmes que le procurase con toda urgencia armas para la gendarmería, a fin de permitirle «mantener el orden en París por todos los medios en caso de peligro». Cuarenta y ocho horas más tarde, una columna de camiones entraría discretamente en el patio de la prefectura. Bajo el toldo, se ocultarían ocho mil fusiles y ametralladoras, municiones y varios *bazookas*.

Pocos eran, no obstante, los hombres de la 2ª DB o los estadounidenses que

tenían preocupaciones tan serias. Estaban demasiado ocupados en disfrutar de aquella noche que quedaría en la memoria de un soldado de Carolina, llamado John Holden, como «la noche más bella que el mundo había conocido jamás». El soldado David McCreadil, de la 12ª Compañía de anticarros, entró, ¡oh maravilla!, «en un café donde todo era gratis». «Los franceses estaban locos de alegría, las francesas bailaban sobre el piano, todos estábamos borrachos y cantábamos a todo pulmón *La Marsellesa*, de la que no sabíamos ni la letra».

En los tanques, coches blindados y *jeeps*, se mezclaban las risas alegres de los soldados y de las parisienses. En centenares de cafés, tras las puertas cerradas o las cortinas echadas, se bailaba, se reía y se amaba.

Robert Mady, el artillero del *Simoun* que había encontrado tan oportunamente las dimensiones de los Campos Elíseos en sus recuerdos del almanaque *Vermot*, volvió al tanque en plena noche, con todo el equipo del carro. Había decidido «liberar» el Lido. Y allí, sobre la solitaria pista de atracciones, Mady y sus compañeros degustaron un regalo que les consoló de no haber podido comer nunca el pato: el mejor champaña de la más célebre *boîte de nuit* del mundo. Claude Hadey, el artillero del Sherman *Bautzen*, que había destruido una casamata delante del Luxemburgo, pasó la noche en otro cabaret cercano, el Gipsy. Hadey y sus compañeros hacían turnos para vigilar en la puerta, a fin de asegurarse de que no «llegaba ningún oficial a estorbar la fiesta». Era un placer que todos los soldados se hubiesen disputado: el tener que hacer guardia de esta forma en la primera noche de la liberación.

¡Noche extraña! Lucien Aublanc y su esposa comieron en las Tullerías, al pie de un coche blindado. Mehdi, el chófer argelino de Aublanc, preparó el café para la mujer de su jefe con un polvo que ella jamás había visto. Era Nescafé. Luego la pareja se envolvió en una manta y se metió bajo el vehículo. Y así pasaron su primera noche, después de cuatro años de separación.

En la calle de la Huchette y en la de la Harper, ante el puesto de mando del 12º Regimiento, se había organizado un verdadero baile de 14 de julio al son de la banda de los bomberos. Todos los soldados tenían una chica en los brazos, incluso el centinela de guardia ante el hotel, el sargento Thomas W. Lambero. De repente, llamaron a Lambero al teléfono. Al otro extremo del hilo, una voz preguntó «si todos los hombres tenían una chica para pasar la noche con ellos». Lambero creyó poder asegurar que la «situación estaba completamente bajo control».

En el bosque de Vincennes, el comandante de un Batallón de infantería, preocupado en mantener las apariencias de la disciplina, mandó a sus hombres que plantaran las tiendas individuales en hileras regulares. Ordenó, además, que la llamada reglamentaria para el día siguiente fuese a las seis. Al día siguiente, cuando sonó la llamada, el comandante pudo darse cuenta de su fracaso total. De todas las tiendas salía un soldado que vacilaba de fatiga y una muchacha medio dormida.

Durante aquella jornada, se habían abolido todas las diferencias de idiomas. No obstante, el soldado Charlie Haley, del 4º de Ingenieros, rebuscó inútilmente en el manual de conversación corriente que suministraba el Ejército para encontrar una «frase bonita» con que obsequiar a la hermosa muchacha que estaba con él. Harry se dio cuenta entonces de la estupidez de las concepciones militares. Ni siquiera pudo decir a la chica: «¿Tienes huevos?»

El sargento Ken Davis se había aprendido una sola frase de memoria:

«Eres muy bonita».

En medio de la alegría, del entusiasmo y de las carcajadas de aquella noche deliciosa, nadie se dio cuenta del GMC cubierto que subía por la avenida de Italie. En el interior, uno de los ocupantes, levantó con discreción una esquina del toldo y echó una ojeada al jolgorio que tenía lugar fuera. Vio a un soldado estadounidense asomarse fuera de la torreta de su carro de combate, y ante las aclamaciones de la multitud, izar a una muchacha. Dietrich von Choltitz dejó caer la esquina del toldo que había levantado y exhaló un suspiro. «Esta vez —pensó— es el fin de toda una época de mi vida».

A su lado, el coronel Hans Jay, estupefacto ante el material estadounidense que había podido ver, le dijo para consolarlo:

—Dentro de dos meses se habrá terminado la guerra.

—No es seguro —replicó el general con tristeza—; ya verá usted como habrá gente lo bastante loca para atrincherarse tras de cada árbol y resistir hasta la muerte.

Luego, exhalando una bocanada de humo de su primer cigarrillo estadounidense, Von Choltitz se recostó contra el lado del camión y cerró los ojos. Al salir de la ciudad, que, a pesar de todo, había salvado del desastre, no sabía aún que se encaminaba hacia un cautiverio que duraría dos años y ocho meses[155].

Agotados por tantas emociones y alegrías, los FFI, los soldados de la 2ª DB, los de la 4ª División estadounidense y todos los parisienses acabaron por entregarse al sueño. La mayor parte se durmieron en el mismo lugar que se encontraban. El capitán Glenn Thorne, del 12º Regimiento, durmió durante su primera noche en París en la cama más insospechada: el brocal de un estanque lleno de cocodrilos, en el Zoo de Vincennes. No menos insólito fue el sitio donde el soldado Étienne Kraft, de la 2ª DB, pudo por fin acostarse, junto a una rubia encantadora llamada Kiki. El único sitio «íntimo» que logró encontrar, ante la Escuela Militar, fue un coche de difuntos. En Aulnay-sous-Bois, un simpático matrimonio francés invitó al sargento Bryce Rhyne a dormir «entre sábanas blancas como la nieve, en su preciosa cama, provista de un cobertor de seda». El estadounidense rehusó, pero los franceses insistieron. Finalmente, cuando sus huéspedes salieron de la habitación, Rhyne, de puntillas, bajó a buscar en su *jeep* las mantas del Ejército. Iba tan pringoso que «no quería ensuciar unas sábanas tan blancas». En el puesto de socorro de los Inválidos, un herido de la 2ª

DB se encontraba también en una cama por primera vez desde hacía meses: Médori suplicó primero a la enfermera que no lo descalzara, porque hacía diez días que no se había lavado los pies. Luego, entre el muelle calor de las sábanas, el soldado no lograba conciliar el sueño. Finalmente, Médori decidió hacer lo único que podía ayudarle a dormir: bajó de la cama y se estiró en el suelo.

En el Hospital Marmottan, otro herido de la 2ª DB, que bajo el efecto de los anestésicos del quirófano, dormía profundamente, se despertó de repente, sobresaltado. Acababa de tener una pesadilla: las piernas. Haciendo acopio de las fuerzas que le quedaban, logró incorporarse y miró bajo la cama con ansiedad. Luego, con un suspiro de alivio, dejó caer la cabeza nuevamente sobre la almohada. El comandante Henri de Mirambeau, aquel oficial herido en la plaza de L'Étoile por una granada lanzada traidoramente por un prisionero alemán, acababa de tranquilizarse. Gracias a Dios, tenía aún sus piernas.

Rendido de cansancio, el capitán Georges Buis se desnudó enteramente y se metió en su saco de noche, durmiéndose bajo la estatua del general Marceau, en la calle de Rivoli. Jean-René Champion, en las Tullerías, se acostó junto a las cadenas calcinadas de su carro, el *Mort-Homme*. Champion soñó con sus camaradas muertos aquel día y con los parisienses que desgarraban sus sábanas a fin de preparar vendajes para los heridos. Para aquel francés de Estados Unidos, que pisaba por primera vez el suelo de la capital de su país, «París no era ya sólo un sueño».

En las puertas de la ciudad, lejos del tumulto de las alegrías, un GI solitario escribió unas palabras en su Diario. Era el cabo Joe Ganna, el médico que, dos días antes, había anotado en el mismo Diario: «Lluvia en nuestros monos, lluvia en nuestro café, lluvia sobre nuestras cabezas».

«Estas líneas debían ser escritas en París —escribió—, pero “se” han contentado con hacernos cruzar la capital. Había mujeres y niños que nos abrazaban y hombres que nos regalaban vino y tomates. Ha sido una jornada maravillosa, hasta que nos hemos encontrado con los alemanes. Luego, la eterna historia ha empezado de nuevo: tiros, otra vez muertos y heridos, y hemos tenido que abrir hoyos para protegernos». Entre los muertos, había un camarada de Ganna. Era el soldado de primera Davey Davidson. Lo habían matado en un solar, cerca de una fábrica. Cuando Ganna fue a reclamar el cadáver, los FFI ya lo habían enterrado. Davey dormiría, pues, para siempre en las cercanías de aquella ciudad en la que confiaba poder, por fin, «dormir toda una noche en una cama de veras».

La mayor parte de los hombres de la 2ª DB y de la 4ª División estadounidense que tuvieron la suerte de vivir aquella jornada prodigiosa y sobrevivir, el recuerdo de tantas emociones, ternura y belleza existiría siempre junto al de una mujer.

Para el sargento Tom Connolly, esa mujer fue «una linda rubia vestida de blanco», que entró en el patio adoquinado del viejo castillo en que su Batallón había

establecido su puesto de mando. Se llamaba Simone Pintón y tenía veintiún años. Connolly admiró los rizos dorados que caían sobre sus hombros y se dijo que era la muchacha más bella que había visto desde que salió de los Estados Unidos. El soldado se acordaría siempre de las primeras palabras que le dirigió la muchacha.

—¿Puedo lavarle el mono? —preguntó en un inglés balbuciente—. Está muy sucio.

Al oír aquellas palabras, Connolly se sintió de repente «embarazado, mudo, sucio, terriblemente barbudo y muy agradecido». Al caer la noche, Simone le llevó el uniforme que le había lavado y, cogidos del brazo, fueron a pasear por los alrededores. Aquella noche, Connolly sentía la impresión de estar brindando con miles de franceses. De todas partes salía gente que corría hacia ellos gritando: «¡Viva Estados Unidos!», «¡Viva Francia!» y «¡Viva el amor!» Les daban vino, flores, cualquier cosa. Finalmente, la pareja se separó de la multitud y entró en un gran prado. Entonces, el alto y desgarbado sargento de Detroit y la linda francesita vestida de blanco corrieron, cogidos de la mano, hasta la cima de un pequeño montículo boscoso. Riendo, se dejaron caer sobre la hierba. Connolly podía ver en lo alto miríadas de estrellas y, a lo lejos, en el mismo corazón de París, la sombría silueta de la torre Eiffel que se recortaba sobre el cielo. Simone cogió la cabeza del sargento y la recostó tiernamente sobre sus rodillas. Luego, se inclinó y le besó, y sus rizos dorados le inundaron la cara. Con un movimiento tan viejo como el mismo amor, empezó a acariciarle dulcemente los cabellos.

—Olvídate de la guerra, mi pequeño Tom —susurro—; esta noche, olvídate de la guerra…

16

París despertó por fin de su primera noche de libertad. Llenos de agujetas, con la cabeza pesada por las alegrías, las emociones y todas las espléndidas locuras de la víspera, los parisienses y sus liberadores abrieron los ojos al hermoso sol que aquel sábado, 26 de agosto, inundaba la ciudad.

El teniente estadounidense Bob Woodrum, echado en una cama, en la trastienda del tocinero Pierre Berthy, sintió abatirse bruscamente una mano pesada sobre su hombro.

—¡Los alemanes! —exclamó saltando de la cama.

Pero lo que Woodrum vio ante él fue un joven y elegante teniente estadounidense.

—Venga, amigo —dijo el desconocido—, se terminaron las vacaciones. ¡Estás otra vez en el Ejército![156]

En el cuartel general del 5º Cuerpo estadounidense, en el pequeño pueblo de Chilly-Mazarin, a veinticuatro kilómetros de París, un coronel alemán se acercó al coronel Arthur Campbell y le entregó un sobre. Era Hans Jay.

—Aquí tiene la llave de la habitación del general Von Choltitz, en el hotel Meurice —dijo—. Se la llevó sin darse cuenta y creo que no la va a necesitar durante mucho tiempo.

A cuatrocientos kilómetros de allí, en Alemania, en una calle de Baden-Baden, Uberta von Choltitz, con un chal sobre los hombros, se dirigía apresuradamente al apartamento de un viejo amigo que le había enviado recado de que fuera a verle «con toda urgencia». Cuando entró, la abrazó efusivamente. Luego, la hizo sentar y le informó de lo que acababa de oír por la radio, en una de las emisiones de la BBC: París había caído. Y el locutor había añadido: «El general alemán comandante de París ha sido hecho prisionero».

Pero aquella jornada del 26 de agosto fue, ante todo, el día de Charles de Gaulle. Iba a efectuar su «entrada oficial» en París. La radio había ido informando durante toda la noche del gran desfile en los Campos Elíseos. Durante toda la noche, hasta el alba, todos los pinceles de la ciudad, profesionales o aficionados, habían estado pintando sobre millares de banderitas: «¡Viva De Gaulle!» Ha llegado, pues, el día de la «cita con la historia». Con él coronaría una cruzada de cuatro años y provocaría el plebiscito popular del que el jefe de la Francia Libre sacaría la autoridad necesaria para reducir al silencio a sus enemigos políticos y levantar a Francia.

De Gaulle estimaba necesario que en aquella larga marcha hasta Notre-Dame, la

2ª DB acompañara sus pasos. Quería mostrar los cañones y carros de combate al pueblo de París para que, al verlos, comprendiera cuál era el apoyo que tenía la autoridad de su Gobierno. Una vez más, sin preocuparse de la jerarquía del mando aliado, dio directamente a Leclerc la orden de preparar su tropa para el desfile. No hizo más que una concesión: permitió que un grupo táctico se dirigiera hacia el Nordeste, en dirección a Le Bourget, donde se señalaba la posibilidad de un contraataque alemán.

En toda la historia de París no ha habido nunca un desfile que entrañara mayores riesgos. En aquella ciudad, donde se ocultaban aún al acecho los francotiradores alemanes y los colaboracionistas, en aquella ciudad, ante cuyas puertas acampaban retaguardias de la Wehrmacht muy superiores en número al pequeño destacamento de la 2ª DB y al único Regimiento estadounidense que lo apoyaba, De Gaulle se proponía reunir más de un millón de habitantes y la élite política del país. Desde el día en que la Armada aliada se había presentado ante las costas normandas, no habían tenido los aviones de Goering un blanco más tentador. Bastarían unos cuantos aviones y un comando blindado resuelto, para que el contraataque alemán desembocara en los Campos Elíseos y transformase un desfile triunfal en un desastre inimaginable.

No obstante, De Gaulle había decidido correr aquellos riesgos. En la misma hora en que París vivía todavía la ola de entusiasmo producida por la liberación, quería imponer sin demora su autoridad. Iba en ello su propio porvenir político y, por lo tanto, el porvenir de la propia Francia.

La audaz decisión del general provocó inmediatamente un conflicto con los estadounidenses. Ignorantes de las órdenes dadas por el general De Gaulle, a las diez de la mañana llegó un oficial del 5º Cuerpo, al que pertenecía la 2ª DB, para entregar al puesto de mando del general Leclerc las instrucciones del Mando aliado para la jornada del 26 de agosto. El general Leonard T. Gerow, comandante del 5º Cuerpo, inquieto de que los flancos de París estuviesen expuestos a una reacción alemana, ordenó a la división francesa que tomara posiciones en los lindes nordeste de la capital.

Pero el 1er Ejército estadounidense recibiría pronto de su 5º Cuerpo el siguiente parte descorazonador: «El general De Gaulle ha ordenado a Leclerc que desfilara con sus tropas desde el Arco de Triunfo a Notre-Dame. El Estado Mayor de la división francesa, furioso por haber sido retirado del frente, dijo que Leclerc había recibido órdenes imperativas que se veía obligado a cumplir. La 2ª DB estará de tal forma ocupada, que no se podría contar con ella para una acción de urgencia hasta, por lo menos, al cabo de doce horas, o quizá más»[157].

Gerow se enteró de la noticia al regresar de una visita de inspección. Sofocado por la ira, con su propia mano escribió una orden brutal a Leclerc: «Está usted bajo

mi mando y no debe aceptar órdenes de nadie. Me he enterado de que el general De Gaulle le ha mandado hacer desfilar sus tropas esta tarde a las catorce horas. No hará usted caso alguno de tal orden y seguirá cumpliendo la misión que le ha sido encomendada, es decir, acabar con los focos de resistencia de París y sus arrabales. Las tropas bajo su mando no tomarán parte en desfile alguno esta tarde ni en ningún otro momento, a menos de recibir una orden expresa firmada de mi propia mano».

Leclerc, cogido entre dos fuegos, no vaciló. Su jefe superior era De Gaulle. No obstante, para evitar una ruptura brutal con el 5º Cuerpo, se las arregló para no hallarse en su puesto de mando al llegar las notas con que le acribillaba Gerow. Desgraciadamente, un teniente coronel del Estado Mayor del general estadounidense, acabó por encontrarlo en un restaurante cerca de los Inválidos. El oficial le entregó las notas manuscritas del comandante del 5º Cuerpo, y añadió que si la división tomaba parte en el desfile el general estadounidense tendría que considerar aquel acto de desobediencia como «característico de indisciplina». Leclerc, abrumado, llevó al oficial ante De Gaulle.

—Os he prestado a Leclerc —dijo altaneramente el general—. Creo que puedo cogéroslo por unas pocas horas.

Mientras en París se estaban terminando los preparativos para el desfile triunfal, en Margival sonaba insistentemente el teléfono del cuartel general del Grupo de Ejércitos B. Era la línea Blitz, que llamaba al despacho del mariscal de campo Model. Pero el mariscal estaba ausente. Por primera vez desde que regresó de su larga visita a las unidades, cuando se hizo cargo del mando, el pequeño mariscal se había ausentado de su cuartel general. Acababa de salir para inspeccionar a las tropas que había reagrupado en los alrededores de Compiègne.

Al otro extremo del hilo, el coronel general Alfred Jodl parecía indeciso. Deseaba hablar personalmente con Model, por orden expresa de Hitler. Tras una breve vacilación, Jodl preguntó por el ayudante de Model, el general Hans Speidel, jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos B. Hans Speidel se puso al aparato. El Führer, dijo Jodl, ha ordenado que se efectúe en seguida el ataque que había hecho preparar la víspera, es decir, que se bombardee inmediatamente París con cohetes V-1 y V-2. El Führer exige que todas las rampas de lanzamiento de las armas V, dispersas por el Paso de Calais, el norte de Francia y de Bélgica, lancen sobre París «una lluvia de V-l y de V-2».

Jodl informó luego a Speidel de que el Estado Mayor de la 3ª Flota Aérea de la Luftwaffe, que se había replegado a Reims, había recibido, por su parte, orden de efectuar un ataque aéreo a París «con todas las fuerzas de que disponía». Speidel contestó que las instrucciones del Führer serían retransmitidas inmediatamente, y colgó el aparato. Mientras un millón de personas se concentraban en el corazón de la ciudad, un general alemán, de pálida tez y rostro tremendamente cansado, se

encontraba en el dilema más terrible de su vida, un dilema del que dependía la suerte de toda una ciudad. Speidel sabía que si Model hubiese estado presente cuando Jodl llamó, las primeras bombas volantes V-1 y V-2 habrían zumbado en el cielo de París antes de una hora. Pero Speidel llegó pronto a una decisión; estimando que, caído ya París, la orden era insensata, no la transmitió. Siete días después, Speidel fue detenido por la Gestapo[158].

Mientras tanto, fumando tranquilamente un cigarrillo, De Gaulle, en su gran despacho del Ministerio de la Guerra, exponía la importancia del desfile que iba a dar, como espectáculo, a los parisienses y al mundo entero. Estaba frente a él el comandarte Robert J. Levy, a quien había correspondido la tarea ingrata de comunicar a De Gaulle las objeciones formuladas por el general Gerow sobre aquella iniciativa.

De Gaulle reconocía que, desde el punto de vista militar, Gerow tenía razón. Reconocía que eran «grandes» los riesgos que iba a correr. Pero añadía que «aquel desfile era necesario, porque su objeto valía la pena».

—Este desfile —terminó diciendo De Gaulle después de un silencio— logrará la unidad política de Francia.

17

Solo, solemne, dominando con su aventajada estatura a la multitud que le rodeaba, De Gaulle acababa de ponerse en posición de firmes ante la Tumba del Soldado Desconocido. Se inclinó y depositó una corona de gladiolos rojos sobre la piedra desnuda. Luego hizo algo que, desde el 14 de junio de 1940, no había podido hacer nadie sino en presencia del invasor: mientras bajo la bóveda triunfal sonaban las notas de *Aux Morts*, primero, y *La Marsellesa* después, reanimó la llama eterna. El general se dirigió luego hacia los tanques y vehículos blindados alineados alrededor de L'Étoile, para pasarles revista. Apelotonados en las aceras, en los balcones, en los tejados, miles y miles de parisienses lo aclamaban cada vez con mayor fuerza. El general volvió al Arco de Triunfo y se detuvo de nuevo. Paseó unos momentos la vista por los Campos Elíseos. Hasta el obelisco, mil ochocientos metros más allá, una muchedumbre imponente se apretujaba en la calle. El cielo era azul, sin nube alguna. El cálido sol de agosto iluminaba el océano multicolor de banderas, vestidos de verano, banderines. Charles de Gaulle iba a vivir unos momentos de triunfo, como quizás hombre alguno los ha vivido antes en la historia del mundo.

Sabía, no obstante, que en cualquier momento un ataque aéreo alemán podía convertir aquel espectáculo triunfal en una tragedia espantosa, de la que sus adversarios se aprovecharían gustosos para acusarle. Pero, en aquel instante, De Gaulle, al contemplar la imponente muchedumbre ante él, creía en la «buena suerte de Francia» y en su destino. Luego, un coche de la policía descendió lentamente por la avenida anunciando que De Gaulle «confiaba el cuidado de su seguridad al pueblo de París». Arrancaron entonces cuatro tanques con su típico estruendo, iniciando el desfile. A cada lado de la avenida, hombres de las FFI, agentes de policía y bomberos, cogidos de los brazos en interminable cadena, contenían a la muchedumbre. Detrás de De Gaulle, se habían reunido los jefes de la nueva Francia: Leclerc. Juin, Koenig, los jefes de la Resistencia, los miembros de la CNR, del CPL, del COMAC, Parodi, Chaban-Delmas…

De Gaulle se volvió hacia ellos y ordenó:

—Señores, a un paso tras de mí.

Y, a pie, solo en cabeza, en medio de un alud de aplausos y ovaciones que iban arreciando a medida que avanzaba, De Gaulle empezó su marcha triunfal. Tan lejos como alcanzaba la vista, una inmensa multitud se agitaba bajo el sol. Andando a largos trancos, el general iba levantando y bajando los brazos, saludando a la multitud con ademán repetido una y mil veces.

Tras él, en desordenada cohorte, le seguían, mezclados, fieles y adversarios. El

propio De Gaulle había querido aquel desorden aparente. En aquella encrucijada histórica, nada, ni jerarquías ni protocolos, debía interponerse entre él y el pueblo de Francia.

A lo largo de la avenida más bella del mundo, la multitud desbordaba las aceras, se subía a los árboles, se encaramaba a los faroles, se asía a las ventanas. De todas las fachadas pendían racimos humanos. Los balcones estaban llenos a rebosar. Incluso los tejados se habían visto invadidos. El paso del general desencadenaba una tempestad de voces que repetían incansablemente su nombre. A su paso se presentaban chiquillas que le ofrecían ramos de flores multicolores, que él entregaba a sus seguidores; eran muchos los que se desmayaban bajo los efectos conjugados del entusiasmo y del sol.

A la vista de aquella muchedumbre que le parecía ser «un solo pensamiento, un solo impulso, un solo grito», a la vista de aquellos niños que clamaban su alegría, de aquellas mujeres que le vitoreaban y animaban, de aquellos hombres que le gritaban «¡Gracias!», de aquellos ancianos que lloraban, Charles de Gaulle, punto de mira de todo aquel entusiasmo, se sentía más que nunca «el instrumento del destino de Francia».

Pero no hay gozo sin pena. Cuando De Gaulle llegaba a la plaza de la Concordia, se oyó un tiro. Como si aquello fuese una señal, empezaron los disparos por todas partes. Miles de personas echaron cuerpo a tierra o corrieron a refugiarse detrás de los tanques y los semicarros. El sargento Armand Sorriero, el estadounidense que, con su fusil, había entrado a orar en Notre-Dame, se refugió detrás de su *jeep*. Cuando, con grandes precauciones, echó una ojeada a su alrededor, el veterano de Omaha Beach se sintió avergonzado de su temor. Ante él, indiferente a los disparos, vio pasar a De Gaulle, «muy alto y erguido». Sorriero pensó: «Lo hace por el bien de su país».

Al otro lado de la plaza, el teniente Yves Ciampi, de la 2ª DB, tuvo la misma reacción instintiva de Sorriero. Se agazapó tras un carro de combate. Pero sintió la contera de un bastón presionarle en la espalda. Un anciano de porte distinguido lo estaba mirando con aire de reproche.

—A su edad, señor oficial —le dijo—, debería usted levantarse y poner fin a este ridículo tiroteo.

Un tanquista que estaba en su carro, gritó:

—¡Dios mío, es la quinta columna!

Al oír estas palabras, el artillero del carro apuntó su cañón al hotel Crillon, contó hasta cinco y disparó. Entre una nube de polvo la quinta columna del hotel Crillon se derrumbó.

Casi en el mismo momento, a la entrada de la torre norte de Notre-Dame, un estadounidense llamaba repetidamente a la puerta. Un sacerdote de la catedral había prometido al teniente Burt Kalisch dejarle subir a la torre para tomar fotos del tedeum

que iba a empezar. Kalisch oyó voces tras la puerta cerrada y volvió a llamar. Por fin apareció un paisano hirsuto, en mangas de camisa. Con voz enfurecida, gritó algo en francés y volvió a cerrar la puerta. Kalisch y su fotógrafo esperaron unos minutos. Al poco se oyó un gran rumor. Era el anuncio de la llegada de De Gaulle. Casi inmediatamente, los estadounidenses oyeron unos disparos. Instintivamente, Kalisch levantó la cabeza. Por encima de él, en el balcón de la torre, vio con claridad los cañones de tres fusiles que disparaban contra los fieles congregados en la nave. Luego, los tres cañones desaparecieron. «¡Dios mío! —se dijo Kalisch—. Van a asesinar a De Gaulle».

El coche descubierto al que subió Charles de Gaulle en la plaza de la Concordia acababa de detenerse en el atrio. De Gaulle, grave e impasible, se apeó y dos niñas, vestidas de alsacianas, le entregaron un ramo de flores con los colores de la bandera francesa. Luego, se dirigió hacia el gran pórtico del Juicio Final. En aquel momento, una lluvia de balas regó el atrio. Los FFI y los soldados de la 2ª DB replicaron inmediatamente, disparando ráfagas contra los tejados y las torres de la catedral. Las balas rebotaron en las gárgolas y balaustradas arrancando trocitos de piedra que caían sobre los asistentes. Los oficiales de Leclerc corrían de un lado a otro para hacer cesar el fuego. Incluso el mismo Leclerc, con gesto de impaciencia, dio un golpe con su bastón a un soldado que disparaba ráfagas de ametralladora en todas direcciones.

De Gaulle siguió imperturbable su camino. En el interior, los reunidos en la penumbra de la nave para el *Te Deum* habían oído las aclamaciones de la muchedumbre, y, después, el crepitar del tiroteo. En el momento en que De Gaulle pasó bajo el gran pórtico, empezaron los disparos en el interior de la catedral. El eco de las altas bóvedas hacía repercutir las detonaciones. Parecía el fragor del trueno. Los fieles, derribando sillas y reclinatorios, atropellándose, echaron cuerpo a tierra. De Gaulle, precediendo a su séquito oficial, recorrió los sesenta metros de la nave con paso firme y tranquilo. Una mujer, echada bajo un reclinatorio, asomo prudentemente la cabeza el tiempo justo para gritar: «¡Viva De Gaulle!», y sumergirse de nuevo bajo su irrisorio refugio. Jeannie Steel, secretaria de uno de los oficiales de Estado Mayor de De Gaulle, que estaba al final de la nave, gritó:

—¡Cochinos! ¡Lo han matado!

Luego vio la alta figura que aparecía en la entrada de la iglesia, y pensó: «¡Qué blanco más magnífico!» Lo vio pasar «alto y erguido» bajo un rayo de luz que, atravesando la sombra de la bóveda, «parecía caer sobre sus hombros como si fuera una espada». La joven secretaria, que no había sido nunca una gaullista ferviente, sintió entonces deslizársele por la cara «lagrimas de orgullo por aquel hombre».

Al llegar al crucero de la catedral, De Gaulle fue tranquilamente a ocupar el sitio de honor, a la izquierda de la nave. Tras él, Koenig se volvió a los asistentes. Contemplando con aire de reproche a la muchedumbre echada en las losas, el

vencedor de Bir-Hakeim exclamó:

—¿No os da vergüenza? ¡Vamos! ¡De pie!

Mientras el tiroteo seguía en la nave, De Gaulle, con su breviario en la mano, cantaba a todo pulmón el *Magnificat*.

Luego, abreviando la ceremonia, De Gaulle salió de la catedral con el mismo paso firme que había entrado y volvió a subir al coche.

No había nada, ningún gesto ni ninguna palabra, que aquel día histórico pudiera valer a Charles de Gaulle, por parte de sus compatriotas, una mayor admiración que aquella demostración pública de valor y serenidad de ánimo. Un corresponsal estadounidense, que había seguido al general durante toda la manifestación, cablegrafiaba a su periódico: «¡Ahora De Gaulle tiene a Francia en su mano!»

No obstante, quedaba en el aire una pregunta: ¿Quiénes habían disparado en Notre-Dame? Muchos gaullistas sospecharon que los alemanes de paisano o los milicianos, no eran los únicos responsables del tiroteo[159].

En el puente Double, dos jóvenes coroneles contemplaban a los soldados que, alrededor de la catedral, disparaban contra los tejados.

—Creo —dijo irónicamente el comunista Rol al coronel De Guillebon— que sus hombres no están acostumbrados a los combates callejeros.

—No —replicó Guillebon, mirando fijamente al jefe de la insurrección parisiense —, pero ya aprenderán.

18

Si entre el círculo que le rodeaba podía haber quien tuviera sus dudas, para De Gaulle no había duda alguna. Estaba convencido de que el tiroteo que había saludado su paso era obra de los comunistas. Mientras en su coche se dirigía nuevamente al Ministerio de la Guerra, los que le acompañaban le oyeron murmurar:

—Bueno, señores, en este país hay fuerzas que están dispuestas a suprimirme a fin de llegar al poder.

En la peor hipótesis, pensaba De Gaulle, los disparos que habían sonado tenían por objetivo matarlo; en la hipótesis mejor, estaban destinados a sembrar la simiente del caos que serviría a las ambiciones políticas de sus adversarios[160]. Cuando llegó al Ministerio de la Guerra, De Gaulle había tomado una decisión. Las aclamaciones de la multitud le habían demostrado el inmenso apoyo de que gozaba, y los disparos, el peligro que corría. Había decidido, pues, aprovecharse del primero para eliminar el segundo. Lo primero que hizo fue desarmar a las FTP[161] y fraccionarlas en pequeñas unidades para ser luego incorporadas al Ejército regular y sometidas a la disciplina militar.

Algunas horas después, el general Koenig comunicó al coronel Richard Vissering, del SHAEF: «En este momento, el mayor peligro en París lo constituyen las FFI». «De Gaulle —añadió— quiere hacer endosar el uniforme a los elementos más molestos y someterlos a la disciplina militar». Para llevar esta resolución a la práctica, Koenig pidió urgentemente a Vissering quince mil uniformes. Vissering apoyó la demanda de Koenig, notificando al SHAEF:

> La situación, desde el punto de vista de la seguridad pública, es alarmante: ciudadanos de toda clase viven en el temor de ser detenidos por uno u otro grupo. Parece que la mayor parte de estos grupos tienen carácter político, siendo el más importante el grupo comunista. La región (de París) está abocada a ser presa del terrorismo, y es opinión general que, de un momento a otro, puede estallar la guerra civil.

De Gaulle escribió a Eisenhower para decirle que era absolutamente necesario que dejara la 2ª DB en París hasta que el orden estuviese completamente restablecido. Al día siguiente, ambos convinieron en que una división estadounidense desfilara por la ciudad a fin de mostrar a la población toda la importancia del apoyo aliado[162].

Dos días más tarde, De Gaulle proclamaría la disolución de los altos mandos de las FFI de París. Dijo que «los elementos de las FFI que pudieran ser utilizados», serían incorporados al Ejército. Todas las armas debían ser entregadas a los servicios del general Koenig.

Al CNR, en lugar del «palacio nacional» a que aspiraba, le fue asignado un hotel

particular que se había requisado a un lord.

Celebró allí algunas reuniones, pero no tardó en caer en el olvido. Como es lógico, De Gaulle no «asistió» a ninguna de aquellas reuniones. Concedió una corta audiencia a los miembros del CNR. En el curso de la misma, aquéllos formularon su propósito de transformar su organismo en un cuerpo permanente que funcionaría paralelamente a su autoridad. También desearían, dijeron, entregar en manos de la COMAC, en su calidad de organismo militar, el control de las milicias populares. De Gaulle les contestó con cortesía, pero brevemente, que la CNR pertenecía ya a la historia. Era a la policía a quien correspondía mantener el orden. Las «milicias populares», comunistas o no, ya no tenían objeto alguno. Fueron disueltas, al igual que el COMAC, del que De Gaulle ni tan sólo se dignó recibir a sus dirigentes. Al dirigirse, unos días después, a una delegación de veinte jefes de la Resistencia de París, se limitó a hacer unos comentarios elogiosos de su valor. Luego, confió a su ayudante de campo:

—Tienen demasiados coroneles.

Más tarde, De Gaulle escribiría irónicamente: «El hierro estaba caliente. Tenía que batirlo».

19

Un sordo rumor de motores llenaba la noche. El rumor llegaba del Nordeste, siguiendo el curso del Marne. Pronto hizo vibrar los cristales de las ventanas de las casitas del pueblo de May-en-Multien, a setenta y cinco kilómetros de París. El viejo *Feldwebel,* desde su observatorio en la cúspide de la torre románica del reloj de la iglesia de Notre-Dame-de-l'Assomption, vio los aviones; docenas y docenas de aparatos, ala contra ala, cruzaban el cielo, a escasamente trescientos metros sobre su cabeza.

Al nordeste de la capital, desde el parque del viejo castillo donde el general Hubertus von Aulock había instalado su nuevo cuartel general, el capitán Theo Wulff, su ayudante de campo, vio pasar también la escuadra aérea. Al oír el ronquido de los motores, Wulff se había precipitado en una zanja. Ese veterano de la batalla de Normandía sabía que el cielo de Francia pertenecía, sin disputa, a los aliados. Wulff escuchó atentamente el zumbido de los motores. Su cadencia le pareció distinta de la de los Marauders y de los B-17 a que estaba acostumbrado. Wulff se dijo que más bien se parecía a la de los bombarderos Heinkel Pero el capitán pensó que la Luftwaffe ya no estaba en condiciones de alinear tantos aviones como los que veía desfilar sobre su cabeza. Se equivocaba.

La 3ª Flota Aérea alemana había vuelto para una breve y última incursión en el cielo de la Île-de-France. Trece días después de haber dado las primeras órdenes para la defensa de París, veinticuatro horas después de la caída de la ciudad, Adolfo Hitler iba a ofrecer a la capital francesa una muestra sustancial de lo que había proyectado con destino a ella. Speidel había retenido las V-1 y V-2, pero la Luftwaffe del coronel general Otto Dessloch no discutía nunca las órdenes de su Führer.

Wulff escuchó el ronroneo de los aviones alejarse en dirección Sur. La Flota de última hora, cerca de ciento cincuenta aparatos, viró por encima del bosque de Vincennes. Minutos más tarde. Wulff oyó las primeras explosiones, sordas y lejanas, de las bombas. Y pronto vio elevarse en el horizonte las luces rojizas de los incendios causados por los proyectiles incendiarios. Wulff estaba sorprendido. Pensó tristemente: «Sin la menor duda, nunca más volveré a ver tantos aviones nuestros de una sola vez».

París, que en su incorregible ligereza había creído terminada la guerra simplemente porque había sido liberada, oyó estupefacto e incrédulo el mugido de las sirenas. En toda la ciudad estaban encendidas las luces, las gentes bailaban en las calles o reían ruidosamente en bares y cafés. Las primeras bombas cayeron cuando aún sonaban las sirenas.

Cerca del castillo de Vincennes, en un baile callejero, el cabo Bill Mattern, del 20º Batallón de artillería de campaña, oyó los aviones cuando iniciaba el baile con una hermosa rubia. La muchacha desapareció, y lo mismo hicieron las demás, «dejando abandonados en medio de la calle a cincuenta soldados furiosos». El capitán Bill Mills, el oficial que en las calles de Longjumeau había cambiado dos paquetes de Camel por un plano de París, estaba en el puesto de mando de su batallón cuando aparecieron los bombarderos. Había instalado el puesto de mando en un café-restaurante cerca del lago Daumesnil. Hacía pocas horas que Mills había descubierto que, antes de la llegada de su Batallón, aquel lugar había sido algo muy distinto; en realidad, el café-cantante era un lupanar. Agazapado bajo una mesa, entre el estruendo de las bombas que caían a su alrededor, Mills se acuerda de haber pronunciado, medio en serio medio en broma, la siguiente oración: «Dios mío, si me sacáis de ésta, os prometo que, en el futuro, iré con mayor cuidado al buscar un sitio para el puesto de mando de mi batallón».

Al regresar a las Tullerías, donde estaban aparcados sus tanques, el capitán Georges Buis oyó un murmullo difuso que parecía surgir de todos los rincones del jardín. Mientras se dirigía a tientas hacia su Sherman, un avión alemán lanzó un cohete luminoso. El jardín quedó completamente iluminado y Buis comprendió en seguida el origen de los ruidos que iba escuchando: cerca de cada tanque, los hombres de su Regimiento hacían el amor, sin preocuparse en absoluto de las bombas.

El Estado Mayor aliado descubrió en aquel momento una realidad dolorosa: en todo París, que rebosaba de armas y de vehículos militares, no había un solo cañón antiaéreo. Tanto era así que los aviones del general Dessloch pudieron sobrevolar la ciudad durante más de media hora, sin que se les disparara un solo proyectil. Al cabo de veinte minutos, una docena de grandes incendios iluminaban la noche. El más importante de ellos iba acompañado por el estallido de las botellas al romperse. Era en el mercado central de vinos. Al cesar el bombardeo, el número de víctimas fue de doscientos muertos y novecientos catorce heridos, y quinientos noventa y tres edificios resultaron destruidos o averiados.

El conde Von Arnim, en el cuartel de bomberos del bulevar Port-Royal, donde se encontraba preso, oía un ruido más inquietante que el de los bombarderos. Eran los gritos de una muchedumbre desencadenada que avanzaba hacia el cuartel. Arnim pudo percibir claramente las voces de: «¡A muerte! ¡A muerte! ¡Entregadnos a los boches!» Pronto empezó a abatirse contra la gran puerta del cuartel, cuatro plantas más abajo, un diluvio de golpes. Arnim sabía que el puñado de bomberos que custodiaba a los prisioneros no podría contener por mucho tiempo el asalto de la multitud enfurecida. El joven oficial se acercó entonces a la escalera, miró al vacío y

se prometió tirarse si la muchedumbre llegaba a invadir el cuartel. Prefería morir aplastado contra aquellas losas de cemento, cuatro pisos más abajo, a que la horda vengativa de los parisienses le despedazara.

Fuera, los gritos arreciaban, convirtiéndose en una ensordecedora tempestad de odio. Y Arnim oyó que la multitud estaba tratando de derribar la puerta. De repente, más fuerte aún que el bombardeo y que los gritos de la muchedumbre, llegó a sus oídos el ruido de las cadenas de los tanques sobre el pavimento de la calle. Corrió a la ventana y vio que seis tanques que llevaban una estrella blanca como distintivo tomaban posiciones ante el cuartel de los bomberos. Para el ex ayudante de campo del general Von Choltitz, aquella noche del 26 de agosto de 1944 no sería la de san Bartolomé.

No muy lejos de allí, en un oscuro corredor de los Inválidos, dos hombres corrían descalzos. Llegaron ante una ventana que daba a la explanada. Allí, uno al lado del otro, Pierre Koenig y Philippe Leclerc contemplaban, llenos de rabia sorda, el bombardeo alemán de París. El «joven león impaciente» que dos días antes había lanzado sus tanques en una desenfrenada carrera para evitar la destrucción de París, no encontró para expresar su ira más que una sola palabra, que iba repitiendo incansablemente:

—¡Los puercos! ¡Los puercos! ¡Los puercos!

El teniente Claude Guy contemplaba también las luces del incendio desde la ventana de una antecámara del Ministerio de la Guerra. De vez en cuando, la explosión de una bomba hacía brotar una corta llama, que se convertía después en una lluvia de chispas que salpicaba la noche. De unas casas de una calle cercana llegaban a sus oídos, por encima del estruendo de las bombas, unas carcajadas despreocupadas. Eran unos parisienses que seguían celebrando la gran fiesta de la liberación, como si no hubiese nada en el mundo que pudiera ponerle fin.

De pronto, Guy notó que había alguien a su lado. Era De Gaulle. Con aire preocupado, el general contempló en silencio el espectáculo durante varios minutos. Luego, aguzó el oído para escuchar las risotadas.

—¡Ah! —suspiró—. Esta gente cree que puesto que París ha sido liberado, la guerra ha terminado. Pues bien, ya ve usted que la guerra sigue y que lo más duro está aún por hacer. Nuestra tarea no ha hecho más que empezar.

Luego, sin ninguna otra señal de emoción, De Gaulle abandonó la ventana y, en la oscuridad, cruzó la habitación para dirigirse a su despacho. A la luz de una lámpara de petróleo, reanudó el trabajo que «no había hecho más que empezar».

París había sido liberado quince días antes de la fecha inscrita en los planes del Estado Mayor aliado. Anticipándose a las previsiones de los aliados, a las esperanzas de sus partidarios, a los temores de sus adversarios, De Gaulle había llegado con puntualidad a su cita con la historia.

Y aquella noche, mientras los demás dormían, él trabajaba. Era medianoche. Empezaba ya un nuevo día.

El día 28 de agosto, a las 12,45, tres días después de la capitulación del general Von Choltitz, el mariscal de campo Model, comandante en jefe en el Frente Occidental, dirigió este mensaje al Estado Mayor de Adolf Hitler:

28.VIII.44 — 12,45.

P. M. Blitz.

Destinatarios: Alto Mando de la Wehrmacht, Estado Mayor. Asunto del Mando.

Transmitido sólo por vía oficial.

Muy secreto.

Al E.M.: 1ª Oficina, juez del Grupo de Ejércitos.

3ª Oficina (original).

1ª copia para el Grupo de Ejércitos B.

He pedido al presidente del tribunal del Reich que se abra proceso criminal por indisciplina contra el general de Cuerpo de Ejército Von Choltitz y sus cómplices.

El general Von Choltitz no ha respondido a lo que se esperaba de él, en su calidad de defensor de París.

No puedo decir si su debilidad es debida a una lesión causada por algún ingenio de guerra o a un reblandecimiento de su voluntad y de su espíritu de decisión causado por alguna intervención enemiga, por ejemplo, armas especiales. No hay que olvidar que esta eventualidad no puede ser desechada en principio.

Firmado: MARISCAL MODEL
Cte. en jefe del Frente Occidental
3ª Oficina número 770/44 secreto

Agradecimiento

Los autores de este libro desean, ante todo, dar las gracias a sus colaboradores que han trabajado con ellos durante los largos y, a veces, difíciles meses que ha requerido la preparación de esta obra. En primer lugar, a Michéle Ristich, que ha colaborado con nosotros desde el principio del libro, orientando a nuestro equipo de investigadores, catalogando los resultados de su trabajo y ordenando con cuidado e inteligencia el montón de documentos acumulados a lo largo de nuestra encuesta.

Tenemos una especial deuda de gratitud con Vladimir Benz, de la cadena de Radio de las fuerzas armadas estadounidenses en Berlín, por sus laboriosas investigaciones en Alemania, sus innumerables entrevistas con ex combatientes alemanes de París y por el tiempo que ha pasado con nosotros en casa del general Dietrich von Choltitz, en Baden-Baden. Sin su valioso concurso, nos habría sido imposible obtener muchas de las informaciones sobre actividades alemanas que contiene este libro.

Damos también las gracias a nuestro infatigable equipo de investigadores: Manuela Andréota, Colette Brault, Mai Jumblatt, Olivier Fleuriot de Langle, Lisette Edery, M. Panov y Michel Renouard.

Queremos también dar gracias a Dieter Wagner, de *Der Spiegel*, por su trabajo de interpretación de centenares de documentos alemanes capturados, y a Nina Silianof por su valiosa colaboración en la región de Múnich.

Agradecemos, asimismo, a Martine Louis por haber preparado tan pacientemente la cronología de los acontecimientos de la liberación de París y haber luego ordenado nuestros documentos a medida que íbamos escribiendo el libro.

Expresamos también nuestras gracias más sinceras a nuestro amigo Georges Menant, por sus excelentes consejos y los alientos que nos ha dado y que tan útiles nos han sido durante los meses que hemos pasado escribiendo este libro. También se las damos a Manuela Andréota, Manuela Forget, Christiane Cieczko y Colette Brault por habernos ayudado a preparar el texto francés.

La preparación de este libro ha supuesto a veces largos y a menudo también difíciles esfuerzos para encontrar supervivientes de la 2ª DB, de la 4ª División de infantería estadounidense y de la guarnición alemana del Gross Paris. A todos los que nos han ayudado a encontrarlos les manifestamos nuestra gratitud. Quisiéramos expresársela especialmente a monsieur J. Sainteny, ministro de Ex Combatientes, que amablemente nos ha facilitado los archivos del Gobierno francés que contienen el nombre de más de un millón de alemanes hechos prisioneros en Francia durante la guerra. Monsieur Sainteny ha puesto también a nuestra disposición a todo un equipo

de su Ministerio, que ha escogido pacientemente de aquellos archivos una lista de más de dos mil alemanes hechos prisioneros en París. Esos nombres fueron mandados a la organización WAST del Ejército alemán en Berlín; gracias a su director, monsieur Roder, hemos podido saber la dirección actual de un gran número de ex prisioneros, con los que más tarde, hemos establecido contacto personalmente o por carta.

Queremos dar las gracias a los editores del gran diario alemán *Bild Zeitung*, que ha publicado en sus columnas varios llamamientos, gracias a los cuales hemos podido hallar cerca de trescientos ex soldados alemanes de la guarnición de París.

También queremos agradecer a los editores de la revista *Caravane*, publicada por los ex soldados de la 2ª DB, por habernos ayudado a encontrar a antiguos combatientes de la división, así como a madame la maríscala Leclerc, el general Alain de Boissieu, el coronel Jacques Branet y el coronel Divry, todos los cuales nos han ayudado a dar con el paradero de ex combatientes de la división.

Tenemos también una deuda de gratitud con Georges McIntyre y Joseph Summa, de la Asociación de Ex Combatientes de la 4ª División estadounidense, por habernos facilitado una lista con más de cuatro mil nombres de ex combatientes de aquella división. Y queremos dar las gracias a los quinientos hombres que han encontrado tiempo para responder completa y minuciosamente al largo cuestionario que habíamos mandado a todos los de aquella lista. De entre éstos, más de cien nos han concedido, además, largas entrevistas telefónicas.

Mr. Martin Blumenson, del Departamento de Historia Militar del Ejército de EE.UU, autor, por otra parte, de dos libros excelentes sobre la liberación de Francia, nos ha sido de gran ayuda para la clasificación de los informes y para encontrar a las personalidades estadounidenses más importantes.

Damos las gracias a Mr. Sherrod East, director de los Archivos Nacionales en Alejandría, Virginia, y a todo su personal, por su simpática y paciente colaboración durante los largos meses que hemos pasado buscando en los archivos del SHAEF, del 2º Grupo de Ejércitos del 1er Ejército, del 5º Cuerpo y de la 4ª División. Debemos también agradecimiento a Mr. East y sus colegas por habernos suministrado centenares de metros de microfilms de los archivos del Alto Mando de la Wehrmacht, del Alto Mando del Frente Occidental y del Grupo de Ejércitos B.

En París, quisiéramos dar las gracias a monsieur Pierre Messmer, ministro de Defensa Nacional, y al general Pierre Koenig, por habernos autorizado el acceso a los archivos del BCRA[163], así como al coronel Le Goyer, jefe de la sección contemporánea del Servicio Histórico del Ejército, por habernos ayudado con tanta paciencia a utilizar e interpretar aquellos archivos.

Tenemos interés en dar gracias especiales a monsieur Edgar Pisani, hoy día ministro de Agricultura, que con gran amabilidad nos ha procurado documentos que

describen minuto a minuto los acontecimientos desarrollados en la prefectura de policía, en la que él mismo desempeñó un importante papel, durante la semana de la liberación de París.

Expresamos también nuestra gratitud a monsieur Yves Bayet, que ha querido reconstituir pacientemente con nosotros la toma de la prefectura de policía.

Monsieur Emmanuel d'Astier de la Vigerie, nos ha permitido, muy cortésmente, consultar sus archivos particulares, especialmente los telegramas cruzados entre los Cuarteles Generales de Argel y de Londres del general De Gaulle.

Damos las gracias a nuestros patronos respectivos: *Paris-Match*, en París, y *Newsweek* en Nueva York, por su comprensión y la gentileza con la que nos concedieron los largos permisos que necesitamos para escribir esta obra.

Cuando en nuestro libro se citan órdenes alemanas, sólo nos hemos referido a aquellas de las cuales hemos encontrado un texto original en los archivos de microfilms alemanes capturados por los aliados. En esos archivos no hemos podido encontrar rastro alguno de varias órdenes citadas en obras anteriores sobre la liberación de París, incluyendo aquella en que se ordenaba al general Dietrich von Choltitz «convertir a París en un campo de ruinas y, si era preciso, enterrarse él mismo en las cenizas». Es muy posible que el original de una orden como ésta, se haya perdido cuando se destruyeron parcialmente los archivos del Alto Mando de la Wehrmacht. De todas formas, está muy de acuerdo con el espíritu de las demás órdenes dadas por Hitler, en 1944, al comandante de la guarnición de París.

A fin de reunir los informes necesarios para escribir este libro, sus autores y los investigadores han entrevistado personalmente, por carta, o por teléfono, a más de setecientos cincuenta franceses, alemanes y estadounidenses que participaron en la liberación de París. Expresamos a todos nuestro agradecimiento y nuestra apreciación del tiempo y el esfuerzo que nos han concedido.

Muy especialmente, quisiéramos dar las gracias, en Francia, a Jacques Chaban-Delmas, presidente de la Asamblea Nacional; al general Pierre Koenig; a Alexandre Parodi, vicepresidente del Consejo de Estado; al coronel Henri Rol-Tanguy; a André Tollet, ex presidente del Comité Parisiense de liberación; a Yvon Morandat; al coronel André Passy de Wavrin, ex director del BCRA; al coronel Henri Vernon Ziegler, por su informe sobre el anuncio «prematuro» de la liberación de París en las ondas de la BBC; al teniente Claude Guy, ayudante de campo del general De Gaulle en 1944; al conde Jean de Vogué y a Pierre Villon del COMAC; a Messieurs Debû-Bridel, Meunier, y más en general, a los miembros del CNR. el conde Alexandre de Saint-Phalle y monsieur Roland Pré; al coronel Massiet-Dufresne, jefe de Estado Mayor de las FFI para la ciudad de París en 1944; a monsieur Leo Hamon; al embajador Geoffroy de Courcel; al comandante Aimé Bully, ex mecánico del Lodestar *France*, y al general De Malraison, por habernos dado pacientemente su

tiempo y su ayuda.

Queremos dar las gracias a monsieur Édouard Fiévet, sobrino del difunto cónsul general de Suecia, Raoul Nordling, y al hermano de Raoul Nordling, Rolf, que, en interés nuestro, han rememorado el papel representado por ellos y por el diplomático sueco durante la liberación de París. Los informes que nos han facilitado nos han sido de gran utilidad para completar los que nos había proporcionado monsieur Nordling antes de su muerte, acaecida en octubre de 1963.

Damos gracias muy especialmente al general Dietrich von Choltitz por las largas sesiones que ha tenido la amabilidad de concedernos en su villa de Baden-Baden, con objeto de reconstituir, minuto a minuto, su estancia en París.

Hacemos extensivas las gracias a los miembros de su Estado Mayor que han querido ayudarnos a reconstituir los últimos días del Gross Paris: al coronel Hans von Unger; al coronel Hans Jay; al teniente Dankvart von Arnim, su ayudante de campo, al cabo Helmut Mayer, su ordenanza, a Cita Krebben, su secretaria, a Annabella Waldner, la huéspeda del Gross Paris, al general Hubertus von Aulock y su jefe de Estado Mayor, el capitán Theo Wulff, que nos ha comunicado detalladamente su diario personal.

Queremos también dar las gracias al general Walter Warlimont, quien, con sus numerosos documentos personales, nos ha ayudado a reconstituir la atmósfera del cuartel general de Hitler y las conferencias en el curso de las cuales el dictador alemán determinaba la suerte de París.

Entre todos los otros oficiales alemanes que también nos han ayudado, debemos mencionar especialmente a los generales Gunther Blumentritt y Hans Speidel y a Emil Bender, ex agente de la Abwehr.

En Estados Unidos, debemos dar gracias en primer lugar, al general Dwight Eisenhower por habernos concedido una larga entrevista en su tren especial, entre Nueva York y Chicago, el 15 de diciembre de 1963; a Mr. Alien Dulles, ex jefe de la Central Intelligence Agency; a Mr. Robert Murphy, representante personal del presidente Roosevelt cerca del general De Gaulle en Argel, y a los generales Ornar Bradley, Julius Holmes, John Hill, Richard Lee, William Helmick y Thomas Betts, así como también al ayudante de campo del general Bradley, el mayor Chet Hansen.

Y, para finalizar, expresamos nuestro reconocimiento a monsieur Henri Noguerés por la paciencia con que ha querido releer nuestro manuscrito, haciendo en él las numerosas correcciones que le han aconsejado su larga experiencia de historiador.

Sin la amable ayuda de estas personas, y de centenares de otras, nunca habríamos podido escribir este libro.

LES BIGNOLES

Ramatuelle
27 de mayo de 1964

Entrevista

Extracto de la charla a distancia en diciembre de 2008 con el ex reportero Dominique Lapierre tres años después de la muerte de su compañero Larry Collins, con el periodista Ricardo Abdahllah (la entrevista completa está disponible en http://www.elmalpensante.com).

¿Está encendida la grabadora? Una de cada dos veces me pasa que está apagada.

–Señor Lapierre, una de cada dos veces me pasa que el entrevistado me pregunta eso.

Uno de los tanques que recorrió los Campos Elíseos como parte del desfile nacional del 14 de julio de 1954 llevaba pintadas las palabras *General Leclerc* en honor del comandante de la división mecanizada que diez años atrás había liberado la capital francesa. Todos los tripulantes del tanque admiraban, por supuesto, a Leclerc; uno de ellos, además, llegaría a conocer en persona a De Gaulle. Se llamaba Dominique Lapierre, tenía 23 años y acababa de publicar *Luna de miel alrededor del mundo*, una serie de relatos entrelazados a partir de las crónicas, borradores y fotografías que había hecho durante su viaje de bodas.

La compañera en aquel viaje se llamaba también Dominique. Aún tienen que llamarse Dominique 1 y Dominique 2, y raramente viajan sin estar juntos. Dominique 2 es quien ayuda a Dominique 1, monsieur Lapierre, a organizar su agenda. No le dejan mucho tiempo los viajes entre las ciudades de la India donde funcionan sus proyectos humanitarios y la casa en Ramatuelle, al sur de Francia, que ha sido la residencia oficial de los Lapierre hace cuatro décadas, así como el apartamento de París donde pasan algunas semanas cada año. Aun así, Lapierre sigue realizando trabajos periodísticos de largo aliento; el último de ellos, *Un arco iris en la noche*, fue publicado en Francia en mayo pasado.

Lapierre es recurrente en los proverbios que aprendió en la India. «Tras las nubes de tormenta siempre hay mil soles», dice. O «Todo lo que no se da, se pierde». También es recurrente en el plural. Cuando habla de «nuestros libros», se refiere a los que escribió junto a Larry Collins, a quien conoció cuando los dos trabajaban en el SHAPE, el cuartel general de las fuerzas aliadas en Europa. Lapierre era intérprete, Collins estaba en el servicio de prensa.

«El día que lo conocí, Collins se había parado al lado de la máquina de café y hacía bromas en inglés a los que se acercaban para hacer una pausa. Ese diciembre lo invitamos a pasar las vacaciones en casa de la familia de mi esposa y antes de un año

le estaba pidiendo que fuera el padrino de mi hija».

Iban a pasar casi diez años antes de que los dos hombres que se encontraron frente a la máquina de café se hicieran famosos con el libro donde contarían la batalla por la liberación de París. Durante ese tiempo, Lapierre se convirtió en el reportero estrella de *Paris Match*; entrevistó en varias ocasiones a Caryl Chessman, que esperaba su ejecución en San Quintín; cubrió los viajes de Charles de Gaulle al extranjero y la emigración de los primeros franceses que huyeron de Argelia ante la inminente independencia del país; logró en un bar de Brasil la única entrevista que dio el capitán Henrique Galvao, que había secuestrado un barco para protestar contra la dictadura en Portugal; cubrió el combate de Raphael Matta por los elefantes de Costa de Marfil, y compró la casa en Ramatuelle.

«Collins se ocupaba de temas similares para *Newsweek* y muchas veces estábamos en competencia, tratábamos de robarnos la exclusiva y nos poníamos trampas para poder adelantarnos al otro. En medio de esa competencia, que arreglábamos tomando cerveza o viajando en coche con nuestras familias, comenzamos a pensar en un tema que pudiéramos trabajar juntos, algo que fuera de interés para los lectores en Francia y Estados Unidos».

En el apartamento parisino de los Lapierre hay varias ediciones viejas de *Paris Match*, que junto a libros de historia de 800 páginas cubren las mesas de un salón con vista hacia una calle por la que apenas de vez en cuando pasa un automóvil. Lapierre es capaz de recordar decenas de datos precisos y anécdotas ocurridas a los protagonistas de un hecho histórico, y esa memoria lo obliga a recurrir a sus archivos para decidir a cuáles se referirá en un programa de televisión que le ha pedido asesoría sobre el tema alrededor del cual trabajó junto a Collins por primera vez y del que es considerado una de las mayores autoridades en Francia: la batalla por la Liberación de París.

¿Cómo se pusieron de acuerdo en que la Liberación de París sería el tema en el que iban a trabajar?

Habíamos hablado de muchos posibles temas, pero la Liberación nos llamaba especialmente la atención porque en muy pocas ocasiones en la historia del mundo, y en ninguna en la historia contemporánea, una batalla de tan corta duración había dejado una huella tan profunda en los años siguientes. Nos acabamos de convencer en 1962 cuando encontramos un pequeño artículo en *Le Figaro* donde se mencionaba que, según algunas fuentes que habían estado investigando los archivos militares alemanes, unos meses antes del final de la guerra Hitler había dado en repetidas ocasiones la orden de destruir París. Eso creaba la incógnita de por qué sus órdenes

no habían sido obedecidas, y aunque no se hablaba en el artículo de las posibles razones, convertía la historia de la liberación en la historia de un milagro, que además era un milagro francoamericano, porque París había sido liberada en parte por los americanos y en parte por los franceses. Así supimos que teníamos la historia ideal.

Sin embargo, ya en ese entonces se habían publicado varios libros sobre la Liberación.

Claro, y algunos estaban muy bien escritos y documentados, pero nadie se había ocupado del interior del milagro, nadie había hablado con el general Von Choltitz, el comandante de las fuerzas alemanas en París, quien había recibido la orden de Hitler y no la había cumplido. Veintidós años después de los acontecimientos nosotros fuimos a buscarlo para averiguar por qué había desobedecido a Hitler, y pasamos más tiempo con él del que él pasó en París originalmente.

Ustedes no fueron los primeros en intentar entrevistarlo, pero él se había negado a volver a hablar del tema. Había pasado tres años en prisión y se había retirado a Baden-Baden. ¿Cómo lograron convencerlo?

Fue difícil. Aunque los periodistas ya no lo acosaban tanto como luego de su salida de prisión, Von Choltitz recibía de vez en cuando peticiones, pero siempre se negaba. Esencialmente creo que lo convencimos porque conocíamos muy bien cada cosa que había hecho en París. Habíamos leído los documentos donde se consignaban las órdenes que había dado y recibido, y habíamos entrevistado a varias de las personas que durante los últimos días de la ocupación habían estado con él en su cuartel general del Hotel Meurice.

Fue un trabajo más o menos manejado como una investigación policíaca que nos había llevado a Estados Unidos, además de por toda Francia y Alemania para encontrar a los oficiales que lo habían acompañado. Cuando lo visitamos por primera vez, podríamos haberle dicho incluso los gestos que hacía cuando recibía, primero directamente y luego por mensajeros, las órdenes de Hitler. Sólo nos faltaba saber por qué las había desobedecido.

Von Choltitz fue la última pieza, la primera fueron los archivos del Ministerio de Guerra francés. En París existía un archivo con las respuestas del cuestionario que se le había hecho a cada uno de los soldados alemanes en el momento de su detención. Se trataba de las preguntas básicas que debe responder un prisionero de guerra: nombre, grado y unidad, junto a la fecha y el lugar de la captura. Pero como cada cuestionario se almacenaba en una ficha, teníamos un montón de información desde la que podríamos empezar. Lo que hicimos fue contratar a un equipo de quince personas para revisar esas fichas y encontrar las que correspondían a prisioneros capturados en agosto de 1944, que resultaron ser unas cuatro mil. Un número pequeño del total, pero que en su mayoría tenían lleno el campo adicional de «En

caso de accidente avisar a _____».

Que usualmente estaba seguido de la dirección de sus padres…
… que usualmente estaba seguido de:
Adolf Hitler
6, Voßstraße Postdamer Platz
Berlín

Una dirección que ya no estaba disponible en 1962.

Por eso junto a Collins redactamos un cuestionario que nuestros colaboradores debían hacer llegar a las direcciones que no fueran la de Hitler. Muchas familias se habían mudado durante la guerra o negaban haber tenido un hijo en el ejército nazi, pero de todas maneras logramos contactar alrededor de ochocientas personas y la mayoría contestó nuestro cuestionario, algunos en persona, otros por correo y unos pocos por teléfono. Ninguna de las personas que había trabajado el tema en Francia se había interesado hasta entonces en la versión de los protagonistas alemanes de la historia.

¿Cuántas entrevistas realizaron personalmente usted o Collins?

Las entrevistas a los personajes que habían estado al mando de las operaciones, como Eisenhower, De Gaulle o Von Choltitz las realizamos juntos, al igual que muchas de las entrevistas a soldados o habitantes de París que pensábamos iban a servir después como ejes del libro. Eso debe dar unas quinientas personas. Otros testimonios que utilizaríamos un poco más como detalles adicionales fueron recogidos por nuestros colaboradores.

¿Cómo se aseguraban de que los testimonios que recogían correspondían a los hechos?

En general tratábamos de llegar con un buen respaldo de información previa, por ejemplo, acerca de las compañías en las que un soldado había servido, las circunstancias de su detención o datos más específicos, como algunos elementos técnicos de las armas o transportes utilizados o los lugares donde su compañía había pasado la noche. Cuando fue posible, trabajamos con soldados de la misma unidad, de tal manera que pudiéramos corroborar sus testimonios a través de las informaciones de sus compañeros. Es cierto que encontramos algunas incoherencias, pero ése es un problema inevitable con los testimonios, sobre todo después de cierto tiempo. Era usual que la gente se equivocara de fecha o de lugar, y en ese caso volvíamos a hablar con ellos, pero muy raramente encontrábamos testimonios que fueran intencionalmente engañosos o falsos en lo fundamental.

¿E inexactos al punto de que quedaran dudas?

Algunas veces dos personas se contradecían y no había terceros testigos ni documentos que pudieran servirnos para comprobar los hechos, así que teníamos que desechar esa parte de los testimonios. Esto pasó sobre todo con algunos soldados, porque en el caso de los generales había mucha gente observándolos e incluso registrando sus acciones. Von Choltitz nos escuchó y supo que de todas maneras ya sabíamos lo que había pasado en el Hotel Meurice, así que estábamos a un paso de que nos concediera la entrevista, pero tuvimos un golpe de suerte. Cuando visitamos en Munich a la que había sido su secretaria personal pudimos ver varias cajas con documentos que ella había sacado del Meurice. Por supuesto, todos los papeles oficiales habían sido incautados, así que se trataba más bien de cosas personales, pero entre ellas había un recibo de un abrigo que Von Choltitz había comprado en París el 16 de agosto del 44, cuando la ciudad atravesaba por un verano particularmente cálido. Cuando vi la expresión del general al mirar ese papel supe que hablaría. Lo primero que dijo fue: «Sabía que iba a necesitar ese abrigo para el campo de prisioneros en el que iba a pasar el invierno».

Sobre el personaje de Von Choltitz subsiste una polémica. En ¿Arde París? ustedes lo presentan como un héroe y ésa es la imagen que se conserva de él, al punto de que varios generales franceses asistieron a su funeral. Pero hay quienes afirman que si no destruyó París fue porque no contó con la logística para hacerlo y luego se dio cuenta de que su único escape era rendirse, una cuestión más práctica que de principios.

Se dice eso, que él desobedeció a Hitler solo porque quería salvar su vida, pero está claro que aunque él era un alemán no era un nazi convencido. O más bien que era un nazi pero no un SS convencido. Después de haber hablado con Hitler en Rastenburg el 7 de agosto, Von Choltitz comprendió que Alemania había perdido la guerra, y durante los dieciséis días que duró como comandante de las fuerzas alemanas en París siempre tuvo esa idea en la cabeza. Es posible que de haber tenido los medios militares para defender la ciudad hubiera reaccionado de otra manera, al fin y al cabo era un oficial respetuoso de las órdenes, pero cuando vio que la situación no tenía salida, hizo el esfuerzo de retrasar la destrucción de la ciudad hasta la llegada de los aliados y así ahorró una masacre y finalmente salvó París. Puede que no fuera una actitud desinteresada, pero bien hubiera podido hacer lo contrario.

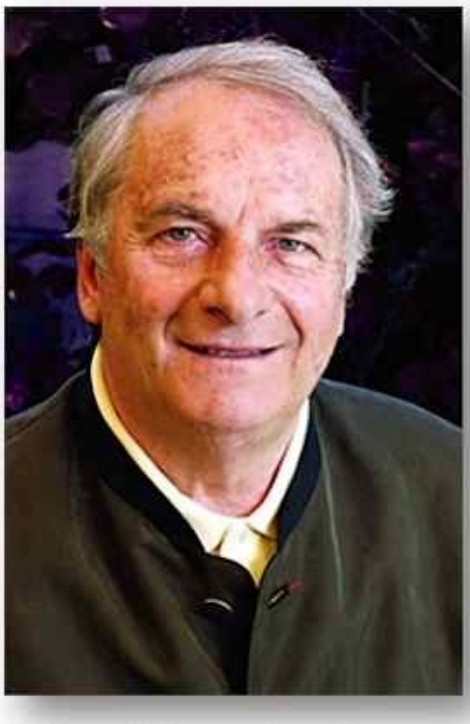
Destruir la ciudad como había hecho en Sebastopol…

Exacto, la situación era similar y por eso, aunque los alemanes perdieron esa batalla, Von Choltitz dejó tras de sí una ciudad en ruinas y lo llamaron el «Héroe de Sebastopol». En París ya sabía que no tendría sentido hacerlo de nuevo, que después del desembarco en Normandía era una locura continuar. Una y otra vez lo repitió en nuestras entrevistas, la impresión que tuvo Von Choltitz cuando vio a Hitler la última

vez era que su máximo comandante había perdido la razón.

¿Von Choltitz se sintió satisfecho con la historia tal como ustedes la contaron?

El libro le gustó mucho y estaba muy entusiasmado con la idea de que sería Gert Fröbe quien lo interpretaría en la película, que ya se estaba rodando cuando Collins y yo lo invitamos a París y visitamos con él el Hotel Meurice. Nuestra idea era que pudiera estar presente en la *première* junto al coronel Rol, Jacques Chaban-Delmas y la viuda del mariscal Leclerc, pero murió unos meses antes de que la película estuviera terminada.



Dominique Lapierre



Larry Collins

DOMINIQUE LAPIERRE (La Rochelle, Francia, 30 de julio de 1931), periodista y escritor. Conoció en su infancia la ocupación nazi de Francia y al terminar la guerra su familia se instaló en los Estados Unidos. El periodismo le atrajo siendo muy joven, con sólo diecisiete años y gracias a la obtención de una beca de la «Asociación Zellidja» (Organización francesa que ofrece becas a jóvenes entre dieciséis y veinte años para proyectos de estudios autónomos) recorrió más de treinta mil kilómetros por las carreteras de Estados Unidos. Como resultado de esa experiencia escribió un reportaje para Le Monde y también el que fue su primer libro: *Un dólar cada mil kilómetros*.

Se licenció en Economía Política en 1952 en la universidad estadounidense de Lafayette gracias a otra beca, la «Fullbright». En esa universidad será nombrado «Doctor honoris causa» en 1982. Pero no en la disciplina de Economía, sino en la de Literatura.

El 5 de abril de 1980 se casa con Dominique Conchon, que llevaba muchos años de colaboración en la asociación literaria que su esposo mantenía con Larry Collins. Ella es parte activa de los proyectos humanitarios de su marido en su amada India.

LARRY COLLINS (Nacido en West Hartford, Connecticut, el 14 de septiembre de 1929. Fallecido el 20 de junio de 2005 en Frejus, Francia), escritor y periodista, después de graduarse en la Universidad de Yale se instaló en Europa en 1954, dirigiendo la agencia United Press International en Roma, Beirut y París. Estando en

funciones de director-corresponsal en París del semanario *Newsweek* estableció con Dominique Lapierre (a quien había conocido durante su servicio militar en el cuartel de las fuerzas aliadas en Europa) un tándem de escritores cuya producción alcanzaría éxitos considerables, con títulos millonarios en ventas, de una calidad documental y literaria inusuales.
Tras años de colaboración sus vidas tomaron derroteros distintos hasta que, veinticuatro años después, volvieron a unirse para escribir un thriller de carácter político, *¿Arde Nueva York?*, 2004, en donde fabulan sobre la posibilidad de que una bomba nuclear destruya la ciudad más emblemática de los Estados Unidos de América.

Obras en solitario de Dominique Lapierre:

- *Un dólar cada mil kilómetros*, 1949
- *Chessman me dijo*, 1960
- *La ciudad de la Alegría*, 1985
- *Los héroes de La ciudad de la Alegría*, 1985
- *Más grandes que el amor*, 1990
- *Mil soles*, 1997
- *Luna de miel alrededor del mundo*, 2003
- *Un arco iris en la noche*, 2008
- *India mon amour*, 2012

(En colaboración con Javier Moro —su sobrino—, *Era medianoche en Bhopal*, 2001. Y con Jean-Pierre Pedrazzini, *Érase una vez la URSS*, 2005)

Obras en solitario de Larry Collins:

- *Juego mortal*, 1985
- *Laberinto*, 1988
- *Águilas negras*, 1992
- *Los secretos del «día D»*, 1994
- *El futuro es nuestro*, 1997

Obras escritas conjuntamente entre Dominique Lapierre y Larry Collins:

- *¿Arde París?*, 1965
- *O llevarás luto por mí*, 1968
- *¡Oh, Jerusalén!*, 1972
- *Esta noche, la libertad*, 1975

- *El quinto jinete*, 1980
- *¿Arde Nueva York?*, 2004

Notas

[1] Se trataba de Jean Laire, actualmente director de la Cooperativa Agrícola de Lizy-sur-Ourcq, del tratante en granos René Body y de su mujer, Odette. <<

[2] En 1943, se había celebrado incluso en el locutorio del convento una entrevista secreta entre el almirante Canaris y el jefe del Servicio de Inteligencia en Francia. Canaris deseaba que se preguntara a Churchill cuáles serían, eventualmente. las condiciones para una paz entre Alemania y los aliados. Jade Amicol transmitió la pregunta a Londres. Quince días después, llegaba la contestación de Churchill al número 127 de la calle de la Glacière. Constaba solamente de dos palabras: «Capitulación incondicional». <<

[3] «General» era el nombre en código del general Menzies, jefe supremo del Servicio de Inteligencia. Sólo en los casos extremadamente importantes, firmaba con su propio nombre los mensajes enviados a los agentes del Servicio de Inteligencia. <<

[4] La invasión fue llamada primero: Operación Overlord, pero, después del desembarco, había recibido el nombre de Operación Neptuno. <<

[5] Supreme Headquarter of Allied Expeditionary Forces = cuartel general Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas. (N. del A.) <<

[6] En aquella fecha (1 de agosto), habían desembarcado ya treinta y siete divisiones. <<

[7] Los estadounidenses habían tratado secretamente con Darían, que obraba en nombre del mariscal Pétain, para evitar toda resistencia militar francesa al desembarco aliado en África del Norte. Cuando, al despertarse el día 8 de noviembre de 1942, el general De Gaulle fue informado por su ayudante de campo del desembarco de los aliados, su reacción fue la siguiente: «Espero —dijo— que Vichy vuelva a echarlos al mar». <<

[8] De Gaulle se indignaba especialmente por el hecho de que los aliados intervinieran sus comunicaciones de radio. Éstas, por razones técnicas, se celebraban por intermedio de las instalaciones inglesas y estadounidenses. De Gaulle se había opuesto también violentamente a la pretensión que albergaban los aliados de poner en circulación una moneda militar tan pronto como tuviera lugar el desembarco. <<

[9] Las sospechas del general De Gaulle estaban muy lejos de carecer de fundamento. En julio de 1944, Roosevelt había confesado al embajador Murphy que estaba «absolutamente dispuesto a aceptar cualquier solución para descartar a De Gaulle, siempre que fuese posible hallarla». <<

[10] El mismo partido comunista y muchos que no eran comunistas negaron después que tales fuesen sus intenciones en agosto de 1944. Probablemente no se sabrá jamás hasta donde estaban dispuestos a llegar los comunistas. No obstante, parece evidente que estaban decididos a apoderarse de los resortes del mando que, más tarde, les permitirían apoderarse del poder propiamente dicho, como sucedió en Praga. Quizá la opinión que mejor resume el pensamiento de los comunistas con respecto a De Gaulle es la de un jefe búlgaro de la Resistencia. Para Yvan Kaleff, cabeza de un maquis en el sur de Francia. «De Gaulle es, por el momento, un mal necesario. Pero, ¡quién sabe si, después de la guerra, Francia querrá igualmente a De Gaulle…!».
Cualesquiera que fuesen los objetivos comunistas, los acontecimientos interiores no eran demasiado exagerados. En el Sudoeste, donde el arraigo comunista era considerable, le costó varios meses al poder legal de De Gaulle obtener el control de la región. El informe del Contraespionaje estadounidense, del 26 de octubre de 1944, sobre «la situación interior francesa y las intenciones comunistas», comunicaba a los aliados que, «si la situación interior francesa sigue siendo tan mala como es actualmente…, se puede llegar a una revolución comunista». El informe del Office of Strategic Services señalaba, además, que en Toulouse se detenía cada día ilegalmente a cincuenta personas, y que cuarenta mil F.T.P. armados estaban a punto de ser enviados clandestinamente a París «para la eventualidad próxima de un golpe de Estado». Según el OSS, había ya allí diez mil hombres. El golpe de Estado tendría lugar en el mes de enero. En ocho o diez días, los comunistas creían poder apoderarse de todas las palancas del mando. También creían que los aliados no intervendrían, ya que se trataba de un asunto estrictamente francés. <<

[11] Se trataba del Comité Parisien de Libération (C.P.L.), del Comité Militaire d'Action (COMAC). al que el partido comunista controlaba a su vez, y del Conseil National de la Resistence. En el que estaba representado por una minoría influyente. El CNR, fundado en 1943 por De Gaulle, era, teóricamente, la asamblea donde se hallaban reunidas todas las tendencias políticas de la Resistencia. En agosto de 1944 estaba completamente lleno de comunistas y había perdido la confianza de De Gaulle. <<

[12] El 6 de setiembre de 1944. el general Koenig comunicaría a Eisenhower que calculaba las fuerzas del partido comunista en unos doscientos cincuenta mil hombres armados y doscientos mil más susceptibles de serlo. El Ejército regular de Francia, en aquellos momentos, contaba con menos de quinientos mil hombres. <<

[13] La extensión geográfica del Gross Paris comprendía la propia Villa, el departamento del Sena y grandes porciones de lo departamentos de Seine-et-Oise y de Seine-et-Marne. <<

[14] Los Panzer de los generales Heinz Guderian y Erwin Rommel franquearon la frontera una hora y media después del aterrizaje de Choltitz en Rotterdam. <<

[15] Después de cuatro días y cuatro noches de furiosos combates, los hombres del coronel holandés Scaro seguían resistiendo los asaltos de Choltitz. Hacia el mediodía del 14 de mayo, Choltitz ordenó a un cura y a un lechero holandés, que vivían cerca del puente que no lograba ocupar, que pasaran a las líneas holandesas para intentar convencer al coronel Scaro de que se rindiera «o, contrariamente, Rotterdam sería bombardeada sin piedad». Dos horas más tarde, los plenipotenciarios volvían con el adjunto del coronel Scaro a fin de informarle de que no habían conseguido entrar en contacto con aquél. La Luftwaffe empezó entonces a bombardear la ciudad. Choltitz ha revelado a los autores de este libro que, al estimar que los bombardeos habían causado ya destrucción suficiente, disparó una bengala para detenerlo. Sin embargo, a causa del humo que se desprendía de un paquebote incendiado al lado del puente, la tercera ola de bombardeo no vio la señal. De acuerdo con las cifras indicadas por los holandeses en Nuremberg, este bombardeo produjo ochocientos catorce muertos y setenta y ocho mil entre heridos y sin hogar. Destruyó todo el centro de Rotterdam. <<

[16] Desde el 20 de julio, el saludo nazi era obligatorio para todos los miembros de las Fuerzas Armadas. <<

[17] Algunos médicos estaban entonces convencidos de que Hitler padecía el mal de Parkinson. <<

[18] El general Jodl, al regreso de una inspección en el Oeste, anotaba en su Diario, el 9 de enero de 1944: «En París, hay más de cincuenta y dos mil militares, de los cuales escasamente doce mil son combatientes». Jodl se había asustado ante el número de Estados Mayores instalados en París, ante la plétora de sus efectivos y la ausencia de disciplina que parecía reinar entre ellos. Para el austero Jodl, no cabía duda alguna de que París se había «comido» completamente la combatividad de los oficiales que había encontrado allí. <<

[19] La palabra *Sippenhaft* significa «arresto y encarcelamiento de los miembros de una misma familia». <<

[20] Choltitz ha declarado a los autores de este libro que, durante mucho tiempo, pensó que su encuentro con el *Reichsleiter* no fue simple coincidencia, sino que había sido deliberadamente organizado por el O.K.W. No hemos podido encontrar prueba alguna que apoye esta afirmación. El general Warlimont, si bien aquel día no se encontraba en Rastenburg, estaba al corriente de la visita del *Reichsleiter*. Según él, tal visita había sido ya prevista antes de que Choltitz hubiese sido convocado. <<

[21] Tren donde estaba instalado el Alto Mando de la Wehrmacht. <<

[22] Los otros ciento cuarenta y cuatro hombres de la unidad, evacuados de Narvik, para seguir el consejo de sus oficiales, escogieron ser repatriados a Francia. <<

[23] Morandat estaba también seguro de que conocía el por qué. Algunos días antes, en el puente Mirabeau, un amigo comunista le había presentado a un hombre que hablaba francés con un acento eslavo muy pronunciado. Aquel desconocido había confesado al socialista Morandat que el Partido Comunista le consideraba, desde mucho tiempo antes, como un puro y un idealista. El gran peligro que amenazaba entonces a Europa, según explicó, estribaba en su colonización y explotación económica por parte de Estados Unidos. La única nación con la que Europa podía contar para escapar a aquella tiranía era la Rusia soviética. A continuación, propuso a Morandat que trabajase para el partido. Lo único que esperaba de él, precisó, era simplemente que informase a un agente de enlace del partido de las instrucciones que recibía de Londres con destino a la delegación gaullista en París. En contrapartida, afirmó que Morandat podía contar con el partido para sostenerle incondicionalmente en toda carrera política que emprendiera después de la guerra. Morandat había rehusado con sequedad. Algunos días más tarde, se enteró de la identidad de aquel hombre. Se llamaba Kaganovitch. Era primo de Lázaro Kaganovitch, y hacía frecuentes viajes desde Suiza a la Francia ocupada, con objeto de llevar las instrucciones de Moscú para el Partido Comunista francés. <<

[24] El jefe de la FFI de la Île-de-France se llamaba en realidad Henri Tanguy. <<

[25] En 1939, Alemania era aliada de la URSS. <<

[26] Según el coronel barón Kurt von Kraewel, un viejo amigo de Boineburg, en diecisiete meses, los hombres del 1er Regimiento de Seguridad, a su mando, no tuvieron que ocuparse más que de cinco casos en que intervinieran franceses. Y aún se trataba, siempre según Kraewel, de delitos comunes. <<

[27] Alto mando de las fuerzas destacadas en Occidente. <<

[28] Los servicios de contraespionaje estadounidense sabían, por el contrario, dónde se encontraba Bobby. Su nombre y su dirección figuraban en una lista extremadamente secreta, en la cual se habían reseñado los personajes que debían ser capturados con prioridad absoluta cuando los aliados entrasen en París. Tras el número de código P 2411126, se leía: Bender, Emil, alias *Bobby*. Oficinas: calle Galilée, número 24. Domicilio: calle Euler, número 6. París. <<

[29] Ningún miembro de la Gestapo o de la policía debía caer en manos del enemigo. Era una orden formal de Himmler. Nordling conocía esta orden y éste era el motivo de creer que, tan pronto como los aliados se acercaran, la Gestapo saldría inmediatamente de París. <<

[30] Los informes del OB Oeste estaban equivocados. En aquella fecha, los aliados no tenían en Francia más que treinta y siete divisiones. <<

[31] Fegelin se había casado con la hermana de Eva Braun. Hitler contraería matrimonio con Eva Braun el mismo día de su muerte. <<

[32] Las armas V-l y V-2 dependían de las S.S. <<

[33] Varios de ellos estaban instalados en la región de Beauvais. <<

[34] En el norte de Francia y en Bélgica, había noventa y tres rampas de lanzamiento de V-l. <<

[35] La Luftwaffe había hecho saber que no podía garantizar la protección aérea de París durante el desfile. Tres días antes, la RAF había bombardeado Berlín por primera vez. <<

[36] Los asuntos de armamento constituían una verdadera manía para Hitler. Se sabía de memoria las características de los cañones de la mayor parte de los buques de guerra del mundo, así como el espesor de los blindajes y el de los muros de muchas fortalezas. <<

[37] Tan pronto como se hubo unido al general De Gaulle en Londres, el capitán Philippe de Hautecloque, con objeto de evitar que se tomaran represalias contra su familia, había decidido hacerse llamar «Leclerc», por ser éste un apellido muy corriente en Picardía. El 10 de marzo de 1941, Teresa de Hautecloque, que ignoraba el cambio de identidad de su marido, había recogido en un gallinero de su finca un mensaje de un avión inglés. El mensaje decía: «Una gran victoria francesa: el 1 de marzo, a las nueve, el importante puesto de Koufra ha capitulado ante las tropas francesas, mandadas por el coronel Leclerc». Añadía el mensaje que las tropas que habían tomado Koufra estaban integradas por franceses llegados del Chad y del Camerún. Para atacar al enemigo, habían recorrido cerca de setecientos kilómetros desde sus bases, luchando contra el calor y la sed.
Aquella noche, a la hora de cenar, Teresa había leído el mensaje a sus seis hijos. Luego, les había dicho: «No sé quién es este coronel Leclerc, pero me es muy simpático. Obra exactamente igual que lo habría hecho vuestro padre». Diez meses más tarde, los alemanes ocuparon el castillo. Pero no fue por conducto de los alemanes como Teresa se enteró de que Leclerc no era otro que Philippe de Hautecloque. Por orden del Gobierno del mariscal Pétain, un ujier de Vichy se presentó un día en el castillo e informó a Teresa de Hautecloque de que su marido había sido privado de la nacionalidad francesa y de que todos los bienes de Philippe de Hautecloque, llamado «Leclerc», habían sido embargados. <<

[38] *Columbia Broadcasting System*. <<

[39] Los padres del niño lo habían confiado al gerente de un hotel de Sappey, cerca de Grenoble, al producirse una redada entre los judíos de aquella región, en marzo de 1944. Un SS encontró al niño, le arrancó los pañales y. al descubrir que había sido circuncidado, lo mandó a Drancy. Cuando Apel lo vio llegar, logró convencer al jefe del campo, Brunner, de que lo confiara a su esposa. Sacó su ficha de entre la lista de judíos destinados a deportación. En la casilla: «Motivo del arresto», Apel comprobó que el SS había escrito «Terrorista». <<

[40] Entre los recuerdos de París que más apreciaba Blumentritt se contaba un gallo de plata maciza que le había regalado el propietario del restaurante Cop Hardi, cerca de Saint-Germain-en-Laye. Blumentritt y el mariscal Von Rundstedt, predecesor de Kluge, cenaban allí con regularidad todos los sábados, a las siete de la tarde. <<

[41] Los alemanes no habían aplicado aún en Francia la táctica de tierra calcinada. No se debía ciertamente a simpatía hacia los franceses. En el sur de Italia, país aliado de Alemania, recuerda Eisenhower que los alemanes «mataron a todas las vacas y todos los polluelos que no podían llevar consigo». Pero, en Francia, después de la brecha de Avranches, retrocedían demasiado de prisa para tener tiempo de dejar tales recuerdos tras ellos. <<

[42] El tercer buró del Ejército (Operaciones). <<

[43] Por lo que se refiere al agua, los alemanes contaban con hacer saltar los tres acueductos que suministraban el 97% del consumo parisiense. Contrariamente a los rumores que circularon entonces por París, los alemanes no pensaron jamás en envenenar el agua de los depósitos. En cuanto a las centrales eléctricas, los alemanes vacilaban entre dos tácticas: o bien perforar cámaras de minas en las propias turbinas de las centrales más importantes de la región parisiense y hacerlas saltar, o bien destruir las instalaciones de distribución de corriente. Según el ingeniero jefe de las fábricas Siemens, instaladas en París, «el empleo de la primera táctica habría privado a París de energía eléctrica durante dos años». Limitando sus destrucciones a las instalaciones de distribución, según el mismo experto, los alemanes habrían privado a París de energía eléctrica al menos por un plazo de seis meses. <<

[44] Choltitz recuerda que, en un momento dado, Blumentritt usó la frase «hacer volar París». El mayor general Hans Speidel, jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos B, que asistía a la conferencia se encogió de hombros y preguntó en voz alta e inteligible: «¿Hacer volar París? ¿Qué quiere decir eso? ¿Es que se ha encontrado una central eléctrica en Notre-Dame?» <<

[45] Gloria Andreota, nacida en Nueva York, de padre estadounidense y madre francesa, cree recordar que, mientras caminaban por los Campos Elíseos, el misterioso estadounidense le dijo que era originario de Saint Louis. A pesar de todos nuestros esfuerzos, no hemos logrado identificarlo. Hemos encontrado dos estadounidenses del OSS (2° buró) que se hallaban en París el 15 de agosto de 1944, pero ninguno de ellos recuerda haber ido a la calle Lauriston. Aquel oficial sería seguramente un aviador, o un agente de información que estaba en París de paso. <<

[46] Los servicios del OB Oeste debían replegarse a Metz, los del comandante de la Marina del Oeste a Saverne y los de la 3ª Flota Aérea a Reims. Las órdenes para esta evacuación precisaban que debía hacerse en la forma más discreta posible, a fin de evitar el pánico. Los puestos intermedios de mando, instalados por el OB Oeste en Saint-Germain-en-Laye, y los del Grupo de Ejércitos B, en La Roche-Guyon, debían replegarse, respectivamente, a Verzy, cerca de Reims, y a Margival, cerca de Soissons.
Se habían dado las órdenes más estrictas para la vigilancia de estas evacuaciones. Ningún hombre debía partir hacia el Este sin haber recibido para ello la orden expresa del servicio del que dependía. Choltitz había organizado una barrera de *feldgendarmes* en todas las salidas de París, con objeto de controlar las evacuaciones. De esta forma, pudo recuperar varios miles de fugitivos sin permiso, que fueron incorporados, inmediatamente, a los batallones de alarma. <<

[47] Esta carta fue encontrada por el comandante Richardson, del 9º Ejército aéreo estadounidense, el 25 de agosto, al instalarse en aquel apartamento. <<

[48] El ingeniero Joachim von Knesebeck, primo lejano de Choltitz, que, durante la guerra dirigía la filial parisiense de Siemens, tenía frecuentes ocasiones de entrar en el Pilz, cuya instalación eléctrica era totalmente obra suya. En una entrevista que los autores de este libro celebraron con él en Nueva York, en diciembre de 1963, les explicó que la sorpresa del capitán Ebernach cuando vio el interior del túnel estaba perfectamente justificada. Según dicho ingeniero, en agosto de 1944, había en aquel túnel «torpedos suficientes para dos guerras por lo menos». <<

[49] Von Aulock, antiguo jefe de Cuerpo franco, era un nazi convencido y un oficial destacado. En aquel momento, su propio hermano combatía heroicamente en Saint-Malo, sitiado por los aliados. Al día siguiente, 17 de agosto, a las dos de la tarde, el comandante de Saint-Malo dirigiría a Hitler el siguiente telegrama: «Mi Führer, los combates en Saint-Malo acabarán hoy o mañana. Bajo un bombardeo terrible, las fortificaciones se derrumban una tras otra. Si desaparecemos, no será sin haber combatido hasta el último hombre. Que la mano de Dios os proteja. ¡Viva nuestro Führer! Aulock». (Mensaje número 6242/44, retransmitido el mismo día por el Grupo de Ejércitos B.) <<

[50] Los efectivos tácticos de Aulock se componían entonces de una unidad escogida, con el efectivo y material completos, el 11° Regimiento de cazadores paracaidistas de la D.Cª., y dieciséis secciones de ametralladoras 82, el Batallón del Aeródromo de París, el 11º Batallón del 90º Regimiento del Ejército del Aire, varios Batallones de territoriales, un Batallón de intérpretes, un Batallón formado por ex prisioneros militares de la cárcel de Fresnes y, finalmente, unidades de alarma, que pertenecían a las distintas *Kommandantur* del sector. <<

[51] Los alemanes hacían servir frecuentemente los cañones antiaéreos del 88 como armas antitanques. Ningún blindaje aliado resistía a sus obuses. <<

[52] Las circunstancias exactas de la muerte de los treinta y cinco fusilados de la cascada del Bois de Boulogne no son conocidas. De acuerdo con el testimonio de los habitantes de las casas vecinas al bosque, se oyeron muchas detonaciones por la noche, hacia las nueve. Según M. Lucas, que descubrió los cuerpos a la mañana siguiente y avisó a los bomberos (la policía continuaba en huelga), la posición de los cuerpos indicaba que los jóvenes habían sido muertos a medida que iban bajando del camión. Las heridas señalaban que las víctimas habían sido rematadas con granadas.
Por razones inexplicables, los alemanes habían dejado en libertad a Diana y al chófer de uno de los camiones, Cocó *el Boxeador*.
En cuanto al falso capitán del Servicio de Inteligencia, responsable de aquella matanza, fue detenido después de la liberación, condenado a muerte y fusilado. Su verdadero nombre era Serge Marcheret.
Interrogado con respecto a la matanza de la cascada, el general Von Choltitz afirmó a los autores de este libro que, cuando sucedió, él no tuvo conocimiento alguno de ella. <<

[53] De Gaulle escribe en sus *Memorias* (Volumen II: *La Unidad*, pág. 290): «Laval puede creer, al empezar el mes de agosto, que va a obtener los concursos que él juzga indispensables. Por mediación de M. Enfiére, amigo de Édouard Herriot, utilizado por los estadounidenses para sus tratos con el presidente de la Cámara, y que está en relación con los servicios de M. Alten Dulles, en Berna, comprueba que Washington vería con buenos ojos un proyecto que tiende a engañar o a descartar a De Gaulle».
Algunos miembros del circulo de De Gaulle están hoy convencidos de que Estados Unidos, por mediación de Dulles, habían asegurado su apoyo a La val.
En el curso de una conversación sostenida con los autores de este libro en diciembre de 1963 y luego en una carta fechada en 20 de enero de 1964, monsieur Dulles desmiente categóricamente las acusaciones del general De Gaulle. «Puedo asegurarles —nos ha manifestado— que nunca he tomado parte en conjura alguna que tendiera a apartar al general De Gaulle. Al contrario, siempre he advertido a Washington que De Gaulle era la única autoridad a quien respetaba la Resistencia francesa. Es posible —añadió M. Dulles— que, a causa de la antipatía que sentían por De Gaulle, Roosevelt y Cordell Hull no compartiesen este punto de vista». Dulles, no obstante, reconoció que, por orden de Roosevelt, la primavera de 1944, había estado en contacto con Édouard Herriot. No se acordaba del nombre del intermediario que sirvió para establecer tal contacto, pero es muy posible que fuere M. André Enfière. <<

[54] Eran varios los terrenos que, además de la meseta de Tousson, habían sido preparados en previsión del aterrizaje clandestino del general De Gaulle. El emplazamiento de dichos terrenos estaba señalado en un mapa a escala 1:20.000. <<

[55] Los alemanes habían construido ya un refugio debajo de los jardines en julio de 1943. Constaba de nueve salas, equipadas con sistemas de aireación autónoma y con todo el material necesario para una estancia prolongada bajo tierra. Este refugio, al igual que el que había construido el propio Macary en 1936 para el presidente del Senado, estaba unido a una antigua red de canteras abandonadas, que desembocaban a dos kilómetros más allá de la Puerta de Orleáns, en la encrucijada de la Vache Noire. <<

[56] Los prisioneros detenidos en las cárceles parisienses se distribuían como sigue: Fresnes, quinientos treinta y dos; Romainville, cincuenta y siete; Drancy, mil quinientos treinta y dos; Compiègne, mil setecientos setenta y dos. <<

[57] Raoul Nordling ha declarado a los autores de este libro que, como es lógico, él no tenía la menor intención de hacer liberar un solo soldado alemán. Su único objeto consistía en lograr la firma del mayor Huhm, reclamada por Choltitz para la liberación de los prisioneros políticos. <<

[58] Contrariamente a lo que escribió después de la guerra, Choltitz no se marcaba ningún farol al indicar aquellos números a su visitante. Según las relaciones de la 2ª. DB, el 25 de agosto, los alemanes tenían en París dieciséis mil hombres, diecinueve tanques Mark V-VI, cincuenta y nueve tanques Mark III-IV, seis piezas de artillería, veinticinco cañones de 105 y de 150, y treinta y cinco cañones de 75 y de 88. Por otra parte, en la noche del 26 al 27 de agosto, cincuenta aviones alemanes despegaron de los aeródromos de la región parisiense, para bombardear París. <<

[59] Choltitz padecía de asma. Por regla general, cuando notaba que se acercaba una crisis, tomaba dos píldoras de un calmante que siempre llevaba encima. El día de la liberación, al advertir que le amenazaba una de dichas crisis, no logró tomar las píldoras. Un oficial francés se le echó encima y se las arrebató, creyendo que intentaba suicidarse. <<

[60] En el último instante, Nordling había logrado que el mayor Huhm añadiera a mano una cláusula en la que se estipulaba que los condenados a muerte quedaban comprendidos en el acuerdo. <<

[61] No se pueden hacer más que hipótesis sobre la decisión que habría tomado Roosevelt de haber conocido las verdaderas intenciones de De Gaulle. Varios funcionarios del Departamento de Estado, que, en aquel tiempo, se ocupaban de los asuntos franceses, han comunicado a los autores de este libro que, en su opinión Roosevelt habría intentado, por lo menos, retrasar el regreso de De Gaulle a Francia. <<

[62] Kovel fue una ciudad de Polonia que las tropas de Model borraron del mapa. <<

[63] Durante las emisiones, la radio extendía la antena por el canalón del tejado. Un hombre armado con dos granadas hacía guardia al final de la escalera durante toda la emisión. Las emisiones, en principio, no duraban más de veinte minutos, a fin de evitar que fuesen detectadas por los goniómetros de la Gestapo, que recorrían las calles de la ciudad, instalados en camiones. Por lo general, las emisiones se llevaban a cabo en onda de diecinueve metros; pero cada estación podía emitir, en un momento dado, en cuatro frecuencias distintas. <<

[64] La única ausente era Marie-Hélène Lefaucheux. <<

[65] Es posible que el estado de ánimo de la capital hubiese sido mucho menos favorable a los proyectos de los comunistas si el mensaje enviado por Chaban-Delmas y descifrado por Jocelyne hubiese llegado a Londres cuarenta y ocho horas antes y la BBC hubiese advertido por radio a los parisienses el peligro que corrían de que París se convirtiera en una nueva Varsovia. <<

[66] Nordling y Bender, aquella misma mañana, habían tenido un serio fracaso. No habían conseguido liberar a los mil setecientos setenta y dos prisioneros del campo de Compiègne, que se hallaban aún bajo la autoridad de Karl Oberg y de sus SS. <<

[67] Faltó poco para que el acuerdo Nordling-Huhm fracasara a primera hora de aquella mañana, ya que el director alemán de la cárcel comunicó al sueco que no podía soltar a sus presos sin devolverles el dinero que llevaban cuando fueron detenidos. Nordling aturdido por este súbito respeto del Reglamento, pidió a su hermano que prestara a la cárcel ocho mil francos, por cuenta del Consulado. Su sorpresa fue aún mayor cuando, tres semanas después, los alemanes devolvieron aquella cantidad al Consulado, por conducto de un intermediario de Nancy. <<

[68] Se trataba de Gaston Bichelonne, ministro de Producción Industrial, el mismo con quien contaba Pierre Angot para ser liberado. <<

[69] Pierre Angot murió en una mina de sal; Philippe Kuen, el adjunto de Jade Amicol, fue colgado. Yvonne Baratte pereció de disentería en marzo de 1945. Yvonne Pagniez y Jeannie Rousseau sobrevivieron.
No hubo caso más extraordinario que el de Pierre Lefaucheux. Marie-Hélène, después de la liberación de París, atravesó las líneas estadounidenses y las alemanas y volvió a Niza, en una ambulancia de la Cruz Roja. Allí pudo entrar en contacto con un oficial de la Gestapo. Consiguió que intervinieran algunos franceses que habían hecho mercado negro con él y, finalmente, logró convencerle para que la llevara a Buchenwald, en un coche del Estado Mayor alemán. Al fin, obtuvo la libertad de su marido. Marie-Hélene Lefaucheux volvió entonces a París con él. La tragedia siguió, no obstante, marcando su vida. Pierre, nombrado director de las fábricas Renault, se mató en un accidente de automóvil en 1956. Marie-Hélène, miembro de la Delegación francesa en la ONU, pereció en un accidente de aviación en Nueva Orléans, en febrero de 1964. <<

[70] De 1941 a 1944, fueron ejecutados cuatro mil quinientos franceses en el Mont-Valérien. <<

[71] Dicha orden prescribía a las FFI la organización de patrullas, la requisa de vehículos, la ocupación de diversos edificios y el llevar brazaletes. <<

[72] El 5 de agosto, cinco días después del desembarco de su división en Normandía, el general Leclerc, comandante de la 2ª DB francesa, había enviado a su jefe de Estado Mayor al general estadounidense John S. Wood, comandante de la 4ª DB estadounidense, con el encargo de «informarse sobre los problemas especiales que se presentaban a una división blindada en operaciones». Tendido en su *roulotte* con un vaso de whisky en la mano, el pintoresco Wood había contestado así al teniente coronel de Guillebon: «La única cosa que nos detiene es la falta de gasolina. Diga a Leclerc que ordene a sus hombres que llenen de gasolina las cantinas, las cantimploras, los bolsillos. Siempre hace falta más». <<

[73] Mensaje K.R Blitz O.K.W./WFST (Ch) Oeste: 0010031/44 19.8.44. <<

[74] El 1er Ejército, compuesto básicamente de unidades transferidas de los Países Bajos, era el Ejército mejor equipado del frente del Oeste. <<

[75] WFST/OP 7752/44 PC BLITZ 19.8.44 (Archivos O.K.W.). <<

[76] Hora GMT. En París, donde la hora legal era la alemana, serían las 6,51 horas. <<

[77] Es imposible afirmar que fuese, en efecto, Colette Massigny la joven que Choltitz y Nordling vieron pasar aquella tarde. Según el general alemán y el cónsul sueco, el hecho ocurrió entre las siete y las siete y media de la tarde. Choltitz recuerda que la joven llevaba un vestido rosa y que iba sola. Colette Massigny, aquel día, llevaba en efecto, un vestido rosa, y asegura que la calle Rivoli estaba solitaria cuando pasó por ella a aquella hora. <<

[78] Probablemente no se sabrá nunca con certeza quién llamó aquel día al número Anjou 34-51 para pedir la intervención del cónsul de Suecia. El sobrino de Raoul Nordling, M. Édouard Fiévet, que fue quien atendió a la llamada, dijo a los autores de este libro que creía que la llamada procedía de Edgard Pisani. Sin embargo, Fiévet reconoce que no había oído la voz de Pisani más que una sola vez y que es muy posible que se equivocara. Edgard Pisani, por su parte, negó categóricamente a los autores de este libro que él hubiese llamado al cónsul de Suecia aquel día.
No obstante, algo parece cierto. La llamada procedía de la prefectura de policía. Fiévet cogió el aparato y pidió al que llamaba que le diera su número. Dicho número era uno de los de la prefectura. Es posible que la llamada hubiese sido hecha por el prefecto vichista, Amédée Bussière, o por uno de sus colaboradores. Bussière estaba encerrado y custodiado en su apartamento desde las siete de la mañana. Aquella tarde tuvo acceso al teléfono. <<

[79] El general Von Choltitz se ha mostrado completamente explícito ante los autores de este libro. Si aquella noche no hubiese llegado la proposición de Nordling, el ataque a la prefectura habría tenido lugar, tal como estaba previsto el día siguiente, domingo 20 de agosto, al amanecer. <<

[80] Armand Bacquer sobrevivió a sus heridas. Operado en el hospital Necker por el doctor Huet, pasó varias semanas entre la vida y la muerte. Durante años sufrió horribles pesadillas. Veía siempre a los alemanes que volvían para rematarlo Hoy en día, trabaja en el comisariado de policía de la calle de Bourgogne, escasamente a unos centenares de metros del lugar donde fue fusilado. <<

[81] Aquellos hombres estaban acostumbrados a tales escenas de carnicería. Pertenecían a la División Blindada Das Reich, que el 10 de junio de 1944 había exterminado a los hombres, mujeres y niños de Oradour. <<

[82] Veinte años después, el general Von Choltitz ha explicado a los autores de este libro por qué aquella mañana había tratado deliberadamente de minimizar la verdadera situación de París a los ojos de Model.
Como la mayor parte de los generales alemanes, conocía la reputación de Model. «Quería —nos explicó— desviar su atención de París, porque temía un acto desconsiderado de su parte». <<

[83] Tal como sucedía a menudo, los servicios de información alemanes sobreestimaban la fuerza de las tropas aliadas. En aquella fecha, no había más que treinta y nueve divisiones aliadas en Normandía. <<

[84] *Beitrag Zur Wochenmeldung: Die feind lichen Staerken und Operationsabsichten* 110/10 del 20 de agosto. <<

[85] Según las Memorias de Von Choltitz, la información que a grandes rasgos, tenían los alemanes sobre las intenciones aliadas se debía a documentos de los propios aliados. No obstante, los autores de este libro no han encontrado rastro alguno de ello entre los centenares de documentos que han estudiado. <<

[86] Este plan está citado en el documento *Operaciones post Neptuno*. <<

[87] De Gaulle sospechó que la intransigencia de Eisenhower no se basaba únicamente en consideraciones estratégicas. «Tuve la impresión —escribe en sus Memorias— de que, en el fondo, Eisenhower compartía mi punto de vista, pero que, por razones que no eran todas completamente estratégicas, aún no podía hacerlo». (Volumen II, pág. 296). Es una alusión a su convicción de que las maniobras de última hora de Laval y Herriot estaban inspiradas por Washington. Eisenhower, por el contrario, ha afirmado a los autores de este libro que los motivos de su decisión de no entrar en París eran «exclusivamente militares». <<

[88] Eisenhower tenía motivos para preocuparse. Su 2º buró recibiría aquel día dos mensajes. El primero, de fecha 19 de agosto, le informaba: «26ª División Panzer sale de Dinamarca destino desconocido». El segundo, fechado el 20 de agosto, decía: «Agentes informadores indican que 26ª Panzer debe dirigirse región parisiense». Estos mensajes evidenciaban hasta qué punto las órdenes de Hitler habían sido rápidamente cumplimentadas y cuán eficaces eran los servicios de información de los aliados en los países ocupados. Confirmaban las sospechas de Eisenhower sobre las intenciones de Model: «Temía —dijo Eisenhower a los autores de este libro— que Model mandase dos o tres divisiones a París, para obligarnos a sostener una batalla callejera». Eisenhower quería evitar a toda costa estos inútiles combates y el tener que imponer a sus tropas restricciones de carburante. «Cuando Model se dé cuenta de lo que sucede, estaremos ya cerca de Reims para atrapar a sus tropas». <<

[89] Recuerda Eisenhower que, al oír esta amenaza, esbozó una sonrisa. Estaba convencido de que, «si él no hubiese querido, la 2ª DB no habría avanzado un sólo kilómetro». Más adelante, en un momento crucial de la guerra, durante la batalla de las Ardennes, De Gaulle esgrimiría una amenaza parecida con respecto a las divisiones del 1er Ejército francés, que el comandante supremo quería hacer evacuar de Estrasburgo. Eisenhower, furioso, le contestó: «General, mantendré estas tropas en Estrasburgo tanto tiempo como pueda, pero, si quiere usted retirarlas, hágalo en buena hora. Sin embargo, debe tener algo presente. No recibirán ni un solo cartucho, ni un kilo más de víveres, ni un litro más de gasolina. Si, a pesar de todo, quiere usted llevarse esas divisiones, lléveselas». <<

[90] Francotiradores y partisanos. <<

[91] A pesar de las horas que duró la tregua, los combates de aquel domingo en París ocasionaron ciento seis muertos y trescientos cincuenta y siete heridos al bando francés. <<

[92] El SD (*Sicherheitsdienst*) era la policía Secreta de las SS. Creado por Himmler en 1932, el SD se convirtió, bajo la dirección de Reinhardt Heydrich, en una de las policías más temibles de la Alemania nazi. Actuaba independientemente de la Gestapo. <<

[93] Jacqueline de Champeaux había llamado inmediatamente por teléfono al agente de cambio de la Resistencia, Philippe Clement, el cual, a su vez, había advertido a Alexandre de Saint Phalle, en cuya casa Parodi tenía su cuartel general. Saint-Phalle había avisado inmediatamente a Nordling. <<

[94] Trece meses antes, los alemanes habían sentido súbita preocupación por el peligro que representaba aquella ciudad subterránea de París. Dummler había sido encargado de hacer cerrar con rejas las galerías bajo los edificios ocupados, instalado también alambres espinosos y trampas explosivas, con timbres de alarma. <<

[95] «Cuidado. Minas». *(N. del T.)* <<

[96] Granadas con carga de plástico, que explotaban al impacto, igual que un obús. <<

[97] Soldado de infantería estadounidense. <<

[98] Según Martin Blumenson, el historiador oficial del Ejército estadounidense, la conducta de Model, desde el punto de vista del mando, era no sólo inexplicable, sino «inexcusable» (Break out & Pursuit. US Army in World War II; European Theatre of Operations. Vol. II, pág. 598). <<

[99] West/OP n.«772.956/44 — *Gez*: Adolf Hitler. <<

[100] Army Group B Wachenmelding número 6375/44. <<

[101] O.B. West la número 6390/44 — 18,00 —21.8.44 —De Model al O.K.W. <<

[102] Los cuatro patriotas fusilados aquel día en el Luxemburgo fueron: Jean Robaux, Henri Bessot, André Monnier y Arthur Pothier <<

[103] Office of Strategic Service. <<

[104] Nota manuscrita sobre la carta de De Gaulle — SGS SHAEF Archivo 092. <<

[105] C.P.A. 30235, 22 de agosto. — SHAEF Archivos Operations 322 OII/I. El entrecomillado es de los autores. <<

[106] Esta consigna fue tan bien observada y el resultado tan satisfactorio que veinticuatro horas más tarde, el comandante estadounidense que acababa de ser nombrado oficial de enlace cerca del general De Gaulle corría de un Estado Mayor a otro, tratando de saber dónde se encontraba el general. «¿Cómo quiere que lo sepa?», le contestó el propio jefe de Estado Mayor de Eisenhower, general Walter Bedell-Smith. «¿Cree usted que nos dice adónde va?» <<

[107] El coronel Passy, del B.C.Rª., especialista en lanzamientos en paracaídas, había pasado a ser jefe del Estado Mayor del general Koenig. <<

[108] M. Miné, que, en 1939, pasó de la Inspección de Hacienda al Ministerio de Agricultura y Avituallamiento, era miembro del movimiento «Los de la Resistencia». <<

[109] El cónsul Nordling no conocería la identidad real del coronel Ollivier hasta varias semanas después. <<

[110] La naturaleza exacta de las relaciones entre el general Von Choltitz y Poch Pastor, así como el verdadero papel que desempeñó el austríaco durante los días que precedieron a la liberación de París, no han sido aún aclarados. Entre los centenares de personas que los autores han interrogado en el curso de su encuesta, Poch Pastor es el único que se ha negado categóricamente a contestar a las preguntas relativas a la liberación de París. Poch Pastor vive actualmente en Zúrich, donde es uno de los directores de una firma metalúrgica. Erich Poch Pastor von Camperfeld, nacido en Innsbruck el 15 de junio de 1915, era teniente del Ejército austríaco en el momento del Anchluss. Su Regimiento fue una de las pocas unidades que resistieron por la fuerza a las tropas hitlerianas. Fue hecho prisionero e internado en Dachau durante un año. Incorporado al Ejército alemán, llegó a Francia en febrero de 1942, después de haber sido herido en el frente ruso. Entró en la Resistencia francesa en octubre de 1943. Por su brillante conducta, recibió la medalla de la Resistencia, con la siguiente citación:…«durante ocho meses consecutivos, ha aportado informes de orden económico y militar de la más alta importancia para los aliados, incluso algunos de los primeros planos de la «V». Los alemanes lo destituyeron de sus funciones en Niort por «incompetencia», en julio de 1944. Fue destinado entonces a una unidad de infantería en Italia, de la que desertó. Volvió clandestinamente a París. En el momento de la liberación, Poch Pastor tenía entrada libre en el Meurice. Choltitz ha negado formalmente, ante los autores de este libro, haber ordenado a Poch Pastor que acompañara a la misión Nordling. Les ha asegurado, por el contrario, que el austríaco se había impuesto por iniciativa propia. En cuanto a Poch Pastor, se ha negado a hablar sobre este asunto. No obstante, Daniel Klotz, agente estadounidense de la OSS, que lo interrogó después de la liberación, se acuerda de que Poch Pastor fue reclamado inmediatamente por el Servicio de Inteligencia. Al día siguiente a la liberación de París, Poch Pastor estaba de regreso en la ciudad. Aquel día llevaba uniforme estadounidense.

La única declaración que Poch Pastor se ha prestado a hacer sobre su papel durante la liberación de París, es el relato de una escena que tuvo lugar el lunes, 21 de agosto, durante la cual el general Von Choltitz le salvó la vida. Cuando se hallaba en la misma antecámara del despacho del general, pudo oír a través del tabique las voces de tres agentes del SD, que preguntaban al comandante del Gross Paris dónde estaba Erich Poch Pastor. Oyó asimismo que el general contestaba tranquilamente que ignoraba por completo de quién se trataba. Choltitz recuerda el incidente. A su propósito, se limitó a decir a los autores de este libro «que no habría entregado al SD ni un perro perdido».

Poch Pastor se casó en 1945 con Silvia Rodríguez de Rivas, nieta de un ex presidente

del Ecuador, algo pariente también, por alianza, de una de las familias más antiguas de Francia, los Talleyrand-Valençay. Tuvieron dos hijas. Luego, en 1954, desapareció. Durante diez años, su mujer —que entretanto había obtenido el divorcio por abandono por parte de su marido del hogar conyugal—, y sus dos hijas no tuvieron noticia alguna de él, sin saber siquiera si estaba vivo o muerto. Los autores de este libro lograron finalmente encontrar su rastro gracias a uno de sus antiguos compañeros de guerra estadounidenses, actualmente funcionario civil del Ejército estadounidense en Fráncfort. Por casualidad, se había encontrado con Poch Pastor en el bar del hotel Bord du Lac, de Zúrich, en julio de 1963. Por medio de dicho estadounidense, los autores pudieron llegar al misterioso austríaco.

El único rastro que queda en París del extraño Étienne Paul Pruvost es una carpeta polvorienta que se guarda en un apartamento de la calle Rover-Collard. Allí, entre los archivos olvidados del grupo *Goélette*, hay una carpeta marrón, que lleva la referencia «CLAYREC RJ4570» y contiene el informe de las actividades de un cierto Erich Poch Pastor y sus antecedentes. <<

[111] Es imposible dilucidar si el capitán de los Panzer había olvidado el campo de minas o bien si había enviado deliberadamente al Citroën a un camino minado, confiando en que saltara. No cabe duda de que el capitán, oficial de una unidad de choque, debió tener ciertas sospechas sobre el objeto de la misión que se presentó aquella mañana ante su puesto de guardia. <<

[112] Esta misma condición restrictiva, fue repetida en la orden número veintiuno de Bradley al 12º Grupo de Ejércitos. «Insisto sobre el hecho —decía—, de que la toma de París debe hacerse sin combates importantes. Se ha de evitar, en la medida de lo posible, los bombardeos y los disparos de artillería dentro de la ciudad». <<

[113] En el momento en que Leclerc subía a su Piper-Cub. el coronel estadounidense John Hill, del Estado Mayor del 1er Ejército, redactaba ya las órdenes de operaciones de la toma de París. Tales órdenes disponían que, para sostener a la 2ª DB, interviniera la 4ª División estadounidense de infantería. Debía apoyar a la División Leclerc en el sur de París y cruzar el Sena por la región de Melun. Hill acababa de escribir la orden cuando entró en la tienda el general Courtney Hodges, comandante del 1er Ejército. Hizo que Hill añadiera unas palabras a la orden. «Hill —le dijo—, haga retirar de estas divisiones los dos grupos de artillería. No quiero que nuestra gente caiga en la tentación de disparar obuses cada vez que se encuentren con un nido de ametralladoras». <<

[114] En español en el original. *(N. del T.)* <<

[115] En efecto, el infortunado Jean Houcke lo había perdido todo, incluido el dinero en efectivo que había guardado dentro de una maleta en su remolque. Algunos días después de la liberación, Houcke, completamente arruinado, fue repatriado a Suecia por iniciativa del cónsul Nordling. Pasó el resto de su vida en un asilo. <<

[116] Tres días más tarde, la escuadrilla de Carpetbaggers volaría por fin hacia París. Mas, esta vez sacos de carbón y de harina habían reemplazado en los pañoles a las granadas y metralletas destinadas al coronel Rol. <<

[117] Los hombres de la 2ª DB no sabían que, por orden de Londres, la Resistencia había pedido a los campesinos que no segaran ni batieran el trigo en la región parisiense, a fin de evitar que los alemanes se apoderasen de él. <<

[118] Veinte años después, en Irlanda, donde se había instalado, el coronel Jay revelaría a los autores de este libro que, aquella mañana de agosto, no había tenido valor para decir las palabras que le habían subido a los labios al leer el telegrama: «Resistencia pasiva —pensó Jay—. Sólo puede oponerse resistencia pasiva a una orden tan insensata como ésta». Pero Jay ignoraba cómo había evolucionado el espíritu del duro y brillante vencedor de Sebastopol, después de su último encuentro en el almuerzo que hicieron juntos para celebrar su promoción. Tuvo miedo de comprometerse. Desde el 20 de julio, los oficiales de la Wenrmacnt habían adquirido la costumbre de guardarse sus reflexiones para sí mismos. <<

[119] El sarcófago no es de mármol, sino de pórfido, nombre que se deriva de su color típico, similar al púrpura (N. de Adela) <<

[120] Collingwood había llevado a cabo el registro en un magnetófono de nuevo tipo. Cuando los censores de SHAEF recibieron la banda magnética no pudieron escucharla. La enviaron, por tanto, a la dirección de la censura, en Londres. Allí, los oficiales de la censura, convencidos de que sus colegas de la SHAEF habían oído ya el reportaje, lo mandaron directamente a su destinatario. <<

[121] En español en el original. *(N. del T.)* <<

[122] Es posible que una de las razones por las que Leclerc omitió informar a sus superiores estadounidenses las modificaciones introducidas en su orden de marcha fuese su creencia de que la liberación de París era asunto exclusivamente de competencia francesa, para la cual bastaba con el asentimiento de De Gaulle. <<

[123] Probablemente, no se podrá evaluar nunca con exactitud hasta qué punto la liberación prematura de París puso trabas a la marcha de los aliados hacia el Rin. De todos modos, con o sin liberación de París, se preparaba una crisis de carburante para los aliados. Eisenhower dijo a los autores de este libro: «Claro está que aquellas dos semanas nos eran vitales. Pero habíamos llegado al punto crítico de nuestro avance. Es difícil decir hasta dónde habría llegado Patton. No obstante, es casi seguro que se habría apoderado de Metz y de buena parte de la región que se extiende más allá de la ciudad». En cuanto al general Bradley, por su parte, ha declarado: «Si no hubiésemos podido llegar al Rin, de todos modos habríamos dado un paso de gigante. A mi entender, nos hacían falta dos semanas más de aprovisionamiento de gasolina para llegar allí. Por esta razón, no quería ir a París. No quería que la liberación de París nos privara de aquel carburante, como efectivamente sucedió». <<

[124] *Tagesmeldung* 23.8.44 AR AGB número 6457/44. <<

[125] AR GR B la 6503/44 24.8.44 0,45. <<

[126] AR GR B la 6504/44 24.8.44 0,45. <<

[127] AR GR B la 6505/44 24.8.44 0,45. <<

[128] Aquella orden había llegado por telégrafo al Meurice hacia la una de la madrugada. El primero en conocerla fue el teniente Ernst Bressensdorf, jefe de transmisiones, que estaba de servicio aquella noche. Aterrado por su contenido, el teniente había decidido retrasar todo cuanto pudiese la entrega a su destinatario pese a que llevaba la mención «KR Blitz» (muy urgente). En lugar de hacer despertar al general Von Choltitz, Bressensdorf se había guardado la nota en el bolsillo durante toda la noche y no la había mandado al teniente Von Arnim hasta las seis de la mañana. Bressensdorf estaba convencido de que aquella orden implicaría la destrucción de París y que, después de ser ejecutada todo alemán que cayera en manos de los franceses seria muerto en represalia. Veinte años más tarde, ante los autores de este libro. Bressensdorf confesó que temía caer él mismo en manos de los franceses y correr aquella suerte. <<

[129] Según el general Von Choltitz, la «negligencia» del Feldmarschatl Model fue intencionada. Contrariamente a lo que creía Hitler y los estrategas del O.K.W., Model no estaba convencido de que el lugar en donde aquellas divisiones eran más necesarias fuese precisamente París. Probablemente, mantuvo el secreto de su llegada para poder modificar su destino en el último momento. <<

[130] Su padre, un héroe de la Resistencia, hacía cinco meses que había muerto. Poco tiempo después de haber sido detenido, fue fusilado cerca de Amiens. <<

[131] Su otro hijo había sido dejado caer en paracaídas tras las líneas alemanas en el Jura. <<

[132] El grupo de Rochambelles del 13º Batallón médico, que mandaba Suzanne Torres, se componía de treinta y tres ambulancias. Al liberarse París, tres mujeres del grupo estaban casadas con soldados de la división. La 2ª DB era, sin duda, la única unidad en que marido y mujer combatían juntos. Además, al terminar la campaña, veintinueve Rochambelles se casarían con soldados u oficiales de la 2ª DB. La propia Suzanne contraería matrimonio con uno de los hombres más prestigiosos de la división el comandante Jacques Massu, hoy día general comandante de la región militar de Metz. <<

[133] El Piper-Cub regresó a su base acribillado de balas. Un obús de la DCA le habla arrancado incluso el tren de aterrizaje. <<

[134] El Luna Park neoyorquino. <<

[135] El avión de los estadounidenses logró regresar a su base cerca de Corbeil, sin dificultad. Sin embargo, en el aeródromo les esperaba un oficial. Su paseo sobre París, sin autorización, fue castigado con ocho días de arresto. <<

[136] El francés mexicano Pierre Sarre, que no conocía París, sufrió graves quemaduras y no pudo entrar con sus compañeros en la capital. No obstante, sobrevivió a sus heridas. Tres meses más tarde, en su primera salida de convaleciente, fue a visitar el pequeño cementerio de Fresnes donde estaban enterrados varios de sus compañeros. Tuvo entonces una gran sorpresa. Una de las tumbas llevaba su propio nombre. Al saltar del carro en llamas, había perdido la cartera, la cual había sido encontrada luego cerca del cuerpo del soldado José Molina. Al no encontrar sobre Molina documento alguno de identidad, lo habían enterrado bajo el nombre de Pierre Sarre. <<

[137] En su libro *Historia de un soldado,* el general Bradley explica el retraso de la 2ª DB en su marcha hacia París en una forma que provocó la indignación de los franceses: «Los hombres de la 2ª División —escribe Bradley—, tuvieron gran dificultad en abrirse camino entre la población francesa, que retrasó su avance, sumergiéndolos en vino y aclamaciones. Aunque no pueda censurarles haber aprovechado la acogida de sus compatriotas, hubiese preferido esperar que hubiesen acabado de festejar hasta París».
Si bien es cierto que la acogida delirante de la población causó en algunos momentos, verdaderos problemas a las columnas de la 2ª DB, está fuera de toda duda que fue la encarnizada resistencia alemana, la causante del retraso de la división en entrar en París aquel día. Quizá el general Bradley ignoraba, cuando escribió aquellas palabras, que la 2ª DB perdió aquel día más de doscientos hombres en la marcha sobre París. <<

[138] Después de la guerra, Mills hizo poner aquel plano en un marco, como si se tratara de una reliquia. Actualmente, lo guarda en el comedor de su casa de Concord, en Carolina del Norte. <<

[139] El Sphinx era una de las casas de tolerancia más populares de París. <<

[140] El domingo siguiente, durante el oficio de acción de gracias, el joven sabría por qué las campanas de su iglesia no habían sonado aquella noche. «Mis queridos hermanos —explicó desde el pulpito el canónigo Jean Muller, rector de la parroquia —, os doy las gracias a todos los que me habéis telefoneado el jueves por la noche para pedirme que hiciera tocar las campanas en honor de la liberación. Por desgracia, nuestra parroquia no tiene campanario ni campanas. —Con una sonrisa paternal, el buen cura añadió a continuación—: Pienso que ha llegado el momento de llenar este vacío. La colecta de este primer domingo de liberación será destinada a dotar a nuestra parroquia de Saint-Philippe-du-Roule de un campanario y… de campanas». <<

[141] Durante varios meses, Espósito llevó el pequeño elefante en el bolsillo de la camisa, convencido de que le ayudaría a terminar la guerra sano y salvo. El 19 de noviembre de 1944, a las nueve de la mañana, trepando tras un tanque en el bosque de Hustgen en Alemania, el estadounidense se encontró en medio de un terrible bombardeo de artillería. Para tranquilizarse, se tocó el bolsillo de la camisa. El elefante ya no estaba allí. Espósito buscó y rebuscó en los otros bolsillos. Todo en vano. «Estoy perdido», se dijo. Una hora más tarde, mientras agazapado tras un árbol, esperaba el fin del bombardeo, un obús alemán le arrancó las dos piernas. Sobrevivió y hoy vive en Nueva Jersey. <<

[142] El sargento Kelly fue llevado en seguida a la farmacia de mademoiselle Thomas, que le hizo la primera cura. La farmacéutica se maravilló del comportamiento del sargento. A pesar de lo que estaba sufriendo Kelly pidió que no se culpara al bombero y repartió cigarrillos entre los presentes. Fue llevado luego al hospital Perey, de Clamart. Tres días más tarde, David, desesperado, acudió a visitarle y le llevó una botella de vino. Kelly, paralizado, fue evacuado a los Estados Unidos, pero mantuvo contacto con Marcelle Thomas. Le escribió veinte cartas. En la última decía: «No sé aún cuándo podré levantarme. Mis heridas me hacen sufrir dolores terribles, pero poco importa. Hemos ayudado a un gran pueblo a liberarse y siempre me acordaré de vosotros». Mademoiselle Thomas, conmovida por aquella tragedia, hizo editar un magnífico álbum de gratitud, dedicado al sargento estadounidense y a todos los GI caídos durante la entrada en París. Dicho álbum, titulado *Nos acordamos*, contiene poemas, dibujos y textos especialmente originales de escritores, poetas y artistas parisienses. Kelly no recibiría nunca aquel libro. Murió de resultas de las heridas tres días antes de que llegara a su poder, en un hospital militar de Pennsylvania, el 1 de octubre de 1946. La farmacéutica de Saint-Cloud ha permanecido fiel a su memoria. Cada 25 de agosto, se celebra un acto conmemorativo en el lugar donde fue herido el desgraciado estadounidense que quería ser el primero en entrar en París. <<

[143] B Grupo de Ejércitos — la — 0360/44 — 23,00 — 24.8.44. <<

[144] B Grupo de Ejércitos — la — 0580/44 — 12,45 — 25.8.44. <<

[145] Segundos después de la colisión, el Quartiermeister Erich Vandam vio cuatro sombras que surgían de entre el humo y huían hacia las Tullerías. Diez meses más tarde, cuando el mismo carro *Douamont* se encontraba averiado en una autopista alemana, un tanquista de la Wehrmacht, que pasaba en una columna de prisioneros, recordó el nombre del carro, escrito sobre la torreta. Logró salir de la columna y acercarse al nuevo comandante del *Douamont* para decirle que, cuando el Panzer había sido abordado por el Sherman, el 25 de agosto de 1944, él se hallaba a bordo del carro alemán. El alemán explicó que gracias a la protección que les dio el humo del obús fumígeno disparado por el Sherman, los hombres de la dotación habían podido salir del carro y escapar hacia las Tullerías. Allí, el alemán y sus camaradas habían tirado la boina negra y se habían arrancado las insignias. En la confusión de la batalla, habían podido hacerse pasar ante los FFI por soldados de la 2ª DB. Al caer la noche, él había cruzado París a pie hasta llegar a los arrabales y ganar de nuevo las líneas alemanas. Ignoraba qué había sido de sus compañeros de dotación. <<

[146] Aunque se dijo que el reparto de Alemania en zonas de ocupación sería solamente temporal, Jay, al volver de su cautiverio. decidió expatriarse. Se instaló en Irlanda, donde lleva actualmente una vida apacible y confortable, dedicándose a la cría de caballos. <<

[147] Al salir de París, Vrabel puso a su *jeep* el nombre de *Jacky*, en recuerdo del breve encuentro que había tenido en el puente de la Concordia. En noviembre de 1944, después de los combates de Hurtgen, el oficial obtuvo su único permiso de la guerra: tres días en París. Recién afeitado, llevando un uniforme impecable, fue a llamar a la puerta del 86 de la calle de la Folie-Méricourt. Iba tan limpio que a Jacqueline le costó trabajo reconocerlo.
Se casaron el 30 de setiembre de 1946. justamente antes del regreso de Vrabel a los Estados Unidos. Vrabel, hoy día coronel retirado, y su esposa Jacqueline viven con sus dos hijos, Michele, de dieciséis años, y John, de quince, en Orleáns, a cien kilómetros exactos del puente en que se encontraron el día de la liberación de París. <<

[148] Tres meses después de la liberación, Antoinette Charbonnier y Hans Werner fueron denunciados y detenidos. Antoinette pasó seis meses en Fresnes y Werner cerca de dos años en un campo de prisioneros. Fue liberado a últimos del 1946. Poco después se casaron. Tuvieron dos hijos, que tienen ahora dieciocho y quince años. Actualmente viven los dos en París, pero se han divorciado. <<

[149] Pocos momentos después, la Cruz de Hierro del oficial que acababa de estrangular casi le costó la vida a Jacques d'Estienne. Cuando llegó a la sala de distribución del hospital de Saint-Antoine, una enfermera vació sus bolsillos y puso su cartera y la Cruz de Hierro sobre su pecho. Había tantos heridos en la sala que los cirujanos decidieron ocuparse primero de los franceses. D'Estienne se acuerda de la voz del cirujano que iba pasando ante las camillas, diciendo: «Boche… Boche… Boche…» Cuando llegó el cirujano ante D'Estienne, y vio la Cruz de Hierro sobre él. dijo «Boche» y pasó sin detenerse. Al oír la palabra, D'Estienne aulló como una fiera y gritó «Yo un boche… ¡Estáis loco!» y se desmayó. No se despertaría hasta una hora después, cuando los cirujanos le habían extraído veinticinco de los treinta y siete trozos de metralla que le habían penetrado en la espalda durante el ataque al hotel Meurice. <<

[150] Los tres FFI que detuvieron a los Goa eran, en realidad, criminales comunes evadidos de la cárcel de la Santé. Más tarde, fueron detenidos a su vez, y llevados a juicio. La muerte trágica de los Goa constituyó un ejemplo, entre muchos otros, del espíritu de venganza y de «justicia popular» que enlutó durante algunos momentos la jornada de la liberación y las semanas que la siguieron. Aquel espíritu de venganza se manifestó en numerosas ejecuciones sumarias, ordenadas por la justicia expeditiva de tribunales improvisados y por actos de venganza personal o política que, en muchos casos, no tenían relación alguna con la ocupación propiamente dicha. Al instaurar los tribunales populares, el partido comunista fue a menudo responsable de aquellos abusos. No obstante, debe reconocerse en justicia que muchos de los actos perpetrados en nombre del Partido o por aquellos que se atribuían su autoridad lo fueron sin su consentimiento o sin que tuviera conocimiento de ello. <<

[151] Si se exceptúa la mención del nombre de Rol, De Gaulle tenía todas las razones para sentirse satisfecho de la forma en que había sido redactada el acta de capitulación. Leclerc había seguido fielmente sus instrucciones. Había aceptado la rendición de Choltitz, no en nombre del mando aliado, del que dependía, sino en nombre del Gobierno provisional de la República francesa. Después del desembarco, aquél constituyó el único caso en que una rendición fue negociada unilateralmente por uno de los aliados. <<

[152] *Memorias del general De Gaulle*. Tomo II: *La unidad*, página 306. <<

[153] Parodi, que ha sido vicepresidente del Consejo de Estado, parece haber revisado la opinión que tenía en 1944 sobre las verdaderas intenciones de los enemigos políticos del general. Ha declarado a los autores de este libro que, con el correr de los años, ha llegado a la conclusión de que quizá De Gaulle disfrutaba de una visión de la situación más realista que la suya. De todas formas, en opinión suya, el general sobreestimaba la potencia comunista y subestimaba su propia popularidad. <<

[154] Los técnicos franceses registraron de nuevo el reportaje y decidieron pasarlo cada hora en su propio programa. El reportaje fue inmediatamente captado por Nueva York y retransmitido en Estados Unidos. Leseur recibió un severo castigo por parte del SHAEF por aquella iniciativa, que violaba todas las reglas de la censura. Se le suspendieron los privilegios de corresponsal de guerra por un mes, lo que obligó al «desdichado estadounidense» a pasarse un mes en París, sin tener nada que hacer, por lo menos profesionalmente. <<

[155] Choltitz, retirado ya en la actualidad, vive modestamente de su pensión en Baden-Baden. La dirección de su pequeña villa de cuatro habitaciones, es: calle Frankreichstrasse, 27 (calle de Francia. 27). <<

[156] Woodrum, al dar un breve paseo la víspera, cometió la imprudencia de presentarse al cuartel general provisional de la aviación estadounidense, en el hotel Windsor-Reynolds. <<

[157] G 3 5º Cuerpo a FUSA-26-8-44. — 11,30 h. <<

[158] No obstante, ni Speidel ni el Alto Mando de la Wehrmacht sabían absolutamente nada del desfile que iba a celebrarse aquel día en París. Uno puede imaginarse la horrible matanza que habría podido tener lugar si Speidel hubiese retransmitido la orden de Hitler y dispuesto el bombardeo de París con las V-l y V-2. <<

[159] Hasta hoy día, el misterio no ha sido completamente aclarado. En el primer momento se creyó que el tiroteo había sido obra de milicianos de Vichy y de alemanes que se habían quedado en París para sembrar el pánico entre la población. En favor de esta teoría, se argumenta que el tiroteo empezó simultáneamente en varios distritos de la capital. Sin embargo, no se pudo coger a ninguno de los tiradores con las armas en la mano. Fueron detenidos tres hombres que rondaban por detrás de Notre-Dame. Uno de ellos fue muerto por la muchedumbre y no se pudo probar que los otros dos hubiesen tomado parte en el tiroteo. Se cogió a varios francotiradores, que fueron fusilados o linchados sin haber sido interrogados. De Gaulle dijo a Achule Peretti, el responsable de su servicio de seguridad: «Estos imbéciles disparan al aire». Como muchos otros testigos, De Gaulle había advertido que no se oyó el silbido de las balas. No obstante, el día 26 de agosto, trescientos heridos ingresaron en los hospitales de París, muchos de ellos por herida de bala (los otros sufrían fracturas o contusiones por haber sido aplastados por la multitud). Es cierto que el pánico y la extensión del tiroteo fue debido en gran parte por los disparos incontrolados de los hombres de las FFI y de la 2ª DB al contestar a los que creían iban dirigidos contra ellos. La prefectura de policía emitió sobre este punto un informe que no aportó ninguna conclusión precisa.
Hay quien ha llegado a creer que los disparos de Notre-Dame fueron cruzados entre policías excesivamente celosos. No obstante, el testimonio de Kalisch y del fotógrafo Smith. tienden a demostrar lo contrario. Otros, en fin, están convencidos de que el tiroteo fue obra de elementos comunistas. Éstos habrían buscado de esta forma, crear una atmósfera de inseguridad, a fin de justificar que continuaran bajo las armas las Milicias Patrióticas, controladas por el partido. <<

[160] Al no haber oído silbar las balas, De Gaulle terminó por elegir la segunda hipótesis en sus *Memorias* (vol. II. pág. 315). <<

[161] Francotiradores partisanos. *(N. del T.)* <<

[162] Eisenhower designó a la 29ª División de infantería que desfiló el día 29 de agosto por los Campos Elíseos; luego, el mismo día, fue a combatir en los arrabales septentrionales de la capital. <<

[163] Burean Central de Renseignements et d´Action = Oficina Central de Información y de Acción <<